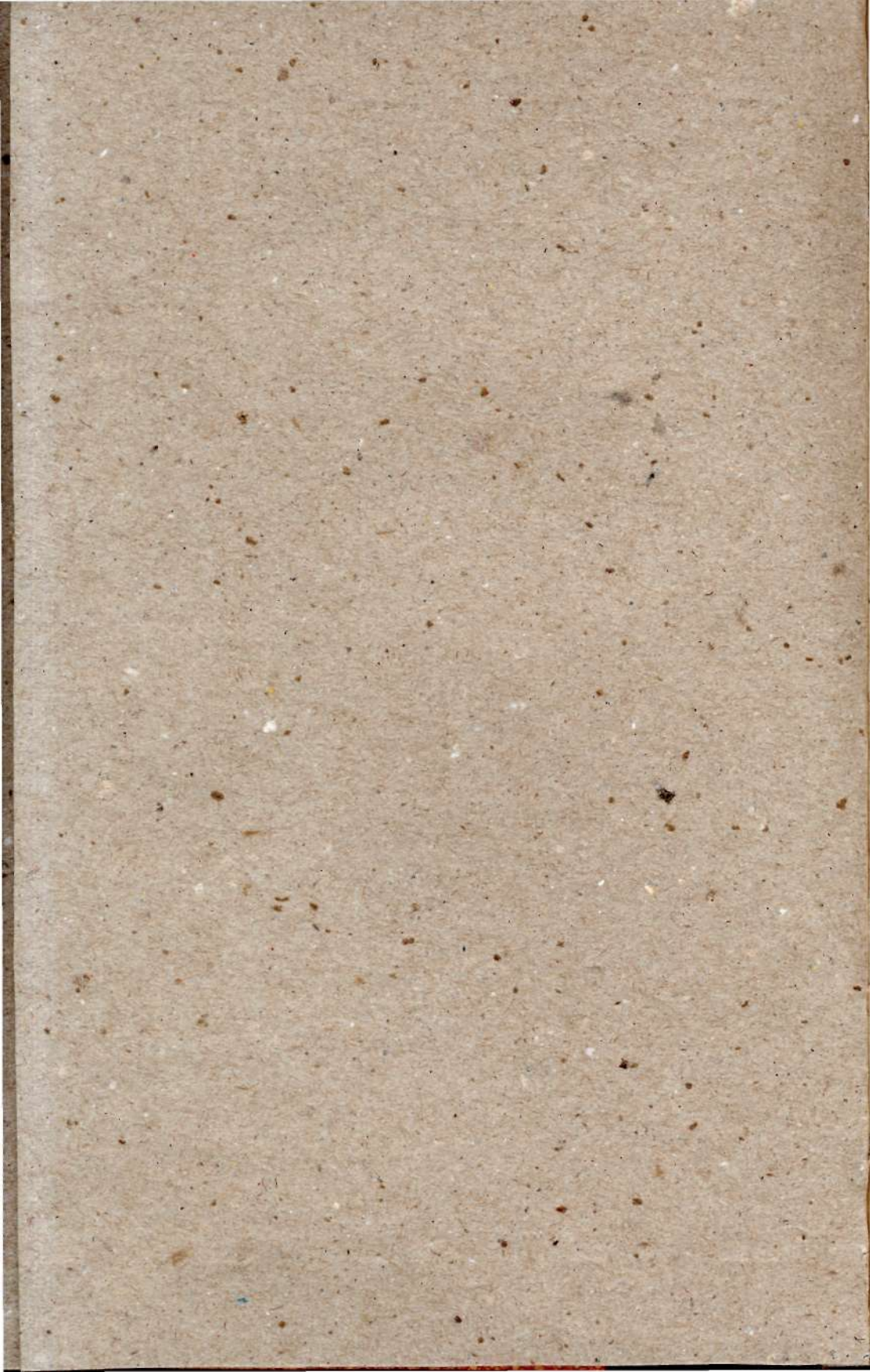




HISTORIA
DE LA
NACION CUBANA

TOMO VII

NO CIRCULANTE

Comprado a: "Liberia Martí"

Precio: 70 2474-77-80800

Fecha: junio 16/60

OK ✓

HISTORIA DE LA NACION CUBANA

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

DE

RAMIRO GUERRA Y SANCHEZ

JOSE M. PEREZ CABRERA

JUAN J. REMOS

EMETERIO S. SANTOVENIA

TOMO VII

CAMBIO DE SOBERANIA

DESDE 1868 HASTA 1902 (3)



1952



EDITORIAL HISTORIA DE LA NACION CUBANA, S. A.
LA HABANA

NO CIRCUANTE

PROCESO CIA	Fondo Antequo
H51656	96-07 \$65.00 (100)
FECHA	90-10-14

ES PROPIEDAD

Copyright, 1952, by
Editorial Historia de la
Nación Cubana, S. A.

9-
His
H-
t.7

LIBRO PRIMERO
LA OCUPACION MILITAR NORTEAMERICANA

JOSE M. PÉREZ CABRERA

LIBRO SEGUNDO
LA CONVENCION CONSTITUYENTE

OCTAVIO R. COSTA

LIBRO TERCERO
DE LA INTERVENCION A LA INDEPENDENCIA

EMETERIO S. SANTOVENIA

LIBRO CUARTO
HISTORIA ECONOMICA
JULIO J. LE RIVEREND BRUSONE

LIBRO QUINTO
ESQUEMA DEL MOVIMIENTO OBRERO

JOSÉ RIVERO MUÑIZ

LIBRO SEXTO
LA LITERATURA

JUAN J. REMOS

LIBRO SEPTIMO
EDUCACION. CIENCIAS. ARTES PLASTICAS

JOSÉ F. CASTELLANOS
(CAPÍTULO I)

MARIO SÁNCHEZ ROIG
(CAPÍTULO II)

LUIS DE SOTO
(CAPÍTULO III)

LIBRO OCTAVO
LA MUSICA

GONZALO ROIG

THEY ARE

IN OCCUPATION WITH THE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

THEY ARE

INDICE

LIBRO PRIMERO

La Ocupación Militar Norteamericana

	<u>Pág.</u>
CAP. I Inauguración y primeras disposiciones del gobierno del general John R. Brooke. La cuestión del licenciamiento del Ejército Libertador	3
CAP. II La Asamblea del Cerro y el general Máximo Gómez . .	21
CAP. III Otras medidas importantes y fin del gobierno del general Brooke	33
CAP. IV Gobierno del general Leonardo Wood	47
Fuentes	69

LIBRO SEGUNDO

La Convención Constituyente

CAP. I La Constitución de la República	73
CAP. II La Enmienda Platt	105
Fuentes	114

LIBRO TERCERO

De la Intervención a la Independencia

CAP. I La Ley Electoral	117
CAP. II Elecciones	128
CAP. III Transmisión de poderes	138
Fuentes	148

LIBRO CUARTO

Historia Económica

CAP. I El impacto de la Guerra de los Diez Años sobre la Economía	151
CAP. II La situación agraria hasta 1902	164
CAP. III La nueva organización del trabajo	179
CAP. IV El proceso de concentración industrial	191
CAP. V La crisis de las relaciones comerciales	204

	<u>Pág.</u>
CAP. VI La situación financiera	219
CAP. VII Política económica y grupos sociales	230
Fuentes	242

LIBRO QUINTO

Esquema del movimiento obrero

CAP. I Antecedentes del movimiento	247
CAP. II Abolición de la esclavitud	256
CAP. III Desavenencias en el campo obrero	264
CAP. IV El primer congreso obrero	273
CAP. V El Congreso Regional Obrero	284
CAP. VI La Liga de Trabajadores	291
Fuentes	299

LIBRO SEXTO

La Literatura

CAP. I Los oradores, los poetas y los periódicos revolucionarios del 68	303
CAP. II La literatura después de 1879. Las grandes revistas y los periódicos. Las instituciones culturales. La poesía y el teatro. Artículos de costumbres, cuento y novela	316
CAP. III Los prosistas. Historiadores, críticos, escritores didácticos, publicistas y periodistas	340
CAP. IV La tribuna autonomista y la separatista; la forense, la académica y la sagrada	362
Notas	374
Fuentes	375

LIBRO SEPTIMO

La Educación. Las Ciencias. Las Artes Plásticas

CAP. I La Educación	379
CAP. II Las Ciencias	398
CAP. III Las Artes Plásticas	412
Fuentes	430

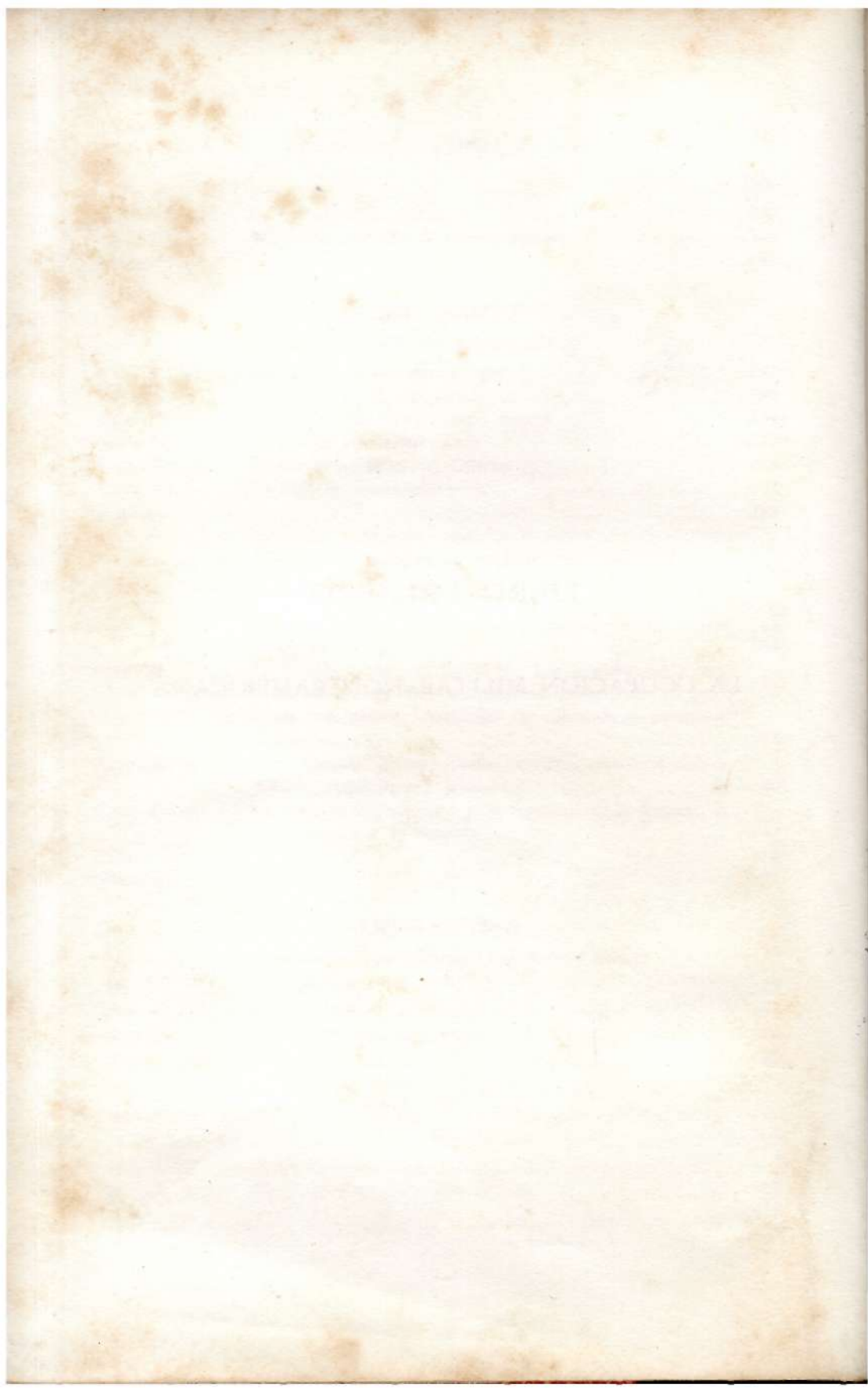
LIBRO OCTAVO

La Música

CAP. I Impresión Panorámica	433
CAP. II Pinar del Río y La Habana	447
CAP. III Matanzas y Las Villas	455
CAP. IV Camagüey y Oriente	465

LIBRO PRIMERO

LA OCUPACION MILITAR NORTEAMERICANA



CAPÍTULO I

INAUGURACION Y PRIMERAS DISPOSICIONES DEL GOBIERNO DEL GENERAL JOHN R. BROOKE. LA CUESTION DEL LICENCIAMIENTO DEL EJERCITO LIBERTADOR

EL día primero de enero del año memorable de 1899, la Casa o Palacio de Gobierno de esta ciudad de La Habana fué teatro de una ceremonia de trascendencia e interés americanos, valdría mejor decir universales. El último gobernador español de la isla de Cuba, el teniente general don Adolfo Jiménez Castellanos, declara con visible emoción que, en cumplimiento de lo dispuesto en el Tratado de Paz, de lo convenido por las Comisiones militares de evacuación y de las órdenes de su Rey, cesa de existir desde ese momento —las doce del día— la soberanía de España en la isla de Cuba. A su vez, el general John R. Brooke, afable y pundonoroso jefe militar norteamericano, a nombre del gobierno y del Presidente de los Estados Unidos, acepta el grande y grave encargo que se le ha confiado —el mando de la Isla—, y pide al Cielo que la prosperidad acompañe por todas partes al gobernador español y a los valientes que le siguen, en el viaje de regreso a sus hogares patrios. La dominación de España en tierras de América, cuatro veces secular, acababa de rendir su última e inolvidable jornada.

Martínez Ortiz, cronista veraz y puntualísimo, se complace en consignar que “ningún desorden hubo que lamentar aquel día: se registraron los accidentes acostumbrados de los centros populosos: quizás fueron menos”, y atribuye, y con razón, ese orden y tranquilidad excepcionales, no a la presencia de las fuerzas norteamericanas, sino a las ansias generales de la población cubana de entrar al fin en franco período de reposo tras la dura y espantosa conmoción de los años anteriores, y a la indudable sensación de bienestar experimentada asimismo por la muchedumbre. La prensa diaria, reflejo fiel de la opinión y el sentimiento generales, no dió cabida en sus páginas a enojosas manifes-

taciones de ásperos odios ni de enconados apasionamientos. En las calles engalanadas de la ciudad, el pueblo habanero jubiloso había aplaudido con entusiasmo el brillante desfile de las fuerzas americanas.

El nuevo Gobernador militar de la Isla creyó oportuno dirigir al pueblo de Cuba, momentos después de su toma de posesión, un bando o alocución que explicase, de manera brevísimas, los fines inmediatos de su gobierno. El general Brooke, comienza el bando, viene a continuar el propósito humanitario en virtud del cual los Estados Unidos intervinieron para ponerle término a las condiciones deplorables en que yacía la isla de Cuba. Su gobierno —el gobierno de la Ocupación militar— se propone dar al pueblo cubano la protección necesaria para que vuelva a sus ocupaciones de paz, fomentando, a ese fin, el cultivo de los campos abandonados y el casi paralizado tráfico mercantil, y protegiendo también, con celo y eficacia, el ejercicio de todos los derechos civiles y religiosos. A esos nobles fines, insiste el bando, tiende la protección de los Estados Unidos y el Gobernador tomará todas las medidas necesarias para el mejor y el mayor éxito de sus gestiones. Para el logro de sus propósitos, el gobierno, aunque establecido sobre base militar, se valdrá de la administración civil, en interés del pueblo de Cuba y de todos cuantos tengan en la Isla derechos y propiedades. La legislación española —el código civil y el criminal— quedará en vigor, pero será preciso hacerle, alguna que otra vez, aquellos cambios y modificaciones que se estimasen pertinentes. El pueblo de Cuba, “sin atender a su filiación anterior”, quedaba invitado y hasta se requería su concurso para establecer sobre cimientos firmes de moderación, conciliación y buena voluntad la convivencia general en la nueva situación que se acababa de establecer. El Gobernador, por último, se complacía en declarar que atendería gustoso a cuantos quisiesen consultarle acerca de los asuntos de interés público.

Sobre el establecimiento, más o menos cercano, de un gobierno propio, legítima e irreductible aspiración del pueblo de Cuba, el bando del Gobernador, omisión inquietante, no decía una sola palabra.

Grande, extraordinaria era la tarea que se vería obligado a cumplir el gobierno de la Ocupación militar, porque la guerra —nuestra heroica y costosísima guerra de independencia— había sumido al país en la miseria y postración más espantosas. Destruída la riqueza agrícola —los cañaverales y los sitios de labor habían sido totalmente arrasados—, “ni siquiera una choza rompía, con el tinte oscuro de su techumbre de bálago, la igualdad triste del paisaje; ni una res pastaba en las praderas inmensas; ni apenas un ave cruzaba el espacio, o alte-

raba con su canto el lúgubre silencio de aquella soledad augusta. La vida animal parecía haberse extinguido por completo. En el furor tremendo de la lucha, todo, absolutamente todo, había sido aniquilado. La herencia de los siglos habíase deshecho; del trabajo de las generaciones sólo quedaban, como huesos de esqueletos esparcidos al acaso, torres solitarias, muros ennegrecidos, montones informes de hierro cubiertos de óxido y ladrillos rotos o calcinados... Los centros de población, aun los del litoral, menos castigados por las calamidades, mostraban también sus huellas. Muchedumbres hambrientas pululaban por todas partes y cubrían con harapos de luto por la muerte de deudos más o menos próximos cuerpos extenuados hasta lo inverosímil, o a veces, hasta lo inverosímil también abultados por la hidroemia. Aquellas pobres gentes, sin auxilio alguno, habían agotado sus recursos y echado mano de toda clase de alimentos. Los más inmundos y repugnantes animales se devoraron con deleite y se buscaron con empeño frenético. Las raíces, los troncos y las hierbas se utilizaron también... Hubo familias extinguidas por completo; las salvadas presenciaron los horrores más grandes de la miseria”.

Pero además de reconstruir el país —tarea urgentísima— tenía el gobierno norteamericano que emprender la reorganización del corrompido y enmarañado sistema de administración insular, animado y presidido durante largos años por el cohecho y por el fraude, delitos reputados como “cosa corriente y hasta plausible”.

La falta de higiene pública constituía asimismo un vicio notorio y una amenaza segura y constante, que era preciso erradicar. La fiebre amarilla había producido y seguía produciendo centenares, miles de víctimas, y las poblaciones cubanas, aun la propia capital, tenían bien ganada reputación de sucias e insalubres.

La deficiente instrucción popular —unas pocas paupérrimas escuelas y unos cuantos y mal recompensados maestros— era responsable del crecido número de analfabetos que había entonces, y que el Censo de 1899 dió muy pronto a conocer.

Las obras públicas, como la higiene y como la instrucción, habían permanecido en un estado de total y completo abandono, huérfanas de iniciativas y protección oficiales.

El gobierno de Brooke, “con más suma de buen deseo que de recursos pecuniarios contantes y sonantes”, se entregó de lleno, con fe y entusiasmo singulares, a la ingente tarea confiada a su iniciativa y a su capacidad, y es justo y honrado reconocer que un “estímulo de acierto” pareció dirigir y orientar sus primeros difíciles empeños, y que la historia, maestra severísima, tendrá siempre una voz de aplauso

para el honrado gobernante norteamericano y para sus eficaces y animosos colaboradores, sin que sea posible olvidar, en el recuento de la magna tarea, la importante contribución del grande, noble y generoso pueblo de Cuba, más empeñado que nadie en superar, cuanto antes, la desastrosa situación en que le dejaron tres años de cruda contienda y de sacrificios inenarrables.

Gracias a esas primeras, oportunas medidas la ciudad de La Habana y la nación en general fueron ofreciendo a poco visibles y animadoras muestras de adelanto, y comerciantes y particulares supieron, por propia experiencia, que la infracción de las leyes y disposiciones de gobierno era pronta e inflexiblemente castigada, y que los tiempos habían cambiado.

Por otra parte, el general Brooke quiso también satisfacer, con encomiable resolución, las "reclamaciones de la opinión pública". El Banco Español, recaudador afortunado de las contribuciones durante la época colonial, vió perder muy pronto su odioso privilegio. Medida popular, que los periódicos habían demandado a nombre del país y que el General, previa consulta a Washington, no vaciló en adoptar.

Las fincas de labor, destruídas y abandonadas, volvieron a poblarse y a cultivarse, y el guajiro cubano, con escasos aperos y pocas y mal dispuestas bestias, tuvo que labrar la tierra —la tierra que había empapado con su sangre— a repetidos y fatigosos golpes de azada, sufriendo a menudo, tirado sobre el surco recién abierto, recios ataques de fiebres que minaban y depauperaban su débil organismo. En las poblaciones, las casas de comercio y algunas pequeñas industrias iniciaban asimismo una lenta pero segura recuperación.

La confianza, en cambio, en los designios y en la sinceridad del gobierno norteamericano no era, no podía ser completa. Numerosas fuerzas mambisas, expectantes y recelosas, manteníanse aún en los campamentos establecidos en la vecindad de los núcleos de población, y el propio general Máximo Gómez, que no veía claro, avizoraba con inquietud al porvenir.

A fines de octubre de 1898, el héroe magnífico se había dirigido al Presidente McKinley para, como General en Jefe del Ejército Libertador, "hondamente conmovido ante el movimiento compasivo que agita a vuestro noble pueblo", ser "antes vos, representante de esa gran Nación, fiel intérprete de nuestra gran gratitud". Pero, como observa Herminio Portell Vilá, el prodigioso caudillo cuidó de hacer repetidas y significativas alusiones, en su emotiva carta, a los sacrificios y padecimientos del heroico pueblo cubano por conseguir su independencia —conquistada "con la punta de la espada", puntualiza bien—, y de

referirse a la gran nación norteamericana y a Cuba como a dos países libres y distintos, aunque unidos estrechamente por la geografía, las relaciones económicas y la honda gratitud de los cubanos.

Dos meses más tarde, el general Gómez dirigía al pueblo cubano y al ejército una comentadísima proclama, dada en su Cuartel General, en *Narcisa*, a 29 de diciembre de 1898, y hecha pública un poco después, en los primeros días de enero del nuevo año.

Concluída la guerra y firmada la paz por nuestros aliados *tácitos*, los norteamericanos, rezaba la proclama, el General en Jefe había creído que era su deber no moverse del lugar donde disparó el último tiro y pudo al fin envainar la espada victoriosa, *sin un propósito político determinado*, mientras el vencido ejército español no abandonase por completo la Isla. Movióle a adoptar esa determinación el deseo de no perturbar quizás con su presencia la calma y la tranquilidad necesarias para establecer y consolidar la paz, amén del sincero anhelo de no molestar tampoco a los cubanos provocando inoportunas manifestaciones de júbilo. Pero, continúa la proclama, el período de transición va a terminar. Las tropas españolas abandonan el país y entrará a ejercer la soberanía entera de la Isla, *ni libre ni independiente todavía*, el gobierno de la gran república norteamericana, a virtud de lo estipulado en el Protocolo de Paz. Es entonces responsabilidad y tarea de todos afanarse porque el poder extranjero —la Ocupación militar norteamericana— paso previo para la constitución del gobierno propio, dure *el más breve tiempo posible*, “y a esa labor es necesario que nos dediquemos inmediatamente para dar cumplimiento [hacer ineficaces] a las causas determinantes de la intervención...”. Ahora bien, para que el ejército libertador quede disuelto y vayan todos sus componentes a confundirse entre las filas del pueblo —garantía auténtica de paz—, es preciso que antes, medida justa y nobilísima, se conduzcan a término feliz las negociaciones comenzadas para satisfacer, de manera prudente y equitativa, la deuda que con sus bravos servidores tiene contraído el país. Mientras todo eso fuere resuelto, concluye la proclama, el General en Jefe quedará en actitud de espera, en el sitio y condiciones que crea más convenientes, dispuesto siempre a ayudar a los cubanos a terminar la magna obra a que el bravo caudillo ha consagrado toda su vida.

Unos pocos días después, el 6 de enero de 1899, el general Máximo Gómez pone en conocimiento del Sr. Presidente y de los demás miembros que forman la Comisión Ejecutiva de la Asamblea de Representantes de la Revolución Cubana, reunida a la sazón en la finca *El Carmen*, en Marianao, “las consideraciones que me sugiere el pre-

sente momento, que me atrevo a calificar de trascendentalmente grave para el porvenir de la República". "Esperábamos todos, escribe el ilustre caudillo, que, en el mismo día y hora en que cesara la soberanía española en Cuba, y entrase de lleno, sin trabas ni estorbos de ninguna especie a ejercer el dominio del país, la Nación Americana, esa Comisión Ejecutiva —nuestro principal organismo político— hubiese convocado la Asamblea para considerar la situación y determinar a segundas la constitución de la República de Cuba. No creo que ahora que ha llegado el momento se deba perder un solo minuto de tiempo en emprender esa obra, único medio de concluir la labor y despedir al poder extranjero —para mí injustificable y que a la larga constituye un peligro para la independencia absoluta de Cuba— que ejerce en esta tierra. Si motivos que yo no alcanzo a penetrar, cohiben al pueblo cubano de alcanzar su soberanía sobre la propia tierra conquistada a costa de tantos sacrificios y de tanta sangre derramada, orillemos aquéllos hasta conjurarlos, y no levantemos mano de la obra hasta tanto dejarla terminada. Por tanto, me permito hacer estas indicaciones inspiradas, como siempre, en el bien de este país que tanto amamos, y tan caro nos cuesta."

La Comisión Ejecutiva, seriamente alarmada, acordó expresar al General en Jefe que no veía la procedencia de verificar una reunión que, a su juicio, carecería de objeto, ni estimaba oportuno, por otra parte, congregar un Cuerpo que funcionaba ya, activa y fecundamente, por el medio eficaz de sus autorizadas delegaciones. La Comisión se apresuró además a manifestar al general Gómez que no tenía hasta entonces motivo alguno para dudar de la actitud correcta de la Autoridad Superior que los Estados Unidos designaran para desempeñar el mando de la Isla. En los diez días escasos que iban transcurridos desde su toma de posesión, prosigue, se había adelantado bastante en el camino de la comprensión e inteligencia entre el general Brooke y los elementos revolucionarios y la Comisión no pensaba que fuera temerario afirmar que se llegaría a una intimidad tan grande de relaciones, que la misma facilitaría y abreviaría el tránsito de la Ocupación militar al gobierno independiente, única solución que satisfaría plenamente las justas aspiraciones del pueblo de Cuba. "La situación, terminaba la carta, es de trabajo, de vigilancia y de previsión. No es de alarma ni de suspicacia. Si lo fuera tenga Ud. la seguridad que la Comisión Ejecutiva, consciente de su responsabilidad ante su pueblo y ante la Historia, tendría las energías necesarias para hacer frente a las emergencias que ocurriesen, vengan de donde vinieren, y abriga fe completa en que no habrá de faltarle el concurso de los buenos cu-

banos para zanjar cualquier conflicto que se presentase a la Revolución y la Patria."

La Comisión cuidó también de recordar al general Gómez que la Asamblea de Representantes había designado una delegación encargada de practicar cerca del gobierno de Washington, "gestiones de gran trascendencia", cuyo resultado, adverso o favorable, era prudente aguardar.

Dos días después de su vibrante comunicación a la Asamblea, el general Gómez consigna en su diario de campaña que se propone acentuar la política de fusión que ha venido preconizando, para librar al país, lo más pronto posible, de la tutela extranjera. Los americanos, afirma, se están cobrando demasiado caro, con la ocupación militar de la Isla, su espontánea intervención en la guerra con España. Nadie se explica la ocupación, recalca; del mismo modo que todo espíritu levantado, generoso y humano se explicaba, y hasta deseaba, la intervención. Nada más racional y justificado que el dueño de la casa, el mismo que le va a vivir con su familia, sea la persona que la amueble y adorne a su satisfacción y a su gusto, y no se vea obligado a seguir, en contra de su voluntad, las imposiciones de su vecino. No podrá haber verdadera paz moral en Cuba —la paz que necesitan los pueblos para asegurar su dicha y su ventura—, mientras dure el gobierno transitorio establecido por la fuerza y por lo tanto ilegítimo, e incompatible además con los principios que el país entero ha venido sustentando tanto tiempo y en defensa de los cuales ha sacrificado la mitad de sus hijos y consumido todas sus riquezas. El gran batallador había soñado en hacer la paz con España; esperó y deseó despedir con respeto a los valientes soldados peninsulares, pues las palabras paz y libertad no debían inspirar más que amor y fraternidad en la mañana de la concordia entre los encarnizados combatientes de la víspera. Pero los norteamericanos, con su tutela establecida por la fuerza, habían amargado el contento de los cubanos, sin haber logrado endulzar la triste pena de los vencidos. El general Gómez, por último, vaticinaba la posibilidad de que el día que cesara la ocupación militar, no dejaran los americanos, en Cuba, "ni un adarme de simpatía". Y así, con esa pesimista manifestación, concluye el diario de campaña del estupendo guerrero y patriota vigilante y ejemplar.

Los asambleístas de La Yaya no pudieron prever —no era lógico que lo previesen— que la guerra por la independencia de Cuba habría de terminar, unos meses después, por la concertación de un protocolo de paz donde no figurarían como parte los patriotas cubanos, inicia-

dores y sostenedores únicos durante más de tres años de la áspera y mortífera contienda. "Honda preocupación creó la imprevista novedad en los guidores de los destinos revolucionarios, han escrito Joaquín Llaverías y Emeterio S. Santovenia, por lo mismo que en aquéllos se mantenía vivo el alto espíritu jurídico que fué compañero de sus ansiedades liberadoras a través de dilatado lapso." En tan críticas circunstancias, el Consejo de Gobierno, tras madura deliberación, creyó prudente y acertado convocar la Asamblea de Representantes de la Revolución Cubana, como si se hubiesen cumplido a cabalidad las condiciones establecidas por los artículos 40 y 41 de la Constitución de La Yaya.

La Asamblea de Representantes —"la cuarta Asamblea en que se reúne el pueblo armado de Cuba, tercera de la actual campaña y primera bajo la sombra de la paz", como declaró, en la sesión inaugural de sus tareas, el Presidente del Consejo de Gobierno que expiraba, el mayor general Bartolomé Masó y Márquez—, inició sus graves labores el día 24 de octubre de 1898, en Santa Cruz del Sur, provincia de Camagüey. El general Domingo Méndez Capote, figura preeminente de la Revolución y jurisconsulto de nota, pasó a ocupar la presidencia del flamante organismo, cargo que desempeñó hasta que, designado miembro del gabinete del gobernador Brooke, tan señalada y responsable posición recae en el primer vicepresidente, el también general Fernando Freyre de Andrade.

La novísima Asamblea consagró su atención, desde un principio, al examen de tres cuestiones o problemas fundamentales: el licenciamiento del glorioso ejército libertador; el nombramiento de una comisión encargada de realizar ante el gobierno de McKinley "arduas gestiones con relación al propio extremo del licenciamiento"; y la creación de una Comisión Ejecutiva, delegación responsable y permanente, elegida de su propio seno. Pero el propósito "principal y general" de la Asamblea, afirma Portell Vilá, no era otro que penetrar las verdaderas intenciones de los Estados Unidos, a fin de trazarse la línea de conducta cubana a seguir con respecto a las mismas.

El licenciamiento del ejército libertador fué cuestión planteada y discutida en seguida por el supremo organismo revolucionario, ya que la difícil situación de los sufridos soldados cubanos era preciso encararla y resolverla cuanto antes, en aras muy principalmente de la tranquilidad y el sosiego públicos y de la pronta recuperación económica del país. La Asamblea, con prudente y mesurado criterio, decidió el licenciamiento forzoso de todos aquellos individuos que ingresaron en el ejército libertador con posterioridad al día 25 de agosto de 1898,

fecha de la suspensión de hostilidades aceptada por el Consejo de Gobierno, y dispuso asimismo que por los distintos Jefes de Cuerpo se concediera licencia voluntaria a todos los individuos del ejército, cualquiera que fuese su grado o categoría, que desearan abandonar las filas para retirarse a sus casas o emprender algún trabajo.

Pero no bastaba con discutir y acordar las medidas que regulasen el licenciamiento del Ejército Libertador. Y la Asamblea, consciente de su alta responsabilidad, se preocupó asimismo de crear una Comisión que fuese a Washington —sesión del día 10 de noviembre de 1898—, a “hacer valer ante el Poder Ejecutivo de los Estados Unidos de América las honestas pretensiones cuya satisfacción consideraban los representantes de la Revolución indispensables para que los componentes activos de ésta retornasen a la vida de la paz en forma acoplada a los sacrificios afrontados”.

La Comisión designada —Calixto García Iñiguez, presidente; José Antonio González Lanuza, Manuel Sanguily, José Miguel Gómez y José Ramón Villalón, vocales—, debía afanarse por realizar —encargo especialísimo de la Asamblea— las siguientes gestiones: 1. Exponer a la consideración del gobierno norteamericano que la Asamblea de Representantes del pueblo armado de Cuba consideraba oportuno el licenciamiento del ejército libertador; 2. Recabar que no se llevase a cabo la disolución de las fuerzas que lucharon por la independencia, sin que antes se proporcionara a los que formaron en sus filas los recursos pecuniarios suficientes para atender a sus necesidades; 3. Solicitar, con la garantía de las rentas públicas de Cuba, la suma indispensable para proceder al referido licenciamiento; 4. Ofrecer, confiados en las resoluciones del Congreso norteamericano de 19 de abril de 1898, que proclamaban y aseguraban la independencia de la isla de Cuba, el apoyo decidido de los elementos revolucionarios cubanos, dispuestos todos a secundar la acción del gobierno de Washington, ya organizados en la forma que se encontraban, ya agrupados del modo que se les indicase.

Pero el éxito no coronó las arduas gestiones de los comisionados, y en las entrevistas y en los cambios de impresiones y de notas celebrados con el Presidente McKinley, con algunos miembros de su gabinete, con varios senadores y con otras personas de influencia y de significación política, los delegados de la Asamblea no lograron obtener los objetivos concretos y determinados de su misión —las encomiendas de la Asamblea—; pero, como ha señalado Portell Vilá, sus gestiones sirvieron, sin embargo, “y muy poderosamente, para marcar nuevos rumbos a la política norteamericana en Cuba”, y “conquista-

ron para el pueblo cubano un respeto y una consideración que hasta entonces les habían sido negados, e impidieron más de una injusticia...".

El Presidente McKinley, informó más tarde la Comisión a la Asamblea, se había mostrado favorable, desde un principio, a solicitar del Congreso Federal una apropiación de dinero suficiente para ayudar a los soldados cubanos, de manera que les fuese dable consagrarse de nuevo a sus pacíficas ocupaciones. Pero el Presidente, continúan los comisionados, quería dar a esa medida el carácter de un socorro o ayuda caritativa. La Comisión, inconforme, hizo constar sus vivos deseos de que los fondos que habrían de aplicarse —la apropiación que sugería McKinley— fuesen a modo de un modesto anticipo del pago total de sus haberes a los soldados cubanos, préstamo que podría hacerse con la fianza o garantía de los ingresos públicos de la Isla. (El general Calixto García, respondiendo a preguntas de McKinley, consideró suficiente la cantidad de cien pesos para cada soldado, y estimó en unos 30,000 hombres, poco más o menos, el número total de los que formaban el ejército cubano; pero el resto de los comisionados se apresuró a señalar su disenso "con la proporción relativa a la cuantía que había asignado su presidencia". La mayoría de la Comisión se inclinaba a solicitar la suma de diez millones de pesos, y no la de tres, como resultaba de los estimados del general García.)

El ejecutivo norteamericano manifestó que veía muy difícil que la inversión de esa suma —los fondos cuya apropiación estaba dispuesto a solicitar— se destinase al pago de los haberes del ejército cubano, no sólo porque resultaría inconstitucional una disposición destinada a sufragar la paga de un ejército extranjero, sino porque al abonar, aunque fuese parcialmente, dichos emolumentos, se estaría reconociendo la validez y eficacia de actos realizados por el organismo revolucionario cubano (la Asamblea de Representantes), lo que se hallaba en franca contradicción con la política seguida hasta entonces por el gobierno de los Estados Unidos.

Con posterioridad a la entrevista con McKinley, los comisionados recibieron de manos del Secretario de Justicia de la Unión unas breves declaraciones que eran, en esencia, una simple ratificación de las manifestaciones hechas por el Presidente: "Que la Administración americana en Cuba no procurará sino el bien de Cuba; que todas las rentas públicas del país se invertirán en él y para su beneficio; que los Estados Unidos no usarán *ahora* esas rentas para el pago de las tropas americanas en la Isla, y que si dichas rentas tuviesen un sobrante, se procuraría aplicar ese sobrante a nuevas entregas de dinero a las fuerzas cubanas, pero sin que en este momento pudiera contraer sobre ello

compromiso concreto, pues que el asunto dependerá de la cuantía de los ingresos y de la proporción de los gastos”.

Los Comisionados protestaron, con gran copia de razones, de la rebaja de las tarifas arancelarias cubanas en favor de los industriales y productores norteamericanos sin que, en justa reciprocidad, se hubiese hecho igual con las tarifas de la Unión. El Secretario Gage adujo en defensa de este irritante privilegio que el gobierno de los Estados Unidos no podía introducir reformas de ninguna clase en sus aranceles, porque los mismos eran de carácter general y para el mundo entero, sin preferencias ni prerrogativas en favor de pueblo alguno, y señaló, por último, que en el futuro, cuando hubiese en Cuba un gobierno independiente, podría éste concertar ventajosos tratados comerciales de reciprocidad, y si, por otra parte —argumento en pro de la anexión— la isla era incorporada a los Estados Unidos, entonces sus tarifas serían las mismas de la Unión, sin diferencias de ningún género.

La Comisión creyó oportuno asimismo reclamar con respecto a las concesiones de obras públicas en la isla de Cuba, “que puesto que de nuestros intereses se trataba, interviniéramos de una manera directa los cubanos para denegarlas o concederlas”. El Secretario de Justicia, Griggs, declaró a los Comisionados que era propósito firme del gobierno norteamericano no hacer concesiones de obras ni de servicios públicos durante el tiempo que durase la Ocupación militar, promesa que hizo efectiva poco después la ley Foraker.

El senador John Morgan, hizo constar la Comisión, “tuvo la benevolencia de facilitarnos un memorandum de las proposiciones, que según nos participó, estaba dispuesto a sostener en el Congreso, y de las que creía que debían informar la política de éste y de la Administración, por lo que —y a petición suya— se le hicieron las observaciones que, con el texto traducido del memorandum, acompañamos a este informe”.

En vano los comisionados de la Asamblea, infatigables, batallaron una y otra vez por obtener un empréstito de diez millones de pesos, cantidad que, a su juicio, era indispensable para afrontar los gastos de licenciamiento del ejército libertador; sus esfuerzos, sus pertinaces esfuerzos, resultaron ineficaces, estériles, “quedando en consecuencia limitado el auxilio [no el préstamo] que nos ofrece el gobierno americano” a la suma de tres millones de pesos, que había estimado suficiente el general Calixto García.

Las únicas ventajas logradas por la Comisión en sus entrevistas con el Secretario de la Guerra R. A. Alger, y con el representante personal del Presidente McKinley, Robert P. Porter, redujéronse a que un ofi-

cial cubano cooperaría con otro norteamericano en la distribución de los fondos, y que los soldados cubanos entregarían sus armas no a las autoridades de Ocupación, sino a la propia Asamblea o a un delegado suyo. La proposición de que los cien pesos que se darían a cada individuo fueran entregados en concepto de una parte de sus haberes, fué rechazada de plano por el Secretario Alger.

Con respecto a la política que el gobierno de los Estados Unidos se proponía seguir en la Isla —la gran preocupación cubana de esos días—, “fué imposible en absoluto a los comisionados —a pesar de su empeño y sus insistencias— obtener explicación alguna, sino sólo manifestaciones vagas, y aun frases más o menos evasivas, ni del Presidente, ni de los Senadores, ni de las demás personas a quienes consultaron y requirieron; por más que todos declararon que estaban resueltos a cumplir fielmente las resoluciones del Congreso de 19 de abril de 1898, sin que dejaran nunca escapar ni una palabra respecto de los medios que hayan de adoptarse para obtener este resultado, ni el tiempo de la ocupación de la Isla, como si en realidad no tuviesen programa político definido; así es que, aun cuando varias veces solicitamos que, con el objeto de cooperar inteligentemente por nuestra parte con las autoridades americanas en la obra de reconstruir el país, se nos indicara el camino o la conducta que debíamos seguir, quedamos siempre en la misma densa oscuridad; porque jamás fueron explícitas y francas con nosotros aquellas eminentes personas a quienes acudimos en busca de luz con que guiarnos para no tropezar en el camino y para que nadie tropezara tampoco, y menos por causa de la confusión o los errores de nuestros informes o consejos”.

La Comisión, aparte del fracaso evidente de sus gestiones, sufrió además la pérdida del bravo y esforzado campeón que fuera su ilustre presidente. Apenas iniciadas sus actividades, un día nefasto, el 11 de diciembre de 1898, el mayor general Calixto García Iñiguez, orgullo, esperanza y sostén de la patria atribulada, moría, infortunio irreparable, víctima de una cruel y terrible dolencia que arruinó sus pulmones y abatió su recia constitución.

La muerte del general García acentuó a favor de los Estados Unidos, ha escrito Portell Vilá, las perspectivas de una “pacífica consolidación del régimen de gobierno impuesto a Cuba”; porque Calixto García era, sin duda alguna, “el soldado de la Asamblea, el único, excepción hecha de Gómez, que podía haber galvanizado a los cubanos a un movimiento de resistencia armada...”. La desaparición del héroe de Báguanos y de Santa María, colocaba pues a la Asamblea “a la defensiva, con Gómez en una posición preponderante: si se podía con-

vencer a este último de la conveniencia de una colaboración directa para mantener un régimen político dominado por los Estados Unidos, la Asamblea tendría que disolverse y dejaría de ser un factor inquietante en el presente y el futuro de Cuba". Al logro de esa finalidad, lo veremos muy en breve, habría de consagrar todos sus esfuerzos el gobierno del Presidente McKinley.

(El propósito de establecer una Comisión Ejecutiva, con carácter permanente —la tercera de las cuestiones fundamentales a cuyo estudio se dedicó la Asamblea de Representantes— fué discutido y aprobado los días 9 y 10 de noviembre de 1898. Cinco distinguidos asambleístas formaron el nuevo organismo: Rafael M. Portuondo, como presidente; Francisco Díaz Vivó, Juan Gualberto Gómez, Aurelio Hevia y Manuel Despaigue, como vocales. José Clemente Vivanco, el competente y probo secretario del extinguido Consejo de Gobierno, fué designado para ocupar la secretaría de la Comisión. Fueron atribuciones de la Comisión Ejecutiva: "realizar actos consagrados a mantener el imperio del derecho en las filas libertadoras, lograr un estado general de ellas, legalizar la situación de sus componentes y obtener los medios necesarios para su sostenimiento". Al flamante comité pasó también la facultad de "resolver las peticiones que se le dirigiesen, nombrar y separar a los empleados públicos de la revolución, conceder pasaportes y extender salvoconductos para el desempeño de funciones oficiales", potestad que antes residía en el Consejo de Gobierno.)

La Ocupación norteamericana dividió la isla de Cuba en siete departamentos militares: las seis conocidas provincias españolas y una nueva demarcación que se creaba y que abarcaría la ciudad de La Habana. Del Departamento de Santiago de Cuba, "ya estaba encargado y hasta había hecho de él una república minúscula, anota Martínez Ortiz, el general Leonardo Wood, hombre de altas dotes de gobierno y de cualidades poco comunes". Para los departamentos de Puerto Príncipe, Santa Clara, Matanzas, La Habana, con excepción de la capital, y Pinar del Río, fueron designados los generales L. H. Carpenter, G. J. Bates, James Wilson, Fitzhugh Lee y George W. Davis, respectivamente. Para el mando de la ciudad de La Habana se escogió al general William Ludlow, "soldado hasta la médula, recio de carácter y persona a quien la pobreza de su salud quebrantada, hacía de hosco ceño y de áspera condición; pero estaba dotado de inteligencia cultivada y de talento agudo y perspicaz". Todos los nombramientos aludidos fueron hechos por orden del Secretario de la Guerra de los Estados Unidos, Mr. R. A. Alger.

La policía de La Habana se puso a las órdenes de George M. Mutton, a quien habría de asesorar en sus empeños el antiguo y reputado jefe del cuerpo de la ciudad de Nueva York, John Mc Cullogh. Un poco de tiempo después, el mayor general Mario García Menocal, prestigioso jefe revolucionario cubano, se hacía cargo del mando. El cuerpo de policía habanero, organizado e instruido por oficiales inteligentes y capaces, llenó muy pronto su cometido de modo cabal y satisfactorio.

Una medida indispensable se tomó asimismo por entonces: la recogida de las numerosas armas y municiones que se encontraban aún en poder de los vecinos. Hubo tenaces resistencias y señalados intentos de ocultación, pero a la postre con discretos recordatorios y hábiles manejos fueron recogidas grandes cantidades. Los antiguos voluntarios españoles habían sido los más renuentes a cumplir la disposición.

El general William Ludlow, jefe militar de la ciudad de La Habana, cumpliendo órdenes superiores, constituyó, el día 14 de enero de 1899, el nuevo ayuntamiento capitalino. Un distinguido caballero y opulento hacendado, el Sr. Perfecto Lacoste, de conocidos antecedentes patrióticos —había sido delegado de la junta revolucionaria habanera—, fué designado Alcalde. Para adjuntos, se escogió a los señores José María Bérrez, Nicasio Estrada Mora, Juan Hernández Barreiro, Emilio Núñez y Alfredo Zayas, hombres capaces y de excelente reputación. Juan Ramón O'Farrill pasó a ocupar el cargo de Síndico general, y Agustín García Osuna y Orencio Nodarse, los de Tesorero y Contador, respectivamente. Un grupo destacado de vecinos de la ciudad fué escogido para desempeñar las concejalías. Por el mismo decreto, el Sr. Federico Mora fué exaltado al cargo de Gobernador de La Habana.

"Desde muy lejana época, si en alguna ocasión la hubo, escribe Martínez Ortiz, no había presentado La Habana conjunto tan selecto para administrarla o para ostentar su representación. Orgullosa debió sentirse la ciudad de aquellos hijos o vecinos; andando los tiempos, le dieron, en esferas distintas de actividades, gran lustre y altísimo relieve."

El general Brooke procedió también, en aquella fecunda jornada, a la constitución del gobierno civil de Cuba y a la designación de los miembros de su gabinete. Desde el punto de vista administrativo, la Isla quedó dividida en cuatro departamentos: Estado y Gobernación; Hacienda; Justicia e Instrucción Pública; Agricultura, Comercio, Industria y Obras Públicas. Fueron escogidos para desempeñar las flamantes secretarías, los señores Domingo Méndez Capote, Pablo Desvernine, José Antonio González Lanuza y Adolfo Sáenz Yáñez. La opinión pública recibió bien todas las designaciones, menos una, la del Sr. Sáenz Yáñez, "a quien no hacía muy recomendable por el momento"

su extremada devoción al régimen caído". El Secretario de Estado y Gobernación, Dr. Méndez Capote, solicitó, antes de aceptar, que se le permitiese conseguir la venia de la Comisión Ejecutiva de la Asamblea de Representantes, y el general Brooke y más tarde la Comisión le dieron a poco una y una autorización. González Lanuza, ausente en los Estados Unidos, tomó posesión a su regreso.

Una efemérides inolvidable tuvo entonces su primera pública conmemoración. El día 28 de enero, la honda devoción de los emigrados cubanos de Cayo Hueso hizo colocar una sencilla lápida de mármol en la casa de la calle de Paula número 102, donde había abierto los ojos a la luz, en 1853, el genio extraordinario del gran Apóstol de Cuba, el inmenso José Martí.

El gobierno de McKinley, renuente a reconocer la personalidad política de la Asamblea cubana y afanado en cambio por ganarse la cooperación decisiva del general Máximo Gómez, cuya actitud vigilante y recelosa conocía, decidió a la postre que un representante personal del Presidente norteamericano, Mr. Robert P. Porter, viniese a Cuba a substanciar, mano a mano con el ilustre caudillo, los problemas más urgentes del momento. Gonzalo de Quesada, secretario de la Delegación cubana en los Estados Unidos y figura grata al gobierno norteamericano y al general Gómez, acompañaría a Porter, para facilitar, sin duda alguna, el éxito de sus gestiones conciliatorias.

A fines de enero, Porter y Quesada llegaron a La Habana y en seguida, "con toda diligencia", emprendieron el viaje a Remedios, donde aun permanecía el General en Jefe. (Gonzalo de Quesada había aliviado un tanto la tensión general asegurando, en *La Discusión*, que "mucho antes de lo que la generalidad se figura, pues en cuestión de meses, será retirada de Cuba la mayor parte de las tropas americanas, y si nosotros procedemos con cordura, con calma, perfectamente unidos todos los cubanos, la República se establecerá en fecha no lejana. De todos modos se establecerá, pero de nosotros depende que el plazo sea más o menos breve".)

El general Brooke, cuyas relaciones con Máximo Gómez hallábanse entibiadas por enojosas "cuestiones de susceptibilidad" ("a point of personal dignity, or something of that kind", como afirma Albert G. Robinson, citado por Portell Vilá), se vió precisado, sin embargo, cumpliendo instrucciones concretas de McKinley, a dirigirse por escrito al General en Jefe del Ejército Cubano presentándole al comisionado presidencial y rogándole además que viniese a La Habana, a fin de acordar, entre ambos, las cuestiones indispensables para su mejor y más efectiva colaboración.

La histórica entrevista de Porter con Máximo Gómez tuvo lugar el día primero de febrero, en Remedios. Antes, Gonzalo de Quesada, negociador habilísimo, le había asegurado al cauto y receloso general la buena fe y la sinceridad de intenciones que animaban al comisionado y al gobierno norteamericano.

McKinley, corroboró Porter, no abrigada propósitos anexionistas y sus planes reducíanse a reconstruir el país, dislocado por la guerra y la mala administración colonial, y a restablecer la paz con el licenciamiento de las fuerzas cubanas. A éstas, aclaró el comisionado, se les entregaría una suma de dinero *per cápita*, que ayudase a los heroicos mambises a reintegrarse a la vida civil, y a cambio de la cual harían entrega de sus armas a la Asamblea. Oficiales cubanos y norteamericanos tomarían a su cargo la distribución de esos fondos, bajo la alta inspección y dirección del general Brooke.

El general Gómez, desvanecidos sus justos temores —“la visita de Ud. ha derramado luz en nuestro camino”, le dijo a Mr. Porter—, aceptó con patriótica resolución la realidad indiscutible de la hora —el gobierno transitorio de la Ocupación militar—, y se dispuso a abandonar su prudente actitud de aislamiento y de reserva.

A McKinley, aseguró Gómez por telégrafo, que muy en breve, siguiendo sus prudentes consejos, marcharía a La Habana a conferenciar con Brooke, “para que todo marche bien... y para cooperar gustoso a la reconstrucción de Cuba”. “La cooperación del general Gómez en la pacificación de Cuba, comentó el Presidente, será del mayor valor para ambos pueblos.”

Pero Máximo Gómez quiso, antes de hacer su entrada en La Habana, recorrer algunas poblaciones de Santa Clara y de Matanzas, y en todas partes el pueblo, agradecido, se apretó delirante de entusiasmo alrededor de la figura extraordinaria del bravo libertador.

Mientras el general Gómez visitaba, héroe aclamadísimo, las poblaciones de Las Villas, la ciudad de La Habana fué testigo de un desagradable incidente que pudo haber tenido graves y acaso funestas consecuencias.

Un buque de guerra norteamericano, el *Nashville*, había traído a Cuba el cadáver del mayor general Calixto García Iñiguez, a quien el gobierno y el pueblo de los Estados Unidos acababan de rendir honores magníficos e inusitados. Los despojos mortales del bravo adalid, colocados en lujoso sarcófago, fueron expuestos en el salón de honor de la Casa Consistorial habanera, y una muchedumbre respetuosa y recogida desfiló frente a ellos, hora tras hora. El día del entierro

—11 de febrero de 1899— y cuando el cortejo fúnebre iniciaba su marcha, una disposición inconsulta de un oficial subalterno norteamericano, dió lugar al triste y lamentable suceso a que hemos aludido.

El orden de la comitiva habíalo dispuesto el general Ludlow, con la consulta y la aprobación de los señores Federico Mora y Perfecto Lacoste, Gobernador y Alcalde, cubanos, respectivamente, de La Habana. Detrás del féretro, acordóse, formarían los deudos del ilustre general desaparecido y los miembros del Ayuntamiento; luego, las autoridades norteamericanas; en pos de ellas, la Asamblea; después, el resto del acompañamiento. Fuerzas norteamericanas y cubanas cerrarían el imponente cortejo. Pero al cruzar el carruaje que ocupaba el Gobernador Militar, un grupo de fuerzas de caballería norteamericana —el estado mayor y algunos hombres de la escolta del general Brooke—, se puso en movimiento y marchó detrás de su jefe. Los asambleístas cubanos y muy principalmente su presidente el general Freyre de Andrade, protestaron con vehemencia de aquella infracción del ceremonial convenido, que consideraban como una vejación insoportable. Los oficiales norteamericanos, díjose entonces, hicieron caso omiso de las protestas o, lo que fué peor, contestaron con palabras y expresiones “un tanto descompuestas”. El general Brooke, advertido, “ya porque no le concediese importancia al asunto o porque desconociese el alcance que iba a tener”, se concretó a decir: “Es mi orden”; respuesta imprudente que movió a los miembros de la Asamblea a retirarse en masa del cortejo, e inspiró al general Freyre de Andrade la orden desacertada de que abandonasen también el entierro las tropas cubanas. Las fuerzas mambisas —“lo mismo las del cordón que aquellas que cubrían la carrera”— acataron el mandato, actitud que fué seguida por altos jefes y oficiales y numerosos funcionarios civiles cubanos. Y el héroe de cien combates, el glorioso animador de una de nuestras tres heroicas guerras por la independencia, fué enterrado, ocurrencia infortunada, sin que los bravos soldados que había conducido tantas veces a la victoria, hiciesen las salvas consabidas en su honor.

El triste suceso conmovió a Cuba y fué objeto de los más variados y apasionados comentarios. “En los corrillos y mentideros, consigna Martínez Ortiz, cada cual comentaba a su antojo lo acaecido... No eran pocos los que pregonaban, a grito herido, que era preciso llevar las cosas por la tremenda... La prensa radical puso de oro y azul al Gobernador y le pidió lisa y llanamente la dimisión de su cargo.”

El general Brooke trató de justificar su conducta con discretos y oportunos razonamientos. Nadie que sea capaz de discernir con frialdad, declaró, “puede suponer que yo haya tratado de inferir, a sabien-

das, un agravio a los cubanos, y menos en momentos de concurrir voluntariamente a honrar de manera tan solemne a uno de los hijos más preclaros del país". "A la postre, concluye Martínez Ortiz, una buena parte de la culpa por lo ocurrido cargóse en cuenta al entono y puntilloso carácter del presidente de la Asamblea."

Por fin, el día 24 de febrero de 1899, cuarto aniversario del inicio de la tercera y decisiva contienda emancipadora cubana, el general Máximo Gómez hizo su entrada triunfal en esta ciudad, y la población capitalina, tremante de júbilo y como enloquecida, pudo contemplar a sus anchas, por primera vez, la figura erguida y sonriente sobre su corcel del héroe prodigioso que era a sus ojos la viva encarnación del más puro y desinteresado patriotismo, guardián irreductible de sus grandes ansias de libertad y de gobierno propio. En la *Quinta de los Molinos*, antigua residencia veraniega de los capitanes generales españoles, quedó alojado el General.

Ir a visitarle a la *Quinta*, "hízose cosa de moda. Acudían allí, día tras día, damas, generales y pueblo. Rara era la tarde en la cual no se improvisaba un mitin en las extensas explanadas de los jardines. Se pronunciaban discursos sobre el mismo tema; al público, embriagado con el triunfo de la Revolución y con la presencia del gran jefe, se le antojaban nuevos siempre los conceptos y no se saciaba de oírlos." "Cuando por las tarde, ha escrito Benigno Souza, el General, soberbio caballista, paseaba sobre *Zaino* por nuestras calles, por el Prado, los coches, los jinetes y hasta los peatones interrumpían su marcha para servirle de escolta; si se detenía de visita en alguna casa de las de la ciudad, se adivinaba en seguida su presencia en ella por la tumultuosa muchedumbre agolpada en la calle; en fin, Gómez, en plena apoteosis, monopolio de la actualidad, borró con su nombre a todo el mundo mambí. Para los cubanos él era la síntesis del poema revolucionario; los demás, nada." "Me duele el cuerpo de los abrazos y los besos. Mi vieja chaqueta está perdida del polvo blanco de las doncellas y de las viejas...", escribe el admirado caudillo.

Y fué en esas circunstancias —momento infortunado— que la Asamblea de Representantes de manera imprudente y temeraria pretendió declararse en franca e intransigente oposición a las opiniones y tendencias que representaba y defendía el general Máximo Gómez. Pero a la narración y valoración de esa desdichada controversia, bien vale la pena que le consagremos, íntegramente, el próximo capítulo de este libro dedicado a estudiar las dos etapas de gobierno de la Ocupación militar norteamericana.

CAPÍTULO II

LA ASAMBLEA DEL CERRO Y EL GENERAL MAXIMO GOMEZ

DESPUÉS de la evacuación de las tropas españolas, la isla de Cuba, ha escrito Manuel Sanguily, quedó en un dualismo de facto: hubo frente a frente, la Asamblea elegida por los elementos revolucionarios cubanos y el gobierno extranjero de ocupación, y hasta dos ejércitos, uno nativo y otro estadounidense, distribuidos por todo el territorio de la Isla. Esa anómala situación, abocada a choques inevitables y gravísimos peligros, no debía, no podía perdurar. El desagradable incidente ocurrido durante los funerales del mayor general Calixto García Iñiguez, dejó la impresión en el ánimo de todos, con-signa Portell Vilá, de que se había producido el primer encuentro “entre el interés cubano y el norteamericano”.

El general Máximo Gómez, con prudentísima y encomiable actitud, había aceptado a la postre la dura realidad de los hechos —la Ocupación militar norteamericana, que se le aseguró que sería transitoria—, y confiado se dispuso a prestar su valiosa y decisiva ayuda en la pacificación y reconstrucción del país, objetivos esenciales e inaplazables del momento. La Asamblea, menos comprensiva o acaso más exaltada, y que además se veía desconocida por el gobierno de McKinley, intentó sostener son tenacidad sus criterios y prerrogativas, y con notoria imprudencia arremetió, en hora infortunada, contra la figura prestigiosísima del general Máximo Gómez, ídolo aclamado y consentido del pueblo entero de Cuba.

(La Asamblea de Santa Cruz del Sur —organismo intermedio entre la Asamblea ordinaria y la Convención Constituyente que debería establecer en definitiva la República, según la justa apreciación de Juan Gualberto Gómez—, había proseguido sus tareas en El Cano y más tarde en Marianao, y vino a terminarlas en la casa número 819 de la Calzada del Cerro. De ahí las dos denominaciones por las cuales fué conocida entonces y se le conoce aún: Asamblea de Santa Cruz

del Sur, por la población camagüeyana donde inició sus labores, y Asamblea del Cerro, por la barriada habanera donde acabó por disolverse, el día 4 de abril de 1899.)

La Asamblea no se dió fácilmente por vencida en sus deseos de lograr un empréstito, y no un donativo, para proceder al pago y licenciamiento del ejército libertador. Mucho habían contribuído a mantener esa actitud los ofrecimientos de banqueros y hombres de negocios estadounidenses a los comisionados cubanos que permanecían en Washington, a nombre y en representación del supremo organismo revolucionario. La corrupción administrativa y el sometimiento cada día mayor de funcionarios y legisladores a los dictados de los grandes intereses financieros, bajo el gobierno de McKinley, hizo pensar a los asambleístas, subraya Portell Vilá, en la posibilidad de vencer la resistencia del Presidente y de sus consejeros más escuchados a través de la acción de esos elementos poderosos e influyentes. Para la Asamblea, la concertación del empréstito significaba además, y muy principalmente, una de estas dos ventajas ciertas: o aceleraría el final de la ocupación norteamericana, o traería aparejado el reconocimiento político del organismo cubano, situaciones una y otra que eran en definitiva "un compromiso indiscutible contra la anexión y en favor de la república".

La Asamblea de Santa Cruz del Sur, una vez resueltas las cuestiones más urgentes sometidas a su consideración, había acordado suspender sus trabajos —hasta que fuere preciso convocarla de nuevo—, el día 14 de noviembre de 1898. Tres meses después, el 15 de febrero de 1899, reanudaba sus actividades en El Cano, y al día siguiente el pleno de la Asamblea conoció de un telegrama enviado desde Washington por el Sr. A. Farrés, muy "relacionado con ciertos asambleístas", concebido en estos términos: "Si Asamblea suspende resolución proposición tres millones puedo comunicar otra proposición importante a mi llegada próximo sábado". La Asamblea, con suma discreción, puso en conocimiento de Farrés "que no se ocuparía del asunto de la paga del ejército hasta la próxima semana".

Unos días después, llegaban a esta ciudad los comisionados de la Asamblea, el oficioso Farrés y un turbio y enigmático personaje, un judío "norteamericano-alemán, inédito financiero, oscuro *promoter*, rapaz Shylok", como le ha calificado Benigno Souza, Mr. C. M. Coen, que se decía representante de un sindicato bancario norteamericano dispuesto a negociar un empréstito con Cuba. Muy pronto, en la sesión secreta celebrada el día 2 de marzo, la Asamblea tuvo noticias de la



27
presencia y de las actividades de Coen, que había ya cambiado impresiones con el general Freyre de Andrade y con varios otros destacados asambleístas, y hasta conoció de las bases generales del empréstito, ofrecidas en forma de simples notas por el propio intermediario. A continuación de un animado y prolongado debate, fué aprobada por mayoría de votos una moción suscrita por los señores Manuel María Coronado, Saturnino Lastra y Julián Betancourt, solicitando el nombramiento de una comisión de cinco representantes que, después de entrevistarse con Mr. Coen, presentase en forma concreta las proposiciones del empréstito. En una sesión secreta posterior —la primera efectuada en la barriada del Cerro— se procedió a la designación de los miembros de la susodicha comisión. Fueron elegidos, por mayoría de votos también, los señores José R. Villalón, Juan Gualberto Gómez, Saturnino Lastra, Manuel Despaigne y Carlos I. Párraga, quienes tres días más tarde, el lunes 6 de marzo, brindaban a los asambleístas una información pormenorizada del proyecto de Coen y ofrecían además sus observaciones y reparos personales. Carlos I. Párraga reputó la operación de “completamente inverosímil”; Manuel Sanguily y Carlos Manuel de Céspedes, que habían intervenido en el debate, la estimaron por lo menos “sospechosa”.

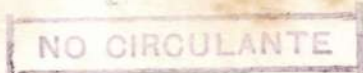
Las proposiciones que Mr. Coen en su nombre y en el de sus asociados hizo a la Asamblea, fueron las siguientes:

951656
1. El organismo revolucionario cubano emitiría bonos por la suma de veinte millones de pesos, bonos que Mr. Coen y sus representados comprarían al precio usurario, leonino de sesenta y dos centavos por cada peso. El empréstito se pagaría en un plazo de treinta años y la Asamblea se reservaba el derecho de poder amortizarlo, total o parcialmente, después de transcurridos los primeros veinte años. Los bonos devengarían un interés del cinco por ciento, pagadero, por semestres, en la ciudad de Nueva York o en La Habana, a voluntad del tenedor.

2. En la forma que se conviniere más adelante, se crearía un fondo de depósito para la amortización de dichos bonos.

3. El pago de los intereses comenzaría a correr desde la fecha de recibo de la suma líquida del empréstito, que al tipo de descuento propuesto quedaba reducida a doce millones cuatrocientos mil pesos.

4. El contrato no tendría valor ni surtiría efecto alguno mientras no fuera aprobado por el Sr. Presidente de los Estados Unidos, autorización que Mr. Coen y sus asociados se encargarían de obtener sin que la Asamblea se viese obligada a cooperar en las gestiones que fuese necesario hacer.



5. Tan pronto como el Presidente de los Estados Unidos aprobase el contrato, los banqueros asociados pondrían a la disposición de la Asamblea, en un plazo de diez días, la suma de doce millones cuatrocientos mil pesos, y en prenda de buena fe depositarían acto continuo de la sanción presidencial la cantidad de quinientos mil pesos que, en caso de incumplimiento, quedaría en concepto de multa o indemnización a favor de la Asamblea.

6. El importe del empréstito sería aplicado única y exclusivamente al pago y licenciamiento del ejército libertador, operación que debería realizarse en breve plazo y a entera satisfacción del gobierno de los Estados Unidos.

7. Los bonos se emitirían en series de quinientos y de mil pesos y su redacción sería prácticamente la misma que la de los puestos en circulación por el gobierno norteamericano.

Como garantía de su inversión, los banqueros asociados no solicitaban que se afectasen los ingresos de aduana de tal o cual puerto de la Isla, sino que, como se acostumbraba en los Estados Unidos, pedían que quedasen comprometidas las rentas todas del país. Mr. Coen, a nombre de sus asociados, se permitía asegurar a los asambleístas que era deseo de los financieros americanos tratarlos como a "honrados caballeros y valiosos ciudadanos de un país vecino".

8. Mr. Coen encarecía el más estricto secreto hasta tanto que el Presidente de los Estados Unidos le hubiese impartido su aprobación a las negociaciones.

9. Para hacer viable la tramitación del empréstito, la Asamblea debería enviar a Washington una nueva comisión que informase a McKinley que el supremo organismo cubano consideraba insuficiente la cantidad de tres millones de pesos ofrecida por él, y que, con el propósito de conseguir una suma mayor para efectuar el pago y licenciamiento del ejército libertador, había resuelto presentar a su consideración y aprobación definitivas las bases que se acababan de exponer.

La comisión de los cinco se preocupó también por ofrecer a sus compañeros de la Asamblea el pliego de preguntas que había dirigido a Coen y las respuestas de éste, que comprendían diecinueve extremos o cuestiones.

Sobre un punto importantísimo, las referencias o garantías de su personalidad, Coen respondió que procuraría darlas el siguiente lunes, antes del inicio de la sesión, y que en vista de que Gonzalo de Quesada no había hecho llegar a manos de la Asamblea las referencias que él le facilitara, y que quedó en enviar, podría hacerse por el momento un convenio provisional que los comisionados cubanos se encargarían



LEONARDO WOOD

LEONARDO WOOD. "Hombre de altas dotes de gobierno y de cualidades poco comunes", el general Wood desempeñó con independencia de criterio y de actitudes la jefatura del departamento oriental de la Isla, bajo el gobierno prudente del general John R. Brooke; figura recia y sugestiva, varón de deseos, supo concitar en su favor las simpatías de los expansionistas de aquende y allende el golfo de México y, una vez fijada la vacilante política del gobierno norteamericano sobre el futuro de nuestra nación, lo que ha llamado Ramiro Guerra con frase feliz "el desquite de McKinley" —"política de desconfianza, de ambición y de intromisión en los asuntos cubanos"—; fué designado Comandante de la División de Cuba, Gobernador general de la Isla. Servidor leal de "intereses que una realidad fatal impuso [a nuestro pueblo] con mandato ineludible", el general Wood, a pesar de sus notorios desaciertos, y hasta de sus injusticias, dejó las huellas permanentes de su vigorosa actividad de gobernante en la reorganización de nuestro sistema educativo y en la magnífica campaña de higienización de nuestro territorio. Médico capaz, fué de los primeros en reconocer y proclamar el genio y la obra extraordinaria del doctor Finlay, y alentó y apoyó, de manera decisiva, a Enrique José Varona en su reforma de la enseñanza secundaria y superior.

El retrato que se reproduce está tomado de la obra de Rafael Martínez Ortiz, *Cuba, los primeros años de independencia*, impresa en esta ciudad, en 1911.

más tarde de perfeccionar en Washington, una vez que se hubiesen cerciorado de su capacidad para contraer compromisos y obligaciones. No en vano el representante Párraga había calificado de completamente inverosímil la operación.

Mas a pesar de las condiciones onerosísimas del empréstito, de la falta evidente de personalidad y de garantías del agente o intermediario y de la ruda oposición de varios asambleístas, en la sesión del día 9 de marzo fueron aprobados, por mayoría de votos y con la abstención significativa de varios señores representantes, todos y cada uno de los artículos del contrato presentado por Coen, con muy ligeras modificaciones.

Después de un breve receso, procedióse asimismo a la designación de los comisionados que acompañarían a Washington al rapaz y aprovechado agente de negocios. Los señores José R. Villalón, Manuel Despaigne y Aurelio Hevia fueron las personas elegidas.

El general Máximo Gómez supo muy pronto, por sus amigos de la Asamblea, los términos en que estaba redactado el onerosísimo proyecto de empréstito, y con su ruda franqueza habitual dió a conocer, en privado, su criterio contrario a la aceptación y concertación del mismo. (Gómez, como Calixto García, había sido siempre opuesto a toda negociación que comprometiera el futuro económico de Cuba.)

Los partidarios de Coen, disgustados y alarmados —si la opinión de Gómez se hacía pública pronto hubiera tenido, bien lo sabían ellos, el aval del pueblo entero de Cuba—, quisieron ganarse la voluntad y la adhesión del prodigioso caudillo, pero éste, indiferente a “zalemas, halagos y reflexiones”, como escribe Souza, permaneció firme en su prudente y patriótica actitud.

Exasperados y desconcertados entonces los asambleístas, en la sesión secreta del día 9 de marzo, momentos antes de discutir y aprobar las cláusulas del empréstito de Coen, acordaron asimismo, por mayoría de votos, “requerir del General en Jefe del Ejército cubano su adhesión absoluta e inmediata, a fin de que los acuerdos que inspiren a la Asamblea la necesidad y el deber de auxiliar a los soldados de la Revolución, destituidos de recursos de toda especie, y de preparar de ese modo su licenciamiento, en armonía con los propósitos declarados de la política interventora, —tengan la fuerza moral nacida de la unanimidad de opinión entre todos los servidores de Cuba—; y en tal concepto”, designar una comisión de cinco representantes que conferencie con el General en Jefe, y obtenga de él declaraciones terminantes, “a cuyo tenor ajustará su ulterior conducta el Supremo Poder de la Revolución”. Fueron elegidos comisionados los señores Salvador Cisneros Be-

tancourt, Saturnino Lastra, Aurelio Hevia, Carlos Manuel de Céspedes y José de Jesús Monteagudo. Manuel Sanguily, que había sido designado, logró que la Asamblea le aceptara su renuncia, por motivos de salud.

La entrevista con el General en Jefe culminó en el más rotundo y lamentable fracaso. El viejo caudillo no sólo se negó una y otra vez a plegarse a los criterios y exigencias de los asambleístas, sino que, contrariado y sobreexcitado, despidió a los miembros de la comisión con duras y hasta hirientes y mortificantes expresiones, que empeoraron la situación.

En el seno de la Asamblea, los informes de sus maltratados representantes provocaron ásperas manifestaciones de protesta, renunciias, encendidas mociones y a la postre el triste, impolítico acuerdo de la destitución del glorioso guerrero. Una moción de Sanguily, que autorizaron con sus firmas Juan Gualberto Gómez, Gerardo Portela, Armando de J. Riva, Lacret Morlot, Salvador Cisneros y Domingo Lecuona, había pedido la supresión del cargo de General en Jefe por considerarlo innecesario y perjudicial —en el preámbulo de la moción leíase que “el empleo de General en Jefe del Ejército Revolucionario, creado antes de iniciarse el último levantamiento del pueblo cubano contra España, se mantuvo durante dos períodos constitucionales, más por deferencia y consideración hacia la persona que lo desempeñaba desde que comenzaron en el exterior los trabajos de conspiración y propaganda, que por requerirlo la buena organización militar y la acertada dirección de la guerra”—; pero al representante Aristides Agüero le pareció floja, débil la moción del ilustre tribuno, y en el texto de una enmienda pidió la destitución del general Gómez del cargo que ocupaba por haber faltado a sus deberes militares. Una nueva moción de Sanguily, que quiso armonizar ambas proposiciones —la primitiva presentada por él y la de Agüero—, y donde pedía “destituir de su empleo al General en Jefe, pasando en consecuencia el Mayor General Máximo Gómez, que hasta ahora lo desempeñaba, a la clase de reemplazos, y suprimiéndose por innecesario y perjudicial en la actualidad el cargo de General en Jefe”, fué aprobada a la postre por veinticinco votos contra cuatro y una abstención. Votaron en contra los señores Francisco López Leiva, Carlos Manuel de Céspedes, Emilio Núñez y José de Jesús Monteagudo. Los asambleístas Párraga y Lastra lo hicieron por la supresión del cargo de General en Jefe, y no por la destitución.

En el curso del violentísimo debate, que duró dos días (11 y 12 de marzo), un cubano preeminente pero ofuscado se atrevió a proclamar que él no contaba “con dos patrias donde poder pasar alterna-

tivamente los días de perturbación o de bonanza"; transparente e infortunada alusión al nacimiento en Baní, República Dominicana, del cubanísimo general Máximo Gómez, y un apasionado lidiador llegó a ofrecerse para si "hoy se necesita quien fusile al general Gómez, aquí está un general".

Decidieron la destitución de Gómez, como apunta Benigno Souza, además de los simpatizadores de Coen, algunos adversarios del viejo mambí que, aunque incapaces de cualquier venalidad, quisieron aprovecharse de aquella ocasión propicia para vengar antiguos agravios; pagar con creces y hasta con usura alguna palabra desdeñosa o algún pintoresco y mortificante epíteto brotado de los labios cáusticos del gran guerrero; los que alentaba mal reprimidos afanes de iconoclastía, dolencia muy común entre nosotros; los que en fin, la mayoría quizás, se dejaron arrastrar por la opinión de los más violentos y obsecados.

El general Gómez, hondamente adolorido pero ecuánime, quiso explicar al pueblo y al ejército cubanos el motivo primordial, sin duda el único, de su deposición, y en un breve, enjundioso manifiesto aludió sin ambages a que la Asamblea estimaba como un acto de indisciplina y de falta de respeto, que él no apoyase las gestiones encaminadas "a levantar empréstitos de dinero que puedan comprometer para más tarde los grandes intereses financieros y políticos de Cuba, que yo pienso debe entrar a ejercer su propia soberanía de República de unión y de concordia, proclamada en el manifiesto de Monte-Cristi y sostenida y mantenida en los campos de batalla, libre de todo compromiso y siempre dejando a salvo el honor nacional".

A fuer de hombre sincero, el general Gómez quería confesar que en el fondo le quedaba agradecido a la Asamblea, porque, con su deposición, le había relevado de los grandes empeños políticos que pesaban sobre él, a la par que le había dejado en libertad de retirarse a su pobre hogar abandonado, su "única aspiración después de treinta años de lucha y brega por la ventura de este país que tanto amo".

Extranjero, no había venido a Cuba a defender, como soldado mercenario, la justicia de su causa; por eso, vencido el poder opresor y libres los cubanos, volvió a su vaina la espada triunfadora, dando por terminada desde entonces la misión que voluntariamente se impusiera.

Nada se le debía, y el invicto caudillo se retiraba satisfecho y contento por haber realizado cuanto estuvo a sus alcances en beneficio de sus hermanos. Y terminaba afirmando que, en donde quiera que el destino le obligara a plantar su tienda, podrían los cubanos contar siempre allí con un amigo.

La noticia de la destitución conmovió al pueblo entero de Cuba. En la ciudad de La Habana, grupos enardecidos se dieron a recorrer las calles prorrumpiendo en estruendosos vivas al general Gómez y en ominosos mueras a los "farsantes" de la Asamblea. La calzada de la Reina y el pasco de Carlos III, las amplias avenidas que conducían a la Quinta de los Molinos, semejaban, anota un cronista, "un hormiguero humano". Oradores fogosos, empinados sobre improvisadas tribunas, arengaban infatigables a la muchedumbre. A veces, en un corrillo se quemaba un retrato o se ahorcaba un muñeco al que la ira popular había bautizado con el nombre de un destacado asambleísta. Esas manifestaciones espontáneas estuvieron desfilando tres días consecutivos por la Quinta. Fuera de La Habana, los mambises de todas las poblaciones de la Isla, donde también se produjeron escenas análogas a las de la capital, en expresivos telegramas se apresuraron a reconocer, en el heroico guerrero, a su legítimo y respetado caudillo.

Mientras el pueblo de esta ciudad daba riendas sueltas a sus vivos sentimientos de indignación, la Asamblea acordaba, sesión del día 13 de marzo, el nombramiento de una comisión que redactase un manifiesto al ejército y al pueblo de Cuba exponiendo "las bases y razones de la actitud asumida" por el organismo revolucionario. Juan Gualberto Gómez, Manuel Sanguily y Domingo Lecuona recibieron la difícil encomienda.

El manifiesto de la Asamblea, larga, minuciosa e intencionada exposición de viejos y nuevos agravios —"porque lo cierto es —decían sus redactores— que el Mayor General Máximo Gómez, soldado brillante en los combates, nunca ha sido un militar disciplinado, obediente a las leyes y correcto ante los Poderes constituídos; a los cuales ha procurado siempre sobreponerse para realizar tan sólo su voluntad más o menos caprichosa"—; y expresión reiterada de que la Asamblea había cumplido su deber, sin odios y sin intereses mezquinos, y hasta lamentando el doloroso trance, no halló eco popular propicio. Nadie quiso admitir, como señala Souza, que el general Gómez fuera, según aseguró un asambleísta, un "subalterno de ellos"; todo el mundo pensó, por el contrario, que los representantes, la mayoría al menos, no eran otra cosa más que los subalternos de él.

(En el documento suscrito por los asambleístas se ponía énfasis en asegurar que el general Gómez "levantó bandera personal, propagando un programa propio, sin consultarlo siquiera con sus superiores jerárquicos, y hasta contrariando el sentido general de las declaraciones de la Asamblea, ya que aceptada por ésta el hecho de la Intervención, con los fundamentos expuestos en las Resoluciones del Congreso de los Es-

tados Unidos de abril de 1898, la Asamblea deseó marchar siempre de acuerdo con el poder interventor, en tanto que el General en Jefe, hasta hace pocas semanas, procuraba juntar a españoles y cubanos para oponer en esta pobre tierra, que acaba de salir de una lucha cruenta, la raza latina a la sajona". Y, maliciosa insinuación, se afirmaba que en las entrevistas entre el general Gómez y los agentes del gobierno americano, "algo importante ha debido ocurrir para que súbitamente trocarse su actitud, pasando de la hostilidad manifiesta hacia los americanos a la intimidad más aparente con los representantes de los Estados Unidos".)

El mismo día 13, y a petición de los señores Sanguily, Juan Gualberto Gómez e Ignacio Almagro, la Asamblea tomó también el acuerdo, por unanimidad, de destituir de su empleo al señor Gonzalo de Quesada, Encargado de Negocios de la Revolución en Washington, "en consideración a que los actos últimamente realizados [por él], ya fuera, ya dentro de la Isla, y que son del dominio público por su propia notoriedad y la mayor que les diera la prensa... [son] contrarios a los intereses que la Asamblea tiene el deber de promover y amparar."

La Asamblea quiso vengar con esa mortificante deposición el papel activo que Quesada había jugado en las entrevistas habidas entre Mr. Porter y el general Máximo Gómez.

Gonzalo de Quesada, juicioso y ponderado, señaló que la Asamblea no representaba los verdaderos sentimientos del pueblo ni del ejército cubanos, y que él, patriota irreductible, continuaría trabajando sin desmayos por el establecimiento del gobierno propio, la reconstrucción y el ordenamiento de su país.

El general Brooke, a su vez, puso en conocimiento de la Secretaría de Estado y Gobernación, noticia que se dió también a la prensa, que: "Estamos oficialmente autorizados para anunciar que el Presidente de los Estados Unidos no reconocerá ninguna obligación contraída por el cuerpo conocido por "Asamblea Cubana" y que todos los informes o asertos en contrarios son absolutamente falsos".

En la sesión del día 14, Manuel Sanguily dió lectura a una moción que habían suscrito con él Juan Gualberto Gómez y Aurelio Hevia, y que, tras breve debate, fué aprobada con un solo voto en contra y la abstención de un señor representante.

La proposición del ilustre patricio —vano esfuerzo de la Asamblea por levantar una cantidad superior a los tres millones de pesos donados por los Estados Unidos—, comprendía dos extremos o cuestiones fundamentales:

1. "Dar público testimonio de su profunda gratitud y de la gratitud sincera del Ejército y el Pueblo de Cuba por la magnánima asistencia con que el Pueblo y el Congreso de los Estados Unidos robustecieron la causa de la Independencia de nuestra patria, acelerando y asegurando su triunfo; así como de su más respetuosa consideración y reconocimiento al Presidente y al Gobierno de aquella noble nación por las inequívocas muestras de desinteresadas simpatías y ayuda que con tantas eficacia supieron dar a los cubanos, contribuyendo tan gloriosamente a su independencia primero, y luego a la reconstrucción política y económica, así como al establecimiento del orden y de la nacionalidad cubana en la Isla arrasada y subvertida por la guerra."

2. "Manifestar al propio tiempo al Pueblo y al Gobierno de los Estados Unidos que el Pueblo armado de Cuba y la Asamblea, como su legítimo representante, están reconocidos al obsequio de \$ 3,000,000.00 con que quiere contribuir el Presidente de los Estados Unidos al alivio y el licenciamiento de nuestros soldados; pero que, fundados en el mayor y más exacto conocimiento del carácter y de las necesidades de nuestro Ejército y de la situación agrícola y económica de nuestro país, la Asamblea de Representantes, porque anhela la paz y se propone coadyuvar a los humanitarios fines de la política interventora, considera su deber ineludible declarar que aquella suma que por honra nuestra no podemos aceptar como donativo, sino en préstamo, es de todos modos insuficiente y, por ende, ineficaz, y, como consecuencia —solicita del Presidente de los Estados Unidos su necesaria autorización para levantar los fondos indispensables que aplicaría exclusivamente a auxiliar a las tropas cubanas, a fin de que puedan licenciarse sin dificultades ni aprensiones, como medida inexcusable y previa para que la paz impere definitiva y perdurablemente en la isla de Cuba."

Una comisión de tres representantes —la misma que "ha de ir a Washington... para gestionar varios asuntos pendientes"—, haría entrega al Presidente McKinley de esas manifestaciones de la Asamblea cubana.

El viaje de los comisionados fué pospuesto por varios días (sesión del domingo 19 de marzo), hasta que al fin la Asamblea dispuso (sesión del viernes 24), "que salga mañana la comisión nombrada... con motivo de la moción de los señores Sanguily, Gómez y Hevia".

El supremo organismo revolucionario, que se resistía a darse por vencido, facultó a los comisionados —como quería Coen— "para firmar el contrato aprobado por la Asamblea en sesión del nueve del presente mes, si lo considera viable después de su entrevista con el Presidente"; y, postrer acuerdo, "que el viernes 31 de marzo, al medio

día, la Comisión informará por cable a la Asamblea si tiene la seguridad de que será recibida por el Presidente y las probabilidades de éxito en su gestión”.

Los asambleístas Villalón y Hevia lograron entrevistarse en Washington con el Secretario de Estado John Hay y, por su conducto, hicieron llegar a manos de McKinley los acuerdos de la Asamblea. El Secretario de Estado se apresuró a manifestarles, desde un principio, que a su juicio McKinley no autorizaría el empréstito, y, en efecto, unas horas después, una breve nota del propio Hay dirigida a Villalón, confirmaba sus anteriores palabras: “He manifestado al Presidente el objeto de nuestra entrevista de esta mañana y me significa diga a usted que él no tiene más que agregar a la comunicación verbal que entonces tuve el honor de tener con usted y el señor Hevia”.

Los comisionados, obedientes a los dictados de la Asamblea, se ocuparon de cablegrafiar en dos ocasiones durante ese mismo día la triste noticia del fracaso de sus gestiones.

Vueltos a esta ciudad, la Asamblea (sesión del día 4 de abril), después de escuchar sus detallados informes y de decretar y regular el licenciamiento definitivo del ejército libertador, declaró que, viéndose privada de recursos con los cuales abonar sus haberes a los bravos servidores de la patria, “ratifica una vez más la validez del compromiso solemne contraído por los cubanos revolucionarios de atender al pago de esa deuda cuando esté constituída la República de Cuba”, y, agotadas sus gestiones y en la imposibilidad de emprender otras más eficaces al cumplimiento de los fines que se impuso, y para que fué electa, acuerda su inmediata disolución.

El general Freyre de Andrade, al dar por terminada la histórica sesión, lamentó que la ciudad de La Habana —el pueblo entero de Cuba hubiera podido decir con verdad— “haya sido hostil a la Asamblea, compuesta de cubanos que con la conciencia limpia creen haber cumplido su deber y servido a los intereses de la independencia de Cuba”. Juan Gualberto Gómez, de pie, puso emotivo colofón a las palabras del Presidente de la Asamblea dando vivas al ejército y a la independencia absoluta de Cuba.

“Así concluyó aquel organismo, ha escrito Martínez Ortiz, una existencia iniciada con risueñas esperanzas. Su lucha irreflexiva con el Generalísimo le hizo perder por completo su ascendiente en la conciencia popular. No le faltó buen deseo, pero le sobró pasión; quiso sobreponer el poder legislativo a la especie de poder ejecutivo que la realidad colocaba en manos de un hombre popularísimo, y estuvo a

punto de matar la personalidad nacional, en crisálida aún; anheló el bien y produjo el mal, que en su caída hizo bambolear el prestigio de los cubanos en el exterior. Fué su falta más grande no seguir, en su conducta, los consejos de la prudencia. Resultó una lección triste del pasado; no debe olvidarse jamás."

(La Comisión Ejecutiva de la Asamblea no quedó empero disuelta. Continuó sus útiles funciones —"merced a su existencia, han escrito Joaquín Llaverías y Emeterio S. Santovenia, no quedaron expuestos a lastimosa vulneración derechos conquistados por los libertadores cubanos..."—; pero tomó el acuerdo de reducir a tres el número de sus miembros componentes: José Lacret Morlot, que la presidiría; Juan Gualberto Gómez y Aurelio Hevia. El día 30 de junio de 1899, la Comisión Ejecutiva de la Asamblea de Representantes de la Revolución Cubana, celebraba su última y laboriosa sesión.)

CAPÍTULO III

OTRAS MEDIDAS IMPORTANTES Y FIN DEL GOBIERNO DEL GENERAL BROOKE

LA paga y el licenciamiento del ejército libertador siguieron moviendo y apasionando la opinión pública aun después del ruidoso fracaso de la Asamblea de Representantes en sus deseos de lograr, a título de préstamo, una suma mayor que el donativo ofrecido.

El gobierno norteamericano había dispuesto la distribución de los fondos —“la ya histórica suma de tres millones de pesos”, que dijera el general Máximo Gómez—, en la forma y bajo las condiciones siguientes: 1. Cada individuo, soldado o clase, percibiría setenta y cinco pesos, y no ciento como se dijo en un principio, haciendo entrega, al cobrar, de su arma y de su equipo; 2. Sólo podrían percibir esa cantidad los que hubiesen ingresado en el ejército antes del 17 de julio de 1898, o en ese mismo día; 3. Las oficinas de licenciamiento se establecerían en puertos de mar o en lugares de fácil acceso por la vía férrea, y quedarían bajo la custodia de fuerzas norteamericanas; 4. No podría reconcentrarse para cobrar más de un regimiento, y los capitanes de cada compañía identificarían a sus hombres; 5. Las armas se enviarían al destacamento americano más próximo, de donde serían remitidas a los arsenales de La Habana y Santiago, como recuerdos históricos; 6. Dos personas designadas por el General en Jefe cubano, tendrían a su cargo la recogida de los armamentos.

Estas severas disposiciones fueron objetos de unánimes y a veces enconadas censuras. Sobre todo, la obligación de entregar las armas —las gloriosas armas de la guerra— estimábase como un acto de humillación insoportable. Hubo renunciias de oficiales superiores cubanos, negados a participar en la distribución de los fondos bajo esas duras, vejaminosas condiciones, y la prensa diaria se hizo eco de la inconformidad y el malestar generales y también de las intenciones de adoptar represalias atribuidas a las autoridades norteamericanas. Pero la prudente y eficaz intervención del general Máximo Gómez conjuró de nuevo el áspero y enojoso conflicto. El gobierno de ocupación mo-

dificó sus primeras disposiciones y los soldados cubanos pudieron percibir el modestísimo donativo, aunque no presentasen arma alguna. Los armamentos, acordóse, se entregarían a los alcaldes municipales para su custodia, y las fuerzas cubanas, para cobrar, se reconcentrarían en la forma que mejor les fuera posible.

A fines de mayo, comenzó la distribución de los fondos; "se hizo por completo y sin trastorno alguno, comenta Martínez Ortiz, en contra de los deseos de los despechados, [que] no dejaron de usar todos los medios, hasta el ridículo, para evitarlo". Percibieron la suma ofrecida, 33,930 individuos, que a 75 pesos cada uno alcanzó un total de 2,544,750 pesos; hubo, pues, un sobrante o remanente de 455,250 pesos, que fué devuelto a Washington.

De ese modo, quedó licenciado definitivamente el heroico y sufrido ejército libertador, y sus miembros —lo que aun quedaba de ellos en los campamentos—, pudieron reintegrarse a sus hogares abandonados y a sus faenas habituales.

El gobierno del general Brooke, alentado por un entusiasmo y un espíritu de trabajo singulares y eficaces, dió muestras de propósitos innovadores y francamente liberales con la adopción de ciertas medidas que pudieran calificarse de revolucionarias.

Así, los plazos apremiantes para exigir la cancelación de los créditos hipotecarios, amenaza que se cernía sobre los deudores empobrecidos o en dificultades, fueron modificados con prudente amplitud; los cementerios se vieron secularizados; la lotería, suprimida; los duelos, prohibidos y severamente castigados los infractores; la validez única del matrimonio civil, reconocida; la Ley de Enjuiciamiento Criminal, modificada; se promulgó un indulto general en favor de los condenados por los tribunales militares y navales de España, en ciertas causas de indudable matiz político; los caballos en poder de los soldados cubanos se consideraron como botín de guerra y, en consecuencia, pudieron ser inscriptos en los registros pecuarios a nombre de sus poseedores; la administración municipal fué reorganizada y nuevos alcaldes fueron designados; el derecho de puñalada, privilegio odiosísimo que aun subsistía entre nosotros y que encarecía el expendio de carnes en esta ciudad, fué derogado... Estas y otras medidas análogas constituyeron, como observa Portell Vilá, la obra de las iniciativas y de los consejos de técnicos cubanos —los secretarios de Brooke y sus eficientes auxiliares—, profundos conocedores de la legislación del país y de sus urgentes y necesarias reformas.

El bandolerismo, plaga social dañosísima, constituía en Oriente una amenaza cierta para la seguridad de vida y hacienda de los vecinos. El general Wood, para reprimirlo y hacerlo desaparecer, apeló a un remedio heroico: "En dos o três días fueron ahorcados, sin miramientos, los hombres de mala vida, que la voz pública señalaba como autores de los delitos continuados. El método no puede celebrarse; es demasiado propenso a errores y abusos, sin contar que pugna abiertamente con los principios fundamentales del derecho. En aquella ocasión produjo resultados sorprendentes. Por años y años no volvió a hablarse en toda la comarca de robos y desmanes".

Para buscar una solución favorable y práctica al gravísimo problema del licenciamiento del ejército libertador, el general Máximo Gómez había propuesto a las autoridades norteamericanas la creación de un cuerpo de milicias nacionales, en cuyos cuadros formarían aquellos jefes y oficiales que no cupieran en las nóminas de la administración civil o a quienes les fuera duro y enojoso reintegrarse a sus antiguas, modestísimas ocupaciones. Esta plausible iniciativa, comenta un autor, pesó mucho en el ánimo de los interventores y contribuyó sin duda a establecer, por aquellos días, la Guardia Rural.

El general Wilson, Gobernador Militar de Matanzas, se opuso, con curiosos argumentos, a la creación de esa policía rural necesarísima. Para él, una fuerza armada numerosa y disciplinada en un país nuevo y poco habituado al ejercicio y defensa de los principios democráticos, podría dar ocasión, en fecha quizás no muy lejana, al entronizamiento de ominosas dictaduras militares, y, sinceramente alarmado, pedía que se le diera lo que se pensara invertir en la organización del nuevo empeño para emplearlo en bueyes, aperos de labranza y reconstrucción de bohíos, en la seguridad de que el orden más completo y absoluto reinaría en los territorios confiados a su mandato.

Bajo la supervisión de jefes norteamericanos, la Guardia Rural, como antes la policía urbana, se convirtió muy pronto en una institución eficiente y respetada, dentro y fuera del país.

El general Brooke nombró asimismo gobernadores civiles para las provincias, escogiéndolos, con aplauso general, entre los jefes revolucionarios más íntegros y prestigiosos: Demetrio Castillo Duany, para Santiago de Cuba; Lope Recio, para Puerto Príncipe; José Miguel Gómez, para Santa Clara; Pedro Betancourt, para Matanzas; y Guillermo Dolz, para Pinar del Río. El general Juan Rius Rivera sustituyó, a mediados de año, en el gobierno civil de la provincia de la Habana,

a Federico Mora, que había pasado a ocupar el cargo de Fiscal en el recién creado Tribunal Supremo.

En efecto, a propuesta del Secretario de Justicia e Instrucción Pública, y de conformidad con el parecer de su Consejo de Secretarios, el general Brooke había dispuesto (Decreto 41, de 14 de abril de 1899), la creación de un tribunal, que se llamaría y tendría por Supremo, con jurisdicción en todo el territorio cubano. Unos días después —Decreto 49, de 6 de mayo del propio año—, se daban a conocer los nombres de las personalidades designadas para ocupar las flamantes magistraturas: don Antonio González de Mendoza, jurisconsulto de sólida y bien ganada reputación, presidente; magistrados, los señores Pedro González Llorente, José García Montes, Luis Estévez Romero, Eudaldo Tamayo Pavón, Angel C. Betancourt y Rafael Cruz Pérez. Fiscal, ya lo dijimos, Federico Mora; teniente fiscales: Octavio Giberga y Carlos Revilla. Secretario del Tribunal: Federico García Ramis. Oficiales de Sala: Armando de J. Riva y Silverio de Castro Infante. Habíase tenido el cuidado, que señala Martínez Ortiz, de hacer representar en él a todas las provincias por individuos de amplia cultura y reconocida probidad.

Una nueva y utilísima institución, la Corte o Juzgado Correccional, fué también establecida por entonces. La eficacia indudable de la original creación debióse, en gran parte, "al hombre escogido para colocarlo a su frente": el capitán Pitcher, del ejército de los Estados Unidos. Su ingenio festivo, su mente ágil y una calma inalterable le dieron muy pronto amplia popularidad y justa nombradía, y no pasó mucho tiempo sin que fueran erradicados del ámbito y de las costumbres de la ciudad abusos y desmanes inveterados, que parecían muy difíciles si no imposibles de desarraigar. Por calles y corrillos hizo fortuna un dicho popular que encomiaba la rectitud y agudeza proverbiales del juez norteamericano: "Mr. Pitcher no come bolas; ten days or ten dollars". Al cesar en su puesto, anota un escritor contemporáneo, "no dejó rencores; consiguió el respeto de los que habían sentido los efectos de sus juicios y el aplauso de toda la gente honrada. Sentó precedentes saludables y semejantes tribunales, generalizados después, han contribuido poderosamente a mejorar las costumbres...".

El alcantarillado y la pavimentación de la capital —necesidades perentorias e inaplazables— fueron también objeto de la consideración y el estudio del gobierno, mientras, anota un cronista, el Alcalde de la ciudad, el caballeroso don Perfecto Lacoste, "imponía en todo la distinción exquisita de sus modales". La limpieza de las calles y la re-

cogida de los desperdicios caseros llegaron a ser, bajo su feliz mandato, atenciones cumplidas con esmero y eficacia singulares. Los charcos de agua pestilente y las viviendas destartadas y ruinosas que afeaban la ciudad y hacían malsano su ambiente, desaparecieron por esa época. Se persiguió y se castigó asimismo con ejemplar severidad —con la colaboración de Mr. Pitcher— la camiseta mugrienta y sudorosa que exhibían en público los carretoneros y los mozos de mulas, a quienes se obligó a vestir con “menos despreocupación y mayor decencia”.

Un decreto del general Brooke sobre las lidias de gallos, que fué objeto de vivos y apasionados comentarios, puso de manifiesto, según Martínez Ortiz, “su manera de proceder”. Los gobernadores civiles de Santa Clara y La Habana habían solicitado con insistencia la supresión de esos populares espectáculos, que tanto atraían y tanto perjuicio causaban a nuestros campesinos. Pero Brooke sentía escrúpulos de chocar con viejos y arraigados hábitos sociales y en dictar asimismo una medida que rebasaba los asuntos ordinarios de la administración, y estimó a la postre que la mejor solución sería dejar las cosas como estaban y confiar a la actividad lenta pero segura de las autoridades locales la erradicación de la costumbre. Y el decreto de Brooke, esperado con tanta impaciencia, se redujo a prohibir el establecimiento de nuevas vallas o galleras.

Bajo la prudente regencia de Brooke, Mr. William McKinley, como un paso previo “al establecimiento de un sistema eficaz de gobierno propio”, dispuso que se formase un censo del pueblo de Cuba (agosto 17 de 1899). Los cargos de enumeradores e inspectores, cuidó de señalar el Presidente, habían sido confiados a capaces y desinteresados ciudadanos de Cuba, y era de vital importancia para la mejor organización del nuevo gobierno cubano, que los datos que se requiriesen de la población fueran facilitados con toda exactitud y con la abundancia de detalles necesarios.

El nuevo Secretario de la Guerra, Mr. Elihu Root, fué más explícito: “Este censo —dijo— será la base para el establecimiento de un gobierno libre e independiente en Cuba. Cuando ustedes vuelvan [a su país] —añadió a los inspectores designados— díganlo así a sus amigos de la Isla”.

La proclama de McKinley y las declaraciones de Root trataban de desvanecer la honda alarma que había producido entre los cubanos el anuncio de los trabajos del censo y de su pregonada importancia, que muchos reputaron como una hábil maniobra política para demorar la instauración de la República.

La dirección del censo fué confiada a la pericia y a la diligencia reconocidas del teniente coronel J. P. Sanger, cuyo plan de trabajo había sido discutido y aprobado por los directores de la Oficina del Censo de los Estados Unidos y por los funcionarios del Departamento de la Guerra.

A virtud de las condiciones especiales existentes en Cuba, afirmó, Sanger, se resolvió "que no era conveniente tomar un censo que comprendiese el campo ordinario de investigación..., y que las tablas debían limitarse a la población, agricultura y educación, por ser éstos los tres asuntos de más importancia; [y] que debía seguirse el plan general del censo de los Estados Unidos...".

La formación del censo era, a juicio del pundonoroso teniente coronel, la más alta expresión de confianza por parte del gobierno de los Estados Unidos en la capacidad y patriotismo de los cubanos, y haría desaparecer, de una vez y para siempre, todo sentimiento de sospecha en cuanto al objetivo concreto de la enumeración: "un censo de cubanos tomado por cubanos".

Las operaciones estadísticas, a pesar de los errores y hasta de las omisiones inevitables que se advirtieron, llevaban "el sello de un trabajo hecho con conciencia" —ni el estado de los caminos, ni la diseminada población campesina, "punto menos que perdida entre los matorrales", pudieron impedir la ardua labor de los entusiastas enumeradores—; y los expertos norteamericanos no se ocultaron para afirmar que el empadronamiento se tomó con rapidez y con mayor exactitud de lo que era permitido esperar, y que, supremo elogio en sus labios, podía compararse ventajosamente con cualquier censo de los Estados Unidos.

La población total de Cuba, incluyendo la Isla de Pinos y las otras islas y los cayos adyacentes, el 16 de octubre de 1899, fecha en que se tomó el censo, era de 1,572,797 habitantes. El último censo realizado bajo el gobierno de España, en 1887, había arrojado una cifra superior: 1,631,687. En doce años, pues, la pérdida sufrida por la población cubana ascendía a 59,842, es decir, al 3.6 por ciento de la cifra alcanzada en 1887. Esa disminución debía y podía atribuirse a la reciente y mortífera guerra de independencia y a los estragos de la inicua reconcentración weyleriana, si bien era preciso advertir que los guarismos citados no expresaban más que una pequeña parte de las pérdidas debidas a dichas causas. A juzgar por los datos que se poseían —las estadísticas anteriores y el indudable exceso de los nacimientos sobre las defunciones que acusaban los registros del estado civil—,

había motivos para pensar que la población cubana aumentó desde 1887 hasta los comienzos de la guerra, y que, por 1895, ascendía a pocos menos quizás de 1,800,000 habitantes. Era posible entonces afirmar que las pérdidas directas e indirectas causadas por la guerra y el sistema de reconcentración, ascendieron a un total de 200,000 almas.

Martínez Ortiz proclamó, empero, sin temores a incurrir en error, que la población de Cuba en los inicios de la guerra por la independencia subía a más de dos millones, y que las pérdidas positivas, por defunciones y por emigración, pasaron, en los cuatro años, la cifra de 500,000 habitantes, lo que era, a su juicio, un cálculo prudente y conservador.

La distribución regional de esas pérdidas dió a conocer que las provincias occidentales habían sufrido más que las otras los estragos de la guerra y las miserias terribles de la reconcentración. En Pinar del Río, La Habana y Matanzas, la mayoría de los términos municipales había visto mermar, de modo apreciable, el número de sus pobladores. En Santa Clara, el censo acusó una situación de curioso equilibrio: los términos que experimentaron aumentos y los que sufrieron disminuciones representaban el mismo número. Pero en Puerto Príncipe y en Santiago de Cuba todos y cada uno de los términos consiguieron aumentos sensibles.

Los únicos términos occidentales que registraron progresos fueron aquéllos en que, triste circunstancia, se acumularon los infelices reconcentrados, o aquellos otros que, alejados de las vías ordinarias de comunicación, se convirtieron en lugares de refugio. Así ocurrió, por ejemplo, con la ciénaga de Zapata y algunos términos apartados de Pinar del Río y de La Habana.

La disminución de la población en las provincias occidentales arrojó las siguientes cifras: Matanzas, la más castigada, registró 57,116 habitantes menos que en 1887; Pinar del Río, 52,809; La Habana, 27,117.

El aumento de las provincias orientales fué como sigue: Santiago de Cuba, 55,337 habitantes más que en 1887; Puerto Príncipe, 20,448; Santa Clara, 2,415.

La Habana, a pesar de las pérdidas sufridas, continuó siendo la más poblada de las provincias de Cuba, con 424,811 habitantes. Seguíanle Santa Clara, con 356,537; Santiago de Cuba, con 327,716; Matanzas, con 202,462; Pinar del Río, con 173,082; y Puerto Príncipe, con 88,237.

La población urbana de Cuba ascendió a 741,273 habitantes, o séase un 47.1 por ciento de la cantidad total. Pero si se hubieran re-

portado solamente los moradores de las ciudades con 8,000 o más habitantes, como era costumbre hacer en los Estados Unidos, dicha población hubiese quedado reducida a 507,831, y su proporción con respecto al número total de habitantes sería de 32.3 por ciento.

Un rasgo notable en la distribución de las ciudades cubanas, que recogió el censo, mostraba que la gran mayoría de esos núcleos de población estaba situada en la costa. De las dieciséis ciudades que contaban 8,000 o más habitantes, diez de ellas, por lo menos, se hallaban en esas condiciones. El número de ciudades edificadas en el interior del país era relativamente pequeño, y muy reducida la cuantía de sus habitantes.

La isla de Cuba —como todos los países de inmigración— tenía más varones que hembras. El exceso alcanzaba, en 1899, a 57,613 individuos, el 3.6 por ciento de la población. Ahora bien, ese exceso acusábase solamente en los distritos rurales; en las ciudades, por el contrario, la cifra de las hembras excedía en casi 10,000 a la de los varones.

Otros curiosos e instructivos datos estadísticos, que compiló el censo de 1899, referíanse al “estado de atraso y de inmoralidad de la época colonial”; pero el estudio y discusión de sus guarismos corresponde a otros libros, y hasta a otros tomos, de esta obra.

El pueblo de Cuba, señala Martínez Ortiz, cuidó de rendir a sus héroes caídos el tributo emocionado de su gratitud. Sus huesos dispersos —reliquias venerandas— fueron buscados y recogidos con ejemplar solicitud, para ser depositados en los monumentos erigidos en los cementerios o en parques ad hoc de las ciudades.

Así, el 17 de septiembre de 1899, tuvo efecto en el *Cacabual*, término de Santiago de las Vegas, la exhumación de los restos del invicto general Antonio Maceo y de su gallardo y heroico ayudante, *Panchito* Gómez Toro. Una concurrencia numerosísima y el propio general Máximo Gómez presenciaron, con visible emoción, la imponente ceremonia.

Pedro Pérez Rivero y sus hijos, custodios discretísimos de los gloriosos despojos, señalaron con precisión el lugar en que, una madrugada inolvidable, habían cavado la triste sepultura. Golpes de azada cuidadosos pusieron muy pronto al descubierto los preciados restos. Los de *Panchito* Gómez cubrían en parte los del general Maceo, “cual si después de la muerte el joven héroe quisiera resguardar aún a su jefe”. Recogidas e identificadas las osamentas, fueron colocadas, dentro de la propia finca, en un modesto mausoleo.

Un mes después, el día 29 de octubre, en el fatídico *Foso de los laureles* de la fortaleza de La Cabaña, teatro mudo de tantas inmoliciones de patriotas cubanos, se colocó una tabla provisional donde se leía esta significativa inscripción: "Para eterna memoria fijará en este sitio la voluntad del pueblo cubano una lápida de bronce de estas proporciones que recuerde el sacrificio de los que aquí perdieron la vida por la independencia de la patria". El piadoso voto tuvo, años después, cumplida y artística realización.

También en un lienzo de pared de los antiguos barracones de Ingenieros, contiguos al campo de la Punta, donde fueron fusilados, en hora aciaga, los Estudiantes del 71, se colocó una lápida con esta leyenda: "El 27 de noviembre de 1871 fueron sacrificados junto a este sitio, por los voluntarios españoles de la Habana, los ocho jóvenes cubanos, estudiantes de primer año de Medicina, Alonso Alvarez de la Campa, Carlos Augusto de la Torre, Pascual Rodríguez Pérez, Angel Laborde, José de Marcos Medina, Eladio Gouzález Toledo, Anacleto Bermúdez, Carlos Verdugo, y para eterna memoria se les dedica esta lápida el 27 de noviembre de 1899".

El periódico *La Discusión*, "diario cubano para el pueblo cubano", había iniciado el justo homenaje y sufragado los gastos.

Nota común de todos los discursos pronunciados en esas piadosas conmemoraciones fué la noble, generosa invocación a la cordialidad y al perdón, que no en vano al día siguiente de concluída la áspera lucha por la independencia, en la hermosa mañana de la concordia a que aludiera el general Máximo Gómez, el mismo prodigioso caudillo había iniciado, fiel a los postulados de Martí, la política de fusión de todos los elementos de la población de la Isla.

De nuevo la desconfianza y la intranquilidad hicieron presa fácil en el espíritu de los cubanos. La ocupación militar no llevaba trazas de terminarse; bajo su bandera —una bandera amiga, pero que no era la propia—, surgían y se anudaban intereses, y aun los menos impacientes veían con angustia que se iba con mucha lentitud hacia la ambicionada constitución de un gobierno nacional.

En los Estados Unidos, manifestación inquietante y amenazadora, bullía y daba vigorosas señales de vida en los periódicos y en las esferas oficiales un partido que no vacilaba en mostrar públicamente y sin tapuja sus propósitos anexionistas. Cada día eran mayores y más significativos el número y la importancia de sus adeptos. Robert P. Porter, hombre de la confianza del Presidente McKinley, afirmaba enfática-

mente que el porvenir de Cuba sólo podría descansar en la anexión, y hasta el general Fitzhugh Lee, tan generoso y entusiasta partidario en un tiempo de la independencia de Cuba, había unido su opinión al rudo vocerío de los que acusaban "a los cubanos de ser incapaces de gobernarse". La prensa de los estados industriales y financieros y aun la de aquellas regiones agrícolas que no tenían la competencia de los productores cubanos, como observa Portell Vilá, daban pábulo a la campaña anexionista comentando, en sentido encomiástico, las sensacionales declaraciones de Mr. Porter. Pero, apresurémonos a consignarlo, no faltaban otras personalidades responsables y escuchadas —civiles, militares y eclesiásticas—, que se manifestaran en pro de la instauración de un gobierno propio en Cuba: W. J. Bryan, Andrew Carnegie, Booker T. Washington, M. C. Butler, Henry C. Porter... Los periódicos del Sur y del Oeste de los Estados Unidos, regiones de tabaco y de azúcar, eran también adversarios resueltos de la incorporación.

En Cuba, secundaban la propaganda y los empeños agregacionistas, en forma más o menos velada, los españoles y cubanos españolizantes que, como el marqués de Apezteguía, de enemigos tenaces e irreconciliables de la independencia de Cuba y de los norteamericanos, se habían convertido al anexionismo "por conveniencias personales"; amén de un grupo de los antiguos autonomistas que, descreídos o despechados, sumaron sus votos a una tendencia que Saco, el gran oráculo del partido, había demostrado, medio siglo antes, que era una solución que traería aparejada indefectiblemente la pérdida de la nacionalidad cubana. A unos y a otros, apunta Martínez Ortiz, "retozábales el gozo... cuantas veces podían hacer el papel de aguafiestas. Publicaban las malas intenciones de los americanos y no desperdiciaban ocasión de sacar a plaza cuanto se decía sobre ese tema, y de echar a mala parte y a segundas y nunca buenas intenciones cuantos errores o deficiencias se cometían".

Grave motivo de alarma fueron también los "propósitos de soca-lina y recortes" a la soberanía de Cuba, pregonados y sostenidos aún por aquellos norteamericanos que se mostraban decididos partidarios del cese, más o menos inmediato, de la ocupación militar. Frente a esa nueva amenaza, el pueblo de Cuba ratificó una vez más su ferviente, irreductible deseo de lograr para la futura república el disfrute pleno y sin cortapisas de todos sus derechos y prerrogativas dentro de la comunidad internacional. Un ilustre profesor de la Universidad de la Habana, el doctor Evelio Rodríguez Lendíán, se hizo eco de ese estado

de opinión en su magnífico trabajo de apertura del curso académico de 1899 a 1900, intitulado, de manera significativa, *La independencia absoluta como el ideal cubano*.

Por otra parte, el propio gobierno norteamericano no parecía haber dado aún con la fórmula que, sin ocasionar perjuicio a sus intereses y conveniencias, le permitiera encarar y resolver los graves compromisos contraídos. Pero esa "situación de incertidumbre", que informa el período inicial o preparatorio de la Ocupación, fué a la postre vencida y superada y, como ha escrito Fernando Portuondo, "la política cubana de los Estados Unidos volvió por los viejos cauces, desbordados por la Resolución Conjunta "indiscretamente", como hubo de calificar aquella noble acción el ex-Secretario de Estado de Cleveland, el impenitente adversario de la independencia de Cuba Richard Olney. Asentadas las aguas del entusiasmo popular por los cubanos en los Estados Unidos y sosegada la Isla, había sonado la hora de preparar el régimen definitivo del país, y esto, desde luego, por razones geográficas e históricas, tenía que supeditarse al de los Estados Unidos".

Martínez Ortiz había motejado de tupido de entendimiento a aquel que no viese tras la acción diligente de los Estados Unidos en los instantes más críticos de la lucha de Cuba con su Metrópoli, la intención manifiesta de favorecerse y beneficiarse ellos mismos, siquiera no fuese más que por el afianzamiento y resguardo de su defensa material y de sus intereses comerciales. El gran imperio que el destino había puesto en las manos pujantes del pueblo norteamericano exigía de sus conductores —los prohombres del gobierno— los medios más eficaces para mantenerlo, y una ley fatal —ineludible— exige que donde hay poder haya también dominación.

En esas circunstancias, el austero general Brooke no era —no podía ser— el agente apropiado para el logro de los fines de la política norteamericana —vuelta a sus antiguos y nunca por entero abandonados cauces— y los expansionistas de aquende y allende el golfo de México volvieron los ojos al brigadier Leonardo Wood, figura recia y sugestiva, varón de deseos, que en el gobierno de la región oriental se había empeñado en sostener y desarrollar iniciativas y propósitos que pugnaban a veces con los sostenidos por el Gobernador general y sus ilustres consejeros cubanos, a quienes por otra parte solía dirigir fuertes e injustificadas acusaciones. El brigadier Wood era amigo personal de Teodoro Roosevelt y del grupo de hombres que daban tono y carácter al gobierno de McKinley. En Santiago de Cuba, sede de su gobierno, se le tenía por un declarado y activo anexionista.

Por el mes de noviembre, en los periódicos y en los medios políticos norteamericanos se discutió con calor y con sospechosa insistencia el propósito de organizar un gobierno civil en la isla de Cuba. El general Brooke, afirmábase, sería muy pronto sustituido por un "gobernador que no perteneciese al ejército". Pero la prensa y la opinión pública cubanas se mostraron renuentes a aceptar cambio alguno. El gobierno militar, se dijo y se repitió en todos los tonos, "debía continuar como hasta entonces"; hasta que fuese reemplazado, en su día, por el gobierno cubano.

Los Veteranos de la Independencia, alarmados, consideraron "que semejante medida altera los nobles fines de la intervención de los Estados Unidos en nuestra lucha con España", y fieles intérpretes de la opinión de la mayoría del país, demandaron con respeto pero con firme resolución del Presidente de los Estados Unidos, que "lejos de alterar el carácter de la ocupación militar, la mantenga con su índole de transitoria y provisional, apresurando, cuanto sea posible, la creación de los organismos electivos que deben constituir el gobierno estable puramente cubano al que, según la *Joint Resolution* de 19 de abril de 1898, debe entregarse la isla independiente y soberana"; porque "toda alteración que no se encamine a ese fin provoca recelos y siembra alarmas en este pueblo, que aspira a encontrar siempre en el de los Estados Unidos un grande y generoso amigo".

Numerosas instituciones e individuos particulares hicieron constar su adhesión a la justa protesta de los Veteranos, y, como anota Martínez Ortiz, hasta de "golpe de estado" llegó a calificarse la instauración de un gobierno civil con gobernador norteamericano, propósito que se atribuía a Mr. Elihu Root, el conocido estadista que sustituyó a Mr. Alger en la Secretaría de la Guerra. Los generales Wilson y Wood, que por caminos disímiles, pero convergentes, perseguían un mismo propósito agregacionista, fueron llamados a Washington por esos días.

Así las cosas, el Presidente McKinley, en su comentadísimo mensaje al Congreso Federal, de 5 de diciembre de 1899, anuncia que, a virtud de la grave responsabilidad que la nación norteamericana ha contraído ante el mundo entero en relación con el futuro buen gobierno de Cuba —deber sagrado, cuyo cumplimiento exige la más severa honradez en los propósitos y el ejercicio, en grado sumo, de la sabiduría—; la nueva Cuba, que ha de resurgir de las cenizas aun calientes de su pasado, "tiene que estar necesariamente ligada a nosotros por vínculos especiales de intimidad y fuerza ("by ties of singu-

lar intimacy and strength”), si es que ha de asegurar su perdurable bienestar”. Esos estrechos vínculos, añade el Presidente, podrían ser orgánicos [garantizados por la Constitución] o simplemente convencionales [establecidos por un tratado]; pero de todos modos, recalca bien, los futuros destinos de Cuba están irrevocablemente unidos a los nuestros, y sólo al porvenir, en presencia de los acontecimientos, le es dado determinar hasta que punto. Los Estados Unidos deben de cuidar de que Cuba libre sea una realidad y no un mero nombre, una entidad nacional perfecta y no un frívolo experimento que lleve en sí mismo los gérmenes del fracaso. La misión del pueblo americano no se cumple a plenitud propiciando el establecimiento de una comunidad organizada de cualquier modo, con todos los peligros y vicisitudes consiguientes a los países débiles, que son presa fácil de las rivalidades internas que socavan sus fuerzas y disipan sus no muy abundantes energías.

El gobierno de Washington hasta entonces indeciso, irresoluto fijaba al fin el alcance y la medida de sus intenciones, y a través de sus frases sopesadas y cuidadosas podía verse, con claridad, el objetivo inmediato de su política: restringir, injusta y mortificante *capiti diminutio*, la esfera interna y externa de acción de la nueva y pujante nacionalidad que acababa de librar, para asombro de América y del Mundo, tres guerras de independencia en el lapso singularmente reducido de tres décadas.

Unos días después de la lectura del mensaje presidencial, el 13 de diciembre, se hacía pública la designación del general Leonardo Wood como Comandante de la División de Cuba, Gobernador General de la Isla; pero no fué hasta una semana más tarde, el día 20, que el nuevo mandatario tomó posesión de su alta investidura.

El pueblo de Cuba recibió con inquietud y pesar justificadísimos la infausta nueva del relevo del general Brooke.

La Discusión, órgano influyente y responsable, aseguró en un bien escrito artículo de fondo que en el gobierno sustituido “resplandece de tal manera la probidad, que nadie se ha atrevido a pensar que con dinero podía adquirirse influencia sobre sus miembros, ni con dinero alcanzar ninguna resolución gubernativa”. En el gran banquete de despedida al general Brooke, el notable jurisconsulto y orador inspiradísimo, don Pedro González Llorente, supo interpretar la opinión y los sentimientos generales proclamando que “dondequiera que os encontréis, general; cualquiera que sea nuestro destino; cualesquiera que sean las circunstancias que a los cubanos nos favorezcan o nos ago-

bien, tendremos siempre de vos una brillante memoria y os profesaremos un motivadísimo sentimiento de respeto, de amor y de gratitud”.

El general Brooke, en efecto, había regido con singular acierto y durante casi un año a un país que de la postración más absoluta había ayudado a levantarse a las risueñas y lisonjeras perspectivas de la prosperidad; había tratado de ser, prudente y meritoria actitud, nada más, pero tampoco nada menos, que el gobierno de tránsito, la provisionabilidad que facilitase la instauración del gobierno cubano, y por su probidad intachable, su clara y afable comprensión, se había ganado la admiración y el aplauso de un pueblo agradecido. ¡Honor a su memoria!

CAPÍTULO IV

GOBIERNO DEL GENERAL LEONARDO WOOD

EL nuevo gobernador de la isla de Cuba, general Leonardo Wood, era hombre de singulares aptitudes y de reconocidas dotes de mando. Martínez Ortiz, que le conoció, nos lo describe como "de elevada estatura, de aspecto simpático y de complexión hercúlea; cuando daba la mano, estrujaba la del que se la ofrecía hasta dejarla dolorida. Ejemplar acabado de una raza fortísima [frisaba apenas en los treinta y nueve años], en su mirada resplandecían la audacia y la confianza en la propia fortaleza. Se adivinaba, al verle, que no había situación, por crítica que fuera, capaz de hacerle perder el dominio absoluto de sí mismo". Oscuro médico militar, Leonardo Wood —bostoniano de nacimiento y graduado de Harvard— se había batido con distinción y con fortuna contra los indios en las dilatadas praderas del Oeste norteamericano. El general Nelson Miles, su conmlitón en aquellos días aventureros, le trajo a Washington, y allí el médico batallador supo ganar la amistad estrecha y cordialísima de Teodoro Roosevelt, a la sazón Subsecretario de Marina, e insinuarse en el exclusivo círculo de los amigos más íntimos del Presidente McKinley. La guerra hispano-americana le dió ocasión para mostrar, en escenario más propicio, sus grandes y relevantes cualidades personales, y como coronel del regimiento de los *Rough Riders*, con Roosevelt de segundo, vino a Cuba y tomó parte activa en las operaciones militares durante la campaña de Santiago.

El pueblo cubano recibió con aprensión y desconfianza justificadísimas al nuevo mandatario. El propio general Máximo Gómez, visitado y halagado en seguida por Wood, se mantuvo en actitud discreta y reservada; "como hombre de larga vista no pudo desconocer, desde el primer momento, que se las había con persona de distinta madera de la que era Mr. Brooke".

El general Wood declaró, en todos los tonos, que venía a continuar, no a contrariar, la prudente política de su antecesor, y que la instrucción popular y las obras públicas serían los objetivos inmediatos y pre-

ferentes de su atención. Como paso previo para la instauración del gobierno cubano, deseaba cambiar impresiones sobre algunos problemas que podían y debían encararse desde ese mismo momento con las figuras más destacadas y representativas del país. A ese fin, para los primeros días de enero, proponíase reunir, en esta ciudad, una verdadera asamblea de notables.

La opinión, prevenida, acogió con desagrado e inquietud ese afán por replantear el repudiado proyecto de gobierno civil norteamericano para Cuba, que no otra cosa significaba, a sus ojos, la reunión, bajo la presidencia de Wood, de una respetable asamblea de personalidades nativas; pero el Gobernador se apresuró a desvirtuar esa creencia asegurando que la asamblea no tendría carácter deliberativo, y que su intención se reducía a conocer el criterio de los cubanos más responsables sobre varios problemas urgentes del momento.

El general Wood aumentó el reducido gabinete de Brooke con dos nuevas carteras: las secretarías de Justicia e Instrucción Pública y de Agricultura, Comercio, Industria y Obras Públicas fueron divididas y hubo así seis en vez de los cuatro departamentos anteriores. El doctor Diego Tamayo fué designado para ocupar la Secretaría de Estado y Gobernación; el doctor Enrique José Varona, para Hacienda; el doctor Juan Bautista Hernández Barreiro, para Instrucción Pública; el general Juan Ríos Rivera, para Agricultura, Industria y Comercio; el ingeniero José Ramón Villalón, para Obras Públicas; y el doctor Luis Estévez y Romero, para Justicia. Los nuevos funcionarios, cubanos distinguidísimos y de gran capacidad, juraron ante el Presidente del Tribunal Supremo mantener buena fe y lealtad al Gobierno Militar de Cuba como autoridad suprema; sostener y defender, de buena fe también, dicho Gobierno Militar; observar las leyes vigentes en la isla de Cuba; obedecer las órdenes del Gobernador Militar de la Isla; y desempeñar bien y fielmente las obligaciones del cargo que iban a ejercer, con plena conciencia de su responsabilidad y de acuerdo con las leyes del país y los dictados del Gobernador General. A los secretarios de Brooke, que habían accedido a continuar unos días más en el desempeño de sus cargos, el general Wood les expresó, por escrito, su aprecio por los servicios prestados a la Ocupación y a Cuba durante el tiempo de su fecunda gestión al frente de sus respectivos departamentos.

Con los primeros días del nuevo año, dieron comienzo las reuniones de notables. La más movida e interesante de todas fué sin duda la que sostuvo Wood con los generales de la guerra de independencia, el día 3 de enero de 1900. A preguntas del Gobernador sobre la clase de

sufragio a conceder en las elecciones municipales que en breve serían convocadas, la opinión de los patriotas se mostró unánime en afirmar, por los labios autorizados de Bartolomé Masó, que el sufragio universal sin limitaciones era la única forma aceptable para los revolucionarios. El general Wood sostuvo, por el contrario, que debía restringirse el derecho electoral. Tan sólo aquellos individuos mayores de veintiún años que supieran leer y escribir, o hubiesen militado en las filas del ejército libertador, o poseyeran doscientos cincuenta pesos de capital, por lo menos —aunque fuesen analfabetos y no hubiesen peleado a favor de su país—, podrían ejercer el sufragio. Ahora bien, añadió: —Todo aquel que al llegar a los veintiún años no ha tenido la laboriosidad suficiente para reunir doscientos cincuenta pesos, o no ha podido aprender a leer y escribir, o no ha ido a defender a su patria estando en guerra, es un elemento social que no merece se cuente con él para los fines colectivos; ¡qué no vote!

El general José Miró Argenter, escritor de sólida reputación y apasionado liberal, le apuntó a Wood que con las limitaciones señaladas podría llegar fácilmente el momento en que fuese falseado el anhelo de los cubanos de mantener la soberanía plena, absoluta de su tierra, y que ese peligro no debía correrse jamás. Y, con ruda franqueza, aludió después a las aviesas, torcidas intenciones atribuidas al nuevo gobernador. El general Wood, muy dueño de sí mismo, replicó en seguida: —He venido a Cuba con el propósito de dejar en manos de los cubanos el gobierno; para alcanzarlo es preciso que ayuden todos, sin recelos como los mantenidos por *El Cubano Libre*, de Santiago, y otros periódicos; hacen propaganda contra el orden y la tranquilidad de los espíritus. Miró Argenter mostróse admirado del cambio tan profundo que se había producido en el ánimo del general Wood, y no se mordió la lengua para decirle: —En Santiago dábase el señor Gobernador por anexionista y sonreía siempre que se le hablaba de independencia; ahora se nos presenta como independiente decidido; debemos felicitarlos; quizás el cambio se deba, en parte, a *El Cubano Libre*. Wood, con la mano sobre el pecho, puso énfasis en decir: —Yo aseguro, por mi honor de caballero y de militar, que por las instrucciones de mi gobierno vamos hacia la independencia; el gobierno de la Isla se entregará a los cubanos.

Después, más despejado el ambiente, tocóse el tema de las obras públicas que era necesario acometer, y el Gobernador, afable y lisonjero, se detuvo a conversar con todos y cada uno de sus ilustres invitados. Los generales, anota Martínez Ortiz, se retiraron complacidos,

“más que de la acogida afectuosa, de las declaraciones del Gobernador”.

El general Wood, hombre dinámico y de gran resistencia física, quiso imprimir a los empleados de las oficinas de gobierno “la actividad pasmosa de su carácter”. Las horas de trabajo se aumentaron y una reglamentación severa e inflexible reguló el tiempo y las obligaciones de los servidores de la administración. Los periódicos capitalinos, en intencionadas caricaturas que llevaban al pie agudas composiciones satíricas, aludieron con frecuencia al flamante y comentadísimo Reglamento de las Oficinas. En una de ellas, la más popular, leíase:

No refrescar; no escupir;
no rascarse, no fumar;
muy tempranito llegar;
casi de noche salir.
No hay tiempo para almorzar
ni otra cosa que escribir...
¡Quién se quiera colocar
es que se quiere morir!

El activo gobernador quiso conocer y apreciar *de visu* las necesidades y los sentimientos de las diversas regiones y localidades de la Isla, y unas semanas después de su toma de posesión —en enero de 1900— recorre afanoso la provincia pinareña, marcha más tarde para Cienfuegos y sigue por último hasta Oriente, haciendo provechosas visitas a Manzanillo, Guantánamo y Gibara. Refiere un cronista que Wood, “hombre de laboriosidad infatigable y de naturaleza de hierro, ni en el ferrocarril ni en el vapor descansaba; los asuntos pendientes los resolvía allí como pudiera hacerlo en el Palacio de la Plaza de Armas, y cuando sus ayudantes se declaraban rendidos, él reposaba haciendo ejercicios gimnásticos o jugando algún juego de gran movimiento y esfuerzo muscular”.

El general Brooke había permitido y hasta estimulado la activa participación de sus secretarios en el gobierno: más de un proyecto popular y aplaudido había sido obra del talento y de la iniciativa de alguno de sus colaboradores. Wood, que no gustaba de compartir su autoridad y sus prerrogativas con nadie, fué reduciendo poco a poco la acción personal de los secretarios del despacho, a pesar de sus reiteradas promesas de seguir la inteligente y prudente política de su predecesor. Los periódicos cubanos que hacían ruda oposición a los proyectos e intenciones del general Wood, no dudaron en achacar tan significativo y alarmante cambio a indicaciones y hasta órdenes del propio Presidente

norteamericano, y *La Discusión* cuidó de advertir al absorbente gobernador que si desde Madrid no se podía manejar bien a Cuba, y ése fué uno de los motivos más poderosos del levantamiento contra España, menos posible todavía era hacerlo desde Washington.

Para conocer y apreciar también la situación de la Isla y los verdaderos sentimientos de sus moradores, el Secretario de la Guerra, Mr. Elihu Root, y una representación del *Committee on Cuban Relations* del Senado Federal, pasaron a Cuba, apenas iniciada la gestión de Mr. Wood.

El Secretario de la Guerra celebró contadas pero provechosas entrevistas. Oyó las manifestaciones interesadas de los que, descreídos o despechados, mantenían disolventes propósitos anexionistas, y la opinión de los que, sin desvíos ni claudicaciones, reclamaban y propugnaban la independencia absoluta. A estos últimos —a Manuel María Coronado y a Juan Gualberto Gómez— el sagaz estadista norteamericano les apuntó que: —Los Estados Unidos no han derramado la sangre de sus hijos, ni han gastado el dinero de sus arcas para esclavizar a un país; lo han hecho para ayudar a su libertad.

A Root, puntualiza Portell Vilá, “no le causaron mayor impresión las halagadoras palabras de los anexionistas del día, que poco antes habían sido españolistas, como él sabía muy bien, pero sí le impresionaron las concluyentes declaraciones de los republicanos”.

El subcomité senatorial (Orville Platt, que muy en breve sería tan famoso; Aldrich y Teller), permaneció unos diez días en Cuba y tuvo también ocasión de escuchar de labios de distinguidos revolucionarios cubanos de que la mejor, la única solución posible para el país era la independencia absoluta. El senador Platt manifestó al general José de Jesús Monteagudo y al coronel Enrique Villuendas, en el poblado villareño de Cruces, que la independencia no era tema sujeto a discusión, sino un deber para los Estados Unidos, y que las promesas formuladas se cumplirían. Momentos antes, el propio senador Platt, acaso para desconcertar a sus interlocutores, les preguntó, según refiere Martínez Ortiz, “si los cubanos sabían que en París los comisionados de la paz, por España, habían insistido en ceder la soberanía sobre Cuba a favor de los Estados Unidos y que éstos habían declinado, en absoluto, semejante solución”. Monteagudo y Villuendas, con suma habilidad, se apresuraron a responder que los cubanos sabían todo lo concerniente a aquellas negociaciones.

La subcomisión senatorial, después de examinar y discutir con el general Wood las informaciones recogidas y los puntos de vista sustentados, decidió regresar en seguida a los Estados Unidos.

Otras delegaciones norteamericanas recorrían infatigables el país, llevando a todas partes el bálsamo restaurador de la caridad. Organizaciones como la *Cuban Orphan Society* y espíritus generosos e im-pares como Miss Clara Barton y Mr. Charles W. Gould habían contri-buído, al día siguiente del armisticio, a hacer menos áspera y triste —más soportable— la terrible situación de los huérfanos de la guerra y de los infelices reconcentrados. A nombre del pueblo de Cuba, su más alto vocero, el general Máximo Gómez, había expresado al Pre-sidente McKinley, y en él a la gran nación norteamericana, el senti-miento imperecedero de nuestra inmensa gratitud.

El general Brooke había designado Superintendente de Escuelas Públicas de la isla de Cuba a un antiguo profesor de la Normal de Chicago, ex Superintendente de San Bernardino, en California, Mr. Alex-is Everett Frye. El notable pedagogo norteamericano fué el orga-nizador desinteresado y capaz, entre nosotros, del sistema de escuelas primarias que vino a reemplazar, en hora feliz, el deficiente y atrasado sistema colonial. El estudio de la reforma de Mr. Frye y de su mag-nífica labor no pertenece a este capítulo; va hecho en otra parte de este mismo tomo, y por pluma bien enterada y responsable. Pero sí es menester que nos detengamos ahora, por sus indudables implicacio-nes políticas, en el examen de las causas de sus desavenencias con el general Wood, que produjeron a la postre la sensible retirada del ilustre pedagogo.

El general Brooke había promulgado, en 6 de diciembre de 1899, una ley de instrucción pública. Wood modificó dicho cuerpo legal en 30 de junio de 1900 y volvió a modificarlo un poco más tarde. Las disposiciones de Wood referíanse, en su casi totalidad, a los aspectos políticos, administrativos mejor, de la cuestión docente; pero su in-flexible aplicación produjo discrepancias y rozamientos enojosos entre el teniente Matthew E. Hanna, antiguo maestro de instrucción prima-ria en el Estado de Ohio, graduado de West Point, que disfrutaba de la confianza y del respaldo del general Wood, y el generoso y modesto Superintendente. (El teniente Hanna había sido elevado por Wood a la categoría de Comisionado Escolar, esto es, superior jerárquico de Frye, a pesar de que este último le aventajaba en cultura y experiencia pedagógicas.) El autoritario gobernador, para amparar y disculpar a Hanna, no dudó en acusar a Frye, en sus informes oficiales, de que con sus creaciones e iniciativas imprudentes se hallaba a punto de pro-vocar la bancarrota de la administración; pero la verdadera razón de su enemiga estaba en que el notable educador —“un hombre peligroso”,

como no vacila en calificarlo Wood—, aprovechaba su influencia sobre los maestros y los niños cubanos para propugnar una solución *radical* (léase cubana) en las futuras relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, como aseguró el propio general al Secretario Root, en carta de enero de 1901, según el autorizado testimonio de Hermann Hagedorn, biógrafo de Wood. Es decir, como aclara Portell Vilá, que Mr. Frye “iba deprisa en la formación de ciudadanos y en la creación y desarrollo de una conciencia nacional contraria a la absorción y al tutelaje por parte de los Estados Unidos...”, por lo que su magnífica y memorable tarea resultaba opuesta a los fines de la política que representaba Wood. Para honra de Frye, ha escrito Fernando Portuondo, “esto era algo semejante a lo que había dicho de José Antonio Saco el capitán general español Tacón justificando su expulsión de Cuba”.

En la esfera más restringida pero no menos importante de la enseñanza media y superior, los proyectos de reforma de Enrique José Varona, Secretario de Instrucción Pública, a la sazón, hallaron recias objeciones y tenaces resistencias; pero Varona, más afortunado que Frye, contó con el apoyo decidido y sostenido del general Wood, y su plan reformador pudo llevarse a cabo “sin rectificaciones y sin enmiendas convencionales”.

Mas a pesar de sus desaciertos y hasta de sus injusticias, justo y honrado es reconocerlo, la instrucción pública, cimiento firmísimo de todo régimen democrático de gobierno, mereció la atención solícita y preferente del general Wood, y las notables aportaciones de su gobierno —las grandes iniciativas y reformas que él patrocinara—, sacaron al país de la vergonzosa postración en que le habían dejado, unos meses antes nada más, la incuria y la desatención de las autoridades coloniales.

El general Wood acometió también, con sus bríos y decisión habituales, la reforma de la administración de justicia. Pero en este resbaladizo terreno, como observa Martínez Ortiz, llevó las cosas más allá de lo conveniente, y hasta dió palos de ciego. La administración de justicia —nadie lo dudaba— estaba urgida de una amplia y depuradora reorganización; pero antes de acometer tarea tan riesgosa preciso era empeñarse en cegar la fuente nutricia del cohecho y de los desmanes, yendo a la derogación de aquellas viejas y defectuosas leyes españolas, aún vigentes, cuya estricta observancia producía tan viva irritación en el ánimo del general Wood, que no podía comprender que los mismos códigos que sirvieron para mantener un país bajo el más rudo despotismo, valiesen también para regir su desarrollo dentro de la esfera de la libertad, pero que no hacía nada por reemplazarlos.

Este criterio del Gobernador, sostenido con la tenacidad que solía poner en todos sus propósitos, explica la escandalosa separación del Fiscal del Tribunal Supremo, el doctor Federico Mora, a los pocos días de iniciado su gobierno.

Empleados de la Aduana de La Habana habían puesto en conocimiento de sus superiores fraudes cometidos por varios de sus compañeros, y aun por ellos mismos, y suministrado también las pruebas necesarias. El general Wood se empeñó en que los denunciantes recibieran la consideración de testigos de estado y que no quedaran, por consiguiente, sujetos a las contingencias del proceso. Las leyes españolas no admitían, empero, la existencia de semejantes testigos, y el señor Mora, con buen criterio jurídico, se negó a aceptar la opinión del Gobernador. Este, contrariado, dispuso entonces la cesantía del íntegro funcionario, manifestando que, a pesar de su "personalidad brillante", el señor Federico Mora era un "deficiente fiscal del Tribunal Supremo".

Para Wood, las aduanas de Cuba, dependían directamente del Gobierno Federal norteamericano y, en consecuencia, debían regirse por las disposiciones establecidas, para ellas, en los Estados Unidos, donde los que han tomado parte en la realización de un delito y denuncian su existencia y señalan a sus coautores disfrutan de la consideración de testigos de estado.

El general Wood designó, al cabo, una comisión para que estudiase y propusiese las modificaciones más urgentes que fuera preciso introducir en las leyes en vigor. Tres juristas cubanos, los señores Luis Estévez y Romero, Juan Bautista Hernández Barreiro y Alfredo Zayas y Alfonso, y dos norteamericanos, los señores Horatio Rubens y James E. Runcie, compusieron la comisión. (Un indiscreto artículo de Mr. Runcie, publicado en una revista extranjera, le hizo abandonar el cargo, poco tiempo después de haber sido designado.) Fruto de esta iniciativa fué la ley del perjurio, que a pesar de su notoria conveniencia, "en el momento de promulgarse encontró alguna oposición, como la encuentra siempre toda medida que delimita abusos consuetudinarios".

La deficiente administración de justicia seguía siendo la preocupación del general Wood. El dinámico gobernador, en cuyo gabinete figuraron como Secretarios de Justicia hombres de la talla intelectual y de las prendas morales de Estévez y Romero y Hernández Barreiro, había creído oportuno sustituir a este último por el doctor Miguel Gener y Rincón, "hombre —como asegura Martínez Ortiz— de más acometividad, de pelo en pecho, capaz de tenerlas tiesas con cualquiera y con espaldas suficientemente robustas para echarse encima el mon-

tón de protestas ocasionadas al chocar con los intereses contra los cuales precisaba enderezar la acción del gobierno... Bastaba verle una vez para darse cuenta de su carácter; revelaba al luchador, desde el primer momento. Era de estatura elevada, de complexión robusta, cabeza grande, facciones acentuadas, cuello ancho y modales desenvueltos... Claro vió el general Wood que cuanto Gener no hiciera no lo haría nadie en Cuba. A sus cualidades físicas unía un conocimiento profundo de las cosas y de los hombres del foro... Quería [además] asociar su nombre a una gran labor reformadora, y aquella naturaleza de hierro, con la piqueta en la mano, debía ser formidable...".

La designación del doctor Gener ocasionó vivas y apasionadas protestas. Wood, para resguardarse de las críticas, trató de dar la impresión de que el nombramiento se debía a indicaciones del general Máximo Gómez.

Muy pronto se hicieron sentir la mano fuerte y el ánimo decidido del nuevo Secretario de Justicia. En el preámbulo de la orden militar número 362, de 17 de septiembre de 1900, que estableció entre nosotros el derecho de amparo en la posesión, decretábase la cesantía fulminante de varios jueces y magistrados que habían dictado sentencia en un famoso pleito sobre la hacienda *Santo Cristo del Valle*, perteneciente a los bienes dejados a su fallecimiento por don Carlos de Villate. "Los jueces y magistrados, como hombres que son, afirmábase en el referido preámbulo, pueden equivocarse; pero a nadie se le puede permitir que se equivoque hasta el extremo de confundir el día con la noche y al despojante con el despojado." A lo que parece, consigna un escritor contemporáneo, no se había procedido "con cuidado escrupuloso... y hasta se notó dualidad de criterio en los juicios". El pueblo cubano, con su buen humor y gracejo característicos, designó a los funcionarios depuestos con el mote de los *preambulados*, y así se les conoce aún.

La medida, como era lógico, despertó protestas airadas y se atribuyó por los perjudicados, a torcidos e inconfesados propósitos del Gobernador y de su influyente Secretario de Justicia.

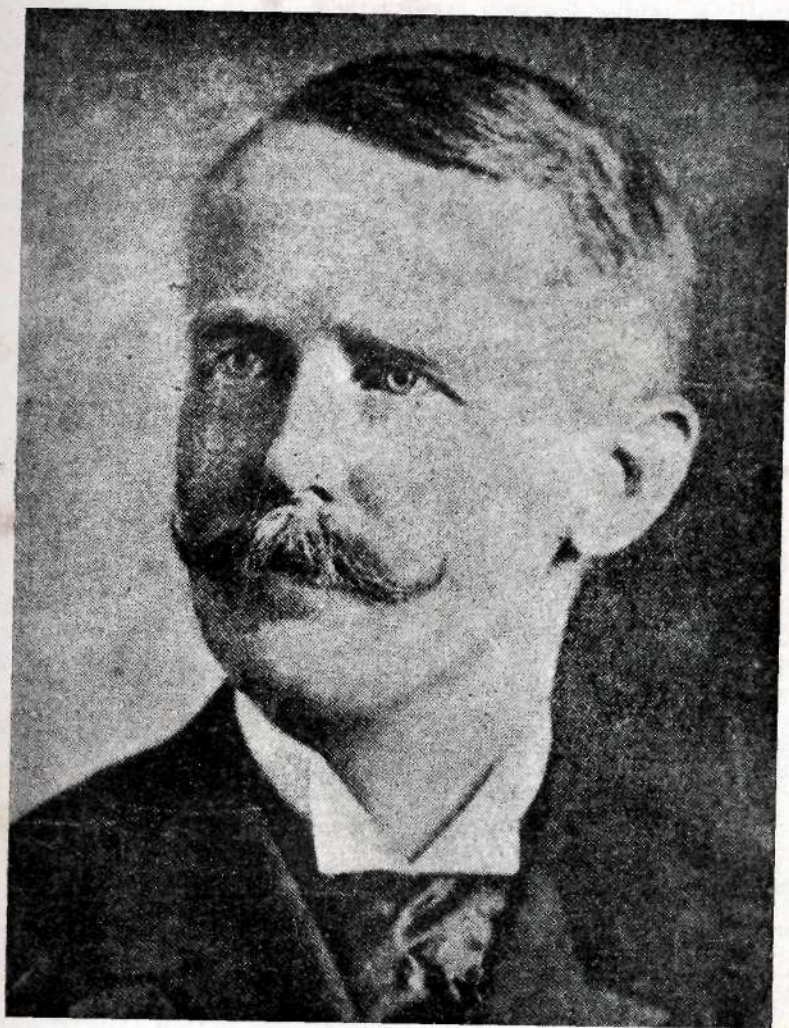
Al doctor Gener se deben asimismo las órdenes militares números 400 y 427, de 28 de septiembre y 15 de octubre de 1900, respectivamente, dictadas sobre el Registro Mercantil, y en beneficio del comercio de buena fe, la primera; y sobre la instauración del mandamiento de Habeas Corpus, la segunda.

Otra medida reformadora, el juicio por jurados, quedó muy pronto desnaturalizada y vino a parar en evidente descrédito. Hallábase en abierta pugna con la idiosincrasia y las tradiciones del pueblo cubano

y, a pesar de todos los esfuerzos, no pudo a la postre aclimatarse. En cambio, la abolición de los pactos de retro y del sistema de participación judicial en el importe de las costas procesales; la equiparación del personal de las audiencias; la defensa de pobres por abogados de oficio —“los abogados a quienes correspondía la defensa de pobres no podrán excusarse de ella sin un motivo personal y justo...”, según especificaba la Orden militar número 500, de 10 de diciembre de 1900—; la regulación de la justicia correccional y algunas otras medidas aisladas fueron objeto de generales y entusiastas aplausos, hasta de los adversarios decididos de la situación y de la política del general Wood.

Unos meses más tarde, el doctor Gener y Rincón dejaba la cartera de Justicia y pasaba, por encargo de Wood, a ocupar la Alcaldía de La Habana. El activo gobernador, satisfecho de la gestión de su secretario, aprovechó la oportunidad para dirigirle, con fecha 10 de abril de 1901, una carta de reconocimiento, que reprodujeron los periódicos, donde le decía, entre otras cosas, lo que sigue: “Usted ha llevado a cabo importantes y valiosas reformas, tanto en los procedimientos de los tribunales como en la administración de su Departamento. La Administración de Justicia se ha desempeñado con gran presteza y eficacia, y deja usted el Departamento bajo una buena organización y en condiciones de servir de un modo eficiente”.

La fiebre amarilla, plaga dañosísima, había causado y seguía causando millares de víctimas en los países vecinos del golfo de México y del mar de las Antillas. Obras de relieve ecuménico, como la construcción del canal de Panamá, veíanse entorpecidas por los estragos de la terrible epidemia, y las tropas españolas y más tarde las fuerzas norteamericanas de ocupación pagaron su triste tributo, en el suelo insalubre de Cuba, al espantoso e ignorado mal. En vano sagaces y sapientes investigadores de muy diversas procedencias habían emprendido el estudio sistemático de la plaga, ganosos de conocer su etiología y de precaver su transmisión. En vano también los médicos y los jefes militares norteamericanos habían puesto su confianza en que una enérgica y eficiente campaña de higienización de las poblaciones y de los hogares de la Isla habría de erradicar la fiebre amarilla. La enfermedad, lejos de ceder, continuaba su curso, y en 1899, el primer año de la Ocupación, hubo en la sola ciudad de La Habana 1,300 casos, con el duro balance de 322 defunciones. Ante la gravedad de la situación y la falta evidente de eficacia de los métodos de prevención empleados, el gobierno norteamericano designó una comisión científica —la cuarta que nombraba en veinte años— para que estudiase la mortífera y desco-



ALEXIS EVERETT FRYE

ALEXIS EVERETT FRYE. Educador norteamericano, Superintendente de Escuelas Públicas de la isla de Cuba, cuya diligente y progresista labor dejó interesadas para siempre la estimación y la gratitud de nuestro pueblo. Antiguo profesor de la Escuela Normal de Chicago y ex Superintendente de Escuelas de San Bernardino, en California, Mr. Frye fué el organizador desinteresado y capaz, entre nosotros, del sistema de escuelas primarias que vino a reemplazar, en hora feliz, la deficiente instrucción popular de la Colonia. Pero Mr. Frye no sólo creó u obtuvo la creación de 3,800 escuelas —tarea extraordinaria y digna de todo encomio—; sino que, pedagogo avisado, se empenó en la redacción de un utilísimo *Manual para Maestros* y dispuso y condujo la memorable excursión del magisterio cubano a Harvard; profesor enterado y responsable también, escribió un texto de Geografía, basado en las más modernas orientaciones científicas sobre la materia. "Los maestros cubanos que recibieron directamente su influencia, escribe Martínez Ortiz, han procurado inculcar en el corazón de los niños por ellos educados un sentimiento de amor a su nombre... Cuba debe recordarle siempre con respeto".

El retrato que se publica es copia de una fotografía muy conocida del gran educador norteamericano.

nocida enfermedad. El mayor Walter Reed, cirujano militar; y James Carroll, Arístides Agramonte y Jesse W. Lazear, cirujanos auxiliares interinos, formaron el nuevo comité investigador, cuyas iniciativas y actividades serían reguladas por las instrucciones que el Cirujano general del ejército haría llegar a conocimiento del mayor Reed.

Los comisionados, una vez en La Habana, visitaron a numerosos enfermos del terrible mal; cambiaron impresiones con los médicos, cubanos y norteamericanos, que los asistían; y pudieron comprobar *de visu* que, a pesar de las enérgicas medidas tomadas por el mayor Gorgas para acabar con la suciedad reinante, la fiebre amarilla había continuado extendiéndose y, en ese año crítico de 1900, "el número de casos [en el ámbito de la ciudad capitalina] era mayor que nunca". (Un organismo de control de los casos de la enfermedad, creado en la vecina población de Marianao, y que integraban tres animosos médicos cubanos, los doctores Nicasio Silveiro, Manuel Herrera y Eduardo Anglés, y los facultativos norteamericanos Roger P. Ames y J. W. Lazear, no logró tampoco resultados satisfactorios.) Y fué entonces, ante el fracaso manifiesto de las actividades de la Comisión, que el mayor Reed propuso, y sus compañeros aceptaron, considerar y confrontar la teoría de la propagación de la fiebre amarilla por medio del mosquito, hipótesis anunciada e ingeniosamente discutida, el primero —declaró Reed— por el doctor Carlos J. Finlay, en 1881.

El doctor Carlos Juan Finlay y Barrés, la gloria más alta de la medicina nacional y uno de los grandes benefactores de la humanidad, era un notable facultativo y hombre de ciencias cubano, cuyo genial descubrimiento en el campo de la fiebre amarilla ha hecho olvidar otros grandes servicios suyos. "La inventiva de su claro talento descubrió, o dió forma práctica [también], ha escrito el doctor Juan Guiteras, a la solución del problema del tétano infantil."

El doctor Finlay, desde muy temprano, "casi desde el mismo momento de su investidura médica", en 1856, o acaso un poco más tarde, se sintió atraído, y de manera poderosa, por el estudio de la terrible enfermedad, azote implacable de su patria y de los países vecinos. Tras unos años de vacilación —Finlay, como todos los investigadores de su época, había buscado en la atmósfera el agente de la trasmisión del mal—; el año memorable de 1881 dió a conocer, primero en forma incompleta, en la Conferencia Sanitaria Internacional de Washington, y más tarde, de modo concluyente, en la Academia de Ciencias de La Habana, que tres condiciones eran necesarias para que la fiebre amarilla se propagase: "Primera: existencia de un enfermo de fiebre amarilla, en cuyos capilares el mosquito pueda clavar sus lancetas e

impregnarlas de partículas virulentas, en el período adecuado de la enfermedad. Segunda: prolongación de la vida del mosquito entre la picada hecha en el enfermo y la que deba producir la enfermedad. Tercera: coincidencia de que sea un sujeto apto para contraer la enfermedad alguno de los que el mismo mosquito vaya a picar después”.

Pero la hipótesis del ilustre médico fué acogida con indiferencia por sus colegas de la Corporación, y su notable trabajo quedó sobre la mesa, a disposición de los señores académicos que quisieran examinarlo y hacerle las observaciones pertinentes. El doctor Finlay, hombre de fe y de convicciones arraigadísimas, no desmayó empero en sus propósitos, continuó sus estudios e investigaciones y por eso ahora, veinte años después de su genial descubrimiento, la comisión norteamericana acudía a él, modesto obrero de la ciencia, en solicitud de una completa y pormenorizada explicación de su teoría y de su técnica. Y el doctor Finlay, gozoso el corazón y brillante la mirada, puso en manos de los doctores Reed, Carroll y Lazear los huevos del *cúlex mosquito*, más tarde conocido por *stegomya fasciata*, el afanosamente buscado agente trasmisor de la fiebre amarilla.

Los experimentos realizados por la Comisión confirmaron en todas sus partes la teoría de Finlay. (Uno de sus miembros, el doctor Jesse W. Lazear, mártir de la investigación científica, se dejó picar en una mano por un mosquito infectado para demostrar “con más valor y devoción que el soldado, cómo los estragos del terrible mal podrían evitarse”.) Revelado el misterioso agente, bastó emprender la petroquización o hermeticidad de las zanjas y depósitos de agua para librar a Cuba, y a todos los países afectados, de la tremenda plaga.

El general Wood, que era médico, y médico capaz, se apresuró a reconocer y a publicar los grandes merecimientos de Finlay y su clamoroso triunfo. A ese fin, solicitó de los doctores Juan Guiteras y Francisco Domínguez Roldán que organizaran un gran banquete-homenaje, a nombre del gobierno y de la sociedad cubana, al genial hombre de ciencias, y el día escogido, el 22 de diciembre de 1900, acudió a presidir el solemne ágape, en unión de todos los elementos representativos de la Ocupación. El Jefe de la Sanidad Militar, mayor William Crawford Gorgas y los doctores Reed, Carroll y Agramonte ocuparon puestos de honor alrededor de la bien servida mesa.

El doctor Finlay, que se vió precisado a agradecer el magno homenaje, puso término a sus breves palabras afirmando con modestia ejemplar que: “Hace veinte años, guiado por indicios que creía seguros, salí a un campo árido y desconocido, y me encontré una piedra áspera y tosca en apariencia, la recogí y con la ayuda de mi eficaz

colaborador el doctor Claudio Delgado, la pulimenté y examiné, llegando a la conclusión de que habíamos descubierto un diamante en bruto. Pero nadie quiso creernos hasta que años más tarde llegó una comisión compuesta de hombres inteligentes, expertos en los trabajos necesarios, quienes en corto tiempo extrajeron de su tosca cubierta la piedra a cuyo brillo nadie puede estar ciego”.

La gloria de Finlay, víctima largo tiempo de la incomprensión y hasta de la mala fe de algunos, es reconocida y acatada hoy, gracias a la generosa y persistente campaña reivindicadora de una legión de entusiastas finlaístas, por todo el mundo sabio de aquende y allende el Atlántico.

La erradicación de la fiebre amarilla no fué —no podía serlo— producto del esfuerzo único del general Wood, si bien se planeó y se llevó a cabo bajo sus auspicios; pero es justo y grato reconocer, como lo hace Martínez Ortiz, que el dinámico gobernador “prestó el amparo de su autoridad a los experimentos; ... abrió las arcas del tesoro público para afrontar los gastos cuantiosos indispensables; ... borró con el prestigio de su autoridad los efectos de la crítica apasionada y de la ignorancia petulante que osaban hincar el diente en la reputación de Finlay y de sus compañeros, y cuando llegó el momento de discernir los honores, no tomó para sí la menor parte; los hizo recaer, por entero, sobre el autor del descubrimiento y sobre los esclarecidos y denodados investigadores que lo confirmaron”.

La gran labor higienizadora del gobierno norteamericano de ocupación, tarea ingente y de brillantes resultados, ha merecido siempre la gratitud y los parabienes de todos los hijos de Cuba.

Las obras públicas merecieron también la atención preferente y constante del general Wood, quien en su gobierno de la región oriental había cosechado unánimes y calurosos aplausos por la pavimentación de algunas de las principales calles de la ciudad de Santiago de Cuba y por haber construido la magnífica carretera al pintoresco Puerto de Boniato. El activo gobernador, fiel a las promesas formuladas, iba ahora a continuar, en escenario más vasto y en posición más responsable, sus grandes iniciativas y mejoras. Diversos caminos en mal estado y hasta intransitables fueron arreglados; se construyeron algunos puentes y alcantarillas, y el gobierno, para facilitar las comunicaciones, acometió la construcción de varias carreteras. El puerto de Cárdenas fué canalizado y mejorado, y en la ciudad de La Habana el antiguo paseo del Prado o de Isabel II, el más concurrido de la población, fué transformado y embellecido, al mismo tiempo que se iniciaba el tra-

zado de la hermosa avenida del Malecón. Dos buenos edificios, la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales y la Escuela de Artes y Oficios fueron asimismo levantados por entonces. Al frente de la flamante Escuela puso el Gobernador a un cubano generoso y entendido, el licenciado don Fernando Aguado y Rico, cuyo nombre ilustre ostenta hoy día con orgullo la utilísima fundación.

Una obra de gran trascendencia para el desarrollo económico de la Isla y hasta, como observa Portell Vilá, "para la integración nacional del pueblo cubano", la construcción del ferrocarril central, empresa cuya necesaria y urgente realización no supo o no pudo nunca encarar y resolver el gobierno de España, fué llevada a cabo también con éxito notorio.

Un progresista hombre de negocios, ennoblecido por la reina Victoria de Inglaterra a causa de haber construido el *Canadian Pacific Railway*, Sir William Van Horne, no dudó en acometer la magna tarea, no obstante las desalentadoras advertencias y los pronósticos de fracaso de los descreídos y de los pusilánimes. El general Wood, que apreció en toda su magnitud e importancia la empresa de Van Horne y de sus entusiastas asociados, le dispensó su valiosa protección desde un principio, y a pesar de los dictados de la ley Foraker, que prohibían hacer concesiones en Cuba mientras durase el gobierno de la Ocupación militar, le proporcionó todas las facilidades y franquicias posibles, habida cuenta de los grandes beneficios que el ferrocarril reportaría a la nación y, claro está, a los propios Estados Unidos.

La magna obra quedó concluida en año y medio y Van Horne, su audaz y afortunado *promoter*, fué objeto de todo género de celebraciones y de homenajes; había llevado la vida del progreso a regiones y ciudades apartadas y dormidas, que "sacudían, al despertar, el polvo de los siglos amontonado sobre ellas".

Bajo el gobierno emprendedor de Wood, otra feliz iniciativa, el establecimiento de los tranvías eléctricos, dió vida y animación singulares a la ciudad de La Habana. El precio de los terrenos en la capital subió de modo vertiginoso y la urbanización de las antiguas estancias de labor y hasta de las canteras, abrió ancho campo a la especulación y a las transacciones. Viejas pero abatidas barriadas cobraron importancia y valor insospechados y "se formaron fortunas cuantiosas de la noche a la mañana".

Una orden militar, la número 34, de 7 de febrero de 1902, recogió las orientaciones más modernas sobre la construcción y circulación de ferrocarriles y las armonizó con el *status* y las necesidades de Cuba.

Martínez Ortiz considera esta medida como una "obra de notable perfección", ya que proclamaba y patrocinaba la libertad más completa para el levantamiento de nuevas líneas férreas y no establecía subvenciones, monopolios ni derechos expectantes a favor del Estado; aparte de que, por las modificaciones introducidas más tarde en el procedimiento de expropiación, suprimiendo la lentitud y enojosa aplicación del primitivo expediente, resultaba un magnífico sistema, cuyos beneficios se han puesto de manifiesto, insiste el celebrado historiador, con el rápido desarrollo de las redes ferroviarias cubanas.

El general Wood amplió asimismo, con acertado criterio, las mercedadas facultades de los ayuntamientos, liberándolos de las trabas y tutelas enfadosas que pesaban sobre ellos. Esta novísima situación permitió al animoso Alcalde de La Habana, Nicasio Estrada Mora, sucesor de Perfecto Lacoste, calorizar varias y notables reformas administrativas y ponerle término también, de modo enérgico y decidido, a deficiencias y abusos inveterados.

Verificadas las elecciones municipales el sábado 16 de junio de 1900, resultó electo Alcalde de esta ciudad el general Alejandro Rodríguez, prestigioso revolucionario, candidato del gran Partido Nacional. (El señor Estrada Mora, el aspirante derrotado, obtuvo apenas un poco más de la mitad de la votación del general Rodríguez.)

El nuevo alcalde, hombre honrado a carta cabal y de apreciables prendas de carácter, carecía sin embargo de aquella prudencia y sagacidad necesarias para regir, con éxito, el complicado ayuntamiento capitalino. Los graves desaciertos de sus colaboradores más cercanos y responsables y las acerbos y destempladas críticas de los periódicos y de la opinión callejera le hicieron perder muy pronto la paciencia al ilustre y caballeroso patriota, que no tardó en rogarle al general Wood que le excusara del cumplimiento de aquella dura, insoportable encomienda. El diligente gobernador, que apreciaba sus méritos y se condolía de sus dificultades, tuvo a bien designarle Jefe de la Guardia Rural y confió entonces la Alcaldía de La Habana, bien necesitada de una mano recta e inflexible, a su Secretario de Justicia, el doctor Miguel Gener y Rincón, como ya apuntamos más arriba. Pero el hombre de empuje que había acometido sin vacilaciones la reforma de la administración de justicia, vino al nuevo y espinoso cargo, como señala Martínez Ortiz, gastado por la ardua lucha sostenida y lo que era peor aún, desvanecido por la altura. Sus grandes dotes de energía habíanse como amortiguado y, por su conducta imprudente, se enajenó muy pronto las simpatías de los concejales y no supo ganarse en cambio la

voluntad tornadiza de las masas populares, a las que trató de halagar por medios "pocos congruentes con su carácter". Además, *last not least*, en el candente problema de la Enmienda Platt, el doctor Gener, lo afirma el propio Martínez Ortiz, "estuvo jugando con dos barajas", y por esa razón perdió, de una vez y para siempre, el afecto y el apoyo decisivos del general Wood. (El doctor Gener votó a la postre en la Convención en contra de la aceptación de la decantada Enmienda y, nuevo motivo de divergencias y de disgustos con el gobernador Wood, había propugnado asimismo la candidatura del general Bartolomé Masó.)

Del árbol caído todos hacen fácilmente leña, y los adversarios del discutido funcionario, que eran poderosos y numerosísimos, vieron con júbilo que los concejales del ayuntamiento hallaran al cabo la manera de enredarlo en las sutiles mallas de un rebuscado expediente. "Se hurgó mucho, se encontró algo, se gritó más, y al fin el Gobernador resolvió destituir al Alcalde y antes famoso Secretario", quien, a pesar de sus indudables desaciertos y del radicalismo de sus actitudes, "precisa reconocer que muchas de las modificaciones legislativas más importantes de aquella época se debieron a sus esfuerzos para comenzarlas y a su tesón para llevarlas adelante".

El general Wood se vió obligado también por esta época a suprimir algunos municipios, cuya vida precaria y sin posibilidades inmediatas de mejora hacían prudente y aconsejable la medida.

La designación de un nuevo obispo para la diócesis de La Habana movió y apasionó la opinión pública unos dos meses escasos después de la toma de posesión del general Wood. La Santa Sede, con prudente criterio, había nombrado a monseñor Donato Sbarretti, prelado italiano de amplia cultura y de trato agradable e insinuante, como reconoce un sagaz observador contemporáneo. Algunos sacerdotes cubanos de bien probado patriotismo y de méritos indiscutibles pretendieron también la mitra y habían contado con la simpatía y el apoyo decididos de los más prestigiosos jefes revolucionarios. Hubo, por ese motivo, enérgicos pronunciamientos y enconadas manifestaciones de protesta y se trató por todos los medios de evitar que se hiciese efectiva la anunciada designación; pero Roma mantuvo sus fueros e inmunidades y monseñor Sbarretti ocupó el obispado. La calma renació a la postre en todos los espíritus y no se dió la triste situación que algún periódico había apuntado y hasta defendido: el establecimiento de una iglesia nacional desligada de toda obediencia al Sumo Pontífice de Roma.

El general Wood se vió obligado a confrontar, muy pronto, el arduo problema de los bienes de la Iglesia Católica, en gran parte amortizados y enajenados por el gobierno de la Metrópoli a virtud del decreto de 11 de octubre de 1835, que había dispuesto la supresión de las comunidades religiosas y la venta de sus cuantiosas propiedades en España y en sus dominios. El gobierno moderado de Narváez, para reparar esos graves perjuicios, se había comprometido, por el Concordato de 1851, a satisfacer la dotación de todo el clero español, desde los arzobispos hasta los coadjutores, así como la de los seminarios y los gastos del culto. (En los presupuestos de la isla de Cuba, había figurado desde esa época la partida para los gastos anuales de culto y clero.) El cese de la soberanía española le había puesto término a esa situación y la Iglesia, lastimada en sus derechos y prerrogativas, estableció la oportuna reclamación. El general Wood, para estudiar y resolver en justicia la demanda, designó una comisión de tres miembros del Poder Judicial (don Pedro González Llorente, magistrado del Tribunal Supremo, y don Juan Víctor Pichardo y don Juan Francisco O'Farrill, magistrados de audiencia). El problema apasionó a la opinión pública y fué discutido por la prensa con acritud y con parcialidad. El fallo, que no se hizo esperar, fué favorable a las pretensiones de la Iglesia Católica, y el arreglo definitivo de la cuestión se hizo a base del pago de una renta de un cinco por ciento sobre el valor de las propiedades, que se estimaron en dos millones de pesos. Al futuro gobierno de Cuba se le reservó el derecho de adquirir por su valor de tasación los susodichos bienes dentro de un plazo prudencial de cinco años a partir de su instauración. En tal caso, se aplicaría como parte del precio el 25% de la renta pagada.

El gobierno norteamericano, afirma Martínez Ortiz, se alegró de la solución dada al serio conflicto: no le venía mal al Partido Republicano, abocado a unas elecciones, ganarse así la simpatía y la gratitud de los católicos de la Unión, aparte de que el laudo daba la pauta para resolver, más adelante, el caso de las islas Filipinas, donde el problema brindaba modalidades semejantes, pero revestía mayor gravedad.

Wood modificó, por último, la disposición de su predecesor que daba carta de validez única al matrimonio civil. Por la orden militar de 8 de agosto de 1900 se estableció que el matrimonio podía ser civil o religioso, a voluntad de los contrayentes.

Una carta del general Juan Rius Rivera, Secretario de Agricultura en el gabinete de Wood, al coronel Cosme de la Torriente, magistrado de la Audiencia de Santa Clara, de 16 de abril de 1900, sobre el pro-

grama de una nueva y discutida agrupación política, la *Unión Democrática*, documento que había sido publicado y comentado por la prensa —el General autorizó al doctor Torriente para que hiciera de la carta el uso “que creyere más útil a los intereses patrios”—, fué cuestión que enardeció los espíritus con pasión caldeada al rojo blanco.

Al general Ríus Rivera, puertorriqueño de nacimiento, cubano de corazón, no le satisfizo —no podía satisfacerle— el programa de la nueva colectividad política, bajo cuyas flamantes banderas se habían agrupado, en curiosa amalgama, numerosos antiguos autonomistas y no pocos generales de grandes prestigios y de muy limpia ejecutoria. Para Ríus, los cubanos que aceptasen sin reservas los propósitos de la Unión Democrática, partido que tomaba como base y fundamento de su acción política el Tratado de París, y no la noble y generosa Resolución Conjunta, incurrian en un manifiesto error, o se hacían sospechosos de no amar resueltamente la independencia y la soberanía de su patria; o no se habían dado cuenta cabal de las cosas, insistía, o se hacían culpables de querer prolongar, de modo innecesario y peligroso, el período de la intervención norteamericana. Y hombre sin dobleces y sin artificios, el bravo luchador aprovechaba la ocasión para decir a su ilustre comunicante lo que, a su juicio, todos los partidos políticos organizados y todos los amantes de la independencia estaban en el deber de declarar, y de modo unánime y perseverante pedir que se cumpliera:

a) Que tan pronto se efectúen las elecciones municipales, se proceda a convocar los comicios generales para elegir una Asamblea o Convención Constituyente;

b) Que esa magna asamblea se constituya, a más tardar, en enero de 1901, debiendo realizar sus objetivos en un plazo que no exceda de cuatro meses;

c) Que una vez votada la Constitución por la Asamblea y aceptada que fuere por los Estados Unidos, se proceda a elegir y establecer, en su día, los organismos de gobierno que la misma determine;

d) Que el gobierno así constituído reciba, a la par que el reconocimiento de los Estados Unidos, los poderes necesarios para ejercer la soberanía a nombre de la República de Cuba, e inicie en seguida las negociaciones pertinentes para la celebración de un tratado de amistad y comercio con la gran nación norteamericana;

y e) Que todas esas “operaciones” se lleven a cabo dentro del año comprendido del primero de enero al 31 de diciembre de 1901.

La opinión pública cubana recibió con singulares muestras de agrado y unánime aprobación las valientes manifestaciones del general Ríus Rivera; su carta y sus patrióticos criterios se pusieron de moda; “no

se hablaba de otra cosa; estaba a la orden del día". Pero al general Wood, a quien sus instrucciones e intenciones reservadísimas orientaban por otros rumbos, la ruda franqueza del prestigioso jefe revolucionario le produjo hondo y evidente disgusto, y no se ocultó para decir que ningún miembro de su gabinete podía permitirse, sin su anuencia, actitudes y desahogos de esa índole. Ante esa reacción, el general Ríus Rivera hizo presente en seguida al celoso gobernador sus deseos de abandonar el alto cargo que desempeñaba. Mr. Wood, refiere Martínez Ortiz, se mostró cordial y afectuoso con Ríus, en el curso de una entrevista que ambos celebraron, "pero se dejó caer con algunas reticencias". La carta, a su juicio, no tenía nada de particular —bien pudiera suscribirla el propio McKinley, afirmó—, pero lamentaba mucho no haber tenido conocimiento previo de ella. En relación con la renuncia, recabó algún tiempo para pensarlo, pero a la postre tuvo a bien admitirla. La comunicación de Wood aceptando la dimisión de su Secretario hacía hincapié en que la primera noticia que tuvo de su carta al coronel Torriente había sido por medio de la prensa, y afirmaba que el aparente desacuerdo que existía entre el Gobernador y su valioso auxiliar no tenía ninguna relación con la política observada por el gobierno de la intervención, ya que la reorganización del país y el establecimiento de un gobierno estable serían rápidamente puestos en práctica, y las elecciones municipales, convocadas para junio, eran la mejor prenda de ello.

Los periódicos tacharon de vaga y nebulosa la carta del general Wood, y uno de los más leídos, *La Discusión*, "diario cubano para el pueblo cubano", recogió en un comentadísimo artículo, *A carta clara, respuesta oscura*, esa preocupación y sentimientos generales.

(Poco después, otro ilustre y respetado miembro del gobierno, el doctor Luis Estévez y Romero, por razones de índole particular, la necesidad de emprender un viaje a Europa, presentaba también la renuncia de su cargo de Secretario de Justicia. El general Wood aprovechó una y otra renuncia para reorganizar su gabinete. Hernández Barreiro pasó a Justicia; Varona a Instrucción Pública; Leopoldo Cancio, distinguido economista, entró a ocupar la carta de Hacienda; Perfecto Lacoste fué designado Secretario de Agricultura; Tamayo y Villalón continuaron en sus cargos.)

El nuevo Secretario de Agricultura, el caballeroso don Perfecto Lacoste, logró interesar al general Wood en un meditado y razonable plan de ayuda a los campesinos pobres. Conseguido el crédito necesario, se formaron lotes de cinco reses, unas ocasiones sorteados y otras

distribuidos entre los más necesitados, que serían satisfechos en plazos prudenciales y que se ofrecían al costo de importación. La plausible medida halló eco propicio y miles de familias campesinas solicitaron y recibieron la valiosa ayuda.

El propio Lacoste presidió, por encargo de Wood, una importante reunión de productores e industriales que tuvo efecto en los salones del Centro Asturiano de esta ciudad. En esa magna asamblea se acordó, entre los aplausos cerrados de la concurrencia, recabar del gobierno norteamericano una mejora en las tarifas arancelarias de la Unión para los productos cubanos; una nueva prórroga para el pago de los créditos hipotecarios, y algunos cambios indispensables también en las partidas de los aranceles cubanos.

Wood, hábil psicólogo, supo aprovechar este intenso y extenso movimiento económico como una arma política eficaz. Martínez Ortiz ha puesto al descubierto sus ocultas intenciones: "Declarado campeón de las concesiones especiales a Cuba, para el acceso de sus productos al mercado norteamericano, se hacía simpático; nada podía ganarle en aquellos momentos más popularidad, y al propio tiempo, veníale como de molde para ir quebrantando la resistencia que se hacía a la solución de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos; por entonces tenía entre manos el asunto, pero no lo había llegado aún a plantear en sus detalles y su alcance".

Los gastos públicos, bajo la activa y fecunda administración de Wood, que "todo lo hacía en grande, y no dejó de prodigar credenciales para satisfacer descontentos", aumentaron de modo considerable. Brooke, a su partida de Cuba, ha escrito Portell Vilá, hizo entrega a su sucesor de "una existencia en efectivo y superávit de cerca de dos millones de pesos". El déficit del primer año del nuevo gobierno alcanzó ya la crecida cifra de medio millón de pesos, lo que significaba, aclara el propio historiador, que el general Wood gastó bastante más de lo recaudado en ese año y el siguiente, pues el déficit de 1901 llegó a 700,000 pesos. En los cinco primeros meses de 1902, hasta el día 20 de mayo, para ser más exactos, el dinámico gobernador empleó más de 900,000 pesos de la suma total lograda por ingresos, de modo que la cantidad de casi 700,000 pesos en efectivo que puso a la disposición de don Tomás Estrada Palma, era un guarismo nominal, ya que una gran parte de la misma hallábase sujeta al pago de obligaciones contraídas y no satisfechas aún.

El grave problema de los créditos hipotecarios, cada día más agudo, fué resuelto a la postre por Wood, que dispuso, previa la oportuna liquidación del capital y de los intereses debidos, el pago escalonado y

prudencial de los adeudos. El Círculo de Hacendados, inconforme con esta generosa solución, elevó su más enérgica protesta; pero el gobierno de Washington respaldó a Wood, y la humana y razonable medida se mantuvo.

Ante la ruina inminente de nuestra principal industria —el azúcar se vendía a centavo y medio la libra—, el general Wood y, justo es declararlo también, el Secretario Elihu Root y hasta el propio Presidente Roosevelt —McKinley había muerto asesinado—, abogaron por todos los medios y en todos los tonos en pro de una justa rebaja de los derechos de importación, en los Estados Unidos, a los productos cubanos, y en especial al primero y más importante de todos, frente a la recia oposición de los remolacheros y de los cultivadores de caña de la Louisiana. La actividad de Wood, sobreestimulada, no reconoció límites ni supo de fatigas y desalientos, y llegó hasta el grado de publicar razonados e intencionados artículos, calzados con su firma, en los periódicos de mayor circulación de Norteamérica. Tanto esfuerzo y diligencia obtuvieron sus resultados, bien modestos por cierto. Se había solicitado una rebaja general de un 50% sobre los derechos de importación a los productos cubanos; se nos concedió menos de la mitad de lo reclamado, un 20%. No fué mucho, comenta un autor; pero indudablemente se dió un gran paso de avance, iniciándose un cambio radical en las relaciones mercantiles hasta entonces existentes.

En cambio, la orden militar número 62, de 5 de marzo de 1902, sobre el régimen de las haciendas comuneras, no tuvo felices consecuencias prácticas, y la ardua y debatida cuestión quedó en pie.

Martínez Ortiz, en su utilísima obra, señala que los fraudes en el Departamento de Correos de Cuba, hecho escandaloso que se produjo por esta época y en el que aparecieron complicados altos funcionarios norteamericanos, se caracterizó por "la manera ejemplar con que fué castigado el delito, la diafanidad en el procedimiento, la unanimidad de la protesta en los Estados Unidos y la rectitud con que se aplicaron las penas a los más encopetados culpables", conducta que, concluye, siempre hará honor a los jefes de aquel gobierno. Pero Portell Vilá, que ha manejado con acierto papeles privados y confidenciales de aquella época, estima que los mencionados fraudes "dieron ocasión para probar que la intervención militar en Cuba tenía que limitar sus actividades por razones de la política interna de los Estados Unidos y la actitud adoptada por influyentes personajes del Partido Republicano en defensa y apoyo de los responsables del desfalco"; pero, añade, "el escándalo provocado... fué de tal naturaleza que el proceso tuvo que

seguir su curso", aunque al cabo, "en una componenda de última hora, cuando se terminaba la intervención y se establecía el gobierno cubano, Rathbone [el comandante Estes G. Rathbone, Director del Departamento de Correos] fué libertado, y él y Reeves [tenedor de libros auxiliar] fueron exonerados. En cuanto a Neely [el tesorero Charles W. P. Neely], el proceso se continuó, aunque con poca fortuna para el desfalcado tesoro de Cuba... ", que a la postre se perjudicó en unos doscientos mil pesos, según cálculos del propio Wood.

Verificadas las elecciones municipales —"dos días felices he tenido en mi vida, afirmó el general Máximo Gómez, aquél en que vi arriar la bandera española del Morro y hoy, al ver el orden con que se han efectuado las elecciones"—, el general Wood, satisfecho, se dispuso a marchar a Washington, a substanciar mano a mano con los dirigentes de la política norteamericana, el magno problema cubano del momento: la convocatoria de la Asamblea Constituyente, que ya lucía inaplazable. Pero la apreciación de esa faceta de su labor, página interesantísima, de hondo y conmovedor dramatismo, ha sido acometida en libro aparte y por pluma distinta de la nuestra.

FUENTES

- ACADEMIA DE LA HISTORIA DE CUBA. *Actas de las Asambleas de Representantes y del Consejo de Gobierno durante la Guerra de Independencia*. La Habana, 1928-1933. T. V y VI.
- BROOKE, JOHN R. *Civil Report of Major General*. . . La Habana, 1899.
- *Final Report of Major General*. . . on civil matters concerning Cuba. La Habana, 1899.
- *Annual Report of Major General*. . . La Habana, 1899.
- CALLAHAN, JAMES MORTON. *Cuba and International Relations*. Baltimore, 1899.
- CÉSPEDES, JOSÉ M. *La Intervención*. La Habana, 1901.
- COSTA, OCTAVIO R. *La Asamblea del Cerro y la Convención Constituyente de 1901* (Cuadernos de la Universidad del Aire, 38, enero de 1952).
- CHAPMAN, CHARLES E. *A History of the Cuban Republic*. New York, 1927.
- DEPARTAMENTO DE LA GUERRA, OFICINA DEL DIRECTOR DEL CENSO DE CUBA. *Informe sobre el Censo de Cuba, 1899*. Washington, 1900.
- DOMÍNGUEZ ROLDÁN, FRANCISCO. *Carlos J. Finlay*. París, 1935.
- FINLAY, CARLOS E. *Carlos Finlay and Yellow Fever*. New York, 1940.
- GAY-CALBÓ, ENRIQUE; PÉREZ CABRERA, JOSÉ MANUEL; REMOS Y RUBIO, JUAN J.; Y TORRIENTE Y PERAZA, COSME DE LA. *En el Cincuentenario de la Independencia* (edición de la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1952.
- GÓMEZ, MÁXIMO. *Al Señor William McKinley, Presidente de los E.E.U.U. de América* (en *Epistolario de la Revolución de 1895*, publicado en Boletín del Archivo Nacional, tomo XXXI. Núms. 1-6, enero-diciembre, 1932).
- *Diario de Campaña del Mayor General*. . . Ceiba del Agua, 1941.
- GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *En el camino de la independencia*. La Habana, 1930.
- *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos*. La Habana, 1935.
- HAGEDORN, HERMANN. *Leonardo Wood*. New York, 1931.
- JENKS, LELAND HAMILTON. *Our Cuban Colony. A Study in Sugar. Studies in American Imperialism*. New York, 1928.
- MARTÍNEZ ORTIZ, RAFAEL. *Cuba. Los primeros años de independencia*. París, 1929. T. I.
- MATTHEWS, FRANKLIN. *The New Born Cuba*. New York, 1899.
- MAURA GAMAZO, GABRIEL. *Historia crítica del reinado de don Alfonso XIII durante su minoridad bajo la regencia de su madre doña María Cristina de Austria*. Barcelona, 1919. T. I.
- M[AZA] Y A[RTOILA], J[UAN] J[OSÉ]. *Máximo Gómez y la Asamblea. Estudio jurídico y social*. La Habana, 1899.
- MÉNDEZ CAPOTE, DOMINGO. *Trabajos*. La Habana, 1929. T. I.
- PÉREZ CABRERA, JOSÉ MANUEL. *Calixto García* (edición de la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1942.
- PIEDRA, GENERAL MANUEL. *Juan Rius Rivera y la independencia de Cuba* (edición de la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1945.
- PORTER, ROBERT P. *Special report on the . . . visit to General Gómez, and in relation to the payment and disbandment of the insurgent army of Cuba*. Washington, 1899.
- PORTUONDO, FERNANDO. *Servicio y estrago de la Ocupación norteamericana* (Cuadernos de la Universidad del Aire, 38, La Habana, enero 1952).
- PORTELL VILÁ, HERMINIO. *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*. La Habana, 1941. T. IV.
- QUESADA, ARCHIVO DE GONZALO DE. *Epistolario* (edición de la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1948-1951.
- ROBINSON, ALBERT G. *Cuba and the Intervention*. New York, 1905.

RODRÍGUEZ EXPÓSITO, CÉSAR. *Finlay ante la Historia* (edición de la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1950.

— *Finlay*. La Habana, 1951.

RUBENS, HORATIO S. *Liberty. The Story of Cuba*. New York, 1932.

SOUZA, BENIGNO. *Máximo Gómez, el Generalísimo*. La Habana, 1936.

VAUGHN, WALTER. *The Life and Work of Sir William Van-Horne*. New York, 1920.

WOOD, LEONARD. *Annual Report of Major-General...* La Habana, 1901.

— *Report of Military Governor of Cuba on Civil Affairs*. Washington, 1901.

LIBRO SEGUNDO

LA CONVENCION CONSTITUYENTE

LIBRARY OF CONGRESS

LA CAVENTON COOPERATIVE

CAPÍTULO I

LA CONSTITUCION DE LA REPUBLICA

Es el lunes 5 de noviembre de 1900. Son las dos de la tarde. La amplia sala del teatro Martí, sito en la calle de Dragones, entre la de Zulueta y el Paseo del Prado, ahora con el nombre del Apóstol, aparece totalmente repleta de público. Se va a inaugurar la Asamblea Constituyente, encargada de redactar la constitución que ha de regir los destinos de la nueva nación independiente.

Los delegados electos son los siguientes:

Por Pinar del Río: Joaquín Quílez, Gonzalo de Quesada y Juan Rius Rivera.

Por La Habana: Leopoldo Berriel, Miguel Gener, José Lacret Morlot, Emilio Núñez, Alejandro Rodríguez, Diego Tamayo y Alfredo Zayas.

Por Matanzas: Pedro Betancourt, Luis Fortún, Eliseo Giberga y Domingo Méndez Capote.

Por Santa Clara: José B. Alemán, José Miguel Gómez, Pedro González Llorente, José J. Monteagudo, Martín Morúa Delgado, José Luis Robau y Enrique Villuendas.

Por Puerto Príncipe: Salvador Cisneros Betancourt y Manuel R. Silva.

Y por Santiago de Cuba: Antonio Bravo Correoso, Joaquín Castillo Duany, José Fernández de Castro, Juan Gualberto Gómez, Rafael Manduley, Rafael Portuondo y Eudaldo Tamayo.

Ocupa la presidencia el gobernador militar norteamericano General Leonardo Wood. A su izquierda tiene al Secretario de Instrucción Pública Enrique José Varona. El primero lee en inglés y el segundo traduce el siguiente breve discurso:

"Como Gobernador General de la Isla, en representación del Presidente de los Estados Unidos, declaro constituida esta Asamblea.

Será vuestro deber, en primer término, redactar y adoptar una Constitución para Cuba, y, una vez terminada ésta, formular cuales deben ser, a vuestro juicio, las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos.

Esta Constitución debe ser capaz de asegurar un gobierno estable, ordenado y libre.

Cuando hayáis formulado las relaciones que, a vuestro juicio, deben existir entre Cuba y los Estados Unidos, el Gobierno de los Estados Unidos adoptará sin duda alguna las medidas que conduzcan por su parte a un acuerdo final y autorizado entre los pueblos de ambos países, a fin de promover el fomento de sus intereses comunes.

Todos los amigos de Cuba seguirán con ahinco vuestras deliberaciones, deseando ardientemente que lleguéis a resolver con tino, y que, por la dignidad, compostura personal y cuerdo espíritu conservador que caracterizan vuestros actos, se patentice la aptitud del pueblo cubano para el gobierno representativo.

La distinción fundamental entre un gobierno verdaderamente representativo y uno despótico consiste en que, en el primero, cada representante del pueblo, cualquiera que sea su cargo, se encierra estrictamente dentro de los límites definidos de su mandato. Sin esta restricción no hay gobierno que sea libre y constitucional.

Conforme a la orden en cuya virtud habéis sido electos y os encontráis aquí reunidos, no tenéis deber de tomar parte en el gobierno actual de la Isla y carecéis de autoridad para ello. Vuestros poderes están estrictamente limitados por los términos de esa orden."

Inmediatamente después de esta lectura, Wood se retira. Ocupa la presidencia el señor Fernando Figueredo, el historiador de la Guerra Grande, a la sazón Subsecretario de Estado y de Gobernación, quien pronuncia trémulas palabras para expresar su júbilo y el extraordinario orgullo que experimenta al presidir el solemne acto que él considera el más grande del pueblo cubano. En seguida propone la elección de la mesa de edad.

Corresponde la presidencia, por ser el de más años, al doctor Pedro González Llorente, y la secretaría, por ser el más joven, a Enrique Villuendas, quienes pronuncian elocuentes palabras sobre la significación del acto que se lleva a cabo.

Presente el Presidente del Tribunal Supremo de Justicia, éste toma el juramento a los delegados. Solemnemente prometen desempeñar fielmente los deberes del cargo, respetar la soberanía del pueblo libre e independiente de Cuba, acatar la Constitución que se adopte y obedecer al Gobierno que por razón de la misma se establezca.

Terminado el majestuoso e impresionante trámite, el Presidente pregunta a los delegados cuál ha de ser el reglamento que interinamente rija la sesión. José B. Alemán sugiere que, por ser esta Asamblea una continuación del ideal revolucionario, debe adoptarse el reglamento utilizado en los campos de la lucha emancipadora y que no es otro que el reglamento que rigió en la Asamblea de La Yaya.

Así se aprueba, pero no puede comenzar a regir este reglamento por no existir en el local ningún ejemplar.

Juan Gualberto Gómez propone que se nombre la comisión encargada de revisar las actas de los delegados.

No es sino hasta la próxima sesión, celebrada el día siguiente, cuando se nombra esta comisión, que queda integrada, tras larga discusión, en la siguiente forma: Rafael Portuondo, Manuel Ramón Silva, Martín Morúa Delgado, Luis Fortún y José Miguel Gómez. Se le señala hasta el próximo lunes, día 12 para que lleve a cabo la labor que le es encomendada.

Asimismo se designa la Comisión encargada de redactar el Reglamento definitivo del Cuerpo, y para la que son nombrados los siguientes delegados: Juan Rius Rivera, Salvador Cisneros, Eudaldo Tamayo, Pedro Betancourt, Domingo Méndez Capote, José B. Alemán y Miguel Gener.

En esta propia sesión del día 6 se acuerda por unanimidad dirigir al Presidente de los Estados Unidos el telegrama siguiente: "La Convención Constituyente, al constituirse, tiene el honor y la satisfacción de saludar respetuosamente al Presidente y al Congreso de los Estados Unidos y expresar su sentimiento de gratitud al pueblo americano".

El día 7 tiene lugar una sesión extraordinaria con el único objeto de que presten su juramento ante el Presidente del Tribunal Supremo tres delegados pendientes de este trámite y que son Bravo Correoso, Giberga y Silva. Los otros dos que faltan todavía por jurar son Manduley y Ferrer, y ambos lo llevan a cabo en la sesión del día 15.

En esta sesión del 15 da cuenta de su labor la Comisión de Actas. Sin dificultad quedan aprobadas las actas relativas a los delegados de Pinar del Río, Matanzas, Santa Clara, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba. El dictamen de las actas correspondientes a La Habana queda sobre la mesa.

Juan Gualberto Gómez impugna el dictamen relativo a las actas de los delegados habaneros. Sin defender un interés particular o de partido, pues él ha pedido al suyo, que es el Republicano, absoluta independencia para producirse ante tan grave cuestión, y sin ánimo de perjudicar a nadie, pero sí con el anhelo ambicioso de ser útil al país, denuncia las irregularidades que vician dichas actas. Gómez quiere que

se resuelva algo que evite la repetición en el futuro de tales anomalías. Es menester que la Convención Constituyente adopte un acuerdo que sea como una perenne lección para las sucesivas luchas comiciales del país. No puede la Nación dejar de condenar, a través de la Asamblea que le dará su Carta Magna, unas elecciones que no han sido presididas por la corrección y la normalidad, como las llevadas a cabo en la provincia de La Habana, donde un partido, mediante el apoyo oficial y con destacados miembros del gobierno en la candidatura, ha realizado ostensibles y descubiertas irregularidades para derrotar a las fuerzas contrarias y consumir un antidemocrático copo. Ante el hecho evidente de la repulsa mostrada por la opinión pública frente a los comicios habaneros, el prócer entiende que los Delegados a la Convención Constituyente, jueces supremos y soberanos, con poder absoluto para decidir sobre la legalidad de dichas elecciones, no pueden permanecer en silencio, como si temieran descorrer el velo que oculta el bastardo origen de sus poderes. Él entiende que es obligación ineludible de la Asamblea velar por que todos los actos electorales estén revestidos de grandeza y majestad, porque si las ilegalidades quedan impunes, si la ciudadanía descubre que existe el propósito de permitir el triunfo de la inmoralidad, si comprende que se pueden violar las reglas dictadas para la elección sin que la elección se anule, la desconfianza del ciudadano en la eficacia del voto estará justificada y se alejará de los comicios con la expresión de que para nada vale acudir a las urnas en ejercicio y en defensa de un derecho. Piensa Gómez que cuando esta convicción se enseñoree del ánimo cubano no será extraño que sólo se piense en la fuerza material para hacer triunfar las opiniones.

A través de estas expresiones, Juan Gualberto Gómez, en concordancia con su pasado y sus anhelos, cree representar un gran espíritu de moderación, muy unido al progreso, pero muy conservador al mismo tiempo. Él entiende que el respeto a la ley que en Cuba se adopte ha de ser siempre la forma más eficaz de garantizar los derechos y el destino del pueblo cubano. Por eso levanta su voz en el seno de la Convención Constituyente para decir que los delegados electos por la Nación deben cuidar de la pureza de las elecciones, a fin de que no se falsifique jamás, absolutamente por nadie, por muy alto que esté colocado, la expresión de la voluntad popular, de manera que la ciudadanía tenga siempre confianza en el hecho comicial y la certidumbre de que la mayoría puede lograr el triunfo de sus legítimas aspiraciones sin la necesidad del empleo de la fuerza.

Con gallardo gesto y desenvuelta palabra pregunta si en las elecciones de La Habana se han respetado las condiciones de legalidad que

deben presidir las pruebas comiciales. Con franqueza y sinceridad responde que no. Con enérgicas expresiones señala en una de las candidaturas sometidas a la consideración del electorado la presencia del Secretario de Estado y Gobernación, del Secretario de Justicia, del Gobernador Civil de la Provincia, del Alcalde de La Habana, y de dos Subsecretarios de Despacho. La voz de Juan Gualberto adquiere las tonalidades más vigorosas para señalar la incongruencia de que esos funcionarios, miembros de un gobierno que aseguraba las mayores garantías para la emisión del sufragio y el respeto más absoluto al derecho de las minorías, saliesen del despacho del Gobernador Militar para acudir al seno de su partido y acordar la realización de las mayores irregularidades y la consumación del copo.

Ante tales hechos, pregunta Juan Gualberto, ¿es posible que la Convención observe con indiferencia esa triste realidad y que no analice hasta con sospecha y prevención, justificadas y legítimas, todos los actos electorales mediante los cuales ha aparecido triunfante esa candidatura tan recargada de gente oficial? No puede la Asamblea asumir una actitud de silencio o apañamiento. Poco importa a Juan Gualberto que con motivo de la rectificación de las actas sea elegido determinado candidato o reemplazado otro. Si el espíritu de partido lo guiara, él se callaría. Pero si habla y denuncia el caso con el valiente desenfado que lo hace es porque entiende que la cuestión electoral planteada no tiene matiz político, sino que cae dentro de las zonas de la justicia y la legalidad.

Con el ánimo transido de melancolía señala Juan Gualberto la realidad de que en Cuba se vive en un período tal de incertidumbre y de evolución en las ideas que ya no se puede fijar con exactitud la situación de los hombres. Agrega que ya ni los antecedentes sirven para explicar las actitudes. Dice que ésa es la consecuencia natural de la revolución que se ha operado en la Isla y que no sólo ha influido en las cosas, sino en las ideas y en los sentimientos.

Juan Gualberto Gómez está seguro de que no hay vida moral, ni vida grande, donde el derecho de los menos se atropella por los más, donde la fuerza del número se impone, donde la violencia se manifiesta lo mismo en las urnas que en la calle. Y añade que es imposible en la sociedad donde esa situación se produce que la existencia colectiva se mantenga en el necesario equilibrio, dado que no hay nada más variable que la orientación hacia donde se inclina la fuerza cuando ella es la que dirige la marcha de los acontecimientos. En cambio, frente a la fuerza está el derecho, que es permanente, que es uno, que es inmutable. Por eso subraya, con el énfasis de un profundo convencimiento,

que el derecho es el que ampara el progreso de la humanidad y regula y consolida la estabilidad o la armonía de los pueblos civilizados.

Para rematar su largo y enjundioso discurso, Gómez, invocando el derecho y la justicia, pide que la Convención apruebe el dictamen de la Comisión de Actas en todos aquellos puntos en que la misma esté de acuerdo con la Junta Escrutadora de La Habana, y que, sobreponiéndose a todas las pasiones, deje a un lado, dentro de un criterio de severa rectitud, las opiniones políticas y resuelva un caso estrictamente legal, una cuestión puramente jurídica. Eso permitirá a cada delegado salir del recinto de la Convención con una coraza formidable contra las murmuraciones de la calle. Pero si los convencionales, tristemente, se deciden por los fuertes, por los poderosos, por los que tienen en sus manos las prebendas, no sabe el honrado prócer lo que dirá el rumor público. De lo que sí está seguro es de que él, cualquiera que sea el resultado de la cuestión suscitada, saldrá del ámbito de la Asamblea con el hondo y sincero júbilo de haber cumplido con sus deberes de patriota.

Vano resulta el cívico esfuerzo de Juan Gualberto Gómez. Su pronunciamiento promueve un amplio debate en el que participan, entre otros, Rafael Portuondo, Eliseo Giberga, Manuel Sanguily y Alfredo Zayas. Al cabo de ardorosa discusión, se somete a votación el caso. Y por veinte votos contra cinco quedan proclamados los delegados impugnados por el celoso repúblico.

En la sesión del día 21 se inicia la discusión del proyecto de Reglamento, que es definitivamente aprobado tres días después. Durante su discusión se promueve un debate entre Manuel Sanguily y Juan Gualberto Gómez en torno a la precedencia de las cuestiones a considerar. El primero ha planteado la conveniencia de que al unísono que se elabora la Carta Magna se estudien y determinen las reglas que deben presidir las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. En coincidencia con un criterio expuesto por González Llorente, él teme que se haga una Constitución sin valor y sin aplicación segura, y así lo expone. Para el tribuno la cuestión fundamental del momento consiste en la determinación de la soberanía cubana. Sobre la extensión de ésta debe erigirse la Ley de Leyes. Acaba por llegar a la conclusión de que la naturaleza y el contenido de las relaciones de la Isla con el poderoso país del Norte determinan la forma y el alcance de la Constitución. Por eso está convencido de la necesidad previa de concretar estos nexos internacionales para poder determinar la forma y la sustancia del supremo código que ha de regir el destino cubano.

Juan Gualberto Gómez se yergue ante este criterio sanguiliano. En coincidencia con lo dispuesto por el gobernador Wood en las palabras

pronunciadas en la tarde inolvidable de la apertura de la Convención, él entiende que debe en primer término redactarse o adoptarse la Constitución y que, consumada esta fecunda tarea, deben estudiarse las relaciones de la nación del Norte con la isla antillana. Ante la vacilación que Sanguily experimenta de cómo ha de ser la Constitución si se desconocen los mentados nexos internacionales, Gómez expresa que no hay razón alguna para la preocupación exhibida por el insigne autor de las *Hojas Literarias*, porque no ha de hacerse una Constitución sobre la base de las vinculaciones de Norteamérica con la Antilla mayor, sino todo lo contrario. Debe concebirse y redactarse una Ley de Leyes de acuerdo con las características nacionales y las necesidades del país y dentro de la más amplia y legítima libertad. Posteriormente, a través de un ancho espíritu de amistad, no ajeno a sentimientos de gratitud y cariño, se estudiarán y adoptarán las pertinentes relaciones con la nación del Norte, y siempre que no lesionen los derechos de Cuba, reconocidos y proclamados por la Carta Magna.

Concluida la discusión del Reglamento y adoptado éste, se declara legal y definitivamente constituida la Asamblea, por lo que procede elegir su mesa. Queda integrada así: Domingo Méndez Capote, presidente; Juan Rius Rivera, primer vicepresidente; Pedro González Llorente, segundo vicepresidente; y Enrique Villuendas y Alfredo Zayas, secretarios.

Comienza la sesión del 26 de noviembre. Ya la Asamblea se dispone a prepararse para entrar en fundamentales tareas. Pero antes es menester, de acuerdo con el Reglamento adoptado, dividir la Convención en secciones y nombrar las Comisiones permanentes.

La distribución se realiza así:

Sección primera: Rius Rivera, Juan Gualberto Gómez, Betancourt, Giberga, Rodríguez y Monteagudo.

Sección segunda: Eudaldo Tamayo, Quílez, Manduley, Silva y Fernández de Castro.

Sección tercera: José Miguel Gómez, Quesada, Fortún, Zayas, Robau y Gener.

Sección cuarta: Cisneros, Villuendas, Lacret Morlot, Bravo Correo, Morúa y Ferrer.

Sección quinta: González Llorente, Sanguily, Diego Tamayo, Portuondo, Alemán y Núñez.

Integradas las secciones, cada una de ellas elige su presidente, su secretario y el miembro que la ha de representar en la Comisión del Gobierno Interior. Las designaciones recaen en los siguientes delegados:

Sección primera: Rius Rivera, presidente; Gómez, secretario y Monteagudo, delegado a la Comisión del Gobierno Interior.

Sección segunda: Tamayo, presidente; Silva, secretario y Fernández de Castro, delegado.

Sección tercera: Gómez, presidente; Fortún, secretario y Robau, delegado.

Sección cuarta: Cisneros, presidente; Morúa, secretario; y Ferrer, delegado.

Sección quinta: González Llorente, presidente; Alemán, secretario; y Núñez, delegado.

La Comisión de Gobierno queda formada por los delegados expresados y, además, por Méndez Capote, presidente de la Asamblea, y el secretario Villuendas.

A continuación se procede a nombrar la única comisión pendiente, o sea, la de Corrección de estilo. Para ella son nombrados Sanguily, González Llorente y Alfredo Zayas.

Concluído este último trámite relativo a la organización de la Asamblea, Lacret Morlot, Cisneros y Juan Gualberto Gómez presentan una moción enderezada a que se dé lectura al discurso leído por el general Wood en la sesión inaugural, a fin de considerar algunos términos de los cuales tienen que surgir determinadas proposiciones. Aunque en el texto sometido a la Asamblea no se dice claramente, se adivina que los autores de la referida moción sostienen el criterio de que la Convención debe contestar el discurso del Gobernador Militar. Así lo confiesa en las palabras que pronuncia; y confiesa más: confiesa que él tiene preparado un proyecto de respuesta. La Asamblea aprueba por amplia mayoría la moción enderezada a que se responda a Wood. Pero es rechazado el proyecto de contestación elaborado por Gómez.

Liquidada tras largas discusiones esta cuestión, la Convención va a penetrar en su esencial tarea. El Presidente da cuenta de las bases y proyectos de Constitución presentados. Han entregado en la Secretaría proyectos de bases completos los señores Rius Rivera, Gonzalo de Quesada y Morúa. Y hay dos proyectos de bases parciales. Uno es de Zayas. El otro es de Ferrer. De acuerdo con el Reglamento, pasan a las secciones.

Es el lunes 21 de enero de 1901. La Comisión redactora de un proyecto de bases completo y definitivo, y que es integrada por Rius Rivera, González Llorente, Berriel y Bravo Correoso, presenta a la consideración de la Asamblea el resultado de su labor. La Mesa conoce, además, de dos votos particulares, procedentes de Berriel y González Llorente.

Y tres días después, el jueves 24, se abre a discusión la totalidad del proyecto presentado por dicha Comisión redactora. Zayas y González Llorente se pronuncian en contra de dicha totalidad, y sometida a votación nominal el proyecto, es aprobado por mayoría: veintiún votos a favor y ocho en contra.

Aprobada la totalidad se comienza la discusión del proyecto, base por base. Pero antes que ellas está el preámbulo. Zayas, como secretario, lo lee: "Nosotros, los Delegados del pueblo de Cuba, reunidos en Convención Constituyente, con el encargo de redactar y adoptar para dicho pueblo la Ley fundamental de su organización como estado soberano e independiente, con un gobierno estable capaz de cumplir sus obligaciones internacionales, mantener el orden, afianzar la libertad, garantizar el goce de la justicia y promover el bienestar de los que habitan su territorio; acordamos y adoptamos, en virtud de aquel mandato, invocando el favor de Dios, la siguiente Constitución.

Cisneros y Morúa se pronuncian en contra de la invocación de Dios. González Llorente y Sanguily defienden el texto de la base. Este pronuncia un elocuentísimo discurso, transido de trémula emoción y cargado de una profunda filosofía. Si no se invoca a Dios, no sabe el tribuno qué va a invocarse, si la propia capacidad del pueblo cubano o sus condiciones morales. No encuentra en la Historia ninguna entidad abstracta suficientemente poderosa para mover a los pueblos a recorrer el sendero de lo desconocido. La confianza del hombre en sí no la cree bastante. Cree más puro y menos miserable levantar el espíritu para solicitar protección de una fuerza superior a los hombres. De desgraciado tacha al pueblo que no cree en algo superior a él. Pero Dios no es para Sanguily una forma determinada y concreta, ni la expresión definitiva de una creencia particular y definida. Dios es para él un símbolo donde caben todas las aspiraciones y las opiniones todas, las del ateo y las del creyente. A este Dios misterioso y consolador tiene el hombre que acudir mientras al asomarse al abismo del Mundo contemple lo vasto y augusto de lo infinito y reconozca que la estrella y el átomo son fenómenos que su inteligencia no comprende. A través de estas ideas, el orador asciende a la cumbre del pensamiento. Penetra en la zona del misterio con una palabra cargada de belleza y sugestio-

nes. Para terminar dice que es bueno, aunque sea mera ilusión, asirse a algo que parezca un ancla de oro suspendida en el espacio.

Desechadas las enmiendas, es aprobado el preámbulo.

La base primera dice que "el pueblo de Cuba se constituirá en Estado soberano e independiente y adoptará como forma de gobierno la República" y es aprobada por unanimidad. En igual forma es aceptada la base segunda que determina cuál es el territorio de la República.

La base tercera se refiere a la división territorial de la Isla. Determina seis provincias. Una enmienda de Núñez y Zayas aspira a que no se señale el número, sino que éste y los nombres de las provincias sean los mismos que los actuales, hasta tanto que se modifiquen. Y Fernández de Castro propone que las provincias sean siete, que serán Pinar del Río, Habana, Matanzas, Santa Clara, Camagüey, Cauto y Oriente.

Esta última es la primera que se somete a votación. Su autor y Manduley la defienden. Sanguily y Zayas la combaten, y es desechada por quince votos en contra y diez a favor.

Morúa y Portuondo, ya empezado el debate, presentan una nueva enmienda, enderezada a que el número de las provincias no sea menor de seis. Y es desechada también. Pero la misma suerte corre la base del proyecto. Consultado el Reglamento para saber qué debe hacerse en semejante caso, esto da lugar a un largo y complicado debate, del que se sale mediante la anulación del acuerdo adoptado sobre dicha base, la que vuelve a ser sometida a discusión y votación en la próxima sesión.

Al volverse a este asunto, se presentan nuevas enmiendas. Una de Quesada, que admite la posibilidad de que las provincias se funden o se subdividan. Otra de Manduley, que contempla la misma coyuntura. Esta es rechazada, y aprobada aquélla, que queda vigente, en sustitución de la base del proyecto.

Se entra en la discusión de la Sección segunda. Su base primera se refiere a quiénes son cubanos. Cisneros, Zayas, Juan Gualberto Gómez, Alemán, Zayas, Bravo Correoso presentan enmiendas.

Lo que primero se somete a discusión es la enmienda de Gómez, relativa al inciso segundo. Este dice que son cubanos los hijos de padres extranjeros, nacidos en el territorio de la República, que, después de cumplir la mayor edad, se inscriban como cubanos en el Registro correspondiente. La enmienda de Gómez invierte el sentido del mencionado inciso. Propone que todos los nacidos en Cuba de padres extranjeros son cubanos si dentro de los seis meses siguientes a la mayoría de edad no manifiestan el propósito de conservar la nacionalidad paterna.

Bravo Correoso combate con largo y doctrinario discurso la iniciativa de Gómez. Este la defiende con patrióticas y prácticas razones. El espíritu que anima su moción tiende a convertir en cubanos a cuantos habitan en la Isla. Se está en el trance de la formación de una nacionalidad y se necesita para ello el mayor número de elementos posibles. Además, la modificación propuesta contempla a gente nacida en Cuba, enraizada en el suelo cubano.

Zayas sigue la oposición iniciada por Bravo Correoso, pero después de la réplica del autor de la moción, ambos llegan al acuerdo de que se traslade a la Comisión de bases el asunto para que ésta lo reconsidere. Mas Berriel y Gener esgrimen una multitud de argumentos legales, extraídos de los principios generales del derecho y de la legislación comparada, para oponerse a lo que Gómez propone con tan sano y sensato criterio. En vano éste les replica que si en el Tratado de París se acordó considerar cubanos a los españoles residentes en la Isla que dentro de un plazo de seis meses no se inscribiesen como tales, más lógico, más atinado y más normal es, dentro de la misma orientación legal, considerar cubanos a quienes nacidos en Cuba de padres españoles no opten por la nacionalidad de éstos. No se le acepta al proponente la invocación del referido antecedente por el hecho de que no debe gravitar sobre la Convención cubana un pacto internacional en el que Cuba no fué parte. Inútiles son los esfuerzos realizados por Juan Gualberto en defensa de su enmienda. La misma es rechazada, absurdamente, por una abrumadora mayoría.

Rechazadas igualmente otras enmiendas más, es aprobada la base primera de la Sección segunda, relativa a quiénes son cubanos.

La base segunda contempla la forma en que se perderá la nacionalidad cubana.

La misma es aprobada, agregándosele una enmienda de Zayas, relativa al hecho de que el naturalizado resida cinco años continuados en el país de su nacimiento.

Se entra a la discusión de la Sección tercera. Y, por unanimidad y sin discusión son aprobadas las ocho primeras bases, que dicen así:

1ª Todos los cubanos son iguales ante la Ley.

2ª Ninguna ley tendrá efecto retroactivo, excepto las penales, cuando éstas sean favorables al reo o procesado.

3ª Las obligaciones de carácter civil que nazcan de contratos o de otros actos u omisiones que las produzcan, no podrán ser anuladas ni alteradas por acto posterior del Poder Legislativo ni del Ejecutivo.

4^a Nadie podrá ser detenido sino en los casos y en la forma que las leyes prescriban.

5^a Todo detenido será puesto en libertad o entregado a la autoridad judicial dentro de las veinticuatro horas siguientes al acto de la detención.

6^a Toda detención se dejará sin efecto o se elevará a prisión dentro de las setenta y dos horas de haber sido entregado el detenido al Juez o Tribunal competente. La providencia que se dictare se notificará al interesado dentro del mismo plazo.

7^a Nadie podrá ser preso sino en virtud de mandamiento de Juez competente. El auto en que se haya dictado el mandamiento se ratificará o repondrá, oído el presunto reo, dentro de las setenta y dos horas siguientes al acto de la prisión.

8^a Toda persona detenida o presa sin las formalidades legales, o fuera de los casos previstos en la Constitución y las leyes, será puesta en libertad a petición suya o de cualquier ciudadano. La ley determinará la forma de proceder sumariamente en este caso.

Cuando va a ponerse a discusión el inciso noveno que expresa que nadie puede ser procesado ni sentenciado sino por Juez o Tribunal competente, en virtud de leyes anteriores al delito y en la forma que éstas prescriban, Manduley propone una enmienda que implica la declaración del jurado. Pero González Llorente opone a esa iniciativa poderosos argumentos. Zayas coadyuva y lo propuesto por Manduley es rechazado, quedando aprobado el inciso de la base.

Seguidamente se aprueban los incisos décimo, oncenno y duodécimo. El primero se refiere a las declaraciones judiciales. El segundo al secreto de la correspondencia. Y el tercero a la libre emisión del pensamiento.

Y se penetra en una cuestión tremendamente polémica. Es el inciso décimo tercero. Su texto es el siguiente: "La profesión de todas las religiones y el ejercicio de todos los cultos serán libres, sin más limitación que el respeto debido a la moral cristiana. La Iglesia estará separada del Estado".

En relación con ese inciso se presentan tres enmiendas. La que más se aparta del texto es la de Cisneros y es por eso que resulta ser la primera en someterse a discusión. El Marqués de Santa Lucía, radical, no quiere que la palabra religión aparezca en las páginas de la Constitución. Aspira, además, que los cubanos y extranjeros sean amparados en todas sus opiniones mientras éstas no se opongan a la moral pública, o a las leyes del país, o perturben el orden público.

González Llorente combate la iniciativa del delegado camagüeyano. En vano es defendida por su autor. Sólo obtiene tre votos favorables.

Igual suerte corre la enmienda presentada por Manduley y que tiende a sustituir la expresión moral cristiana por la de moral pública.

Sólo resta considerar la tercera enmienda, la de Juan Gualberto Gómez, que aspira a suprimir del texto la última oración, o sea, la que dice que la Iglesia estará separada del Estado. El prócer defiende su tesis con el argumento de que esa cuestión no debe ser considerada por la Convención Constituyente, sino por el Congreso de la República. Definir constitucionalmente tal hecho entraña para él la gravedad de obliterar la posibilidad de que en el futuro, interpretando el sentir y el deseo de los cubanos, las Cámaras lleguen a una conclusión diametralmente distinta a la que parece predominar en la Asamblea. Insiste Gómez en que su iniciativa no está enderezada a defender los intereses de ninguna iglesia, pues a ninguna está sectariamente vinculado. No lo inspira otra razón ni tiene otra preocupación que servir al pueblo cubano en sus mejores tradiciones, en sus más profundos sentimientos y en sus más nobles aspiraciones. Señala el hecho de que en Cuba no ha habido jamás fanatismo religioso, y considera que son la libertad y la tolerancia que siempre han prevalecido en la Isla las raíces de esa hermosa realidad. Por otra parte cree que la Convención no debe aprobar algo que puede parecer persecución a la Iglesia.

Rius Rivera y González Llorente se adhieren a la tesis de Gómez. Pero surge la palabra de Sanguily. Afirma que un problema sencillísimo se ha complicado extraordinariamente. Combate el argumento de que la separación del Estado y la Iglesia conlleva persecuciones para ésta. Apela a la cultura histórica para ilustrar sus afirmaciones con ejemplos extranjeros. Penetra en la médula de la cuestión y hace atinadas y novedosas aseveraciones. Se ha afirmado que el cubano es un pueblo sin fanatismo religioso por ser católico. Y Sanguily replica que por ser católico es el pueblo más descreído del planeta. Niega la existencia de un genuino espíritu religioso en la Isla y señala, en cambio, la presencia de un hipócrita fariseísmo. Ante estas realidades, no cree prudente que se permita la posibilidad futura de incidir en el sometimiento del Estado al catolicismo. En nombre de la civilización de la cultura protesta contra este error.

En esta cuestión de los nexos del Estado y la Iglesia, Sanguily contempla un problema de justicia. No cree justo que con el dinero de todos se pague la creencia de quienes no constituyen la totalidad del país. Esto implicaría una situación antiliberal y tiránica. Transido de cólera, compadece a la República que tiene miedo a todo, a los Estados

Unidos, al Papa, al sacerdocio. En el miedo señala la razón de ser de la enmienda de Gómez.

Afirma Sanguily que el poder educador constituye lo esencial de la Constitución. No cree deber de los convencionales consagrar íntegramente el pasado, sino solamente aquella parcela de la tradición que está de acuerdo con los principios modernos. Junto al legado vivo del pretérito hay que consagrar los principios de la civilización. Y no le parece acertado al colosal tribuno permitir la posibilidad de que se instaure con la influencia de antes aquello que en la Historia ha sido opresión e ignorancia.

Gómez tiene que replicar a Sanguily. Especialmente insiste en un punto: en lo del miedo. Dice que este sentimiento le ha sido siempre extraño y desconocido. Que desde 1890 hasta el 95 él probó, dentro de los límites insulares, que no tenía miedo a España, y que desde 1898 hasta el día ha demostrado que no le tiene miedo a los Estados Unidos.

Es ahora Eliseo Giberga quien se levanta a defender la tesis de Gómez. Afirma que se ha planteado mal el debate, que el liberalismo y la civilización nada tiene que ver con la separación del Estado y la Iglesia y que el problema suscitado es de esencia política y que debe estudiarse con procedimientos políticos. Pero Sanguily lanza su contraréplica. Y la base queda aprobada sin más votos en contra que los de Gómez, Giberga, González Llorente y Quílez.

Son aprobados los incisos quince, dieciséis, diecisiete, diecinueve, veinte y veintiuno, relativos al derecho de reunión, a la libertad de locomoción, a la confiscación de la propiedad, a la inviolabilidad del domicilio, al derecho de residencia, a las obligaciones fiscales y a la propiedad científica.

A amplio debate da lugar el inciso 22, que dice que "todo habitante podrá aprender y enseñar libremente cualquiera ciencia, arte o profesión. La ley determinará qué profesiones necesitan títulos para su ejercicio, y con qué requisitos deberá éste expedirse.

Se presentan un voto particular de Berriel y dos enmiendas, una de Zayas y otra de Manduley.

El voto particular de Berriel es aprobado y queda sustituyendo la base. Su texto dice así: "Será libre la enseñanza, radicando en toda persona el derecho de aprender, como mejor le parezca, la profesión que elija, y de fundar y sostener centros de instrucción o educación; pero corresponderá al Estado, de modo privativo, la expedición de los títulos que habiliten para el ejercicio público de las profesiones, la determinación de las condiciones de los que pretendan obtenerlos y la forma en que hayan de probar su aptitud. Tanto la enseñanza pri-

maria, que se establecerá con carácter de obligatoria, como las de Artes y Oficios, serán gratuitas, y las sostendrá el Estado mientras no puedan hacerlo, respectivamente, por carecer de recursos para ello, los Municipios y las Provincias. La Segunda Enseñanza y la Superior correrán a cargo del Estado, que cubrirá los cargos que de todo orden ocasionen.

El inciso 23 queda eliminado al ser sustituido por parte del voto de Berriel y parte de una enmienda de Zayas, que es aprobada.

El inciso 24 contempla la suspensión de las garantías constitucionales. Se presentan varias enmiendas. Es rechazada una de Manduley enderezada a que la República no entregue a ninguna Nación que los reclame a los refugiados políticos. Se aprueba una moción de Núñez expresiva de que "a ningún cubano podrá expatriarse ni prohibírsele la entrada en la República, cualquiera que sea su condición o estado". Al ser rechazada una enmienda de Morúa enderezada "a que nadie podrá ser incomunicado en ningún caso", el delegado Portuondo, puesto de pie, grita "viva la libertad". Zayas le contesta que se ha opuesto a la enmienda por entender que la materia que la misma contiene es de índole procesal y no constitucional. Lacret, Morúa, Fernández de Castro y Cisneros se pronuncian por la abolición de la pena de muerte. Es desechada esta iniciativa, pero sí es aprobada una proposición de Berriel, Quesada, Bravo Correoso y Zayas, según la cual no podrá imponerse como sanción la pena de muerte por la consumación de delitos políticos.

La Sección cuarta, relativa a los derechos de los extranjeros residentes en el país, es aprobada, con la adición, recomendada por Fernández de Castro, de que el Gobierno de la República tiene el derecho de expulsar del territorio nacional al extranjero que se considere pernicioso, conforme lo determine la ley.

Sin discusión son aprobadas las Secciones sexta y séptima, expresivas de que la soberanía reside en el pueblo de Cuba, del cual dimanar todos los poderes y de que el Poder Legislativo se ejercerá por dos Cuerpos electivos que se denominarán Cámara de Representantes y Senado, recibiendo ambos, conjuntamente, el nombre de Congreso.

Se entra en la discusión de los artículos relativos al Senado. Previamente se acuerda posponer el tratamiento de las tres primeras bases por la relación estrecha que tienen con el sufragio. Se comienza, pues, con la base cuarta, referente a las atribuciones del Senado. Una enmienda de Morúa es rechazada en tanto que es aprobada una de Núñez, que modifica los incisos primero y cuarto. Contempla la facultad que tendrá el Senado de juzgar al Presidente de la República por una acu-

sación de la Cámara de Representantes. Cisneros pretende que se elimine la autorización a los cubanos de aceptar empleos y honores de gobiernos extranjeros, pero no prospera su iniciativa.

Se llega a la Sección octava. Se refiere a la Cámara de Representantes, su composición y sus atribuciones. La discusión de la base primera, relativa a lo primero, se pospone para cuando llegue la discusión del sufragio. Son aprobadas las bases segunda, tercera y cuarto del proyecto. Las dos primeras tal como aparecen en el proyecto. La última, con una adición recomendada por Núñez. La base segunda determina la renovación de por mitad cada dos años. La tercera especifica las condiciones requeridas para ser Representante. Y la cuarta contempla la facultad que tendrá el Cuerpo de acusar al Presidente de la República ante el Senado.

La Sección novena comprende disposiciones comunes a ambos Cuerpos Colegisladores. La base primera contempla la incompatibilidad existente entre el cargo de Senador o Representante con cualquier otro del Gobierno. Sanguily propone dos excepciones: la de ser Secretario de Despacho y la de ser Catedrático. Rechazada la primera, se acepta la segunda excepción propuesta por el tribuno. A la base segunda, referente a la dotación de los legisladores, presenta una enmienda Fernández de Castro, que es aprobada. Según determina la misma los sueldos de los congresistas pueden ser alterados, pero esa alteración regirá para períodos posteriores. Las cinco bases restantes son aprobadas. Se refieren a la inviolabilidad de las opiniones de los legisladores, a la inmunidad parlamentaria, a la apertura y clausura de las legislaturas, a la validez de las actas de los Senadores y Representantes y a la adopción de los respectivos reglamentos de ambos Cuerpos colegisladores.

La Sección décima contiene seis bases. La primera, que se refiere a las reuniones de los Cuerpos colegisladores en legislaturas ordinarias, y la segunda, que contempla la reunión de dichos Cuerpos en uno sólo para proclamar al Presidente y al Vicepresidente de la República, son aprobadas. La tercera base comprende las atribuciones del Congreso. Enumeradas en doce incisos, éstos son aprobados, igualmente que las restantes bases, relativas a los presupuestos y a los ingresos del Estado.

Y llega la cuestión del sufragio. Es la sesión nocturna del 29 de enero de 1901. La Comisión redactora, que no había inserto en el texto constitucional ningún artículo relativo al sufragio, devuelve las adiciones y enmiendas que, en su oportunidad, al discutirse la Sección tercera, sobre los derechos individuales, se presentaron en relación con el derecho del voto de los ciudadanos. Las devuelve, después de examinarlas y discutir las, sin emitir opinión. Cada uno de sus miembros

—Rius Rivera, Berriel, Quesada y Bravo Correoso— se reservan su libertad de acción para producirse de acuerdo con su personal criterio sobre la materia.

Cuatro proposiciones se someten a la consideración de la Asamblea. Una es de Manduley y Tamayo, y dice: "Todos los cubanos mayores de veintiún años tienen derecho de sufragio, con la sola excepción de los incapacitados mental y físicamente y por sentencia de los Tribunales". Otra es de Cisneros: "Todos los cubanos de veintiún años arriba tendrán derecho al sufragio universal sin restricciones de ninguna clase". La tercera es de Alemán, Monteagudo, Robau, José Miguel Gómez y Morúa. Su texto es el siguiente: "Se reconoce el sufragio universal, que ejercerán todos los ciudadanos que se hallen en el goce de sus derechos civiles y políticos". La última se debe a Portuondo, Morúa, Betancourt y Lacret. Su iniciativa dice: "el derecho electoral se concederá a todos los cubanos varones, mayores de veintiún años, exceptuándose los mendigos, asilados y los incapacitados por resolución judicial".

Y se abre a debate la cuestión, en el que intervienen Alemán, Berriel, Sanguily y Gener. Alemán es el primero en hablar. Su discurso está cargado de respetuosos reproches a la Comisión redactora del proyecto constitucional por haber omitido del mismo toda referencia a un derecho tan fundamental en la vida pública como el del sufragio. Conceptúa este hecho de grave falta, de gravísimo error. Vuelve su vista al pasado inmediato de la historia cubana para recordar cómo se disfrutó del derecho del sufragio universal. No cree posible que, sin que la mano tiemble y se enrojezca el rostro, puedan los convencionales hacer una Constitución sin consignar y consagrar en su texto el derecho del sufragio universal. Demanda Alemán la consagración constitucional del sufragio universal porque cree en las virtudes del pueblo cubano y tiene fe en su discreción. Y lo demanda y lo quiere sin restricciones de ninguna clase.

Le contesta Berriel. Entiende que la cuestión del sufragio no tiene cabida dentro de la Sección tercera, que contempla los derechos individuales, y a la cual han sido presentadas las adiciones o enmiendas. Plantea sutil y profesoralmente problema de método, de pura ciencia jurídica. Se aspira añadir, a sumar a dicha Sección tercera el derecho del sufragio. Y si éste es de una índole distinta, de una naturaleza diferente a los derechos comprendidos en la mentada Sección y si sólo pueden sumarse especies homogéneas, no se puede admitir lo que se pretende. Berriel aspira a que el derecho del sufragio no aparezca en el texto constitucional. Aconseja que sea objeto de una Ley. Opina que no debe el derecho del sufragio elevarse a categoría de precepto cons-

titucional. Teme que si ese derecho se plasma en el texto de la Carta Magna tendrá, en consecuencia, una rigidez, una inalterabilidad, que pueden chocar con los intereses futuros y las futuras conveniencias del país si demandan una modificación en la amplitud del sufragio.

Le replica Alemán. Porque le ha entendido a Berriel que el derecho del sufragio no tiene naturaleza, índole constitucional, le recuerda numerosas constituciones vigentes en las que aparece plasmado y regulado el derecho del sufragio.

Berriel le responde. Él no ha negado que el sufragio pueda ser materia constitucional. Lo que sostiene es que no es esencial en una Constitución la presencia de un precepto relativo al sufragio.

Y entra Sanguily en la lid para poner el dedo en la llaga, para desnudar la realidad, para quitar los velos discretos con que se pretende envolver la verdad. Él no concibe que haya un solo delegado que sea sincero adversario del sufragio universal. Lo que sí nota es que muchos quieren excluir el tema del debate por considerarlo ajeno a la materia constitucional. Y no se explica esta curiosa situación. Sólo la comprende recordando a Jano, el mítico personaje de la mitología romana a quien Saturno otorgó el privilegio de tener dos caras. Con una cara mira la Asamblea al pueblo, a quien complacer y halagar. Pero con la otra mira al Poder Interventor, al que no quiere contrariar. No se percata Sanguily de cómo es posible que pueda lastimarse a los Estados Unidos si se adopta el sufragio universal cuando el propio Gobierno militar que rige la Isla otorgó el sufragio, aunque no supiesen leer ni escribir, a quienes hubiesen servido en las filas del Ejército Libertador.

Considera Sanguily que es el analfabetismo que padece Cuba la única razón en que se fundan los que, sin querer decirlo, se oponen al sufragio universal, eludiendo la discusión del tema o posponiéndola para una ley especial, con la esperanza de que entonces sea posible no consagrarlo con la amplitud que se demanda actualmente.

Y, enérgicamente, se pregunta qué diferencia hay en Cuba entre un hombre que no sabe leer y escribir y otro que sí sabe. Y se pregunta más: si hay entre la gente ilustrada de Cuba muchos ejemplares que sean superiores a esa mayoría compuesta de los que no saben leer ni escribir. Afirma que después de las guerras padecidas en la Isla lo primero que queda es el pueblo. La clase media está reducida a lo íntimo. Y el resto, o sea el residuo que queda de la aristocracia colonial, está seguro él de que no vale más que ese pueblo cubano que no sabe leer ni escribir.

Por lo demás, para él la capacidad política es un instinto que nada tiene que ver con los conocimientos que se aprenden en escuelas, insti-

tutos y academias. Y ese instinto lo tiene el pueblo cubano desarrollado en grado no inferior a ningún otro pueblo. Dice que el de Cuba es un pueblo listo. Y que el obrero cubano es tan inteligente como el de cualquier país del mundo civilizado.

No hay por qué negar al pueblo cubano un derecho que se ha conquistado con su esfuerzo cívico a través de su historia, empañada de sangre. Pero es que, además, el sufragio sí es un asunto de carácter constitucional, porque una Constitución no es más que la defensa del individuo frente a los poderes públicos, y el reconocimiento constitucional del sufragio es la defensa mejor que se puede hacer del ciudadano.

Pero es que si se niega el sufragio a los analfabetos, dada la actual distribución de la población cubana, Cuba podrá dejar de ser cubana en las próximas elecciones y ser dominada por los extranjeros naturalizados, ya que están en mayoría frente a los nativos.

Berriel contesta al tribuno para insistir tercamente en su tesis profesoral de derechos individuales y derechos del ciudadano. Acumula razones, argumentos. Confiesa que él no es contrario al sufragio universal y declara enfáticamente que cree en las virtudes del pueblo cubano. Pero Sanguily es implacable. Y dice que el sufragio es un derecho universal como la emisión del pensamiento, como la profesión de determinado culto. Afirma que el hombre es una concepción abstracta y que el ciudadano es algo práctico y real.

Pero ahora interviene Gener para aportar una nueva actitud. Acepta la tesis sostenida por Berriel de que el tema del sufragio no debe llevarse a la Constitución. No debe llevarse a la Constitución la regulación de ese derecho porque es menester no darle rigidez ni inflexibilidad a su regulación. Y por lo demás lo que se está defendiendo, principalmente por boca de Sanguily, no es un sufragio universal de verdad, sino un sufragio universal falso, ya que se excluye del mismo a la mujer. Él cree que el sufragio universal debe ser disfrutado también por la mujer y para que, en el futuro, el Congreso cubano pueda otorgar ese derecho a la mujer, sin necesidad de la modificación constitucional, que es cosa difícil y complicada, es por lo que entiende que el sufragio debe ser objeto de una Ley y no materia de la Ley de leyes.

Pero Sanguily no se calla. No ve dificultades en los puntos sostenidos por Gener. Cree que el voto femenino es un producto de las costumbres, de las circunstancias, del grado de maduración cívica que ha logrado un país. En Cuba, en los actuales momentos, no existe esa maduración. El sufragio no es todavía una aspiración de las mujeres. Será cuando, en su oportunidad histórica, se produzca un profundo movimiento feminista, respondiendo a realidades sociales. Entonces se

modificará la Constitución. Pero no acepta que para evitar esta dificultad se renuncie ahora a cosa tan primordial y trascendente como la regulación constitucional del sufragio.

Gener tampoco se calla. Cree que el cubano es uno de los pueblos más ilustrados del mundo. Él no le teme a ningún pueblo y menos al de Cuba. Pero si se quiere llevar a la Constitución el derecho del sufragio debe extenderse éste a la mujer. Enfáticamente confiesa que él es más avanzado, más demócrata, más progresista que Sanguily.

El tribuno, que está convencido de su actitud y de sus juicios, se alegra de que Gener sea más demócrata que él.

Ya ha concluido el largo debate. Los autores de las enmiendas se ponen de acuerdo. Y se somete al Cuerpo una sola con este texto: "el derecho electoral se concederá a todos los cubanos varones y mayores de veintiún años; exceptuándose los asilados, los individuos pertenecientes a las fuerzas de mar y tierra, en activo servicio, y los inhabilitados judicialmente por causa de delito o incapacidad mental".

Alejandro Rodríguez se pronuncia a favor del voto a los militares.

Y la enmienda, tal como está redactada, y que será la base 27 de la Sección tercera, se aprueba por mayoría.

Los convencionales siguen en la Sección tercera del proyecto, ya que se ha retornado a ella para la consideración del tema del sufragio. Gonzalo de Quesada y Joaquín Quílez presentan una iniciativa enderezada a que las leyes establezcan las reglas y los procedimientos necesarios para asegurar la intervención de las minorías en la formación del censo de electores y demás operaciones electorales y la representación de las mismas en la Cámara de Representantes, en los Consejos Provinciales y en los Ayuntamientos.

En vano Zayas se opone con el mismo criterio utilizado por quienes fueron contrarios a que la Constitución incluyera pronunciamiento alguno sobre el sufragio. Entiende que sería descender demasiado a los detalles electorales. Quesada le replica concisamente: no se trata de un detalle, sino de un principio. Y la proposición que garantiza el derecho de las minorías queda aprobada por los convencionales y consagrada en la Carta Magna.

Dos enmiendas de Eudaldo Tamayo son aprobadas y quedan incorporadas a la Sección tercera. Una dice así: "Las leyes que reglamenten el ejercicio de estas garantías serán ineficaces en cuanto las disminuyan, restrinjan o adulteren". La otra expresa que "la enumeración de derechos y garantías que hace esta Constitución no excluye otros derechos

y garantías no enumerados, pero que nacen del principio de la soberanía del pueblo y de la forma republicana de Gobierno”.

Con una enmienda de Eudaldo Tamayo es aprobada la base veinticinco del inciso tercero del proyecto relativa a la suspensión de las garantías constitucionales. Asimismo es aprobada la base veintiséis que se refiere al mismo asunto.

Se retorna a la Sección séptima, relativa al Senado, para considerar las tres primeras bases, que se encuentran pendientes, en espera de que la Asamblea considerara el tema del sufragio. Al ponerse a discusión la base primera, que contempla la integración del Senado y la forma de elección de sus miembros, se presentan diez enmiendas. Sanguily propone que se abra un receso y que se invite a los autores de esas proposiciones a que las unifiquen en una sola. Cisneros mantiene la suya. Portuondo igual. Los otros, o sean Alemán, Juan Gualberto Gómez, Tamayo, Villuendas, Quesada y Zayas, refunden las suyas en una sola.

Quedan desechadas las de Portuondo y Cisneros y es aprobada la refundida que dice así: “El Senado se compondrá de cuatro Senadores por cada Provincia, elegidos por un período de ocho años y por una Junta Electoral compuesta de los Consejeros y doble número de compromisarios mayores de veinticinco años, vecinos de la Provincia y designados por los electores de la misma, en esta forma: una mitad de dichos Compromisarios han de ser mayores contribuyentes, y la otra mitad poseer la capacidad que determine la Ley. La elección de los Compromisarios se hará cien días antes del que se fije para la de los Senadores. El Senado se renovará de por mitad cada cuatro años”.

Es interesante destacar que las enmiendas de Portuondo y Cisneros, que fueron rechazadas, proponían que la elección de los Senadores se hiciese por voto directo.

Queda por discutirse en esta Sección séptima los requisitos que exigirá la Ley para ser Senador. La base admite que lo puedan ser, no sólo los nativos, sino los naturalizados. Pero Cisneros presenta una enmienda, que es aprobada. Dice así: “Para ser Senador se requerirán las condiciones siguientes: ser cubano nativo, haber cumplido treinta y cinco años de edad y hallarse en el pleno goce de sus derechos civiles y políticos”.

Se pasa a los artículos pendientes de la Sección octava, relativa a la Cámara de Representantes. Se discute la base primera, que dice que “la Cámara de Representantes se compondrá de un Representante por cada veinticinco mil habitantes o fracción de más de doce mil quinientos, elegido para un período de cuatro años, por sufragio directo y en la forma que determine la Ley”.

Fernández de Castro propone que sea un Representante por cada quince mil habitantes. Zayas lo refuta, y la base es aprobada. Recordando a Bécquer, con voz transida de melancolía, Fernández de Castro exclama: ¡Qué solos se quedan los muertos!

Queda aprobada, como facultad del Congreso, la de proveer quien deba ser Presidente de la República en el caso de que el Presidente y el Vicepresidente sean destituidos, fallezcan, renuncien o se incapaciten.

Igualmente son aprobadas, sin discusión, las bases cuarta, quinta y sexta de la propia Sección décima relativa al Congreso. Según estas bases el Congreso no podrá incluir en los presupuestos disposiciones legislativas o administrativas; no podrá suprimir o reducir ingresos permanentes sin establecer los que los sustituyan; ni podrá asignar a un servicio mayor dotación que la que aparezca en el proyecto del Gobierno.

Al discutirse la base primera de la Sección décima primera, expresiva de que la iniciativa de las leyes será ejercida por cada uno de los Cuerpos Colegisladores, Sanguily presenta una enmienda enderezada a que se dé igual facultad al Presidente de la República. Pero es desechada la iniciativa del tribuno y aprobada la base.

La base segunda se refiere a la sanción de las leyes por el Presidente. Bravo Correoso presenta tres enmiendas, que la Comisión hace suyas. Fernández de Castro y Quílez proponen que cuando una ley sea devuelta al Congreso por el Poder Ejecutivo, en el trámite de su reconsideración transcurran seis meses entre su discusión por un Cuerpo y por el otro. Desechada ésta, es aprobada la base con las enmiendas de Bravo Correoso.

En la sesión del lunes 4 de febrero se comienzan a discutir las bases relativas al Poder Ejecutivo. Se aprueba la base primera que dice que el Poder Ejecutivo se ejercerá por el Presidente de la República. Cuando se va a pasar a la base segunda, contentiva de los requisitos que se exigen para ser Presidente de la República, se presentan varias enmiendas y, además, una moción enderezada a que se posponga el debate. Y así se resuelve.

La base tercera, sobre la duración del período presidencial, no provoca discusiones. Se aprueba inmediatamente. No ocurre así con la base cuarta que contempla la forma en que ha de elegirse al Presidente. La base dice que por sufragio directo y por mayoría absoluta de votos, en un solo día. Zayas pretende que se suprima la expresión mayoría absoluta de votos, pero su proposición es rechazada. Fernández de Castro presenta una enmienda que altera totalmente la base. Propone que el Presidente sea elegido por sufragio indirecto de segundo grado, o sea por compromisarios. Y es aprobada esta tesis, que sustituye a la

base. Igualmente son aprobadas las bases relativas a la toma de posesión del Presidente y de su dotación.

Se comienzan a discutir las facultades del Presidente de la República. Los tres primeros incisos, relativos a la promulgación y ejecución de las leyes, a la convocatoria del Congreso y a la suspensión de sus sesiones, no presentan dificultad y son aprobadas.

Con una ligera enmienda de Bravo Correoso es aprobado el inciso cuarto, sobre la obligación del Presidente de enviar al Congreso, en cada legislatura, un mensaje acerca de los actos de la Administración y del estado general de la República.

Sin alteración es aprobado el inciso quinto sobre la confección del proyecto de presupuesto anual y su presentación al Congreso. Asimismo se acepta el inciso sexto relacionado con las negociaciones diplomáticas y las celebraciones de tratados con potencias extranjeras.

Sin alteración alguna se aprueban los incisos séptimo, octavo, noveno y décimo primero. El primero de éstos contempla el nombramiento del Presidente y de los Magistrados del Tribunal Supremo de Justicia y de los Representantes diplomáticos y agentes consulares. En vano Morúa quiere quitarle al Presidente la primera de las facultades expresadas. El segundo se refiere al nombramiento y remoción de los Secretarios de despacho. El tercero comprende el nombramiento de funcionarios no atribuido a otra autoridad. Y el cuarto da al Presidente la facultad de recibir a los diplomáticos extranjeros y de admitir los agentes consulares.

Con enmiendas son aprobados los incisos décimo y décimo segundo. El primero, con adición de Betancourt, consagra al Presidente de la República como Jefe supremo de las fuerzas de mar y tierra y contempla la contingencia de invasión o ataque del territorio nacional. El segundo, con adición de Morúa, se refiere a la facultad de indultar a los delincuentes. La iniciativa de Morúa exceptúa a aquellos que han atentado contra funcionarios públicos.

El inciso décimo tercero, relativo a la suspensión de las garantías a que alude el inciso vigésimo quinto de la Sección tercera, es aprobado, y se pospone la discusión del décimo cuarto, que habla de la suspensión de los acuerdos de los Consejos Provinciales y de los Ayuntamientos.

Se comienza a discutir la base octava, de la propia Sección décimo segunda, relativa al Poder Ejecutivo. Se aprueba el texto de la misma, según el cual el Presidente no podrá salir del territorio de la República sin expreso permiso del Congreso, adicionado con una proposición de Portuondo, expresiva de que el Presidente será responsable ante el Tri-

bunal Supremo de los delitos comunes que cometiere durante el ejercicio de su cargo.

Comienza a conocerse de una nueva Sección, la décimo tercera, que se refiere al Vicepresidente de la República. Y sin dificultad resultan aprobadas las seis bases que contiene la Sección.

Manuel Sanguily y Juan Gualberto Gómez presentan una adición enderezada a la creación de un Consejo de Secretarios, encargado de despachar los negocios que correspondan al Poder Ejecutivo, y que obtiene la aprobación de la Asamblea.

En la sesión del 4 de febrero se penetra en la Sección décimo cuarta, que tiene una sola base, y cuyo texto, que aprueba sin discusión la Asamblea, es el siguiente: "El Poder Judicial se ejercerá por un Tribunal y los demás tribunales que las leyes establezcan; las cuales regularán su respectiva organización, sus facultades, modo de ejercerlas y calidades que han de tener sus individuos".

Y viene la Sección décimo quinta, relacionada con el Tribunal Supremo de Justicia. Tiene dos bases. La primera contempla las condiciones que se requieren para ser Presidente o Magistrado del Tribunal Supremo. La segunda determina las facultades de ese alto Cuerpo. Según el proyecto no era necesario ser nativo para pertenecer a ese Tribunal, pero una enmienda de Cisneros lo modifica y exige la ciudadanía cubana por nacimiento. El requisito de tener más de cuarenta años es modificado, rebajándose la edad a ser mayor de treinta y cinco, de acuerdo con una enmienda de Eudaldo Tamayo. Zayas aspiró, respaldado por Villuendas, a que fuera suficiente tener más de treinta años. Según una enmienda de Portuondo no basta estar en el pleno goce de los derechos civiles y políticos para ser magistrado del más alto tribunal de justicia, es menester no haber sido condenado a pena aflictiva por delito común. En cuanto al ejercicio profesional exigido para ocupar ese cargo, el inciso resulta ampliado con enmiendas de Fernández de Castro y Portuondo.

En cuanto a las facultades del Tribunal Supremo no se presenta dificultad alguna.

La Sección dieciséis comprende disposiciones generales acerca de la administración de la justicia. Su discusión no provoca ningún complicado debate. Queda consagrada la gratuidad de la administración judicial. De las ocho bases que tiene la Sección, siete son aprobadas sin dificultad alguna. Queda eliminada una, la cuarta, por iniciativa de Sanguily, porque contemplaba la posibilidad de que las audiencias fueren secretas.

Se llega a una de las cuestiones más amplia y profundamente debatidas de la Asamblea, la del régimen provincial. Le corresponden tres Secciones del Proyecto, la dieciséis, la diecisiete y la dieciocho. La base primera de la primera de estas Secciones no presenta dificultad: "la provincia estará formada por los términos municipales comprendidos dentro de los límites de aquélla". Cuando va a votarse la base siguiente, el Secretario informa que la Comisión ha sustituido los textos de las bases segunda y tercera, refundiéndolos en uno solo: "en cada provincia habrá un Gobernador y un Consejo Provincial elegidos por sufragio directo y en la forma que determine la Ley. El número de Consejeros no bajará de diez ni excederá de veinte".

Zayas presenta una enmienda, cuyo punto más saliente está en que los Gobernadores serán nombrados por el Poder Ejecutivo. Con calor y abundancia de argumentos defiende esta tesis. Dice que se pretende fundar una república unitaria y no una república federal. Agrega que si hay un Presidente electo por el pueblo y seis Gobernadores electos para las provincias por voto directo también, no sabe cómo, de qué manera se pueden enlazar y armonizar el desenvolvimiento de esas dos potestades, o sea el Poder Ejecutivo y la autoridad provincial. No encuentra más solución que la que propone, y la que considera contraria con el régimen democrático plasmado en la Constitución, pues la designación de los gobernadores se hace por el Presidente de la República, es decir, por un funcionario electo por el pueblo, y en el que éste ha depositado ya su confianza. Por veinte votos contra ocho es rechazada la iniciativa de Zayas.

Pide la palabra Giberga para combatir la base, una vez desechada la enmienda de Zayas. Largo y tendido discurso el suyo, con prólogo prolijo. Como Zayas, piensa que si se aprueba la base, el régimen político de Cuba, en cuanto a las relaciones del Poder Ejecutivo con las provincias, va a ser una confusión, un verdadero caos. Ve muy débil la autoridad del Presidente en relación con la que tiene el Congreso, para que se disminuya más la misma mediante el otorgamiento de facultades a los gobernadores que implica el hecho de su elección popular. La autoridad presidencial —dice— quedará tan manca que no se podrá hacer sentir con la eficacia, la prontitud y el alcance que serían convenientes. Se adentra en el tema del federalismo para considerar inocua la contemplación del mismo en relación con Cuba. Entiende que el federalismo nunca ha sido una aspiración, sino un procedimiento, realizado sobre la base cierta y real de que la provincia exista como unidad política, como unidad con vida propia y esencial dentro de la Nación. Pero ese no es el caso de Cuba, en el que la unidad está constituida por

la Nación entera. ¿Cómo es posible —se pregunta— soñar en deshacer esa unidad? Y hacia el federalismo tienden los convencionales que aspiran a que los Gobernadores sean electos por el pueblo. Giberga plantea un dilema: o se establece una República federal en Cuba, o se dota al Presidente de medios de acción y de gobierno estableciendo en las provincias autoridades que estén en relación y dependencia directa e inmediata con el Presidente. O el Poder Central —afirma— se hace sentir de un modo permanente en todas partes, o ese Poder no gobernará. Él es partidario de la descentralización administrativa, pero entiende que descentralización provincial o municipal no equivale a plena autonomía de la provincia y el municipio. Resume su tesis, detalladamente expuesta y defendida, expresando que es partidario de que los Gobernadores sean nombrados por el Poder Ejecutivo.

De sofismas hábiles califica Alemán los argumentos de Giberga. Y los replica, pero Giberga no se queda callado. Discutido el asunto, se somete a votación, y queda aprobada la base.

Sin discusión es aprobada la base tercera, que era la cuarta del Proyecto, y que dispone que los consejeros son responsables ante los tribunales de los actos que realicen.

El Secretario Zayas lee la base primera de la Sección décimo octava, que habla de las atribuciones privativas del Consejo Provincial. Asimismo lee las enmiendas presentadas por Ferrer, Núñez, Juan Gualberto Gómez, Morúa.

El Presidente somete a discusión la enmienda de Ferrer, que dice así: "Se concederán a los Consejos Provinciales todas las facultades necesarias para la dirección de los asuntos peculiares de la provincia, incluyendo entre ellas la de acordar empréstitos para obras públicas provinciales. Los acuerdos de los Consejos sobre empréstitos no tendrán fuerza legal sin la ratificación de la mayoría de los Ayuntamientos de la Provincia. Las sesiones de los Consejos Provinciales serán públicas, sin otras excepciones que las que establezcan las leyes y se publicarán sus presupuestos y demás acuerdos, así como sus cuentas".

Giberga pide la palabra en favor de la enmienda. Señala las coincidencias que existen entre la base y la enmienda, y pone especial énfasis en destacar y defender el punto que se refiere a la facultad que se da al Presidente de la República de anular los actos de los Consejos Provinciales cuando éstos acuerden empréstitos sin votar al mismo tiempo los ingresos necesarios para el pago de sus intereses y amortización, cuando reduzcan o supriman ingresos permanentes, a no ser por reducción o supresión de gastos equivalentes, y cuando establezcan impuestos contrarios al sistema general de tributación del Estado.

Sanguily responde a Giberga, porque hay un particular involucrado en la enmienda que es contrario al espíritu de toda la Sección, a sus ideas y a algunos incisos de la misma base que se discute.

Se trata de las relaciones que deben existir entre las Provincias y el Poder Central. Sanguily entiende que sin razón alguna, injustificadamente, se ha saltado por encima del Gobernador. Además, señala disposiciones del texto constitucional en las cuales se otorga a los Gobernadores la facultad de suspender acuerdos de los Consejos. Sanguily entiende que se está incidiendo en absurdas contradicciones.

Pero Giberga le replica para expresar que no son ciertas las contradicciones que apunta el tribuno. Es cierto que el Gobernador tiene la facultad de anular acuerdos del Consejo, y junto a esa regla general está la excepción de que sea al Presidente al que le toque dejar sin efecto determinados acuerdos. Además, defiende que así sea, pues entiende que es el Presidente de la República, quien, por la naturaleza nacional de su cargo, está capacitado para calificar los actos de los Consejos que contempla el texto constitucional.

Sanguily no puede callarse. Habla de unitarismo, de federalismo. Condena el hibridismo y especialmente el hibridismo infecundo. Y desciende al núcleo esencial de la cuestión. Rechaza la enmienda de Ferrer por cuanto ella implica una eliminación del Gobernador y afirma que esto se ha hecho por desconfianza en él. Y no encuentra razón para que se tenga confianza en el Presidente de la República y no se tenga en el Gobernador. Si la enmienda se hace para poner límite al conato de federalismo que alienta en el seno de la Asamblea, él se declara partidario de la descentralización administrativa y de la descentralización política.

Giberga razona. Él no conoce los propósitos de Ferrer, pero no defiende la iniciativa de éste porque no tenga confianza en los gobernadores. Es que los Gobernadores no deben tener facultades que trasciendan de las provincias y no están en aptitud de reconocer cuando un impuesto provincial quebranta el sistema tributario nacional.

Sanguily persiste en la defensa de su tesis a favor del Gobernador. Por inexplicable y meramente circunstancial rechaza el eclecticismo que pretende adoptarse en cuanto al régimen provincial. No lo encuentra basado en ningún sistema. Lo halla contradictorio, y para el tribuno nada que sea contradictorio es bueno. Si se acepta la enmienda de Ferrer, que mutila las facultades del Gobernador, colocando por encima de él, en cuanto a acuerdos del Consejo, al Presidente de la República, recomienda, como justa consecuencia, que se supriman los Gobernadores. En la enmienda de Ferrer se contempla un signo de cen-

tralismo y para Sanguily el centralismo equivale a malestar profundo, a inquietud pavorosa, a desconfianza en todas partes, a ocultamiento del capital.

Sanguily desborda su elocuencia, y la enmienda de Ferrer es rechazada por la Asamblea.

Igualmente es rechazada la enmienda de Núñez y aprobada la de Gómez, casi idéntica al texto de la base, y que dice así: "Serán atribuciones privativas del Consejo Provincial acordar sobre todas las cosas que, no oponiéndose a la Constitución, a las leyes generales, a los tratados internacionales, ni a lo que corresponda como jurisdicción privativa a los Municipios, conciernan a la Provincia".

Después de ser rechazada una enmienda de Ferrer que exigía no una simple mayoría, sino una votación de las dos terceras partes, es aprobado el párrafo segundo de la base primera de la Sección décimo octava. La base aprobada dice así: "También podrán acordar empréstitos para obras públicas de interés provincial, votando al mismo tiempo los ingresos permanentes necesarios para el pago de sus intereses y amortización. Para que los empréstitos puedan realizarse será necesaria la aprobación de las dos terceras partes de los ayuntamientos de la Provincia".

Se va a discutir el párrafo tercero de la base primera, que dice: "También podrán por acuerdo de las dos terceras partes de sus miembros, en reunión secreta, acusar ante el Senado a los Gobernadores de las provincias por las infracciones de la Constitución".

Hay dos enmiendas. Una de Morúa. Otra de Núñez. Morúa recomienda que la acusación se haga ante el Tribunal Supremo y no ante el Senado. Núñez entiende que la acusación debe ser ante el Senado, y no solamente por infracciones constitucionales, sino, además, por delitos de carácter político determinados por la ley. Morúa, coincidiendo con la base, entiende que las sesiones en que se acuerde la acusación deben ser secretas. Núñez no expresaba nada sobre esta circunstancia.

Es aprobado el último extremo de la enmienda de Núñez y Morúa retira la suya.

Sin dificultad y sin debate apenas son aprobadas las bases restantes de la Sección décimo octava. Por la segunda la Provincia no podrá tener impuestos incompatibles con los del Estado. Por la tercera, los Consejos Provinciales no podrán suprimir ni reducir ingresos sin establecer otros que los sustituyan. Por la cuarta, los acuerdos de los Consejos Provinciales podrán ser suspendidos por el Gobernador de la Provincia o por el Presidente de la República. Y la quinta se refiere a la sanción de los acuerdos adoptados por el Consejo Provincial.

Se comienza a discutir la Sección décimo novena, relativa a las atribuciones y deberes de los Gobernadores Provinciales. La Sección tiene cuatro bases y la base primera tiene seis incisos.

El inciso primero de la base primera dice que corresponde al Gobernador "cumplir y hacer cumplir las leyes, decretos y reglamentos generales de la Nación". Juan Gualberto Gómez presenta una enmienda enderezada a que se inserte en su texto una frase incidental: "en la parte que le concierna". Después de un ligero debate en el que intervienen principalmente Giberga, Berriel y Gómez, queda aprobada la enmienda de éste, la que sustituye al texto de la base.

Pero a Quílez se le ocurre bacer al texto ya aprobado una adición. Quiere agregarle: "y las órdenes del Presidente de la República". Y la cosa, tan sencilla, provoca un largo debate. Manduley, Giberga, Sanguily son los que lo sostienen. La votación es negativa para Quílez. Su enmienda es desechada.

Los incisos segundo y tercero, que se refieren al nombramiento de los empleados del despacho y la publicación de los acuerdos del Consejo, son aprobados sin discusión. Al inciso cuarto le presenta Núñez una enmienda que no prospera, y aquel es aprobado. Se refiere a la expedición de órdenes, instrucciones y reglamentos. Los incisos quinto y sexto son aprobados sin reparo alguno. Se refieren, respectivamente, a la convocatoria del Consejo Provincial a sesión extraordinaria y a la suspensión de los acuerdos del Consejo y de los Ayuntamientos en los casos y formas que establezca la Constitución.

Juan Gualberto Gómez propone un séptimo inciso, que es aprobado por la Asamblea: "acordar la suspensión de los Alcaldes en los casos de extralimitación de sus facultades, violación de las leyes y de los acuerdos de los Consejos Provinciales, o incumplimiento de sus deberes, dando cuenta al Consejo Provincial, en los términos que determine la Ley".

Las bases segunda, tercera y cuarta son aprobadas de acuerdo con los nuevos textos adoptados por la propia Comisión. La segunda se refiere a la dotación del Gobernador. La tercera a la sustitución del Gobernador por el Presidente del Consejo. La cuarta contempla la responsabilidad del Gobernador ante el Senado por casos que establezca la Constitución.

En la sesión del viernes 8 de febrero se comienza a discutir el régimen provincial. Está desarrollado a través de tres Secciones. En la Sección vigésima se trata del régimen en sí, y tiene dos bases. En la Sección vigésima primera se habla de los Ayuntamientos, y tiene seis

bases. Y en la Sección vigésima segunda se contemplan los deberes y las atribuciones de los Alcaldes. Tiene cuatro bases.

Las dos bases de la primera de las Secciones expresadas, se aprueban sin discusión. La primera dice: "Los términos municipales estarán regidos por Ayuntamientos compuestos de Concejales elegidos por sufragio directo, en la forma que la Ley determine". La base segunda expresa que "en cada término municipal habrá un alcalde elegido por sufragio directo, en la forma que la Ley establezca".

A continuación se entra en la Sección vigésima primera, relativa a los Ayuntamientos y sus atribuciones.

La base primera no suscita discusión. Se refiere a las atribuciones privativas de los Ayuntamientos. A la segunda presenta Quílez una enmienda adicional. La base dice así: "Los Ayuntamientos podrán acordar empréstitos votando al mismo tiempo los ingresos permanentes necesarios para el pago de sus intereses y amortización; siendo precisa para su validez la aprobación de la mayoría de los electores del Término". La adición de Quílez determina que los electores que intervengan en la operación de aprobación del empréstito sean contribuyentes municipales, por cualquier cuota.

Se somete a discusión la enmienda, y es aprobada. Se somete a discusión la base, y es aprobada. Pero aquí surge el debate. Rius Rivera solicita que se vuelva a votar la base. El Presidente rechaza esa pretensión. Hablan Tamayo, Rius Rivera, Giberga, Juan Gualberto Gómez, Manduley, Sangüily, Zayas, Núñez, Quílez, Lacret. El asunto queda para la próxima sesión. Y al fin la Comisión presenta un nuevo texto, que es aprobado: "Los Ayuntamientos podrán acordar empréstitos, votando al mismo tiempo los ingresos permanentes necesarios para el pago de sus intereses y amortización; siendo precisa para su validez, la aprobación de las dos terceras partes de los electores del término municipal".

La base veintitrés se refiere a los bienes del Estado. La Comisión hace suyo un voto particular de González Llorente. El asunto promueve amplia discusión. Intervienen Zayas, Núñez, Rius Rivera, Sangüily, Berriel. Se rechaza el voto particular y se aprueba una nueva redacción de la base, que dice así: "Pertencen al Estado todos los bienes, existentes en el territorio de la República, que no correspondan a las Provincias o a los Municipios, ni sean individual o colectivamente, de propiedad particular".

Al discutirse la base relativa a la reforma constitucional, Fernández de Castro presenta una enmienda enderezada a que haya tantos convencionales como legisladores, pero es rechazada su iniciativa, en tanto

que aprueba una de Juan Gualberto Gómez, que propone que se elija un convencional por cada cincuenta mil habitantes. Según el texto aprobado, para modificar la Constitución se requiere acuerdo de las dos terceras partes de cada Cuerpo. Seis meses después de acordada la reforma, una Convención Constituyente se limitará a aprobar o no la modificación introducida en la Carta Magna por el Congreso.

Con esta discusión, se entra en la relativa a las disposiciones transitorias. La primera contempla las deudas que debe reconocer la República. La base de la Comisión redactora dice así: "La República no reconocerá más deudas y compromisos que los contraídos legítimamente en beneficio de la Revolución, desde el veinticuatro de febrero de mil ochocientos noventa y cinco, por los Jefes de Cuerpo del Ejército Libertador, hasta el diecinueve de septiembre del mismo año, en que se promulgó la Constitución de Jimaguayú; y las deudas y compromisos que el Gobierno Revolucionario posteriormente contrajera, ya por sí, ya por sus legítimos representantes en el extranjero; cuyas deudas y compromisos serán calificados por el Congreso, el cual resolverá sobre el pago de aquellos que a su juicio fueren legítimos".

Cisneros presenta una enmienda concebida en los términos siguientes: "La República reconocerá todas las deudas y compromisos contraídos legítimamente por sus Delegados, Gobiernos y Jefes militares, autorizados en beneficio de la Revolución, encargándose el Congreso de la Nación de calificarlos de legales o ilegales y de hacer las correspondientes liquidaciones".

El asunto da lugar a largo y complicado debate, en el que intervienen Lacret, Sangüily, Juan Gualberto Gómez, Giberga, Zayas, Berriel.

La enmienda de Cisneros es rechazada. Igual destino corre una que presenta Zayas. Al fin, queda aprobada la base, que es la primera disposición transitoria.

La segunda disposición transitoria se refiere a la elección de los funcionarios que establece la Constitución y a los cuales ha de hacerse el traspaso del gobierno de la Isla. Se aprueba tras un breve escarceo en el que intervienen Sangüily, Villuendas, Rius Rivera.

La tercera disposición transitoria contempla un problema de nacionalidad y ciudadanía. La cuarta se refiere a la vigencia de todas las actuales disposiciones legales que no se opongan al texto constitucional. La quinta especifica que la base de población establecida para determinar la elección de Representantes podrá modificarse por medio de leyes, cuando a juicio del Congreso lo exija el aumento de la población que resulte de los censos que periódicamente se formen. La sexta di-

vide al primer Senado que se elija en tres series de Senadores, de acuerdo con la extensión de su mandato. La séptima divide a los miembros de la Cámara de Representantes en dos series, por igual motivo. Todas estas transitorias son aprobadas sin dificultad.

En las sesiones de los días 11, 12 y 14 de febrero se discuten y aprueban las bases que habían sido pospuestas por relacionarse con cuestiones de posterior discusión.

Llega el día 21 de febrero. Villuendas y Zayas, los dos Secretarios, leen, alternativamente, el texto constitucional, ya vaciado en artículos y con el estilo corregido. Juan Gualberto Gómez propone que, existiendo sobre la mesa de la Asamblea dos ejemplares, ambos se firmen públicamente. Uno de ellos se archivará. El otro será entregado al Gobernador Militar. Esta moción se aprueba, con la protesta de Cisneros, quien expresa que no suscribirá el ejemplar que se destina a los Estados Unidos.

Cisneros propone que para la firma de la Constitución se utilice una pluma que, para ese fin, le fué remitida, en 1896, por una señorita, desde Norteamérica.

Como Zayas esgrime una pluma de oro destinada a ese objeto y la que se conservará en la Sociedad Económica de Amigos del País como reliquia y recuerdo de acto tan solemne y trascendente, el mismo propone que se utilicen las dos plumas, una para cada ejemplar.

Envueltos por los acordes del Himno de Perucho Figueredo, convertido en Nacional, los delegados firman el famoso documento.

El doctor Domingo Méndez Capote, Presidente del Cuerpo, cerró el acto con estas palabras: "Hemos terminado ya la primera parte de nuestro trabajo. Hemos ya acordado y adoptado una Constitución para el pueblo libre e independiente de Cuba. No estamos llamados nosotros a ser los jueces de nuestra obra, ni tampoco de nuestra conducta; pero sí podemos hacer constar que hemos puesto en nuestra empresa todos los buenos deseos, todos los buenos propósitos de que los hombres son capaces, hemos puesto a contribución toda nuestra inteligencia, toda nuestra voluntad, nuestras facultades todas. Ojalá que el acierto corone el empeño vivísimo que hemos tenido todos en obtenerlo y que esta página de nuestra Historia que acaba de escribirse aquí, constituya la base sólida, permanente, firme y estable de la próspera, libre y dichosa República Cubana".

CAPÍTULO II

LA ENMIENDA PLATT

LA Asamblea Constituyente, además de redactar la Constitución de la República, debe estudiar y fijar las normas a que han de ceñirse las relaciones internacionales de Cuba y los Estados Unidos. Para cumplimentar ese objetivo se ha nombrado una comisión integrada por Juan Gualberto Gómez, Manuel R. Silva, Gonzalo de Quesada, Enrique Villuendas y Diego Tamayo.

El gobernador Wood invita a Domingo Méndez Capote, como Presidente de la Convención, y a los miembros de la expresada comisión, a una cacería en la Ciénaga de Zapata. Los invitados corresponden, naturalmente, al gesto, que tiene en lo exterior la señal de una mera cortesía. Pero todos, en lo íntimo de la conciencia tienen una punzante inquietud. Saben que la cacería no es más que un pretexto.

En Batabanó son los convencionales obsequiados con un espléndido banquete. Después de fingidas cortesías, Wood revela los motivos ciertos de la reunión. Ha recibido una carta de Elihu Root, Secretario de la Guerra, expresiva de las condiciones que según el gobierno de Wáshington, deben estar necesariamente incluídas en el régimen legal que presida las relaciones de los dos países. El gobernador lee a los cubanos las cinco estipulaciones elaboradas por el colaborador de McKinley. En ellas se merman las facultades de los Poderes Públicos de la Isla para consumir pactos internacionales y contraer deudas, se reconoce el derecho de intervención de los Estados Unidos, se permite a Norteamérica establecer estaciones navales en el territorio cubano y se cercena, en definitiva, la soberanía de la República.

Los cubanos quedan aturridos ante la revelación que constituye la carta de Root. No era posible presumir tanta ambición en el país que a través de la Resolución Conjunta había declarado no abrigar deseo ni tener intención de ejercer sobre Cuba jurisdicción no soberanía, ni otra intervención en el gobierno que no fuera la necesaria para su pacificación.

Los convencionales apenas si pueden exhibir su contrariedad y el profundo disgusto que se agita en sus espíritus.

Cuando Diego Tamayo informa a la Asamblea sobre lo expresado por Wood un estrechamiento de indignación sacude los ánimos. Con la palabra trémula, añade que Wood les ha entregado copia de una iniciativa que se ha presentado en el Senado de la Unión contentiva de las normas que deben regular las relaciones entre Cuba y su país. La da a conocer a la Convención. En ella se concretan las estipulaciones expresadas en la carta del Secretario de la Guerra y, además, se agrega que la Isla de Pinos queda omitida de los límites insulares cubanos, fijándose para el futuro la determinación de su definitivo destino.

Manuel Sanguily, airadamente, por la presión que se pretende ejercer sobre la Asamblea, demanda su disolución. Pero no es aceptada su enérgica iniciativa. Y en un gallardo gesto de independencia, sin prestar consideración a las fórmulas contenidas en el documento que Wood ha trasladado a la Convención, ésta comienza a discutir el dictamen de los comisionados. Dos sesiones se requieren para la discusión del documento, el que, con las alteraciones de varias enmiendas, queda definitivamente aprobado.

En el acuerdo adoptado por la Asamblea se determina que el Gobierno de la República de Cuba no hará ningún tratado o convenio con potencias extranjeras que comprometa o limite la independencia de la Isla, ni permitirá para ningún objetivo que fuerzas armadas de un país extraño tomen asiento en el territorio nacional. Asimismo se expresa que el suelo cubano no servirá de base jamás para operaciones de guerra contra los Estados Unidos u otra nación. El Tratado de París se acepta íntegramente y se reconocen como válidos los actos realizados por la Administración interventora. Finalmente se indica que Cuba y los Estados Unidos deberán regular sus relaciones comerciales por medio de un convenio basado en la reciprocidad.

Pero tal como Wood lo anunció, en el Congreso de los Estados Unidos, a través de una enmienda presentada por el Senador Orville Platt a la Ley de los Presupuestos del Ejército, se tramitan las cláusulas que los Estados Unidos desean que regulen las relaciones con Cuba. Aprobada la Ley con la Enmienda por el Senado y la Cámara, el Poder Ejecutivo le imparte su sanción y la llamada Enmienda Platt pasa a ser norma vigente de la Unión.

Wood se apresura a comunicar oficialmente a la Asamblea la aprobación y promulgación de la Enmienda Platt. Los convencionales se reúnen para darse por enterados y discutir el asunto. No puede ser más

alarmante la situación. De casi todas las partes surgen protestas en contra de lo que se considera una perfidia norteamericana. Se viven momentos de profundas aflicciones colectivas. Los espíritus, desorientados y transidos de angustia patria, vibran coléricamente.

Manuel Sanguily demanda de nuevo la disolución de la Convención, a la que no cree facultada para aprobar una pragmática que viola los propios principios adoptados por la Ley de Leyes que acaba de aprobarse. Opina que debe convocarse a una Asamblea especialmente destinada a conocer del documento elaborado por los Estados Unidos. Se acuerda trasladar el documento norteamericano a la comisión que dictaminó sobre las relaciones entre la Unión y Cuba, a fin de que sea ella la que informe sobre la respuesta que debe darse al gobierno de Washington.

Suscitado un debate en torno a la comisión de referencia, a la forma en que ésta debe responder al gobierno norteamericano y si tiene o no facultades para tal contestación, Juan Gualberto Gómez afirma que no está conforme con que se pacte con los Estados Unidos sobre la base por ellos exigida, pero entiende que se puede tratar con el Gobierno Interventor y ofrecerle una respuesta de la Asamblea en relación con la Enmienda Platt.

Se reúne la Asamblea para conocer el dictamen de la Comisión, el que ha sido redactado por Juan Gualberto Gómez. Asimismo se presentan sendos votos particulares suscritos por Diego Tamayo y Gonzalo de Quesada. Además, proponen enmiendas Giberga, Quílez, Alemán y Portuondo.

Pero lo primero en ponerse a discusión es una moción, que plantea una cuestión previa. En ella se contempla la conveniencia de enviar una comisión a los Estados Unidos para que se entreviste con el Presidente McKinley en relación con la Enmienda Platt. La iniciativa es rechazada, como rechazada es también la enmienda de Giberga, que constituye un ademán de transigencia ante la pretendida imposición del Norte. Sólo obtiene cuatro votos favorables: el de su autor, el de Núñez, el de Quílez y el de Sanguily.

Sanguily ha cambiado de parecer. En el periódico *La Discusión* se publica una entrevista hecha al prócer por redactores de ese periódico, deseoso éste de ofrecer a la Nación una versión exacta del pensamiento del tribuno sobre la Enmienda, ya que los rumores circulantes revelan una revisión en la postura por él asumida anteriormente.

Sensacionales resultan las declaraciones del eminente ciudadano. Sanguily inicia sus manifestaciones con el reconocimiento de que su

opinión es muy complicada. Para él la trascendencia y el valor de la Enmienda dependen del punto de vista desde el cual se la considere. Interpretándola noble y ampliamente, sin resentimientos ni recelos apasionados, entiende que la disposición plattista asegura la independencia de Cuba, aunque de alguna manera, que él considera mínima, quede limitada lo que muchos entienden por soberanía. Fundamenta este juicio optimista en la Resolución Conjunta y en el culto de los norteamericanos al honor.

Sanguily sabe que si se rechaza la Enmienda Platt no hay República. Esta es la triste y dramática verdad sobre la que se funda ciertamente la nueva posición del rebelde prócer. Y entre un poder interventor indefinido, por benigno que sea, y una República con Enmienda, él prefiere esta última situación. Opina que se vive un momento trascendente y singular. O se rechaza íntegramente la Enmienda, o se acepta en su totalidad. Aceptarla es para el tribuno decidir la independencia y la ventura de la Isla. Esta, en cualquier caso, jamás podrá impedir la intervención norteamericana en casos de conflagración o de amenaza para la seguridad del Norte. Y admitir este derecho formalmente es definirlo. Definirlo es determinarlo. Determinarlo es limitarlo.

Berriel reproduce el punto principal de la acción de Fernández de Castro, que ha sido aprobada. Cómo éste entiende que debe enviarse una comisión a Wáshington, a fin de conocer directamente la actitud y los propósitos de los Estados Unidos. Prospera y se designa a Méndez Capote, Diego Tamayo, Rafael Portuondo, Pedro Betancourt y Enrique Villuendas para que se trasladen a la Unión.

El dictamen de Juan Gualberto Gómez queda en espera del resultado de las gestiones que van a realizarse en Wáshington. Inútil resulta la gestión. Retornados a Cuba los comisionados, Méndez Capote lee a la Asamblea su magistral informe, revelador de la actitud inmovible del gobierno norteamericano y de la gravedad del momento.

Juan Gualberto propone que ese documento se traslade a la propia comisión que informó anteriormente sobre la Enmienda, para que, con vista del mismo, se emita un nuevo dictamen. Inmediatamente la Asamblea aprueba esa iniciativa.

Se inicia un debate en torno a la misión desenvuelta por los comisionados que fueron a Wáshington. Sanguily apunta que éstos dejaron incumplida una de las encomiendas, la de recabar nuevas bases para llegar a un acuerdo con los Estados Unidos. Villuendas expresa

que el informe de la comisión aconseja la aceptación de la iniciativa de Platt. Portuondo añade, después de hacer el relato de la gestión hecha en la ciudad del Potomac, que cree sinceras las declaraciones de McKinley y de Root. Interviene González Llorente para ratificar las expresiones de Portuondo y para agregar que considera inmutable la Enmienda Platt, razón por la cual los delegados que fueron a Wáshington no gestionaron nuevas bases. Con lenguaje franco, sin eufemismos, manifiesta que se acepta lo impuesto por los Estados Unidos, o no hay arreglo.

Cuando González Llorente no ha terminado de pronunciar estas palabras, Sanguily le lanza una pregunta categórica en el sentido de qué sucederá si se rechaza la Enmienda Platt. El interpelado responde que cree que la no aceptación prolongaría la ocupación militar. Diego Tamayo ratifica la afirmación de González Llorente.

Sanguily dice palabras cargadas de presagios sobre el futuro de la República. Y Juan Gualberto Gómez, irreductible, las contesta con terco optimismo, con la invariable firmeza de un convencido, a quien nada ni nadie altera en sus convicciones y actitudes.

La comisión emite su informe con el voto de tres delegados. Son Tamayo, Villuendas y Quesada. Juan Gualberto y Silva, que no están de acuerdo con el criterio de la mayoría, inclinada a aceptar, con ligeras modificaciones, la pragmática plattista, presentan un voto particular, inspirado en la celosa defensa de la soberanía plena de Cuba, sobre la cual no admite la más ligera merma.

Sanguily propone, y se acepta, que se someta a discusión el voto particular presentado. Pero Juan Gualberto retira su último pronunciamiento y lo sustituye por la ponencia que había redactado anteriormente y que quedó en suspenso cuando se designó la comisión que fué a Wáshington. Puesto a discusión el voto de Gómez, lo ataca Morúa y Silva lo defiende. Sanguily lo combate y el propio Gómez le replica con un extraordinario discurso.

El voto particular de Juan Gualberto constituye un documento sereno, reflexivo, enjundioso, henchido de incontrovertibles razones. Lo primero que hace el rebelde cubano es traer a colación la Resolución Conjunta y el Tratado de París para poner de relieve la contradicción que existe entre los textos de estos pronunciamientos y el de la Enmienda. Querer imponer a Cuba la aceptación de la Enmienda para que luego la traslade a un tratado permanente, equivale a tratar a la Antilla mayor no como nación independiente, sino como país vasallo.

Si la Convención fué convocada para organizar a través de una Constitución un Estado independiente y soberano, no puede la Asamblea, sin faltar a su mandato, admitir algo que limite la soberanía y la independencia.

Juan Gualberto analiza primeramente las cláusulas primera, segunda, cuarta y quinta, y expresa que sus estipulaciones están contenidas ya en el informe rendido por la comisión y aprobado por la Asamblea. Ya en este documento la Asamblea acordó que no se menoscabe el territorio cubano por ningún concepto, que no contraiga ninguna deuda pública que resulte excesiva para los ingresos fiscales de Cuba, que queden aprobados todos los actos del Gobierno interventor y que se ejecuten los planes necesarios en relación con el saneamiento y la salubridad del territorio insular.

Pero su voto particular rechaza por inadmisibles y por lesivas a la dignidad nacional las cláusulas tercera, sexta, séptima y octava. Atentan al principio de independencia y soberanía del pueblo de Cuba y mutilan injustificadamente el territorio de la patria. La cláusula tercera dice que el Gobierno de Cuba consiente que los Estados Unidos puedan ejercer el derecho de intervención en la Isla. Gómez analiza cada uno de los fines que justifican la existencia de la Enmienda desde el punto de vista norteamericano. Los desmenuza. Enseña toda la entrada de los mismos y evidencia la sinrazón que los anima. No hay motivo que justifique la intervención norteamericana en Cuba para conservar la independencia nacional, porque si interés tiene la Unión en ese hecho, más interés tienen que sentir los cubanos. No se concibe que mientras los Estados Unidos se movilicen en presencia de una amenaza que grave sobre la Isla, los cubanos permanezcan indiferentes ante el peligro, sin demandar el auxilio del pueblo que considera su amigo y su aliado. Conceder a los Estados Unidos la facultad de decidir cuando está amenazada la independencia y cuando, por tanto, deben intervenir para conservarlas equivale a entregarles la soberanía de la nación.

Juan Gualberto no logra conciliar ese derecho que pretende arrogarse Norteamérica de intervenir en Cuba para mantener un gobierno adecuado con el principio de independencia y soberanía de la República. Si a los Estados Unidos corresponde apreciar cuando un gobierno cubano es adecuado, y cuando no lo es, para sostener al primero y derrocar al segundo, a los norteamericanos y no a los cubanos corresponde entonces la existencia de la nación que ha luchado a través de medio siglo en pos del logro de su independencia. De aceptarse esa preten-

sión, sólo se sostendrán los gobiernos cubanos que cuenten con el benévolo apoyo de Wáshington. Y serán, por consecuencia, gobiernos raquíticos y míseros, conceptuados como incapaces desde su formación y condenados a vivir más atentos a lograr el beneplácito del Norte que a servir y defender los intereses antillanos.

Rechaza Gómez el tercer motivo de intervención, porque proteger la vida, la propiedad y la libertad individual es misión esencial de todo gobierno. Si los encargados de regir los destinos cubanos son incapaces de realizar esa imperativa obligación, imperará en Cuba la anarquía, y entonces, con permiso o sin él, el poderoso vecino intervendrá en la situación antillana, en defensa de sus intereses, como realizó cuando la guerra con España. Pero consignar en un tratado la facultad de que los Estados Unidos intervengan en la Isla para proteger la vida, la propiedad y la libertad individual, equivale a deshorrar a todos los gobiernos de la República, pues será condenarlos, anticipadamente, a un bochornoso estado de inferioridad. Estas reflexiones las corona Juan Gualberto con una interrogación atinadísima: ¿cuándo se considerará que no están suficientemente protegidas la vida, la propiedad y la libertad individual? Entiende él que lo vago y elástico del concepto aumenta la gravedad de su alcance.

Penetra en la cuarta de las razones y no puede explicarse el contenido de la misma, según el cual los Estados Unidos intervendrán en la Isla para asegurar el cumplimiento por parte de Cuba de los compromisos por ellos pactados en el Tratado de París. No tiene lógica que constituya un motivo de intervención en Cuba el hecho de que ésta incumpla una de esas obligaciones cuando ha cesado ya, por el propio Tratado de París, toda responsabilidad para los Estados Unidos. No se puede, sin menoscabo del derecho, del prestigio y de la autoridad de los gobiernos cubanos, dejar a la Unión la facultad de intervenir en Cuba para obligar a ésta a cumplir deberes internacionales que sólo a ella corresponden.

✚ La cláusula séptima determina que para poner a Cuba en condiciones de mantener la independendencia y proteger al pueblo cubano, así como para su propia defensa, el gobierno de Cuba venderá o arrendará a los Estados Unidos las tierras necesarias para instalar carboneras o estaciones navales, en puntos determinados, que se convendrán con el gobierno de los Estados Unidos. Juan Gualberto dice que esta cláusula es una consecuencia de la tercera, por lo que al rechazarse ésta no hay lugar para entrar a discutir lo que es una derivación de ella. Pero independientemente del nexo que existe entre estas dos cláusulas, el noble

y generoso patriota reacciona herido por esta pretensión que lastima los mejores sentimientos cubanos, ya que implica un indebido cercenamiento de su territorio, una mutilación de su geografía.

✕ No queda más que la cláusula octava, la que expresa que para mayor seguridad en lo futuro el Gobierno de Cuba insertará las disposiciones de la Enmienda Platt en un tratado permanente con los Estados Unidos. Si las disposiciones anteriores constituyen para Cuba un nexo de injustificada dependencia, consignarlas en un tratado permanente equivaldrá a subyugar a la Isla para siempre. No cree Juan Gualberto que se está en el momento histórico adecuado para tratar un texto semejante y llegar a un acuerdo sobre el mismo.

Corresponder a la demanda del Norte significa admitir que Cuba es un país vencido que se somete a la ley del vencedor y el que para evacuarlo le impone onerosas condiciones. A esto hay que añadir que la Convención no está autorizada para cercenar la independencia de Cuba, para mutilar su soberanía, para sujetar su destino a la determinación de un país extraño, autorizado a interferir constantemente el proceso de su desarrollo histórico.

En este documento, que responde a la actitud mantenida por Juan Gualberto en toda la tramitación de la Enmienda Platt, está plasmado su pensamiento, tenazmente contrario a admitir las pretensiones de Wáshington por considerarlas indignas y ofensivas, traidoras y perjudiciales. Con el espíritu transido de angustia, contempla cómo la Convención vota en contra de este voto particular que representa la más alta manifestación del patriotismo cubano, soñador, terco y puro.

Rechazado el voto particular de Juan Gualberto, se somete a la consideración de la Asamblea el dictamen de la comisión, al que han sido incorporadas las enmiendas que se han producido durante el debate. Cuando va a someterse a votación, Juan Gualberto solicita del Secretario de la Asamblea que lea el juramento prestado por los convencionales al asumir esa función. Y Enrique Villuendas lee el texto solicitado. Pero Manuel Sanguily, con gesto de indignación, solicita de Gómez que explique por qué ha pedido la lectura de dicho juramento. Si con ello quiere significar que los que van a votar la Enmienda Platt son perjuros, él se retirará de la sala, y está seguro de que muchos delegados lo acompañarán.

Juan Gualberto Gómez reacciona adecuadamente. Explica que por su mente no ha pasado la sospecha que abriga Sanguily. Acaso es que el rebelde convencional ha comprendido las dificultades que comporta su solicitud y todo el irónico reproche que la misma contiene.

Se aprueba el informe emitido por los comisionados. Quince votos contra catorce ha sido la votación. Pero lo resuelto por la Asamblea no es aceptado por Wáshington. Los Estados Unidos exigen la aprobación de la Enmienda Platt tal cual ha sido sancionada por McKinley. No pueden los convencionales resistir más. En vano han querido ganarle una batalla a la Unión. Inútilmente Juan Gualberto realiza los últimos esfuerzos.

★ El 12 de junio de 1901 queda aprobada definitivamente la Enmienda Platt. Dieciséis votos contra once es el resultado de la votación.

FUENTES

- COSTA, OCTAVIO R. *Manuel Sanguily, la historia de un ciudadano.*
— *Juan Gualberto Gómez, una vida sin sombra.*
DIARIO DE SESIONES DE LA CONVENCION CONSTITUYENTE.
MÁRQUEZ STERLING, MANUEL. *Proceso histórico de la Enmienda Platt.*
MEMORIA DEL SENADO.
PORTELL VILÁ, HERMINIO. *Historia de Cuba.*
ROIG DE LEUCHSENRING, EMILIO. *Historia de la Enmienda Platt.*
SANTOVENIA, EMETERIO S. *Historia Constitucional de Cuba.*

LIBRO TERCERO

DE LA INTERVENCION A LA INDEPENDENCIA

LIBRO TERZO

DE LA INSTRUCCION A LA JUVENTUD

CAPÍTULO I

LA LEY ELECTORAL

LA Convención Constituyente de la Isla de Cuba, como se llamó la primera de las asambleas de esta naturaleza habidas en esta Antilla en el siglo xx, asumió la responsabilidad de redactar y adoptar la ley que habría de regir los comicios necesarios para cubrir los cargos nacionales y provinciales sujetos a sufragio universal en relación con la organización de los poderes públicos de la República. Esta tarea le venía asignada por la orden número 301, de 25 de julio de 1900, que convocara a elecciones de delegados a la Convención, por la sexta de las disposiciones transitorias de la Constitución y por acuerdos que la propia Asamblea adoptó en la sesión pública de 27 de febrero de 1901 y en la secreta de 12 de junio del año acabado de citar. En la última de las referidas sesiones, con intervención de las secciones del Cuerpo, quedaron designados para formar la comisión encargada de redactar el proyecto de Ley Electoral los convencionales Pedro E. Betancourt, Manuel R. Silva, Alfredo Zayas, Antonio Bravo Correo y José B. Alemán.

Entre la firma de la Constitución y la reanudación de las sesiones del cuerpo legislativo dedicadas a acordar la Ley Electoral mediaron más de cuatro meses. En 2 de julio de 1901 de nuevo se reunió la Convención. Ya no lo hizo en el Teatro Martí, sino en la casa marcada con el número 3 de la calle o calzada del Monte, en la ciudad de La Habana.

Naturalmente, los encargados de redactar y adoptar la Ley Electoral trabajaron sobre las normas generales por ellos introducidas en la Constitución. Ésta había creado comicios de dos clases: sufragio de segundo grado para el Presidente y el Vicepresidente de la República y para los veinticuatro Senadores de la misma y sufragio de primer grado para todos los demás funcionarios sujetos a elección. Además, el código fundamental disponía que las leyes establecerían reglas y procedimientos destinados a asegurar la intervención de las minorías en

la formación del censo de electores y demás operaciones comiciales y en la composición de la Cámara de Representantes, los Consejos Provinciales y los Ayuntamientos.

El proyecto de Ley Electoral que redactó la comisión designada por la Convención empezó a ocupar la atención de ella en 2 de julio de 1901. En la sesión del 9 de julio se discutió el dictamen de dicha comisión. La ponencia era obra de José B. Alemán. La memoria explicativa del cuerpo legal sometido a la consideración de la Asamblea comprendió razonamientos de entidad.

En la ponencia de Alemán, ya dictamen de la Comisión, se destacó la referencia al deseo y a la necesidad de evacuar con rapidez el trámite de la redacción del proyecto, en armonía con la legítima impaciencia del país por constituir dentro de la situación que se le había creado los organismos llamados a dar vida, carácter y expresión a la nacionalidad cubana, nueva y especialísima. Se aceptó la urgencia de poner fin al período que la Comisión consideró preconstituyente, por no ser la Asamblea soberana en el sentido y medida en que lo eran casi todos los cuerpos de su naturaleza en relación con fines semejantes a los que ella atendía. Se advirtió que la inexcusable demora que podía atribuirse al trabajo exhibido redundaba en remedio de una situación desastrosa que a veces hacía flaquear la serenidad del juicio más disciplinado, por la confusión aparejada a la anormalidad de la existencia política de un pueblo intervenido o regido por un poder extraño. Por lo demás, la Comisión se había apresurado a rendir su labor con la mira de evitar que la prolongación de un estado de cosas peligroso desembocase en locos o temerarios intentos que pudieran comprometer lo que se quería defender o en la producción de sucesos raquíticos, como la indiferencia criminal, las dejaciones riesgosas o los acomodamientos fáciles, no menos improcedentes que estériles para la vitalidad de principios fundamentales.

En el proyecto podían encontrarse fórmulas y prácticas que, aunque no eran totalmente aceptas para la misma Comisión, tenían en su abono el antecedente de ser conocidas del cuerpo electoral o el hecho de resultar recomendables por su real sencillez y rápida aplicación dentro del escaso tiempo disponible para preparar a los nuevos ciudadanos en concordancia con lo que demandaba una medular reforma. Por eso, con ánimo de acertar, la Comisión había escogido de las leyes que el país tuviera en materia electoral hasta los recientes comicios cuanto de bueno y útil parecía aprovechable para coordinarlo con las

realidades del momento y para adecuar todo a las exigencias del porvenir próximo, tan próximo ya como próxima estaba la celebración de las primeras votaciones para los cargos correspondientes al gobierno de Cuba por los cubanos.

No podían los cubanos, a juicio de la Comisión, hacer del sufragio una insultante mentira, ni convertirlo en instrumento de una facción o bandería política, ni transformarlo en escabel de un funcionario despreocupado. Puesto que la soberanía residía en el pueblo y de éste dimanaban todos los poderes, expresión de su voluntad debía ser el sufragio. Difícil era establecer de súbito en un país de imperfecta capacidad sistemas electorales tan científicos y eficaces como los existentes en pueblos de larga vida política. Pero era posible armonizar la carencia de tiempo y la falta de preparación del cuerpo electoral con métodos fáciles y sencillos para llenar el fin esencial que en no escasa medida dependía de la actividad de la Asamblea, a saber: constituir los organismos de la Nación, garantizando el derecho de las minorías, sin causar trastornos ni provocar dificultades.

En el ambiente público daba vueltas la idea del voto plural. La Comisión estimó necesario referirse a semejante pretensión. A su entender, el sistema del voto plural, aun cuando se limitase a conceder a cada individuo tres votos —uno por el concepto de ciudadano, otro por la condición de cabeza o padre de familia y el último por ser contribuyente o figurar como capacidad—, entrañaría una violación manifiesta del principio que, en materia de sufragio y respecto de los cargos contemplados en el proyecto ofrecido a la Asamblea, se hallaba consagrado en la Constitución. Por supuesto, el proyecto no se apartaba del principio establecido en el código fundamental.

Los miembros de la Comisión admitían la necesidad de impedir a todo trance la intromisión del poder gubernativo hasta en los actos más insignificantes concernientes a las elecciones. En Cuba había sido escandalosa tal ingerencia, porque se hallaban demasiado arraigadas viciosas prácticas. No todos los encargados de hacer cumplir las leyes en la esfera de la administración pública habían demostrado poseer la capacidad indispensable para desempeñar con rectitud altos oficios. Ni faltaban quienes confundían el principio de la autoridad con el ejercicio del despotismo y empleaban sus energías en realizar una política perniciosa que, creando diferencias entre individuos de una misma comarca, convertían el sufragio en una horrible mentira y el procedimiento electoral en motivo de censura para la capacidad cubana. Sobre estos factores destructivos se levantaba el caciquismo, viejo mal de

esta tierra, del que no había querido o no se le había permitido curarse después de pregonarse con reiteración el respeto y el amor a la libertad y de ensangrentarse el país en una guerra devastadora para corregir vicios que seguían amenazando la estabilidad y el progreso insulares.

La Comisión confiaba en que la moral política sería respetada por los partidos. Por su propia seguridad, por la seguridad misma del Estado, para impedir agitaciones dentro del país, debía consagrarse con hechos prácticos la doctrina prevaleciente en el artículo 39 de la Constitución. A todos los partidos y a todos los ciudadanos alcanzaba la obligación de mantener el señorío de la Ley.

El debate suscitado por el proyecto de Ley Electoral dejó conocer criterios estrechamente relacionados con el presente y el futuro de la Nación. Sobresalieron las intervenciones de Eliseo Giberga, Alfredo Zayas, Manuel Sanguily y Juan Gualberto Gómez. Del choque de opiniones emitidas en el seno de la Asamblea salía la expresión de conceptos que reflejaban inquietudes y aspiraciones de la mayor importancia.

Giberga, según sus propias palabras, era el único representante del más conservador de los partidos de Cuba en la Convención. Y él atribuía ese hecho al retraimiento de los ciudadanos que sentían temor o pesimismo ante sucesos y circunstancias prevalecientes en el momento de transición que el país vivía. Sobre semejante supuesto, y en vista de que ningún otro delegado se había adelantado a impugnar el proyecto de Ley Electoral, consumió un turno en contra de su totalidad. Entendía que la mayor o menor eficacia de los poderes públicos que iban a organizarse, su buen o mal resultado, dependerían de que el régimen electoral fuese uno u otro. El sufragio universal, tal como se establecía en el proyecto, tendía a asegurar el predominio del número. A su juicio, esto era un error, con mayores veras en una democracia naciente, desbordada, agitada por una revolución de consumo social y política, y empeñada en la obra más difícil conocida por los hombres: la fundación de una nacionalidad. Le parecían desalentadoras las consecuencias de las tres elecciones —dos municipales y la de delegados a la Convención— celebradas en la Isla bajo la administración de los Estados Unidos, porque habían quedado excluidos de los cargos cuya provisión se llevara a las urnas aquellos a quienes él tenía por correligionarios suyos. En realidad, esta exclusión no era debida a presión ajena, sino a determinación propia, a la abstención de los individuos de ideas conservadoras inconformes con el sistema elec-



DOMINGO MÉNDEZ CAPOTE

DOMINGO MÉNDEZ CAPOTE. Figura prestigiosísima de la Guerra de 1895; "el Hombre Civil de la Revolución", como se le ha llamado a veces con justicia. Profesor de la Universidad de la Habana, abandonó su cátedra y el fomento de su bufete por el servicio espinoso y desinteresado de su patria. Gobernador Civil de Las Villas, Jefe Superior del Cuerpo Jurídico, Presidente de la Asamblea de La Yaya —y ponente afortunado del texto constitucional—, Vicepresidente del Consejo de Gobierno, Presidente de la Asamblea de Santa Cruz del Sur, el general Méndez Capote fué, bajo la Ocupación militar norteamericana, Secretario de Estado y Gobernación y Presidente de la Convención Constituyente que redactó la Carta Fundamental de 1901. Primer Presidente del Senado, Presidente del Partido Republicano Conservador, que se convirtió más tarde en Partido Moderado; Vicepresidente de la República cuando la viciada reelección de don Tomás, el notable jurisconsulto y sesudo escritor, después del grave colapso de la República, que se produce a poco, vuelve a la práctica de la abogacía y al cuidado de sus abandonados intereses. La lucha contra la dictadura machadista le trae de nuevo a la palestra política y se ve obligado a emigrar a los Estados Unidos, donde preside la Junta Revolucionaria de Nueva York, en 1931. Murió tres años más tarde, rodeado del respeto y de la consideración generales. Sus producciones, reunidas en tres volúmenes con el modesto título de *Trabajos*, constituyen un gallardo exponente de su claro talento y de su vastísima cultura.

El retrato que se publica ha sido tomado del *Elogio* del insigne patricio por el capitán Joaquín Llaverías, editado por la Academia de la Historia de Cuba.

toral aplicado a tales comicios. Para remediar lo que calificaba de mal grave, no estimaba que fuese prudente entregar la composición del Gobierno al número, por la vía del voto, en un pueblo en que era enorme, a su entender, la masa de los incapaces y de los irresponsables. Por otra parte, puesto que los elementos a que aludía eran propensos al retiro en épocas de perturbación y huían por ley natural de toda acción y toda exhibición, no se vencerían su timidez y su reserva exigiendo, como se exigía en el proyecto en discusión, para obtener la inscripción electoral, la comparecencia personal, tan ajena a las costumbres cubanas. Era así cómo el proyecto en debate se relacionaba con un problema político fundamental. Para dar a este problema solución favorable, Giberga juzgaba indispensables dos cosas: a) asegurar y satisfacer las aspiraciones y los intereses que respecto de la constitución y del futuro gobierno de Cuba tenía la potencia interventora; b) asegurar y satisfacer los intereses y aspiraciones de todos los elementos que componían la sociedad insular. El orador entendía que el proyecto de Ley Electoral no satisfacía, como no satisficiera la Constitución, ni una ni otra de las apuntadas condiciones.

Zayas defendió la totalidad del proyecto y refutó la impugnación de Giberga. Toda vez que éste insistía en combatir el sufragio universal en la forma establecida en el proyecto, Zayas se refirió concretamente a las objeciones señaladas por Giberga. La Ley Electoral no podría en modo alguno abandonar ni contradecir el precepto constitucional que consagraba el sufragio universal sin restricciones, reconociendo el derecho de votar a todos y cada uno de los ciudadanos que reuniesen determinadas condiciones de edad, capacidad y normalidad. Cuanto a la comparecencia personal para obtener la inscripción electoral, los males que pudieran verse en aquélla eran pocos al lado de los muy graves que el país había padecido sin ser personal la comparecencia. Por lo demás, los autores del proyecto no abrigaban el propósito, que les atribuía Giberga, de satisfacer aspiraciones radicales, ni, por consiguiente, pretendían disgustar, lastimar o herir a quienes abiertamente alimentaban ideas conservadoras.

Por votación nominal, la totalidad del proyecto fué rechazada. Ciertamente, este resultado sorprendió a los que se pronunciaron a su favor en términos generales. Como por todos los que así discurrían, habló Sanguily para advertir que, aunque lo presentado no le satisfacía enteramente, entendía que cualquier otro proyecto no sería mejor que el desechado. Expresó algo más serio el ilustre convencional: expresó que se podía apostar a que la Asamblea ignoraba por qué había

rechazado el proyecto. Y esto otro: si siempre fué difícil la redacción de una ley electoral, la que había de producirse para merecer la aprobación de la Convención, en los momentos que corrían, acaso sería la más difícil en el Mundo concebible, porque la Asamblea no era ella misma, desaparecidas sus fuerzas interiores bajo la presión de las exteriores que sin cesar actuaban sobre ella y sumidos sus componentes en la anarquía creada por influencias que nadie desconocía.

En las explicaciones de votos se traslució la creencia de que el proyecto había sido rechazado por efecto de la argumentación de Giberga, quien, como él subrayó, no inspiraba ni guiaba en el seno de la Convención a grupo alguno de delegados. Juan Gualberto Gómez dijo que el proyecto había sido combatido sólo por el discurso de Giberga y que éste sencillamente había impugnado el mantenimiento en toda su pureza del principio del sufragio universal en la Constitución establecido. Pero no podía admitirse que la mayoría formada por los contrarios al proyecto estuviesen siguiendo, sin más ni más, la voluntad de Giberga. Cuando en la Asamblea se pronunciaba un discurso como el de Giberga, y a la hora de votar aparecía triunfante la opinión del orador, todos tenían el derecho de creer que esa opinión era también la de la mayoría.

La eliminación del proyecto de Ley Electoral que la Convención empezó a conocer en 2 de julio de 1901 precipitó en la sesión del día 9, inmediatamente después de anunciado el resultado de la votación, la renuncia de todos los miembros de la comisión redactora de tal proyecto. La renuncia fué aceptada. En consecuencia, la Convención designó nueva comisión, integrada por Diego Tamayo, Martín Morúa Delgado, José de J. Monteagudo, Gonzalo de Quesada y José Fernández de Castro, para que preparase y presentara otro proyecto destinado a pautar las elecciones previas a la organización del gobierno de Cuba por los cubanos.

La nueva comisión trabajó activamente. En la sesión del 19 de julio de 1901 la Convención oyó la lectura del preámbulo de un proyecto de Ley Electoral Provisional para la constitución del gobierno de Cuba y acordó dar por leído el articulado en razón de que pospuso su discusión, a fin de que fuese estudiado detenidamente. Por el momento, a juicio de Juan Gualberto Gómez, compartido por los demás Delegados, era suficiente la lectura de las palabras preliminares.

La Comisión declaró que había atendido lo mismo al sentimiento democrático del pueblo cubano que a la reconstrucción de sus inte-

reses materiales. Por tanto, dejada consagrado el sufragio libre e igual para todos y fijadas las condiciones de capacidad y arraigo que en sí habían de reunir los regentes de la hacienda pública. A su entender, lo primero constituía la obra de la revolución libertadora, que a todos había llevado hasta allí, y lo segundo evidenciaba la aspiración al más sólido progreso. Ningún país rechazaba la idea de una buena organización social, y a eso tendían los requisitos de elegibilidad propuestos. En manos del pueblo se ponía toda la máquina electoral, porque era necesario que demostrase que poseía aptitud y habilidad políticas para regir sus destinos. En el encadenamiento de los organismos electorales encontraría el pueblo oportunidades preciosas para ejercitar su inteligencia y su discernimiento.

El informe de la Comisión comprendió sucintas explicaciones acerca del método de votación. Lo que resultaba una innovación en el sistema electoral en Cuba se hallaba implantado en la Gran Bretaña desde hacía treinta años para los comicios parlamentarios y municipales por William Edward Foster, el reputado estadista de la escuela liberal inglesa. Los cubanos que seguían este ejemplo se sentían satisfechos de optar por un procedimiento enderezado a obtener con el secreto del voto la seguridad del escrutinio. Claramente se veía la aspiración de los organizadores del gobierno propio e independiente a lograr modos y medios eficaces para la libre expresión de la voluntad popular.

Lo esencial del proyecto de Ley Electoral Provisional consistía en los preceptos encaminados a reservar a la Convención Constituyente la función reguladora y rectora de las operaciones comiciales. Los propugnadores de esa medida expresaron que su intención se dirigía a que la Asamblea constituyese los diversos organismos de la República y cumpliera el programa de sus deberes constituyentes, señalados en la parte final de la convocatoria para su formación. La Convención debía proveer por elección del pueblo los funcionarios en el nuevo código político establecidos y el traspaso del Gobierno a ellos. A los efectos de que la Asamblea pudiese satisfacer con cierta facilidad el cometido que el proyecto le atribuía, se pretendía utilizar los servicios de organismos preexistentes. Las Alcaldías Municipales —se afirmaba en el preámbulo del proyecto de Ley Electoral Provisional—, entre otros honrosos servicios, prestarían el de congregar a hombres de buena voluntad y sólido arraigo a fin de iniciar la tramitación de las diligencias electorales. Los Gobiernos Civiles auxiliarían a las Juntas Provinciales. Y el pueblo por sí propio haría lo demás bajo la constante dirección de la Constituyente hasta que ésta coronase su obra proclamando al primer magistrado del gobierno definitivo de Cuba.

Cuando la Convención empezó a discutir el segundo proyecto de Ley Electoral, con ambiente favorable, se emitieron opiniones graves, no ya acerca de lo que se estudiaba, sino en relación con el estado de cosas que regía las tareas de la propia Convención. El delegado José B. Alemán declaró que la Asamblea se movía sin libertad. Su iniciativa era poco menos que nula, porque se hacían pesar sobre ella fuerzas exteriores que atentaban a su independencia y a su prestigio y viciaban de anormalidad sus acuerdos. Semejante declinación no podía llegar al atropellamiento de las ideas, a la negación de los principios y a la revisión de preceptos constitucionales por medio de una ley electoral. El convencional ponderó la necesidad de observar una conducta que dejase a salvo el crédito de la Asamblea, acusada de entorpecer y demorar la adopción de medidas indispensables para la organización del gobierno propio. Morúa expuso su creencia de que ningún poder extraño influía en las determinaciones de la Convención, aunque por desgracia alguna vez hubiese ocurrido así. Las afirmaciones de Alemán y la rectificación de Morúa caldearon los ánimos. El de Sanguily se sobreexcitó al enjuiciar el proyecto, que calificó duramente.

Punto de discrepancia entre los convencionales fué el concerniente a la dirección de los actos electorales. En defensa del criterio traducido en el proyecto manifestó Morúa que, si el poder interventor hubiese querido presidir el traspaso del gobierno de la Isla a los funcionarios elegidos por el pueblo, lo habría dicho y se hubiera abstenido de expresar que tal función correspondía a la Convención, a la que, por otra parte, no había negado facultades gubernativas, limitándose a advertir que ella no tenía autoridad para tomar parte en la administración pública existente en el momento de su constitución. Pero el apuntado disenso no entorpeció el avance del proyecto, cuya totalidad fué aprobada por diecisiete votos a favor y seis en contra. Manduley expresó la razón de este resultado al explicar su actitud propicia al proyecto: sobre las cuestiones doctrinales se hallaban la organización nacional, y, para llegar a la misma en término breve, era forzoso aceptar la totalidad del proyecto, a fin de entrar a discutir el articulado, susceptible de modificaciones, y acelerar el advenimiento del gobierno propio.

A lo largo del mes de agosto de 1901 la Convención discutió detenidamente, artículo por artículo, el proyecto de Ley Electoral Provisional. Las más ardorosas intervenciones fueron las de Manuel Sanguily. Las de Juan Gualberto Gómez mostraron de nuevo su honda y reposada capacidad para legislar. El alcance de las facultades de la Convención fué muy controvertido: mientras todos los Delegados opi-

naban que eran absolutas en cuanto a la formación de la Ley Electoral, objeto de las reuniones que ella celebraba, algunos, con Sanguily a la cabeza, insistían en el criterio de que carecía de potestad ejecutiva. El examen de las condiciones que debían concurrir en la elección del Presidente de la República ofreció a Manuel Sanguily y a Rafael M. Portuondo la oportunidad de emitir conceptos enjundiosos. Sanguily expuso que en la Convención había triunfado el deseo de que el Jefe del Estado no fuese escogido por efecto del entusiasmo del pueblo deslumbrado, sino como resultado del patriotismo reflexivo aplicado al estudio de las conveniencias y necesidades públicas en el momento de la elección. Portuondo afirmó que el primer máximo representante de Cuba no podría ser como cualquier Presidente: iba a ser el ciudadano en cuyas manos estaría sustancialmente la suerte de Cuba.

La tarea de los convencionales en torno a la legislación electoral no estuvo exenta de dificultades. Las enseñanzas coloniales habían dejado en Cuba hábitos y propensiones contrarios a la pureza de votaciones y escrutinios. Los legisladores insulares no apartaron sus miradas de tan nocivos antecedentes. Al cabo, en 31 de agosto de 1901 terminaron la discusión y aprobación de lo que juzgaron adecuado a las conveniencias nacionales. En poco más de cien artículos vaciaron sus previsiones y normas. Aquello era un ensayo de los primeros pasos de la democracia en un país que iba a entrar en la soberanía internacional después de un tercio de siglo de intermitente práctica republicana en medio de luchas férreas. Lo que hasta hacía muy poco tiempo no pasara de esfuerzos dentro de los territorios dominados por los libertadores, con participación de los hombres de armas en funciones de gobierno, ya se extendía a toda la Isla, llamada a expresar en las urnas su voluntad acerca de la provisión de magistraturas nacionales y provinciales. Se iba a evacuar un trámite de la mayor importancia en el camino conducente al gobierno propio.

El proyecto de Ley Electoral aprobado por la Convención declaró obligatorios los registros de electores y la inscripción de los que pretendiesen concurrir a las urnas, creó juntas, dispuso el establecimiento de tantos distritos y tantas secciones como provincias y municipios, respectivamente, existían en Cuba, fijó reglas para la designación de candidatos y para la impresión de boletas, determinó las maneras de proceder en las votaciones y en los escrutinios, definió delitos e infracciones y previó algunos de los casos a que podía dar lugar el período de transición política en que se hallaba el país. En realidad, no quedaba cerrado el paso al fraude electoral. Pero errores y omisiones no podían ser imputables a falta de probidad o de deseo de acertar por parte de

los legisladores. La brevedad de la Ley Electoral y sus limitaciones respecto de posibles alteraciones del derecho de sufragio corrían parejas con las observables en países de antiguo organizados con la mira de vivir bajo el gobierno representativo.

El 14 de septiembre de 1901 el Presidente de la Convención envió al Gobernador Militar una copia del proyecto de Ley Electoral redactado por ella. Leonard Wood lo sometió a minucioso examen. Lo consideró aceptable en sus puntos principales. Pero entendió que en algunas de sus partes debía ser modificado. Esto podía hacerse por la Convención sin alterar esencialmente el proyecto. Y dejó conocer los fundamentos de sus reparos en comunicación de 28 de septiembre.

A juicio del poder interventor, las condiciones de la Isla a la sazón presentes aconsejaban reducir el número de las elecciones inmediatas a dos: una general o directa de Compromisarios Presidenciales y Senatoriales, Representantes a la Cámara y Gobernadores y Consejeros Provinciales y una especial o de segundo grado de Presidente, Vicepresidente y Senadores de la República. Este arreglo permitiría disponer de amplio tiempo antes y después de cada elección para asegurar su corrección y eficacia y evitaría graves perjuicios en los negocios mercantiles y en los intereses agrícolas. El Gobierno Militar tendría necesariamente a su cargo la dirección de las elecciones y la entrega del Poder al gobierno designado por el pueblo cubano. El Gobernador abrigaba el propósito de nombrar una Junta Central de Escrutinio, compuesta de cinco miembros de la Convención para desempeñar las funciones que en la propuesta ley se atribuían a la propia Asamblea, exceptuando las relativas a la cesación de la administración de la Isla por los Estados Unidos y a la asunción de aquélla por los nuevos funcionarios. Wood deseaba que la Convención le propusiese los individuos que él nombraría miembros de la Junta Central de Escrutinio. Todo esto iba enderezado a lograr la mayor rapidez en el proceso electoral, a eliminar el peligro de cualesquiera perturbaciones en el estado económico del país y a facilitar el establecimiento del gobierno cubano sobre bases sólidas.

En sesión extraordinaria celebrada en 30 de septiembre de 1901 la Asamblea conoció la comunicación de Wood. Inmediatamente después de ser leída propuso Alfredo Zayas: a) reconsiderar el proyecto de Ley Electoral, modificándolo en los particulares señalados por el Gobernador Militar; b) aceptar la invitación que se hacía a los Delegados para proponer, y proponer, a los cinco individuos de su seno que habrían de ser nombrados para integrar la Junta Central de Escrutinio;

c) tener por terminado el cometido de la Convención y dejarlo saber así al Gobernador Militar, a los efectos oportunos. La Convención, conforme con lo propuesto por Zayas, resolvió: a) sustituir en el texto del proyecto de Ley Electoral las palabras "Convención Constituyente" con las palabras "Junta Central de Escrutinio"; b) adecuar los términos electorales a las indicaciones provenientes del Gobernador Militar; c) designar a Domingo Méndez Capote, Diego Tamayo, Alfredo Zayas, Enrique Villuendas y Martín Morúa Delgado para componer la Junta Central de Escrutinio; d) expresar al Gobernador Militar que la Convención estimaba concluidas las labores a ella encomendadas.

Largas reflexiones y serios discursos por parte de los Delegados había motivado la idea de que la Convención Constituyente dirigiese las elecciones y la transmisión de poderes. Lo pedido por el Gobernador Militar y aceptado por la Asamblea confirmó las presunciones de Manuel Sanguily y Pedro González Llorente: las funciones en el proyecto asignadas a la Convención quedaron en la Ley Electoral atribuidas a la Junta Central de Escrutinio. La Asamblea tuvo por buenas las razones que el Gobierno Militar expusiera al explicar su posición ante la conveniencia de no dilatar los pasos conducentes a la organización e instauración del gobierno de Cuba independiente.

En los momentos en que la Convención daba cima a sus trabajos ya el país se agitaba en torno a probables candidatos a la Presidencia de la República. Esto y el deseo del Gobernador Militar de acreditar la buena fe de sus expresiones a la Asamblea en cuanto a la celebración de las elecciones y a la entrega del Poder a los cubanos, dando paso a la soberanía internacional de la Isla, precipitaron los acontecimientos oficiales. A principios de octubre de 1901 Wood creó la Junta Central de Escrutinio con las mismas personas que le propusiera la Convención, y designó a Méndez Capote presidente, a Villuendas secretario y a Tamayo, Zayas y Morúa vocales. La orden número 218, de 14 del mes y año expresados, dispuso que se efectuasen en toda la Isla dos elecciones: una en 31 de diciembre de 1901 y otra en 24 de febrero de 1902. La primera, para designar Compromisarios Presidenciales y Senatoriales, miembros de la Cámara de Representantes y Gobernadores y Consejeros Provinciales. La segunda, para designar Presidente, Vicepresidente y Senadores. Los dos días escogidos quedaron declarados festivos.

CAPÍTULO II

ELECCIONES

Las elecciones municipales y las de delegados a la Convención Constituyente habían favorecido la organización de partidos políticos en Cuba después de la extinción de la soberanía de España en la Isla. En 1901, cuando no existía duda alguna de que se avanzaba rápidamente hacia la organización del gobierno independiente, se manifestaban nacionalmente tres núcleos considerables de ciudadanos: el Partido Nacional, el Republicano y el Unión Democrática. Aunque los electores solían exhibirse agrupados por provincias o regiones, en realidad los que aisladamente trabajaban bajo la misma o parecida denominación se hallaban animados del propósito de obrar en armonía entre sí para fines comunes, como era la elección del Presidente de la República.

En un discurso pronunciado en la Convención aseguró Alfredo Zayas que de los tres partidos políticos constituídos uno contaba con tal mayoría que podía vencer a los otros dos reunidos. Este hecho daba la medida de los progresos conseguidos en poco tiempo respecto de la agrupación de ciudadanos por razón de procedimientos, ideas y aspiraciones. La discusión de la Constitución y la dificultad creada por la imposición de la enmienda Platt, hecha apéndice de la ley de leyes de la República, habían ayudado a precipitar definiciones políticas dentro del orden de cosas que servía de ámbito a los actos previos al advenimiento de la Isla a la soberanía internacional.

El Partido Nacional era aquel de mayor pujanza aludido por Zayas. Pero los hombres del Partido Nacional no pretendieron que el mismo asumiese exclusivamente la tarea de escoger un candidato presidencial que inspirase general confianza y respondiera al pensamiento expresado por Rafael M. Portuondo, guerrero y estadista, al advertir que el primer máximo magistrado del gobierno propio debía ser distinto de cualquier otro varón de alto oficio, puesto que su capacidad y habilidad regirían la salvación o la ruina de Cuba. En la espinosa labor de

buscar lo mejor, lo más adecuado al estreno de la independencia, los directores de muchedumbres de ciudadanos procedieron con elevado concepto de sus deberes cívicos.

En los instantes en que empezó en Cuba a reflexionarse acerca de la elección presidencial era Máximo Gómez el hombre que contaba con mayores posibilidades de llegar al elevado cargo. Había sido General en Jefe del Ejército Libertador. Por su significación como conductor de tropas, dotado de carácter, genio y virtudes excepcionales, era apellidado Generalísimo. Gozaba de inmensa popularidad. Como en la guerra había sido el primero, el primero iba siendo en la paz. A raíz de una férrea contienda, en la que proponderaran la crueldad y el exterminio, su voz y su conducta se ejercitaron para recomendar y practicar una política de perdón de agravios, de soterramiento de rencores y odios y de concordia creadora. No había rehuído la obligación de participar en la organización de los partidos, y acaso el suyo resultaba poderoso por gracia y obra de su nombre y actividad. La Convención Constituyente había querido franquearle la exaltación a la más alta magistratura del Estado mediante la eliminación del obstáculo proveniente del hecho de no haber nacido él en territorio cubano. Pero Gómez, siempre supremo entre iguales, se negó a aceptar las reiteradas exhortaciones, individuales y colectivas, para que fuese candidato a la Presidencia.

La negativa del Generalísimo a ser candidato presidencial fué pre-sagio de que aquel que alcanzase su apoyo iría a la lucha electoral con las mayores probabilidades de victoria. Y él procedió en este trámite con seriedad y cautela extraordinarias. Cuidó de no aparecer por su sola voluntad como factor determinante de la designación del Jefe del Estado. Usó su enorme autoridad moral, agrandada por la renuencia a aspirar a la encumbradísima posición, para aunar criterios y empeños, clavada su intención en la necesidad de que el país entrase en las responsabilidades de la vida independiente por lo menos con la esperanza cierta de que la República —ya con un tercio de siglo de intermitente existencia en los campos libres de Cuba— se conduciría en el concierto de las naciones soberanas como respondiendo a las acendradas aspiraciones de sus fundadores, muchos de ellos en el seno de lo eterno y los demás aferrados a la idea de hacer feliz a la Patria.

Estaba aun pendiente de aprobación la Ley Electoral cuando empezaron a delimitarse los campos políticos respecto de los candidatos a la Presidencia, que era uno de los esenciales entre los acontecimientos pú-

blicos anejos al logro de la independencia nacional. Los nombres de Bartolomé Masó y Tomás Estrada Palma se mencionaron con insistencia. Tan luego como uno y otro entraron en la órbita de las preferencias populares quedaron fuera del cálculo de las posibilidades cualesquiera otros compatriotas. Esto era particularmente significativo en una hora histórica en que abundaban ciudadanos calificadísimos para tomar el gobernalle de la Nación. Los dos que compartían la pública atención se hallaban asistidos de merecimientos inusitados.

Masó fué uno de los tenientes de Carlos Manuel de Céspedes el 10 de octubre de 1868. A lo largo de la guerra de los Diez Años y del período de insegura paz que siguió a esta epopeya su conducta resultó lección constante de desasimientos y denuedos. En la otra fecha suma de las luchas por la independencia, el 24 de febrero de 1895, de nuevo levantó el pabellón patrio. Su heroica resistencia ante dramáticas apelaciones para que depusiese su actitud rebelde salvó de la ruina el movimiento bélico pautado por Martí. A su condición de mayor general del Ejército Libertador se añadió en la última de las contiendas emancipadoras la dignidad de Presidente de la República. A juicio de muchos de sus compatriotas, representaba el espíritu de inconformidad colectiva creado por la forma que el poder interventor empleó para compeler a la Convención Constituyente a acordar el apéndice de la carta fundamental de la Nación.

Estrada Palma llegó a la proceridad en la guerra de los Diez Años. Figuró con creciente prestigio en el Poder Legislativo y en el Ejecutivo de la República nacida en Guáimaro. Presidente de ella era cuando cayó en manos de tropas españolas. Pasó el resto de la heroica lucha en prisiones enemigas situadas en Cuba y en España. Al cesar su cautiverio juró no regresar a la Patria mientras la misma estuviese uncida al régimen colonial. Residió en los Estados Unidos de América, dedicado a la enseñanza, en los momentos en que Martí obtuvo su ayuda para reorganizar el separatismo y preparar la reanudación del esfuerzo bélico contra la dominación hispánica en la Isla. Sustituyó a Martí, al morir éste, en la Delegación del Partido Revolucionario Cubano. Tan singular función fué adicionada con la de plenipotenciario de la República, encargado de ordenar y dirigir el servicio exterior. Su consagración a la causa emancipadora durante los tres años largos de la nueva brega feral, su probidad y la magnitud de sus prestaciones cívicas elevaron su crédito y respetabilidad ante sus paisanos y ante cuantos extraños observaban las vicisitudes de la Antilla ensangrentada.

La prestancia de Masó y la de Estrada Palma por razón de méritos y virtudes estaban equilibradas. Ambos patriotas eran, sencillamente,

ejemplares. Sólo podían apreciarse diferencias en la educación mental y en la preparación para regir a un pueblo, las que eran superiores en Estrada Palma por efecto de los medios intelectuales y políticos en que se moviera durante muchos años. En el blanco daban aquellos partidarios suyos que ponderaban la necesidad de que la persona que el voto popular elevase a la primera magistratura nacional, además de patriotismo indiscutible y probidad acreditada, debía poseer la práctica de los asuntos de gobierno y el trato público de propios y extraños, lo que entrañaba el tacto, la prudencia, la energía mesurada y la constancia de los propósitos privativos del hombre de Estado.

Apenas se vislumbró la probabilidad de que los contendores en la aspiración presidencial serían Masó y Estrada Palma empezaron las pasiones a desatarse. Puesto que en Estrada Palma se apreciaban condiciones de mente y carácter que Masó no poseía en igual grado, se echó a andar la especie de que quienes preferían al primero obedecían más a factores extraños que a sus propias inclinaciones: se quería sostener que el antiguo educador, por su dilatada residencia en los Estados Unidos y por el contacto tenido con políticos y gobernantes de allá, contaba con el favor del poder interventor. Y se pretendía ya hacer ver que surgía con el marchamo de candidato que, a falta de favor popular, era impuesto por los funcionarios extranjeros que conducían los negocios públicos de Cuba.

Las primeras exhibiciones de partidarios de uno y otro candidatos presidenciales habrían bastado para eliminar aviesas conjeturas. Pero éstas no cedían, ciertamente con daño para el espíritu público y para la salud nacional. En aquel momento histórico la opinión de claros varones, por añadidura colocados en situación preeminente en la guerra emancipadora recién terminada, reflejaba fielmente el sentir de las muchedumbres. Y entre los hombres que iban manifestándose en favor de Estrada Palma se hallaban casi todos los principales jefes del Ejército Libertador y muchas de las cabezas pensantes de la revolución cubana. A mayor abundamiento, había un hecho de excepcional significación: a que Estrada Palma fuese el Presidente se inclinaban Máximo Gómez, el General en Jefe de las huestes emancipadoras, y Domingo Méndez Capote, el ciudadano que más cerca de Masó había estado en el año durante el cual éste ocupara la suprema posición de gobierno en la última contienda armada. Semejante hecho valía, más que como hecho mismo, como síntoma: parecía indicar que Gómez y Méndez, conocedores de las condiciones de Masó para regir intereses colectivos, sin olvidar su patriotismo indiscutible y su probidad acreditada, no consi-

deraban aquéllas tan idóneas como las de Estrada Palma para dirigir la existencia nacional en las difíciles circunstancias inherentes al estreno de la independencia.

En la segunda quincena de agosto de 1901 se reunieron en La Habana algunos prohombres animados del propósito de explorar la posibilidad de que Estrada Palma fuese candidato a la Presidencia. Por iniciativa de Manuel Sanguily, se acordó solicitar de Estrada Palma sus opiniones acerca de problemas fundamentales del país. Juan Ríos Rivera fué autorizado para dirigirle una carta explicativa de aquel deseo. Un mes después se hallaba en La Habana la respuesta. En la morada de Emilio Núñez, gobernador de la provincia de La Habana, se congregaron cubanos de nota, encabezados por Máximo Gómez, para escuchar la lectura de la epístola de Estrada Palma, enderezada a Ríos Rivera.

En su documento Estrada Palma, después de algunas consideraciones relativas a la excelente disposición que él advertía en sus consultantes —noble espíritu de concordia, comprensión del valor de la solidaridad nacional y decisión de conducir al pueblo de Cuba por una vía exenta de resentimientos y prevenciones—, expuso sus puntos de vista sobre: a) el tratado comercial que el gobierno de la República debía concertar con el de los Estados Unidos; b) la administración de la hacienda pública; c) el pago de la deuda contraída con el Ejército Libertador; d) las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos pautadas en el apéndice de la Constitución. Se mostró convencido de la urgencia de negociar con los Estados Unidos un convenio de reciprocidad mercantil favorable a las exportaciones insulares, especialmente de azúcar y tabaco, pero cuidando mucho de que las franquicias que se concedieran a la Unión no mermasen en demasía los ingresos aduaneros, de los que dependería principalmente el Estado para cubrir sus gastos. Adelantó que la República debía organizar su hacienda combinando los servicios públicos y su dotación con la capacidad rentística de la Isla, apreciada con sentido moderado, descansando en datos ciertos, nunca bajo la influencia de esperanzas lisonjeras. Admitió que era indiscutible la obligación de satisfacer sus haberes a los miembros del Ejército Libertador, pero sujetando su cumplimiento a un examen escrupuloso de las listas existentes, a una reducción razonable de los sueldos fijados por el gobierno revolucionario y a una liquidación gradual en conformidad con las posibilidades de las entradas normales del Erario. Dijo que las relaciones políticas entre Cuba y los Estados Unidos habían de ajustarse, dentro del inexorable imperio del apéndice

constitucional, procurando dejar a salvo el sentimiento nacional del pueblo de la Isla, haciendo compatibles los compromisos contraídos con la dignidad y soberanía patrias, fijando con claridad el alcance del derecho de intervención por parte de la Unión para colocar a los cubanos en condiciones de hacer innecesaria la extraña injerencia, poniendo empeño en que con la cesión o el arrendamiento de tierras para estaciones navales extranjeras no se causase mayor agravio al país antillano y esforzándose en lograr de los Estados Unidos el reconocimiento de que Isla de Pinos era históricamente y debía seguir siendo parte integrante de Cuba.

Los reunidos en la morada del general Emilio Núñez, con excepción de Juan Gualberto Gómez y Ezequiel García, creyeron conveniente no aplazar sus determinaciones. Tuvieron por claras y acertadas las opiniones expuestas por Estrada Palma. Acordaron difundir el conocimiento de tales expresiones. Y encargaron a Domingo Méndez Capote y Alfredo Zayas la redacción de un manifiesto dirigido al país. En 28 de septiembre de 1901 este documento quedó aprobado y firmado.

Quienes pusieron sus prestigios al servicio de la candidatura presidencial de Estrada Palma se refirieron a las condiciones que en sí debía reunir el ciudadano llamado a ocupar la primera magistratura del gobierno nacional. Su designación constituía uno de los actos más graves del cuerpo electoral. Estrada Palma poseía los especiales requisitos por ellos apuntados en relación con el Jefe del Estado con que había de entrarse en la independencia. Era de enorme importancia que el hombre exaltado a la Presidencia se hallase asistido de la grande autoridad moral proveniente de la mayor suma de voluntades, se sintiese amado y respetado por el pueblo y se considerase suficientemente apoyado en el ejercicio de su espinoso ministerio para obrar como legítimo e imparcial mandatario nacional, mantenerse seguro en la independencia de sus funciones y contar con el concurso de los cuerpos legislativos, exponentes de la opinión general. En las circunstancias entonces presentes la candidatura de Estrada Palma tenía en su favor no comunes probabilidades para salir triunfante y afirmar en el país la esperanza de un gobierno de moralidad, orden y paz. Complemento de estas premisas y conclusiones fué la carta de Estrada Palma a Rius Rivera, publicada conjuntamente con el manifiesto. La primera de las respetables firmas que lo autorizaron fué la de Máximo Gómez.

Los partidarios de la candidatura de Masó no se hallaban inactivos. Las diligencias llevadas a término por los simpatizantes de Estrada Palma acuciaron el interés de aquéllos. Pocos días después de la apa-

rición del manifiesto suscrito por Máximo Gómez y otros hombres de viso llegó Masó a La Habana, donde fué recibido con entusiasmo por sus numerosos adictos.

En una carta al general José Lacret Morlot había tenido Masó expresiones enérgicas para la política de los Estados Unidos en Cuba: había dicho que esa potencia usaba en la Isla el derecho de la fuerza, de donde salieran las cláusulas de la enmienda Platt trasladadas al apéndice de la constitución aprobada en La Habana. No obstante la veracidad de la afirmación de Masó, su juicio redundaba en perjuicio de su candidatura. Quizá por entenderlo así, el venerable patriota se ocupó en dar sensación de templanza en un manifiesto que dirigió al país. Por supuesto, ya que muchos de sus seguidores querían exhibirlo como agente de la ojeriza contra el poder interventor, la moderación de sus palabras en la hora de comunicarse con el cuerpo electoral desilusionó a los intransigentes en tanto que de poco, si de algo, le valió entre los demás ciudadanos, en su mayor parte decididos a favorecer la exaltación de Estrada Palma.

En los momentos en que la candidatura de Masó adquirió carta de naturaleza ya estaba designada la Junta Central de Escrutinio. Pero este hecho se produjo con posterioridad a la publicación del manifiesto en favor de Estrada Palma. Y era cierto, con certeza probada, que laboraban por el triunfo de Estrada Palma los cinco miembros de la Junta. Los directores de la causa de Masó solicitaron del Gobernador Militar la rectificación de la composición de la Junta, siquiera fuese introduciendo en ella a uno de los de su bandería, y, por añadidura, el aplazamiento de las elecciones. Ambos pedimentos, el segundo más que el primero, evidenciaban la debilidad de las esperanzas de victoria abrigadas por los correligionarios de Masó. El Gobernador, de ser propicio, que no lo era, a la modificación de la Junta Central de Escrutinio, debía contar con la Convención Constituyente, puesto que la misma, a instancias suyas, le había propuesto a cinco de sus miembros, los que él designó, para integrar el alto organismo. Cualesquiera que fuesen las razones reales apreciadas por Wood para rechazar la pretensión de los amigos de Masó, la verdad fué que se mostró intransigente. Apelaron los desairados ante el gobierno de Wáshington, y éste, resuelto a no quebrantar la autoridad del Gobernador, matuvo la decisión recurrida.

El fracaso de sus gestiones cerca del poder interventor aceleró la adopción de una medida radical por parte de los seguidores de Masó. Con el fundamento de que carecían de garantías en el ejercicio de sus derechos electorales, acordaron abstenerse de concurrir con sus candi-

daturas a las urnas. La extrema resolución no llevaba aparejada la de acudir a procedimientos violentos en busca de satisfacción para los intereses políticos de los inconformes, como pudo presumirse, dada la gravedad de su actitud. Pero resultó lamentable que así, en instantes en que era de necesidad y conveniencia sumas probar la capacidad cubana para el gobierno propio, se malograra la oportunidad de ensayar en grande la democracia en el incruento choque de los partidos.

La retirada de Masó y los suyos de la arena electoral dejó libre de obstáculos a los mantenedores de la candidatura de Estrada Palma, la que, por lo demás, lícitamente ganaba terreno día a día. Unicamente los adversarios de Estrada Palma en Camagüey no acataban el acuerdo de retraimiento del partido de Masó. Y esto fué causa de que allí, con motivo de una excursión de carácter político encabezada por Máximo Gómez, se faltase al respeto debido al Generalísimo, al gran ciudadano que había rehusado aceptar la Presidencia, sin otra razón que la de que se afanaba en contribuir a la exaltación de Estrada Palma a la jefatura del Estado.

Agitación política hubo en todas partes, a despecho de existir un solo candidato presidencial. Los aspirantes a otras posiciones, así nacionales como provinciales, necesitaban cuidar sus intereses. Las magistraturas no alcanzaban el número a que llegaban los pretendientes. En realidad, predominó el buen juicio, y en general las boletas electorales reflejaron el anhelo de poner el gobernalle de la República en manos hábiles y pulcras, casi todas curtidas en los empeños consagrados a lograr el gobierno propio.

Los comicios se celebraron en 31 de diciembre de 1901, la fecha fijada por el Gobierno Militar. Hubo absoluto orden. No faltó entusiasmo, porque, por encima del callado descontento de los que hubiesen preferido encumbrar a Masó, se manifestó una fuerte voluntad dirigida a demostrar que se ansiaba el advenimiento de la independencia nacional, ya vinculada en la victoria de los defensores de la candidatura de Estrada Palma. Todos los compromisarios de éste triunfaron. Sin embargo de quedar pendientes las elecciones de segundo grado, ni propios ni extraños dudaron de que el llamado a presidir la República era Tomás Estrada Palma, a quien acompañaba en la honrosa exaltación, como Vicepresidente, el profesor y patriota Luis Estévez y Romero, respetado y querido no menos por estar casado con la insigne matrona Marta Abreu que por sus virtudes y merecimientos, que eran muchos y grandes.

Los compromisarios presidenciales y senatoriales, y éstos conjuntamente con los consejeros provinciales, se reunieron, en las capitales de las respectivas provincias, el 24 de febrero de 1902. Las elecciones de segundo grado se desarrollaron con toda normalidad. Los elegidos llamados a elegir, y a elegir a los hombres que iban a asumir la responsabilidad de dirigir el ingreso de la República en el concierto de las naciones soberanas, experimentaban la dulcedumbre aneja a una misión histórica de máxima trascendencia.

Puesto que Estrada Palma no había regresado aún a Cuba, se consideró llegada la hora de invitarlo a que viniese, de manera que le fuera dado recorrer gran parte del país antes del día de su toma de posesión. Sus amigos personales y políticos determinaron que él debía hacer el viaje en el mes de abril de 1902. Se acordó que el Presidente entrase en el territorio de la Isla por el puerto de Gibara, que él había dejado de ver un cuarto de siglo atrás, siendo prisionero de guerra de los españoles que mandaban en esta Antilla. Al alejarse de los Estados Unidos, donde había vivido durante dos décadas, dedicado a la enseñanza y a la obra de precipitar la liberación de la Patria, no pudo silenciar la gratitud que debía a aquel país, nunca, sin embargo, tan grande como el amor a su tierra, a la tierra que, a mayor abundamiento, le otorgaba de nuevo honores inmarcesibles.

En una orden militar, datada en La Habana el 14 de abril de 1902, Leonardo Wood señaló los trámites complementarios de las elecciones para organizar del Poder Legislativo, constituir del Poder Ejecutivo y dar paso a las transmisión del gobierno de Cuba por los Estados Unidos de América a los funcionarios escogidos por el pueblo de la Isla. La expresada disposición comprendió las siguientes medidas:

1. La Convención Constituyente se declaró disuelta.
2. El Congreso de Cuba, elegido en 31 de diciembre de 1901 y 24 de febrero de 1902, conforme a la Ley Electoral Provisional, fué convocado para constituirse en la ciudad de La Habana el día 5 de mayo de 1902, a objeto de que procediera al examen de las actas de sus miembros y al cómputo y comprobación de los votos para Presidente y Vicepresidente de la República, en la forma determinada en el artículo 58 de la Constitución.
3. El Senado y la Cámara de Representantes celebrarían sus sesiones, respectivamente, en los edificios conocidos por Palacio del Segundo Cabo y Comandancia de Marina.

4. La Junta Central de Escrutinio se tendría por disuelta desde el día 6 de mayo de 1902.

5. Los gastos de locomoción de los Senadores y Representantes electos hasta La Habana serían sufragados por el Tesoro.

6. El 20 de mayo de 1902 sería día festivo especial.

La lectura de la orden militar mandada publicar por el Gobernador en 14 de abril de 1902 aumentaba la emoción de los patriotas que esperaban con ansiedad la hora de contemplar a Cuba regida por sí misma. Los trámites electorales entraban en la etapa final, con precisa determinación de días y lugares para actos solemnísimos. La extinción de la Convención Constituyente y de la Junta Central de Escrutinio significaba que todo avanzaba sin dificultad alguna hacia la organización definitiva del Estado. Aquello de que el Tesoro sufragaría los gastos de locomoción de Senadores y Representantes hasta La Habana dejaba en claro la modestia económica de los más de los patriotas llamados a dirigir los supremos destinos de la Nación. La declaración de festividad del 20 de mayo de 1902 anunciaba la aparición de otra magna fecha en el calendario cívico de la tierra de Carlos Manuel de Céspedes y José Martí. Todo, en fin, demostraba que, aun con lo que de negativo e injusto llevaba consigo el apéndice constitucional proveniente del derecho de la fuerza, ya alcanzaban categoría de verdad histórica, y tan real como histórica, la letra y el espíritu de la famosa declaración, universalmente conocida, según la cual el pueblo de Cuba era y tenía el derecho de ser libre e independiente.

CAPÍTULO III

TRANSMISION DE PODERES

DE acuerdo con la convocatoria librada por el Gobernador Militar, se hallaban en La Habana el 5 de mayo de 1902 los Senadores y Representantes elegidos para integrar el Congreso de la República. La máxima autoridad interventora quiso recibirlos antes de que ellos se reuniesen formalmente para iniciar las tareas concernientes a la constitución de ambos cuerpos. Se señaló la hora de las once de la mañana para que los congresistas acudieran a Palacio. Con puntualidad respondieron a la cita casi todos los miembros de la Cámara y del Senado. Fueron situados en el Salón Rojo. Leonard Wood no se hizo esperar. Penetró en la amplia pieza, vistiendo uniforme de gala, en compañía de su estado mayor y de los altos funcionarios de su gobierno.

El Gobernador dirigió la palabra a Senadores y Representantes, hablandoles en inglés. Les dijo que, empleando las facultades que le confería su cargo, los había citado para recordarles el deber constitucional en que estaban de realizar el escrutinio oficial de los votos dados en sufragio de segundo grado al Presidente y al Vicepresidente de la República. Solicitó que estas operaciones fuesen practicadas a la mayor brevedad, pues el gobierno de los Estados Unidos quería, antes de que la Isla entrase en el régimen propio, comunicar a las demás naciones quiénes eran los dos primeros magistrados designados por el pueblo de Cuba para dirigir la República. Anunció que en aquel mismo día enviaría al Senado y a la Cámara de Representantes una proclama que le había sido ordenada por el Presidente de los Estados Unidos. Significó que se hallaba dispuesto a corresponder a las peticiones que se le hicieran sobre el asunto mencionado. Manifestó que el pueblo y el gobierno de la Unión deseaban a los congresistas presentes el mejor éxito en las arduas tareas que se les habían encomendado para el manejo del país. Y expresó su personal anhelo de que lograsen los mayores beneficios para la patria cubana.

Por designación de sus compañeros, contestó en nombre de Senadores y Representantes uno de los más ilustres entre ellos, Domingo Méndez Capote, a Wood. Pidió al Gobernador Militar que hiciese llegar al presidente Theodore Roosevelt, a su gobierno y al pueblo de los Estados Unidos la expresión de la gratitud de Cuba por la satisfacción dada a sus aspiraciones emancipadoras. Agradeció los buenos deseos de la máxima autoridad interventora. Afirmó que los miembros del Congreso nutrían la pretensión de cumplir fielmente la misión que les estaba atribuida por la Constitución de la República.

En el momento de la despedida Wood dió la mano a sus visitantes. Con los que eran amigos suyos procuró cambiar frases de congratulación y aliento. A los circunstantes fué fácil advertir el júbilo del Gobernador cuando hablaba de la felicidad de la República, ya a punto de ingresar en la comunidad internacional. Sus demostraciones parecían trasunto de su esperanza de que la Nación, ya dueña de sus destinos, seguiría avanzando sin dificultades invencibles. Al cabo, la suerte de él se hallaba unida a la historia de Cuba por efecto de actividades desarrolladas en la guerra y en la paz a lo largo de cuatro años de enormes transformaciones.

La comunicación cuyo envío anunció Wood a Senadores y Representantes salió de Palacio el mismo 5 de mayo de 1902. Estaba dirigida a unos y otros. Les advertía que el Congreso formado por ellos no tendría potestad legislativa sino después de la formal transferencia del gobierno de la Isla, el gran suceso señalado para el mediodía del 20 del mes que corría. Reiteraba la recomendación de brevedad en los trámites relativos a la comprobación de la legalidad de la elección del Presidente y del Vicepresiednte de la República y de los propios congresistas, a fin de dar a conocer oficialmente sus nombres al Presidente de los Estados Unidos. A la terminación de esas diligencias el Congreso suspendería sus labores para reanudarlas el 20 de mayo de 1902.

Alrededor de la una de la tarde del 5 de mayo de 1902 en sus respectivos edificios se reunieron el Senado y la Cámara de Representantes, en conformidad con la orden militar que los había convocado para que procedieran a constituirse. En ambos cuerpos hubo número suficiente de legisladores para iniciar el trabajo preliminar que les incumbía.

En el Senado fueron designados para constituir la mesa de edad Salvador Cisneros y Betancourt, presidente, y Manuel Ramón Silva y

José Antonio Frías, secretarios. El Senado adoptó, con carácter provisional, el reglamento de la Convención Constituyente de 1900-1901. Una comisión, compuesta por Ricardo Dolz, Nicasio Estrada Mora, Francisco Carrillo, Alfredo Zayas y Tomás A. Recio, quedó encargada de dictaminar sobre las actas de los Senadores. Otra comisión, integrada por Salvador Cisneros, Adolfo Cabello, Martín Morúa Delgado y Antonio González Beltrán, recibió el encargo de disponer lo concerniente al arreglo del local escogido para la celebración de las sesiones. Dada la necesidad de no acometer nueva labor sin la previa organización definitiva del Cuerpo, se acordó constituirse en junta tres días después, a fin de que entonces rindiese su cometido la comisión nombrada para informar acerca de las actas.

En la Cámara de Representantes presidió Francisco Leyte Vidal, el de mayor edad entre los presentes, y actuaron de secretarios Américo Feria y Mario García Kohly, los dos representantes más jóvenes. La Cámara adoptó provisionalmente el reglamento de la Convención Constituyente de 1900-1901 para el orden de sus debates y el régimen interior. Para el examen de las actas de sus componentes, designó dos comisiones, compuestas una por Pelayo García Santiago, Carlos Fonts y Sterling, José Lorenzo Castellanos, Mariano Corona y Alfredo Betancourt y Manduley y otra por Joaquín García Pola, Juan José de la Maza y Artola y Carlos Manuel de Céspedes y de Quesada.

La sesión celebrada por el Senado el 8 de mayo de 1902 estuvo consagrada a iniciar su desenvolvimiento. Fueron leídos los dictámenes relativos a las actas de los Senadores. Hubo ligero debate respecto de las de Matanzas. Todas quedaron aprobadas. Los Senadores proclamados eran Adolfo Cabello, Nicasio Estrada Mora, Carlos I. Párraga, Alfredo Zayas, Luis Fortún, Pedro E. Betancourt, Domingo Méndez Capote, Manuel Sanguily, Antonio Sánchez de Bustamante, Manuel Lazo, Ricardo Dolz, Antonio González Beltrán, Francisco Carrillo, José de Jesús Monteagudo, Martín Morúa Delgado, José Antonio Frías, Salvador Cisneros y Betancourt, Manuel Ramón Silva, Augusto Betancourt Pichardo, Tomás A. Recio, Antonio Bravo Correoso, Eudaldo Tamayo, José Fernández Rondán y Federico Rey.

Había llegado el momento de designar la mesa definitiva del Senado. Se procedió a la votación. Recayeron la elección de presidente en Méndez Capote, la de primer vicepresidente en Dolz, la de segundo vicepresidente en Zayas y la de secretarios en Frías y Silva. Méndez Capote, por sí y a nombre de sus compañeros de mesa, expresó las gracias por la distinción con que se les honraba y significó la creencia de que todos dedicarían su atención y sus facultades a la obra inmensa

que les tocaba desarrollar en las múltiples fases de la vida nacional y la esperanza de que las deliberaciones del alto cuerpo sobresaliesen siempre por la majestuosa serenidad que su índole y su existencia demandaban.

Dos sesiones, las de 8 y 10 de mayo de 1902, invirtió la Cámara de Representantes en la discusión y aprobación de las actas de sus miembros. Los correspondientes a La Habana, Santiago de Cuba u Oriente, Santa Clara, Puerto Príncipe o Camagüey y Pinar del Río fueron proclamados sin debate. Los suscitó, largo y enardecido, el dictamen sobre las actas de Matanzas, mas fué aprobado el día 10. La controversia había tenido por raíz el deseo de revivir intereses políticos insatisfechos en los comicios. La Cámara quedó integrada por sesenta y dos representantes: Alfredo Betancourt y Manduley, José Antonio Blanco, Faustino Guerra y Puente, Guillermo González Arocha, Alberto Nodarse, José Rodríguez Acosta, Gonzalo de Quesada, Mario García Kohly, Antonio Gonzalo Pérez, Francisco Peraza, Carlos Fonts y Sterling, Juan José de la Maza y Artola, José A. Malberty, Gustavo Pérez Abreu, Ambrosio Borges, Bernabé Boza, José Lorenzo Castellanos, Francisco Chenard, Agustín García Osuna, Felipe González Sarraín, José Manuel Govín, Carlos de la Torre, Francisco Leyte Vidal, Teodoro Cardenal, Felipe Fontanills, Juan Antonio Garmendía, Alejandro Neyra, Joaquín García Pola, Fernando Méndez Capote, Juan Felipe Risquet, Manuel Sobrado, Pelayo García Santiago, Rafael Martínez Ortiz, Ricardo Fusté, Fernando Escobar y Jova, Enrique Villuendas, Antonio Torrado, Manuel Gutiérrez Quirós, Carlos Mendieta, José Manuel Núñez, Santiago García Cañizares, Pedro Cué y Pérez, Pedro Albarrán, Gonzalo García Vieta, Agustín Cruz González, Enrique Loynaz del Castillo, Juan Ramón Xiques, Pedro Mendoza Guerra, Francisco Duque Estrada, Rafael M. Portuondo, Florencio Villuendas, Faustino Sirvén, Américo Feria, Agustín Cebrero, Antonio Poveda, Mariano Corona, Juan León Bello, Pedro Martínez Rojas, Carlos Manuel de Céspedes y de Quesada, Luis A. Columbié, Antonio Masferrer y Alvaro Catá.

Mientras el Gobierno Militar y el Congreso se ocupaban en acelerar los procedimientos enderezados a dejar constituido el Poder Legislativo y proclamar al Presidente y al Vicepresidente de la República, ya próxima la fecha de la transmisión de poderes, la presencia de Estrada Palma en el territorio nacional producía transportes de alegría pública sin precedentes en la Isla.

Estrada Palma aportó en Gibara el 20 de abril de 1902. Allí emprendió el recorrido que por tierra y agua, en ferrocarril, a caballo o en vapor, le permitió visitar a Holguín, Bayamo, Yara, Manzanillo, Santiago de Cuba, Santa Cruz del Sur, Cienfuegos, Villaclara y Matanzas y detenerse en lugares del tránsito antes de llegar a La Habana. Fueron veinte días de constantes aclamaciones. En algunos de esos parajes hubo expresiones y actos que elevaron la emoción patriótica al grado máximo. En Holguín, por el alojamiento del Presidente en el caserón de *La Periquera*, donde el alto magistrado estuviera preso un cuarto de siglo atrás. En Bayamo, por el contacto físico y espiritual con objetos y motivos de estremecimientos. En Yara, por el encuentro, en conmovedor abrazo, de Masó y Estrada Palma. En Santiago de Cuba, por el recuerdo de grandes hazañas y sacrificios patrióticos. No hubo ciudad, villa o pueblo donde el contento cívico dejara de manifestarse en forma desbordante.

El arribo de Estrada Palma al puerto de La Habana, en barco procedente de Matanzas, en la mañana del 11 de mayo de 1902, constituyó un acontecimiento insólito en la capital de la Isla. Para dar sumidad al suceso, en homenaje de respeto al que llegaba y a quienes lo recibían con fervor intensísimo, el gobernador Wood dispuso que se izara en el castillo de El Morro, al divisarse el buque que conducía al Presidente, la bandera cubana, entonces vista por primera vez en lo alto de la histórica fortaleza. La ciudad fué teatro de sacudimientos patrióticos que señalaban cómo el pueblo de la Isla comprendía y exaltaba el valor de su próximo ingreso en el concierto de las naciones soberanas.

La recepción oficial de Estrada Palma se celebró en el Ayuntamiento. En la mesa del Cabildo tomaron asientos el Presidente, el Alcalde, el Gobernador y otros personajes. Alfredo Zayas, concejal, convencional y senador, saludó a Estrada Palma en nombre de todos. El orador invocó la memoria de Ignacio Agramonte, por ser aquel día aniversario de la caída del héroe, y dijo que hablaba por los nacidos en esta Antilla y por los que, habiendo empezado a ver la luz del Sol en otros suelos, sentían gratitud hacia la tierra hospitalaria donde habían logrado afectos y creado familias e intereses. Estas palabras dieron oportunidad a Estrada Palma para expresar que le parecía ver flotar el espíritu de Agramonte en aquel ambiente de santo patriotismo y que la unión que se venía predicando desde Gibara hasta La Habana auguraba que la República sería estable y próspera.

La presencia de Estrada Palma en La Habana excitaba el celo de los norteamericanos y cubanos sobre quienes pesaba la responsabilidad

de allanar el camino conducente a la transferencia del gobierno de la Isla por los unos a los otros. Faltaba por designar la mesa de la Cámara de Representantes, reunir en sesión conjunta el Congreso y proclamar al Presidente y al Vicepresidente de la República.

La lucha entre partidos que se había manifestado al discutir las actas de los Representantes por la provincia de Matanzas se mantuvo en pie. La nueva pugna giraba en torno de la mesa de la Cámara. Sus componentes se hallaban divididos en republicanos y nacionales. Los primeros contaban con mayoría, aunque exigua. Los segundos se esforzaban por conquistar las elevadas posiciones de la dirección del Cuerpo. En el entretanto el tiempo decursaba, y era menester encontrarse en aptitud de efectuar la proclamación de los dos supremos magistrados de la República. Por fin, en 14 de mayo de 1902 la Cámara celebró sesión extraordinaria y eligió su mesa definitiva. Ocuparon la presidencia Pelayo García Santiago, las vicepresidencias Carlos Fonts y Sterling y Carlos Manuel de Céspedes y de Quesada y las secretarías Alfredo Betancourt y Manduley y Antonio Gonzalo Pérez. García Santiago, al posesionarse del alto sitio a que lo condujeran sus compañeros, pronunció frases precisas y acertadas. Saludó a la revolución, cuyos principios constituirían el ideario de la Cámara, y a la República, que era la obra indiscutible de aquélla, y al pueblo de Cuba, que tenía allí representación cabal. El empeño máximo de todos, a su parecer, consistía en demostrar la realidad incontrovertible de que los cubanos sabían usar de la independencia y de que la Cámara sería el más fuerte sostén de la soberanía patria.

Ya estaban organizados debidamente el Senado y la Cámara de Representantes. Por imperio de la Constitución y por disposición del Gobernador Militar, tenían que pasar sin más dilaciones a satisfacer el trámite de examinar la documentación concerniente a la elección del Presidente y del Vicepresidente de la República y adoptar el acuerdo condigno. En 15 de mayo de 1902 los miembros de los Cuerpos Colegisladores se reunieron en sesión conjunta, en la casa de la Cámara de Representantes, bajo la presidencia de Domingo Méndez Capote, quien declaró que en aquel momento quedaba constituido el Congreso de la República. Acto seguido fueron leídos los pliegos relativos a la elección de Presidente y de Vicepresidente de la República y contados los votos. Puesto que todos eran favorables a Tomás Estrada Palma y Luis Estévez y Romero para las dos primeras magistraturas del Estado y no había presentada protesta alguna en cuanto a la elección y a la capacidad de los elegidos, ambos fueron proclamados. En señal de res-

peto y alborozo, muy en armonía con la importancia y solemnidad del acto, todos los miembros del Congreso se pusieron en pie al oír el resultado de la comprobación de los escrutinios. Méndez Capote propuso que, además de la notificación por escrito que debía hacerse a Estrada Palma y a Estévez y Romero, se nombrase una comisión con el encargo de visitarlos y significarles lo que acababa de suceder, comisión que, a solicitud de Zayas, formaron los componentes de las mesas de la Cámara y del Senado.

En 16 de mayo de 1902 Wood hizo saber oficialmente cómo estaba integrado el Congreso de la República, que el mismo había proclamado Presidente y Vicepresidente de ella a Estrada Palma y a Estévez y Romero y que el día 20, a las doce horas, la Constitución entraría en vigor plenamente y el gobierno y mando de la Isla serían entregados al Presidente y al Congreso. El Gobierno Militar seguía marcando los pasos de los preliminares de la consumación de la independencia de Cuba. En el orden legal todo se hallaba listo para el gran suceso que iba a ser la asunción de la dirección y administración de la Isla, en el goce de su soberanía, por sus propios hijos.

Cuba se halló de fiesta en grande desde varios días antes del señalado por los Estados Unidos para la cesación de su intervención en la Isla. Para menos no era la significación de los hechos y circunstancias producidos en lo que iba corrido del año de 1902. Se habían atenuado las tristes memorias dejadas por el anterior, sobre todo a causa de la presión bajo la cual la Convención Constituyente aprobara el apéndice de la ley de leyes de la República. Era de admirar la noble rectitud con que se había conducido lo concerniente a la organización del Poder Legislativo y a la preparación del advenimiento del Ejecutivo de la Nación.

El dolor que la conciencia cubana sufriera por la imposición de la enmienda Platt se había agudizado ante el temor de que el puerto de La Habana cayese en la condición de carbonera de la armada de los Estados Unidos, como pretendían muchos norteamericanos. Estrada Palma, en su carta a Rius Rivera en torno a su candidatura presidencial, había manifestado que el futuro gobierno cubano debía procurar que la redacción del tratado de relaciones con los Estados Unidos no hiriese el sentimiento nacional del pueblo insular más allá de lo aceptado en el apéndice constitucional. Para hacer bueno ese propósito, ya electo, laboró ahincadamente cerca de Theodore Roosevelt y sus principales consejeros a fin de obtener la seguridad de que La Habana no sería estación naval de la Unión. Y apenas comprendió que en Wásh-

ington se acabaría por ceder a su patriótica pretensión, satisfecho de que así acendrabas su compenetración con quienes iban a ser sus gobernados, expresó públicamente que su pueblo nunca consentiría en que hubiese una carbonera extranjera en la capital de la República. Este servicio a la dignidad cubana, prestado por el Presidente con posterioridad a su designación, le valió gratitud y popularidad, con creciente reiteración manifestadas a lo largo de su viaje desde Gibara hasta La Habana.

La actitud del poder interventor en los actos preparatorios de la transmisión del gobierno de la Isla a los cubanos era un factor propicio al soterramiento de recuerdos desagradables. El interés de Roosevelt y Wood por abreviar el tránsito entre una situación y la otra en nada resultaba inferior a los anhelos de los propios cubanos. A mayor abundamiento, lejos de tratarse de la práctica de diligencias encaminadas a liquidar la ocupación del país sin más ni más, se multiplicaban los empeños consagrados a dejar los negocios públicos en perfecto orden y bajo el signo de una suerte dichosa.

El ingreso de la República en el concierto de las naciones soberanas era esperado por los habitantes de Cuba con jubilosa ansiedad. En ésta participaban todos aquellos elementos sociales a que Alfredo Zayas se refirió al saludar a Estrada Palma, en los momentos de su llegada a La Habana, en el seno del Cabildo Secular. Los nacidos en la Isla, aun los que no habían laborado por la independencia, se sentían dueños de lo suyo. Los naturales de tierras extrañas, viendo en esta Antilla la fuente de entrañables afectos y grandes intereses suyos, intervenían en el regocijo público. Los españoles hablaban de paz, unión y concordia. Los norteamericanos se preparaban a dejar atrás a Cuba con la convicción de que habían auspiciado la afirmación de la República.

De concierto con lo adelantado por Wood menos de una semana antes, el día 20 de mayo él firmó una orden declarando que entonces quedaba en todo su vigor y efecto la Constitución de la República de Cuba. Este acto formal señaló el principio de los trascendentales acontecimientos de la nueva fecha gloriosa de la Isla. La promulgada en 20 de mayo de 1902 era la primera de las cartas fundamentales creadas por los libertadores que alcanzaba a todos los habitantes del país y penetraba sin dificultades en la órbita internacional.

A mediodía del 20 de mayo de 1902 La Habana fué teatro del logro absoluto de la independencia de Cuba. La transferencia del gobierno y mando de la Isla, como decían los norteamericanos, se efectuó

en Palacio, frente a la Plaza de Armas. Cinco minutos antes de las doce horas, entraron Leonardo Wood y su estado mayor en el Salón Rojo por la puerta de la izquierda del corredor en tanto lo hacía por la derecha Tomás Estrada Palma, a quien acompañaban eminentes patriotas y altos funcionarios por él ya escogidos. El momento era de profundas emociones. Ciertamente, carecía de antecedentes exactos en la vida de las Antillas. En un ambiente de paz absoluta, asegurado el reconocimiento universal de la República, de todos estaba enseñoreada la certidumbre de que la Nación se mantendría y triunfaría con todos y para el bien de todos, ni más ni menos que como había querido y pronosticado José Martí, el apóstol y organizador de la guerra de independencia.

Leonardo Wood, Gobernador Militar de la Isla hasta aquel momento, leyó el documento por el cual declaró terminada la ocupación de la Isla por los Estados Unidos y fenecido el Gobierno Militar, informó que todas las obligaciones pecuniarias del poder interventor quedaban satisfechas, expresó que transfería a la nueva administración la cantidad que existía en el Tesoro proveniente de las rentas de la Isla, enumeró los proyectos terminados y las medidas adoptadas para higienizar el país e impedir la reaparición de enfermedades epidémicas e infecciosas y manifestó que los Estados Unidos tenían entendido que Isla de Pinos continuaría regida de hecho como hasta entonces y pendiente de la negociación que para fijar su pertenencia llevarían a cabo ellos con Cuba. Wood concluyó significando que el Presidente de los Estados Unidos le había encargado entregar la carta que en el acto puso en manos de Estrada Palma.

El mensaje de Roosevelt estaba datado en Wáshington el 10 de mayo de 1902 y dirigido al Presidente y al Congreso de la República de Cuba. El Presidente de los Estados Unidos comunicaba por ese medio que el día 20 del mes que corría, en cumplimiento de instrucciones suyas, el Gobernador Militar entregaría el mando y gobierno de la Isla al Presidente y al Congreso de ella, a fin de que en lo adelante los ejercieran en conformidad con los preceptos de la Constitución firmada en La Habana el año anterior. En tal instante se declararía terminada la ocupación de Cuba por los Estados Unidos. Roosevelt hacía presentes la sincera amistad y los buenos deseos de la Unión para con la Isla y sus fervorosos votos por la estabilidad y el feliz éxito del nuevo gobierno, y por las bienandanzas de la paz, la justicia, la prosperidad y la ordenada libertad del pueblo cubano, y por la constante amistad entre la República de los Estados Unidos y la República de Cuba.

Tomás Estrada Palma, Presidente de la República desde el instante en que hablaba, leyó el escrito por el cual contestó las palabras que del Gobernador acababa de oír. Y dijo que aprovechaba aquella solemne ocasión para expresar la gratitud que sentía el pueblo de Cuba hacia los Estados Unidos, hacia su ilustre Presidente y hacia el propio Wood por los esfuerzos que habían consumado para dejar cumplida la honrosa promesa de consagrar la personalidad de esta Antilla como nación soberana.

Mientras en Palacio pronunciaban sus discursos Wood y Estrada Palma se efectuó en el castillo de El Morro, bajo la presidencia de Emilio Núñez y al cabo de cuarenta y cinco cañonazos, por tropas norteamericanas y veteranos cubanos, la sustitución de la bandera de las barras y las estrellas con el pabellón de la libertad insular. A los acordes de los himnos nacionales de los Estados Unidos y de Cuba, obedeciendo la voz imperiosa de Wood, en Palacio fueron arriada la enseña de la gran potencia e izada la de la nueva nación soberana. Nunca pudo ser narrado con exactitud el espectáculo ofrecido por los miles y miles de mujeres y hombres, niños y ancianos, primeramente en emocionada espera, luego en desbordado frenesí, que, en el litoral del Golfo y de la entrada del puerto y en los alrededores de Palacio, saludaron los cambios de banderas. Aquellos minutos habían sido anhelados y aguardados por varias generaciones, en medio de sacrificios inmensos, compensados por el valor de una transformación gloriosa.

Faltaba la ceremonia formal del juramento del Presidente de la República. El del Tribunal Supremo de Justicia, Rafael Cruz Pérez, siendo las doce horas y veinte minutos y teniendo a su derecha al fiscal del propio Tribunal Supremo, Carlos Revilla, tomó a Estrada Palma el juramento constitucional que debía prestar para asumir formalmente su alto oficio. Como por todo el pueblo de Cuba habló entonces Máximo Gómez para expresar que ya habían llegado a la conquista de su ideal los libertadores de la Isla.

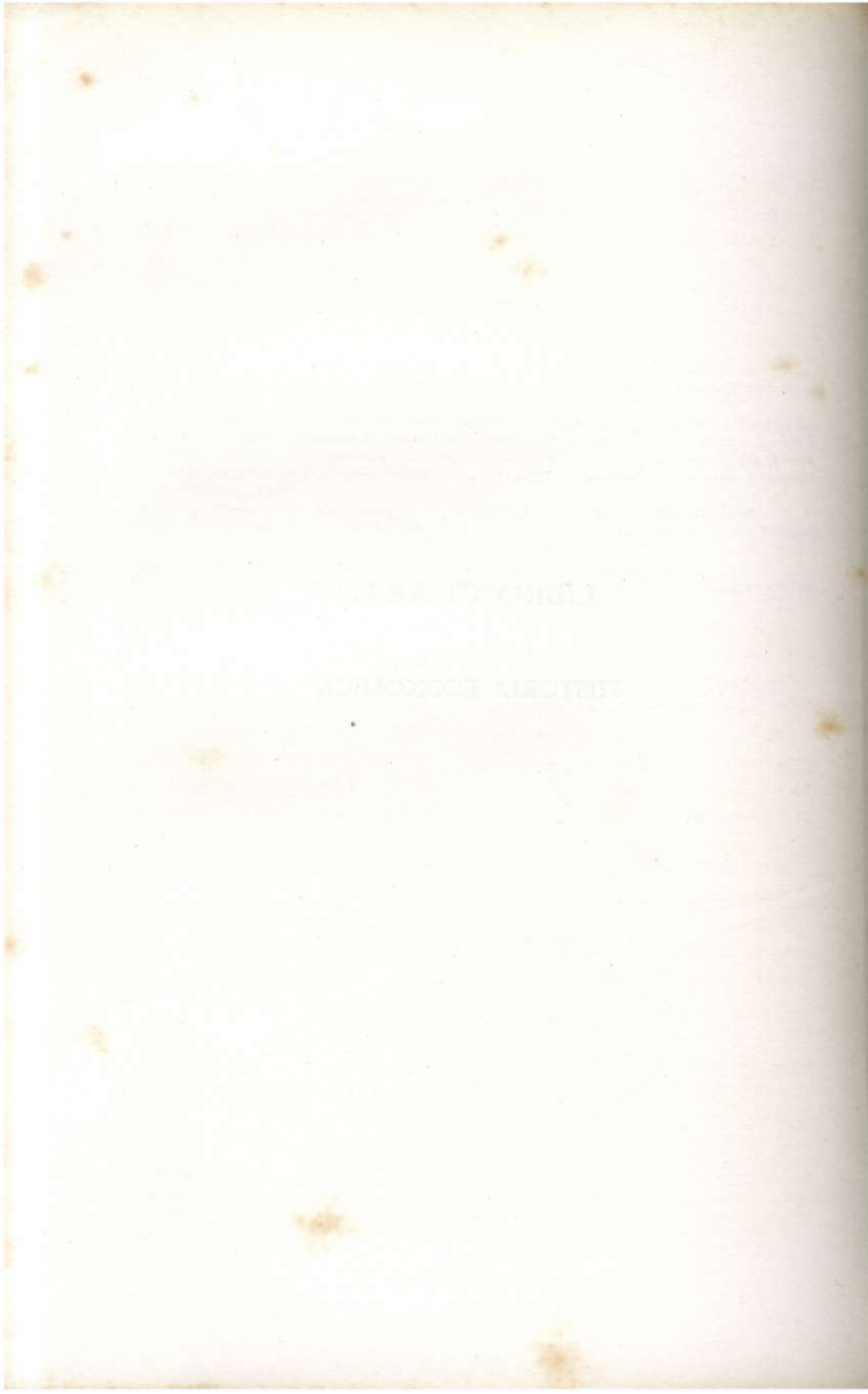
El mismo 20 de mayo de 1902, a las dieciséis horas y cuarenta minutos, el Senado celebró sesión con la finalidad esencial de que ocupase su presidencia constitucional Luis Estévez y Romero. El Vicepresidente de la República se hallaba en el Palacio del Segundo Cabo. Méndez Capote designó a Alfredo Zayas y Luis Fortún para que invitasen a Estévez y Romero a tomar posesión de la más alta dignidad dentro del Senado. Así se hizo. Y con esto, mientras en todo el país sólo se hablaba de los acontecimientos del día, quedaron consumados los actos que aseguraban el ingreso de la República de Cuba en la comunidad universal de las naciones soberanas.

FUENTES

- ARCHIVO NACIONAL DE CUBA. La Habana. Archivo de la Convención Constituyente de la Isla de Cuba, 1900-1901.
- [CAMPS, FRANCISCO.] *República de Cuba. Senado. Memoria de los trabajos realizados durante las cuatro legislaturas y sesión extraordinaria del primer período congresional. 1902-1904. Precedida de una mención documentada sobre los hechos históricos que dieron, como resultado definitivo, la independencia de Cuba y su establecimiento en República.* La Habana, 1918.
- DIARIO DE SESIONES DEL CONGRESO DE LA REPÚBLICA DE CUBA. La Habana, 1902.
- DIARIO DE SESIONES DE LA CONVENCION CONSTITUYENTE DE LA ISLA DE CUBA. La Habana, 1900-1901.
- FERRARA, ORESTES. *Mis relaciones con Máximo Gómez.* La Habana, 1942.
- MARTÍNEZ ORTIZ, RAFAEL. *Cuba — Los primeros años de independencia.* Tercera edición. París, 1929.

LIBRO CUARTO

HISTORIA ECONOMICA



CAPÍTULO I

EL IMPACTO DE LA GUERRA DE LOS DIEZ AÑOS SOBRE LA ECONOMÍA

EN el tomo IV quedó explicado el proceso general de la economía cubana entre 1840 y 1868, período caracterizado por una profunda crisis cuya raíz estaba en la progresiva ineficiencia de los esclavos y en la dificultad, además, de suplirlos con otros esclavos o con trabajadores libres. Vinculados a este fenómeno hallamos una serie de hechos, como, por ejemplo, la paralización relativa de la expansión hacia el este de la agricultura comercial y la ganadería intensiva, la formación de capitales y su liquidación súbita, a consecuencia de las crisis de 1857 a 1866, la inestabilidad de las exportaciones básicas del país, la caída definitiva de las exportaciones y de la producción de café, la crisis financiera pública, que contribuyeron a remover en sus cimientos al país, de tal modo que fué inevitable desembocar en la Revolución de 1868. La Guerra de los Diez Años parece surgir de ese profundo desajuste general de la economía y, a un tiempo, sirvió de agente para completar el proceso de transformación que desde 1840 comenzaba a manifestarse como una necesidad esencial para la subsistencia de la producción y su progreso.

Debe tenerse en cuenta que hacia 1860 el auge económico parecía haberse detenido, determinando una clara división de la colonia en dos grandes zonas: el occidente (hasta Colón, con ligeras intrusiones en Sagua la Grande) y el centro-oriente (desde Sagua la Grande hasta Guantánamo). De no haberse presentado los desajustes de la estructura económica colonial a partir de 1840-50, la penetración de los nuevos elementos agrícolas e industriales hacia el oriente hubiera proseguido, unificando el territorio, por medio de la disolución de las formas tradicionales de apropiación agraria y hasta por el traslado físico, en lo que cabía, de las fábricas de azúcar hacia tierras más baratas, más ricas y bien situadas, fenómeno éste que se produciría durante este período y en los primeros años de la República.

La Guerra de los Diez Años facilitó la reanudación del proceso de expansión a que nos referimos, eliminando en vastas zonas del centro y oriente del país aquellas formas tradicionales de organización agraria y destruyendo numerosos ingenios ineficientes, precisamente aquellos que por su localización y por la escasa disponibilidad de capitales estaban en peores condiciones para realizar su propia "revolución técnica". De este modo, la Guerra constituyó un dato más, que debe añadirse al cuadro de fuerzas y de hechos que propendían a la reestructuración de la economía colonial. Solo en este sentido, claro está, debe considerarse que la Guerra tuvo una "finalidad" económica.

1. Al comenzar la Guerra, el 10 de octubre de 1868, había en el país una verdadera mezcla de formas económicas nuevas y de formas tradicionales, aun cuando, en líneas generales, unas y otras estaban agrupadas o concentradas hacia el occidente y en el centro-oriente respectivamente. De acuerdo con esta distribución territorial, se comprenderá que los efectos directos de las operaciones militares se sintieron particularmente en la segunda de las regiones mencionadas y, dentro de ella, particularmente en Puerto Príncipe (actual Camagüey) y en Oriente. Al este de Las Villas, en las jurisdicciones de Sancti Spiritus y de Remedios, que constituyeron una suerte de frontera, las operaciones militares se dejaron sentir intermitentemente devastando el campo, removiendo la población rural y, sobre todo, impidiendo la rehabilitación regional. Es más, en algún momento —el de mayor empuje de las actividades de las fuerzas revolucionarias cubanas— los efectos de la guerra llegaron hasta la zona de Colón; pero fueron más bien incursiones, sin suficiente permanencia para determinar consecuencias profundas sobre la economía de la zona.

A consecuencia de las operaciones militares, caracterizadas generalmente por la destrucción de pueblos y caseríos, la devastación de las haciendas, alternativa o sucesivamente por parte de los dos grupos contendientes, los campos de Puerto Príncipe y de Oriente quedaron arrasados, las poblaciones dispersadas o concentradas en puntos fortificados o protegidos por soldados españoles, los ingenios fueron quemados y su dotación de esclavos liberada de hecho. La intensidad de estos efectos fué mayor en los tres primeros años de la Guerra, disminuyó sensiblemente hasta 1874, reanudándose en ese año y 1875, como consecuencia de la invasión hacia el occidente.

El año 1869 tras de la primera reorganización de las fuerzas libertadoras cubanas, la ofensiva sobre la zona de Santiago de Cuba produjo la destrucción de unos veintitrés ingenios y de quince cafetales.

Algunos de esos ingenios pudieron ser reconstruídos, pero a lo largo de diez años de lucha una gran parte de ellos no pudo rehacerse y quedaron eliminados definitivamente. Si hemos de creer la información suministrada por Martínez Fortún en sus interesantes *Anales de San Juan de los Remedios*, la huella de los primeros años de lucha en la localidad fueron no menos profundas: hubo ingenios destruídos dos veces debido a que las fuerzas cubanas operaron con cierta intermitencia que permitió la recuperación agraria e industrial.

Algunos de los datos de que se dispone referentes a la destrucción de ingenios y otras explotaciones, en ciertas zonas del país afectadas por la guerra, son elocuentes. Según informaciones posteriores a la Paz del Zanjón (1878), en Santiago de Cuba solo quedaron treinta y nueve ingenios sobre un total de cien que había la víspera del Grito de la Demajagua. En Sancti Spíritus treinta y siete ingenios quedaron abandonados o convertidos total o parcialmente en potreros, de un total de cuarenta y uno que allí había en 1862; en 1878 había once molientes y corrientes, de los cuales tres trapiches eran posteriores al momento de mayor actividad revolucionaria. En Remedios solo durante los años 1868 y 1869 quedaron destruídos diez y nueve ingenios, algunos de los cuales se rehicieron al punto, pero fueron nuevamente perjudicados en 1875-76. En el mismo año que terminó la Guerra o poco antes (1878-79) fueron destruídos —esta vez, como parte del proceso de transformación económica que la guerra aceleró— unos diecisiete ingenios, de los cuales tres quedaron convertidos en colonias de ingenios mayores.

A despecho de la importancia de estos efectos en las zonas mencionadas, en ninguna de ellas la Guerra presentó los caracteres destructivos tan irremediables como en Puerto Príncipe, zona que hasta 1868 se había caracterizado por la perduración de formas tradicionales de apropiación y de explotación agrarias. Torres Lasqueti, el cronista colonial de esa región, y José Ramón de Betancourt, diputado liberal por ella a las Cortes Españolas en la década de los 80, coinciden en afirmar que sobre un total de cien ingenios existentes allí en 1868 solamente perduró uno. La industria ganadera resultó afectada con igual intensidad, pues de un total de 2,853 fincas solo quedó un potrero en 1878. Era como si la civilización tuviera que reconquistar aquel territorio.

Como resumen de la eliminación de ingenios al cabo de los Diez Años, tenemos la comparación de las cifras globales de 1878: quedaban a la sazón unos 1,190. Si aceptamos la cifra de 1,365, que señala en 1862 el investigador Rebello o la de 2,000, según estimado del doctor

Guerra, para el año 1868, tendremos un resultado de varios centenares de ingenios desaparecidos durante el período bélico.

Y no puede considerarse que esa diferencia se debiera a la continuación del proceso de ajuste económico de la industria, pues en las regiones azucareras occidentales —no afectadas por la Guerra— no se registran movimientos eliminatorios fuertes. Debe advertirse que las campañas de Máximo Gómez en Sagua la Grande y en la zona de Cienfuegos produjeron la destrucción de doce y veintiocho ingenios respectivamente, por lo cual Valmaseda propuso al jefe cubano "una cantidad de dinero para que respetara los ingenios", a lo cual éste indignado se negó, pues consideraba que el poder colonial debía ser minado precisamente en aquello que constituía su principal soporte.

Por lo contrario, lejos de disminuir el número de fábricas en las zonas occidentales aumentaron, pues era el territorio que ofrecía garantías. En Colón, en Cárdenas e, incluso, en localidades habaneras, ya abandonadas por la industria azucarera, aparecieron nuevos ingenios, aunque en pequeña cantidad, si se tienen en consideración las cifras globales. Lo interesante de este aumento reside en que se realizó por medio de fábricas mucho más eficientes que las existentes hasta entonces. Un caso ilustrativo fué el del ingenio Zaza, de Julián Zulueta, en la zona de Remedios (1870-73). Mientras tanto en la zona de Colón, había en 1874 unos ciento cincuenta ingenios, según Pelayo Villanueva, o sea unos veinte y cinco más que los existentes en 1862.

El sentido económico de la eliminación y de la creación de ingenios queda revelado por el aumento de la producción entre 1868 y 1878, lo que significa que desde ese punto de vista la influencia de los ingenios eliminados en las zonas centrales y orientales era de poca importancia y que las fábricas más perfeccionadas del occidente o las de reciente creación fueron capaces de suplir aquella falta. Esto indica que ya durante los Diez Años se iniciaba el proceso de concentración industrial que culminaría después de la Independencia.

Esa concentración resulta pues de dos hechos coadyuvantes: de un lado, en las zonas azotadas por la Guerra, la eliminación de los ingenios ineficientes y la liberación de tierras sujetas al régimen tradicional de apropiación y de explotación; de otro, en la zona occidental, no tocada por las operaciones militares, la formación de ingenios más eficientes, lo que se traducía en la disminución de los más ineficientes, aunque a más largo plazo que en las localidades en que los ejércitos operaron.

Debe destacarse otro de los modos en que la Guerra afectó a la economía. Es posible que el embargo de los bienes a infidentes cons-

tituyese uno de los hechos políticos de más resonancia en la transformación económica del país. No se ha realizado estudio completo sobre esta cuestión. Los datos incompletos de que se dispone permiten presumir la profundidad de los efectos sobre la situación agraria de la colonia. Claro está que en condiciones normales —si fuera dable— el embargo de los bienes, de carácter masivo en algunas localidades, no hubiera producido efectos profundos, puesto que, en definitiva, a lo más que podría conducir sería al cambio de propietarios de los bienes, o sea, a una transformación social, la cual parece haberse producido en Cuba, desde luego. Vale recordar unos comentarios de Teodosio Montalván reproducidos por Martínez Fortún que indican un cambio importante en la composición social de los habitantes de la región de Remedios hacia 1880: "El que era antes rico, hoy es pobre, y el que nunca tuvo un "may" que asar, hoy es poderoso... Los que siempre comieron "ajiaco" hoy lo comen por antojo y capricho, y el que siempre comió tasajo de puerco, gallinas y pasteles, come, gracias a Dios, "ajiaco" de tasajo bruto, y aquí paz y en el cielo gloria". Todo ello era atribuído al "efecto del dinero", pero es claro que si no hubiera habido un desplazamiento de la aristocracia criolla, el fenómeno señalado por Montalván sería uno de tantos cambios sociales resultantes del progreso natural del país, como había ocurrido entre 1765 y 1790, señalado por Tadeo Martínez Moles.

Una nueva aristocracia del dinero, producto de negocios surgidos de la Guerra, —fuera la administración de los bienes embargados, fueran los suministros al ejército español— surgió en aquella época, con caracteres políticos y sociales que la diferencian radicalmente de la vieja aristocracia criolla. Una gran parte de los propietarios cubanos, partidarios de la independencia o simplemente sospechosos de serlo, fueron expropiados, pues el embargo determinó la desaparición física de muchos bienes muebles y la transmisión de títulos sobre los inmuebles, de tal modo que algunos de los sujetos embargados quedaron arruinados completamente. La nueva aristocracia, formada en parte por beneficiarios directos de la situación política oficial se mostró relativamente más afecta al poder colonial que la aristocracia tradicional, sumándose, por lo general, a las filas del Partido Unión Constitucional o Conservador. La sustitución de una aristocracia por otra duró muy poco, pues casi inmediatamente, o sea entre 1878 y 1902 el proceso de "concentración" de las industrias liquidó los restos de la vieja aristocracia y una gran parte de la nueva.

Los datos sobre bienes embargados son elocuentes, aunque generales. Hacia 1869 según testimonios de Zaragoza se habían embargado

unas 196 fincas rústicas, con un total de 4,839 esclavos y 2,070 chinos contratados. La producción azucarera de las fincas azucareras de ese grupo se elevaba a 18,000 cajas. Pero la difusión del procedimiento de embargo, mediante simples expedientes administrativos —práctica a la cual se opusieron muchos españoles— dió por resultado, según Ubieta, el embargo de un total de 5,000 bienes entre fincas, urbanas y rústicas, y muebles de alto valor. A la terminación de la Guerra se anunció la devolución de esos bienes y a juzgar por algunos casos, la mayor parte había desaparecido o se habían desmejorado grandemente. Lógicamente, muchos de los arruinados en esta forma, carecieron de la oportunidad para rehacer su fortuna, en un país escaso de financiamiento y en crisis. Pero la nueva aristocracia del dinero no estaba asentada como la anterior sobre una base de normal explotación de sus bienes sino, sobre todo, en negocios de pura especulación, que cuadraban mejor a su relativo desarraigo del país.

2. Menos considerables fueron los efectos de la Guerra sobre la organización social. En este sentido también debe observarse que antes de 1868 el proceso de disolución de la esclavitud estaba iniciado; especialmente en las zonas de mayor concentración azucarera a virtud del empleo de esclavos alquilados y de la importación masiva de chinos, síntomas muy elocuentes.

La dispersión de las dotaciones de esclavos fué un hecho frecuente en las zonas más azotadas por la Guerra. Tal hecho era seguido de la incorporación de muchos esclavos a las fuerzas revolucionarias o su huida al campo libre. En los ya citados *Anales* de Martínez Fortún y en el valioso *Diario* de Máximo Gómez hay menciones reiteradas a estos hechos. Las realidades de las operaciones militares fueron, en este sentido, más eficaces que todas las ideologías y los intereses que podían existir entre los dirigentes de la Revolución. Sin embargo, en la zona occidental este efecto no se sintió por la escasa penetración de los soldados libertadores, de modo que la decadencia de la institución en ella se debió al proceso natural de disolución de la misma.

De hecho en esa región occidental la esclavitud casi no existía debido al empleo de brazos sustitutivos, sujetos a un régimen que ya no era la pura propiedad del trabajador. Ya no era posible reponer los esclavos, ni se podía —ni convenía comprarlos— pues la creciente presión en pro de la abolición desinteresaba de ello a todo propietario.

El Decreto de 16 de septiembre de 1868, llamado de “vientres libres” —porque establecía la libertad de los hijos de esclavas desde su promulgación— y manumitía a los ancianos de 60 o más años de edad,

inútiles para el trabajo, facilitó la evolución hacia el régimen del salario y contribuyó con la Guerra a liquidar la institución secular.

El afán con que los intereses azucareros de la zona occidental se empeñaron en el fomento de la inmigración "contratada" de chinos, cuyos orígenes se remontan hasta la década de los 40, indica que ya se estaba preparando la economía para resistir las naturales consecuencias de la abolición sobre la disponibilidad y el costo del trabajo en las zonas de mayor concentración industrial la formación de una Comisión de Colonización en La Habana —con subcomisiones locales— dirigida por Julián Zulueta y cuyo *Boletín de Colonización* fué aunque dedicado principalmente a los chinos contratados, estudiando los más variados y a ocasiones extravagantes proyectos de importación de braceros es una muestra de la situación de liquidación a que estaba llegando la esclavitud de la raza negra en Cuba.

No faltaron, claro está, los proyectos de colonización blanca. Como es lógico, éstos se desarrollaron fundamentalmente en las zonas en que no había una industria azucarera muy desarrollada. Alguno de tales proyectos fueron realizados con cierta regularidad. Prueba de ello es la introducción hacia 1874 de unos miles de canarios en la región de Las Villas, particularmente Placetas y Remedios, por iniciativa de algunos hacendados de la zona. Estos planes fueron, al parecer, necesarios en aquellos lugares en que, por una parte, las fuerzas revolucionarias dispersaban a los esclavos y en las que, por otra parte, se producía una extracción de brazos hacia las regiones en calma. En Santiago de Cuba fué preciso prohibir por decreto de 23 de noviembre de 1871 la extracción de esclavos. Sin embargo, parece que en esta zona progresaron —si es que a sus débiles ensayos puede atribuirse algún progreso— las llamadas colonias militares propuestas principalmente por los generales Velasco y Cassola, suerte de plan mixto estratégico-demográfico puesto en práctica hacia 1872. Se puede presumir que el pueblo de El Cristo, tal como se halla hoy, fuera resultado de una de estas iniciativas, que tendían a crear zonas de seguridad. No obstante estas y otras iniciativas, la emigración hacia las ciudades parece haber sido un fenómeno general de las regiones azotadas por la Guerra.

3. Un aspecto importante de la acción económica de la Guerra fué el financiero. Los presupuestos generales y locales se elevaron varias veces sobre las cifras que tenían en 1868. Las contribuciones aumentaron extraordinariamente, pesando fundamentalmente sobre la zona occidental del país. Fué preciso apelar a diversos recursos consistentes en empréstitos, en suspensiones de ciertos pagos para atender

primordialmente a los gastos militares y en la emisión de billetes inconvertibles por medio del Banco autorizado, el Español de La Habana. Resultado de ello fué un proceso inflacionario y una especulación sin límites, que se unieron a los momentos depresivos de orden internacional para agravar la situación de la economía colonial, ya en crisis como sabemos.

Es difícil seguir paso a paso las medidas ejecutadas para atender a las finanzas públicas. La información de que se dispone refleja cabalmente la desorganización, la confusión y la arbitrariedad de la acción estatal-administrativa de esos tiempos, de lo cual —como veremos— se quejaron los mismos españoles y españolistas más fieles.

Por lo pronto, la contribución directa establecida por el decreto de 1867 quedó suspendida inmediatamente después del Grito de Yara. Se restablecieron los derechos de exportación entonces eliminados y el de consumo de ganado también derogado en 1867.

Entre 1869 y 1874 se emitieron billetes por un total de 74 millones de pesos. Como las emisiones eran inconvertibles, se siguió la depreciación del papel. El cambio fué alterándose paulatinamente. En mayo de 1873 era de 28 pesos, 37 centavos por onza de oro; en diciembre siguiente estaba a 80 pesos, 47 centavos. En junio de 1874 había alcanzado a 163 pesos, 37 centavos. Era preciso presionar constantemente a los grupos económicos urbanos, como los comerciantes, para que aceptaran el papel. En ciertas ciudades, como Santiago de Cuba la resistencia fué muy manifiesta.

Fué preciso entonces, con el objeto de restablecer en lo posible la normalidad, ofrecer garantía de amortización de los billetes. El año 1874 se puso en vigor una contribución de 10% sobre el producto líquido de las riquezas, o sea, sobre las rentas y sobre los sueldos de más de 1,000 pesos anuales, cuyos ingresos estarían destinados a redimir los billetes del Banco Español de la Habana.

En julio del mismo año se proyectaban otras medidas destinadas a normalizar los gastos públicos y a restablecer la confianza en la Hacienda. Era preciso disponer a la sazón de un millón de pesos semanales para pagos al ejército, enjugar las deudas de los numerosos proveedores y otros pagos. Los grupos económicos del occidente aceptaron que el nuevo impuesto para estos fines fuera del 2½% sobre los capitales, el cual comenzó a recaudarse en septiembre siguiente. Los efectos inmediatos de esas medidas fueron visibles: en septiembre la cotización del oro en billetes bajó a 83 pesos. Hubo, al parecer operaciones a un cambio de 62 pesos, pero inmediatamente después se restableció la antigua razón, que en mayo de 1875 era de 125 pesos. Según parece la

incapacidad de recaudar suficientemente debido a los fraudes de los contribuyentes y de los agentes fiscales, según confesó el propio gobernador Gutiérrez de la Concha, permitió que los especuladores volvieran a operar con el papel altamente depreciado. En resumen: no pudo aprovecharse el nuevo sistema de contribuciones directas.

Debido a que en 1875 la situación seguía siendo grave, las autoridades principales volvieron a ponerle atención. Se restableció la recaudación de los impuestos en oro y el sistema de pagar a los militares en billetes al cambio corriente o sea 123. Concha redujo ese tipo al pago solo en parte, esto es, a razón de 80 para el Ejército y 60 para la Marina. La llegada del General Valmaseda al poder significó un nuevo cambio en el sistema. Este gobernador parece haber influido para que se intentaran medidas destinadas a poner orden en la administración económica del país. Lo primero que hizo fué desechar todo impuesto sobre el capital y elevó al 15% el impuesto sobre las rentas. En ese momento —el mismo año 1875— bajó la cotización del oro en billetes de 130 pesos a 105. También apeló el Gobierno a un préstamo de 2 millones de pesos, contratado con el Banco Español, para pagos de los atrasos al ejército. Sin embargo, el estado financiero no mejoraba. Así como los contribuyentes habían presentado relaciones juradas por solo una décima parte de su capital al objeto de pagar el impuesto del 2½%, ahora repetían las mismas prácticas con el impuesto general del 15%. Los agiotistas —al decir del propio Valmaseda— depreciaban el oro cuando se ponían al cobro las contribuciones y lo alzaban cuando la Hacienda se disponía a pagar provisiones, suministros y otros servicios prestados por particulares. Esta es la razón de la expulsión que él decretó contra ocho especuladores.

Una "Memoria" del General Riquelme del año 1874 denuncia que al tomar posesión del Gobierno el General Jovellar se habían entregado a los cuerpos de ejército del Departamento Oriental tres millones de pesetas de menos de lo que les correspondía y a los ejércitos del Centro dos millones y medio de más, con lo cual estaba indicando que había medio millón de pesetas desaparecido. La arbitrariedad recubierta de los ropajes patrióticos consabidos imperaba en la colonia devastada, empobrecida y sin esperanza. Un brigadier, por cierto nativo de Cuba, Acosta y Albear, fué acusado de fusilar a un regidor de Puerto Príncipe, llamado Barañáño, en momentos en que era acreedor de unos treinta mil pesos prestados al propio brigadier y a unidades del ejército; aunque fuese un traidor esa circunstancia invitaba a especular sobre el hecho. Según testimonios españoles, "no eran raros los casos de guerrilleros que tenían sus bienes embargados", para goce de algunos com-

patriotas que eran, posiblemente, mucho más amantes de la bandera española que los expropiados. En medio de abusos inconcebibles —que no han podido justificarse en circunstancia histórica alguna— la bandera española, la santidad de la causa hispánica, la intransigencia anti-cubana, eran muy lucrativo santo y seña para un enjambre de aprovechadores de la situación.

El escándalo llegó demasiado lejos. En 1876 se designó a un comisario regio, Tomás Rodríguez Rubí, para arreglar la hacienda en colaboración con el gobernador Jovellar. En los momentos en que llega el comisionado a Cuba se debía al ejército desde el mes de diciembre anterior, o sea, unos seis meses de paga. Fué preciso concertar un nuevo préstamo, apelándose en esta ocasión a dos tipos de contratación: uno, con fondos suministrados por los propietarios, ascendiente a dos millones trescientos cincuenta mil pesos, y otro, que oscilaría entre quince y 25 millones de pesos con un grupo de capitalistas cubanos y extranjeros.

En total, al llegar el año 1878 la deuda pública ascendía a muchos millones de pesos —más de 150 millones— y el costo total de la Guerra, según Pirala se elevaba a más de doscientos cuarenta y seis millones de pesos. Una buena parte de esa suma había sido devorada por el “fraude organizado en gran escala en todo lo relativo al aprovisionamiento del ejército”, como explica textualmente Pirala.

Los males comentados en las páginas precedentes no fueron exclusivos de la Hacienda central, sino que los hubo también en el orden local. Tradicionalmente, las finanzas municipales habían sido desatendidas, por lo menos hasta la década de los 50, en que comenzó a legislarse sobre ella. La Guerra originó numerosos egresos que fué preciso cubrir inmediatamente. Los empréstitos fueron frecuentes. El Ayuntamiento de Cienfuegos apeló a ellos en 1870 y en 1875. Las contribuciones extraordinarias y toda suerte de exacciones fueron creadas, como ocurrió en Santiago de Cuba. Sin embargo, se tiene la impresión que en las localidades las finanzas se repusieron más rápida y completamente que en el orden general.

5. Todo ese desarreglo financiero coincide con una etapa depresiva internacional que se extiende —a lo menos, en Estados Unidos— por los años 1874-75. En Cuba, por consecuencia de la Guerra las exportaciones de azúcar y de tabaco torcido bajaron extraordinariamente en 1871 y a partir de 1876 hasta 1882-83 no se repusieron a los niveles anteriores a la crisis, y esto parcialmente, pues en realidad la reducción bajó más allá de las cifras superadas desde la década de

los 60. Los precios del azúcar bajaron progresivamente hasta alcanzar su punto inferior en 1876.

Los efectos de esta crisis, que comienza a sentirse en plena Guerra, no se manifestaron completamente hasta la depresión de 1883-84 en que se produjeron cambios sustanciales en los precios y en la calidad de las exportaciones, como veremos más adelante.

6. La política de reconstrucción rural comenzó durante la Guerra. No tuvo éxito, como es lógico, debido a que hubo zonas en las que las operaciones militares, aunque alternativas se mantuvieron durante el largo período de diez años imposibilitando toda rehabilitación sistemática. Cualquier plan de medidas contra la crisis general tenía que tropezar con la existencia de un gran ejército de ocupación y necesitaba abarcar la reanudación de algunas de las explotaciones básicas del país, como la minería del cobre y la ganadería, a las cuales afectaba no solo la guerra sino la crisis general.

La destrucción de las zonas de cultivos de consumo interno o de frutos para la subsistencia de los centros urbanos era grave desde 1869. La Guerra significó para las poblaciones de Oriente, en especial Santiago de Cuba, un alza de precios, agravada por la inflación resultante del aumento de los gastos públicos y de la circulación del billete inconvertible. Fué preciso improvisar en torno a esa capital una faja de estancias, como indica Bacardí Moreau, que al parecer, no resolvió el problema del abastecimiento. En Puerto Príncipe, la situación fué aun más grave pues la población rural, que, mas dispersa y desprovista de centros fortificados, se refugió en la capital del Departamento. La emigración a Jamaica y los Estados Unidos, aunque importante, no descargó a las zonas afectadas del exceso de población resultante de la reducción de la producción; posiblemente la emigración hacia las zonas occidentales —menos expuestas a la destrucción— no fué importante o, en todo caso, consistió solo en el traslado de esclavos y gente de trabajo.

Una de las medidas más comunes entre los intentos de reconstrucción fué la asistencia a los refugiados en las ciudades. En Santiago de Cuba se formó una comisión para el socorro de ellos, cuyas actividades quedaron limitadas, según se deduce de las noticias publicadas por Bacardí Moreau, a pequeños repartos de auxilios durante un tiempo relativamente corto. Desde 1870 se creó en Puerto Príncipe una Junta de Socorros, con ocho mil pesos mensuales, proporcionados por la administración de bienes embargados. Durante siete años la Junta subsistió en precario, hasta que terminó por falta de fondos. El decreto de 11 de mayo de 1877 le dió fin, cuando parecía que la cesación

progresiva de las hostilidades la llamaba a desarrollar planes más completos.

Sin duda, los decretos de 27 de octubre de 1877 y el reglamento de 22 de febrero de 1878 —ofreciendo tierras a quienes las solicitasen— contenían un principio acertado de política de reconstrucción, que tendía igualmente a fomentar la colonización. Pero es evidente que había poco estímulo para ocupar tierras sin garantías para la colocación de los frutos en el mercado o para su exportación y sin financiamiento adecuado. Por otra parte, una buena proporción de los habitantes desplazados procedía de caseríos y de pequeños pueblos y requería ocupación industrial, urbana, de la manera que intentó dársele en Puerto Príncipe cuando la Junta de Socorros creó talleres de costura de tejidos de guano.

Coincidiendo casi con las medidas generales de esos decretos, otro de 3 de noviembre de 1877 otorgó exención de contribuciones a las fincas destruidas o afectadas por la Guerra por un período de seis años, o sea, hasta el 3 de junio de 1883. Resolución que se aplicó sin límites en Ciego de Avila, Morón, Puerto Príncipe, Bayamo, Manzanillo y Jiguaní. En los demás distritos afectados por las operaciones militares era preciso solicitar la aplicación de esa medida. En Sancti Spíritus se produjeron quejas de que solo obtuvieron exención "veinte y cuatro (propietarios) de los más influyentes y acaudalados del Término, sin que los demás tuvieran noticias del resultado de sus gestiones". Como quiera que la rehabilitación no procedía al ritmo que demandaban las circunstancias se tomaron posteriormente algunas medidas similares como la Real Orden de 9 de junio de 1882 que rebajó al 50% las contribuciones de las fincas de Puerto Príncipe, durante cinco años, beneficio que Sancti Spíritus reclamó, como el anterior, sin que se le concediera.

El desplazamiento de la población fué resultado no solamente del movimiento natural de defensa de los habitantes rurales sino también de medidas de "reconcentración" como la dispuesta en Cienfuegos el 11 de mayo de 1869, con el pretexto de dar protección a las familias de los insurrectos. El conflicto originado por este movimiento demográfico produjo no solo las medidas comentadas más arriba sino otras disposiciones como las de las circulares de 6, 8 y 26 de abril de 1871 que establecían la siembra obligatoria de viandas dentro de las zonas militarmente guarnecidas y la distribución de tierras abandonadas, mediante la garantía de que el propietario reclamante tendría que abonar al cultivador las mejoras introducidas en el fundo. Medidas que, según

expresa uno de esos textos, se habían puesto en práctica con éxito en las jurisdicciones de Bayamo y Holguín, las más azotadas por la Guerra.

Los efectos rehabilitadores de todas esas medidas no pueden ser apreciados debidamente. A juzgar por la índole de las medidas se puede afirmar que serían limitados, pues no iban a la raíz del problema más sentido en aquellos tiempos: la refacción agrícola, dificultada no ya para las grandes explotaciones de tipo comercial —como los ingenios— sino para todas las ramas de la producción. Un país en crisis no podía atraer inmigrantes colonizadores ni siquiera con el ofrecimiento de tierras.

7. Esas medidas no pudieron, al parecer, conjurar los efectos de la Guerra, ni —menos— los de la crisis general. Se tiene la impresión de que solo aquellas medidas que tendieran a liquidar rápidamente la vieja estructura económica colonial —como la abolición de la esclavitud— podían haber tenido un resultado eficaz. Por lo general, no se adoptaron. El reforzamiento de la institución financiera oficial, cuya política conservadora tendía a agravar la crisis agrícola, no es sino una muestra de la política errónea, capaz de neutralizar toda otra medida de restauración.

Como consecuencia de la política incompleta o desacertada el proceso de remoción económica prosiguió su curso sin control alguno. Los antiguos propietarios de tierras las perdieron, depreciadas al máximo por consecuencia de la Guerra, la vieja clase de los hacendados azucareros comenzó a dispersarse progresivamente en un proceso que duró hasta principios del período republicano, la llamada clase media urbana, desplazada de los cargos públicos por motivos políticos y carente, por otra parte, de medios de resistir a la crisis, se empobreció, los grupos obreros sufrieron grandemente de los efectos de la especulación y la inflación. Solo los comerciantes nuevos, los cambistas, los proveedores del ejército, los funcionarios de alta categoría, civiles y militares, lograron acumular nuevas riquezas. Pero una buena parte de ella, como observaría juiciosamente la *Exposición* del Círculo de Hacendados del año 1894, constituía exportaciones "sin cambio", las cuales unidas al pago de empréstitos, de subvenciones a compañías españolas, a remisiones de tipo familiar, a pagos por deudas de la Hacienda metropolitana, constituyeron una pérdida neta en el balance de pagos del país durante el período interbélico.

CAPÍTULO II

LA SITUACION AGRARIA HASTA 1902

LA situación agraria del país después de la Guerra de los Diez Años y, a través de la Revolución de 1895, hasta el año 1902 en que se instaura la República, se caracteriza por la franca tendencia hacia formas nuevas, resultantes, en primer lugar, de la enérgica evolución de la industria azucarera y de la definitiva liquidación de las formas tradicionales en el Centro y en el Oriente de la colonia. La Guerra tuvo la virtud de aclarar el camino hacia el Este de la gran agricultura comercial, liberando tierras, eliminando formas tradicionales de aprobación y de explotación y cancelando una gran parte de los ingenios ineficientes; quedó entonces el molde, digamos, donde había de insertarse la nueva industria azucarera de tipo capitalista. Tal situación sirvió de punto de partida para un movimiento de aceleración progresiva hacia una reorganización de la propiedad agraria sobre la base de las crecientes necesidades de tierras de la agricultura comercial, en sus ramas tradicionales o en sus nuevas ramas. Tal proceso, como sabemos, prosiguió en la República y constituyó la base de la formación de los latifundios especialmente el azucarero.

Pero toda esa evolución no fué rectilínea, como tendremos la oportunidad de ver, sino que procedió por medio de ajustes periódicos según las circunstancias fueran favorables a la concentración de las tierras o no lo fueran. Al latifundio se llegó, como veremos a través de una parcelación de las tierras.

1. No es fácil de describir la situación agraria en 1878. Los efectos de la Guerra, como indicamos, fueron regionales, concentrados en la parte oriental del país mientras en la zona occidental los fenómenos relacionados con la estructura agraria se originan en la prosecución del cambio de la industria azucarera, la cual sufre durante los años 1868-78 los primeros ensayos del sistema de "división del trabajo" o de "centralización".

Las cifras generales, representativas de la distribución de tipos de explotaciones agrarias posiblemente son defectuosas, aunque por ser las

únicas de que se dispone deben servirnos para una apreciación genérica de los problemas. Son los datos de 1877 que nos indican de inmediato hasta qué punto la Guerra y el proceso independiente del cambio estructural de la economía habían influido eliminando explotaciones agrarias o rurales.

	Ingenios	Cafetales	Vegas	Haciendas ganaderas	Potreros	Sitios y estancias
1862	1,365	782	11,550	6,175	2,659	34,546
1877	1,191	192	4,515	3,172		17,906

La distribución de la disminución en cada columna parece responder, en general, a los efectos de la Guerra, pues tanto los cafetales, como las haciendas ganaderas y los sitios y estancias, fueron particularmente perjudicados en el Centro y en Oriente del territorio colonial.

Claro está que en la última fecha el proceso de ampliación de las zonas de cultivo de la caña no se había iniciado decididamente. El aumento de la capacidad de producción de los ingenios se explica por la subsistencia de los más eficientes y de aquellos que nuevos y renovados en su equipo, habían adquirido mayores posibilidades de elaboración, de tal modo que las zafras —con menos ingenios— eran, sin embargo, más grandes que antes de 1868.

Pero todavía hacia 1877 se consideraba que un gran ingenio se bastaba con unas 80 caballerías cultivadas de caña. Desde luego, existían, como revelan los datos estadísticos de la *Revista Económica*, ingenios con más de 150 caballerías cultivadas de caña, cifra a la que no había llegado ninguno de los ingenios con un total de más de 100 caballerías de tierras en fecha anterior a 1860. Los ingenios a que nos referimos disponían, además, de otro tanto de tierras sin cultivar, para potreros o en reserva para ampliación de la producción. El Soledad, de Atkins y Cía., disponía hacia 1893 de unas 370 caballerías cultivadas. Pero quedaban muchos ingenios pequeños. De un estimado —dado a conocer por la revista *Louisiana Planter and Sugar Manufacturer* hacia 1890— había un total de 850 fábricas, de las cuales solamente 150 a 200 podían ser consideradas como centrales, esto es, fábricas equipadas con *trenes* modernos, nutridas de cañas producidas por “colonos” o cultivadores especializados; el resto era un conjunto de fábricas muy disímiles en cuanto a capacidad, a organización y a equipo y, por lo general, ineficientes.

La necesidad básica del ingenio-central era una mayor extensión de tierras cultivadas para disponer de la suficiente materia prima pero

ella se cubría bien por medio de plantaciones propias de la fábrica, bien por plantaciones de cultivadores independientes, sobre cuya condición jurídica había modalidades, pues, a veces, eran arrendatarios y a veces propietarios. En 1887, según Jenks, un 30 al 40% de las cañas cultivadas eran de colonos, pero no se aclara la condición jurídica de ellos. Por lo general faltan datos generales y locales sobre el número de colonias. Una excepción fué la de Cienfuegos, donde se individualizan (1887) unos 60 ingenios y 85 colonias al parecer, las jurídicamente independientes; por lo general, estas colonias se fundaban en tierras de antiguos ingenios abandonados o demolidos.

Independientemente de la falta de datos sobre este aspecto tan importante de la nueva estructura agraria, lo cierto es que la aparición de los centrales plantea simultáneamente dos procesos con relación a la tierra: de un lado, la tendencia al latifundio al aumentarse la necesidad de tierras (propias, "controladas" o sujetas en alguna otra forma) y, de otro, la tendencia a la subdivisión de la explotación agraria, por la especialización del cultivo y el fomento de la clase de los colonos.

La rehabilitación del campo fué vigorosa si se tiene en cuenta la crisis general que atraviesan el mundo y la propia Cuba entre 1878 y 1893. La comparación de los datos de 1877 con los de 1890 nos da una medida aceptable del grado de reconstrucción que se había alcanzado en la última fecha.

	Ingenios	Cafetales	Vegas	Haciendas ganaderas	Potreros	Sirios y estancias
1877	1,191	192	4,515	3,172		17,094
1890	1,119	188	8,485	375	4,214	22,224

Debe hacerse la salvedad que según ciertas fuentes los ingenios eran solo unos 850, estando los restantes —hasta completar la cifra incluida en el cuadro— parados, en espera de su renovación técnica o de su demolición.

Inmediatamente se observa que la reconstrucción había beneficiado a la industria ganadera intensiva, en potreros, debido que por un fenómeno de cambio de uso de la tierra, muy frecuente en Cuba, habían sido abandonadas tierras cañeras en algunas zonas del país para dedicarlas a la crianza de animales. Solo en la jurisdicción de Sancti Spíritus en 1878 había unos 26 ingenios reducidos total o parcialmente a potreros, volviendo, de esa manera, la zona a su antigua dedicación ganadera. En la región de Puerto Príncipe se había logrado reconstituir algunas de las tradicionales haciendas de ganado mayor.

La disminución de los cafetales no es más que la continuación, a lento ritmo, del proceso de liquidación de una industria que estaba en decadencia desde la década de los 30 y que ya no constituía un ramo de las exportaciones del país. El corto número que figura en los datos de 1890 estaba distribuido por todo el país aunque concentrado, como antaño, en ciertas zonas altas, como Trinidad y Guantánamo.

Por lo contrario, la situación tabacalera presentaba un cuadro de reconstrucción más positivo. Debe aclararse que dentro de este ramo agrícola el proceso ocurrido durante los diez y seis años que median entre 1877 y 1890 presenta dos fases: de 1877 a 1884 ocurre no solo una rehabilitación sino un aumento notable del número de vegas que sumaban unas 9,515 en 1884, concentradas fundamentalmente en la zona occidental de la colonia, al parecer en detrimento de cultivo en las zonas tabacaleras del centro y del oriente; después de 1884 hasta 1890 se nota una cierta disminución debida a la concurrencia de varias causas.

En primer lugar, debe atribuirse la disminución referida a una cierta "concentración" del cultivo en unidades agrarias mayores que las tradicionales, sobre todo en la zona llamada de Partido, donde se estaba formando, al cabo de un siglo de cultivo, el centro proveedor de hoja para la exportación a Estados Unidos. Empero, una causa de más entidad fué la crisis de la industria y del comercio tabacaleros. De una parte, la política de autorizar la entrada de tabaco de Puerto Rico, que dió origen a un contrabando de importancia, en perjuicio de la hoja cubana, la política arancelaria metropolitana que limitaba la importación en España de la hoja y el producto manufacturado, unidas a la discriminación arancelaria en los Estados Unidos produjeron efectos depresivos sobre el cultivo. Sin embargo, los datos que publica Friedlaender relativos a 1894 parecen indicar un nuevo aumento del cultivo que podría deberse al aumento de las exportaciones de hoja a los Estados Unidos, por consecuencia de la consolidación de la discriminación resultante del Bill McKinley.

Desde luego, en el orden regional, la rehabilitación fué particularmente intensa en Puerto Príncipe, especialmente en cuanto a potreros, que eliminaron prácticamente las supervivientes haciendas de ganado mayor tradicionales y a sitios y estancias. Pero, además, reapareció la plantación cañera —eliminada por la Guerra de los Diez Años—, aunque en forma de colonias al servicio de tres centrales —el Senado, el Congreso y el Lugareño, que ya existían en 1891. Desde entonces, el latifundio ganadero fué siendo sustituido por el latifundio azucarero.

En relación con esta expansión de la industria azucarera, en su nueva fase, en la zona del centro, debe indicarse que ello constituye uno de los aspectos más interesantes de lo que hemos denominado la reconstrucción agraria, que es, fundamentalmente, un cambio de estructura. La tendencia a penetrar en zonas nuevas, inexploradas o escasamente explotadas hasta 1868 fué un hecho característico del período, aunque se consuma y desarrolla durante el período republicano. De los años que corren entre 1877 y 1902 datan los primeros intentos de fundar una gran industria azucarera en el sector norte de la región oriental, como lo prueba el proyecto del central París, lanzado por una compañía franco-española del "Dominio de la Bahía de Nipe" (1881). Los centrales de Puerto Príncipe ya mencionados constituyen otro caso. Una zona intermedia, como la de Manzanillo, donde existía una industria azucarera retrasada antes de 1868 y destruída casi totalmente en 1878, duplicó su producción entre 1887 y 1891 con la particularidad de que disfrutaba de la ventaja de costes de producción muy bajos que fueron la garantía del éxito de varios centrales, como el Dos Amigos (1884), Isabel (1886) y Niquero (1884) que tras de varias reformas subsisten en nuestros días. Gracias a la cesación de la Guerra, la industria y el cultivo cañeros pudieron desplazarse hacia las zonas de tierras nuevas, "jóvenes" y baratas, donde estaba llamado a situarse el gran centro productor de azúcar en el siglo xx. Sin embargo, la nueva insurrección independentista detendría de 1895 a 1902 este movimiento hacia el Este que no hacía sino prolongar la tendencia manifestada desde la segunda década del siglo xix, como pudimos apreciar en los tomos III y IV.

2. No obstante la crisis general de la economía cubana, la agricultura presenta nuevos aspectos en este período y puede considerarse que se crearon entonces nuevos ramos de producción para exportar. Tres de ellos ameritan especial atención, por cuanto suponen esfuerzos regionales por diversificar la agricultura comercial, sobre todo, en zonas donde el cultivo de la caña no era posible o se dificultaba o desaparecía.

El primero de los hechos que debe señalarse es la aparición del cultivo del henequén en las regiones de Matanzas y de Sancti Spíritus, aun cuando se importaba de Yucatán el grueso de la materia prima para la industria de cordelería establecida en La Habana. Sin embargo, el desarrollo del cultivo y de la industria se detuvieron casi inmediatamente y no se reanudaron hasta el período republicano.

De mayor interés fueron la explotación de los coqueles y el cultivo de los plátanos "guineos", ambos desarrollados al norte de la provincia

oriental, especialmente en la zona de Baracoa. Posiblemente ambos se iniciaron poco antes de 1868, a raíz de la apertura del mercado norteamericano para esos productos. Según datos publicados por Balmaseda se exportaban en 1885 más de un millón de racimos de plátanos, cerca de siete millones de cocos y una cantidad menor de aceite de coco, todo a Estados Unidos. El citado autor señala la presencia de infecciones y parásitos del cocotero que amenazaban ya esta nueva rama de la producción exportable, que perdió su importancia en cuanto se abrieron las tierras centroamericanas a la organización comercial norteamericana.

3. Uno de los hechos más importantes de la evolución agraria de este período fué, como hemos dicho, la aparición de los colonos o cultivadores de caña, propietarios o arrendatarios de tierras, que explotaban para suministrar materia prima a los centrales. Este desarrollo, del cual había antecedentes mencionados en el t. IV y que venía discutiéndose desde la década de los 30, se acentuó rápidamente entre 1878 y 1895.

Este surgir vino acompañado de innumerables conflictos. Fuese propietario o fuese arrendatario, el colono se vió inmediatamente necesitado de discutir el "precio" de su trabajo, esto es, la cuantía en que el ingenio central apreciaba sus cañas. Aunque había una cierta opinión común favorable al sistema del colonato, por estimársele mucho más económico que la siembra y la cosecha por administración directa, lo cual parece deducirse de lo dicho por el agrónomo Freyre de Andrade en la *Revista de Agricultura*, al mismo tiempo se producía una lucha constante entre ingenios y colonos en torno al problema de la fijación del precio de las cañas puestas en el batey de la fábrica, esto es, listas para moler.

La realidad es que las condiciones en que laboraban y eran retribuidos los colonos diferían grandemente entre las diversas zonas productoras. Es evidente, como expresa Ramiro Guerra, que en aquellas localidades en que abundaban los ingenios y las comunicaciones eran fáciles, como en Matanzas, los ingenios "centrales" ofrecieron mejores condiciones a los colonos porque era una forma de competir con las fábricas vecinas por el "control" de la materia prima. En 1889 los colonos de Sagua se quejaban de que se les daban solo $3\frac{1}{2}$ a 4 @ de azúcar por cada 100 @ de caña molida, mientras en aquel momento los colonos de la región de Matanzas recibían hasta $5\frac{1}{2}$ @. En Manzanillo y en Bayamo se ofrecían desigualdades notables que la asociación de colonos de la región, creada en 1890, pretendía eliminar estableciendo el precio de 4 @ de azúcar de 96° de polarización por

cada 100 @ de caña molida. Las protestas y, en consecuencia, el malestar al comienzo de las zafras eran cosa frecuente.

Los colonos comenzaron a organizarse antes de 1890, por medio de asociaciones locales —y en Remedios tenían hasta un periódico propio, *El Colono*— que estaban alerta a los cambios que se operaban en las instalaciones industriales y consideraban justo que les recompensara con cantidades adecuadas de azúcar, a medida que la fábrica obtenía más producto por unidad de cada molida. Ello explica la insistencia particular en todo lo relativo al problema del rendimiento azucarero de las cañas. Como se trataba precisamente del punto grave de oposición entre los dos grupos de intereses, la *Revista de Agricultura* criticó duramente las informaciones dadas sobre los rendimientos en el Central Constancia, que era el más afamado por sus magníficas condiciones. Claro está que no todos los ingenios tenían igual rendimiento.

Hacia 1880 un informe de Cornelio Coppinger fija el rendimiento por 100 @ de caña en $7\frac{1}{2}$ @ de azúcar, de primera y de segunda, más $2\frac{1}{2}$ @ de miel. Años después Jiménez en *Aventuras de un Mayoral*, lo fija en 6 @ de azúcar por 100 de caña molida. Pero todas esas cifras son meros estimados —bastados en la experiencia personal de los autores—, pero que representaban cifras ideales, en torno a las cuales oscilaban grandemente cuando se individualizaba la fábrica, según su equipo, sus tierras y otros factores. Hasta 1884-86, debido a que perduraban muchos ingenios pequeños con el tradicional *tren jamaíquino*, lo cual supone un rendimiento aun menor de 6 @ por cada 100 de caña.

En la zona de Manzanillo, donde era público que los costes de producción eran muy bajos, los conflictos entre hacendados y colonos demoraron el inicio de la zafra en 1891; en verdad, se ofrecía a los colonos menos de 4 @ de azúcar por 100 de caña molida. El propio comentarista del *Louisiana Planter and Sugar Manufacturer* consideraba que era un precio muy bajo, habida cuenta que había zonas como Colón, Cienfuegos y Cárdenas donde se pagaban 5 @ y $5\frac{1}{2}$ @. Sin embargo, en este contraste, claro está, era fundamental el hecho de la competencia entre ingenios de estas zonas, hecho que señala debidamente el doctor Guerra en *Azúcar y Población en las Antillas*.

Por lo general, los colonos, a medida que pasó el tiempo, fueron dependiendo cada vez más del central. Este les vendía su proporción o precio en azúcar, cobrándoles una comisión, que en algún central de la última década del siglo se elevaba al 1%. La ausencia de bancos y de refaccionión fué insensiblemente transformando al propio ingenio en refaccionista. El colono que no era propietario de las tierras que

cultivaba sino que las arrendaba del central tenía que pagar a éste una renta anual que en ciertos casos era de 30 pesos por caballería. Progresivamente el colono fué transformándose en un cultivador "ligado", como lo habían estado y lo estaban los vegueros. La característica lucha de los centrales por "controlar" completamente a los colonos y de éstos por defenderse de esa tutela y predominio industrial es un hecho básico en la historia agraria de Cuba desde 1878, como parte de un proceso general de concentración de la propiedad y de la explotación de la tierra. Claro está que el grupo de los colonos incluye aquellos que no poseen tierras y solo cultivan pequeñas extensiones, con una baja producción de cañas, y aquellos que son propietarios de sus tierras y producen grandes cantidades, con una gama de categorías intermedias, todas las cuales presentaban problemas más o menos específicos.

4. La nueva Guerra de Independencia iniciada en 1895 sorprendió a la economía agraria del país en medio de su reconstrucción y, a la vez, sujeta a una crisis muy fuerte. Como hecho digno de ser destacado, los problemas agrarios casi no figuran en el cuadro de las consideraciones programáticas de la Revolución, no obstante la visible participación de los elementos rurales en la organización y el sostenimiento de las fuerzas revolucionarias. La realidad es que no se previó debidamente lo que había de ocurrir en este aspecto de la economía después de tres años de lucha y de una intervención extranjera.

Lo cierto es que la situación agraria del país sufrió fuertes sacudidas a consecuencia de las operaciones militares. Nuevamente, y ahora en mayor proporción que en 1868-78, la agricultura tuvo que soportar el peso, siempre ahogante, de los ejercicios en campaña, que destruyen y consumen, sin reponer o sin dar tiempo a que la zona ocupada se rehabilite. Este hecho que, en cuanto a los cubanos representaba la justa política de exterminio de aquella riqueza que servía de base al poder colonial y que en cuanto a las tropas españolas no significaba más que una manifestación desesperada del poder represivo extranjero, debe considerarse como fundamental en el proceso histórico nacional.

En primer lugar, a diferencia de lo ocurrido en 1868-78, la nueva insurrección se extendió por todo el país, aun cuando se sintió con más fuerza en las regiones central y oriental; pero las operaciones militares se mantuvieron también en el occidente. De modo que los efectos destructivos alcanzaron una expresión geográfica que no habían tenido anteriormente y que tendería a *nivelar* la situación económica del país.

No se dispone de detalles sobre la destrucción de explotaciones agrarias. Se sabe que la orden del General en Jefe de los cubanos, Máximo Gómez, de dar fuego a todas las grandes propiedades que desde la Guerra de los Diez Años él consideraba los mejores aliados del poder colonial, se cumplió; pero la necesidad del gobierno de la república en armas de obtener fondos, la simpatía de algunos propietarios por la independencia, así como la protección dada por la bandera norteamericana a algunos de los centrales fueron causa de que no se aplicara totalmente, sino solo cuando el propietario no quisiera contribuir a la causa libertadora o cuando no hubiera bandera "neutral" protectora. La correspondencia de la Delegación del Partido Revolucionario Cubano en New York publicada hasta ahora muestra debidamente estos hechos. Pero en unos y otros casos, en lo que hace a la industria azucarera, la Guerra fué un factor coadyuvante de la crisis, que continuó produciendo la eliminación de fábricas.

Puede apreciarse el grado de decadencia a que llegó la industria con solo recordar que la zafra de 1895 fué de 1,004,264 toneladas y las de 1896 y 1897 no pasaron de 225,000 toneladas. Todavía en 1903 no alcanzaba el millón de toneladas. La generalidad de las fábricas supervivientes trabajaba mucho menos de lo que le hubiera permitido su capacidad en otras circunstancias.

En 1878 el área cultivada de caña ascendía a 17,701 caballerías mientras en 1899 todos los cultivos del país ocupaban solamente 26,000 caballerías. No es aventurado afirmar que esta extensión representaba, si acaso, el cincuenta por ciento de la totalidad del área cultivada en la víspera del Grito de Baire. Con razón el doctor Guerra ha puesto énfasis en varios de sus trabajos sobre la total devastación del país y la ruina de su agricultura después de tres años de lucha armada.

Como durante la Guerra anterior, la población rural emigró hacia las ciudades y los puntos fortificados, abandonándose las labores o limitándose a vivir de su producción para la subsistencia familiar, o "reconcentrándose" en ciertas localidades por orden de las autoridades con el objeto de sustraer de las zonas rurales a la población activa capaz de cooperar con los revolucionarios.

Sin embargo, los datos del Censo de 1899 muestran que había en el país unas 60,711 fincas de labor, cifra que arroja una reducción de 30,000 con relación a 1895. No obstante esa pérdida absoluta, el número de fincas existente en 1899 constituía un índice de desarrollo agrario bastante alto, debido a la importancia que tenían las explotaciones en pequeño, en contraste con la relativa crisis de las grandes explotaciones. Pero el desarrollo posterior fué propicio a estas últimas

debido al amplio crédito bancario norteamericano mientras aquellas carecieron de casi todos los elementos necesarios para rehabilitarse. Solo la energía desplegada por algunos grupos de productores, como sucedió entre los vegueros, pudo suplir esas deficiencias. La evidencia del desplazamiento de los cubanos de la tierra provocó un movimiento agrarista entre los propios libertadores que no pudo realizar su programa.

La situación agraria que se deduce de los datos del Censo de 1899 es muy interesante, entre otras razones porque debe constituir el punto de arranque de toda consideración a realizar sobre el desarrollo económico del período republicano.

Al terminarse la Segunda Guerra de Independencia el término medio de extensión de las fincas era de 4.3 caballerías; pero en la distribución por grupos de extensión las de menos de 1 caballería predominaban, seguidas de las fincas de más de 10 caballerías, dedicadas por lo común a caña y a ganado. Si se apura más el análisis se podrá apreciar que dentro de las de menos de 1 caballería, la mayor parte eran de menos de $\frac{1}{2}$ caballería, lo cual acentúa aun más la importancia de los minifundios en la agricultura cubana de la época. Estos minifundios comprendían el 27.9% del total de tierras cultivadas.

Aunque tal proporción parezca importante —y lo es, dentro de la subdivisión de los grupos de fincas— en cuanto al área comprendida en ellas no representaban mucho, dado que solo el 3% del área del país estaba en explotación y esto sucedía particularmente en la zona occidental, mientras la agricultura era más bien dispersa en la región oriental.

Como tendremos ocasión de apreciar en el capítulo III la distribución de esas fincas según la condición étnica y jurídica de los que las explotaban demuestra que la situación agraria, no obstante la destrucción ocurrida, presentaba posibilidades de un desarrollo equilibrado de la economía nacional. Pero ya durante la intervención norteamericana, el alud de inversionistas, de promotores capitalistas, de "geófagos", anunciaba la imposibilidad de mantener y desarrollar aquellos elementos positivos salvados del desastre colonial, puesto que la actividad de esos agentes forzaba al país hacia una expansión azucarera que necesitaba como requisito previo la eliminación —en el mayor grado posible— del propietario y del arrendatario cubano. Todavía Cuba ofrecía grandes posibilidades de colonización agraria; pero no debían ser estimuladas. Con sus razones el interventor Wood se opuso a la idea de un impuesto territorial que obligase a fomentar o a vender las tierras: lo consideraba "perjudicial a la reelección de McKinley".

Evidentemente, algunos de los "electores" del Presidente de los Estados Unidos reservaban a los cubanos el papel de braceros, en un país despoblado y en la miseria.

5. La técnica agrícola no sufrió variación respecto de los tiempos anteriores. Se tiene la impresión más bien de que al impulso que la técnica agrícola recibió entre 1840 y 1868 quedó limitado y hasta reducido, después de 1878, a una expresión positivamente inarcorde con las mejoras en los procedimientos industriales.

La aplicación de fertilizantes progresó relativamente más que cualquiera de los demás recursos técnicos aplicables al cultivo de la caña. Este progreso se debió a la fuerza de las circunstancias, pues la principal parte de la industria seguía estando situada en las zonas cañeras occidentales, donde se sufría ya del "cansancio" de las tierras explotadas intensamente desde antaño. Una característica de la importancia que cobran los fertilizantes en la agricultura cañera viene ilustrada por el hecho de la creación de fábricas de abonos (plantas mezcladoras, principalmente), una de las cuales era propiedad del Conde Ibáñez, sin duda uno de los hacendados más emprendedores de la época posterior a la Guerra de los Diez Años. Pero esa no era la actitud general, ni siquiera la más difundida, sino precisamente la contraria, entre otras razones porque la mayor parte de la nueva industria azucarera se creó en las tierras nuevas de la zona central y oriental del país, liberadas de trabas a consecuencia de la Guerra de los Diez Años. En general, mientras las tierras produjeron altos rendimientos con un mínimo de inversión en jornales no había interés en aplicar fertilizantes.

La generalidad de los que aplicaban abonos empleaban el producido por la mezcla de mieles, de residuos de bagazo y de estiércol como se describe en el t. III del *Tesoro* de Balmaseda, esto es, siguiendo una práctica tradicional y remozada por los trabajos de Alvaro Reynoso.

El cultivo mecánico —del cual había un ensayo anterior a 1868 mencionado en el t. IV— pareció que iba a tener una general aceptación en las condiciones de progreso incesante de la técnica industrial posterior a 1878. La disparidad del desarrollo mecánico entre la casa de máquinas y la plantación debía haber propiciado una enérgica acción agrícola. En la *Revista de Agricultura* (1889) se planteó la necesidad de aplicar el arado mecánico debido a la economía que representaba en aquel momento de escasez y de carestía de la mano de obra; pero la rápida solución de este problema detuvo aquel impulso tecnológico. Además, tal como había ocurrido desde 1840, todavía los hacendados prestaban mayor atención al rendimiento en azúcar obtenido en la casa de máquinas que al mejoramiento del contenido en

guarapo y en sacarosa de la caña. En general, no se ocultaba entonces, como había sucedido en tiempos anteriores (merced al empleo de esclavos) y se repetiría en tiempos de la República que en un régimen de salarios bajos, pero con una tierra barata y altamente productiva, *per se*, al punto de que no exigía resiembra durante períodos de varios años, no era preciso acelerar el proceso de mecanización agrícola, ni, en general, preocuparse por la técnica.

Fuera del territorio donde había habido una industria azucarera importante, y por ende, abundaron los obreros, "liberados" por la demolición de antiguas explotaciones ineficientes, el costo de la mano de obra agrícola se alzó durante algunos años; pero antes de 1895 parecía resuelto el problema. Hacia 1890 se reconocía públicamente que el factor más grave de la situación azucarera en Cienfuegos no era, precisamente, el precio del trabajo, sino otros.

"En Cuba basta iniciar las más rudimentarias mejoras, ejecutándolas del modo más primitivo, para obtener en seguida resultados que en otros países no se consiguen... Pues bien; si eso se logra tan fácilmente, ¿qué cosecha no se recogería poniendo en planta el cultivo intensivo en toda su extensión?", decía Balmaseda en uno de los trabajos sobre agricultura cañera reproducido en el *Tesoro*. Esa era precisamente la causa por la cual el cultivo resultaba entonces y seguiría siendo durante una buena parte del período republicano, de tipo extensivo, o sea la facilidad de obtener rendimiento elevados sin mejora alguna, casi sin labores constantes.

Por su parte, el cultivo del tabaco sufre durante este período escasas variaciones. Se continuó la práctica nociva de aplicar indiscriminadamente el guano del Perú, salvo en la zona de Partido, en la cual venía desarrollándose el cultivo de tabaco desde principios del siglo y en la cual se utilizaba el abono natural, de establo. Según González del Valle la especialización en "semilleros de monte" o de posturas para venderlas a los vegueros de la zona de Partido tuvo cierto desarrollo en este período, pero fué de tipo excepcional.

En el aspecto de elaboración o manipulación de la hoja antes de enviarla a la fábrica, en este período se produjo una acentuada especialización de las escogidas, que dieron nuevo tratamiento a las hojas presentándolas "planchadas" y formando manojos con un aspecto que, al decir de González del Valle, en "nada beneficiaba al consumidor de la materia prima, pero sí al especulador, principalmente en los mercados exteriores". Esto último indica, cómo, al igual que durante la década de los 40 se había producido una alteración del cultivo por exigencia de las exportaciones, ahora se trataba de satisfacer necesidades de la

exportación aun cuando no significaran nada para el mantenimiento o la mejoría de la calidad del producto. Como consecuencia de este deseo de poner la hoja cubana al nivel del gusto del consumidor extranjero se descuidó la calidad y nuestro producto perdió posiciones hasta entrar en una gran crisis.

Debido a que se estimaba oportuno suministrar tabaco "ligero" a los principales mercados extranjeros (Estados Unidos y Alemania) se estudió cuál era la mejor forma de producirlos en Cuba, donde el tabaco "pesado" imperaba desde tiempo inmemorial. Como consecuencia de los tanteos para obtener el mencionado tipo necesitado para la exportación se creyó observar de que el riego podía influir en el color y la fortaleza de la hoja, al punto que durante la década de los 80 se empleó este sistema en una forma desordenada, de suerte que no se pudo contener una hoja uniforme, dentro del color claro que se requería para exportar. Cada veguero de la zona de Partido experimentaba por su cuenta. Otros habían observado que el cultivo de la hoja asociado al de plantas productoras de sombra podía producir una materia prima adecuada al gusto del consumidor extranjero. Sin embargo, también se producían trastornos con esta práctica. Los diversos sistemas empleados no dieron resultados permanentes, hasta que el cosechero Luis Marx estableció el cultivo bajo tela (cheese cloth) en la cosecha de 1901-02, iniciando un nuevo período en el cultivo para la obtención de hojas claras y ligeras, demandadas por el consumidor norteamericano.

6. Los cambios operados en algunos de los cultivos básicos del país fueron, como ha podido apreciarse en el número antecedente, estrictamente limitados, concretos. En general, el período se caracteriza por una ausencia del gran empuje tecnificador que había surgido antes de 1868. Todavía en la última década del siglo estaban por realizar algunas de las ideas de Reynoso. Aparte de la literatura agrícola sobre la caña que se cierra propiamente con las obras de Reynoso y que, por ende, apenas tiene representantes de talla similar a éste durante los años 1878-1895, deben señalarse algunos autores y obras. Juan B. Jiménez, y sus *Aventuras de un Mayoral*, Antonio María de Paula Arias y su libro *El Veguero de Vuelta Abajo* (1897), constituyen las principales canteras de información sobre procedimientos y estado del cultivo en la región occidental. Sobre el cultivo del tabaco en las zonas restantes no había aparecido obra alguna.

La exigüidad de la bibliografía no quiere decir que este período carezca de interés desde el punto de vista de las ideas sobre la agricultura. La publicación de la obra de Francisco Javier Balmaseda depor-

tado a Fernando Poo durante la Guerra de los Diez Años y que después de haber vivido varios años en países americanos, volvió a Cuba para dedicarse a una intensa propaganda agrícola, es suficiente para mostrar el interés que se tenía en estos temas. Aunque Balmaseda representa, en cierta medida, la gran tradición de la "Cuba pequeña", esto es, de la diversificación, no rechazó propiamente el cultivo de tipo comercial para la exportación; por lo contrario, estaba empeñado en que los grandes cultivos del país se produjeran de acuerdo con los métodos más racionales y científicos. En este sentido, pudiera advertirse cierta influencia de Reynoso, que llevaba las prácticas agrícolas comerciales al campo del cultivo de los frutos menores.

La obra de Balmaseda, *Tesoro del Agricultor Cubano*, fué publicada en tres tomos durante la década de los 80 y la segunda edición se produjo a partir de 1890. El hecho es significativo, por cuanto acredita la divulgación que tuvieron estos trabajos. Balmaseda reunió en ella una serie de estudios sobre cultivos, ganadería, avicultura y fabricación de azúcar que él recopiló o tradujo y que adicionaba o adaptaba con observaciones relativas a Cuba, fueran de tipo teórico, por no haberse ensayado el cultivo en el país, fueran de tipo experimental por conocerse y practicarse en él. Todavía hoy se leen con interés muchos de estos ensayos por su vibrante llamado al trabajo en nuestra tierra, rica y fácil.

Debe señalarse en este período el inicio de las Estaciones Agronómicas. Por decreto de 8 de octubre de 1886 fueron creadas las dos primeras estaciones: una en Pinar del Río y otra en Santa Clara. La primera dedicó sus esfuerzos al estudio de los fertilizantes del tabaco, sobre lo cual publicó una *Memoria*; pero su destino era fatal, por cuanto al no asignársele fondos en los presupuestos de 1891-92 tuvo que cesar en sus trabajos. La de Santa Clara después de muchos tropiezos para instalarse y cuando parecía que iba a lograrlo definitivamente sufrió la misma suerte que la de Pinar del Río. La cortísima historia de las instituciones de investigación técnico-científica de este período terminó, pues, el año 1891. La obra de Casaseca y la de Reynoso se perdió completamente. En 1901 se organizó por iniciativa particular el Jardín Botánico del Central Soledad y solo más tarde, durante la República, quedaron definitivamente instalados algunos centros de investigación para la agricultura.

7. La terminación de la segunda Guerra de Independencia significó de inmediato la posibilidad de ocupar grandes extensiones de tierras de las zonas central y oriental para dedicarlas al cultivo de la caña en torno a los grandes centrales. Esta tendencia, que había per-

manecido como en estado latente desde la terminación de la Guerra Grande y, al parecer, solo necesitaba la remoción de algunos obstáculos de tipo político y jurídico, así como la formación de los capitales de inversión adecuados —que antes de 1890 difícilmente podían ofrecer los Estados Unidos, ni, menos, la economía colonial— se desató inmediatamente después de la retirada de los españoles, durante la intervención americana, favorecida por la influencia política y el empobrecimiento del país.

El precio de la tierra, sobre todo en las zonas menos desarrolladas o devastadas, era extraordinariamente bajo, la necesidad en que estaban muchos propietarios y terratenientes de realizar un capital rápidamente mediante la venta de bienes, la posibilidad de disponer arbitrariamente de tierras públicas, apropiadas por fraude o por ignorancia, favorecieron la gestión de los inversionistas americanos que se lanzaron por los campos de Cuba y produjeron una verdadera transformación durante el corto período que corre entre 1899 y 1902 a consecuencia de la adquisición de enormes extensiones de tierras.

En la zona de Nipe, Preston adquirió unas setenta y cinco mil hectáreas al precio de cuatrocientos mil pesos, de las cuales surgiría el Central Preston, de la United Fruit. Casi al mismo tiempo se fundaba el Central Francisco sobre un fundo de treinta y dos mil hectáreas compradas entonces. El Central Chaparra se instaló con el aporte de veinte y siete mil hectáreas compradas en 1901 por otro empresario. Con estos pasos quedaba iniciado el proceso de formación del latifundio azucarero. Las tierras libres cercanas a los lugares donde se producían estas colosales compras subieron de precio, cerrando toda posibilidad a los cubanos, faltos de financiamiento, de adquirirlas, si bien los propietarios de ellas tuvieron ocasión de explotarlas.

CAPÍTULO III

LA NUEVA ORGANIZACION DEL TRABAJO

Y A conocemos la situación del régimen del trabajo esclavista, que había entrado en crisis desde 1840. La Guerra de los Diez Años contribuyó a disolverlo más rápidamente. El período que corre entre 1878 y 1902 contempla su desaparición y la instauración del régimen del trabajo asalariado, que constituye la base del desarrollo azucarero actual. Este fenómeno representa el más importante cambio de tipo social y político que se produce entre los antecedentes inmediatos del establecimiento de la República. No resolvió la situación práctica que confrontaba la industria, esto es, no abarató en la medida en que lo pretendían los empresarios, el costo del trabajo; pero sirvió de marco para que la expansión industrial se produjera sobre la base de la contratación de obreros baratos en otras zonas del Caribe, los cuales era imposible obtener durante el régimen esclavista y resultaban indeseables para el sentimiento público temeroso siempre de agravar la constitución étnica de la población.

1. La Ley Moret o de "vientres libres", así como otras medidas dictadas durante la Guerra de los Diez Años abrieron el camino para la abolición total de los restos de la esclavitud que existían en Cuba afincada aun sólidamente en las grandes explotaciones agrarias.

De hecho en 1878 la esclavitud carecía de la importancia que tenía hasta 1868. Un artículo de la *Revista de Agricultura* revela la multiplicidad de combinaciones de trabajadores que se empleaban en la industria azucarera, que era la más decidida a mantener la esclavitud por temor a carecer de brazos, si, como preveían algunos, los emancipados se atrevieran a desplazarse de su antiguo lugar del trabajo. Desde los ingenios que trabajaban con esclavos del propietario hasta los que empleaban un 40% de blancos y libres, la gama de elementos mezclados era variada: comprendía especialmente esclavos alquilados, chinos contratados y libres y obreros blancos. Estas combinaciones fueron posibles por la nivelación de los jornales, esto es, por la igualdad que llegaron a tener momentáneamente el alquiler del esclavo y el salario

de los trabajadores libres, estimados ambos en unos 21-22 pesos oro al mes.

No había, claro está, una resistencia seria a la supresión de la institución tradicional, aunque algunos grupos aspiraban a recibir una indemnización por la pérdida que alegaban a consecuencia de la abolición. Claro está que el Estado español y la hacienda cubana no estaban en condiciones de reconocer derecho a tal indemnización, que hubiera representado erogaciones cuantiosas. Por esa razón se resolvió dar por terminada la esclavitud, pero prolongando parcialmente sus efectos con el fin de permitir que los patronos obtuvieran en algunos años la susodicha indemnización, a costa de los propios emancipados.

La Ley de 13 de febrero de 1880, publicada el 8 de mayo siguiente, declaró abolida la esclavitud, estableciendo el régimen transitorio del Patronato, similar al aprendizaje puesto en práctica en las colonias inglesas y francesas años antes. Este período duraría ocho años durante los cuales se realizaría la emancipación paulatina de grupos de esclavos, quedando los restantes sujetos al patronato, verdadera semi-esclavitud, que les daba derecho a una retribución de 1 a 3 pesos mensuales. Tanto los datos oficiales como algunos estimados de la época fijan el número de esclavos en un total de 150,000 —si bien el Censo de 1877 había registrado unos 199,000— de los cuales quedaban por liberar unos 100,000 el año 1883. Aunque con lentitud, la abolición se produjo tan efectivamente que por decreto de octubre de 1886 se decidió acortar dos años al período de Patronato, quedando por consiguiente terminada la esclavitud.

Los años en que ocurre este proceso fueron de constante discusión en torno a los problemas que plantearía el cambio de situación jurídica de los trabajadores. De tono pesimista, algunos comentarios, como los de Benjamín de Céspedes en la *Revista de Agricultura* preveían una fuerte emigración de los esclavos hacia las ciudades y la necesidad de establecer una legislación para retener a los trabajadores en las explotaciones rurales. En este último punto, sin embargo, no aceptaba el autor citado la aplicación de una ley contra la "vagancia" que otros proponían y esperaba mejores resultados de los planes de colonización que retendrían a los trabajadores en la tierra. Esta última solución pareció predominar en una reunión del Círculo de Hacendados (4 de julio de 1886). La realidad es que la mejor manera de crear verdaderos trabajadores era favoreciendo la ocupación de tierras, aun cuando el procedimiento pudiera resultar mucho más lento que la compulsión al trabajo por medios legislativos y policiales. Esos temores, sin embargo, no se confirmaron en todas las zonas. La propia *Revista de Agricultura*

señala el caso del ingenio Portugalete de Manuel Calvo, fundado en 1880, en la provincia de la Habana, en el cual "a pesar de ser libres y de poder hacer lo que les parezca, cuantos viven en la finca y antes fueron esclavos, siguen allí casi en su totalidad". Sería difícil no relacionar esta actitud de los emancipados con la alta concentración de la población trabajadora en toda la región occidental que tendía a disminuir las oportunidades de mejorar el salario o a impedir la ocupación de las tierras libres.

2. Es indudable que la mayor movilidad de los trabajadores a consecuencia de la abolición de la esclavitud repercutió sobre la organización del trabajo en las zonas rurales. Por otra parte, es cierto que la demolición de antiguas explotaciones agrarias permitió disponer de trabajadores "sobrantes" en ciertas zonas, aunque al mismo tiempo la ampliación de la capacidad de producción de los ingenios exigía un mayor número de brazos que antaño, por lo cual se compensaban en parte las dos tendencias.

Tal compensación no se producía efectivamente en algunas regiones. Por ejemplo, en el centro y en el oriente del país, donde tradicionalmente era menor el número de esclavos que en el occidente, la aparición del nuevo régimen de trabajo al mismo tiempo que las grandes fábricas de azúcar produjo cierta escasez de brazos que era difícil resolver, a menos que los hacendados se dispusieran a aumentar los salarios en la proporción capaz de atraer a los trabajadores de otras zonas. Puede afirmarse que durante todo este período se presentó esa circunstancia en algunas localidades, determinando una relativa inseguridad en la provisión de brazos para la industria azucarera. Lógicamente, se dió en pensar que la mejor solución para esta dificultad era la inmigración, solución parecida a la que se había practicado desde el siglo xvi y que Arango Parreño llevó a su máxima expresión a través de la importación de esclavos. Ya veremos que se volvió a esta solución o, mejor dicho, se continuó "importando" trabajadores con la natural consecuencia de reducir los salarios a una expresión mínima.

Anotemos algunos de los hechos que marcan esa evolución. El primer hecho que debe apuntarse es la diferencia de salarios entre el tiempo de zafra y el tiempo "muerto". El Conde de Ibáñez en 1886 señala que entre uno y otro la fluctuación corría de 15 a 25 pesos hasta 25 a 40 pesos oro, lo cual se explica por la organización estacional de la producción, que confrontaba más escasez en el período de actividad máxima. Había ingenios que en tiempo de zafra requerían unos 1,000 obreros y en tiempo muerto solamente 400.

Dos años después (1888) se pagaban salarios más o menos iguales en diversas zonas, según la situación de cada una. Por ejemplo, en Trinidad, era de 10 a 14 pesos mensuales con buena manutención por cuenta del patrono; pero en Sagua y en Cienfuegos, donde ya apremiaba la escasez de trabajadores se les ofrecía de 12 a 18 pesos y de 14 a 17 pesos respectivamente con manutención no tan buena, según testimonios de la época. Y en Matanzas, donde la concentración de población trabajadora era muy alta se les pagaban de 35 a 40 pesos en billetes y sin manutención, lo cual representaba un salario real mucho menor que en las demás zonas.

Estas mismas zonas, a virtud de los cambios producidos en ellas por la fundación simultánea de buen número de centrales, cambiaron rápidamente, apresurándose el proceso de escasez de trabajadores con la correspondiente alza de salarios. En Trinidad, se pagaban en 1889 unos 15 a 18 pesos; en Cienfuegos y Sagua, de 22 a 26 pesos. Mientras tanto en La Habana y Matanzas, donde estaban desapareciendo rápidamente los ingenios, los trabajadores se encontraban en una situación peor: se les ofrecían de 20 a 25 en billetes (de 8.50 a 10 pesos oro) con manutención.

Mientras ocurrían estos hechos en las zonas occidentales o en localidades del centro del país que disponían de población negra recién liberada, en Puerto Príncipe y en Oriente la situación era menos grave para los hacendados. Ciertamente es que allí no abundaban —a lo menos en las zonas rurales importantes— los antiguos esclavos y que la Guerra de los Diez Años había contribuido a detener el desarrollo demográfico; pero la ruina producida por las operaciones militares había cegado la mayor parte de las fuentes de empleo y se disponía de mano de obra, a la que, por lo general, se ofrecían 12 a 22 pesos oro. En ciertas zonas del oriente había movimientos capaces de compensar cualquiera escasez momentánea de brazos, como por ejemplo, en Santiago de Cuba, donde la minería atrajo numerosos trabajadores.

Bien pronto los trabajadores se percataron de que la única defensa que tenían frente a la depresión del salario en ciertas regiones era la movilidad que les permitía su nuevo estado. Por su parte algunos de los nuevos ingenios, sobre aquellos establecidos en centros donde no había una industria azucarera precedente o donde ésta había desaparecido durante cierto tiempo, se pusieron en plan de competencia con los demás. Finalmente, en algunos lugares las luchas entre colonos y hacendados, incluyeron a los obreros que intervenían con el fin de lograr salarios más altos. De la zona de Trinidad salieron alrededor de 1890-91 numerosos trabajadores, que se dirigieron a Cienfuegos y Sa-

gua, donde se les ofrecía mejor salario y no se les obligaba a comprar en las tiendas de los ingenios. Esto fué lo que declararon a un corresponsal de la *Revista de Agricultura*, y ello respondía perfectamente a los movimientos internos que se producen a consecuencia de las alteraciones del mercado de trabajo.

A medida que se iban formando los grandes centrales en las zonas del centro y el oriente, la presión sobre las zonas azucareras antiguas era mayor. En 1892 se demoró la zafra en Trinidad, en Sagua y en Remedios a causa de la escasez de trabajadores.

Generalmente los problemas eran más agudos —por el carácter estacional de la industria— durante los períodos de zafra. Durante el tiempo *muerto* se presentaba entonces el fenómeno contrario, por la falta de ocupación. Esta cuestión era ya suficientemente importante para que en zonas no principalmente azucareras como Sancti Spíritus un periódico de los propietarios de fincas rústicas y urbanas, llamado *La Asociación* planteara en una fecha tan significativa como el 24 de febrero de 1895 la necesidad de ofrecer trabajo a los obreros azucareros en tiempo muerto, pues los salarios que se les pagaban en zafra eran tan bajos que no dejaban esperanza de que realizaran ahorro alguno para el período de desempleo. Así como en otras épocas se había identificado la desocupación con la vagancia, ahora se la hacía fuente del bandolerismo rural, muy abundante en este período de la historia nacional. El periódico mencionado proponía la creación de colonias agrícolas diversificadas, la ejecución de obras públicas y el establecimiento de nuevas industrias. Desde luego, este problema y otros conexos con la interrelación de las zafras principales de Cuba —la del azúcar y la del tabaco— fueron discutidos públicamente. Y no faltó quien, en una polémica suscitada en torno a la crisis de la industria de tabaco, dijera que los tabaqueros debían irse a los campos a cortar caña.

La anécdota retrata de cuerpo entero la mentalidad de los partidarios de transformar a Cuba en un gigantesco cañaveral en el que solo cabían dos grupos de personas: los administradores y los braceros. De esta misma mentalidad surgió una nueva tesis sobre la "vagancia", pues es claro que hubo resistencia, por parte de la población rural, a abandonar sus tradicionales ocupaciones para incorporarse a la industria azucarera a medida que ésta iba predominando en el campo cubano.

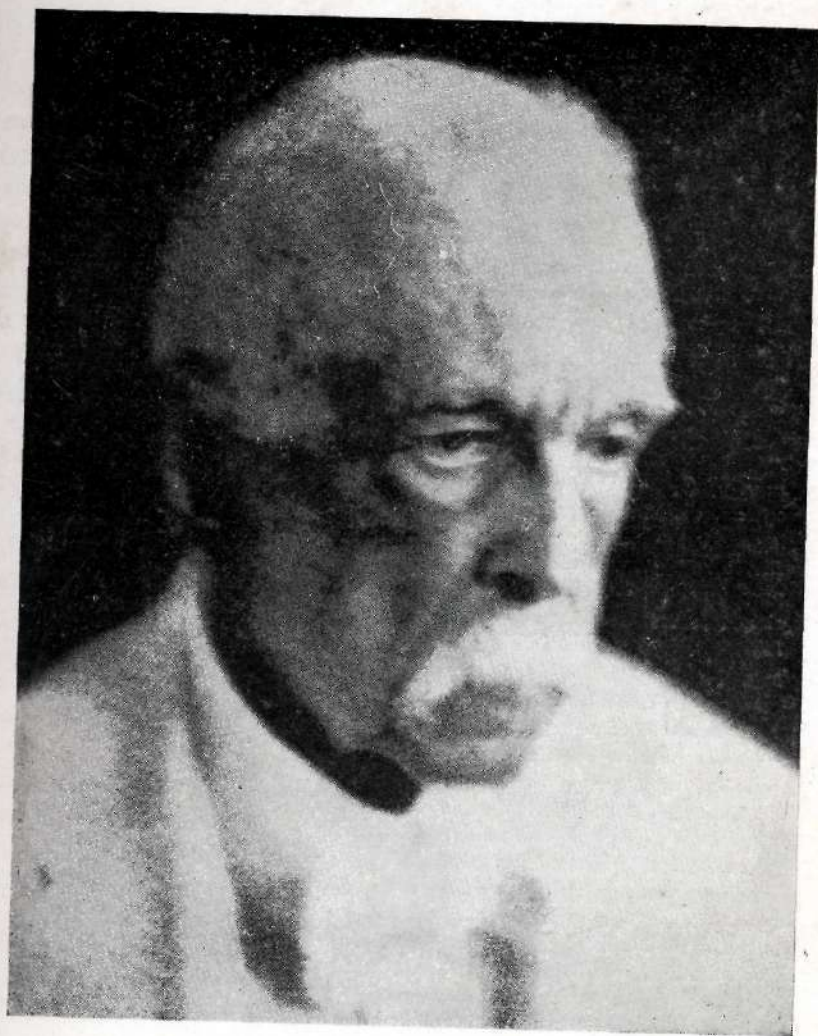
La cesación de la Guerra en 1898 no determinó, aun cuando se fomentaron numerosas explotaciones agrícolas e industriales, una mejoría en la situación de los asalariados. La ruina general, la fijación de numerosos desplazados por las operaciones militares, el licencia-

miento del Ejército Libertador, se reflejaron intensamente sobre el nivel de los salarios. Una carta del General Lacret a Gonzalo de Quesada diciéndole que es pobre de solemnidad y que dispone de dos mil hombres que le son fieles y podrían emplearse en contratas para fundación de ingenios, obras públicas o cualquiera otro trabajo revela aquella triste situación. Una investigación oficial sobre los jornales medios en las diversas provincias y sus términos —excepto La Habana— muestra que los salarios de los obreros agrícolas oscilaban entre 45 pesos y 13 pesos mensuales, con fuertes variaciones según las localidades.

3. Para resolver los problemas de la nueva organización del trabajo se apeló a las soluciones consagradas por la necesidad y la tradición. En el capítulo I indicamos que durante la Guerra de los Diez Años se prosiguieron los esfuerzos "colonizadores". A medida que se sintió más la necesidad de disminuir la escasez de trabajadores durante los períodos de zafra surgieron numerosos proyectos de introducción de braceros.

Desde 1881 quedó constituida en Caibarién la "Sociedad de Inmigración Española", animada por un grupo de hacendados y terratenientes de la región que preferían braceros españoles por considerarlos más asalariados, razón por la cual era preferible la importación de hombres favorables al mantenimiento del régimen colonial y a la estructura étnica de la población. En verdad, en las zona de Remedios y, por lo general, en todo el oriente de Las Villas, el sistema de asentamiento era en forma de colonato o de concesión de tierras en arrendamiento o en otras formas, que empleando a los inmigrantes como braceros o solteros españoles (canarios) o de familias que tendían a fijarse en el lugar y constituían un aporte de buenos, activos y entusiastas trabajadores de la tierra.

En 1890-92 existía en Madrid una Sociedad o compañía de inmigración que había introducido en Cuba 2,000 trabajadores españoles. La empresa confrontó las dificultades tradicionales en el empleo de inmigrantes españoles. Los contratados que llegaron a Remedios en marzo de 1892 se negaron a emplearse en los ingenios de la zona vecina pretextando que se les había incumplido el contrato. Y, al parecer, la generalidad de los inmigrantes de este tipo se liberó de tener que servir en la industria azucarera. Debe tenerse en cuenta que la jornada de trabajo en los ingenios y plantaciones se extendía desde las 2 a.m. a las 11 a.m. y de la 1 p.m. a las 6, o sea, un total de 14 horas de labor intensa, las cuales añadidas a las dificultades del clima, al bajo salario y a las escasas posibilidades de obtener tierras para tra-



ENRIQUE JOSÉ VARONA

ENRIQUE JOSÉ VARONA. Pensador de significación y renombre continentales, a quien el vigoroso ensayista de *Ariel* creyó digno de personificar al Próspero de su bien conocido libro; maestro respetabilísimo alrededor del cual los discípulos —las juventudes americanas— se agruparían reverentes para escucharle. Poseedor de una vasta y bien asimilada cultura clásica y dueño, con raro y ejemplar dominio, de los secretos y de las bellezas de la lengua castellana, Varona se dió a conocer y admirar muy pronto por su extensa e intensa labor literaria, histórica, crítica, filosófica, política... En 1880, inicia en la tribuna prestigiosa de la Academia de Ciencias, de esta ciudad, la serie de sus famosas *Conferencias filosóficas*, aporte valiosísimo que unió su nombre para siempre al de los más grandes pensadores cubanos, el padre Varela y don José de la Luz. Autonomista primero y más tarde separatista —Varona sustituye a Martí en la dirección del periódico *Patria*, órgano del Partido Revolucionario Cubano—; el gran escritor y patriota preeminente llevó a cabo, bajo el gobierno del general Wood, la reforma de los estudios secundarios y superiores. Profesor de la Universidad de la Habana, Vicepresidente de la República y Presidente del Partido Conservador, Enrique José Varona, por su honradez acrisolada y la rectitud de sus principios, vino a ser, en las postrimerías de su vida, el mentor indiscutido de la juventud cubana, que aun encuentra ánimos para erguirse, en su luminosa ancianidad, contra los desafueros del régimen machadista. Murió poco después de la victoria de la Revolución, el 19 de noviembre de 1933.

El retrato que se publica figura en el *Homenaje a Enrique José Varona en el cincuentenario de su primer curso de filosofía (1880-1930)*, editado por la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, y que vió la luz, en La Habana, dos años después de la muerte del maestro.

bajar en el futuro, inclinaban a los inmigrantes blancos a trabajos que no fueran rurales o, en todo caso, trabajos con un mínimo de dependencia. De todas suertes, debe indicarse que la mayor parte de estos trabajadores blancos se agrupaban en el batey de los ingenios y laboraban en la casa de máquinas, mientras en las plantaciones había una mayoría, casi totalidad de negros y mestizos.

Como expresaba el correspondiente del *Lousiana Planter* en 1891 la solución seguía siendo la importación de braceros. No se especificaba la procedencia de esos trabajadores. Bastaba que llegaran en número suficiente para deprimir los salarios en tiempos de zafra, fueran de las Indias Occidentales, de los Estados Unidos, de Venezuela, de Honduras, de cualquier parte serían "bienvenidos". Los extremos a que se llegó fueron dignos de recordarse: en 1891 arribaron a la zona de Cienfuegos braceros "alemanes", que resultaron ser norteamericanos, con los cuales hubo problemas debido a que no se les podía dar el tratamiento acostumbrado a los braceros de otras procedencias y del propio país.

4. Dentro de los demás sectores de la producción la situación desde el punto de vista del trabajo presentaba igualmente serias dificultades. Los obreros rurales del tabaco tenían como los azucareros un período de ocupación y otro de desocupación, de modo que entre ellos se planteaba el mismo problema que en cuanto al carácter estacional de la industria azucarera, aunque paliado por el hecho que eran muchos menos.

Los obreros urbanos del tabaco tenían dificultades resultantes de la situación general del país y, en especial, de la crisis de la industria. Desde 1869 se estaba produciendo la "emigración" de los tabaqueros que es un fenómeno de mucha importancia para la historia general de Cuba, pues si, de un lado, los emigrantes constituyeron el principal apoyo para las actividades revolucionarias libertadoras en los Estados Unidos, de otro, contribuyeron eficazmente al establecimiento de una industria tabacalera capaz de competir con la de Cuba, como sucedió en efecto, gracias a la presencia de cientos de obreros y administradores cubanos especializados.

El origen de este movimiento emigratorio que se produce a lo largo de más de 30 años fué fundamentalmente económico y puede resumirse en el hecho que la industria cubana atravesó una fuerte crisis de la cual resultaba una desocupación permanente de los obreros tabaqueros. Con frecuencia se producían períodos de baja muy aguda en la industria como el del año 1879 y de 1894, que algunos comentaristas de la revista *El Tabaco*, comparaban con el precedente. La

paralización de las fábricas dejaba a veces sin trabajo a varios millares de torcedores (cinco mil según testimonios de la época) solo en la ciudad de La Habana, como sucedió en 1893. El lock-out de las fábricas, en señal de protesta por la situación fiscal, decretado en agosto de 1892, lanzó a la calle más de 8,000 obreros. No es extraño que hubiera ocasión en que se embarcasen para Estados Unidos grupos de hasta 200 tabaqueros, como atestigua la revista *El Tabaco* en 1894,

En realidad, la industria tabacalera urbana había sido, desde la década de los 30, un refugio para cierta parte de la población blanca pobre y de los mestizos y negros libres. La abundancia de obreros reclutados para hacer frente al auge extraordinario de las exportaciones de 1850-60 repercutía ahora sobre el nivel de empleo acentuando los efectos de su baja momentánea.

Es comprensible que en este sector se manifestasen los primeros problemas sociales modernos. Desde 1866, año en que se produjo la primera huelga, hubo una serie de conflictos, agravados en 1886-87 por la situación monetaria y la reducción de las exportaciones. Los tabaqueros poseían prensa, si no propia a lo menos interesada en defenderlos, y tenían organizaciones gremiales y de socorros que les permitían cierta unidad de acción. Desde el periódico *La Aurora* creado antes de 1868, hasta los titulados *La Unión* (1873-74), *La Razón* (1874-1883) y *El Productor* (1887-1889), no faltaron medios de expresar los intereses tabacaleros y de otros sectores de los obreros urbanos.

Las antiguas organizaciones, que comenzaron como sociedades de socorros mutuos en La Habana, Santiago de las Vegas y San Antonio de los Baños, se transformaron en Gremio Obrero (1878) y en Círculo de Trabajadores (1885), con un evidente cambio de contenido social. En enero de 1892 estas organizaciones participaron activamente en la convocatoria y organización de un Congreso Obrero suspendido por el Capitán General después de celebradas sus primeras sesiones.

La aparición de los problemas obreros, resultante de la incorporación de un nuevo grupo social a la historia de la nación y, sobre todo, perfeccionada por la abolición de la esclavitud que transforma en asalariados a más de una cuarta parte de la población del país, constituye un hecho capital que debe ser tenido en cuenta en la apreciación de los antecedentes de la Segunda Guerra de Independencia como dato social.

5. Los datos censales que se conservan respecto de este período ameritan un comentario porque revelan la solución de continuidad del ritmo del desarrollo demográfico colonial. Las perturbaciones po-

líticas y económicas posteriores a 1868 contribuyeron fundamentalmente a esta alteración, indicando que, dentro de las condiciones coloniales, se había llegado al máximo de posibilidad de expansión demográfica.

Comencemos exponiendo las cifras globales de los Censos hasta el período que analizamos:

	Población anual	Aumento absoluto respecto del Censo anterior	Proporción de aumento anual
1861	1,396,530	388,906	+ 1.8%
1877	1,509,291	112,761	+ 0.5%
1887	1,631,687	122,396	+ 0.8%
1899	1,572,797	— 59,842	— 0.3%

Se observan dos períodos críticos: 1861-77, caracterizado por una visible reducción a menos del tercio del crecimiento absoluto lo que se traduce en una brusca limitación del ritmo anual de crecimiento. Lógicamente, si la crisis económica que venía desarrollándose desde 1850-60, a consecuencia de la necesidad de ajustar la estructura agraria e industrial a las nuevas condiciones internacionales, y la Guerra de los Diez Años no hubiera intervenido, Cuba debía haber tenido alrededor de un millón setecientos mil habitantes en 1877. Posiblemente el efecto reductor demográfico de la Guerra no fué tan intenso como las causas de tipo económico y social.

El segundo momento crítico se extendió entre los años 1887 y 1899, debido a la intervención de la Segunda Guerra de Independencia (1895-98). En este momento, se puede apreciar que la situación política tuvo un papel preponderante en la disminución absoluta de la población, debido a la ruina de los campos, a la violencia de la lucha armada y a la emigración. La disminución fué mayor —según estimados contemporáneos— que la indicada en el cuadro antecedente, alcanzando aproximadamente 200,000 habitantes, lo que elevaría la proporción de disminución anual al 1%.

Entre esos dos períodos se extiende el de 1877 a 1887 que muestra una cierta tendencia al aumento del ritmo de crecimiento, lo cual pudiera atribuirse a la abolición de la esclavitud y a la constante inmigración atraída quizás por la mejoría de las condiciones sociales generales del trabajo asalariado.

Durante este largo período que termina en 1902 aparecieron nuevos centros de población. Una gran parte de los que ya existían, a consecuencia del poblamiento y colonización interiores resultante del

auge agrícola de las décadas segunda y tercera del siglo, se organizaron políticamente al amparo de la nueva ley municipal de 1879. Sin embargo, el fenómeno demográfico-territorial más importante no fué la creación de núcleos urbanos o rurales sino el desplazamiento de la población entre zonas pobladas. Esto se debió, en algunos casos, al efecto dispersante de la Guerra de los Diez Años y de la propia Guerra de 1895; en otros, al empuje económico hacia las tierras nuevas del centro y del oriente del país, a que nos referimos en el capítulo precedente. Entre 1877 y 1899 el centro de población se movió hacia el Este, como indicando cuál era la dirección general de ese desplazamiento, que continuó, aun más enérgico, durante el período republicano. Bastaría mencionar el poblamiento intenso y rápido del norte de la provincia de Oriente y del sur de la provincia de Puerto Príncipe, zonas preferidas por la nueva expansión económica azucarera, que, desde luego, se produjo igualmente en otras localidades, como Manzanillo, Guantánamo y el norte de Puerto Príncipe. Los datos que suministra el Censo de 1899 sobre este aspecto son muy interesantes.

La disminución absoluta de la población se produjo desigualmente. Hubo localidades en que lejos de disminuir, la población aumentó no obstante los efectos de la Guerra de 1895. De los veinte términos municipales de Pinar del Río la población disminuyó en diez y siete. En la provincia de la Habana disminuyó en veintiocho y aumentó en ocho. En Matanzas disminuyó en diez y siete y aumentó en tres. Un caso especial en que se muestra la condición, digamos fronteriza, del territorio, es el de Las Villas, donde la población aumentó y disminuyó en igual número de términos municipales. El caso ejemplificador de la tendencia a la expansión, demográfica territorial a que aludimos más arriba es el de Puerto Príncipe y de Oriente donde la población aumentó en todos los términos municipales, debida a que la atracción de la nueva economía parece haber neutralizado los efectos de la Guerra.

Algunas cifras indican que este movimiento demográfico coincidió con la emigración hacia las ciudades, especialmente las capitales provinciales, en parte como defensa de la población rural o de ciudades pequeñas, en parte por causa de la orden de "reconcentración" dictada por Weyler para *vaciar* el campo de Cuba de toda población que pudiera solidarizarse con los patriotas. Fuera de las capitales hubo zonas agrícolas importantes cuyo aumento es significativo como Cienfuegos (18,164), Manzanillo (9,349), Puerto Padre (7,935) y Viñales (6,150), relación en que hemos incluido solo a título de muestra los centros en que el aumento superó la cifra de 6,000 habitantes.

Un hecho interesante a destacar durante este período es el de la distribución por edades. Los efectos de la Guerra se constatan especialmente en la baja proporción de niños de menos de 5 años que figuran en el Censo de 1899, esto es, de los que debían haber nacido entre 1894 y 1899, lo cual creó un vacío que no vendría a ser colmado sino tras del gran movimiento inmigratorio que se produjo en los primeros diez años de la República. En este sentido fué que se produjo la pérdida efectiva de población más importante.

La distribución de la población por ocupaciones presenta caracteres de importancia. Según el Censo que venimos comentando había al cesar la dominación española unos 950,467 habitantes sin ocupación lucrativa, cifra que indica el alto grado de desocupación que existía en aquel momento inicial de la vida independiente. El total de habitantes empleados en la agricultura, la pesca y la minería ascendía a 299,197, cantidad muy inferior a las necesidades de empleo de la industria azucarera, estimadas años antes por el Conde de Ibáñez en mucho más de 300,000 hombres. Entre los agricultores estaban comprendidos los propietarios y los arrendatarios, lo cual disminuye aun más la cifra de asalariados.

De los habitantes empleados en la agricultura más del 50% eran blancos nativos, un 30% negros y el resto extranjeros de raza blanca. En contraste, de los empleados en manufacturas en industrias mecánicas aproximadamente un 40% correspondía a cada uno de los dos grupos principales (blancos y negros nativos) y el resto —un 20%— a los extranjeros. En los empleos de servicio doméstico y personal predominaban los negros.

Debe señalarse la importancia económica de la población negra. Queda revelada por su participación, en calidad de propietario o de arrendatario, en las explotaciones agrícolas. No había propietarios negros de más de 3 caballerías, ni arrendatarios de más de 10 caballerías; pero constituían mayoría entre los arrendatarios de fincas menores de $\frac{1}{4}$ de caballería. Estaban desigualmente distribuidos en el territorio del país. En Oriente el 11.2% de los propietarios y el 29.6% de los arrendatarios eran negros, constituyendo éstos los grados de concentración más grande de toda la Isla. Por lo general, predominaban entre ellos los arrendatarios y la extensión de los fundos da una idea de la escasa importancia económica de las explotaciones que atendían; pero debe observarse que había una tendencia general —incluyendo los agricultores blancos— al predominio de los propietarios en los grupos de fincas de mayor extensión, esto es, a la concentración de los arrendatarios blancos y negros en los grupos de fincas de menor extensión.

Esa población rural de arrendatarios y de obreros era el factor dominante en la distribución de la población de dos provincias: Pinar del Río y Camagüey. En las restantes provincias, o sea Matanzas, Las Villas y Oriente el desarrollo urbano pesaba visiblemente sobre la distribución de la población, pero en ninguna de ellas se observaba —como en La Habana— la influencia de la gran ciudad, la comparación entre la densidad de la población incluyendo las ciudades y excluyendo las de más de 8,000 habitantes ilustra ese carácter particular de cada provincia.

PROVINCIA	Habitantes por milla cuadrada (incl. ciudades)	Habitantes por milla cuadrada (excl. ciudades de más de 8,000 habitantes)
Pinar del Río	35	32.8
La Habana	153	55.3
Matanzas	55	39
Las Villas	37	28.5
Puerto Príncipe (Camagüey) . .	8	6
Oriente	26	21.7

CAPÍTULO IV

EL PROCESO DE CONCENTRACION INDUSTRIAL

DURANTE la Guerra de los Diez Años comenzaron a manifestarse los síntomas del proceso de concentración de la industria azucarera cubana. En primer lugar, apareció la "división del trabajo" o sistema del colonato en la agricultura cañera; en segundo lugar, se manifestaron ciertas tendencias al empleo progresivo del instrumental más capaz de aumentar el rendimiento y el producto absoluto de la fábrica, con el resultado de dejar imposibilitados de competir —en momentos en que los precios caían por consecuencia de una tendencia secular en el mercado azucarero internacional— a los ingenios de equipo y de organización anticuados.

Ocurrieron fenómenos similares en las demás industrias, pues todas estuvieron batidas, tanto como la azucarera, por una profunda crisis que favoreció el proceso de concentración, mas con caracteres distintos en cada una de ellas. Pero el progreso representado por ese proceso quedó muy a la zaga del que estaba ocurriendo en la industria azucarera, de modo que la disparidad entre aquella y éstas se acentúa y el predominio de la azucarera se consolida definitivamente.

1. El proceso de concentración azucarera venía iniciándose desde la década de los 40, como expresamos en el t. IV, debido a la introducción de aparatos modernos que aumentaban la capacidad de las fábricas. La situación en 1868 permitía observar la creciente disparidad entre un pequeño grupo de ingenios muy eficientes (para las condiciones generales de la época) y los trapiches y cachimbos altamente ineficientes, algunos de los cuales sólo producían raspadura. Pero aunque se estaba realizando la revolución industrial, que dependía fundamentalmente de la capacidad inventiva e industrial del momento, todavía había numerosos ingenios que podían cifrar su éxito en el aumento del personal, en la ocupación de tierras nuevas y de gran rendimiento y en la yuxtaposición de equipos ineficientes, aprovechando las pequeñas ventajas resultantes que daban un margen de be-

neficios aceptable dentro de las condiciones de precios tradicionales, esto es, anteriores a 1883-84.

La concentración de la industria azucarera se inició gracias a la liquidación progresiva de la esclavitud. Solo el arrendamiento de esclavos que transformaba el precio de ellos en una especie de salario podía dar facilidad al establecimiento de un sistema que eliminase el alto costo de la mano de obra esclava, la cual por otra parte era imposible de renovar y ampliar; además, en muchas de las fábricas existían dotaciones importantes de chinos, que también se hallaban en un régimen cercano al del salariado. El hecho constatado posteriormente de que el arrendamiento del esclavo era equivalente al salario que se le ofrecía a los pocos trabajadores libres que fueron incorporándose a la industria demuestra que esta transición fué necesaria y coincidente con el proceso de concentración.

El otro paso necesario, y que era posible con la abolición de la esclavitud, fué el establecimiento del sistema de cultivo por medio de colonos, que surgió antes de 1868, pero no tuvo éxito hasta una fecha posterior, esto es, durante la Guerra de los Diez Años. La "centralización" se inició en el ingenio Algorta, en San Nicolás (La Habana) durante las zafras de 1870 a 1875 y desde entonces se difundió al compás de la abolición de la esclavitud hasta constituir el elemento capital en la industria, a la que suministraba hasta el 40% de las cañas molidas en los ingenios.

La propia centralización, fuera a través de colonos propietarios o con plantaciones del ingenio, en virtud de significar un aumento sustancial de la extensión cultivada de cañas, fué posible, además, por la aplicación no ya de las maquinarias y aparatos perfeccionados sino por la utilización de los ferrocarriles de vía estrecha, para uso del ingenio en el transporte de cañas y del azúcar. El ingenio Zaza fundado por Julián Zulueta en 1872-73 en Placetas incluía, como una de sus principales innovaciones el extender una línea de ferrocarril de vía estrecha de modo que la manipulación de los productos resultase más eficiente, tanto más cuanto que en esa zona no se disponía del sistema de ferrocarriles públicos que había en Matanzas y, por otra parte, el ganado de tiro —como motivo de la Guerra— había encarecido y escaseaba.

El proceso continuó más o menos acelerado a virtud del sostenido nivel de exportaciones y de precios que caracterizan la situación durante los años 1868-78, aunque desde 1876 comenzó una fuerte depresión que culminó en la crisis de 1883-84. La eliminación de los pequeños ingenios y cachimbos de las zonas más azotadas por la Guerra no pesó en el total de la producción azucarera de Cuba; pero favoreció

el establecimiento de fábricas más eficientes, reduciéndose el promedio de costes del país, en momentos en que los precios internacionales del azúcar estaban afectados por un cambio hacia su permanente reducción.

Uno de los hechos que caracteriza esta concentración fué el cambio de antiguos ingenios en colonias de los nuevos centrales. Este fenómeno se produjo, por ejemplo, en la zona de Remedios antes de 1878 y prosiguió durante todo el período, especialmente alrededor de 1880-85, años en que se fundaron varios de los grandes centrales del tipo que representaba la nueva estructura industrial, esto es, con cientos y a veces miles de caballerías de tierra, con una capacidad de elaboración superior, con un personal que alcanzaba en tiempos de zafra hasta más de un millar de obreros. Es el caso del ingenio-central Narcisca (1891) que absorbió los antiguos ingenios denominados Soberano, Océano, Encarnación, Aurora, Urbaza y Luisiana, todos de la zona de Yaguajay.

La reducción del número de fábricas molientes durante estos años muestra hasta qué punto se produjo la concentración de la industria en unidades de mayor capacidad. En 1878 había 1,190 ingenios. En 1891 un testimonio de crédito señala la existencia de 850 fábricas, entre las cuales habría unas 150 a 200 organizadas como centrales y con eficiencia superior al promedio tradicional. En 1899 quedaban solamente unos 207, con una capacidad de molienda que duplicaba la cifra de azúcar elaborado ese año —según testimonios de la época— lo cual indica que la eliminación procedía fundamentalmente contra los ingenios anticuados, a los que la Guerra de Independencia sorprendió ya afectados por la baja de precios de los primeros cinco años de la década final del siglo.

Hubo zonas en que la concentración se efectuó de modo particular. Por lo general, se trataba de localidades situadas al este de la gran zona azucarera occidental (Matanzas-Cárdenas-Colón), donde la industria iba quedando como rezagada. Quizás la localidad en que la concentración precedió más enérgicamente fué la de Cienfuegos donde se establecieron unos 13 centrales entre 1884 y 1891, entre los cuales se destacaban el Constancia, el Soledad, el San Lino, el San Agustín, el Lequeitio, el Caracas, el Hormiguero, el Parque Alto, el Cieneguita y otros, todos los mencionados con una capacidad de elaboración superior a 40,000 sacos por zafra.

Como quiera que las zonas situadas al centro y al oriente de la isla presentaban las tierras más nuevas y baratas, la centralización —caracterizada por la necesidad de tierras abundantes— se fué difundiendo en esa dirección. En 1892 se produjo una revolución en la zona de

Sagua, a virtud de cambios técnicos simultáneos que anunciaban un aumento de la capacidad de los centrales Pino, Santa Teresa, Indio, Santa Lutgarda, Macagua y Unidad en un 25 a un 50% sobre el año precedente. Mientras tanto se estaba produciendo lentamente el mismo fenómeno en la región de Camagüey, donde existían en 1891 los centrales Senado, Congreso y Lugareño. En Oriente la centralización se concentró en Manzanillo, donde se pudo apreciar que los costes de producción eran particularmente bajos, en relación con las zonas preferidas entonces (Guantánamo y Santiago de Cuba). La mayor parte de los nueve ingenios de esa zona eran en 1892 centrales, como el Salvador, Dos Amigos, Niquero, etc. En cuanto a la zona norte de la provincia de Oriente, que sería la preferida durante la expansión azucarera de los primeros diez años del período republicano se planeaba entonces el ingenio-central París por una compañía franco-española y hasta después de 1901 no se crearon allí los primeros centrales.

2. Como es lógico, esta concentración corre pareja con la implantación de nuevos procedimientos y de un instrumental moderno, de mayor eficiencia que el tradicionalmente empleado en la industria azucarera cubana; de este modo durante todo el período se estuvieron realizando reformas técnicas, sin las cuales no podía facilitarse el proceso de concentración. En 1879 el estado técnico de la industria es un verdadero mosaico que muestra hasta qué punto el proceso se iniciaba. Había ingenios con el tradicional "tren jamaquino", que producían tres tipos de azúcar (concentrado, mascabado y purgado), había equipos mixtos compuestos de un tren jamaquino o común y de centrífugas y, finalmente, existían equipos compuestos de aparatos al vacío para todo el proceso de fabricación combinando piezas de distintos fabricantes y hasta de diferente manipulación. La presencia del mascabado y del purgado entre los azúcares producidos en Cuba en esta época es un síntoma del retraso de cierta parte de la industria, el cual perduró hasta una fecha anterior a 1893, quizás 1890 ó 1891. Desde el inicio del siglo XIX el afán del productor cubano había sido producir un azúcar cada vez más acabado, más blanco, más apto para el consumo directo; pero ahora las necesidades de desarrollo de la industria refinadora norteamericana le imponían especializarse en azúcar crudo, según señalaba adecuadamente una *Exposición* del Círculo de Hacendados el año 1894. Sin embargo, desde el punto de vista técnico esta nueva orientación representaba un progreso en comparación con los procedimientos empleados para la producción del azúcar purgado.

La nueva técnica propició el aumento progresivo de la capacidad de producción por unidad. Todo lo que podía ser ensayado con ese

objeto era acogido por la industria cubana con entusiasmo. Esta fué precisamente una de las fases más importantes —y sobre la cual no hay datos— de la crisis, pues muchos de esos ensayos condujeron a la ruina de los empresarios o, cuando menos, los recargaron de deudas, como ocurrió al Conde de Ibáñez, a cuya muerte dos de sus ingenios pasaron a manos de acreedores, uno de los cuales eran los fabricantes de equipos de difusión (Fives Lille y Cía.).

Las reformas técnicas fueron implantándose progresivamente. Desde 1885 se emplearon los superfosfatos para la clarificación del guarapo y de las mieles. Más o menos por esa fecha se establecieron los primeros equipos de dos molinos de tres mazas, con los cuales se obtenían mayores rendimientos en guarapo.

Uno de los esfuerzos técnicos de mayor importancia fué la implantación del sistema de difusión empleado en Alemania y Austria para la clarificación y la concentración del guarapo de remolacha. Procedimiento que consistía fundamentalmente en el tratamiento de la remolacha —o de la caña— por medio del agua hasta que se producía una mezcla que permitía, según algunos, obtener el máximo rendimiento en guarapo diluido. Desde 1880 el Conde de Ibáñez planteaba la conveniencia de utilizar este sistema en Cuba, el cual implantó poco después en su ingenio Montaña (Bahía Honda). Los resultados parecen haber sido satisfactorios, aun cuando fué preciso estar constantemente aplicando mejoras para obtenerlos. En 1891 se había aplicado este sistema en el ingenio San Joaquín y parecía también tener éxito. Durante las zafas de 1891-93 se aplicó en el Central Caracas.

En definitiva, no obstante los prometedores rendimientos, se llegó a la conclusión de que este sistema requería una provisión de agua muy grande y difícil de obtener en algunas localidades, amén de gastos en combustible, que no resultaba económico afrontar. Al parecer, los residuos de mieles eran mucho mayores que con los procedimientos normales, lo cual forzó al mencionado Conde a elaborarlos para extraerles el azúcar.

Al establecerse tal práctica, los intereses del Trust refinador norteamericano se opusieron, negándose a adquirir los azúcares elaborados con mieles. La referida organización fué aun más lejos, pues pretendió depreciar un cargamento de azúcares que, en parte procedían de mieles, y los hacendados Apezteguía y hermano apelaron ante un Tribunal de New York que declaró válido el contrato y mantuvo el precio original; pero, como el Trust podía comprar solo los azúcares de primera, según lo estimase conveniente de acuerdo con la libertad de contratación, los hacendados cubanos se sintieron compelidos a satisfacer al

comprador. En suma, la elaboración de azúcares de segunda fué abandonada. Las mieles se vendían en el mercado internacional, donde por otra parte adquirirían bastante buen precio.

En este período se introdujeron también los quemadores de bagazo verde que aprovechaban la totalidad del combustible cañero disponible en el ingenio. Y se comenzaron a usar los sacos para empacar el azúcar abandonándose la costosas cajas de madera tradicionales.

La consecuencia de estas reformas, realizadas sobre la base de adicionar al equipo antiguo los nuevos modelos, fué la formación de una industria azucarera compuesta por combinaciones de aparatos muy diversos. En el *Louisiana Planter* de los años 1891 y 1892 se insiste frecuentemente en esta característica y se indican casos en que la diferente eficiencia de las diversas partes del equipo producían bajos rendimientos o entorpecían la marcha continua de la fabricación con las consiguientes pérdidas para el industrial. La realidad financiera del momento impedía a los hacendados cubanos todo intento de renovación total del equipo conforme a los últimos adelantos. Este fenómeno solo pudo verificarse desde la terminación de la Guerra y a consecuencia de la aparición de grandes compañías y de bancos norteamericanos.

Desde luego, no obstante la irregularidad con que se estaba realizando la tecnificación de la industria, se obtenían rendimientos superiores a los tradicionales. El Conde de Ibáñez opinaba que solo se extraía hasta un 6% de azúcar del peso en cañas, mientras que según los cálculos de Descamps en 1885-89 se obtenía un promedio de 9.83%. Y hasta hubo ingenio-central como el Constancia que anunció un rendimiento de 12.5% afirmación que la *Revista de Agricultura* ponía en tela de juicio oportunamente.

3. La evolución de la industria tabacalera se diferencia apreciablemente de la que sufrió la industria azucarera. Después de las primeras aplicaciones de la máquina de vapor a la fabricación de cigarrillos no hubo fábrica que no se fundase sin emplear este poderoso invento; pero en la industria de fabricación de puros o cigarros (o tabacos, como se dice en Cuba) no podía desarrollarse igual tendencia debido a la rápida formación de un proletariado tabacalero que suministraba no solo operarios extremadamente hábiles, sobre cuya pericia la industria forjó su calidad y su fama, sino también mano de obra barata. Basta recordar que en los momentos de crisis o paralización la desocupación de estos obreros alcanzaba a varios miles de hombres solamente en La Habana.

No se dispone de información estadística sobre el número de fábricas durante este período. La emigración hacia los Estados Unidos

no parece haber afectado a las fábricas existentes. Y la situación general del comercio tabacalero durante el período, después de la etapa de altas exportaciones sucedida entre 1850-60, inclina a pensar que el número de fábricas se redujo o se "concentró" por la absolución de algunas marcas pequeñas por parte de los fabricantes más capacitados económicamente para hacer frente a la situación. Esto fué, posiblemente, el inicio de un proceso similar al que se produjo en la industria azucarera, el cual también fué acelerado por la intervención de grupos de inversionistas norteamericanos.

Ahora bien, este proceso tenía un sentido diferente al que se estaba produciendo en la industria azucarera, aunque producía los mismos resultados, o sea, la eliminación de fabricantes menores y el control de la producción por un número cada vez más reducido de establecimientos. Pero tal aspecto de la "concentración" no se comenzó a acentuar hasta después de 1890, debido, entre otras razones, a que ese año marca el inicio del interés directo de los capitalistas norteamericanos por la industria cubana, en trance de reorganizarse para hacer frente a las tarifas proteccionistas norteamericanas. Fué entonces que aparecieron los primeros inversionistas extranjeros en la industria del tabaco de Cuba, quienes fueron comprando fábricas y marcas o vegas para producir la hoja que necesitaba la industria norteamericana. La intensidad de esta nueva etapa de "concentración" fué mucho mayor que la que venía produciéndose dentro de los límites financieros del propio país, como lo demuestran los casos que vamos a comentar a continuación.

El primer antecedente de ese movimiento puede hallarse en la fusión de las fábricas "El Aguila de Oro" y "Henry Clay" el año 1887, con lo cual —según testimonio de González del Valle— quedó formada la primera sociedad anónima dedicada al giro tabacalero.

El segundo caso, de mayor entidad por el número de fábricas y de marcas que abarcó, fué el de la formación de la Havana Commercial Co. que adquirió, primero, algunos almacenes de tabaco, e, inmediatamente después, algunas de las principales fábricas de la Habana, en total 12, con un gran número de marcas de tabaco, de cigarrillos y de picadura.

Poco después, el mismo grupo que había constituido la sociedad anónima de 1887 ensanchó sus negocios y adquirió tres fábricas más. Simultáneamente, el grupo de la Havana Commercial participó en la formación de una nueva organización, llamada Havana Cigar and Tobacco Co. Finalmente, la American Tobacco Co., de la cual era subsidiaria la Havana Commercial, adquirió en 1902 la fábrica y mar-

cas de H. Cabañas y Carbajal, mientras, por otro lado, formando una nueva subsidiaria, compró la fábrica de Suárez Murias.

Como puede apreciarse, solo tres grupos de capitalistas lograron dominar alrededor del 60% del tabaco producido para la exportación. Quedaban pocas fábricas independientes —sobre todo, pocas que tuvieran una importancia visible en la producción— formando un grupo de cinco. La supervivencia de ellas fué posible debido a que la administración de las fábricas adquiridas por los grupos extranjeros no se decidió a realizar una transformación de tipo mecánico que hubiera eliminado a los productores más pequeños. Además de estas fábricas había unos ocho productores más de menor importancia, así como un número indefinido de elaboradores en pequeño, típicos de esta industria, que estaban localizados en las ciudades del interior, a donde nunca ha llegado la fabricación de puros en gran escala y, sobre todo, para la exportación.

La industria cubana del tabaco fué concentrándose en otro sentido. A medida que aparecieron las grandes fábricas, sus necesidades de aprovisionamiento de materia prima las incitó a controlar las plantaciones, mediante compra o fomento directo. No se dispone de los datos al respecto; sin embargo, parece que esta evolución no eliminó a los numerosos cultivadores independientes.

4. La minería fué afectada sensiblemente por la Guerra de los Diez Años al punto que se suspendieron todas las labores, especialmente en el Cobre que era el principal centro y uno de los más importantes en el mundo. El gran período de inactividad que se produjo entonces coincidió con el momento en que los Estados Unidos sufrían un vigoroso cambio industrial del cual resultó la formación de su industria metalúrgica pesada. En consecuencia, los propios recursos mineros nacionales fueron desarrollados y, en ciertos casos, se requirió el empleo de materiales primos procedentes del extranjero. De esta suerte, los intereses industriales volvieron su atención hacia las reservas intocadas de Cuba, sobre las cuales, como se ha visto en el t. III, ya habían realizado estudios los geólogos norteamericanos. Y de ahí resultó el resurgimiento de la industria minera de Cuba después de 1878.

La paralización de las minas de cobre se había producido sin que recayese resolución sobre el pleito que la Consolidada tenía pendiente con la compañía del ferrocarril por la cuestión de los fletes. Después de 1868 los tribunales dictaron sentencia en contra de la compañía minera y esta tuvo que hipotecar sus propiedades para saldar aquella deuda. De este modo, la compañía del ferrocarril pudo hacerse de las concesiones, las cuales intentó explotar nuevamente el año 1882; pero

el capital invertido se gastó casi completamente en los trabajos preparatorios y el año siguiente, en 1883, se dió por fracasado este ensayo, cesando definitivamente la explotación de los yacimientos de cobre de Oriente. El año 1900 esas concesiones pasaron a manos norteamericanas y en 1903 se reanudaron los trabajos de extracción.

Dos adiciones a la industria minera cubana deben señalarse por ser las de mayor importancia durante este período. Los yacimientos de manganeso de la provincia de Oriente comenzaron a explotarse el año 1887 en las minas Margarita y Avispero. La primera compañía dedicada a este ramo quebró; pero a partir de 1894 la Ponupo Manganeso Co. activó sus trabajos de tal modo que en 1895 comenzaron de nuevo las exportaciones, paralizadas más tarde por consecuencia de la Guerra de Independencia. Reanudadas las actividades en 1898, en las minas explotadas antes de 1895, se logró exportar alrededor de 30,000 toneladas de mineral en 1902-03. En realidad, solo unas pocas de la totalidad de más de cien concesiones que había —concentradas todas en Oriente, salvo una— eran explotadas.

Mayor importancia aun tuvieron los trabajos realizados para desarrollar la minería del hierro en la región oriental. Comenzaron en 1883 y desde el año siguiente ya se exportaban 21,000 toneladas a Estados Unidos. La compañía que inició esta nueva fase de la industria cubana fué la Juraguá Iron Co., subsidiaria de la Bethlehem Iron Works en el coto de Firmeza. Alrededor de 1892 se constituyó la Spanish-American Iron Co. que explotó los yacimientos de Daiquirí, exportando unas 74,000 toneladas en 1895. La tercera compañía, llamada Sigua Iron Co., se constituyó igualmente en 1892 y solo exportó 22,000 toneladas; pero tuvo que paralizar sus actividades por consecuencia de la lucha armada en Oriente, a diferencia de las dos mencionadas anteriormente que pudieron continuar, bajo su bandera neutral, los trabajos a lo largo de los tres años de Guerra.

Como es lógico al cesar la dominación española la producción se expandió, alcanzando en 1902-03 las cifras de 218,000 y 350,000 toneladas exportadas por la Juraguá y la Spanish-American respectivamente.

Según el *Informe Geológico de 1901* las minas de la Spanish-American eran explotadas por métodos "más sistemáticos". Empleaban unos 600 trabajadores. Todo el transporte se realizaba por medio de ferrocarril de vía estrecha hasta el lugar en que se cargaba en el ferrocarril de vía ancha que conducía el producto hasta el subpuerto de Daiquirí habilitado para la exportación. Con esta organización habían irrum-

pido en la industria minera de Cuba los métodos más modernos de trabajo y la organización capitalista.

El asfalto había sido explotado en diversos lugares de la Isla durante todo el siglo; pero hasta este período no se hallaron indicios ciertos de la existencia de reservas petrolíferas. Al parecer, desde 1871 se concedieron permisos para trabajar en los cotos petrolíferos. La existencia de los yacimientos de nafta de Motembo se conoce desde 1873 y parece que hasta 1880 no se comenzó a trabajar en ellos, obteniéndose algunos resultados el año siguiente, aunque los pozos disminuyeron en rendimiento y después de proseguir la perforación hasta 300 metros se suspendieron las labores abandonándose la empresa. En otro lugar de Santa Clara se aprovechaba un manadero de agua y de aceite, el cual se empleaba en alumbrado y cocina hacia 1891.

Hubo ensayos de perforación en la zona de Lagunillas (Matanzas) hacia 1896 lográndose una producción total de 100,000 galones, tras de la cual se agotó el pozo. Los trabajos siguientes fueron suspendidos por causa de la Guerra de Independencia. En 1902 había un total de 5 concesiones en Matanzas y en Oriente. Eran 4 las de nafta, todas en Las Villas.

Uno de los factores más importantes de este desarrollo fué la promulgación de una legislación de minas moderna. En el t. IV quedó indicado que antes de terminar el período de 1837-68 se estaba estudiando el problema y que con frecuencia se solicitaba acción oficial enérgica en esta materia con el fin de dotar a la colonia del instrumento jurídico que respondiera a las necesidades del desarrollo de una industria en la cual estaban interesados Gran Bretaña y Estados Unidos, desde 1830 cuando menos. La legislación española del año 1859 (6 de julio) fué adaptada por el Decreto de 4 de marzo de 1868. El mismo año por Decreto de 29 de diciembre se establecieron las bases generales de la aplicación de la legislación anteriormente citada. Pasado el período de la Guerra el interés de las compañías norteamericanas por algunas minas de Oriente propició la promulgación de la Ley de 17 de abril de 1883 por la cual se eximía del pago de cánon a las concesiones de hierro o combustibles, y se daban otros privilegios a las compañías mineras para favorecer sus trabajos y estimular la producción. De este modo se contribuyó eficazmente al auge que tomó la industria antes de 1895.

5. La ganadería que era una de las tres grandes industrias tradicionales del país entró en un período de completo abatimiento y de retraso durante los años 1878-1902. Esta situación no era simplemente resultado de las Guerras, pues, como es sabido, antes de 1868 su estado

era precario y sufría de una crisis de organización que alarmaba a todos los intereses en el porvenir económico del país como fué el caso del Conde de Pozos Dulces. Desde luego, tanto las conmociones políticas como la situación depresiva económica general se reflejaron sobre la ganadería contribuyendo a reducirla a un lugar cada vez menos importante. Posiblemente uno de los resultados más graves de la primera Guerra fué entorpecer, quizás detener completamente, el proceso de mejoramiento racial por cruce que se estaba realizando desde antes de 1860 con la importación del ganado Durham y de otro ganado antillano.

La Guerra de los Diez Años afectó directamente, como se indicó en el capítulo I, a la región ganadera principal, Puerto Príncipe, y a otras importantes como Holguín y Sancti Spíritus, donde se encontraban los centros en que la industria estaba organizada a la manera tradicional, esto es, en grandes haciendas, mientras hacia el occidente de la colonia la ganadería estaba organizada en potreros en una forma que pudiéramos llamar intensiva. Pero estos últimos centros mencionados se abastecían del ganado flaco procedente en parte de los centros de la zona oriental del país. Por otro lado, la Guerra favoreció a la industria, al liquidar muchos ingenios cuyas tierras volvieron a dedicarse a pastos como lo habían sido en la primera mitad del siglo, cambio de uso de la tierra muy frecuente entre la industria azucarera y la ganadería.

Los rebaños se reprodujeron rápidamente. Según José Ramón de Betancourt en solo cinco años (1879-84) se contaban otra vez unas 70,000 cabezas de ganado vacuno en Puerto Príncipe, donde solo habían quedado unas 3,000 a raíz de las operaciones militares. Ejemplo similar lo ofrece la zona de Sancti Spíritus que solo tenía 10,661 cabezas de vacuno y 3,242 de porcino en 1880 y en 1893 se registraban 176,770 y 32,736 respectivamente. Posiblemente las Reales Ordenes de 11 de septiembre de 1878 y de 14 de noviembre de 1879 eximiendo del pago de derechos a la importación de ganado en la provincia de Puerto Príncipe surtió buenos efectos. El ganado en pie, para engordar o reproducir, se importó no solo de los Estados Unidos sino también de México y de Jamaica y de otros países americanos.

En general, durante este período la ganadería tuvo que enfrentarse a problemas muy serios, entre los cuales la falta de iniciativa, defecto tradicional de los ganaderos, de funestas consecuencias en los momentos en que toda la industria cubana tendía a aumentar su eficiencia, era uno de los más importantes. Además, la depresión general que tiene sus momentos más difíciles en 1884 y 1893 contribuyó a reducir

el precio en el mercado, entre otras razones porque las importaciones de las carnes preparadas (tasajo y corned beef) suministraban al consumidor cubano un producto más barato que el propio producto doméstico. Desde luego, los derechos de aduanas sobre esos productos eran bajos mientras que los gravámenes impuestos sobre la industria eran muy onerosos. Debe tenerse en cuenta, asimismo, que la industria carecía de organización, no disponía de buenos medios de transportes, que sostenía un ejército de intermediarios, por lo cual se veía forzada a vender relativamente caro, perdiendo, por ende, parte de su mercado interno. La importancia de algunos de esos factores —como el transporte— se revela por el hecho que era más barato conducir el ganado o la carne de Chicago a la Habana que desde Puerto Príncipe o Sancti Spiritus.

Los intermediarios en la matanza de ganado en el mercado de la Habana —que era el principal— fueron señalados por algunos comentaristas como una de las causas más efectivas de trastorno en la organización industrial. El argumento no era nuevo, pues durante todo el siglo se había estimado que ellos encarecían el producto y “tiranizaban” a los criadores. La realidad es que no habiendo refacción para la ganadería y hallándose los criadores —como la mayor parte de los productores cubanos de la época— faltos de reservas de capital, los intermediarios se aprovechaban de esas urgencias y dictaban su ley a los ganaderos que se veían apremiados a “malvender” sus reses. Con frecuencia esta política de comprar barato, a merced de las dificultades de los ganaderos, congestionaba los corrales de Luyanó, donde se encerraba el ganado destinado al aprovisionamiento de la capital.

Uno de los temas más debatidos en este período fué el de las contribuciones impuestas a la ganadería. Sobre ello hay unanimidad en los testimonios. Ya sabemos que el derecho de consumo de ganado quedó restablecido al derogarse la legislación fiscal de 1867. No solo se restableció sino que aumentó progresivamente a impulso de las necesidades fiscales del poder colonial. En octubre de 1884 se fijó en 30 cts., por cada ocho kilos de carne, exceptuando la sangre, la asadura, la cabeza y las patas de las reses; pero incluyendo el cuero y el sebo que eran subproductos industriales muy baratos y sensibles a cualquier aumento de precio. La rebaja del impuesto producida en el año 1887 apenas fué de consideración y quedó anulada por el aumento de 1890 (4½ cts. por kilo) que fué cedido a los Ayuntamientos, que ya cobraban el derecho de matanza o de corral según los casos, el cual ascendía a un peso por cabeza.

La baja de precios del ganado produjo un efecto singular. Por la Ley Municipal de 1879 (artículo 133, párr. 55) se prohibía establecer impuestos sobre el ganado que excediesen del 25% del precio de la res. En 1894 se calculaba que los derechos de consumo y los demás anexos representaban del 34.2% al 42.7% según fueran los precios corrientes en La Habana.

El Tratado de Comercio con los Estados Unidos y la amenaza de un tratado con Argentina sumieron a la industria en más dificultades. Hacia 1892 se estimaba el consumo de tasajo en unos 350,000 qq. al año, mientras, por otra parte, aumentaba la importación de bultos de carne de los Estados Unidos, disminuyendo visiblemente el consumo de carne fresca en La Habana.

Al terminar la Guerra el ganado vacuno, incluyendo añojos, novillos, novillas, toros, toretes y terneros apenas alcanzaba la cifra de 170,000 cabezas en todo el país. La energía de los criadores, similar a la que desplegaron los vegueros y otros agricultores, permitió que la legislación de 13 de octubre de 1900 favoreciendo la adquisición en México de ganado para reproducir, surtiera sus buenos efectos. Esa legislación fué reforzada por el Gobierno de la República por ley de 15 de septiembre de 1902 y decreto de 23 de octubre del mismo año. En 1902 se registraba la existencia de 953,911 cabezas de ganado. En 1903 había ya 1,223,613 cabezas. La importación oficial de ganado para la reproducción, que se entregaba a los criadores a pagar en plazos de 12 a 30 meses con un 4% de interés anual, contribuyó en gran medida a estos resultados extraordinarios.

CAPÍTULO V

LA CRISIS DE LAS RELACIONES COMERCIALES

Las relaciones comerciales de Cuba entraron en un período crítico entre los años 1878 y 1902. Siendo el comercio de exportación, como ya era, la principal fuente de ingresos del país, por el volumen extraordinario de los embarques de azúcar, de tabaco y de otros artículos de menor importancia, lógicamente la crisis interna y el desajuste internacional, tenían que reflejarse no solo sobre los movimientos cuantitativos del comercio sino sobre la distribución geográfica del mismo y sobre la legislación que lo normaba. Desde todos esos puntos de vista el período que estamos analizando se caracteriza por los elementos críticos. En primer lugar, se produjeron variaciones fuertes en el volumen del comercio debido a la etapa de depresión que ocurre entre 1876 y 1884. Además, el país fué perdiendo progresivamente una serie de mercados europeos, inclusive España, ciñéndose cada vez más a sus exportaciones a los Estados Unidos. Finalmente, todo el período constituye el momento en que comienza a sentirse profundamente la gran influencia social, económica y legislativa del predominio comercial norteamericano, de tal modo que algunas de las decisiones del Gobierno de los Estados Unidos producen graves cuestiones públicas en Cuba.

El poder colonial realizó durante estos años el último esfuerzo por sustraer a la colonia de esa decisiva influencia y, cuando se vió precisado a ceder, maniobró de tal modo que se le garantizase el continuo disfrute de las riquezas que podía producir el comercio cubano-norteamericano, en beneficio de las industrias y del comercio metropolitanos. Este es el problema que forma el marco más visible de todo el panorama político de la época, esto es, que precede a la revolución de 1895.

La dependencia en que estaba el país, a consecuencia del papel preponderante de las exportaciones, quedó revelada cuando el Bill o Ley McKinley produjo el más grande movimiento de defensa económica de todos los grupos productores frente a la política estatal. Su poder

fué tal que logró desunir y desprestigiar al Partido Unión Constitucional, apoyado por el gobierno colonial, e, incluso, determinó el resurgimiento de una corriente anexionista formada por los elementos conservadores.

La crisis de las relaciones comerciales constituye, pues, en estos años, algo más que una reducción del volumen, del valor de las exportaciones; es un fenómeno que afecta poderosamente a todas las manifestaciones públicas del país.

1. En el t. IV quedó comentado el régimen arancelario existente antes de 1868, caracterizado por la existencia de diversas columnas representativas del trato discriminatorio dado a los productos extranjeros, o precedentes del extranjero o transportados en buques extranjeros, en beneficio del producto de origen metropolitano o procedente de puertos peninsulares o transportado en buques nacionales. Lógicamente, dada la importancia que tenían como mercados compradores algunos de los países discriminados por las tarifas aplicadas en Cuba, hubo manifestaciones contrarias al sistema indicado. Tal fué el sentido de las ideas "librecambistas" de Arango Parreño. Mencionamos en el t. IV la opinión del historiador Pezuela en el sentido de que debía realizarse un arreglo aduanero que mejorara la posición de los productos y los barcos norteamericanos. Por su parte, un defensor tan decidido del poder colonial como Torrente convenía en que una rebaja de los derechos en las columnas discriminativas sería favorable al país.

Con la Guerra de los Diez Años, el régimen aduanero y de navegación lejos de mejorar, empeoró, sumándose sus efectos a los de la depresión general y particularmente a los de la crisis estructural de la economía norteamericana. La alarma cundió no solo entre los exportadores cubanos sino hasta entre las autoridades coloniales. Pero no se podía confiar en un cambio adecuado de la legislación sin tener presente que en la propia España estaban produciéndose fenómenos de orden económico que iban a influir decisivamente en las soluciones de todos los problemas coloniales. También la Metrópoli estaba creando nuevas fuentes de riqueza, cuyos intereses, además de los ya tradicionales del comercio de intermediación pura y simple, pesarían sobre los partidos, grupos políticos y gobiernos de la Península, oponiéndose al establecimiento de un régimen de competencia comercial más libre que el existente. En todo caso, se trataba de capitalizar a favor del comercio y de las industrias españolas la riqueza producida por el intercambio cubano-norteamericano y con otros países. A medida que progresaba el desarrollo industrial de los demás países europeos y de los Estados Unidos, esto es, a medida que la competencia tenía que

basarse en la eficiencia productiva y no en medidas más o menos artificiales, el gobierno español —animado por los intereses nacionales— se inclinaba más al proteccionismo, a la defensa artificial de la producción metropolitana, mientras, por otra parte, forzaba cada vez más a la colonia a depender de su comercio con Estados Unidos.

En la búsqueda de un sistema de garantías para esa protección al mismo tiempo que de una fórmula que pudiera satisfacer a los exportadores cubanos se idearon las llamadas leyes de cabotaje o Leyes de Relaciones. Desde el primer manifiesto del Partido Unión Constitucional o conservador el año 1878, se solicitaba la declaración de cabotaje para el comercio entre la colonia y la Metrópoli. La consigna era sugerente, pues, aparte de que podrían abaratarse los productos españoles —al eliminarse las tarifas aduaneras— se reducía el tipo general de los derechos y se favorecería dentro de ciertos límites algunos de los productos extranjeros, sin afectar a la producción nacional que gozaría siempre, claro está, de una diferencia. Al parecer, Giraud, autor de varios trabajos sobre la economía cubana, fué el portavoz en España del "extraño clamor", que diría Montoro, sobre el establecimiento del cabotaje. Durante varios años se agitó la cuestión en Cuba y España, frente a la demanda, formulada por otros grupos, de establecer un arancel estrictamente fiscal, no de finalidad proteccionista.

Correspondió al Congreso de 1882 la discusión y aprobación de dos leyes que debían regir el sistema de cabotaje. La primera de esas leyes fué la de 30 de junio de 1882, que regulaba el régimen arancelario de los productos coloniales (de Cuba, Puerto Rico y Filipinas) en España y la segunda fué la de 20 de julio de 1882 que establecía las reglas para el tratamiento de las importaciones de productos españoles en las colonias.

La ley de 30 de junio establecía que, a partir del 1º de julio siguiente, el comercio de las colonias con la Metrópoli estaría sujeto a iguales formalidades que el realizado entre puertos de la Península, que los productos de las colonias serían libres de derechos a su entrada en España, salvo —y nótese la importancia de estas excepciones— el tabaco, sometido a régimen especial por consecuencia del monopolio, el aguardiente, el azúcar, el cacao, el chocolate y el café, todos los cuales pagarían derechos específicos. Los derechos citados serían reducidos por décimas partes hasta que el 1º de julio de 1892 quedarían totalmente eliminados. Finalmente, los azúcares inferiores al número 14 de la escala holandesa (D. S. Dutch Standard) podrían ser importados en todos los puertos habilitados para la internación de frutos colonales.

Los aranceles peninsulares de 23 de julio siguiente confirmaron estos principios y, en consecuencia, mantuvieron como derechos específicos o especiales los llamados derechos transitorios y los municipales. O sea, que los derechos de aduanas reducidos conforme a la ley y fijados en un tipo más bajo, quedaron compensados por los derechos accesorios que hemos mencionados, con lo cual se estaba ofreciendo ya la primera quiebra del principio del cabotaje. Podía suceder que cada rebaja anual coincidiera con un aumento o variación de los derechos accesorios, compensándola de tal modo que todo el cabotaje resultase solo un nombre sonoro para una nueva política de protección.

La primera vuelta hacia atrás se realizó el año 1883 en que se autorizó a cobrar los derechos vigentes antes de julio de 1882 a los azúcares coloniales que procedieran directamente o indirectamente de transportes extranjeros. Limitación que no se compensaba con una prestación de servicios adecuada y barata por parte de la marina mercante española.

En 1884 se dió un paso más. Se autorizó a la sazón aumentar los derechos transitorios y municipales cuando mejoraran las condiciones económicas de las colonias, a menos que éstas prefiriesen el establecimiento de un impuesto territorial o de exportación en las colonias cuyo objetivo no era fiscal sino equiparar la industria azucarera metropolitana con la colonial. Se veía en esta medida la de la industria azucarera española, entonces reviviente, empeñada en detener al competidor colonial, lo cual no hacía sino aumentar la dependencia de Cuba de otros mercados, al par que no se ofrecían facilidades a las importaciones en la colonia de los productos de esos mercados azucareros.

En 1885 se gravó el consumo del aguardiente colonial con un impuesto cuyo objeto era similar al de los derechos vigentes, que fueron modificados aunque no eliminados por ley de 1888.

El año 1887 ya era visible que el régimen de cabotaje no conduciría más que a una rehabilitación del tradicional proteccionismo en su forma injustificada, pues operaba solo a beneficio de la Metrópoli, esto es, unilateralmente.

La ley de 20 de julio de 1862 estableció la uniformidad de derechos de importación en las colonias, subsistiendo solo dos columnas: la general y la de los productos nacionales en bandera extranjera; los derechos vigentes serían reducidos a razón de 5% durante los tres primeros años de vigencia de la ley, del 10% los cuatro años siguientes y del 15% los años restantes hasta contar diez, liquidándose los derechos el año 1892. Se estableció igualmente el principio de la reci-

tados Unidos suprimirían el recargo del 10% sobre los productos de Cuba y de Puerto Rico, establecido en represalias del tratamiento discriminatorio aplicado en las colonias españolas contra los productos originarios o procedentes de Estados Unidos. En 1886 se pretendió limitar los beneficios a los productos originarios de Estados Unidos, excluyéndose a los que de allí procedieran, por lo cual el Gobierno de Washington restableció el recargo del 10%, cesando el *Modus Vivendi* temporalmente hasta que el gobierno metropolitano restableció la situación.

A consecuencia de la aplicación del *Modus Vivendi*, España se vió precisada a conceder a Francia y Alemania los mismos beneficios, a virtud de compromisos anteriores, de modo que esos países disfrutaron de las ventajas del comercio cubano-norteamericano desde el 8 de julio y el 26 de agosto de 1884 respectivamente. En julio de 1886 se concertó un acuerdo con Gran Bretaña que vino a disfrutar de iguales ventajas.

El segundo texto y, positivamente, el de mayor importancia, fué el Tratado de Comercio con Estados Unidos de 8 y 10 de junio de 1891, fechas de las notas diplomáticas que lo perfeccionan. Tuvo su origen en la presión desarrollada por los grupos exportadores cubanos tras de la aprobación de la Ley o Bill McKinley, que será objeto de comentario más adelante. Este Tratado se basaba en listas de artículos sobre los cuales se concedieron rebajas de aranceles de diversa cuantía.

3. El punto que marca la agudeza de la crisis de las relaciones comerciales de Cuba fué, sin duda alguna, la aprobación por el Congreso de los Estados de la Ley o Bill McKinley, que protegía las industrias norteamericanas, especialmente la de refinación de azúcar y de elaboración del tabaco, en detrimento —como es lógico— del desarrollo de las industrias cubanas que hasta entonces habían sido el principal proveedor de esos artículos para el consumo de los Estados Unidos. Esta protección presentaba en cada caso particular un aspecto diferente para los intereses cubanos, como veremos más abajo.

En el orden general de la crisis económica porque atravesaba el país desde la década de los 60, la protección concedida por esa ley a industrias norteamericanas que competían con las industrias cubanas de exportación, los efectos de la nueva política fueron profundos. Puede afirmarse que ella apresuró y decidió la reestructuración de la economía cubana, pues el mercado norteamericano —debido a la progresiva pérdida de otros mercados importantes como la propia España y Gran Bretaña— era dominante en el cuadro de las exportaciones cubanas. En consecuencia, la amenaza que para los intereses exportadores

de Cuba representaba la aplicación de esa ley proteccionista determinó una coincidencia de opinión respecto del futuro de las relaciones políticas entre Cuba y los Estados Unidos, que un comentarista del *Louisiana Planter and Sugar Manufacturer* (1897) expresaba de la siguiente manera: "Reciprocidad para Cuba o pérdida de la isla para España y su adquisición por los Estados Unidos a título de compra, parece ser la verdad del futuro". Implícitamente, claro está, se aceptaba que el establecimiento de una política comercial de reciprocidad podía, por el momento, evitar las consecuencias políticas máximas de la situación creada por el proteccionismo norteamericano.

Desde antes de 1868 algunos espíritus previsores habían observado la falta de solidez de la posición exportadora cubana. La industria del azúcar de remolacha estaba ampliándose constantemente en Europa, con la adición reciente de su expansión en Alemania y en Rusia se ensayaba en los Estados Unidos, se intentaba revivirla en España mientras algunos de los mercados más importantes como Gran Bretaña disminuían y, en general, la proporción de azúcar de remolacha que entraba en el comercio internacional aumentada visiblemente. La forma de atajar ese mal —esto es, la aplicación de medidas de tecnificación de la industria cubana— contó momentáneamente con el apoyo del mercado norteamericano que carecía hacia 1870 de una industria refinadora suficientemente organizada como para liberar al país de sus importaciones de azúcar de consumo directo; pero a partir de ese año, como indica Vogt en su historia de la industria refinadora en Estados Unidos, se inició un proceso de "concentración" muy similar al que se estaba produciendo en Cuba dentro de la industria productora de azúcar, tras del cual se consumó la formación del "trust" azucarero encabezado por Havemeyer en 1887.

La situación creada por ese proceso de transformación interna de la industria norteamericana se caracterizó por la presión sobre la industria cubana para acomodarla a las necesidades de operación del "trust", como apreciamos en el capítulo IV, y fué ratificada por la influencia del Bill McKinley que favorecía la importación de azúcares cubanos crudos, o sea de la materia prima para la industria refinadora del Este de los Estados Unidos.

El Bill McKinley, claro está, no tuvo solo una finalidad de reordenar las relaciones comerciales entre Cuba y los Estados sino que forma parte del gran proceso de auge industrial que caracteriza la gran nación vecina después de la Guerra de Secesión. Durante el Gobierno del presidente Cleveland y el de Harrison el problema del proteccionismo había sido ampliamente debatido y constituía uno de los

temas de disidencia política y pública más importantes. El segundo de los presidentes mencionados incitó a los congresistas a estudiar una reforma de los aranceles aduanales con fines fiscales; pero la iniciativa fué tomada por el representante republicano William McKinley, que se hallaba empeñado en una batalla electoral por la Presidencia de la República. McKinley propuso una "ley para simplificar las leyes en relación con las recaudaciones públicas" (diciembre de 1889), en la cual resumía sus ideas proteccionistas.

Presentado el proyecto, el Comité de Medios y Arbitrios de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, lo discutió durante más de cuatro meses, lográndose, en vez de una revisión con fines fiscales, que era uno de los propósitos iniciales, una verdadera reforma arancelaria encaminada a proteger las industrias nacionales que operaban total o parcialmente con materias primas extranjeras o que competían con productos extranjeros importados. De ahí que se estableciera el tipo arancelario que con el tiempo se denominaría "punto de peligro", más abajo del cual no se podía proceder a rebajar los aranceles pues se afectaba el margen de derechos que cubría las diferencias de costes entre el producto nacional y el producto extranjero competitivo.

Respecto del azúcar se fijó el punto de peligro respecto de los azúcares refinados europeos, que quedarían excluidos del mercado norteamericano; pero era preciso declarar libres de derechos aquellos azúcares crudos que constituían la materia prima para la industria refinadora, a los cuales se eximió de derechos. Una vez logrado este doble objetivo, se procedió a fijar un subsidio de 2 cts. por libra de azúcar de remolacha producido en Estados Unidos. Con estas medidas se creaban las condiciones para garantizar la mayor parte posible del abastecimiento a las industrias nacionales y se forzaba a la industria cubana a producir el azúcar que convenía a la industria refinadora norteamericana, esto es, los azúcares inferiores al número 16 de la escala holandesa de colores. Se justificaron estas medidas ante la opinión pública del país arguyendo que todo derecho impuesto al azúcar crudo constituía, en realidad, un impuesto indirecto sobre el azúcar refinado consumido por los norteamericanos.

En cuanto al tabaco, la ley McKinley proveyó que se elevaran los derechos sobre el torcido o manufacturado de 2.50 dólares por libra a 4.50 dólares, más un derecho del 25% ad valorem. Según los precios corrientes podía darse el caso de que los derechos totales igualaran o superaran el valor de la mercancía importada. Era, pues, un derecho prohibitivo sobre el producto cubano. Al mismo tiempo se facilitó mediante ventajas arancelarias la importación de la hoja para elaborar

en Estados Unidos. Y al igual que había sucedido en la cuestión del azúcar, la presencia de la American Tobacco o "trust" tabacalero había surtido efectos deprimentes para la industria cubana.

La política de liberación de los derechos sobre el azúcar crudo presentaba determinadas ventajas para el productor cubano, puesto que les garantizaba una participación importante en el abastecimiento de los Estados Unidos, siempre que las condiciones generales de costes, precios y transportes se mantuviesen como hasta el momento en que se aprobó el Bill McKinley. Esta seguridad, habida cuenta la situación de la industria refinadora norteamericana, ofrecía una perspectiva de estabilización de los precios del azúcar crudo, como hacía notar un comentarista del *Louisiana Planter and Sugar Manufacturer*, al referirse a la presencia del "trust" como comprador de mayor importancia en el mercado azucarero cubano. Pero tal estabilización se realizaba, sin duda, en los bajos niveles a que se había llegado tras del cambio de tendencia de los precios azucareros internacionales ocurrido entre 1883-1884, momento a partir del cual comenzó a tener una importancia capital el precio de los tipos de azúcares de *materia prima*, no los tipos de azúcares elaborados o para el consumo directo. Este mantenimiento del precio a un nivel bajo se consideraba "muy importante para una región agrícola como esta (Cuba)", sin que se explicase por qué, puesto que los países altamente desarrollados, como los de Europa central, competían en el mercado norteamericano con azúcares de consumo directo fundamentalmente, mientras el peligro de la competencia en azúcares crudos procedía de países igualmente agrícolas y de estructura colonial como Cuba.

Por otra parte, la aplicación de derechos a los azúcares superiores al número 16 de la escala holandesa exponía a todos aquellos que fueran del 15 y hasta algunos del número 14 a ser recargados con derechos, por lo cual los productores cubanos se veían forzados a no fabricar más que del número 14 o inferiores a éste, en detrimento, claro está, del desarrollo independiente de su industria. Por otra parte, la diferencia de precios entre el azúcar del número 14 y los números 15 y 16 no justificaba los gastos de producción que debían realizarse para mejorar la pureza del producto.

En cuanto al tabaco, la disminución y la depreciación del producto elaborado corría pareja con el aumento de la exportación de rama que sufría derechos reducidos en su condición de materia prima industrial, fenómeno que coincide con el aumento de la producción y de la exportación de azúcar crudo.

Las cifras relativas al volumen del comercio de ambos productos muestran ambos efectos. No vamos a reproducir las correspondientes al azúcar, bastando señalar que después de 1890 aumentó rápidamente desde más de 500,000 toneladas hasta alcanzar más de un 1,000,000 de toneladas en 1894 y 1895, cayendo bruscamente en los años siguientes debido a la Guerra de Independencia. Las cifras correspondientes al comercio de exportación de tabaco son las siguientes:

	Tabaco torcido (unidades)	Tabaco en rama (tercios)
1889	101,698,560	134,478
1890	95,105,760	169,167
1891	52,115,600	160,616
1892	54,472,250	184,323
1893	46,033,660	216,949
1894	40,601,750	145,782
1895	39,479,400	201,756
1896	40,601,750	267,713

El Bill o Ley McKinley, incluyendo, como es lógico, una serie de disposiciones que no interesaban directamente a Cuba, fué aprobado por el Congreso norteamericano el 6 de septiembre de 1890 y sancionado por el Presidente Harrison el 6 de octubre siguiente. Antes de su aprobación final sufrió una adición importante: la enmienda Aldrich. La enmienda en cuestión consistía en declarar que los Estados Unidos concederían las ventajas indicadas para los productos libres de derechos o con derechos reducidos siempre que los países de donde procedieran se avinieran a concertar un acuerdo para el tratamiento ventajoso recíproco de los productos norteamericanos. De este modo se abría una puerta a la concertación del tratado que facilitase el arreglo de los aranceles de importación vigentes en Cuba.

4. El efecto producido por el Bill McKinley en la opinión cubana fué extraordinario. Las corporaciones y los diversos grupos económicos se pusieron en movimiento inmediatamente. Fué una acción unánime, caracterizada por el abandono de las diferentes plataformas políticas con el objeto de facilitar el acuerdo sobre la acción económica a seguir. Tal fué el origen del llamado Movimiento Económico, sobre el cual trataremos en un capítulo posterior. Este movimiento reunió a todos los representantes de las industrias exportadoras y de los grupos importadores del país para obtener del Gobierno las medidas que impidiesen la aplicación de la Ley McKinley a los productos cubanos. En

consecuencia, el Gobierno de Madrid decidió anunciar que se concertaría un tratado con los Estados Unidos y a tal efecto "invitó a las corporaciones competentes de esa Isla (Cuba) para que nombrasen comisionados con la misión de informar en esta Corte acerca de tan importante asunto". El 23 de diciembre de 1890 se iniciaron en Madrid bajo la presidencia del Ministro de Ultramar Antonio María Fabié las sesiones de esta nueva Junta de Información, a la cual asistieron como delegados de Cuba Bernardo Portuondo en representación de la Cámara de Comercio de Santiago de Cuba, Rafael Montoro, designado por la Sociedad Económica de Amigos del País Rafael Fernández de Castro, como delegado del Círculo de Hacendados, Benito Celorio, a nombre de la Unión de Fabricantes de Tabaco, Laureano Rodríguez, por la Liga de Comerciantes Importadores, Segundo Alvarez, por la Cámara de Comercio de la Habana y el Marqués de Muros por la Sociedad de Estudios Económicos.

Las sesiones se prolongaron hasta el 30 de diciembre siguiente. No hubo comisionado que no repudiara el régimen establecido por las leyes de 1882 y todos, además, se manifestaron de acuerdo con la concertación de un convenio de reciprocidad con los Estados Unidos. Las conclusiones de los comisionados, de fecha 4 de enero de 1891, comprendían los siguientes puntos: 1º la suspensión del proyecto de aranceles para 1892, que había sido formado sin consulta de las instituciones cubanas que por ley debían opinar sobre la materia; 2º revisión de la situación anormal creada por las leyes de 1882, bien reduciendo los derechos de importación de los productos extranjeros, para beneficiar simultáneamente a los productos españoles, bien sustituyendo todo lo existente por unos aranceles nuevos, de concepción y función fiscal; 3º negociaciones con Estados Unidos para la concertación del acuerdo de reciprocidad; 4º suspensión del derecho industrial sobre el azúcar; 5º supresión de los derechos de exportación sobre el tabaco; 6º reformas de las Ordenanzas de Aduanas. Se solicitaban otras medidas de aspecto secundario.

No obstante la finalidad expresada en la convocatoria, las opiniones de los Comisionados cubanos no pesaron en la formación de la política del Gobierno metropolitano. Con toda razón diría ante el Parlamento español en 1891 el diputado conservador Villanueva: "hacer venir a esos Comisionados para concederles algo, para hablarles con claridad, exponiéndoles los propósitos del Gobierno, todavía lo censuraría yo por el precedente que tiene este hecho; pero hacerles venir para desconocerlos, para no concederles nada, me parece que es una locura". Sin embargo, se dieron los pasos necesarios para la concertación del tra-

tado con los Estados Unidos, el cual, por otra parte, ya estaba iniciado diplomáticamente antes de la formación de la Junta.

Efectuadas las negociaciones en Madrid, las notas de 8 y 10 de junio de 1891 dieron forma al acuerdo por el cual se convino conceder ciertas ventajas a los productos norteamericanos importados en Cuba y en Puerto Rico —según veremos más adelante— en reciprocidad de los que concedía la Ley McKinley vigente a los productos coloniales. En vista de que España debía atender a otros compromisos internacionales se dividieron las concesiones susodichas en dos grupos: uno, llamado lista transitoria, que comenzaría a regir el 1º de septiembre de 1891, excepto para la harina y el trigo, respecto de los cuales el principio de las concesiones sería el 1º de enero de 1892. Mientras decursaba el término, la fecha de 1º de julio de 1891 marcaría el momento en que España quedaba relevada de los demás compromisos que la obligaban a extender las concesiones hechas a los Estados Unidos. El otro grupo, llamado de las listas definitivas, comenzaría a disfrutar de las concesiones especificadas el 1º de junio de 1892. Los artículos no comprendidos en las mencionadas listas no tendrían ventaja alguna y pagarían por el arancel común vigente.

La tabla transitoria comprendía, en primer término, los productos libres de derecho: carne en salmuera, salada y ahumada, tocino, jamones, etc., manteca de cerdo, sebo y grasas animales; pescados, moluscos y salmón en latas; almidón, maicena, excepto harina de maíz; semillas de algodón, aceite y tortas de esa semilla; maderas de todas clases; legumbres y hortalizas verdes y secas y una serie de productos más hasta un total de 20 grupos. Comprendía algunos artículos como el maíz, la harina de maíz, el trigo y la harina de trigo, cuyos derechos específicos, rebajados, se fijaban taxativamente. Finalmente, la lista transitoria comprendía igualmente los productos como la mantequilla y el queso, el petróleo refinado y las botas y zapatos de cuero y de piel, que disfrutarían de una rebaja del 25% del arancel vigente en su tercera columna, o sea en la columna correspondiente a los productos extranjeros en buques extranjeros.

Las listas definitivas, señaladas con las letras A, B, C y D, comprendían los distintos artículos que, a partir del 1º de julio de 1892, entrarían libres de derechos con rebajas especiales, indicadas en el encabezamiento de cada lista. Los artículos libres de derechos comprendían unos 39 grupos constituídos por mármoles, carbón mineral, petróleo bruto y sin refinar, hierro fundido en lingotes, en tubos, vigas, etc., hierro forjado y acero en barras, chapas y vigas y otros más. La tabla siguiente o sea la B, comprendía los artículos que disfrutarían de una

reducción del 50% sobre los derechos vigentes, incluyendo —además de los artículos que pagaban los derechos específicos de la lista transitoria— algunas manufacturas y alimentos, entre los cuales se cuentan la hojalata, el arroz con cáscara o sin ella, las pastas alimenticias. La tabla D comprendía los artículos que gozarían solo del 25% de rebaja en los derechos vigentes y ampliaba extraordinariamente la lista correspondiente de la tabla transitoria, incluyendo jarcia, jabones, medicamentos, papel para imprimir, relojes de bolsillo, carruajes de dos o de cuatro ruedas y sus piezas.

No hemos creído oportuno reproducir la relación completa de productos que disfrutaban de los diversos tipos de rebajas arancelarias pero debe tenerse presente que comprendía casi la totalidad de importaciones efectuadas por Cuba, de tal modo que este tratado puede considerarse como un antecedente muy completo del Tratado de Reciprocidad del año 1903. De ese modo los efectos de más alcance del Bill McKinley se producían inmediatamente.

6. El estado de las comunicaciones durante este período no se caracterizó precisamente por una mejoría sustancial, sino por un estancamiento que responde adecuadamente a la crisis general del país. Después del momento de esplendor de la construcción de ferrocarriles, el cual puede darse por terminado en 1860, el aumento de las líneas consistió en un proceso lento, demorado, y más bien detenido por la Guerra de los Diez Años. La extensión de líneas tendidas entre 1860 y 1899 es de 532 kilómetros. Sin embargo, el ferrocarril aparece entonces como un elemento indispensable de los centrales y, por ende, forma parte del gran proceso de "concentración" industrial.

Pero los ferrocarriles de servicio público quedaron en retraso. El ferrocarril central, del cual se hablaba desde 1864, por lo menos, no progresó suficientemente. Al parecer, la situación financiera del país, el hecho que las compañías continuaran siendo independientes unas de otras, con todas las desventajas que la administración dispersa y la limitación de los beneficios producían, obstaculizaron tanto al ferrocarril central como el mejoramiento de las líneas existentes cada día más necesarias para el transporte del azúcar y de otras mercancías, especialmente el ganado.

Los ferrocarriles entraron entonces en una fase de creciente ineficiencia, constituyendo uno de los obstáculos más importantes al desarrollo económico del país. Los fletes eran muy altos en comparación con los precios vigentes en el mercado azucarero internacional tras de la depresión de 1883-84 y, sobre todo, en comparación con los fletes cobrados por el transporte marítimo o el ferroviario extranjero. La

industria azucarera tuvo durante 1878-1899 motivos de quejas constantes en este aspecto. Por la prensa se dieron a conocer casos como el del ferrocarril de Caibarién que cobraba 6.80 pesos por una cantidad de azúcar movida desde Placetas a ese puerto, mientras se pagaban solo 2.50 pesos por su transporte entre Caibarién y New York. No había posibilidad de reducir los costes al nivel que requerían las circunstancias internacionales.

En ese mismo ferrocarril de Caibarién maquinarias que pagaban solo 12 pesos entre New York y Caibarién fueron gravadas con 18 pesos de fletes desde este puerto hasta una plantación cañera distante solo 30 millas de ese puerto. Sucedió lo mismo en otras líneas. En algunas regiones, como Oriente, la situación era aun más difícil debido a que no había casi conexiones ferroviarias y una gran parte del transporte del azúcar debía realizarse por medio de carretas o arrias, elevándose en demasía estos costes. En general, las compañías no reponían, ni aumentaban su material, de tal modo que en algunas zafras, como la de 1890 hubo dificultades para realizar en tiempo el transporte de las cañas y de los sacos de azúcar.

La intervención extranjera favoreció la construcción de los tramos de ferrocarril que se requerían para completar la línea central. En 1900 William Van Horne, constructor del Canadian Pacific llegó a Cuba e inició los trabajos para la construcción de esta vía, desde Santa Clara hasta Santiago de Cuba, logrando terminarlos antes de que cesara la ocupación militar norteamericana. En esos dos años, el proceso de "concentración" de las empresas del ferrocarril ya había adelantado grandemente, pasando la mayor parte de las compañías independientes a manos británicas. Al terminarse la línea Central había solo dos compañías: la de los Ferrocarriles Unidos, hasta la ciudad de Santa Clara, y la compañía de Van Horne o de los Ferrocarriles Consolidados, desde Santa Clara hasta Santiago de Cuba.

Las comunicaciones marítimas quedaron organizadas en la forma tradicional: compañías nacionales, relativamente poco importantes se dedicaban al cabotaje, mientras los barcos norteamericanos e ingleses realizaban la mayor parte del transporte marítimo de altura.

CAPÍTULO VI

LA SITUACION FINANCIERA

LA organización financiera de la colonia mejoró, como es sabido, desde 1850 y adquirió una solidez que ni la crisis de 1857, ni la de 1866, a despecho de sus efectos, pudieron afectar sustancialmente. Parecía que el esplendor azucarero favorecido por las circunstancias internacionales desde 1830 debía dejar sus frutos perdurables. La organización bancaria de iniciativa privada, esto es, sin la ayuda o la intervención oficial, la formación de casas comerciales dedicadas a negocios de banca —que suponían un paso de avance respecto del tradicional comerciante-refaccionista—, la familiaridad del mundo de los negocios con los valores, las sociedades anónimas y el financiamiento industrial, parecían augurar el desarrollo de una economía financiera más vigorosa y hasta cierto punto capaz de promover el desarrollo del país.

Pero si se tiene en cuenta que la fuente principal del ingreso del país eran precisamente las exportaciones, se comprenderá cómo todo lo que se había creado durante el auge del comercio internacional de azúcar, se vino a tierra en cuanto las exportaciones comenzaron a contraerse o cuando, como ocurrió hacia 1883-84, los precios sufrieron un cambio brusco que determinó una mayor agudeza de la crisis general. La economía financiera del país quedó tan quebrantada y fué tan escasa para enfrentar las grandes tareas de reestructuración de la industria azucarera que fué preciso un alud de inversiones extranjeras, cuya intervención cambió el rumbo propio que parecía haberse iniciado a mediados del siglo.

1. La organización financiera cubana que atravesó fundamentalmente indemne las crisis de 1857 y 1866 salió muy resentida de la Guerra de los Diez Años y sufrió intensamente los efectos de la depresión general que se extiende hasta la década de los 90, con sus puntos más bajos en 1876 y 1883-84. La Guerra arruinó algunos de los grupos que tradicionalmente formaban la base social de la organización creada antes de 1868. Los nuevos grupos, además de que carecían de

esa organización —por haber sido liquidada paulatinamente— eran predominantemente comerciales y no se interesaban en el desarrollo interno sino en meros negocios especulativos. Por otra parte, la necesidad de crecientes inversiones para el desarrollo industrial sobre las nuevas bases técnicas y agrícolas incitó a las inversiones extranjeras, de modo que los grupos nacionales fueron quedando reducidos cada vez más a aquellas ramas de la economía que menos necesitaban del financiamiento.

El Banco Español de La Habana, transformado en Banco Español de la Isla de Cuba, respondiendo a esta situación fué limitando cada vez más sus operaciones de crédito al simple financiamiento del comercio y de la riqueza inmobiliaria urbana, desentendiéndose en una gran medida de toda consideración a la agricultura o a las industrias básicas del país. Ni que decir que en tales condiciones el mercado de dinero seguía siendo un mercado de oferta escasa, determinando la perduración de una tasa del interés extremadamente alta, que en otras épocas de auge de las exportaciones y de los precios se soportaba, pero que ahora era imposible aceptar. Se dice en testimonios contemporáneos que el interés se elevaba al 10 y al 12%, pero, en realidad, ascendía al 20% y hasta más, según los casos.

Con razón, pues, diría el Círculo de Hacendados en una *Exposición* de 1894 que se carecía de instituciones capaces de financiar a los agricultores y aun más, de "institución donde depositarse dinero en grandes ni en pequeñas cantidades". En la práctica, pues, nada quedaba a fines del siglo, del esplendor financiero de la década de los 50, aun cuando pueda señalarse la existencia de algunos bancos y casas de comercio dedicadas a negocios bancarios, todas de poca importancia, si se tienen en cuenta las condiciones del mercado y sus requerimientos y la natural desconfianza con que se las apreciaría en un período crítico.

La Caja de Ahorros, que había sobrevivido desde 1842, aumentando su capital y la importación de sus operaciones dentro de la industria azucarera, puesto que a ella misma debía su fundación, desapareció tras de la crisis de 1883-84, sin que las autoridades ensayasen siquiera un procedimiento para salvarla del desastre, no obstante haberla obligado en 1866 a reforzar el Banco Español, entonces en crisis por la mala administración de sus recursos. Al cesar esta institución fundada por los azucareros de mediados del siglo quedaron solamente el Banco oficial y el del Comercio dedicados a operaciones de crédito, con un criterio restrictivo, como debe suponerse por el cuadro crítico del período. No faltaron instituciones menores como el Banco de Puerto Príncipe, creado en 1880 con ayuda del Gobierno y cuya es-

casa gestión no cambia la naturaleza del panorama contemporáneo. La creación del Banco Hipotecario no pasó de un simple proyecto, renovado en 1896. Algunas de las casas como la de Gelats y Cía., Pedroso y Cía., Upmann, Zaldo, etc., no podían suplir la falta de una banca bien organizada y con recursos y, por otra parte, algunas de ellas se especializaron grandemente en sus operaciones.

La reorganización del Banco Español el año 1881 no significó la eliminación de los tradicionales requisitos para operar. Las garantías siguieron siendo excesivas como la exigencia de dos firmas de "abono" y de solo 90 días para el descuento de letras. Finalmente, este Banco, cada día más sujeto a la política colonial sirvió de instrumento para la protección de intereses que nada tenían que ver con las necesidades del país o que no respondían a las cuestiones fundamentales del desarrollo nacional.

2. La política monetaria realizada durante la Guerra de los Diez Años por el Gobierno y el Banco Español contribuyó sobremedida a complicar la situación financiera del país, durante este período, repercutiendo directamente sobre el estado de la Hacienda Pública. El régimen monetario prevaleciente no hizo sino prolongar el desorden existente antes de 1868, a despecho de la adopción del nuevo sistema monetario español. Las emisiones de papel inconvertible por muchos millones de pesos produjo una alteración completa del cambio interior y contribuyó a una especulación e inflación sin precedentes en la historia de la colonia.

El sistema monetario español, establecido por el Real decreto de 19 de octubre de 1868, basado en la unidad peseta dividida en cien centavos, con una acuñación de monedas de oro, de plata y de bronce de diferente fuerza liberatoria, salvo las de oro que la tenían ilimitada, fué implantado también en Cuba. Empero, a medida que debía procederse a su vigencia efectiva se le fueron introduciendo modificaciones y ampliaciones que terminaron por desnaturalizarlo, consagrando el desorden tradicional. Entre las medidas modificativas que se tomaron las más importantes fueron la autorización para la circulación de ciertas monedas extranjeras, como los Luises franceses, y la de los centenes y onzas de oro, todas con el tradicional premio del 6%. En este momento, tras de los períodos de alta producción de oro de California, Australia, Alaska y Transvaal, esto es, cuando ya no se necesitaba atraer al comercio extranjero con la ventaja en los cambios, la prima mencionada constituía, al decir de Cancio, una verdadera prima especulativa que solo contribuía a hacer más difícil el funcionamiento monetario normal del país.

Las emisiones de billetes inconvertibles iniciadas con suma parquedad en 1864 fueron aumentando en forma extraordinaria durante la Guerra de los Diez Años. Al final de ésta, el total emitido consistía en más de setenta millones de pesos que formaban el grueso del medio circulante en el país. En el capítulo I hemos podido apreciar los tipos de cambio en plaza de estos billetes. Claro está que no se mantuvieron en esos niveles durante todo el período sino que comenzaron a bajar y hacia 1890 el cambio de los billetes en oro se había estabilizado al 42%. Los billetes constituían la moneda general en el pueblo, asalariados y comerciantes en pequeño, y su conversión al tipo del 50% y su consiguiente retirada en 1893 fué seguida de una deflación que provocó gran descontento.

A la sombra del desarreglo monetario se fomentó la especulación cambista que alcanzó hasta al comercio, por la necesidad que se tenía de efectuar constantes conversiones partiendo del valor diario de los billetes. En consecuencia, muchos de los pagos diarios se realizaban aprovechando los tipos de cambios oscilantes en perjuicio del acreedor, que algunas veces era, precisamente, la Hacienda Pública.

El sistema monetario vigente continuó durante la última Guerra de Independencia y se complicó aun más a raíz de la intervención americana, cuando el dolar comenzó a circular libre y predominantemente en el país.

3. La crisis general se reflejó intensamente en Cuba durante este período. Vino como a sumarse a la crisis propia del país —determinada por el cambio de estructura agraria e industrial y por la transformación del régimen del trabajo— acentuando todos los efectos de la baja de las exportaciones y de las alteraciones profundas del régimen de precios del azúcar.

Desde 1873 se estaba desarrollando en escala internacional una depresión que duró según algunos comentaristas hasta 1896. Sin embargo, esta continuada ola de alzas y bajas no alcanzó a Cuba hasta el año 1876. En este año se manifestaron los fenómenos que tradicionalmente se observaban en tales situaciones, como en los años 1857 y 1866. El primer signo de la crisis fué la baja de las exportaciones de los artículos básicos del país: azúcar y tabaco. Pero el nivel de precios se mantuvo más o menos dentro de la tendencia precedente, limitando las repercusiones depresivas de la restricción del comercio. No ocurriría lo mismo años después, o sea, en 1883-84, al producirse una nueva y más aguda caída. En esta sazón el hecho capital fué la reducción drástica de los precios del azúcar. Con anterioridad, el precio de 8 reales la arroba se consideraba remunerador y era, en cierta medida,

representativo de los niveles corrientes en el mercado azucarero. Pero en 1884, 1885 y los siguientes años los precios comunes oscilaban de $4\frac{3}{8}$ rls. y $3\frac{7}{8}$ rls. la arroba de azúcar centrífuga (o sea de 93 a 97 de polarización) y de $3\frac{1}{4}$ rls. y $2\frac{3}{4}$ rls. la arroba de las clases inferiores (de 85 a 91 de polarización), que se consideraban insuficientes para una industria en trance de transformación sobre la cual pesaban algunos de los factores propios de una época anterior en la cual los costes eran altos en correspondencia adecuada con los precios altos internacionales.

Ese cambio en los precios no era un fenómeno depresivo más o menos accidental sino uno de los hechos básicos de la evolución azucarera mundial en el siglo pasado. El desarrollo de la gran industria remolachera, protegida por subvenciones o subsidios en Europa y equipada con un instrumental muy eficiente, cuyos productos se podían lanzar al mercado internacional a precios menores que los del azúcar de caña, la formación de la industria refinadora en Estados Unidos, con su alta demanda de azúcares crudos de bajo precio, fueron otras tantas causas directas de ese cambio que marca el cierre de una etapa en la historia de nuestra industria y el comienzo de una nueva que todavía hoy subsiste. Según datos publicados por diversas fuentes, desde 1885 hasta 1902 el más alto tipo de cotización del azúcar crudo en puerto cubano fué de 3.98 cts. libra.

Al parecer ocurrió simultáneamente una baja en los precios del tabaco manufacturado que se mantuvo al nivel de cinco centavos por unidad durante largos años, mientras el precio de la rama oscilaba entre 30 y 40 cts. libra, que resultaban posiblemente iguales o superiores a los niveles anteriores a la depresión.

El efecto de la crisis de 1884 fué decisivo. Además de las quiebras comerciales, entre las cuales se cuentan las de siete de las principales casas de comercio, de la suspensión de operaciones y liquidación consiguiente de la Caja de Ahorros se produjeron esos cambios en los precios que forzarían la transformación de las industrias básicas.

4. Lógicamente, la crisis general y la escasa organización y disponibilidades financieras consecuentes acentuaron la quiebra de la propiedad agraria y urbana. En el capítulo sobre la situación industrial hemos comentado el hecho que, por lo general, los hacendados —salvo aquellos que aparecían formando sociedades extranjeras o respaldados por ellas— estaban desprovistos de medios para liberarse de las deudas contraídas para ampliar o cambiar el equipo industrial o para refaccionar sus zafras y, al efecto, citábamos el caso del Conde de Ibáñez, uno de los más afortunados hacendados de la época, a cuya muerte

dos de sus propiedades pasaron a manos de acreedores. Si esta era la situación normal dentro de aquella rama de la producción más atractiva por su tradicional capacidad para producir altos beneficios y restaurar —con solo una buena zafra— los efectos de varios años de depresión, ya puede imaginarse cuál sería en otros sectores de la economía agraria.

La situación de los demás productores e, incluso, de los propietarios urbanos, era igual. Tradicionalmente, los vegueros estaban en su mayoría *ligados*, esto es, dependían completamente de un comerciante capitalino o local que los refaccionaba y para él trabajaban. Entre los ganaderos no existía ni siquiera esta organización financiera embrionaria, salvo si se estima que las compras adelantadas por parte de algunos encomenderos constituían una especie de refacción o de ayuda.

La *Exposición* del Círculo de Hacendados de 1894 indica que la crisis de la propiedad urbana considerada “en todas las épocas como una de las colocaciones más seguras y ventajosas del capital, cuando se quieren evitar el intenso trabajo y los grandes riesgos inseparables de las empresas industriales”, se caracterizaba por la reducción de las nuevas construcciones desde 1884 y por la disminución del valor de los inmuebles, señalando a este respecto numerosos casos en que las propiedades tasadas antes de 1880 fueron vendidas después de los años de crisis en menos de un tercio o de una cuarta parte de su valor.

Aun cuando antes de 1868 se estimaba que la mayor parte de la riqueza inmueble del país estaba sujeta a hipoteca o a cargas diversas, se tiene la impresión que durante el período que estamos comentando el mal era mucho más profundo y general. A lo menos, al terminarse la Guerra de Independencia en 1898 la situación, según estimados contemporáneos, indica que las hipotecas sobre bienes raíces rurales representaban alrededor de 58% del total de valor de aquellos, si bien en algunas provincias como Matanzas y Santa Clara este por ciento se elevaba al 70 y al 80; los censos representaban un 14% del valor total de esas propiedades. Los bienes raíces urbanos estaban sujetos a hipotecas por un valor igual al 79% de su valor total y los censos se elevaban al 10% del mismo. Respecto de estos bienes La Habana constituía el punto donde la situación era más grave, pues el valor de las hipotecas superaba al de las propiedades, debido posiblemente a la persistencia de préstamos de diferentes épocas.

Pocas medidas se pusieron en práctica para remediar esta crisis. Solamente durante la Guerra de Independencia, a virtud de los efectos de la situación política, se intentó remediar momentáneamente este problema, promulgándose los decretos de 15 de mayo de 1896 y de

19 de abril de 1897 declaratorios de una moratoria general de los créditos garantizados con fincas rústicas y urbanas.

5. El régimen fiscal no varió sustancialmente durante el período debido a que las reformas producidas en 1867 quedaron abolidas al desencadenarse la Guerra de los Diez Años y mantenerse, por ende, el tradicional sistema basado en la proliferación de tipos y conceptos de gravámenes indirectos. Durante la década de revolución los acontecimientos principales han sido reseñados en el capítulo I. Lo que sucedió después de 1878 podría resumirse de la siguiente manera: mantenimiento de una alta presión tributaria con fines recaudatorios y sustitución de los ingresos perdidos, a consecuencia de reformas aduanales o de la desaparición de empresas y explotaciones económicas, por otros ingresos fiscales que tendían a gravar principalmente a la propiedad rústica y a la industria. Para mejorar la Hacienda Pública y el régimen fiscal como convenía a los intereses de algunos grupos políticos o económicos, el Gobierno metropolitano, apoyándose en las combinaciones políticas que podía realizar en el Congreso español, obtuvo anualmente unas autorizaciones, incluidas en las leyes de presupuestos, que permitían modificar y ampliar los impuestos libremente. En este sentido, las quejas fueron casi unánimes por el abuso con que se usaba de las autorizaciones.

Los argumentos de los miembros de los Gobiernos frente a las quejas de algunos diputados cubanos por el excesivo peso de las contribuciones fueron, a veces, muy singulares. Por ejemplo, el Ministro de Ultramar Fabie, historiador del Padre Las Casas y colaborador del grupo más reaccionario del Partido Unión Constitucional, elaboró en el Senado español toda una tesis basada en la afirmación que "una industria que se desarrolla y vive en pura pérdida no puede existir sino limitadísimo tiempo", razón por la cual consideraba él que la industria azucarera cubana, cuyas exportaciones aumentaban, estaba progresando, o sea, no se hallaba en crisis. Descuidaba el Ministro otros factores como la eliminación violenta de productores que se estaba realizando a través de la "concentración" industrial, y las dificultades de financiamiento que eran precisamente los factores que constituían la crisis de la industria ante los cuales el aumento de las exportaciones eran irrelevantes sino perjudiciales.

Un ejemplo de cómo se operaban las sustituciones de ingresos lo ofrece la Ley de Presupuestos de 1891-92 en la cual se estableció un impuesto del 4% sobre el rendimiento de las fincas azucareras y tabacaleras, además de mantener subsistente la contribución que a prorrata debían pagar ambas (un millón doscientos mil pesos entre los ingenios

y cuatrocientos mil pesos entre los fabricantes de tabaco). Las demás propiedades rústicas pagarían un 2% si era uno el propietario y empresario, y cuando estaban en arrendamiento el propietario pagaría además el 2% de la renta. Todo ello se establecía en compensación de las eliminaciones de derechos que se habían producido a virtud de las Leyes de Relaciones de 1882 y del Tratado de Comercio con los Estados Unidos.

6. La deuda pública creció extraordinariamente a consecuencia de la Guerra de los Diez Años. Independientemente de que esto era resultado de los gastos excesivos y de los desórdenes en la administración fiscal, la situación no mejoró esencialmente durante el período que se extiende entre 1878-1902. Los gastos públicos, especialmente los de tipo político y represivo aumentaron continuamente. Los sueldos de las autoridades principales pueden servir para indicar a qué extremos se llegaba en la disposición del dinero de los contribuyentes cubanos. El Gobernador tenía cincuenta mil pesos de sueldo, el Director de Hacienda diez y ocho mil quinientos, el Arzobispo de Cuba y el Obispo de la Habana tenían consignaciones anuales por diez y ocho mil pesos cada uno, el Comandante General del Apostadero cobraba diez y seis mil trescientos pesos. En general, todos los cargos que podían servir para reforzar el poder colonial o ganar el apoyo de partidos y grupos políticos metropolitanos para el Gobierno eran demasiado bien retribuidos.

La distribución de los presupuestos era significativa. Del proyecto elaborado para 1891 se destaca lo siguiente: los ramos de Guerra y de Gobernación constituían más de los $\frac{2}{5}$ del total de egresos y el ramo de Fomento y Gracia y Justicia sólo alcanzaban al $\frac{1}{12}$ del total de egresos. El empleo efectivo de esas cantidades era aun más significativo. Por lo general, lo que se observaba era la mala administración de los fondos. La Marina que disponía de buenas asignaciones estaba constituida por algunos barcos que realizaban al decir de un diputado conservador "el milagro de navegar", aunque, como es lógico, no serían capaces en 1898 de realizar el milagro de vencer. El ejército no le iba a la zaga con sus defraudaciones sobre provisiones con sus plazas vacantes que seguían pagándose y con toda una serie de vicios de otro tipo. Las prácticas administrativas viciosas fueron reiteradamente denunciadas no ya por los diputados autonomistas y los cubanos disidentes sino también por los propios diputados conservadores.

El folklore sobre el fraude y la malversación era muy rico. Unos comentarios de Rafael Fernández de Castro sobre esta materia en un discurso del año 1887 son elocuentes. Existían entonces frases y pa-

labras como las siguientes: "dejar la vergüenza en Cádiz", "a Cuba nadie viene a tomar aires", "igual", "buscar", "matar hojas" (o sea, hacer desaparecer el expediente de adeudo aduanero para repartir entre funcionarios e importadores el montante de los derechos dejados de cobrar), "manganilla", "tapar agujeros", etc., que muestran la gama de operaciones encaminadas al enriquecimiento de los funcionarios, en perjuicio de los contribuyentes, del pueblo en general. La avidez de ciertos grupos políticos españoles por los cargos administrativos en Cuba no hace sino confirmar que éstos eran una fuente pródiga de riquezas; con razón se diría que las ochocientas reales órdenes sobre movimiento del personal administrativo, promulgadas en 1893 parecían "un festín de hambrientos". La propia España se sentía gangrenada por la corrupción que sus agentes mantenían en las colonias.

En consecuencia, no hubo presupuesto que no terminase en déficit, aparte del arrastre de una deuda pública de guerra que venía desde antes de 1868 pues comprendía los gastos realizados, por ejemplo, en la exposición interventora en Santo Domingo. En 1886 Fernández de Castro evaluaba la deuda en unos 136 millones de pesos, a los que debía añadirse unos 30 millones de la llamada deuda flotante, en su mayor parte, préstamos tomados del Banco Hispano-Colonial, del Español de la Isla de Cuba, del de París, el de España y otros. El total arrojaba una suma de 167 millones de pesos. Con toda lógica, el capítulo anual de egresos destinados al pago de tan extraordinaria deuda consistía en el $\frac{2}{5}$ del presupuesto total.

Los arreglos sucesivos de esa monstruosa deuda no dieron resultado. Primero, se produjo la consolidación de 1882, más tarde la conversión de 1886 y, finalmente, la conversión por un total de ciento ochenta y cinco millones de pesos en 1890. Todos produjeron nuevos trastornos y recargaron aun más el tesoro de la colonia. Como dato curioso debe tenerse presente el cálculo realizado por Fernández de Castro analizando el proyecto de conversión de 1886, tras de la cual la liquidación total de la deuda se produciría en 1936 a un costo de doscientos noventa y cuatro millones de pesos! Con frecuencia el producto de tales operaciones se dedicaba a fines ajenos a la administración y a los intereses del país.

7. En el cuadro de la situación financiera de este período debe tenerse en cuenta la intervención del capital extranjero. No porque fuera un fenómeno nuevo, pues desde tiempos anteriores las inversiones, digamos indirectas, por medio del crédito comercial habían estado presentes en la economía colonial, especialmente entre 1830 y 1860, período en el cual aparecen también las primeras inversiones directas en

la minería del cobre. Había entonces igualmente, como señala Portell Vilá, casas de comercio norteamericanas establecidas en Cuba, a través de las cuales se dejaba sentir la influencia del capital extranjero. Pero es que entre 1878-1902 las inversiones de este tipo habrían de adquirir un nuevo carácter y se transformarían en el principal, si no único, instrumento financiero del país.

Claro está que este fenómeno se produjo debido a la existencia de condiciones internacionales favorables. Hasta el último cuarto del siglo la organización financiera norteamericana no estuvo en condiciones de afrontar inversiones en el exterior. En este momento, las inversiones británicas, que habían mostrado cierto interés en el desarrollo de la minería de Cuba se orientaron hacia otros campos como el desarrollo del imperio asiático y, algo más tarde, de algunas de las colonias y zonas africanas, el desarrollo de los propios Estados Unidos y de países atrasados de Europa, dejando este campo antillano a la iniciativa financiera de los Estados Unidos, una vez que se repusieron de los efectos de la Guerra de Secesión.

La primera manifestación importante de inversiones norteamericanas en Cuba fueron la constitución de la Juraguá Iron Co., adquirida en 1884 por la Bethlehem and Pennsylvania Steel Co., dedicada a la explotación del mineral de hierro de la provincia oriental. Al parecer la crisis de 1883-84 detuvo este movimiento, hasta que después de 1890 se produjeron inversiones más continuas.

De mayor interés histórico fué la inversión azucarera realizada por la firma de E. Atkins y Cía., corredores de azúcar, establecidos en Boston y en relaciones con Cuba desde 1838. La ruina producida por la guerra de los Diez Años permitió que esa firma adquiriera el ingenio Soledad (Cienfuegos), sobre el cual tenían un crédito hipotecario. El año 1883 se inició de esta manera la participación activa de intereses norteamericanos en la industria azucarera cubana. El efecto de esta intervención se observa claramente en el hecho que este ingenio de 130 caballerías se transformó en un central con más de 360 caballerías en 1893.

Tras de los Atkins siguieron otros. En 1890 y principios de 1891 un sindicato de New York adquirió el ingenio San Ramón. En ese año el *Louisiana Planter* estimaba que un diez por ciento de las fábricas de azúcar eran de propiedad extranjera y se auguraba una creciente inversión norteamericana debido a la "confianza" que el capital extranjero tenía en el futuro de la colonia, entonces agitada y maltrata por la crisis política y económica. En 1893 el grupo familiar

de los Rionda adquirió el Central Tuinicú. También el Central Santa Teresa fué adquirido por una sociedad norteamericana en estos años. Una combinación formada por Atkins y Havemeyer, el del "trust" refinador norteamericano, adquirió en 1892 la Trinidad Sugar Co.

El ritmo de estas inversiones no parece haber cesado completamente al producirse la sublevación de 1895. Sin embargo, no volvería a acelerarse hasta la terminación de la Guerra o sea el año 1899 en que se organizó la Cuban-American Sugar Co., propietaria de los ingenios Mercedita y Tinguaro. El mismo año el grupo de los Rionda acreció sus propiedades azucareras adquiriendo el Central Francisco con más de 500 caballerías de tierras. La historia de las inversiones del capital extranjero en la industria azucarera cubana se prolonga más acá de 1902 constituyendo uno de los elementos capitales del desarrollo económico durante el período republicano.

Mientras se producían estos hechos en la industria azucarera, la agricultura y la industria tabacaleras presenciaban una intervención muy similar. En el capítulo correspondiente al desarrollo industrial del país en este período finisecular hemos tenido ocasión de señalar los casos principales de inversiones norteamericanas y británicas en este sector de la producción básica de la colonia. Igualmente hemos señalado las inversiones extranjeras en los transportes. Poco a poco todas las actividades básicas del país tendían a salir de las manos de los inversionistas y capitalistas hispano-cubanos para caer en las de grupos extranjeros que disponían de mayores recursos, de una mejor organización y hasta de la influencia política de que carecían aquéllos.

Hacia 1899 se estimaba que las inversiones norteamericanas en Cuba ascendían a cincuenta millones de dólares.

El conflicto que ellas plantearon no corresponde analizarlo aquí; sin embargo, debe señalarse que desde entonces hubo cubanos, como Manuel Sanguily, que vieron claramente cuáles serían las consecuencias de esta creciente sujeción al poder financiero extranjero que no venía, naturalmente, empeñado a desarrollar las posibilidades del país sino a complementar las necesidades económicas —industriales y comerciales— de los Estados Unidos.

CAPÍTULO VII

POLITICA ECONOMICA Y GRUPOS SOCIALES

ESTA época de la Historia de Cuba se caracteriza, desde el punto de vista de la economía, por la aparición de fuertes vinculaciones entre la actividad política general y los intereses económicos. La sensibilidad que ciertos grupos sociales habían adquirido a los cambios de política que pudiesen afectar a la economía se manifiesta claramente en una serie de hechos acontecidos entre 1878 y 1902, especialmente antes de 1895. En realidad, esta constatación no representa un hecho nuevo en la evolución del país. Con anterioridad hemos podido apreciar las diferencias de actitudes, que se traducían, a veces, en antagonismos u oposiciones de tipo político o social; pero la mecánica de esos hechos, debido a las condiciones generales de desarrollo del país queda con frecuencia oculta o se diluye, mientras que, a partir de 1878, por la aparición de una crisis política decisiva y a consecuencia de una transformación social completa de la población, esas diferencias se vuelven aparentes, salen al primer plano de la actividad social.

1. Decir que la vinculación entre la política y la economía se vuelve más estrecha cada vez equivale a señalar que el proceso histórico nacional maduraba rápidamente y situaba a los grupos sociales y económicos en sus propias esferas, vedando casi toda confusión entre intereses, orientaciones y políticas distintas. Por otra parte, los problemas económicos tenían forzosamente que aparecer en primer lugar de la atención social, pues de ellos dependía la posibilidad de aprovechar y consumir las transformaciones de las industrias y del trabajo.

Pero había además otras razones, que deben tenerse en cuenta. La economía había sido hasta 1878, y seguiría siéndolo, esencialmente exportadora-importadora. Estaba, pues, estrechamente vinculada a todo acontecimiento externo y, particularmente, a todo acontecimiento en los mercados principales de sus productos, que pudiera reflejarse en esa su condición básica. Esta sensibilidad, que señalamos en épocas anteriores, fué acentuándose a medida que el desarrollo económico industrial de los países europeos y los Estados Unidos progresaba y los

países coloniales quedaban limitados a la producción de algunos frutos complementarios o de materias primas. Cuba era ya la azucarera del mundo occidental con una producción que equivalía, antes de 1868, a un 30% más o menos del total mundial. En otro sentido, Cuba era, también, la tabaquera de los Estados Unidos y había estado contribuyendo con cantidades sustanciales de cobre a la industria inglesa. Cualquier cambio que se operase en las condiciones de los países consumidores, a consecuencia del hallazgo de nuevas fuentes de abastecimiento o de la aplicación de nuevas técnicas o, finalmente, de la aplicación de una política económica nueva, suponía un cambio congruente en la producción y la exportación de esos productos de Cuba. La historia nacional ya tenía un ejemplo patente de este tipo de transformación impuesta, digamos, por la diferente sincronización del desarrollo económico del mundo occidental: la aparición de la agricultura comercial a fines del XVIII. Solo que entonces se produjo un cambio de tipo aditivo, esto es, a los grupos de intereses y, en definitiva, se fundieron unos y otros en una organización positivamente superior a la existente hasta entonces. Pero ahora, en este período, la transformación implicaba la sustracción, la eliminación de grupos y la suplantación de unos intereses por otros. En total, una verdadera revolución en la estructura económica y social del país.

A este cuadro en que los movimientos y cambios externos tienen una importancia fundamental se añade la existencia de intereses políticos y económicos metropolitanos, los cuales vienen a complicar el desarrollo de la situación cubana, pues se trataba de un factor mucho menos vinculado a la economía colonial que los demás factores internacionales actuantes y, por ende, mucho menos interesado en que el país se adecuara a las nuevas circunstancias. En este caso la política era una especie de tabla de salvación de los grupos económicos metropolitanos favorecidos en Cuba. Se produjo entonces una doble corriente de relaciones. De un lado, la política colonial, al servicio de intereses españoles, que se oponía a otros intereses españoles radicados en la colonia pero con vinculaciones internacionales diferentes. De otro lado, el desarrollo económico independiente que coincidía con aspiraciones políticas conducentes a garantizarle su independencia del poder político y económico metropolitano. Había una especie de unidad subyacente entre la independencia económica y la independencia política con relación a España, como la había entre la dependencia económica creciente de Estados Unidos y la aspiración a una dependencia política congruente.

La existencia de un grupo político que dejaba la solución de los graves conflictos de intereses para el momento en que el pueblo de Cuba fuera libre y pudiese decidir soberanamente sobre sus relaciones internacionales no altera aquel cuadro, sino lo completa. Los esfuerzos de Martí por mantener a todos los grupos sociales y económicos dentro de la unidad por la independencia y las advertencias que él hace para el futuro sobre la conveniencia de establecer relaciones con los Estados Unidos basadas en el mantenimiento de la libertad de acción económica y política de Cuba ratifican tanto aquella unidad subyacente a que nos referimos anteriormente como la actitud de dejar para el futuro el arreglo definitivo de la conducta del pueblo.

Martí comprendía que era preciso manejar delicadamente los hilos del movimiento independentista, pues en él podían estar interesados tanto los grupos exportadores, por lo que les ofrecía de posibles garantías futuras en sus relaciones con Estados Unidos, como los demás intereses que aspiraban a terminar con todo el colonialismo. Sin embargo, la ayuda eficaz no le vino de aquéllos, sino de otros grupos, como los hombres de clase media y los obreros emigrados, y de la población rural, empobrecida progresivamente y aumentada a consecuencia de la abolición de la esclavitud. Los intereses exportadores se agruparon en torno a otras consignas políticas que les parecían más seguras por no apelar a la violencia, a la Guerra, preñada siempre de elementos de destrucción. Pero lo que debe observarse es que tanto en estos grupos, como en las demás, cualquiera que fuese su ubicación respecto de la política, se había hasta cierto punto eliminado la tradicional antítesis criollo-español, apareciendo, bajo la denominación de conservatismo y liberalismo, dos tendencias en las que se resumían las preocupaciones y los afanes de grupos nacionales mixtos. Lo mismo sucedía en el campo independentista, donde había una colaboración multinacional significativa de los nuevos tiempos.

2. El régimen político de dos partidos se inicia al cesar la Guerra de los Diez Años. El mismo año 1878 surgen los dos grupos que representarían durante este período la diferente orientación que sobre los problemas del país tenían los grupos componentes de la población. El Partido Unión Constitucional o conservador, representaba la tendencia españolista o, más bien, de mantenimiento y reafirmación de la sumisión colonial. El Partido Autonomista o liberal agrupaba a los que consideraban necesario una reforma que pusiera en manos de los cubanos —sin salirse fuera del imperio español— la administración y los intereses de las colonias.

Ambos partidos inscribieron en sus programas los problemas económico-sociales del momento y le dieron solución. Los autonomistas se proponían la supresión de los derechos de exportación, la reforma arancelaria estableciendo derechos puramente fiscales y eliminando los derechos diferenciales, la normalización de las relaciones con Estados Unidos a través de un tratado y, finalmente, la rebaja de los derechos que pagaban a su entrada en España el azúcar y las mieles de Cuba y otros productos. Se proclamaban libre-cambistas. En las cuestiones sociales propugnaban por la abolición de la esclavitud, el cumplimiento de la Ley Moret con indemnización y la introducción de un reglamento del trabajo de los negros libres y su educación moral e intelectual y por la inmigración blanca exclusivamente, preferentemente familiar.

El partido conservador exponía en su programa una serie de objetivos similares. En primer término, la supresión de los derechos de exportación, la reforma arancelaria con la rebaja de derechos especialmente a los artículos de primera necesidad y la concertación de un tratado con Estados Unidos. Además, se proponía facilitar las relaciones con España hasta lograr que el comercio imperial fuera declarado de cabotaje, defender especialmente la producción agrícola e industrial de tabaco, el arreglo definitivo de la deuda pública, la rebaja de impuestos y la distribución equitativa de los mismos, la economía en los gastos públicos y la reconstrucción preferente de las comarcas asoladas por la Guerra. En las cuestiones sociales, pretendía la abolición de la esclavitud de acuerdo con la Ley Moret, sin indemnización y con una política ulterior de favor hacia los libertos y la inmigración de braceros privada aunque protegida por el Estado.

Ya estaban trazadas las grandes líneas de la actividad política del período. Y debe observarse que se confirma esa unidad subyacente aun en estos dos programas que aparecían como los más opuestos. En efecto, los puntos comunes son numerosos y las diferencias consisten más bien en añadiduras del programa de Unión Constitucional sobre temas en que los autonomistas no fijaban su atención por considerarlos implícitos en su pensamiento político o, quizás, por creer que realizada la reforma política la administración colonial autónoma abordaría naturalmente tales reformas. Pero hay una diferencia notoria: mientras Unión Constitucional lanza la consigna del cabotaje entre España y Cuba, en lo cual se alía a los intereses metropolitanos, los autonomistas se limitan a demandar una mayor participación de los productos de Cuba en el mercado español. Posición bien diferente, pues aquella atiende fundamentalmente a los grupos económicos productores y comerciales de la Península y a sus conexos de Cuba (importadores)

mientras el otro atiende fundamentalmente al interés de los exportadores cubanos. Igualmente significativa es la total exclusión del tabaco del programa autonomista, mientras el programa conservador lo destaca como un tema importante, dejando a los autonomistas en el papel de meros exponentes de preocupaciones azucareras. La realidad es que los intereses azucareros estaban divididos en cuanto a las necesidades políticas del país y se encontraban tanto en uno como en otro partido. Sin embargo, las afirmaciones más tajantes sobre el papel de la industria en Cuba correspondería hacerlos a un autonomista: Rafael Fernández de Castro: "Sin azúcar no se concibe la Isla de Cuba y sin el consumo de ese producto por los Estados Unidos no se concibe nuestra existencia como pueblo culto. Nuestro porvenir y nuestra civilización están indefectiblemente unidos a la producción azucarera. El azúcar es el cordón umbilical que nos une a la república vecina. Aquí vivimos del dinero americano. El día que no recibamos los millones yankees, en cambio de nuestros azúcares, dejaremos de existir para la vida culta". Si el don de la previsión le hubiese sido conferido al batallador autonomista hubiera podido percatarse de que en ese hecho al cual él se sometía residía precisamente el peligro de la eliminación del grupo azucarero cubano, ya muy maltrecho y en vías de liquidación ante la pujanza del inversionismo extranjero.

Una formulación tan tajante suponía conclusiones mucho más radicales que el propio autonomismo, pues éste contaba siempre con una participación de los intereses españoles en la economía cubana, o sea una limitación de la participación norteamericana. De las expresiones de Fernández de Castro al anexionismo había menos de un paso.

Esas diferencias entre conservadores y liberales no impidieron que en el Congreso español los respectivos diputados coincidieran más de una vez cuando se trataba de problemas económicos. Se tiene la impresión de que ambos partidos estaban fundamentalmente preocupados por ganarse la voluntad de los grupos económicos importantes antes que la de los elementos componentes del pueblo: clase media u obreros. Los conservadores propiciaron cierta política liberal respecto de una parte de ese pueblo, especialmente los negros, con fines, claro está demagógicos y divisionistas. Las coincidencias económicas quedaban, por lo común, sumidas en el segundo plano, debido a que los diputados conservadores tenían la política de unirse a los partidos metropolitanos mientras los diputados autonomistas mantenían en lo posible una independencia completa, de modo que les permitiera captar de las diferencias entre los grupos españoles aquellas ventajas o reformas que interesaban a su programa.

3. Pero la coincidencia adquirió, a veces, caracteres alarmantes para los grupos conservadores más afectos al régimen imperante. La ocasión en que ello se puso de relieve con más profundidad fué al surgir el Movimiento Económico resultante del efecto producido en Cuba por la política norteamericana plasmada en el Bill McKinley.

No era nuevo el intento de formar un "frente único" que diríamos en nuestra jerga política, destinado a presionar al poder colonial para que implantase las reformas y medidas económicas destinadas a superar la crisis estructural de la industria azucarera. La situación de los años 1883-84 provocó un movimiento similar al de 1890. El 1º de febrero de 1884 el Círculo de Hacendados pasó invitación a la Sociedad Económica y a la Junta de Comercio para que cooperaran a la formación de una Junta Magna en la cual se reunieran todos los intereses afectados por la crisis —sin distinción de partido— para obtener del Gobierno una serie de medidas, como la supresión del derecho de exportación, la rebaja a los impuestos sobre tabaco en España, el desestanco del tabaco en España, la libre entrada del azúcar en los puertos de la Península y el tratado de comercio con Estados Unidos. La iniciativa se debía al Conde de Casa Moré, presidente del Círculo. Las organizaciones convocadas respondieron apoyando la iniciativa, aunque la Sociedad Económica, por boca de Rafael Montoro aclaró que consideraba aquellas demandas demasiado superficiales limitándose, en gracia a la unidad, a apoyarlas. Se celebraron varias reuniones con el fin de precisar el programa de la Junta Magna. Todo parecía indicar que ésta tendría existencia prontamente; pero después de celebrar una visita al Gobernador y ante la oposición de éste surgieron las primeras desavenencias. La mayor parte de los comisionados se manifestó contraria a suspender aquellos trabajos pues consideraba que la gestión era plenamente legal; en consecuencia, se acordó con un solo voto en contra proseguir. Empero, la presión política sobre los elementos conservadores comenzó a sentirse inmediatamente. La última reunión se celebró el 12 de marzo del mismo año. Poco después se publicaba en la prensa un suelto autorizado por el Conde de Casa Moré, iniciador y enterrador de la idea, por el cual se daba a conocer la oposición de éste a la gestión del Círculo de Hacendados y a la formación de la Junta Magna. Con ocasión del movimiento de 1899 diría Montoro recordando este incidente: "... debe servirnos de aviso saludable ... por si otra vez las influencias políticas torciesen el acertado rumbo de la opinión general, distrayendo o paralizando los nuevos esfuerzos como paralizaron aquél, y dando ocasión a que en largos años de obstinación y de indiferencia se agraven todos los problemas

hasta hacerse quizás irresolubles". No le falló el juicio, pues también el Movimiento Económico de 1890 fué destruido por las intrigas políticas. Bastaría recorrer las comunicaciones del Ministro Fabié al General Polavieja para percatarse de ello.

Al conocerse el contenido de la Ley McKinley aprobada por el Congreso se inició una fuerte agitación que comenzó por la Cámara de Comercio, la cual con fecha 5 de septiembre celebró Junta, cuyos acuerdos fueron pasados a la Sociedad Económica con el fin de que prestara su cooperación a la iniciativa de proponer, por encima de toda consideración política, las medidas que se estimaban pertinentes para combatir la crisis y resolver sobre las relaciones con Estados Unidos.

Respondieron al llamamiento todas las agrupaciones profesionales económicas: el Círculo de Hacendados, la Liga de Comerciantes, la Unión de Fabricantes de Tabaco, además de la Cámara de Comercio y de la Sociedad Económica. También se incorporó la Sociedad de Estudios Económicos. En noviembre se había llegado a un acuerdo que permitía una acción común de los Comisionados a la información arancelaria de que hemos tratado en el capítulo V y que se verificó en diciembre siguiente. No faltaron los conatos de división, pues que las autoridades coloniales y el propio Gobierno de Madrid se interesaron vivamente en romper un movimiento que ponía en claro la urgencia de realizar reformas económico-fiscales. Cuando Fernández de Castro exigió al Presidente de la Cámara de Comercio que el requisito indispensable para concurrir a Madrid era la absoluta unidad de acción, éste no le contestó inmediatamente poniendo en peligro la iniciativa.

El Comité de Propaganda Económica formado por este Movimiento actuó intensamente durante el año 1891. Fué particularmente importante la Asamblea general del teatro Tacón el 15 de abril de 1892. Se avecinaban los nuevos presupuestos, la reforma arancelaria y el tratado con Estados Unidos. El Sub-comité establecido en Madrid trabajaba activamente en esos asuntos, y una de sus consultas, evacuada por Fernández de Castro a nombre de una comisión especial designada por el Comité Central de Propaganda Económica, indicaba ya en junio de 1891 que no se iban a lograr los más caros objetivos de aquel "frente único". Ya estaban actuando las fuerzas opuestas a la unidad. En octubre siguiente ya estaba en crisis el Movimiento, pues la prensa conservadora había variado de actitud y le oponía toda su fuerza, alentada por el General Polavieja. Antes de que el año ter-

minara ya no existía el Movimiento Económico. Pero, como veremos, los grupos económicos conservadores estaban desunidos.

El proceso por el cual queda liquidado el Movimiento Económico se inicia desde los primeros días de 1891. El 7 de enero los autonomistas lanzaron un manifiesto anunciando su retraimiento de las elecciones. Pocos días después, la Unión de Fabricantes de Tabaco que se consideraba representante de un grupo económico por lo general desamparado, lanzó un manifiesto señalando quiénes eran los candidatos por los cuales no se debía votar, esto es, los hombres vinculados al grupo directivo de Unión Constitucional, proponiendo, en cambio, como candidatos de los conservadores "unitarios" y de los independientes a los comisionados a la Junta de Información, entre los cuales se hallaban algunos autonomistas y conservadores disidentes. Concretamente solicitaban que los electores votaran por Benito Celorio y por Rafael Montoro.

La trama del Gobierno de Madrid urdida por Fabié y apoyada por Polavieja, consistió en cambiar la directiva de Unión Constitucional, poniendo en su lugar a un grupo dirigido por el Conde Galarza, por Pertierra y por Calbetón que serían capaces de atraer a los díscolos "unitarios". "Lo que conviene es que procuremos cortar las divisiones que trabajan actualmente al partido español, no sea que el mejor día nos encontremos con que se nos rompe ese precioso instrumento, sin el cual (dadas las circunstancias) veo muy difícil que marche ahí", decía preocupado el Ministro Fabié. Por todas partes había malestar, pues los detallistas acordaron irse al retraimiento electoral mientras circulasen los billetes de las emisiones de guerra.

El nuevo grupo dirigente conservador demagógicamente adoptó una actitud radical y se incorporó al programa del Partido una parte de las demandas del Movimiento Económico, a principios de diciembre de 1891. Pocos días después renunció Galarza a la Presidencia del Partido. El Círculo de Hacendados, la Unión de Fabricantes de Tabaco y hasta los "defraudadores que se cubren con el nombre de Liga de Importadores", al decir de Fabié, volvieron a la disciplina del conservatismo.

Este episodio, al parecer zanjado felizmente para los intereses metropolitanos, dejó una huella profunda entre los grupos económicos que, como veremos, forma parte de otros de los elementos de las ideas, la política y las actitudes económicas de los diversos grupos sociales y, por ende, merece un tratamiento aparte.

3. En una sociedad agitada por conflictos políticos, al par que por una crisis económica prolongada es difícil que los grupos repre-

sentantes de los diversos intereses se mantengan unidos o que no pugnen visiblemente por hallarse, o considerarse —cuando menos— en contradicción unos con otros. Esta lucha la hemos constatado en nuestra historia desde fines del siglo XVIII y aun antes, aunque con caracteres más circunscritos. Correspondía al período que estamos analizando, y conforme a lo que hemos comentado en el número antecedente, el planteamiento de este tipo de antagonismos en un orden más general y con una mayor diversidad, por la formación de diversos grupos que antes no existían.

Quizás el hecho de más entidad en este aspecto fuera la separación del grupo tabacalero del Partido Unión Constitucional. El manifiesto en que se rompe esta vinculación, por primera vez, es, como hemos dicho en el número anterior, de 21 de enero de 1891. Posiblemente no hubo ataque más enfático contra los políticos conservadores y el Gobierno metropolitano que los protegía que ese documento. Se les hace responsables de la falta de medidas para solucionar los problemas económicos del país y se incita, como sabemos, a que los electores voten por los candidatos Comisionados a la Información arancelaria.

El hecho tiene significación por cuanto, a reserva de que un estudio más a fondo aclarara la cuestión, se tiene la impresión de que este manifiesto señala una actitud autonomista, y especialmente, de Montoro, inclinada a dar más importancia en su acción pública a los problemas tabacaleros que la que se había dado hasta entonces. Los autonomistas, y entre ellos, precisamente Fernández de Castro, habían insistido demasiado en los problemas azucareros. En realidad, el mismo agravio tenían los tabacaleros respecto del Unión Constitucional, aun cuando este partido había incluido explícitamente en su programa el tema tabacalero. Que este pensamiento era propio del grupo lo indica Celorio, su representante en la Información Arancelaria: "Todo parece conspirar contra este ramo importantísimo de la riqueza cubana. Se le van cerrando mercados, y nadie hace el menor esfuerzo para evitar mal tan grande y parece que al tratar del tabaco, no se trata de riqueza nacional".

Volvió la Unión de Fabricantes de Tabaco a la disciplina conservadora, cuando el Partido Unión Constitucional incorporó parte del programa "económico" a su propio programa. Pero el malestar continuaría. Los proyectos de reforma de Maura el año 1893 determinaron la escisión del Partido Conservador, formándose el Partido Reformista (30 de julio) el cual reunía a un grupo de españoles y de cubanos que deseaban un programa capaz de satisfacer más a los diversos grupos económicos por encima de sus diferencias nacionales. Los

tabaqueros —no todos, claro está— participaron activamente en la formación del partido. Entre sus fundadores se encontraba Saturnino Martínez, ex-obrero tabaquero y fundador del periódico *La Aurora*, ahora fabricante de tabacos. Y el Partido fué presidido por un tabaquero Prudencio Rabell. Es de notar la importancia que se daba en el programa a los temas tabacaleros (libre venta del tabaco cubano en España; supresión de todo impuesto sobre el tabaco elaborado).

El tono de la polémica sobre la crisis de la industria tabacalera asumió caracteres de una virulencia grosera, propia de la prensa conservadora de la época. En una de las polémicas, la justa preocupación de un publicista sobre la suerte de las fábricas de tabaco y del personal en ellas empleado solo obtuvo como respuesta de los conservadores la siguiente: los tabaqueros deben irse a cortar cañas. Uno de los diputados de Unión Constitucional por Pinar del Río había dicho en sesión del Congreso español que los vegueros podían, si se consideraban maltratados, dedicarse a sembrar boniatos!

Pero no todo había de ser fácil. Los intereses tabacaleros formaron el Comité de defensa de la producción tabacalera (1894), en vista de la situación que planteaba la vigencia del Bill McKinley y la del Convenio con Estados Unidos. Pero, a medida que se analiza la composición de cada grupo se encuentran diversidades. Así fué que tras de muy pocas sesiones el Comité desapareció debido a que los fabricantes de tabaco propusieron una serie de bases, entre las cuales la número cinco solicitaba la imposición de un derecho de exportación sobre la rama de tipo prohibitivo (10 pesos por kilogramo) y con la añadidura de que se aforaría como capa todo tercio en que se encontrase aunque fuera una hoja de capa. De este modo, los almacenistas quedaban afectados. Por otra parte, había una fuerte presión pública por haberse excluido a los vegueros del Comité y por afectárseles grandemente con ese derecho de exportación. El 30 de julio de 1894 se reunió por última vez el Comité.

Las repercusiones de esta actitud de los fabricantes fueron profundas. A juzgar por el periódico *La Asociación*, de Sancti Spiritus, los intereses de la localidad adoptaron acuerdos de combate contra los fabricantes. Las razones son visibles: en esa zona había gran cantidad de vegueros y de terratenientes que obtenían rentas de los vegueros. Pero había más, como veremos a continuación.

En 1894 se pone de relieve otra nueva oposición interna, de tipo económico. El motivo fué la aparición del movimiento tabacalero en pro de la concertación de un tratado de comercio con Argentina basado en la concesión de ventajas al tabaco cubano y a las carnes argentinas.

Claro está que los intereses ganaderos se apresuraron a oponerse y el único periódico que les servía de portavoz —*La Asociación*, ya mencionado— aceptó el acuerdo de las instituciones que lo patrocinaban: combatir a los fabricantes de tabaco y protestar contra sus “tendencias monopolizadoras”. Y al efecto, publicaron uno de los trabajos de Cancio sobre el asunto. La polémica continuó hasta después del 24 de febrero de 1895. Cuando el tratado con Argentina quedó concertado, los ganaderos se limitaron a solicitar un tratamiento de favor en materia de impuestos internos.

Estas oposiciones y fricciones públicamente manifestadas forman un interesante cuadro de la situación cubana antes de la segunda Guerra de Independencia. Los grupos económicos más afectados por la crisis no abandonaron la posición conservadora que les parecía garantizar su existencia; pero es evidente que una parte de los componentes de ellos disminuyeron su adhesión al Partido Unión Constitucional. Algunos secundaron la revolución con aportes económicos. Y todos, al día siguiente de la evacuación de las fuerzas españolas, trataron de asegurar sus intereses bajo la nueva situación.

4. Como cuadra al panorama político-económico comentado en los números precedentes, la organización profesional de los intereses es un hecho de suma importancia durante este período. No es que los diversos grupos no tuvieron cierta organización, digamos de defensa, antes de 1878. Lo que ocurre es que eran organizaciones de tipo público, con atribuciones que sobrepasaban los problemas concretos de un grupo o actividad económica. La Junta de Fomento no era sino la expresión de intereses agrícolas e industriales básicos del país. Representaba, por esta misma razón, algo más que un simple grupo o interés. La cuestión a partir de 1878 varía de sentido. En realidad el inicio de las organizaciones profesionales económicas debe señalarse en la constitución de las primeras asociaciones obreras, que mencionamos en el t. IV.

En este período surgirán otras organizaciones de índole económica que ya hemos mencionado en los números anteriores: el Círculo de Hacendados y Agricultores, la Unión de Fabricantes de Tabaco, la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de la Habana. Hubo desde luego, muchas más, de tipo local. En Santiago de Cuba hubo una Cámara de Comercio, fundada en febrero de 1887; en otras localidades se organizaron asociaciones de colonos cañeros.

El Círculo de Hacendados y Agricultores se fundó en 1878 y agrupó inmediatamente a todos los hacendados azucareros. Su acción fué real-

mente importante en esos veinte años de crisis y de política. Algunos de sus documentos básicos son notables, como la *Exposición* de 1894. Desde enero de 1879 comenzó a publicar la *Revista de Agricultura* que es la principal fuente para el estudio de la transformación sufrida entonces por la industria azucarera.

La Unión de Fabricantes de Tabaco quedó constituída en 1884, como prolongación de la anterior organización llamada Gremio de Fabricantes. En 1896 se fundó con ella, la Asociación de Cigarreros. Esta agrupación no fué, dentro de las condiciones generales del país, de acción menos importante que la de los Hacendados, especialmente desde el punto de vista político.

A diferencia de lo que ocurría en el sector azucarero, las publicaciones especializadas no dependían visiblemente de la organización profesional. En materia de tabaco existieron el periódico *El Tabaco*, desde 1893 y *El Veguero*, de San Juan y Martínez, que, como lo indica su nombre representaba los intereses de los agricultores y que fué contemporáneo del anterior.

La Cámara de Comercio de La Habana se originó de la llamada Junta de Comercio que existía en 1880. En 1887 se transformó en Cámara de Comercio, Industria y Navegación con tres secciones correspondientes a cada una de las ramas comprendidas en el nombre institucional. Esta organización publicó un *Boletín* oficial que es otra de las fuentes para el estudio de la economía cubana contemporánea. La Cámara no fué como parecería indicar su nombre, una organización representativa de un grupo congruente de intereses, pues comprendía a los industriales no tabacaleros ni azucareros. El énfasis que algunos de sus documentos oficiales pone en la defensa de las industrias, digamos menores, como la del jabón y la cordelería, indica claramente que se trataba de una institución mixta y, por ende, de una posición intermedia frente a los graves problemas económicos del país. Al parecer esta diversidad de intereses fué la que favoreció la creación de la *Liga de Comerciantes Importadores*, representativa del grupo más vinculado a la política comercial oficial.

Pero sin duda alguna, el esfuerzo editorial de más categoría, en materia económica, lo fué la *Revista de Economía* de Francisco de Cepeda y de Manuel Villanueva, de cuyo contenido a partir de 1877 hasta 1883 en que cesó de publicarse no puede darse un cabal resumen.

FUENTES

CAPITULO I

- BACARDÍ MOREAU, EMILIO. *Crónicas de Santiago de Cuba*. Espec. ts. IV, V y VI. BOLETÍN DE COLONIZACIÓN. La Habana, 1872-76.
- DIARIO DE CAMPAÑA DEL MAYOR GENERAL MÁXIMO GÓMEZ. La Habana, 1940.
- EDO Y LLOP, ENRIQUE. *Memoria Histórica de Cienfuegos y su jurisdicción*. 3ª edic. La Habana, 1943.
- FRIEDLAENDER, H. E. *Historia Económica de Cuba*. La Habana, 1944.
- MARTÍNEZ FORTÚN, JOSÉ A. *Anales y Efemérides de San Juan de los Remedios y su jurisdicción*. Espec. t. III.
- PIRALA, ANTONIO. *Anales de la Guerra de Cuba*. Espec. t. III. Madrid, 1898.
- SOUZA, BENIGNO. *La invasión de Las Villas en 1873 y Máximo Gómez*. "Boletín del Ejército", mayo y junio de 1931.
- UBIETA, ENRIQUE. *Efemérides de la Revolución cubana*.
- VILLANUEVA, PELAYO. *Colón. Hechos, personas y cosas de este pueblo que no deben ser olvidados al escribirse su historia*. Espec. t. II. Colón, 1933.

CAPITULO II

- ARIAS, ANTONIO MARÍA DE PAULA. *El Veguero de Vuelta Abajo*. Pinar del Río, 1887.
- ARREDONDO, ALBERTO. *Cuba: tierra indefensa*. La Habana, 1945.
- BALMASEDA, FRANCISCO JAVIER. *Tesoro del Agricultor Cubano*. Habana, 1890-1892 y 1896.
- FRIEDLAENDER, H. E. *Historia económica de Cuba*. Cit.
- GONZÁLEZ DEL VALLE, A. *Memorandum presentado a la Comisión Nacional de Propaganda y Defensa del Tabaco Habano*. La Habana, 1909.
- GUERRA, RAMIRO. *Azúcar y Población en las Antillas*. La Habana, 1935.
- *Mudos Testigos. Crónica del ex-cafetal Jesús Nazareno*. La Habana, 1948.
- INFORME SOBRE EL CENSO DE CUBA 1899. Washington, 1900.
- JENKS, LELAND H. *Nuestra colonia de Cuba*. Madrid, 1929.
- JIMÉNEZ, JUAN B. *El Ingenio. Segunda Parte de las Aventuras de un Mayoral*. Matanzas, 1883.
- LA ASOCIACIÓN. Periódico. Sancti Spíritus, 1894-95.
- LA REVOLUCIÓN DEL 95, SEGÚN LA CORRESPONDENCIA DE LA DELEGACIÓN CUBANA EN NEW YORK. La Habana, 1932-37, 5 ts.
- MEMORIA DE LA SECRETARÍA DE AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO. Habana, 1904.
- REVISTA DE AGRICULTURA. La Habana, espec., 1879 a 1890.
- REVISTA ECONÓMICA. La Habana, espec., 1878.
- SOCIÉTÉ FERMIERE (EN FORMATION) DU DOMAINE DE LA BAIE DE NIFE (CUBA). París, 1886.
- THE LOUISIANA PLANTER AND SUGAR MANUFACTURER. New Orleans, espec., 1891.

CAPITULO III

- ALIENES, JULIÁN. *Características fundamentales de la Economía cubana*. La Habana, 1951.
- CÉSPEDES, BENJAMÍN DE. *La emigración en los campos*. "Revista de Agricultura", septiembre, 1883.
- EL TABACO. *Movimiento Industrial*. 1894.

- ENTRALGO, ELÍAS. *Historia de Cuba*. Conferencias del Curso universitario de 1944. Edición en mimeógrafo.
- FRIEDLAENDER, H. E. Op. cit.
- INFORME SOBRE EL CENSO DE CUBA. 1899. Cit.
- LA ASOCIACIÓN. Periódico, cit.
- MARTÍNEZ FORTÚN, J. A. *Anales y Femérides de San Juan de los Remedios*. Op. cit.
- ORTIZ, FERNANDO. *Los negros esclavos*.
- REVISTA DE AGRICULTURA. *Braceros*. Julio 8, 1888.
- *La cuestión del patronato*. Julio, 1886.
- *Trinidad. Noticias de la zafra*. Enero 20, 1889.
- THE LOUISIANA PLANTER AND SUGAR MANUFACTURER. Revista, cit.
- VILLANOVA, MANUEL. *Economía y Civismo*. La Habana, 1945.

CAPITULO IV

- BALMADEA, FRANCISCO JAVIER. Op. cit., espec., t. III.
- BETANCOURT, JOSÉ RAMÓN DE. *Discursos y manifiestos políticos*.
- ENTRALGO, ELÍAS. *Historia de Cuba*. Cit. Curso de 1945.
- FRIEDLAENDER, H. E. Op. cit.
- GONZÁLEZ DEL VALLE, ANGEL. Op. cit.
- INFORME SOBRE EL CENSO DE CUBA. 1899. Cit.
- JENKS, LELAND H. Op. cit.
- LA ASOCIACIÓN. Periódico, cit.
- MEMORIA DE LA SECRETARÍA DE AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO. Cit.
- RÉGIMEN ARANCELARIO ESTABLECIDO ENTRE LAS ISLAS DE CUBA Y PUERTO RICO Y LOS ESTADOS UNIDOS DE LA AMÉRICA DEL NORTE. Madrid, 1891.
- REVISTA DE AGRICULTURA. Cit.
- THE LOUISIANA PLANTER AND SUGAR MANUFACTURER. Espec., 1892.

CAPITULO V

- ABAD, LUIS B. *Problemas de los transportes cubanos*. Habana, 1944.
- ESTÉVEZ Y ROMERO, LUIS. *Desde el Zanjón hasta Baire*. Habana, 1899.
- EXPOSICIÓN DIRIGIDA EN JULIO 8, 1894, POR EL CÍRCULO DE HACENDADOS Y AGRICULTORES DE LA ISLA DE CUBA A LAS CORTES DEL REINO. Habana, 1943.
- FRIEDLAENDER, H. E. Op. cit.
- GUERRA, RAMIRO. *Azúcar y población en las Antillas*. Cit.
- INFORME SOBRE EL CENSO DE CUBA. 1899. Cit.
- JENKS, LELAND H. Op. cit.
- KIRKLAND, EDWARD C. *Historia Económica de los Estados Unidos*. México, 1941.
- OLCOTT, CHARLES S. *William McKinley*. T. I. Boston, 1916.
- PORTELL VILÁ, HERMINIO. *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*. T. III. La Habana, 1939.
- RÉGIMEN ARANCELARIO ESTABLECIDO ENTRE LAS ISLAS DE CUBA Y PUERTO RICO Y LOS ESTADOS UNIDOS DE LA AMÉRICA DEL NORTE. Madrid, 1891.
- THE LOUISIANA PLANTER AND SUGAR MANUFACTURER. Espec., 1891 y 1892.

CAPITULOS VI y VII

- ENTRALGO, ELÍAS. *Historia de Cuba*. Cit.
- ESTÉVEZ Y ROMERO, LUIS. Op. cit.
- EXPOSICIÓN DIGIGIDA EN JULIO 8, 1894, POR EL CÍRCULO DE HACENDADOS Y AGRICULTORES DE LA ISLA DE CUBA. Cit.
- FABÉ, ANTONIO MARÍA. *Mi gestión ministerial respecto a la Isla de Cuba*. Madrid, 1898.

FERNÁNDEZ DE CASTRO, RAFAEL. *Para la Historia de Cuba*. T. I. *Trabajos Politiciso*. La Habana, 1899.

FRIEDLAENDER, H. E. Op. cit.

GONZÁLEZ DEL VALLE, ANGEL. Op. cit.

INFORME SOBRE EL CENSO DE CUBA. 1899. Cit.

JENKS, LELAND H. Op. cit.

PORTELL VILÁ, HERMINIO. Op. cit.

REVISTA DE AGRICULTURA. Cit.

THE LOUISIANA PLANTER AND SUGAR MANUFACTURER. Cit.

LIBRO QUINTO

ESQUEMA DEL MOVIMIENTO OBRERO



CAPÍTULO I

ANTECEDENTES DEL MOVIMIENTO OBRERO

AL iniciarse, la madrugada del 10 de octubre de 1868, la Guerra de los Diez Años cuando Carlos Manuel de Céspedes al frente de un reducido grupo de valerosos patriotas proclamó, en su ingenio La Demajagua, la Independencia de Cuba, la situación del proletariado de la Isla era asaz precaria. Divididos sus componentes en dos secciones: la de los trabajadores libres y la de los esclavos —incluyendo entre éstos a los llamados “colonos” chinos—, apenas si la primera contaba con la existencia de algunas escasas organizaciones, de carácter mutualista exclusivamente, casi todas ellas radicadas en la ciudad de La Habana y en cuyas filas figuraba sólo un pequeño porcentaje de la población obrera cubana.

Con excepción de las dos industrias básicas en la economía insular, es decir, la azucarera y la tabacalera, las restantes se desarrollaban lánguidamente. La minera, otrora fuente de ocupación para los habitantes de ciertos distritos del Departamento Oriental, yacía en absoluta inactividad, mientras que las labores agrícolas y la ganadería proporcionaban no muy envidiables medios de subsistencia a un relativamente crecido número de personas entre las que no existían más lazos solidarios que los derivados de la vecindad, necesariamente débiles dadas las condiciones de aislamiento en que vivían en un país escasamente poblado y donde los medios de comunicación a más de ser deficientes resultaban muy limitados.

Todavía en los cafetales, cuya decadencia se promoviera al empezar, cuatro décadas antes, el desarrollo de la industria azucarera, laboraba respetable cifra de seres humanos; en diversos puertos —La Habana, Santiago de Cuba, Matanzas, Cárdenas, Cienfuegos, Guantánamo, Caibarién, Sagua la Grande y Casilda—, la carga y descarga de embarcaciones y, sobre todo, los embarques de azúcar, ocupaba a una regular cantidad de individuos; el personal empleado en las empresas ferroviarias, pequeñas e incipientes en su generalidad y cuyas líneas no se extendían más allá de Santa Clara al este y de Guanajay hacia

el poniente, sumaba un corto y heterogéneo conjunto, técnicos unos, oficinistas otros y simples peones los más. Carente, por otra parte, de una industria fabril propiamente dicha, el resto del proletariado libraba la vida en oficios y ocupaciones en su casi totalidad manuales, constituyendo un verdadero artesanado.

En las fincas azucareras y en los cafetales el núcleo principal obrero era esclavo; las personas dedicadas a los cultivos llamados menores y a los servicios domésticos pertenecían, en gran proporción, a ese mismo sector social, y hasta en las propias fábricas de tabacos, cuna de la novel organización proletaria, la fracción representada por los operarios no libres era cuantiosa, mientras que los integrantes del artesanado de que antes hubimos de hablar —cocheros, panaderos, cigarreros, sastres, arrieros, planchadores, carpinteros, tipógrafos, herreros, albañiles, zapateros, dependientes de comercio, talabarteros, lancheros y menestrales de todo género—, se hallaban distribuidos entre las dos secciones mencionadas en anterior párrafo.

Un Censo verificado siete años antes, en 1861, daba a la Isla una población total de 1,396,530 habitantes, de los cuales 793,484 eran blancos y 603,046 de color, subdividiéndose éstos en 232,493 libres y emancipados y 370,553 esclavos. El analfabetismo alcanzaba enormes promedios tanto entre blancos como entre negros y mestizos, representando, en conjunto, el 66 por ciento para los primeros y el 72.6 por ciento para los segundos. Finalmente, de la población antes dicha formaban parte 607,889 trabajadores —275,862 blancos y 332,027 de color—; 17,846 propietarios, 26,547 comerciantes y 1,095 manufactureros, sumando estos tres últimos grupos o sea el sector patronal un total de 43,663 blancos y 1,825 negros y mestizos, con lo cual dicho queda que en manos de aquéllos residían las más importantes fuentes de riqueza con que contaba Cuba.

A la vista de tales datos no es de extrañar, pues, que la labor organizativa principiada pocos años antes —en 1865—, por el grupo obrero encabezado por Saturnino Martínez apenas hubiera logrado traspasar los límites de las “galeras” de las tabaquerías y de ciertos talleres en los que debido a la forma en que se verificaban los trabajos, precisaba la reunión de sus operarios, lo cual facilitaba la propaganda de las ideas societarias que empezaban a ser divulgadas en Cuba, evidenciando lo menester que era una estrecha unión para recabar de la clase patronal mejoras de orden moral, económico e higiénico, sumamente indispensables para el progreso no ya de un determinado sector social sino del conglomerado humano.



MANUEL SANGUILY

MANUEL SANGUILY. Uno de los grandes maestros de la cultura y el patriotismo cubanos. Discípulo y profesor del Colegio del Salvador —el Manuel de los Manueles, como le llamó Luz y Caballero—; expedicionario de la *Galvanic*, coronel de la Guerra Grande, editor de las celebradísimas *Hojas Literarias*, orador de técnica castelariana —“sus párrafos, de sorprendente extensión, requerían aquel aliento que muy pocos como él han podido igualar”—; Manuel Sanguily fué, en los días de la nueva y decisiva contienda de 1895, el verbo encendido de la Revolución que, en períodos “henchidos de emoción, ungidos de arte y poblados de pensamientos originalísimos y hermosos”, como ha escrito Juan J. Remos, impresionó como nadie a las enardecidas emigraciones cubanas, una vez desaparecido en la vorágine de la guerra el genio extraordinario de José Martí. Vencida la metrópoli, Sanguily fué guía e inspirador de las primeras generaciones republicanas por sus gallardas y oportunas intervenciones en defensa de los intereses permanentes de su patria. Sus obras completas, recogidas por su hijo, le acreditan como un vigoroso y perspicaz talento crítico, un enterado historiador y un publicista de fuste. El pueblo de Cuba, que tanto le admiró, gusta de recordarle tal como le describió Martí: “siempre de cara al enemigo y al debate, y la palabra, como la cabellera, de oro”.

El retrato que se publica ha sido tomado de la colección de sus obras, t. I, *Nobles Memorias* (La Habana, 1925).

Fué en 1866 cuando se fundó el primer gremio genuinamente obrero: la Asociación de Tabaqueros de La Habana. Ciertamente que, con anterioridad a dicha fecha, existían ya otras organizaciones en cuyo seno se agrupaban los trabajadores principalmente, pero eran sociedades de socorros mutuos cuya finalidad única era la de auxiliar a los asociados enfermos o necesitados de urgente amparo. A este tipo de colectividades pertenecían, entre otras, la Sociedad de Socorros Mutuos de Honrados Artesanos y Jornaleros —la primera de su clase implantada en Cuba, inaugurada el 20 de octubre de 1857 bajo la advocación de la Divina Pastora y establecida en el barrio habanero de Jesús María, habitado de modo exclusivo por elementos proletarios—; las Sociedades de Artesanos de San Antonio de los Baños, Guanabacoa, Bejucal y Puerto Príncipe, amén de otras desaparecidas a los pocos meses de su creación.

En los postreros meses de 1865, coincidiendo con la aparición del semanario obrero *La Aurora*, cuyo primer número o entrega se publicó el domingo 22 de octubre del precitado año, se dió comienzo a los trabajos tendientes a constituir en La Habana una sociedad de artesanos integrada principalmente con los operarios de las tabaquerías sitas en los barrios extramuros de esa ciudad, pero se desistió de tal empeño para proceder a fundar la mencionada Asociación de Tabaqueros de La Habana, cuyos organizadores lo fueron Saturnino Martínez, Agustín Mariscal y Francisco Teodoro Acosta, secundados muy eficazmente por José de Jesús Márquez, empleado de una empresa ferroviaria y el cual, durante su permanencia en los Estados Unidos de Norteamérica, a donde había ido a completar su educación, obtuvo el título de ingeniero mecánico, dedicando además preferente atención al estudio del cooperativismo en el campo obrero.

Los promotores de la Asociación de Tabaqueros de La Habana establecieron, antes de proceder a su fundación y como paso previo para el logro de sus fines, una de las instituciones más originales y educativas con que ha contado el proletariado mundial: “la lectura en las tabaquerías”, consistente en dar a conocer a los que en esos talleres laboraban y mediante “lectores” profesionales, las noticias publicadas por la prensa diaria y las obras de los más renombrados autores de todas las épocas, doctrinas y escuelas literarias. Gracias a esa benemérita institución les fué fácil a los tabaqueros compenetrarse con las prédicas de quienes abogaban por el adelanto del proletariado, estimulando a éste a organizarse como clase luchando por su mejoramiento y preparándose para intervenir en la dirección de los pueblos.

La ideología de estos "pioneros" del movimiento obrero cubano se caracterizaba por sus tendencias más bien moderadas, constructivas y decididamente evolucionistas; en consecuencia, no tardaron en fomentar la creación de cooperativas dedicadas a distribuir entre sus componentes las ganancias que hasta entonces eran privilegio exclusivo de los mercaderes y hombres de negocios, auspiciando asimismo la organización de las sociedades mutualistas. De ahí que a poco, el 6 de mayo de 1866, iniciara su vida la Asociación de Socorros Mutuos de Cajistas de La Habana, creada a iniciativas de Manuel Valdés, Federico Modesto Fusco y Agustín Lazzari, y en fecha posterior las Sociedades de Artesanos de los barrios de Guadalupe y Colón, en las que podían disfrutar de sus beneficios obreros de distintas ocupaciones y procedencias. En los pueblos del interior de la Isla, con particularidad en aquellos ubicados en las proximidades de la capital —Santiago de Las Vegas, Bejucal, Guanabacoa y San Antonio de los Baños—, no demoraron en surgir agrupaciones de idéntico origen y similares aspiraciones.

Mientras, *La Aurora* proseguía su campaña en defensa del obrero, denunciando abusos y promoviendo la organización del sector proletario a cuya efecto logró la apertura de una escuela nocturna, gestionando y consiguiendo igualmente que la Biblioteca Pública de la Real Sociedad Económica de Amigos del País abriera su salón de lectura de 7 a 9 de la noche para facilitar a los trabajadores la asistencia a ese centro educacional. Estas cruzadas de *La Aurora* no tardaron en despertar la suspicacia de aquellos grupos interesados en mantener dissociado al obrero, no sólo porque de ese modo les resultaba más factible conservar las prerrogativas de que gozaban sino también por estimar que la organización del proletariado pudiera resultar peligrosa y atentatoria al orden establecido.

En torno a la lectura pronto se entabló una polémica entre los elementos conservadores y los liberales, representados los primeros por *Diario de la Marina* y *Prensa de La Habana*, y los segundos por *El Siglo*, o sea por los tres periódicos más importantes que a la sazón veían la luz en la capital de la Isla. El *Diario* llamaba la atención del Gobierno hacia la "nueva manía" que significaba el hecho de que se hicieran "esas lecturas en comunidad en los talleres de tabaquería", dando así a entender que consideraba a las mismas como un apropiado medio para difundir las prédicas revolucionarias que los agentes del separatismo se esforzaban en divulgar entre las masas populares, en tanto que *El Siglo* hacía hincapié en que la práctica de tales lecturas se extendiera a otros centros de reunión y de trabajo.

Intervinieron al fin las autoridades en la disputa, acuciadas no solamente por las denuncias que la prensa adicta al régimen español venía haciendo, sino también porque a sus oídos había llegado la noticia de que en muchas tabaquerías además de los periódicos habaneros se estaba leyendo *La Voz de América*, que en New York publicaba el chileno Benjamín Vicuña Mackenna y en cuyas páginas se excitaba "el justo descontento de los habitantes de Cuba y Puerto Rico, de cuya emancipación se decía ciertamente órgano". Consistió la intervención dicha en la prohibición decretada por el Gobernador Político de La Habana, Cipriano del Mazo, con fecha 14 de mayo de 1866, en atención a que "la lectura" pudiera engendrar "odios y enemistades de graves consecuencias", prohibición ratificada el 7 de junio siguiente por Francisco Lersundi, Gobernador y Capitán General de la Isla, disponiendo de modo terminante el cese de la citada práctica en los talleres, por estimar se trataba de un "principio disolvente", productor de males que estaba "en el deber y necesidad de remediar".

Los enemigos de "la lectura" habían triunfado. Mas, para mantener incólume la organización obrera continuó *La Aurora* su campaña a favor de las asociaciones proletarias y, a fines de junio de 1866, quedaron definitivamente acordadas las bases de la Asociación de Tabaqueros de La Habana, siendo designado presidente de la misma Saturnino Martínez. Esta entidad, de tendencias puramente societarias, llegó a contar en breve con más de tres mil miembros. Deseosos algunos torcedores de que en la nueva colectividad tuvieran cabida los obreros de todos los ramos, idearon cambiarle el nombre denominándola Sociedad Cooperativa de Artesanos, pero el proyecto no cristalizó, siendo en cambio más afortunados los que consiguieron se llamase en lo sucesivo Gremio de Tabaqueros por estimar que tal título respondía mejor a sus propósitos, quedando así constituída la primera organización netamente clasista que en Cuba haya existido.

No demoraron mucho en aparecer en el seno del Gremio dos grupos, partidario el uno del cooperativismo —sistema económico cuyas doctrinas daba a conocer y propugnaba José de Jesús Márquez y empezaban a propagarse entre el proletariado cubano—, y defensor el otro de ideas más radicales, presto a ponerlas en ejecución ya que estaban convencidos, afirmaban, de que únicamente mediante su implantación la clase obrera lograría mejoras efectivas y "romper sus cadenas". No eran los componentes de este núcleo mayoría dentro del Gremio, pero sí los más resueltos a llevar a cabo sus propósitos. De ahí que apenas transcurridos tres meses del nacimiento de la colectividad, tomando como pretexto el que en la fábrica de tabacos

Cabañas no se trataba a los que en la misma trabajaban con el respeto y la consideración debidos, declarasen en estado de huelga a dicho taller.

El paro no se prolongó más allá de una semana tornando los tabaqueros a ocupar las "mesas" de trabajo después de ver satisfechas sus demandas. Sin embargo, la actuación de los dirigentes en la tramitación del conflicto desagradó a los obreros. Saturnino Martínez fué acusado de tibieza, se habló de "componendas" y otras majaderías por el estilo y, como lógica consecuencia de todo ello cundió la desconfianza entre los agremiados, dejaron muchos de abonar las cuotas sociales y varios miembros del Cuerpo Directivo renunciaron sus respectivos cargos. Martínez, decepcionado ante la ingratitud de sus compañeros, abandonó la presidencia y, a despecho del reciente triunfo alcanzado, el Gremio de Tabaqueros quedó disuelto en noviembre de 1866.

La huelga de Cabañas, primer movimiento de esa clase registrado en los anales obreros de Cuba, dió motivo a que las autoridades, cada día más recelosas del sesgo que iban tomando los acontecimientos, ejercieran represalias contra aquellos trabajadores que más se habían distinguido por sus tendencias liberales. Perseguidos y tropezando con constantes impedimentos para seguir laborando en las fábricas de La Habana, esos obreros se vieron precisados a abandonarlas temporalmente trasladándose a los talleres existentes en las poblaciones del interior de la Isla. Esto descorazonó a muchos. *La Aurora* poco a poco fué transformándose en una publicación de carácter literario, aunque justo es reconocer que jamás olvidó su origen dando cabida frecuentemente a escritos dedicados a ilustrar al trabajador o reseñar la marcha del obrerismo extranjero.

La "lectura", desaparecida a raíz de las órdenes prohibitivas dictadas en mayo y junio de 1866, lentamente había ido resurgiendo en las tabaquerías —previa la autorización de sus propietarios respectivos—, sin que al parecer las autoridades se diesen por enteradas o bien porque tuvieran que aplicar su atención a otros asuntos de más grave importancia cual eran los informes que a ellas llegaban relativos a la conspiración que para llevar a cabo un movimiento armado tramaban los partidarios de la independencia de Cuba, visto el fracaso de los esfuerzos del Partido Reformista y la inutilidad de la Junta de Información cuyas tareas terminaron en abril de 1867. Las asociaciones obreras de socorros mutuos proseguían practicando su humanitaria labor; las cooperativas creadas por los trabajadores se esforzaban por llevar adelante sus ideas, luchando en un medio hostil, no suficiente-

mente preparado para tales empeños, mientras que la ausencia total de auténticas organizaciones gremiales mantenía al proletariado en un estado de completa inercia. No es de maravillar, pues, que cuando en octubre de 1868 Carlos Manuel de Céspedes emprendió la lucha contra el poderío hispano, de nuevo enmudecieran las "tribunas" de los talleres y el sector obrero, acobardado e irresoluto, carente de guías inspirados en los principios revolucionarios propugnados por los conspiradores, se mantuviera, en su mayoría, al margen de la guerra que comenzaba.

Circunscripta la contienda, en su inicio, a distritos situados en los Departamentos Oriental y Central de la Isla, sus repercusiones en el de Occidente apenas si se notaron; sin embargo, esto no fué óbice para que las autoridades de la Colonia dictasen desde los primeros momentos medidas coercitivas, procediendo a perseguir a los obreros que en La Habana más se habían distinguido por sus opiniones separatistas. Esos trabajadores, en su mayor parte tabaqueros, se vieron forzados a emigrar a Key West y New York donde existían ya fábricas en las que sus operarios practicaban el mismo sistema de elaboración que se empleaba en las de Cuba, implantado allí precisamente por torcedores cubanos que ansiosos de nuevos horizontes y de una existencia más acorde con sus ideales de libertad y democracia no habían vacilado en ir a residir, desde años antes, en tierras norteamericanas.

No hay dato alguno que permita asegurar que los dirigentes del proletariado hayan figurado, de manera ostensible, entre los organizadores de la Guerra de los Diez Años. Los hombres que con Céspedes se lanzaron al campo eran terratenientes o profesionales a los que se unieron grupos de campesinos, moradores de las zonas afectadas por el movimiento armado, entre los que predominaban los negros y mestizos —libres y libertos— procedentes de las haciendas propiedad de los jefes principales. Lo sucedido no es de extrañar si se tiene en consideración que el obrero, como clase, para nada pesaba en la vida política de la Colonia. Sus incipientes organizaciones —mutualistas, cooperativas y gremiales—, disueltas o en vías de desaparición, radicaban mayormente en la capital de la Isla y la propaganda revolucionaria, bastante difundida entre los cubanos ricos, apenas si había logrado hacer mella en quienes, como la mayoría del proletariado de la época, carecían de toda instrucción y sólo aspiraban a mejorar sus condiciones de vida sin pensar poco ni mucho en lo que para su mejor y más pronta obtención pudiera significar una patria libre.

Esto, repetimos, en cuanto a la generalidad. Algunos obreros había, en reducida cantidad, que en las "tenidas" masónicas oyeran hablar de

la revolución que se preparaba o que estuvieran en contacto con la Junta de Laborantes constituida en La Habana por José Morales Lemus. Estos trabajadores desde los primeros instantes no titubearon en incorporarse a los grupos que conspiraban en pro de la libertad de Cuba, sacrificando varios sus vidas en tan generoso intento, cual lo ocurrido a los jóvenes Francisco de León y Agustín Medina, tabaqueros ambos, que el día 9 de abril de 1869 murieron agarrotados en la explanada del Castillo de La Punta, en La Habana, después de haber sido sorprendidos, junto con otros que lograron fugarse, en una casa del barrio de Peñalver donde estaban entregados a labores revolucionarias.

Hablando en términos generales puede afirmarse que en la Guerra de los Diez Años no tuvieron participación alguna las organizaciones obreras debido ello a que habían dejado de existir como tales, y si muchos de los que las habían integrado, luego, en el transcurso de la dilatada contienda, fueron sumándose a las huestes libertadoras, lo hicieron incitados por el sentido de patriotismo que los impulsaba a luchar contra el tiránico régimen que el Gobierno español tenía implantado en Cuba. En realidad, no podía en esa época hablarse de la existencia, entre nosotros, de una "clase" trabajadora. Ni el cafetal ni el ingenio, pese al rango industrial de este último, eran los lugares más apropiados para crear un verdadero "proletariado" en el sentido que hoy damos a esta palabra. Y no lo eran no sólo por la prevalencia de bases esclavistas en el trabajo, sino también por la dispersión intermitente de esa industria. "Pero si no había entonces un proletariado propiamente dicho, comenzaba a formarse en las ciudades y precisamente en los talleres de tabaquerías surgían las primeras células de nuestra organización social."

El obrero cubano en 1868 carecía de la cultura necesaria para darse cabal cuenta del significado de la guerra que entonces empezaba. El movimiento socialista que en la segunda mitad del siglo XIX logra hacer prosélitos en el proletariado europeo, era desconocido por la generalidad en Cuba. Es muy posible que del mismo supieran reducidos núcleos intelectuales y obreros, pero a las masas, en general, para nada les preocupaba, y esto ocurría, sencillamente, porque nadie se había encargado de divulgar entre ellas tales doctrinas. En Oriente y Camagüey, primero, y más tarde en Las Villas, la composición social de los grupos insurrectos fué la misma a que pertenecían los que secundaron las órdenes de Céspedes y demás caudillos de la gesta libertadora.

En el transcurso de aquella dilatada contienda apenas si hubo encuentros de escasa importancia en la provincia de Matanzas entre las

tropas cubana y española. El volumen de la producción azucarera procedía de tierras enclavadas en esa parte del territorio cubano. Y en las de La Habana y Pinar del Río —zonas cosecheras de tabaco— reinó casi siempre la tranquilidad, alterada únicamente en Vuelta Abajo por el pronunciamiento del grupo audaz acaudillado por Agustín de Santa Rosa, hecho prisionero en los alrededores del pueblo de San Cristóbal; y en la capital de la Isla por sucesos tales como las riñas callejeras, en enero de 1869, entre laborantes criollos y voluntarios peninsulares; el alevoso ataque a los concurrentes al teatro de Villanueva la noche del 22 del mismo mes, la tropelía del café El Louvre —dos días después—; el vandálico asalto de la residencia del millonario Miguel Aldama, perpetrado a continuación por los voluntarios; y otros desafueros por el estilo, ninguno de los cuales logró provocar en los habaneros el deseo de venganza haciéndoles empuñar las armas.

CAPÍTULO II

ABOLICION DE LA ESCLAVITUD

EN el orden social la Guerra de los Diez Años se inició con un acontecimiento de innegable y trascendental importancia. No satisfecho Céspedes con otorgar la libertad a sus propios siervos, dictó un decreto de abolición, pero "limitado a los esclavos que se unieran a la insurrección y a los que sus amos desearan emancipar bajo indemnización". Al proceder de ese modo lo hacía para evitar la enemiga de los hacendados más poderosos y conservadores, pero meses más tarde, cuando en abril de 1869 se reunió en Guáimaro la asamblea que acuerda la Constitución por que habría de regirse la República en armas, sus componentes afrontan con ejemplar apresto el viejo y nunca resuelto problema de la esclavitud al consignar en ese célebre documento que "todos los habitantes de la República son enteramente libres".

Este asunto de la esclavitud, mancha de vergüenza en la conciencia humana, venía desde largos años siendo motivo de reclamaciones, debates, proyectos y leyes que nadie cumplía ni tampoco nadie mostraba empeño en hacer cumplir. Los hacendados, cubanos en su mayoría, al igual que los comerciantes, españoles casi todos, tenían particular interés en mantener y prolongar cuanto les fuera posible la servidumbre del negro. Y como si con ésta no bastare, habían conseguido asimismo someter a los llamados "colonos" chinos a un estado de servidumbre que los convertía, de hecho y de derecho, en verdaderos esclavos, estando autorizados sus amos o patronos para corregir sus faltas en el trabajo mediante "cuerazos, grillete y cepo", o sea en forma idéntica a como se castigaba al siervo negro. La esclavitud de éste databa desde los primeros días de la Conquista, mientras que la de los chinos empezó en 1847, época en que la industria azucarera necesitó de más brazos al principiar a faltarle los que le venía proporcionando la Trata que los ingleses, más por razones de interés comercial que por puros sentimientos filantrópicos, perseguían con tenacidad en los mares de América.

En los predios rurales y en los ingenios el trabajador, en su inmensa mayoría, era esclavo. En las poblaciones, sobre todo en las de mayor importancia, alternaban los obreros libres con los sujetos a servidumbre. Abundaban las personas que, carentes de fincas o establecimientos donde dar ocupación a sus esclavos, solían entregar éstos en alquiler o bien enviarlos a trabajar a otras casas y talleres, percibiendo todo o parte del jornal que en ellos devengaban. Basta pasar la vista por los periódicos de la época para tropezar con anuncios donde se ofrecen en arriendo los servicios de "un excelente cocinero", de "una formal lavandera" o de "un tabaquero de vitolas finas". Sucedió a veces, si se trataba de amos compasivos, que parte del salario que ese cocinero, esa lavandera o ese torcedor recibía por su trabajo le servía para obtener su manumisión al lograr reunir la suma en que el propietario había fijado su valor de venta. Pero en las zonas rurales numerosos dueños de ingenios y de cafetales se comportaban como regúlos de mano dura; de ahí que el peor castigo que pudiera imponérsele a un esclavo era enviarlo a trabajar al campo "para que el mayoral lo arreglase".

A partir de 1807, fecha en que el Gobierno inglés había acordado la supresión de la Trata, diversos fueron los intentos realizados para llevar adelante la idea. La clase capitalista era contraria a esa medida que de modo tan directo y perjudicial tocaba a sus intereses; la amenaza de que en Cuba pudieran repetirse los sucesos sangrientos que en Haití determinaron el cese del predominio de los blancos, era frecuentemente repetida cada vez que se hablaba de darle libertad al negro. La Trata legal, suprimida al fin en 1821, fué de inmediato suplantada por la clandestina, intensificándose las expediciones negreras de Africa a Cuba, ahora fomentadas, pese a la vigilancia de las naves británicas, por la confabulación de negreros, autoridades y hacendados, interesados por igual en que continuara la introducción de esclavos.

Sin embargo, tales eran las crueldades cometidas con los infelices siervos, que lo cierto era que el número de los abolicionistas iba en incesante aumento, y ya en la Junta de Información, reunida en Madrid desde marzo de 1866 hasta fines de abril de 1867, los Comisionados electos en Cuba que de ese organismo formaban parte, —catorce de los cuales pertenecían al Partido Reformista—, aunque se mostraron contrarios a la abolición instantánea de la esclavitud, en cambio defendieron la "emancipación gradual con indemnización a los propietarios", sosteniendo además la necesidad de erradicar sin más vacila-

ciones la Trata clandestina. Por otra parte, abolida la esclavitud en los Estados Unidos de Norteamérica en 1865, después de la Guerra de Secesión —1861-1865—, en que al triunfar los Estados del Norte triunfaron también los ideales proclamados y defendidos por Abraham Lincoln, el Máximo Emancipador, era España el único país del mundo donde la execrable esclavitud aún imperaba. Pero sus días estaban al finalizar.

El decreto de Céspedes y la ulterior resolución de la Asamblea de Guáimaro, materializada en la Constitución aprobada por aquélla, contribuyeron a que aumentase el número de los insurgentes que haciendo alardes de valor luchaban en los campos de Cuba. Negros y asiáticos se iban sumando a las fuerzas libertadoras en tanto que los temores de los esclavistas se acrecentaban hasta convertirse en pavor conforme el conflicto se prolongaba, comenzando a ver desvanecidas sus esperanzas en el mantenimiento de la esclavitud cuando, en 1870, el Gobierno español —tratando de contrarrestar la libertad total otorgada a los esclavos en la citada Constitución y no aparecer ante los ojos del orbe opuesto a la corriente abolicionista estadounidense que, como antes dijimos, recientemente había triunfado en la Guerra de Secesión poniendo en manos de los antiesclavistas el gobierno de la Unión Norteamericana—, promulgó la llamada ley de “vientres libres” por la que todo hijo de esclava nacido en Cuba a partir de septiembre de 1868 fué declarado libre, quedando en iguales condiciones aquellos siervos que hasta entonces hubieren auxiliado a las tropas españolas contra los insurrectos y también los mayores de sesenta años o que cumpliesen esta edad.

Esclavistas había, sin embargo, que aún estaban esperanzados en el mantenimiento de un sistema parecido al que disfrutaban, dado que al promulgarse la ley de referencia, uno de cuyos artículos disponía que los libertos nacidos en virtud de la misma quedarían bajo el patronato de los amos de sus madres “hasta pagar con su trabajo los gastos de su crianza”, esto les permitía suponer que iba a ocurrir con esos niños algo semejante a lo sucedido con los “colonos” chinos quienes, traídos a Cuba contratados por un determinado número de años, luego resultaba que la temporalidad del convenio era ficticia, quedando, antes de recuperar su libertad, obligados a pagar incluso el mayor valor que pudieran haber adquirido sus servicios desde que pasaron a poder del patrono, cláusula que por lo común forzaba a los desventurados asiáticos a continuar trabajando por un jornal mísero, muy inferior “al que ganaban los jornaleros libres y los esclavos” en la Isla. De modo

y manera que "los gastos de la crianza" del joven liberto pudieran ser tales que en toda una existencia de incesante labor lograrse satisfacerlos.

Cuando, tras una década de luchas y sufrimientos, las fuerzas cubanas —salvo contadas excepciones—, se vieron obligadas a suscribir el Pacto del Zanjón, vigente a partir del 10 de febrero de 1878, en el artículo tercero de su texto se convino en "dar libertad a los esclavos y colonos asiáticos que se hallan hoy en las filas insurrectas", y aunque nada se determinó respecto a la situación en que quedaban los esclavos que permanecieron sumisos ni de los que prestaron servicios junto a las tropas españolas durante la guerra que había terminado, las esperanzas de los esclavistas se borraron por completo ya que lo lógico era suponer que la abolición total no se haría esperar mucho tiempo, sobre todo teniendo en consideración que la Sociedad Abolicionista Española, de la que había sido nombrado años antes presidente un cubano de méritos excepcionales, Rafael María de Labra, no cejaba en su empeño de acabar con la esclavitud, contando aquella con el apoyo de personas de acrisolado prestigio y viendo aumentar día tras día el número de sus partidarios en toda la Península.

En 1880, presionado por esa campaña, el Congreso español acordó, al fin, la abolición de la esclavitud en Cuba. Mas, como quiera que la medida aprobada era de carácter "gradual", la propaganda abolicionista se recrudeció y, seis años después, en 1886, un grupo de diputados cubanos encabezado por Labra y Miguel Figueroa logró, después de una brillantísima labor parlamentaria, que las Cortes votasen la emancipación completa de los esclavos que había en Cuba. "Con la abolición de la esclavitud —ha dicho Francisco Figueras—, espira el viejo patriciado colonial. Los ingenios, escasos de brazos, se ven obligados a separar la industria fabril de la agrícola. La pequeña propiedad, con el nombre de colonia, cunde y se extiende por el territorio de la Isla abierto al cultivo de la caña. Los antiguos amos arruinados por la guerra, y junto con ellos sus esclavos de antaño, por la misma guerra libertados, van a labrar esas colonias."

En La Habana, repetimos, nunca se sintieron con intensidad los efectos de la heroica contienda. Sus fábricas y talleres en ningún momento tuvieron que suspender las habituales labores. Dentro de la industria tabacalera, que continuaba siendo la más importante de esa ciudad y poblaciones limítrofes, lograron constituirse dos colectividades: el Gremio de Escogedores, fundado en 1872 pero cuya situación no fué legalizada hasta septiembre de 1878, siendo su primer presidente Policarpo Vega; y el Gremio de Despalilladores, en 1875.

El primero cambió posteriormente su nombre por el de Sociedad Protectora del Gremio de Escogedores y luego por el de Sociedad de Escogedores de Tabacos de La Habana después de haber surgido una división entre sus componentes que, al reconciliarse más tarde, encomendaron a Nicolás Azcárate, en 1884, la redacción de un nuevo reglamento. Esta organización, que aún subsiste, es por tanto la decana de las entidades obreras cubanas. En cuanto al Gremio de Despalilladores sólo nos resta decir que su vida fué harto breve, desapareciendo al ser confiado a manos femeniles el trabajo que aquellos ejecutaban.

Procedentes de los distritos del interior de la Isla comenzaron a llegar a La Habana, a raíz de haber finalizado la Guerra de los Diez Años, numerosas personas que acudían en demanda de ocupación por haber quedado arruinadas las fincas en que ganaban el sustento. Reflejo de esa crisis es el hecho siguiente. Jamás, hasta entonces, la mujer cubana había tenido necesidad de abandonar su residencia procurando trabajo en fábricas o talleres. Sus ocupaciones, exclusivamente domésticas, la mantenían siempre adherida al hogar. En 1866 un emprendedor industrial, Luis Susini, había establecido un taller para mujeres en su famosa cigarrería La Honradez, pero no tuvo éxito por "la falta de hábito por parte de las mujeres de esta ciudad —La Habana— de concurrir a los talleres". Sin embargo, cuando en 1879 Julián Alvarez, propietario de la fábrica de tabacos Henry Clay, dispuso que las labores de despalillado de la rama, hasta entonces realizadas por hombres, fuesen confiadas a mujeres, abriendo al efecto, el día 3 de julio, un taller en dicha tabaquería, a cuyo frente puso a "una señora de moralidad única", el vasto salón dedicado a esa faena pronto se vió colmado por aquéllas.

Volviendo a nuestra relación de sucesos relacionados con el sector obrero acaecidos en el transcurso de la Guerra de los Diez Años, debemos consignar aquí, no por la importancia que en si tuvieron pero si por ser reveladores de que entre los trabajadores de La Habana había algunos que no estaban dispuestos a soportar abusos, el paro ocurrido en la Fábrica de Gas el 21 de octubre de 1873, que dió motivo al ingreso de numerosos obreros en la cárcel; y las detenciones de varios operarios de la fábrica de calzado llamada La Constancia, sita en El Cerro, quienes el 25 de febrero de 1876 intentaron promover una huelga en dicho establecimiento. Aparte de lo narrado, puede decirse sin temor a ser dementido que en la década 1868-1878, nada digno de mención ocurrió entre el proletariado cubano. Disuelto el Gremio de Tabaqueros, que en su tiempo había sido, no obstante su

corta existencia como tal, una entidad respetable, nadie osó tratar de revivirlo. Hacerlo hubiera sido exponerse a ser acusado de desafecto a la Metrópoli, grave delito que a veces, con frecuencia, era castigado con la pena capital.

Mas, finalizada la lucha armada, el escenario cambió de aspecto. Las autoridades de la Isla, sin duda aconsejadas por quienes en España llevaban las riendas del Poder, se mostraban más tolerantes, iniciándose un régimen de libertad relativa que facilitó la propagación de ideas políticas y sociales. En la segunda mitad del año 1878 la clase obrera de Cuba parecía dominada por un poderoso deseo de organización cual si con ello quisiera desquitarse del prolongado letargo en que había estado sumida. Fueron numerosos los gremios y las sociedades cooperativas y de socorros mutuos que entonces surgieron. Sastres, tipógrafos, albañiles, panaderos, carretoneros y despalilladoras se apresuran a constituir sus colectividades respectivas y, a modo de cuerpo director de las mismas se crea la Junta Central de Artesanos, presidida por su iniciador Valeriano Rodríguez. Los tabaqueros, que como dicho queda, habían visto ya nacer y morir las distintas agrupaciones por ellos alentadas o establecidas y que, a la sazón, no contaban con ninguna, emprenden entusiasmados la obra reconstructiva y aprueban las bases del Gremio de Obreros del Ramo de Tabaquerías, cuya vida social queda inaugurada el 8 de septiembre de 1878, siendo elegido presidente Saturnino Martínez, que desde 1870 dirigía el semanario *La Razón*.

Se inicia una nueva etapa en el movimiento obrero de Cuba. Los trabajadores carecían de un órgano de publicidad que, al par que los tuviera informados del desenvolvimiento de sus organizaciones, coadyuvase también a su progreso y defensa. Desde el día 1º de julio de 1878 venía publicándose en Bejucal un periódico titulado *La Unión i El Obrero* —impreso sin duda en La Habana—, cuyos inspiradores parece tuvieron el propósito de encauzar el movimiento de referencia, pero los recursos de que disponían eran tan escasos que a duras penas lograban que de vez en cuando aquél viera la luz. *La Razón*, que comenzó a salir el 11 de diciembre de 1870 para dejar de hacerlo un cuatrenio después, se mantuvo a través de ese lapsus fiel a su condición de "semanario económico, mercantil, de ciencias, literatura y noticias", no prestando gran atención a los asuntos relacionados con el proletariado. Luego, al reaparecer el 23 de julio de 1876, José de Jesús Márquez ocupó su dirección para ser reemplazado en ella, apenas transcurrido un mes, por Saturnino Martínez. Mas, careciendo de medios para sostenerse, por segunda vez se vió precisada a suspender la tirada.

Luego, en 1878, cuando el Gobierno empezó a suavizar sus procedimientos y todo hacía presumir que se avecinaba una era de mayor libertad, los directores de *La Razón* estimaron que ese era el momento oportuno para presentarla de nuevo, transformada ahora en "semanario político dedicado a los artesanos", conforme podía leerse bajo el título. Lo de "político" tenía su explicación en el hecho de que Saturnino Martínez, ya hombre de letras cuya fama trascendiera más allá del campo obrero, se había decidido a militar en el Partido Liberal, de reciente fundación, en cuyo programa se abogaba por el establecimiento de libertades individuales, y confiaba en que su propaganda, desde el periódico, indujese a sus antiguos compañeros a unírsele nutriendo las filas de la flamante entidad. El propósito dió origen a que en el sector del trabajo, dominado como se dijo por el deseo de reorganización, empezaran a marcarse dos tendencias opuestas: una, partidaria de que el obrero hiciera política, otra resueltamente contraria. Al principio esta divergencia de opiniones no revistió gran importancia, pero luego, conforme el movimiento organizativo fué adquiriendo magnitud, motivó gravísimos problemas entre el proletariado provocando hondas divisiones en el mismo.

No dejó de manifestarse tampoco, en esos días, el parecer de otro grupo favorable a un acercamiento con la clase patronal, obra del cual fué la creación, en octubre de 1878, del Centro Agrícola Industrial del Ramo del Tabaco, de carácter corporativo, integrado por cosecheros, almacenistas, fabricantes, operarios, cajoneros y litógrafos, cuyos diversos intereses aparecían unidos allí en defensa de la industria tabacalera que sufría una de sus periódicas crisis, más intensa entonces y más prolongada, ya que el país acababa de sentir las consecuencias de la primera contienda en pro de su liberación de la Metrópoli. Aunque este Centro llegó a obtener el apoyo de las autoridades, interviniendo de modo oficial en las "contratas" del tabaco enviado a España, y también trató de contener la emigración de los tabaqueros que, cada vez en mayor número, se dirigían a las fábricas establecidas en los Estados Unidos de Norteamérica, al cabo quedó disuelto sin haber logrado ninguna de las finalidades que sus promotores perseguían.

El movimiento cooperativista, que continuaba teniendo en José de Jesús Márquez a su más tenaz preconizador, fué sin duda el que con mayor relieve supo destacarse por aquellos días, realizando innegables progresos y haciendo que en varios lugares de la Isla quedaran establecidas agrupaciones basadas en los principios propagados por aquél. En numerosas fábricas y talleres sus obreros organizaron cooperativas de consumo, con especialidad almacenes de víveres y establecimientos

de albergue y comidas. Entre estos últimos merece ser citado uno —todavía subsistente aunque ya no en manos proletarias—, la Sociedad Cooperativa La Reguladora, que el 19 de enero de 1879 abrió en la calle de Príncipe Alfonso (Monte), número 51, una fonda, "primera que en Cuba levantaban los artesanos unidos en sociedad cooperativa" y punto entonces de reunión de los principales líderes obreros de La Habana.

Data asimismo de esta época el nacimiento de la mayoría de las llamadas sociedades regionales, de carácter benéfico y educativo, integradas en su mayor parte por emigrantes españoles, dependientes de comercio y operarios de fábricas, en cuyos registros de asociados se dió cabida también a los descendientes de aquéllos. Las sociedades de socorros mutuos se multiplicaron y, a su sombra, los trabajadores que eran quienes constituían el principal núcleo, se organizan como tales y muchas se convierten en gremios no de socorros sino de "resistencia". Este cambio de denominación, insignificante al parecer, señala la primera aparición, en la mentalidad obrera cubana, de las ideas que entonces agitan al proletariado europeo, con especialidad al español, con el que, por razones de idioma y raza, más vinculado se encontraba el nuestro.

CAPÍTULO III

DESAVENENCIAS EN EL CAMPO OBRERO

AL mismo tiempo que el trabajador buscaba en la unión medios de defensa y mejoramiento, preparándose para futuras luchas, también la clase patronal se aprestaba en previsión de lo que pudiera suceder. Si los obreros del ramo del tabaco habían sido los que primero se organizaron como clase, nada de extraño resulta que fuesen los industriales tabacaleros los primeros en asociarse a título de tales, a cuyo efecto, con fecha 28 de mayo de 1880, los propietarios de las principales tabaquerías de La Habana se reunieron, enviando al siguiente día una instancia al Gobierno General, adjuntando copia del reglamento que habían redactado y cuya aprobación demandaban para dejar constituido el Gremio de Fabricantes de Tabacos —posteriormente Unión de Fabricantes de Tabacos de La Habana—; firmaron ambos documentos Manuel López A., B. Parera, Juan Valle, Juan Antonio Bances, Antonio Rivero, Segundo Alvarez, Francisco Cabal y Benito Celorio, quienes, el 13 de agosto siguiente recibieron un escrito en que se les comunicaba que, previo informes favorables de la Real Sociedad Económica de Amigos del País y de la Junta de Agricultura y Comercio, se accedía a lo por ellos solicitado. Pronto otros grupos patronales siguieron el ejemplo de los industriales tabacaleros.

Mientras, el movimiento organizativo proseguía sin interrupción entre el proletariado de toda la Isla. La prensa obrera, representada en la capital por *La Razón* y *Boletín Tipográfico* —fundado éste en 1878 como órgano mensual de la sociedad constituida por los operarios de las imprentas y periódicos y dirigido por José S. López y Pedro Merino—, contaba desde 1879 con un vocero más en Caibarién, *El Recreo de los Artesanos*, del que era director Emilio Ayala, apareciendo además, de vez en cuando, publicaciones esporádicas —*El Cooperativista*, enero de 1879; *El Aviso Obrero*, en marzo del mismo año, y otras “hojas volanderas”—, que no pasaron de su número inicial y en las que se pregonaban las excelencias del unionismo entre los trabajadores, incitándolos para que se apresurasen a formar gremios. En

Guanabacoa y San Antonio de los Baños vieron también la luz impresos tendientes a estimular la asociación entre los obreros.

La Unión de Rezagadores de La Habana, fundada en 1880 por José Riesgo, Manuel Alvarez, Francisco Muñiz, José Pando y Narciso Rocha, es la tercera de las colectividades tabacaleras que surge en ese período. Dos años después rara es la población de Cuba de alguna importancia donde los obreros en ella avecindados no hayan formado su correspondiente Centro o Sociedad de Artesanos. Un incendio acaecido la noche del 7 de enero de 1881 en La Escepción, fábrica de tabacos propiedad de José Gener y Batet, en La Habana, ocasiona, entre otras desgracias, la muerte de dos jóvenes aprendices que perecen carbonizados en los "cepos" donde habían sido colocados como castigo a faltas cometidas en el trabajo. Este hecho conmueve a la opinión pública y hace que los trabajadores se pronuncien contra el sistema llamado de "escrituras", todavía practicado por algunos industriales quienes, cuando por sus padres o tutores les era entregado un aspirante a aprendiz de tabaquero, exigían que aquéllos le firmasen un documento haciendo constar que el futuro operario quedaba bajo su absoluto dominio hasta tanto no ser recibido como maestro en el oficio, lo que originaba abusos sin cuento. A partir del mencionado siniestro el sistema de las "escrituras" cayó en desuso, desapareciendo totalmente al poco tiempo.

En el mes de febrero de 1883 los operarios de la fábrica de tabacos La Real, de Manuel Marinas, se declararon en huelga solicitando aumento en sus jornales. El industrial reclamó la presencia de las autoridades, las que procedieron a la detención de Aurelio Muñiz y Estanislao Herrera quienes aparecían ser los dirigentes del movimiento. Marinas formuló una denuncia contra los treinta y ocho obreros que trabajaban en su tabaquería y éstos fueron procesados por el delito de "coligación para alterar abusivamente el precio del trabajo". La defensa de los acusados estuvo a cargo del licenciado Manuel Valdés Rodríguez —consagrado más tarde al magisterio del que fué legítima gloria—, quien logró que aquellos fuesen absueltos libremente al demostrar la falsedad de la denuncia y que lo realizado por sus defendidos no constituía delito. Esta causa, que despertó inusitado interés en toda la sociedad, especialmente entre la clase patronal, aleccionó a los trabajadores, alentando en ellos el propósito, hasta entonces más o menos contenido, de acudir a la huelga cada vez que considerasen conculcados sus derechos.

La prensa proletaria, que contaba con un trío de nuevos pregoneros —*Los Tres*, órgano de la sociedad obrera Progreso, de Regla,

fundado en 1883; *El Obrero*, impreso ese mismo año en La Habana; y *El Círculo de Artesanos*, publicado en igual fecha en la ciudad de Santa Clara y defensor de los intereses de la raza de color—, iba propalando, aunque veladamente aún, las ideas expuestas no hacía mucho, en 1882, en el Segundo Congreso Obrero Regional de la Federación de los Trabajadores de la Región Obrera Española, celebrado en Sevilla el 24 de septiembre. José Llunas, director del semanario barcelonés *La Tramontana*, había escrito una serie de folletos relativos a la anarquía, el colectivismo y la revolución, de los cuales se habían recibido millares de ejemplares en Cuba y cuyo centro de distribución radicaba en Santiago de las Vegas, donde en el año últimamente mencionado, Enrique Roig y San Martín había fundado el Centro de Instrucción y Recreo, entonces más popularmente conocido por Centro de Artesanos.

Roig, que estuvo afiliado al Partido Autonomista —es decir, el Liberal creado en 1881—, como antes lo estuviera con los partidarios del separatismo, rompió con aquél en 1882, época en que las ideas socialistas empezaron a ser difundidas en Cuba, colaborando asiduamente en *El Obrero*, desde cuyas páginas inició una campaña combatiendo a quienes como Saturnino Martínez, José de Jesús Márquez, Antonio López Prieto y Julio Rosas se esforzaban en inculcar entre las masas proletarias doctrinas y procedimientos de carácter reformista que, al decir de Roig y sus adictos, cada día más numerosos, jamás lograrían proporcionar al trabajador y a sus organizaciones lo que al uno y a las otras en justicia correspondía. Junto al nuevo adalid sobresalía un grupo de obreros —Valeriano Rodríguez, presidente del Centro de Artesanos y fundador de la sociedad cooperativa La Idea; Enrique Messonier, primero secretario del Gremio de Tabaqueros, luego del de Artesanos y colaborador del periódico *El Obrero*; José González Aguirre, Pedro Merino, Gervasio García Purón, Maximino Fernández González y Sandalio Romaelle—, entonces resueltos divulgadores del credo anarco-sindicalista y varios de los cuales, pasados los años, medraron como pacíficos burgueses en el comercio habanero o dedicaron sus actividades a empresas muy ajenas al obrerismo.

Escritor fácil, conceptuoso e infatigable, Roig poseía todas las cualidades que caracterizan al genuino guía de masas. "Batallador por temperamento —dice de él uno de sus biógrafos—, desde edad temprana distinguióse en las aulas universitarias por su decidido amor a la libertad, y sus expansiones antiautoritarias fueron causa a apartarlo de ellas, dejando truncos sus estudios en medicina, ciencia en la cual poseía un caudal de conocimientos que infinidad de doctores no han

podido acumular.” Ingeniero agrónomo, aunque sin título legal, publicó excelentes trabajos sobre su carrera, mereciendo algunos ser reproducidos por Francisco Javier Balmaseda en su celebrado libro *Tesoro del agricultor cubano*. Con su advenimiento a la palestra de las luchas proletarias la estrella de Saturnino Martínez comenzó a eclipsarse, no porque a éste le faltasen seguidores sino más bien debido a que los secuaces de Roig mostraban más entusiasmo en sus propagandas y mayor audacia en sus procedimientos.

Los años que mediaron entre 1882 y 1885 fueron aprovechados por los dirigentes de ambas tendencias —la reformista y la anarco-sindicalista—, para captar afiliados y extender la organización obrera de un extremo a otro de la Isla. En todas las poblaciones donde radicaba alguna industria y en la mayoría de los puertos se fundaron gremios y crearon centros de enseñanza y recreo frecuentados por la clase trabajadora. En Cienfuegos, lugar donde el proletariado diera vida a diversas colectividades, empezó a publicarse el 4 de mayo de 1884 un mensuario, *El Obrero*, que además de ostentar la representación de las sociedades de Tipógrafos y de Artesanos, era órgano oficial del Gremio de Toneleros, siendo su director Pablo Rousseau y su principal redactor José A. García, simpatizantes entrambos del grupo encabezado por Roig. Los adictos al anarco-sindicalismo dominaban en los gremios del interior de la Isla y con excepción de la provincia de Santiago de Cuba (hoy Oriente), con la cual las comunicaciones resultaban costosas y difíciles y en la que el movimiento obrero no había alcanzado aún progresos de consideración, aquéllos llevaban la voz cantante en el campo proletario, mientras que Saturnino Martínez y sus fieles se esforzaban por mantener su hegemonía en las entidades domiciliadas en La Habana, Guanabacoa, Regla, Bejucal, San Antonio de los Baños y Santiago de las Vegas, integradas en gran parte por tabaqueros.

Las condiciones de trabajo en las fincas rurales e ingenios se conservaban en igual estado que hacía un par de siglos. No había esclavos, pero los que laboraban en esos sitios continuaban siendo tratados como tales. En las poblaciones prevalecía la falta de higiene en la mayoría de los establecimientos comerciales cuya dependencia, tras una labor agotadora que se prolongaba desde el amanecer hasta las diez de la noche, veíase obligada a utilizar los salones de trabajo o de ventas para “tender” los catres y acostarse a dormir, disponiendo de un día de “salida” cada quincena. Hasta entonces nadie se había ocupado de exponer semejantes males y más que a remediarlos lo que al obrero preocupaba era la obtención de mejores salarios. El español porque ello

le permitía hacer ahorros y retirarse a su tierra, y el cubano porque únicamente así lograba llevar un poco más de pan a su hogar.

Uno de los asuntos por cuya solución abogaron tanto Saturnino Martínez como Roig fué el relacionado con la jornada de labor. Con excepción de aquellos talleres donde el trabajo se efectuaba a destajo, raro era el obrero que no se viera obligado a laborar por lo menos durante doce horas diarias. Los dirigentes del proletariado, sin distinción de ideologías, comprendieron desde el primer momento que este era el problema que más pronto precisaba ser resuelto. Pero los métodos puestos en práctica para conseguirlo diferían notablemente. Los titulados reformistas —Martínez y los suyos— entendían que por medios conciliatorios pudiera obtenerse de los patronos un mejor estado de cosas; Roig y sus compañeros, influídos por lo que leían en las obras y folletos de los más renombrados escritores ácratas de la época, no se cansaban de encomiar la “acción directa” como el procedimiento más rápido y eficaz para dar término a las injusticias sociales. Martínez se inclinaba cada vez más del lado de los políticos; Roig veía en ellos a enemigos más temibles aún que la propia clase patronal.

En el transcurso de los últimos años en distintas ocasiones y localidades habían estallado movimientos huelguísticos de escasa importancia y corta duración. Así, por ejemplo, en julio de 1883 los panaderos de La Habana, cuya jornada de trabajo oscilaba de doce a catorce horas diarias, fueron a un paro reclamando que aquella les fuera disminuída reduciéndola a diez y que los salarios se le abonasen en oro en lugar de pesos billete. En numerosas tabaquerías se iniciaban con frecuencia huelgas, en las que no siempre participaban todos los operarios, demandando “mejoras de materiales” o aumento en los precios de hechura de determinadas “vitolas”. En los muelles se paralizaban las operaciones de carga y descarga al exigir los estibadores y braceros mayores jornales. Donde únicamente nadie osaba hacer reclamaciones de ese tipo era en las haciendas y en los ingenios. En los establecimientos comerciales —tiendas de víveres, ropas, calzado, sombrererías, etc.— tampoco sus obreros mostraron nunca gran empeño en aliviar su situación. Servidos por “peninsulares”, miembros en su mayoría de los famosos batallones de Voluntarios, no se creían en el deber de protestar contra los patronos que eran a la vez sus jefes militares.

La Junta Central de Artesanos fué disuelta y en los primeros días de 1885 el Gobernador Civil de la provincia sancionó el reglamento del Círculo de Trabajadores de La Habana, quedando integrado su primer Comité Directivo por Rafael Marqués, Pedro Merino, Manuel de la Fuente, Gaspar García, Pedro Domínguez, José Díaz García,

Julio Fabre, Francisco Domenech, Modesto González, Policarpo Mira, José Díaz Fernández, Narciso Rocha, Gervasio García Purón, Gabriel Borroto, Regino Morel, Eduardo González Bobes, Homobono Pérez, Dámaso Rodríguez y Enrique Messonier, que fué designado secretario del organismo. Representaban estos obreros a los principales gremios de la capital, constituídos ahora en una a modo de liga encaminada a evitar los rozamientos que ya se venían produciendo en la familia proletaria por cuestiones de ideologías, y con el fin de estimular también entre los trabajadores la celebración de actos culturales. El Círculo instaló provisionalmente sus oficinas en los altos del café Marte y Belona —Amistad esquina a Monte—, celebrando sus asambleas en el Skating Ring, local ocupado más tarde por el desaparecido teatro Alhambra.

Coincidiendo con la inauguración del Círculo empezó a publicarse *El Artesano*, semanario dedicado a los trabajadores de la Isla de Cuba según rezaba en su portada, siendo su director Eduardo Pineda y apareciendo su primer número el 19 de enero de 1885. Este periódico actuó durante algún tiempo como órgano, no oficial, del Círculo, y en su edición correspondiente al sábado 7 de febrero de ese año insertó el Manifiesto con que la máxima organización obrera iniciaba sus labores haciendo un llamamiento general para que el proletariado se uniera, olvidando rencillas y querellas, aprestándose para la mutua defensa. El Círculo mostró especial empeño en que las numerosas entidades obreras ya existentes en La Habana y en el resto de la Isla rindiesen una labor fecunda, activando la agremiación en aquellos sectores del trabajo cuyos componentes no dispusieran aún de sociedad alguna, y sumándose a cuanto acto público pudiera prestarse para hacer alarde de las fuerzas con que ya iba contando el proletariado organizado, a cuyo efecto los obreros de la capital acudieron en masa, el 7 de julio de 1885, al sepelio del doctor Juan Bruno Zayas, excelso filántropo y notable médico, fallecido dos días antes.

En un recorrido hecho por el interior de la Isla por una comisión formada por Messonier, Fabre, González Bobés y Enrique Crecci, se obtuvo un gran éxito organizativo, respondiendo los trabajadores de todas las localidades visitadas al llamamiento del Círculo. Los cuatro comisionados eran decididos defensores del credo anarquista y aprovecharon la oportunidad que aquella excursión les deparó para propagar sus ideales, aconsejando la creación de "grupos" ácratas, constituídos al margen de los gremios en los que, obedeciendo a un acuerdo adoptado como paso previo para el establecimiento del Círculo, estaba prohibida la propaganda de todo concepto político, religioso, ideológico

o de cualquiera otra índole que pudiera dar motivo a disensiones entre el obrerismo. Estos "grupos", típicos en la organización anarquista, se desarrollaron extraordinariamente y en numerosas poblaciones de la Isla, sobre todo en las provincias de La Habana y Santa Clara (hoy Las Villas), su influencia en la vida social dejó profundas huellas.

Donde el proselitismo obrero no logró nunca grandes avances fué entre los trabajadores de los ingenios y, en general, entre aquellos dedicados a las labores agrícolas. Los antiguos esclavos no estaban todavía preparados para oír hablar de gremios ni mucho menos asimilar ideas societarias. Luego, cuando la escasez de brazos para las zafras azucareras fué causa del frecuente arribo de numerosos grupos de naturales de las Islas Canarias, tampoco se contó entre los mismos con elementos aptos para la organización clasista; el "isleño" llegaba a Cuba cuando la zafra iba a dar comienzo, retirándose a su lugar de procedencia tan pronto aquella finalizaba. Lo único que le interesaba era economizar unos cuantos pesos y regresar a tiempo para llevar a cabo las faenas agrícolas en su nativo terruño. En Cuba quedaban solamente los que se dedicaban al cultivo del tabaco —ya desde antaño preferido por los hijos de las Afortunadas—, o bien gustaban de ir a ganarse la vida en maicerías y lecherías o como baratilleros.

Las desavenencias entre reformistas y anarquistas no cesaban, notándose más entre los obreros de las tabaquerías donde, desde que en Cuba se iniciara el movimiento societario, trabajaban los principales líderes, debido probablemente a que era en esos talleres donde primero se daban a conocer las obras de autores tales como Kropotkin, Eliseo Reclus, Sebastián Faure, Zola, Bakounin y demás apóstoles de las ideas libertarias. La labor anticlerical era también intensa, leyéndose los escritos de Odon del Buen, José Nakens, Tarrida del Mármol y Fermín Salvochea quienes, desde las páginas de *Las Dominicales del Libre Pensamiento* y *El Motín*, dos popularísimos semanarios españoles, no cesaban de atacar al catolicismo y a sus acólitos. Lecturas mal digeridas y peor interpretadas creaban entre los trabajadores tal estado de confusión, que resultaba de todo punto imposible conciliar los ánimos y ajustar los intereses de la gran familia proletaria. Consecuencia de estas divergencias fué la disolución del Recreo de Artesanos, una sociedad semiobrera a la cual sólo tenían acceso trabajadores blancos, fundada en 1879 y presidida por Saturnino Martínez, y cuya modesta biblioteca pasó, junto con su tribuna y otros enseres, a ser propiedad del Círculo de Trabajadores de La Habana.

Todavía marchaban unidos los partidarios de Martínez y de Roig, o mejor dicho, de los principios por ambos sustentados. La lucha se

mantenía en el terreno de las ideas. Fué así como sin discrepancias convinieron los tabaqueros en que aquellos que laboraban en los talleres de segundo orden o sea los que en sus productos empleaban rama de la zona de Partido ligada con la de otras procedencias, fuesen a un paro demandando que los precios de elaboración se nivelasen con los que se abonaban en las fábricas de primera categoría, en las cuales se utilizaban exclusivamente materiales de Vuelta Abajo. En su inicio esa huelga, que se denominó "de Partido", fué vista con buenos ojos por los propietarios de estas últimas tabaquerías, ya que estimaban que la petición formulada por los torcedores facilitaría la eliminación de sus competidores en el mercado consumidor; pero luego, solidarizados los industriales al tener conocimiento de que los obreros proyectaban reclamaciones de mayor importancia en la totalidad de los talleres, acordaron lo que hoy se nombra un lock-out general que provocó el rompimiento de la huelga y, por ende, la derrota de los trabajadores.

Se aseguró, parece que fundadamente, que la mayoría de los que traicionaron el movimiento procedían de las filas de los reformistas, es decir, de los que tenían por guía a Saturnino Martínez, entonces director del *Boletín del Gremio de Obreros* —órgano del ramo de tabaquerías—, publicación quincenal por él fundada en 1886. Dividido el Gremio de Tabaqueros, que a la sazón presidía, y decepcionados sus componentes más que por el fracaso sufrido por lo que estimaban una felonía de gran número de sus compañeros, se acordó disolver la asociación, y, en efecto, en una junta celebrada por su Cuerpo Directivo en el local de la sociedad Bella Unión se dió por terminada su existencia, despidiéndose Martínez de sus camaradas de luchas y de fatigas. Carentes de organización prosiguieron los tabaqueros observando como sus exdirigentes no perdían coyuntura para insultarse y lanzarse mutuas acusaciones, de todo lo cual sacó buen partido la fracción extremista, en la que los ácratas predominaban, logrando convencer a la mayor parte del proletariado cubano de que los "realistas" —mote con el que empezaron a llamar a sus contrarios—, habían sido los causantes de la pérdida de la huelga, atrayendo sobre los mismos la antipatía de la generalidad del sector obrero.

No todos los tabaqueros estaban conformes en que se prolongara tan caótica situación. Miembros de los dos grupos antagónicos comenzaron de inmediato a laborar tratando de constituir sendas colectividades. Como de costumbre, los extremistas fueron más activos auspiciando la publicación de *El Productor*, "semanario consagrado a la defensa de los intereses económico-sociales de la clase obrera", cuyo primer número salió el día 12 de julio de 1887, dirigido por Enrique

Roig San Martín y teniendo como principales redactores a Enrique Messonier, Eduardo Pineda, Baldomero Bach, Enrique Crecci y Alvaro Aenlle. En agosto siguiente ya daba señales de vida una Comisión reorganizadora del Gremio de Obreros del Ramo de Tabaquerías, de la que era secretario Carlos Moyano, y actuaba también otra encargada de revisar las cuentas relacionadas con el paro del año anterior y el auxilio suministrado a los tabaqueros de Key West durante la huelga que recientemente habían sostenido, comisión esta última en la que participaban "realistas" y extremistas.

Un suceso acaecido en esos días en Chicago, Estados Unidos de Norteamérica, atrayendo la atención del proletariado mundial, motivó el que los trabajadores de Cuba se unieran para protestar contra la condena impuesta a ocho obreros anarquistas, acusados de haber lanzado una bomba cuya explosión produjo la muerte de una persona e hirió a otras sesenta en ocasión de celebrarse en dicha ciudad un mitin contra los atropellos cometidos por las autoridades de la misma los días 1º y 3 de mayo de 1886 debido a haberse declarado en huelga el proletariado chicagense en demanda de la jornada de ocho horas, en cumplimiento de lo acordado dos años antes por el Cuarto Congreso de Sindicatos y Asociaciones Obreras de los Estados Unidos. El Círculo de Trabajadores de La Habana convocó a una magna asamblea efectuada el domingo 1º de octubre de 1887, en la que los más destacados líderes obreros protestaron con encendido verbo, inculcando a las mencionadas autoridades de pretender llevar a vías de hecho el más atroz de los crímenes aplicando la pena capital a cinco trabajadores por completo ajenos al delito que se les imputaba. Al finalizar el mitin, uno de los más concurridos vistos en La Habana, se tomó el acuerdo de iniciar los preparativos para la celebración de un Congreso Obrero dentro del más breve plazo de tiempo posible, y, siete días después, el mismo Comité de Auxilios que había actuado cuando la huelga de Key West circuló las invitaciones para el proyectado acto.

CAPÍTULO IV

EL PRIMER CONGRESO OBRERO

EL martes 8 de noviembre de 1887 se reunieron en el local del Círculo Jané (Dragones y Zulueta, donde en la actualidad existe un templo bautista), las representaciones de los gremios de La Habana, Matanzas, Cárdenas, Sagua la Grande, San Antonio de los Baños, Bejucal, Santiago de las Vegas y otros lugares de la Isla. Resultó una asamblea muy movida en la que prevaleció el deseo de llegar a una verdadera unificación obrera. El primero en ocupar la tribuna, José González Aguirre, de nuevo hizo patente, en nombre del trabajador cubano, la protesta contra el crimen que se iba a perpetrar en Chicago cinco días más tarde; y, a continuación, los delegados de las colectividades de litógrafos, escogedores, cocheros, rezagadores, cajoneros, sastres, panaderos, planchadores, cigarreros, mecánicos, zapateros y otras varias, conjuntamente con algunos líderes tabaqueros y el Comité Directivo del Círculo de Trabajadores, dieron principio a la discusión del tema que motivaba aquel Congreso —primero celebrado en la Isla por la clase obrera—, o sea propiciar la unión y la concordia en la familia proletaria. Tras extensos y vivos debates se convino en someter el asunto en cuestión al estudio de un Comité formado por los dirigentes principales, los que se encargarían de redactar el dictamen que en su oportunidad se sometería a la consideración de las Directivas de los distintos gremios asistentes al Congreso.

El Comité de referencia actuó con extraordinaria prontitud y el viernes 11 dió a conocer su trabajo ante la asamblea de Cuerpos Directivos reunida en los salones del Círculo de Trabajadores —domiciliado ya en los altos de la casa Dragones 39, esquina a Campanario—. Véase a continuación una síntesis del dictamen que, por unanimidad, fué aprobado: "Primero: Reconocer la necesidad de dar nueva forma de organización a las colectividades obreras, despojándolas de todo vestigio de autoridad. Segundo: Que las mismas debían permanecer estrechamente unidas mediante pactos federativos, sirviendo de base el que regía en la Federación Española del Trabajo. Tercero: Que los

gremios debían gozar de la más amplia autonomía en el seno de la Federación, así como el individuo dentro de ésta y de la colectividad. Cuarto: Que debía practicarse la cooperación colectiva para todos los fines de la vida. Quinto: Que debían proscribirse en el seno de las colectividades y de la Federación todas y cada una de las distintas doctrinas políticas y religiosas, dejando como único y universal principio el de la emancipación económico-social y la confraternización, dentro de ese principio, de todos los productores que poblaban la tierra. Y sexto: Que la solidaridad más estrecha debía presidir a toda huelga a la que forzosamente condujesen a las colectividades la extremada tirantez y las imposiciones denigrantes de los que aún, en las postrimerías del siglo diez y nueve, consideraban al trabajador como un ser envilecido, nacido para devorar en silencio toda clase de privaciones y todo género de afrentas”.

El texto de esos acuerdos revela, bien a las claras, que los mismos fueron inspirados por los elementos ácratas que dominaban de modo absoluto en la generalidad de los gremios obreros. Los industriales, por su parte, dejaron oír también su voz, y en un escrito circulado por la Unión de Fabricantes de Tabacos —que era en esos tiempos la representación máxima y casi única de la clase patronal—, refiriéndose a los tabaqueros se manifestaba que “el sistema adoptado por ellos actualmente, consiste en plantear en cada taller una cuestión de distinta índole, aparentando siempre una desorganización que están muy lejos de tener. Por el contrario —segúan diciendo los industriales—, nosotros creemos, y hechos recientes y repetidos lo demuestran, que hoy tienen una organización igual a la del antiguo Gremio, con la diferencia de que entonces había un Reglamento y una Junta Directiva responsable, mientras que ahora los estatutos no consisten en documento alguno, sino que están sintetizados en las significantes palabras de “solidaridad” y “dignidad” obreras, no habiendo tampoco individualidades responsables de las determinaciones que se aconsejan a la colectividad; es decir, que impera en absoluto la anarquía. Con semejante organización de los obreros, es necesario adoptar por nuestra parte un método especial de defensa, más necesario, cuando sabemos que existen alianzas y pactos entre torcedores, escogedores, rezagadores, dependientes y aprendices, alianzas y pactos que van encaminados a encerrar en un círculo de hierro al fabricante, para imponerle todas las condiciones que plazcan a los gremios reunidos”.

No estaba en lo cierto la circular de los fabricantes cuando afirmaba que los tabaqueros estaban unidos. Eso, que resultaba verídico en cuanto a los integrantes de las colectividades de Escogedores, Re-

zagadores y Dependientes, se apartaba de la verdad en lo tocante a los torcedores, más desunidos y distanciados conforme transcurrían los días. Fué precisamente entonces cuando, entre esos obreros, se mostró más claramente el mal, que desde la génesis misma de su organización gremial había estado siempre latente pese a la inteligencia y buenas intenciones de quienes los acaudillaban. Indisciplinados, manirroto y constantemente propensos a secundar toda rebeldía, la generalidad simpatizó desde el principio con los ideales libertarios, y hasta la misma feliz institución de "la lectura en las tabaquerías", por ellos creada y mantenida, contribuyó en innumerables ocasiones más que a ilustrarlos a sembrar en sus mentes absurdas teorías que a nada práctico conducían.¹ Sin embargo, a despecho de tales defectos, es innegable que del seno de la grey tabaqueril salieron los más activos e inteligentes guías que tuvo entonces y en posteriores épocas el proletariado cubano, por lo cual no es de extrañar que la historia del movimiento obrero tabacalero haya sido, desde que en Cuba el trabajador aspiró a constituirse en clase social hasta ya bien entrado el siglo xx, la historia del obrismo nacional.

Las tendencias francamente ácratas, triunfantes en el Congreso Obrero, en vez de unir a los tabaqueros produjeron un resultado completamente opuesto. Parte de los integrantes del grupo "realista" se reunieron a mediados de noviembre de 1887, redactando un escrito que fué distribuido profusamente por las tabaquerías invitando a sus operarios a formar una sociedad anónima, con un capital de cincuenta mil pesos, dedicada a la elaboración de tabaco torcido, citando, para tratar ese asunto, a una junta general que se verificó en 30 de dicho mes en los altos del café La Diana —Reina y Aguila—, domicilio de una asociación artística regional. Con tal motivo *El Productor* atacó duramente a los firmantes del mencionado escrito, acusándolos de pretender convertirse en "burgueses" para expoliar a sus propios compañeros. Apareció entonces otro periódico de carácter obrero, *La Picota*, manejado según se aseguraba por los que dirigían *El Productor*, acometiendo en forma tan mordaz a los "realistas" que las autoridades prohibieron continuara publicándose.

Estos altercados, llevados también al terreno personal, decidieron a los "realistas" a defenderse, empezando por fundar un gremio, *La Unión Obrera*, de la que meses después fué órgano oficial un periódico fundado por Saturnino Martínez y dirigido al principio por Antonio González Acosta, titulado *La Unión* —semanario democrático dedicado a los trabajadores—, que empezó a circular el día 18 de

febrero de 1888, y que inmediatamente inauguró una campaña para “despertar a los obreros del ramo del tabaco que desde hacía un año estaban entregados al abandono y la apatía”, dando asimismo cabida en sus páginas a trabajos periodísticos en que se aconsejaba a los tabaqueros su ingreso en las filas del Partido Autonomista. Inmediatamente el grupo contrario procedió a crear un nuevo gremio, La Alianza Obrera, del que fueron a formar parte todos los torcedores amantes de las ideas libertarias, eligiendo a *El Productor* como tribuna para la exposición de sus doctrinas.

Los tabaqueros, que meses antes carecían de organización gremial, contaban ahora nada menos que con dos, irreconciliablemente enemigas. En la Unión estaban los reaccionarios; sus dirigentes no se ocultaban para manifestar que no secundarían ninguna huelga provocada por los “aliancistas”, entre los cuales, afirmaban, había muchos simpatizantes de aquellos otros tabaqueros que en Tampa y Key West conspiraban tratando de liberar a Cuba del régimen hispano. Saturnino Martínez, que no estaba conforme con el cariz que iban tomando los acontecimientos, abandonó definitivamente las luchas obreras consagrándose al cuidado de la imprenta —La Razón, sita en Monte 40, entre Aguila y Angeles—, con que le habían obsequiado sus amistades del ramo del tabaco, dejando más tarde la dirección de *La Unión* en manos de J. Enrique Soler, mientras que de la presidencia del gremio de igual nombre se hizo cargo Dionisio Menéndez Areces, vice de dicha colectividad, tabaquero, teniente de voluntarios, español recalcitrante y enemigo jurado de cuanto se relacionara con el anarquismo y sus leales.

Ciertamente, la Unión Obrera fué una organización netamente “amarilla”; sus miembros, haciendo buenas las palabras de quienes los dirigían, no vacilaron nunca en ir a “romper” las huelgas acordadas por la Alianza Obrera. En el transcurso del segundo semestre de 1888 menudearon los paros y en diversos talleres se produjeron graves y sangrientas riñas. Se denominaba ahora “carolinos” a los que primero se nombraron “realistas” y luego “unionistas”, viniéndoles aquel apodo —que llegó a ser considerado como el peor insulto que pudiera dirigírsele a una persona—, del hecho de que los tales en su mayoría trabajaban en los talleres Villar y Villar y La Carolina, representando sólo una pequeña fracción en el sector tabacalero. El Comité Directivo del Círculo de Trabajadores trató en vano de que cesaren las diferencias entre los bandos enemigos, encontrando los mayores obstáculos para el logro de esa finalidad en los afiliados a la Unión Obrera, re-nuentes a toda inteligencia con sus colegas de oficio, por lo que cortó

por lo sano situándose abiertamente al lado de los "aliancistas" y designando a *El Productor* su órgano oficial por entender que dicho periódico en aquellos momentos "interpretaba con exactitud las aspiraciones de la clase obrera".

Los restantes gremios de la Isla condenaban al unísono a los "carolinos" que, exasperados por el desprecio con que eran mirados por la inmensa mayoría de los trabajadores, extremaban sus procacidades convirtiéndose en delatores de sus compañeros y panegiristas de los elementos reaccionarios, reproduciendo en *La Unión* artículos y composiciones poéticas en alabanza de los jefes militares y de la política represiva de los espadones de la Colonia. Cuando en febrero de 1889 llegó a la Isla el nuevo Gobernador de la misma, general Manuel Salamanca, ese periódico lo felicitó porque estaba seguro de que "iba a acabar con todas las anarquías", denunciándole a los pocos días la existencia de una supuesta organización secreta nombrada La Mano Blanca a la cual imputaba la agresión hecha el 24 de dicho mes a Antonio Gutiérrez Cuervo, secretario de la Unión Obrera, al que dejaron clavado un puñal en la espalda.

Nada bastaba para aplacar los odios entre "aliancistas" y "carolinos" y en marzo siguiente el Gobernador Civil, Carlos Rodríguez Batista, se creyó en el deber de dirigirse públicamente a los trabajadores pidiéndoles abandonasen los dictérios y la campaña contra determinadas personas a fin de evitar que se enconasen las pasiones entre la clase obrera. A esto respondió *La Unión* revelando la constitución de un llamado Tribunal de Sangre, compuesto por anarquistas, cuya misión era atentar contra la vida de los directores de la Unión Obrera. La política entró en juego estimando que era aquella la ocasión oportuna para, so pretexto de unir al proletariado, inducir a sus componentes a formar un Partido Obrero anexo al Autonomista y a ese efecto a mediados del mismo mes de marzo se verificó una asamblea en el teatro Irijoa —hoy Martí—, haciendo uso de la palabra Antonio Govín Torres, Rafael Montoro, Antonio Zambrana y Carlos Saladrigas. Pese al prestigio de esos oradores el auditorio fué escaso y los autonomistas desistieron de atraer a sus filas al obrero organizado.

En la ciudad de Santiago de Cuba, donde hasta entonces el movimiento gremial permanecía estático, éste daba ahora señales de gran actividad habiendo formado sus respectivas asociaciones los sastres, barberos, zapateros, carniceros, mecánicos, carpinteros, albañiles y tabaqueros, siendo el último en constituirse el Gremio de Trabajadores Braceros, que lo hizo con fecha 17 de marzo de 1889. Podía asegurarse, pues, que en todas las principales poblaciones de la Isla existían

ya organizaciones obreras, la mayoría de las cuales mantenía amistosas relaciones con el Círculo de Trabajadores de La Habana, en su apogeo a la sazón, contando en la capital con más de treinta mil asociados en las distintas colectividades que del mismo dependían, celebrando con frecuencia actos culturales en los que participaban literatos de renombre, entre ellos Enrique José Varona, cuya presencia en aquella tribuna obrera despertó los recelos del periódico *La Unión*, que creyó ver en ese hecho cierta inteligencia entre el ilustre filósofo y Enrique Messonier, a quien se le suponía en tratos con los elementos separatistas que en Tampa y Key West, donde el número de tabaqueros cubanos era crecido, conspiraban para liberar a Cuba del dominio español.

Las huelgas que durante los últimos meses de 1888 no habían dejado de producirse en diferentes localidades de la Isla y que en La Habana fueron causa de que los fabricantes de tabacos cerraran por algún tiempo sus talleres, se multiplicaron a comienzos de 1889, sin duda debido a la crisis económica que entonces dejó sentir sus perturbadores efectos, y hasta se dió el curioso caso de que los cocheros de la capital, al enterarse de que en la misma iban a comenzar los trabajos para establecer el servicio telefónico —para el cual se había dado autorización con fecha 30 de septiembre del año anterior—, fueron a un paro en señal de protesta por entender que sus intereses iban a ser perjudicados con la innovación, pero las autoridades ordenaron detener a los directores del Gremio a que esos obreros pertenecían e incontinenti quedó restablecida la circulación de los vehículos de alquiler.

El 3 de marzo de 1889 comenzó a publicarse en Key West un periódico, *La Tribuna del Trabajo*, desde cuyas páginas Carlos Baliño dió principio a una intensa campaña incitando a los obreros de Cuba a que se rebelasen contra España, distribuyéndose numerosos ejemplares de aquél entre los torcedores de La Habana. Meses más tarde, en junio, llegó a esta ciudad Ramón Rivero y Rivero, que gozaba de gran influencia en el citado islote, el cual traía la misión de impedir que continuara el embarque de tabaqueros hacia dicho lugar donde se proyectaba un movimiento huelguístico. Y en esos días precisamente fué cuando Enrique Roig y San Martín escribió su famoso artículo ¡O pan o plomo! —publicado en *El Productor* el 23 de junio del citado año—, en que instigaba al proletariado cubano a no tolerar por más tiempo la mísera situación que lo agobiaba. “Es ya demasiado tarde —decía dirigiéndose a los obreros—; las redentoras ideas socialistas encarnadas, digámoslo así, en la conciencia de los trabajadores, forman hoy la profesión de fe de las clases populares, y en vano será que se trate de extirparlas. Cuando los pueblos, hartos de desengaños y sufrimien-

tos, toman por fin una actitud cual han tomado unánimemente en la cuestión que nos ocupa, no hay poder bastante a hacerlos retroceder." Y más adelante agregaba: "Si nuestro enemigo común quiere evitar la llegada del funesto acontecimiento, como él lo llama, que deje de tiranizarnos. . . El problema está planteado y no tiene más que una solución racional y posible: ¡O pan o plomo!".

Leer las autoridades el trabajo de Roig y decretar su inmediata prisión fué cuestión de segundos. Permaneció encarcelado unos días hasta quedar abonada la fianza que aquellas señalaron para que pudiera recobrar la libertad, fianza recogida centavo a centavo entre los trabajadores. Dos meses después, el 29 de agosto, fallecía Roig. Su entierro fué algo jamás visto en La Habana. Las organizaciones obreras de toda la Isla enviaron centenares de coronas fúnebres y sumaron miles las personas, obreros o no, que al siguiente día acompañaron su cadáver al Cementerio de Colón. Hasta los mismos que en vida le habían combatido sañudamente no dejaron de reconocer entonces la hombría de bien, la inteligencia y la indomable voluntad que caracterizaron al caudillo desaparecido. En la velada celebrada el 29 de septiembre, en el Círculo de Trabajadores, Enrique José Varona ensalzó las virtudes de Roig, y José de Jesús Márquez con palabras preñadas de dolor hizo el panegírico de aquel que todo lo había sacrificado en bien de la clase obrera.

A fines del mes que acabamos de citar obtuvieron los miembros de la Unión de Dependientes del Comercio una señalada conquista. Como es sabido, las tiendas acostumbraban permanecer abiertas todos los días, lográndose entonces que cerrasen los domingos a las diez de la mañana. La huelga anunciada en Key West estalló al fin y los obreros de Cuba se apresuraron a socorrer a sus hermanos, embarcando en esa dirección Enrique Messonier con la intención de gestionar el que los huelguistas abandonasen el Cayo. La noche del 26 de octubre un grupo de "ciudadanos" allanó la casa en que se albergaba y, junto con su esposa, fué obligado a salir rumbo a Tampa. El recibimiento que allí se le hizo fué notable; una banda de música le acompañó desde el puerto, improvisándose un mitin que se prolongó hasta las cuatro de la madrugada.

En noviembre ya los obreros de Cuba habían logrado sacar de Key West a más de dos mil huelguistas, los que arribaron a La Habana a bordo del *Jorge Juan* y el *Hutchitson*, cedido el primero de esos buques por las autoridades españolas a petición de los tabaqueros de la capital. Este acto de "generosidad", que tal vez pudiera causar extrañeza a alguno, quedaba explicado teniendo en cuenta que a dichas

autoridades les convenía que la industria tabacalera desapareciera de Cayo Hueso, no sólo porque de ese modo aumentaban las probabilidades de que el trabajo mejorase en las fábricas cubanas, sino también porque a aquellas les precisaba debilitar el centro de conspiración existente en dicha localidad, integrado por revolucionarios cubanos que ansiaban la libertad de su patria.

En los postreros días de 1889 —el 28 de diciembre—, quedó constituido el Gremio de Dependientes de Fonda y Restaurant de La Habana, del cual fué designado presidente José Antonio Iglesias, y secretario, semanas después, Ramón Prendes. A principios de enero siguiente —1890— los huelguistas del Cayo regresaron a sus talleres después de haber obtenido lo que pedían, iniciándose allí, a poco, una gran rivalidad entre obreros cubanos y españoles, afirmándose que “era la *manó española* la que pretendía la destrucción” de Key West. Esta huelga, como luego explicaremos, fué causa de graves sucesos entre los trabajadores de La Habana. La situación en Cuba había empeorado notablemente, sufriendo las consecuencias, en sumo grado, las clases productoras. Otra vez menudearon los paros y el Círculo de Trabajadores tuvo que arrostrar dificultades sin cuento. Con anterioridad al primero de mayo dicha organización publicó un manifiesto incitando al proletariado a que conmemorase en esa fecha el Día del Trabajo, en cumplimiento de lo acordado por un Congreso Internacional Socialista recientemente verificado en París. Dicho documento causó pésimo efecto en las esferas oficiales, cada vez más suspicaces y temerosas de la propaganda que los desafectos a España llevaban a cabo en la masa obrera, por lo que el Gobernador Civil de La Habana ordenó la clausura de la mencionada colectividad y el encarcelamiento de sus directores. Pero como realmente no existía motivo legal que justificase los atropellos cometidos, a poco se dispuso la libertad de los presos y la reapertura del Círculo, accediéndose, además —sin duda para congraciarse con la opinión pública a quien habían disgustado las anteriores arbitrariedades—, a que una manifestación obrera recorriera las calles de la capital el primero de mayo, celebrándose así, por vez primera en Cuba, el Día del Trabajo.

Al ser puesto en vigor en los Estados Unidos de Norteamérica, el 8 de octubre de 1890, el arancel McKinley, la situación económica de la Isla sufrió muy serio revés. Las exportaciones de productos cubanos a esa república cesaron casi por completo y miles de personas quedaron sin empleo produciéndose un grave estado de miseria. Las industrias del azúcar y del tabaco, que eran las más considerablemente perjudicadas por dichas tarifas, elevaron su protesta ante el Gobierno

de la Metrópoli, uniendo sus voces el proletariado a las de la clase patronal reclamando pronto remedio al daño recibido. Surgió entonces el llamado "movimiento económico" cuyas eficaces gestiones lograron que entre los gobiernos de España y los Estados Unidos se concertase un tratado asegurando la libertad de derechos al azúcar cubano —así como trato favorable al tabaco y otros productos— al entrar en la Unión Norteamericana, quedando de ese modo conjurada, por el momento al menos, la crisis que amenazó con sumir en la ruina a Cuba.

En esos días fué cuando, tomando como pretexto las acusaciones lanzadas por los miembros de la Unión Obrera contra los que habían intervenido en el manejo de los fondos recaudados para auxiliar a los huelguistas del Cayo, resurgió más enconada que nunca la rivalidad entre aquellos y los afiliados a la Alianza. Por ambas partes se cruzaron procaces insultos y terríficas amenazas, asegurándose una vez más que existía un Tribunal de Sangre encargado de suprimir a los líderes "unionistas". Un sangriento suceso ocurrido el 15 de octubre señala el punto culminante de esta vergonzosa lucha. Ese día, transitando por la esquina de Amistad y Barcelona el presidente de la Unión Obrera, Dionisio Menéndez Areces, le fué inferida una puñalada que le ocasionó la muerte. El asesino no pudo ser detenido, pero el rumor público acusó desde los primeros instantes a los directores de la Alianza como los inductores del crimen. En consecuencia, las autoridades judiciales decretaron la prisión de diecinueve obreros entre los que figuraban los principales caudillos "aliancistas".

El proceso originado por este homicidio interesó no solamente a la clase obrera, sino también a la sociedad en general. La defensa de los presuntos culpables corrió a cargo de eminentes letrados —Pedro González Llorente, Rafael Montoro, José Antonio González Lanuza y Raúl Sedano Agramonte—, mientras que otro notable jurisconsulto, Benito Celorio —presidente entonces de la Unión de Fabricantes de Tabacos—, actuando como acusador privado solicitó, junto con el fiscal, severo castigo para los trabajadores presos. Meses después, el 24 de enero de 1891, al verse el incidente de excarcelación, pronunció González Llorente, en nombre de los defensores, un tan persuasivo discurso en el que "la sátira y las burlas fueron armas empleadas con tan grande eficacia", que movió a los acusadores a pedir el cese de la instrucción sumarial "por no existir méritos para dirigir el procedimiento contra determinada persona como autor, cómplice o encubridor".

Durante la tramitación de la causa los obreros organizaron diversos actos de calle, entre ellos una grandiosa manifestación, la más concurrida que hasta esos días recorriera las vías habaneras, que el primero

de marzo se encaminó al Círculo de Abogados desde cuyos balcones Montoro, Desvernine, Mesa Rodríguez, Lancis, González Lanuza y Sedano Agramonte, prestigios del foro cubano, respondieron a las palabras de agradecimiento expresadas por Romaelle, Messonier y González Bobés. Semanas más tarde, el 28 de junio, víspera del día onomástico de González Llorente, más de cuatro mil trabajadores portando hachones encendidos y acompañados de una banda de música, marcharon hasta el Vedado ofreciendo una serenata ante la residencia de quien con tanto tesón como desinterés había dirigido la defensa de los compañeros encausados. El tribunal, formado por los magistrados de la Sala Segunda de lo Criminal de la Audiencia de La Habana —Pedro Muñoz de Sepúlveda, Juan F. Ramos y Miguel de Aldecoa—, dictó el 23 de octubre siguiente auto de sobreseimiento en cuanto a dieciocho de los procesados, y abrió juicio oral contra el acusado restante, quien al fin tuvo que ser puesto en libertad al no poder comprobarse su participación en la muerte de Menéndez Areces.

Entre tanto, otros graves acontecimientos habían conmovido profundamente al país. El bandolerismo, encarnado en Manuel García y numerosos imitadores, campeaba por sus respetos, siendo rara la semana en que la prensa no informaba acerca de algún secuestro o fechoría de parecida laya. Las ejecuciones capitales eran frecuentes pero nada bastaba a contener a los transgresores de la ley, aumentando la inseguridad en los campos donde, por otra parte, las condiciones de trabajo se mantenían en igual estado que en los peores días de la esclavitud. [En las poblaciones, en cambio, la organización obrera ganaba terreno e iba disponiendo de nuevos aunque modestos voceros, tales como el semanario *El Artesano*, que desde 1886 publicaba Francisco Cobos en Cienfuegos; *El Obrero*, editado en La Habana en 1888 por José Lacret; *El Clarín*, que empezó a dejarse oír en Santiago de Las Vegas a fines de 1889; *La Claridad*, hoja semanal "órgano de los gremios de La Habana", impresa en 1890 por Angel Peñañori, quien ese mismo año fundó también *La Antorcha* y *El Obrero Cubano*; y, finalmente, *El Acicate*, bisemanario socialista y librepensador que en Santiago de Cuba comenzó a publicar Rafael Gutiérrez en 1891.

A raíz del asesinato de Menéndez Areces la Alianza Obrera fué cerrada, mas pronto volvió a reanudar sus actividades dividiendo a La Habana en distintas "zonas" para facilitar la labor organizativa. *El Productor*, periódico en quien las autoridades habían visto siempre al más tenaz y peligroso de los propagadores del ideal libertario, se vió precisado a trasladar su redacción a Regla, pueblo donde se imprimieron sus últimos números bajo la dirección de Alvaro Aenlle. La

Unión Obrera estaba igualmente a punto de desaparecer, no porque contra ella se ensañase el Gobierno, sino porque sus escasos afiliados, convencidos de la hipocresía de sus jefes, desertaban de sus filas. Los "aliancistas" triunfaban en toda la línea y con ellos el credo anarquista del cual la mayoría de los mismos eran fanáticos discípulos, abundando también en este grupo los simpatizadores de la independencia de Cuba, manteniendo al efecto estrechas relaciones con los obreros que en Key West y Tampa laboraban en ese sentido.

En tal situación fué cuando un periódico que se imprimía en Guanabacoa, *La Batalla*, insertó en sus páginas un vibrante "manifiesto a los obreros de Cuba", exhortándolos a glorificar la memoria de "los mártires que en Chicago habían perecido en defensa de la emancipación de los trabajadores"; y, en un mitin celebrado en el teatro Irijoa el 28 de abril de 1891 se convino en que los asistentes no concurriesen a realizar sus habituales labores el próximo primero de mayo, haciendo además intensa propaganda para que el proletariado en general secundase dicha idea. Y, en efecto, con mayor entusiasmo aún que la vez anterior, se celebró en La Habana el Día del Trabajo, verificándose con tal motivo en el coliseo antes citado una enorme asamblea en la que se acordó la inmediata convocatoria a un Congreso Regional Obrero en la capital de la Isla; gestionar la adquisición de un local social para los gremios, y, además, estudiar la conveniencia de implantar la jornada de ocho horas, dejando a cargo del Comité Directivo del Círculo de Trabajadores la realización de los enunciados propósitos.

Otro hecho, acaecido asimismo en el transcurso de 1891, fué la publicación, verificada en Roma el 15 de mayo, de la célebre encíclica a la que su autor, el papa León XIII, puso por título *Rerum Novarum*, la que en seguida fué traducida al español viendo la luz en *La Epoca* de Madrid, de donde la tomó *Diario de la Marina* para reproducirla en forma de suplemento, distribuido junto con el *Alcance* de fecha 23 de julio de ese mismo año entre sus lectores. En este documento el jefe de la Iglesia Católica combatía el socialismo que, a su juicio, "pugna abiertamente con la justicia; porque poseer algo como propio y personal es un derecho que dió la naturaleza a todo hombre", ofreciendo como remedio a los males sociales la doctrina cristiana, basada en la fraternidad humana y "ser el trabajo un castigo impuesto por Dios, una pena derivada del pecado original". El proletariado cubano desconoció en lo absoluto la misiva del Sumo Pontífice, preocupado como estaba en los preparativos para aquel Congreso por cuyo buen éxito trabajaban celosamente los principales líderes obreros en toda Cuba.

CAPÍTULO V

EL CONGRESO REGIONAL OBRERO

EL Congreso Regional Obrero reunido en La Habana durante los días 16, 17, 18 y 19 de enero de 1892 fué, innegablemente, la apoteosis de la propaganda ácrata a través de la Isla entera. Convocado, como ya queda explicado, por el Comité Directivo —al que, en recuerdo quizás a una entidad ya fenecida, ahora habían dado en llamar también Junta Central—, del Círculo de Trabajadores, tuvo por sede el Centro Gallego, radicado entonces en los altos del edificio sito en la esquina de Prado y Dragones, contiguo al teatro Irijoa. Para asistir a sus reuniones vinieron de todas las provincias —excepto de la de Santiago de Cuba con la cual las comunicaciones continuaban siendo difíciles—, los delegados de numerosos gremios y “grupos”, o bien se hicieron representar por compañeros residentes en la capital; al decir de la prensa diaria acudió a presenciar esas juntas crecidísima cantidad de personas, entre ellas varios agentes secretos enviados por las autoridades para que informasen de lo que allí se tratase, ya que tenían noticias de que iban a discutirse asuntos relacionados con “los fines del socialismo revolucionario”, cosa que por entonces traía sumamente preocupados a los encargados de mantener el orden en el país, puesto que estimaban que los tales “fines” pudieran estar relacionados con las actividades que en el extranjero desarrollaban los emigrados cubanos, obreros en su mayoría y resueltos partidarios de la independencia de Cuba.

Sólo le fué dable al Congreso celebrar cinco sesiones —dos de ellas el domingo 17—, las que fueron presididas, respectivamente, por Maximino Fernández, quien desde el fallecimiento de Roig San Martín había asumido el liderazgo del obrerismo cubano; Eduardo González Bobés, joven orador de fácil palabra y delegado por el grupo anarquista El Productor; Francisco de Paula Millet, representante del Círculo de Trabajadores de Puerto Príncipe (Camagüey); Enrique Messonier, secretario de la Junta Central; y Sebastián Monagas, de la Alianza de Cárdenas. Como secretarios permanentes actuaron Enrique

Crecci, Gerardo Quintana, Aurelio Alvarez, Enrique Suárez y Manuel Alvarez. Los temas discutidos se limitaron a tres: Conveniencia o no de reducir a ocho las horas de trabajo, y en caso afirmativo, qué medios se juzgaban más apropiados para lograrlo; qué clase de organización resultaría más beneficiosa a la clase obrera; y, qué otros fines, además de los acordados, debían perseguir los trabajadores. Se trató también, aunque incidentalmente, de la organización de las obreras, debido a que "ya eran muchas las mujeres que salían a trabajar a la calle", y sobre la protección a la infancia. Otro tema que asimismo iba a ser sometido a la consideración de los congresistas era el concerniente a lo que en la actualidad llamamos "discriminación racial", pero al intervenir las autoridades suspendiendo el Congreso ese asunto quedó sin discutir.

Tocante a la jornada de trabajo se acordó implantar la de ocho horas, que en aquellos tiempos constituía el supremo anhelo del proletariado de Europa y Norteamérica; recurriendo, para su consecución, a una huelga general que habría de efectuarse, a modo de prueba, el próximo día primero de mayo, "ya que teniendo en cuenta que lo proyectado no podía hacerse por las vías gubernamentales, por ser incompatible tal reducción con los intereses burgueses, que eran los que votaban y sancionaban las leyes, el único medio que tenían los obreros a su alcance, y el que habría de darles mejores resultados, era el paro total de las actividades de la clase productora". En lo referente a la organización se convino, tras dos días de prolongados debates, que en cada población de la Isla se estableciese una sociedad de carácter general, dividida en secciones por oficios o profesiones; y que dichas secciones disfrutasen de la más completa autonomía dentro de sus respectivas sociedades, facultando a estas últimas para que pactasen entre sí todo lo relativo a la totalidad de aquellos problemas de índole general, formando de ese modo la Federación de Trabajadores.

En lo que atañe al tercer tema, es decir, al que hacía referencia a "que otros fines debían perseguir los trabajadores", fué presentada una moción por el grupo ácrata El Productor, encargándose de su exposición y defensa Eduardo González Bobés. Provocó la misma acaloradas discusiones, pues mientras que los simpatizadores del ideal separatista apoyaron resueltamente su contenido, otros la consideraban excesivamente radical y de peligrosas consecuencias para quienes se atrevieran a suscribirla; triunfó al fin la opinión de los anarquistas y sus amigos y quedó aprobada, por unanimidad, tal como originalmente había sido redactada. Su texto era el siguiente: "El Congreso

reconoce que la clase trabajadora no se emancipará hasta tanto no abraza las ideas del socialismo revolucionario, y por tanto aconseja a los obreros de Cuba el estudio de dichas ideas, para que analizándolas pueda apreciar, como apreciaba el Congreso, las inmensas ventajas que estas ideas proporcionarán a toda la humanidad al ser implantadas". Esta primera parte de la moción no hacía más que repetir lo que tantas veces dijera desde las páginas de *El Productor* Roig y San Martín.

Mas, lo que hasta entonces nadie había osado manifestar públicamente en una reunión del proletariado en la Colonia, era lo que se expresaba en el segundo párrafo de la citada moción, o sea: "Que si bien hace (el Congreso) la anterior afirmación en su sentido más absoluto, también declara que la introducción de esas ideas en la masa trabajadora de Cuba, no viene, no puede venir a ser un nuevo obstáculo para el triunfo de las aspiraciones de emancipación de este pueblo, por cuanto sería absurdo que el hombre que aspira a su libertad individual, se opusiera a la libertad colectiva de un pueblo, aunque la libertad a que ese pueblo aspire sea esa libertad relativa que consiste en emanciparse de la tutela de otro pueblo". Suscribieron la moción Maximino Fernández, Enrique Crecci, Anselmo Alvarez, Sandalio Romaele, Gerardo Quintana, Manuel Alvarez, Manuel Suárez, Ramón Villamil, Enrique Messonier, Daniel Rodríguez, Enrique Suárez, José Joaquín Izaguirre, Manuel Martínez Abella, Romualdo Negreira, José Calabar y Eduardo González Bobés.

A la tarde siguiente, cuando los obreros empezaron a llegar al Centro Gallego, se encontraron con la desagradable sorpresa de la suspensión del Congreso. En efecto, horas antes, el presidente de la Junta Central del Círculo de Trabajadores había recibido un oficio firmado por el Gobernador Civil de la provincia, Francisco Cassá, en que se le notificaba que por su resolución acordada aquel mismo día —enero 20—, quedaban suspendidas las sesiones que venía efectuando, a iniciativa de aquella entidad, el "titulado Congreso Regional de Obreros de la Isla de Cuba, por considerar que la mayor parte de sus acuerdos y particularmente los aceptados y aclamados en la noche anterior, tendían directa e inmediatamente a implantar y llevar a ejecución los procedimientos del socialismo revolucionario, mediante actos que revisten caracteres de delitos contra el orden social y público existentes". Se rumoraba que la denuncia del Congreso había partido del fiscal de S.M., Antonio Romero Torrado, pero luego pudo comprobarse que Cassá, a quien sus agentes habían informado de lo sucedido, entregándole además copias de los acuerdos aprobados, consultó el caso con

el Gobernador General de la Isla, del que recibió plena autorización para proceder en la forma que queda relatada.

Varios congresistas fueron detenidos por la policía en el mismo local del Centro Gallego, procediéndose en igual forma contra otros en distintos lugares de la ciudad, obedeciendo ello a un auto de prisión decretado contra catorce de los dirigentes obreros que más se habían destacado por su actuación en el Congreso. En esa misma fecha los componentes de la Sección de Oficios varios Primero de Mayo hicieron circular profusamente por La Habana un manifiesto de protesta, incitando a la rebeldía; las autoridades dispusieron la inmediata detención de los firmantes de ese documento y a poco el vivac y la cárcel habaneros estuvieron colmados de trabajadores, algunos de los cuales fueron trasladados al Castillo de La Punta, mientras que a Eduardo González Bobés, el líder que con mayor ardor propagaba y defendía las doctrinas ácratas, se le daba ingreso en la fortaleza de La Cabaña, hecho que alarmó grandemente a sus compañeros. Mas, pronto se calmaron al saber que lo sucedido obedecía a que aquel anarquista "era voluntario y como tal debía permanecer en prisiones militares".

El delito que se perseguía era, a juicio del fiscal, el de "provocación a la rebelión", comprendido en el artículo 582 del Código de la Península, extensivo a Cuba por Real Decreto de 20 de julio de 1882, siendo designado juez especial de la causa incoada el que lo era de Instrucción del Este, Tomás Valle. Llovieron protestas de toda la Isla; el grupo El Productor dió publicidad a otro manifiesto redactado en términos violentísimos siendo causa de nuevas prisiones, y el semanario de ese mismo nombre en un artículo titulado "Se desató la tormenta" atacó virilmente a las autoridades españolas de la capital. Gobernaba entonces a Cuba el general Camilo Polavieja, militar de mano férrea y despiadado en sus procedimientos, quien parecía estar decidido a acabar con el movimiento obrero. Sin embargo, dada la gravedad que el asunto iba adquiriendo, parece que alguien aconsejó al Capitán General que dejare actuar a los tribunales en evitación de conflictos de mayor importancia. Así se hizo; los trabajadores encomendaron la defensa de los suyos, como en anterior ocasión, a Pedro González Llorente y el proceso finalizó con la libertad de los acusados.

No obstante, a partir de esos días la persecución contra los obreros se recrudeció. Ya entre ellos apenas si había alguno que favoreciera una inteligencia con los que mandaban. Saturnino Martínez, que desde hacía tiempo estaba alejado de las luchas societarias —era a la sazón nada menos que secretario de la Cámara de Comercio—, junto con

algunos masones de alta representación se entrevistaron con los dirigentes obreros, recomendándoles prudencia, pues si bien era cierto que meses atrás había abortado el alzamiento preparado por Antonio Maceo, nadie ignoraba que los cubanos radicados en la Florida, trabajadores en su mayor parte, se aprestaban activamente para otra revolución. No transcurrieron muchas semanas, pues, sin que la Unión Obrera quedase disuelta; el Círculo de Trabajadores, constantemente vigilado por la policía, tuvo al fin que cerrar sus puertas, iniciándose así el colapso del movimiento obrero surgido al finalizar la Guerra de los Diez Años.

Pese al hecho de haber desaparecido numerosos gremios obreros, especialmente en la capital y ciudades principales de la Isla, sobreviviendo sólo aquellos de marcadas tendencias conservadoras o integrados casi exclusivamente por peninsulares, esto no fué óbice para que los partidarios del anarquismo constituyeran nuevos "grupos" encargados de recolectar, entre la masa proletaria, fondos con que auxiliar a los que laboraban por la independencia de Cuba, en cuya empresa recibieron eficaz ayuda de diversas logias masónicas. La mayoría de los líderes cubanos —y algunos españoles, Romaelle, García Purón y Aenlle, entre otros—, hostigados por el incesante acoso de las autoridades militares, se vieron forzados a emigrar, embarcando los más rumbo a Key West y Tampa, lugares donde radicaban los principales y más entusiastas clubes de conspiradores contra el régimen hispano. Ese mismo año —1892— se celebró también en La Habana un Congreso de Sociedades de la Raza de Color en el que participó gran cantidad de asociaciones, mayormente de las clasificadas como de "instrucción y recreo", "beneficencia" o "socorros mutuos", junto con algunas tituladas de "artesanos", pero sin que en sus deliberaciones y acuerdos figurasen temas propiamente obreros, aunque si concernientes al estado económico de la población negra y mestiza en relación con la blanca nativa y peninsular. Juan Tranquilino Latapier, Lino Dou y Antonio González Mora presentaron sendas memorias relativas a la situación de los miembros de dicha raza en Santiago de Cuba y Trinidad, no del todo mala a juicio de los informantes.

Las industrias en Cuba habían estado hasta entonces en manos de particulares quienes, por lo común, dirigían personalmente sus negocios, pasando de padres a hijos la propiedad de fábricas y establecimientos. En el campo, donde a pesar de que la prolongada contienda sostenida desde 1868 a 1878 había arruinado a numerosos terratenientes, los hijos del país continuaban siendo los amos de la generalidad de las fincas azucareras y ganaderas. En las ciudades el comercio era

patrimonio exclusivo de los peninsulares, dueños también de las manufacturas más importantes, en cuyas labores ocupaban preferentemente a sus conterráneos, no resultando nada extraño que la totalidad de los obreros de muchas tiendas y fábricas procedieran de los mismos pueblos en que habían nacido los propietarios de aquellas. El trabajador nativo, lo mismo el blanco que el negro y el mestizo, veíase obligado a emplear sus actividades en ocupaciones mal retribuidas o de labor intermitente, hallándose muy difundida la especie —echada a volar con fines notoriamente aviesos e interesados—, de que siendo el cubano por naturaleza indolente e inclinado a la ociosidad, no podían confiársele faenas cuya realización requiriera asiduidad y constancia y, por consiguiente, merecedoras de una mejor remuneración.

X Ahora en ciertas industrias empezaba a hablarse de la formación de grandes empresas encaminadas a reunir bajo un gobierno único los negocios que venían siendo explotados individualmente. En los Estados Unidos de Norteamérica los llamados "trusts" dominaban la producción de determinados productos, le fijaban precios y obtenían enormes ganancias. Un tabacalero de origen alemán, Gustavo Bock, residente en Cuba desde hacía varios años, fué quien organizó en este país la primera entidad de esa índole. Asociado a capitalistas británicos fundó la Henry Clay and Bock Company, o Compañía Inglesa como el vulgo dió en denominarla, a poder de la cual pronto pasaron algunas de las principales tabaquerías y cigarrerías en las que libraban la subsistencia más de cinco mil obreros. La elaboración del "habano", que hasta esos años contara en la capital de la Isla con su más importante y casi único centro de producción y distribución, poco a poco se había ido trasladando al vecino estado de la Florida, fabricándose ya más tabacos con rama cubana en Tampa y Key West que en la propia ciudad de La Habana y parajes aledaños. Significaba esto que en lo adelante una considerable porción de obreros nativos tendría que emigrar al extranjero en busca de medios de vida para sí y los que de ellos dependían.

Lo peregrino del caso era que habían sido industriales españoles los que por razones de conveniencia favorecieron y verificaron esa mudada, explotando en las dos citadas poblaciones floridananas las mismas marcas de fábrica cuyos productos habían ganado universal crédito cuando se elaboraban en Cuba. Una de las razones alegadas para justificar el traslado fué que las continuas huelgas de sus operarios les imposibilitaban el proseguir trabajando en la Isla, y aun cuando esto en parte era verídico, el principal motivo obedecía al hecho de que, desde la implantación del "bill" McKinley, las exportaciones de torcido a la Unión Norteamericana habían mermado enormemente, y los in-

dustriales, ávidos de conservar tan valioso mercado, decidieron llevar al mismo sus talleres, importando de Cuba la materia prima y manufacturando allí los tabacos, con lo cual ahorran sumas cuantiosas al evitar satisfacer los elevados derechos de entrada que dichas tarifas fijaban al mencionado producto. Detrás de los fabricantes fueron los tabaqueros y a esta emigración de origen económico pronto sucedió otra de carácter político o sea la de aquellos que, por suponerseles simpatizadores de la revolución que se preparaba, se vieron forzados a abandonar la Isla para escapar a la persecución de quienes la gobernaban.

En los dos años que precedieron a la Guerra de 1895, el proletariado insular apenas si exteriorizó algunas débiles protestas. Huelgas de breve duración en demanda de mayores salarios o que los pagos se hicieran en oro debido a que el billete era objeto de perenne e inicua especulación por parte de los cambistas. El éxodo de torcedores hacia el Norte aumentó en forma tal que los fabricantes de La Habana se quejaban de la escasez de buenos operarios. El Gremio de Tabaqueros dejó de existir, tanto por falta de asociados como por exceso de delaciones policíacas. Enrique Messonier y su homónimo Crecci, los dos famosos líderes ácratas cuya actuación tan descollante fuera en las recientes pugnas obreras, estaban en Tampa, sumados a las huestes separatistas, laborando con inusitado celo en pro de la causa libertadora. Ramón Rivero, Carlos Baliño, José Dolores Poyo y otros trabajadores residentes en Key West alternaban la propaganda de las ideas societa-rias con los preparativos tendientes a independizar la patria del yugo hispano, contándose éstos y aquéllos entre los más leales colaboradores de Martí.

CAPÍTULO VI

LA "LIGA DE TRABAJADORES"

CUANDO en Cuba estalla la guerra el 24 de febrero de 1895, obreros y campesinos van incorporándose a las tropas insurgentes conforme la contienda se propaga a través del territorio insular. Ahora, al contrario de lo ocurrido en 1868, el proletariado participa, desde el principio y en forma más directa e intensa, en la lucha. El movimiento obrero, pese al estado de discordia siempre latente en sus filas, había logrado crear, junto al espíritu de clase, una conciencia nacional que al despertar proporcionaba nuevos soldados a la insurrección. Mientras que en los campos la tea de los libertadores destruía cañaverales, ingenios, vegas de tabaco, reses y poblados, los trabajadores que permanecían en las ciudades coadyuvaban también al triunfo de "la causa" realizando colectas cuyo importe era remitido a la Junta Revolucionaria que en New York dirigía el bélico conflicto, o bien servía para adquirir medicamentos y otras cosas de que estaban necesitados los participantes del mismo. En La Habana la policía practicaba a diario detenciones de obreros que, acusados de infidentes al Gobierno de la Metrópoli, engrosaban las caravanas de deportados políticos que iban a poblar los presidios de Ceuta, las Chafarinas y Fernando Poo.

El aporte más valioso suministrado a la Revolución por los obreros cubanos fué el de los torcedores de Tampa y Key West. Ellos proporcionaron el dinero necesario y aunque Martí les dijo que su función estaba en los talleres, no pocos los abandonaron para ir a los campos de Cuba en los que muchos —Crecci entre ellos—, ofrendaron sus vidas en el altar de la patria. Cuando, todavía en los albores de la contienda, cae el Apóstol en Dos Ríos para adentrarse en los nimbos de la Inmortalidad, esos trabajadores, lejos de amilanarse por la irreparable pérdida sufrida, redoblan sus esfuerzos y continúan contribuyendo con "el buen día de trabajo" que aquél le pidiera. Dispuesto a alentarlos y participar junto a ellos en las vicisitudes de la lid, llega en esos días al Cayo, procedente de New York, el poeta Diego Vicente Tejera quien durante su estancia en Europa había sido atraído por las doctrinas so-

cialistas. Desde la tribuna del histórico Club San Carlos, accediendo a ruegos de la enfebrecida colonia cubana, pronuncia varias conferencias cuyo tema versa acerca de la organización político-social que debe dársele a la República con que todos sueñan.

En Cuba, mientras tanto, la situación va agravándose por momentos. Valeriano Weyler, que en febrero de 1896 se hace cargo del gobierno de la Isla, extrema las medidas de rigor contra el nativo. En La Habana se suceden diversos atentados terroristas en abril, junio y septiembre de ese año y la policía detiene a numerosos obreros fichados como ácratas a los que, además, se le imputa estar en conexión con los cubanos revolucionarios emigrados a la Florida. Weyler, queriendo asestar golpe mortal a la industria tabaquera establecida en Tampa y Key West —privando así a la Revolución de su más cuantiosa fuente de ingresos—, dicta el 16 de mayo un bando por el que prohíbe “temporalmente y mientras subsistan las circunstancias anormales porque atraviesa la Isla”, la exportación de tabaco en rama “excepto el que demanden las necesidades de la Península”. El Gobierno estadounidense protesta contra la absurda disposición y ésta queda sin efecto poco después. Fracasado en sus intentos de dominar la insurrección, promulga meses más tarde, el 21 de octubre, el célebre *bando de la reconcentración*, en el que fijaba un término de ocho días para que la población campesina, en su totalidad, fuese a residir en los pueblos ocupados por las tropas, advirtiéndole, al mismo tiempo, que sería considerado “como rebelde y juzgado como tal todo individuo que transcurrido ese plazo se encuentre en despoblado”.

La muerte se cebaba en millares de indefensos seres. Ancianos, mujeres y niños fueron las víctimas preferentemente castigadas por tan vil edicto. Sin embargo, proseguía la contienda; nuevas expediciones conducían a las playas cubanas hombres y pertrechos de toda clase. En las ciudades nadie osaba protestar públicamente y el obrero nativo se veía constreñido a soportar humillaciones sin fin. No obstante, los días del poderío español en el Nuevo Mundo estaban contados. Esto quien mejor lo sabía eran los propios industriales hispanos residentes en Cuba, muchos de los cuales —altos jefes de los batallones de voluntarios o miembros prominentes del partido político en cuyo seno se cobijaban los elementos reaccionarios enemigos de la independencia— temerosos de que, en próxima fecha, se adoptasen represalias contra sus personas e intereses, se apresuraban a abandonar el país no sin antes procurar vender sus propiedades o traspasarlas a acomodaticios testaferros. Fué

así como el capital norteamericano tuvo oportunidad de aumentar considerablemente sus inversiones en Cuba, hasta entonces limitadas a varias minas en los alrededores de Santiago de Cuba y los centrales montados en Sancti Spíritus, Trinidad y Manzanillo, cuyo valor en conjunto no excedía, en 1895, de cincuenta millones de pesos.

Fracasado Weyler en su empeño de exterminar la insurrección, vino a sustituirle en el mando de la Isla el general Ramón Blanco Erenas, mensajero de instrucciones para poner en práctica medidas conciliatorias, la principal de las cuales consistió en el establecimiento del gobierno autonómico, "farsa jurídica sin verdadera trascendencia", vigente desde enero a diciembre de 1898. Semanas antes de que se iniciara la guerra entre España y los Estados Unidos de Norteamérica en abril del citado año, desembarcaron en Cuba, ocultamente, dos anarquistas españoles, Adrián del Valle y Santiago Iglesias, quienes se habían visto obligados a abandonar el suelo natal debido a las persecuciones allí emprendidas contra los ácratas a raíz de la muerte de Antonio Cánovas del Castillo, el jefe del Gobierno hispano asesinado por Anguiolillo en represalia a las horribles torturas a que fueron sometidos en el castillo de Montjuich, Barcelona, los obreros presos con motivo de la bomba que estalló en el teatro Liceo de dicha ciudad. Los trabajadores cubanos prestaron eficaz ayuda a los fugitivos cuya misión era renovar la campaña terrorista en La Habana. Del Valle permaneció en la Isla, colaborando en la prensa libertaria y naturista, mientras que Iglesias marchó a Puerto Rico donde intervino reiteradamente en las luchas obreras, llegando, años más tarde, a ocupar un escaño en el Senado.

Después de firmada —el 10 de diciembre de 1898— la paz que puso fin a la Guerra Hispano-Cubana-Americana y dió término definitivo a la soberanía española en América, muchas de las familias obreras cubanas residentes en la Florida regresaron a Cuba, esperanzadas en que, en lo porvenir, la vida habría de serles más fácil y grata al implantarse un régimen de verdadera libertad. Entre los recién llegados estaban Ramón Rivero, Feliciano Prieto, Enrique Messonier, Francisco Cabal Flores, Diego Vicente Tejera, Saturnino Escoto Carrión y otros que además de haber participado en la labor política revolucionaria también se habían distinguido por su proselitismo a favor de las ideas societarias. Los componentes de este grupo de emigrados se dividían en dos bandos, partidario el uno de la creación de una poderosa entidad de carácter puramente obrero, mientras que el otro aspiraba a fundar

un partido político de tendencias socialistas. Ramón Rivero, que encabezada el primero, emprendió sin pérdida de tiempo las gestiones preliminares para dejar establecida la que luego se denominó Liga General de Trabajadores Cubanos, mientras que Tejera y los que simpatizaban con sus doctrinas consagraban sus actividades a dar existencia legal al Partido Obrero.

La empresa resultó mucho más fácil para Rivero que para el poeta socialista. Falto de gremios que defendieran sus aspiraciones, el trabajador nativo se apresuró a revivir los que habían sido disueltos en el transcurso de la pasada contienda y pronto estaban en pie nuevas colectividades. Fueron éstas, principalmente, las que vinieron a formar parte de la ya mencionada Liga que el día 4 de septiembre de 1899 quedó definitivamente constituida después de acordar las siguientes bases: "Primera: Que los obreros cubanos en general disfruten de las propias ventajas y garantías que los extranjeros empleados en las distintas industrias de este país. Segunda: Gestionar por todos los medios cuanto tienda a proporcionar ocupación en los talleres a los emigrados cubanos, cuya repatriación se hace necesaria. Tercera: Iniciar una campaña en favor de los intereses morales y materiales de la obrera cubana. Cuarta: Poner en práctica todo lo conducente a proporcionar oficio a la totalidad de los huérfanos que pululan por nuestras calles, sean o no hijos de libertadores. Y, quinta: Estar preparados a la defensa contra todo elemento nocivo que por algún medio pretenda obstaculizar la buena marcha de la futura República Cubana".

Además, al quedar establecida la Liga sus componentes solemnemente declararon que dicha institución no venía a combatir las legítimas aspiraciones de los trabajadores extranjeros, en quienes reconocían el derecho a compartir las labores con los nativos, siendo su propósito dar fin a los monopolios existentes en el campo obrero por causas de interés político, explicables en la época colonial pero que de subsistir imposibilitarían la unión del proletariado, ostentando como lema "equidad en el reparto del trabajo". Mas, apenas fueron divulgadas las bases y la declaración que antecede, se levantaron contra ambas las ambiciones de los que, disfrutando de una posición ventajosa en los empleos, estimaron que la Liga intentaba acabar con ese privilegio. No teniendo mejor argumento de que echar mano apelaron a lo que tantas veces habían repetido los anarquistas, o sea que "los trabajadores carecían de patria y sólo tenían un enemigo a quien combatir: el capitalismo". Los elementos radicales, olvidando que quienes ahora defendían ese

principio eran precisamente los que ayer los habían atacado con más encono, cometieron el error de sumarse a sus viejos enemigos oponiéndose también a las justas pretensiones de la Liga, entablándose de ese modo entre los miembros de ésta y sus oponentes una serie de diatribas y riñas que sin duda obstaculizaron el progreso del flamante organismo proletario e hicieron fracasar la huelga general de septiembre de 1899.

El Partido Obrero, pese al entusiasmo de sus organizadores, no lograba nutrir sus filas. El sector del trabajo, en la mayoría de cuyos integrantes predominaba el postulado ácrata de que los obreros deben mantenerse alejados de la política, no prestó gran atención a los consejos y admoniciones de Tejera y sus discípulos, dando ocasión a que éste, no obstante el saber, la autoridad moral y austeras virtudes que lo capacitaban para asumir la jefatura de una entidad como la que pretendía hacer arraigar en la masa trabajadora, se viera finalmente precisado a sumar sus escasas huestes a las de otra agrupación política recientemente fundada, el Partido Nacional Cubano, que dirigía Alfredo Zayas. No está de más señalar aquí que en tanto esos acontecimientos se desarrollaban, determinados obreros habían logrado una mejora de innegable importancia. En efecto, el 30 de marzo de aquel año —1899—, el Gobierno Interventor había decretado que en lo sucesivo los establecimientos comerciales cerrasen sus puertas a las 8 de la noche. No era todavía la ansiada jornada de las ocho horas, pero sí un paso de avance que se daba en esa dirección. Y fué también por esos días cuando en la capital de la Isla dió comienzo a sus negocios un nuevo y poderoso "trust": la Havana Commercial Company, recientemente organizada en los Estados Unidos de Norteamérica con un capital inicial de ocho millones de dólares que pronto se hizo ascender a veinte, procediendo a la adquisición no sólo de las grandes tabaquerías y cigarrerías que la Compañía Inglesa no había podido comprar, sino también de las más afamadas vegas de la región vueltabajera, zona productora del mejor tabaco del mundo.

Fué, precisamente en los gremios obreros tabacaleros que habían sobrevivido al desastre de 1892, donde la Liga tropezó con sus más obstinados opositores. En las fábricas de tabacos, salvo en los departamentos de torcido y despalillado, en los restantes —escogida, rezagado y fileteado—, que era donde sus operarios gozaban de más elevados jornales, le estaba vedado el ingreso al trabajador nativo. La Liga pedía que se admitiera en ellos a los aprendices cubanos, mas, tanto en los talleres que aún seguían siendo propiedad de españoles como en los per-

tenecientes a las dos empresas extranjeras ya nombradas —pero cuyos principales jefes eran de nacionalidad hispana—, la oposición a esa demanda era tan terca como injusta. Un grupo integrado por casi un centenar de torcedores de la fábrica Henry Clay dirigió entonces una carta —publicada en la prensa diaria y reproducida en un folleto—, demandando de Gustavo Bock, director de la Compañía Inglesa, el cese, en los talleres de la misma, de “los encargados españoles”, a lo que aquél se negó rotundamente. Entonces los “liguistas” decidieron exigir que el setenta y cinco por ciento de los obreros empleados en todas las industrias y comercios fuese cubano.

La Liga, que ya había ensayado hasta donde podía llegar con sus fuerzas apoyando algunas huelgas que fueron ganadas por los obreros, decidió apelar a un paro general para imponer el triunfo de sus demandas respecto al problema del aprendizaje de los niños cubanos, dejando para ulterior ocasión el asunto del setenta y cinco por ciento que, por entrañar mayor trascendencia, requería más detenido estudio. A fin de preparar debidamente los ánimos, fundó Rivero un periódico, *¡Alerta!*, dirigido por José F. Hernández, desde cuyas páginas batalló con inteligencia por los principios sustentados por la Liga, manteniendo la polémica, sin descender a personalismos, injurias ni acusaciones, con la prensa hostil, es decir, con los diarios españolizantes primero y luego con el semanario *Bandera Social* que en 1900 publicaba el líder anarquista Eduardo González Bobés. Este modo de conducirse le granjeó el respeto de sus adversarios, la confianza de los adeptos y las simpatías de cuantos aspiraban a que el trabajador cubano mejorase de condición social.

Una huelga, declarada en enero de 1900 en los talleres de la Compañía Inglesa, impidió por el momento la realización del paro general proyectado. Bock, patrono intransigente y opuesto a innovaciones, determinó no admitir en los talleres que regenteaba a ningún rezagador agremiado; los torcedores abandonaron entonces el trabajo declarando que no lo reanudarían hasta tanto no les fuera reconocido a sus compañeros el derecho de asociarse. Intervino la Liga y en un pacto suscrito entre tabaqueros y rezagadores se convino, como base de buena armonía, que se repartiese el trabajo por igual entre los rezagadores de origen cubano o español. Cuando la victoria parecía ya asegurada el Gremio de estos últimos obreros traicionó el acuerdo de referencia, rindiéndose incondicionalmente a las exigencias de Bock. El hecho vino a demostrar que la tan anhelada solidaridad entre los trabajadores del tabaco —que continuaban siendo la vanguardia del movimiento obrero—, distaba aún mucho de ser una realidad, y que, por lo tanto,

era indispensable, antes de acometer empresas como la del aprendizaje y el setenta y cinco por ciento, estrechar filas y hacer que se borrasen las diferencias que mantenían alejados entre sí a obreros nativos y peninsulares. La labor era ardua y habría de transcurrir algún tiempo, bastante tiempo, para que tales disensiones dejaran de existir.

Una gran parte de los obreros cubanos que, procedente de Tampa y Key West, habían venido a Cuba al finalizar la guerra en 1898, desilusionados unos al ver que no podían encontrar empleo en su tierra y habituados otros a un sistema de vida más llevadero y cómodo que el todavía imperante entre el proletariado cubano, regresaron a la Florida en cuyas tabaquerías el trabajo aumentaba incesantemente y los jornales eran muy superiores a los que abonaban en La Habana. En Tampa, donde la boyante situación había animado a un numeroso grupo de tabaqueros cubanos, españoles e italianos —en su mayoría de tendencias radicales—, a constituir una Federación Obrera, popularmente conocida por La Resistencia, estalló una formidable huelga debido a que los miembros de esta colectividad se oponían al ingreso en los talleres de los asociados a la Unión Internacional, rama importante de la Federación Americana del Trabajo. Intervinieron las autoridades locales, colocándose abiertamente a favor de los de la Internacional, y los líderes huelguistas, cubanos en su mayor parte, fueron perseguidos y algunos secuestrados y conducidos a las costas de Honduras.

Sucedía todo esto a mediados de 1901. Varios comisionados de La Resistencia vinieron a Cuba a recabar auxilios, y falseando a veces la verdad de lo acontecido, trataron de captarse las simpatías de los trabajadores de la Isla, lográndolo en parte, pues sin detenerse a analizar los hechos el elemento radical se sumó a su causa realizando ingentes esfuerzos para revivir un movimiento herido de muerte en su inicio. La Liga se opuso resueltamente a las pretensiones de dominio de La Resistencia, mas sin tratar de impedir que quienes así lo desearan contribuyeran al socorro de los huelguistas y expulsados. Con motivo de este pleito resurgieron en Cuba las diferencias entre los partidarios del anarquismo y los "liguistas", con lo que vino a sufrir nueva demora la solución de los problemas que la Liga había ya madurado. Las disputas se prolongaron hasta que la Unión Internacional consiguió anular a La Resistencia. Entonces, hallándose próxima la fecha en que iba a quedar solemnemente constituida la República de Cuba, los "liguistas" determinaron esperar el magno acontecimiento y posponer para después de tan ansiado día el planteamiento de sus demandas.

Los dos o tres meses que precedieron a la fecha en que el pueblo cubano vió convertida en bella realidad su más acariciado anhelo, fueron meses de aparente calma en el campo obrero, puesto que si reinaba en él una a modo de tregua entre las facciones rivales, es decir, entre los elementos ácratas y los que justamente pudiéramos denominar "nacionalistas", en el subsuelo crepitaba el rescoldo de los viejos antagonismos y entrambas se preparaban para reanudar sus disputas y resucitar agravios tan pronto se aplacase el fervor patriótico que dominaba a la casi totalidad de los cubanos en vísperas de la más gloriosa de las fechas que registra la historia de Cuba: el 20 de Mayo de 1902, cuando la bandera de la estrella solitaria, "sueño eterno de Martí", ondeó triunfal sobre el secular Castillo del Morro anunciando al mundo el nacimiento de una nueva nación libre y soberana.

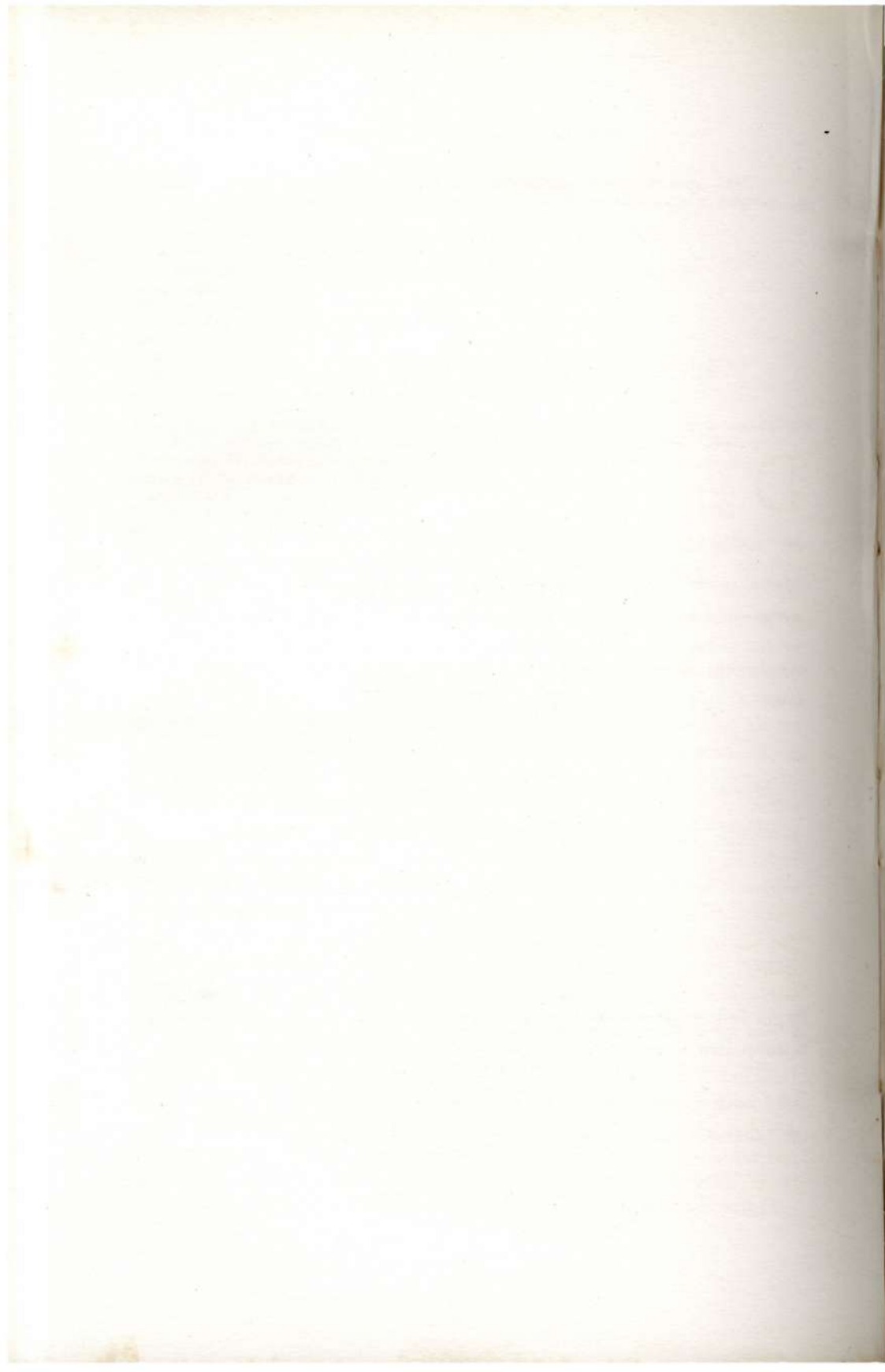
FUENTES

- ACCIÓN CATÓLICA ESPAÑOLA. *Colección de encíclicas y cartas pontificias*. Madrid, 1942.
- ACICATE, EL. Santiago de Cuba, 1891.
- AGUIRRE, SERGIO. *Antecedentes históricos del movimiento obrero cubano*. (Hoy, La Habana.)
- *Seis actitudes de la burguesía cubana en el siglo XIX*. (Dialéctica, La Habana, marzo-abril, 1943.)
- ¡ALERTA! La Habana, 1899-1902.
- ÁLVAREZ, CELESTINO. *La industria del tabaco*. (Diario de la Marina, edición extraordinaria, La Habana, agosto, 1918.)
- ANTORCHA, LA. La Habana, 1890.
- ARTESANO, EL. La Habana, 1885.
- ARTESANO, EL. Cienfuegos, 1886.
- AURORA, LA. La Habana, 1865-1868.
- AVISO OBRERO, EL. La Habana, 1879.
- BANDERA SOCIAL. La Habana, 1900.
- BATALLA, LA. Guanabacoa, 1891.
- BOLETÍN DEL GREMIO DE OBREROS. La Habana, 1866.
- BOLETÍN TIPOGRÁFICO. La Habana, 1878.
- CABAL FLORES, FRANCISCO. *A mis compañeros los tabaqueros de "La Flor el Todo"*. La Habana, 1905.
- CARABALLO, ENRIQUE. *Carta al señor Gustavo Bock*. La Habana, 1899.
- CASTAÑEDA, ORLANDO. *Martí, los tabaqueros y la Revolución de 1895*. La Habana, 1946.
- CASTELLANOS G., GERARDO. *Motivos de Cayo Hueso*. La Habana, 1935.
- *Primera comunidad tabaqueril, Cayo Hueso*. (Índice, La Habana, diciembre, 1938.)
- CENDOYA, MANUEL. *La vida del tabaquero, 1886-1910*. La Habana, 1912.
- CENTRO AGRÍCOLA-INDUSTRIAL DEL RAMO DEL TABACO. *Reglamento*. La Habana, 1879.
- CÍRCULO DE ARTESANOS, EL. Santa Clara, 1883.
- CÍRCULO DE TRABAJADORES DE LA HABANA. *Bases y reglamento*. La Habana, 1885.
- CLARIDAD, LA. La Habana, 1890.
- COOPERATIVISTA, EL. La Habana, 1879.
- CHUFFAT LATOUR, ANTONIO. *Apunte histórico de los chinos en Cuba*. La Habana, 1927.
- DEBER, EL. Defensor de los intereses de artesanos y obreros. La Habana, 1882.
- DEPARTAMENTO DE LA GUERRA. OFICINA DEL DIRECTOR DEL CENSO DE CUBA. *Informe sobre el censo de Cuba, 1899*. Washington, 1900.
- DIARIO DE LA MARINA. La Habana, 1865, 1866, 1891.
- DISCUSIÓN, LA. La Habana, 1892.
- DOMENECH, FRANCISCO. *Tres vidas y una época*. La Habana, 1940.
- *Martí y las clases trabajadoras*. Obras, III. La Habana, s. a.
- ESTRADA, GUILLERMO. *El movimiento obrero en Cuba*. (Unidad Gastronómica, La Habana, diciembre, 1948.)
- ESTRADA MORALES, BENJAMÍN. *Galería de obreros distinguidos (Tabaqueros)*. La Habana, 1892.
- FIGUERAS, FRANCISCO. *Cuba y su evolución social*. La Habana, 1907.
- FRIEDLAENDER, H. E. *Historia económica de Cuba*. La Habana, 1944.
- GARCÍA GALLÓ, GASPAS JORGE. *El tabaquero cubano*. La Habana, 1936.
- *Influencia del tabaquero en la trayectoria revolucionaria cubana*. (Revista Bimestre Cubana, La Habana, enero-febrero, 1937.)
- GONZÁLEZ AGUIRRE, JOSÉ. *La jornada de las ocho horas*. (El Tabaco, La Habana, octubre 1899-febrero 1900.)
- *La verdad sobre la industria del tabaco habano*. La Habana, 1905.

- GREMIO DE TABAQUEROS DE PUERTO PRÍNCIPE. *Reglamento*. Puerto Príncipe, 1887.
- GUERRA SÁNCHEZ, RAMIRO. *Manual de historia de Cuba (Económica, social y política)*. La Habana, 1938.
- HIJOS DEL MUNDO. Periódico quincenal anarquista. La Habana, 1882.
- INDUSTRIAL, EL. La Habana, 1886-1888.
- LIGA GENERAL DE TRABAJADORES CUBANOS. *Reglamento*. La Habana, 1899.
- LUCHA, LA. La Habana, 1892.
- LUCHADOR, EL. Barcelona, septiembre 18, 1931.
- LUZ DEL TRABAJO. Semanario. La Habana, 1898.
- OBREIRO, EL. La Habana, 1883.
- OBREIRO, EL. La Habana, 1888.
- OBREIRO, EL. Periódico trimestral. Director: Atanasio Insúa. La Habana, 1898.
- OBREIRO CUBANO, EL. La Habana, 1890.
- PICOTA, LA. La Habana, 1887.
- PORTUONDO, JOSÉ ANTONIO. "*La Aurora*" y los comienzos de la prensa y de la organización obreras en Cuba. Primer Congreso Nacional de Historia, II, La Habana, 1943.
- PORTUONDO, FERNANDO. *Historia de Cuba*. La Habana, 1950, 4^o ed.
- PRENSA DE LA HABANA. La Habana, 1865-1866.
- PRODUCTOR, EL. La Habana, 1887-1890.
- RAZÓN, LA. La Habana, 1870-1878.
- RECREO DE LOS ARTESANOS, EL. Caibarién, 1879.
- RIVERO MUÑIZ, JOSÉ. *Bosquejo histórico de la Sociedad de Escogedores de La Habana*. (*Revista Tabaco*, La Habana, junio-julio, 1933.)
- *Cien fechas en la historia del tabaco en Cuba*. (*Revista Tabaco*, La Habana, diciembre, 1941.)
- *Cincuenta nuevas fechas en la historia del tabaco en Cuba*. (*Revista Tabaco*, La Habana, noviembre, 1942.)
- *Del ayer heroico. Martí y los tabaqueros*. (*Revista Tabaco*, mayo, 1939.)
- *El tabaco y la industria tabacalera en Cuba*. (*Revista Tabaco*, La Habana, agosto-septiembre, 1931.)
- *La lectura en las tabaquerías*. (*Revista Tabaco*, La Habana, octubre, 1942; y *Revista de la Biblioteca Nacional*, La Habana, octubre-diciembre, 1951.)
- *Los obreros del tabaco en Cuba*. (*Revista Tabaco*, La Habana, diciembre, 1941.)
- *Reseña histórica de la Sociedad de Fileteadores de La Habana*. (*Revista Tabaco*, La Habana, agosto-noviembre, 1933.)
- RODRÍGUEZ, EMILIO GASPAS. *La crisis cubana; sus orígenes; sus factores contemporáneos*. La Habana, 1938, Introducción, t. I.
- SANTOVENIA, EMETERIO S. *Lincoln. El precursor de la buena vecindad*. La Habana, 1951.
- SECCIÓN DE OFICIOS VARIOS PRIMERO DE MAYO. *Nuestra protesta*. La Habana, 1892.
- SIGLO, EL. La Habana, 1865-1866.
- TABACO, EL. La Habana, 1893-1902.
- TRABAJO, EL. La Habana, 1892.
- TRES, LOS. Regla, 1883.
- TRIBUNA DEL TRABAJO, LA. Key West, 1889.
- UNIDAD GASTRONÓMICA. La Habana, 1948-1951.
- UNIÓN, LA. La Habana, 1888-1899.
- UNIÓN I EL OBRERO, LA. Bejucal, 1878.
- UNIÓN OBRERA, LA. *Bases*. (*El Industrial*, La Habana, agosto 25, 1888.)
- VALDÉS RODRÍGUEZ, MANUEL. *Escrito que presentó ante el Juzgado de la 1^a Instancia del distrito de Guadalupe, en defensa de los operarios de la fábrica de tabacos "La Real" de don Manuel Marinas, procesados por el delito de coligación para alterar abusivamente el precio del trabajo, y hoy absueltos libremente por aquel Juzgado*. La Habana, 1883.
- WARD, G. H. B. *La verdad acerca de España*. Madrid, 1911.
- ZAPATA, FELIPE. *Esquema y notas para una historia de la organización obrera en Cuba*. (*Unidad Gastronómica*, La Habana, 1948-1951.)
- ZÉNDEGUI, GUILLERMO DE. *La industria tabacalera y la obra de José Martí*. Discurso. (*Revista Tabaco*, La Habana, noviembre, 1942.)

LIBRO SEXTO

LA LITERATURA



CAPÍTULO I

LOS ORADORES, LOS POETAS Y LOS PERIODICOS REVOLUCIONARIOS DEL 68

DURANTE el proceso de la Guerra Grande, el espíritu creador quedó encerrado en la hegemonía de un tema: la libertad de Cuba. Oradores, poetas, escritores, se incorporaron a la idea, y no tuvieron más que una preocupación predominante: servir a la causa cubana. La larga contienda paralizó durante diez años la actividad intelectual, en cuanto a todo objetivo que no fuera éste; y los hombres preparados de aquella gran generación del 68, a la que pertenecieron tantos cubanos que, en la ciencia, en la filosofía, en las letras, hubieran producido obras orgánicas de positiva significación, fueron a la Manigua o a la Emigración, perdiendo, por tanto, el sosiego y los elementos de consulta indispensables que requieren labores de esta naturaleza.

La oratoria revolucionaria tuvo dos escenarios: la Manigua y la Emigración. La primera se produjo en la Cámara Legislativa y en el mitin; éste último se organizaba para atraer las voluntades, en las poblaciones en que entraban las fuerzas invasoras, para festejar alguna fecha significativa o para mantener el ánimo bélico y hacer pronunciamientos de importancia. La Emigración constituyó un eficaz instrumento activista, para realizar en el extranjero una propaganda intensa por los ideales de Cuba, tratando de convencer, con argumentos de toda índole, en favor de los insurrectos. La Cámara, desde la Asamblea de Guáimaro, fué en la Manigua el medio donde mayor trascendencia ganó la palabra rebelde, proyectándose a través de los debates, el espíritu político que animó la ingente lucha contra España; así como los fundamentos y la marcha del Gobierno de aquella República fundada en los campos de Cuba libre. El verbo de los asambleístas vibró cálido y vehemente, precisando definiciones democráticas y dictando pautas que alinearan la conducta cubana; discuriendo para fijar las bases del mejor sistema de organización republicana, y discutiendo y resolviendo los casos que requirieran el discernimiento de la Cámara.

Allí sobresalió Carlos Manuel de Céspedes (Bayamo, 1819-San Lorenzo, 1874) de palabra cálida y emotiva y de clara exposición; de cultura muy influida de Hugo y Lamartine, como casi toda la intelectualidad revolucionaria de entonces. Era abogado; hizo sus estudios en la Habana y en Barcelona; visitó los principales centros culturales de Europa, y extendió su curiosidad hasta Turquía; cultivaba la poesía y la música; tradujo dramas de Dumás; fué promotor de la vida cultural bayamesa, en el lapso de 1845 al 68. Desde temprano dió salida a sus convicciones patrióticas, como lo testimonia el folleto que publicó en Madrid, en 1841, *En Defensa de Cuba*. En la Manigua pronunció discursos, no sólo en la Cámara, desde la famosa sesión inaugural, sino que participó en mítines, recordándolo Manuel Sanguily, en la celebración del primer aniversario del Grito de Yara, verificada en el pueblo de Guaimarillo (1). Sobresalieron también: Ignacio Agramonte (Camagüey, 1841-Jimaguayú, 1873) y Antonio Zambrana (Habana, 1846-1922) representativos ambos de la juventud culta de la Revolución, y ambos ardientes y elegantes oradores; sobre todo el segundo, que fué la figura más notable de la tribuna insurgente de la Guerra Grande.

Agramonte, aunque abogado de la Universidad de la Habana, estudió también en Barcelona (latinidad, humanidades y filosofía). Él, como Zambrana, había sido discípulo de El Salvador. Sanguily lo califica de "impetuoso e inspirado", interviniendo en los discursos sobre el sentido democrático de la Constitución que se aprobó en Guáimaro, así como en la decisión de la bandera que debía adoptarse, favoreciendo con su defensa y su voto, la de Narciso López, frente a la de Céspedes; y más tarde en la deposición del General Quesada, pronunciando "una arenga encendida de patriotismo, en la que se enaltecían los más sanos principios de la democracia y se encarecía la necesidad y la conveniencia de respetarlas y de conservar y defender el actual orden de cosas". Zambrana (que solamente estudió en La Habana, graduándose de abogado) había cultivado el periodismo y el profesorado. Su verbo era enjundioso, elegante y flúido, de corte castelarino, de gran elocuencia y ricas imágenes, caracterizadas por metáforas audaces e impresionantes. En la Cámara tomó parte, al lado de Agramonte, defendiendo idénticos principios, plasmados en el proyecto de Constitución que ambos redactaron. Múltiples fueron sus intervenciones en este organismo; y su oratoria no faltó en los mítines, como el que festejó el aniversario de la expedición del *Galvanic*, en 1869, y el que se celebró, para recordar el 10 de Octubre, en 1870, en la finca El Cacaotal, sede entonces del Gobierno. Ausente de la Manigua desde 1873, siguió po-

niendo su oratoria al servicio de Cuba, en New York (donde publicó el opúsculo *La República de Cuba*) y en Chile. En esta hermana República pronunció varios discursos, en Santiago, en Valparaíso y en Quillota, algunos de los cuales fueron recogidos en el folleto *La Cuestión de Cuba* (Valparaíso, 1874). México y Costa Rica, donde revalidó y ejerció como abogado, también fueron escenarios de sus triunfos en la tribuna, después de firmada la Paz del Zanjón; radicándose en San José, donde ejerció, además de su profesión jurídica, el profesorado, e influyó mucho en el movimiento cultural. Al regresar a Cuba, muchos años después, se adhirió, como veremos en su oportunidad, al Partido Liberal Autonomista.

Otras voces patrióticas y dignas de recordación se escucharon en la Cámara y en el mitin: Rafael Morales, *Moralitos*, (1845-1872) encarnación de la más pura y preparada juventud universitaria que se incorporó a la Revolución; murió aislado y sin poder ganar el mar, en las estribaciones de la Sierra Maestra. Unía a la buena construcción de sus discursos, el vigor y la pasión con que cargaba su palabra, que era de efectos eficaces y rápidos; a la enjundia unió la emoción; y junto a Zambrana y Agramonte libró sus mejores batallas en la Cámara. Si su elocuencia convencía en las discusiones legislativas, en el mitin conmovía y arrebatava, logrando inyectar de entusiasmo el ánimo decaído, como ocurrió en el citado acto de conmemoración del 10 de Octubre, en 1870, en que pudo, con Zambrana, convertir la tristeza (producto del curso poco favorable de la guerra) en entusiasmo; como ha escrito Emeterio S. Santovenia, "el ardor de un apóstol y la calma reflexiva de un pensador, se juntaban en él" (2).

Eduardo Machado (1838-1877) muerto en el campo de batalla, era ingeniero, graduado en Boston; poligloto, dado a los estudios arqueológicos y bibliográficos; habíase significado como abolicionista, y, en un principio, como reformista; su voz autorizada y razonadora pesó en Guáimaro, distinguiéndose en los debates contra la anexión a los Estados Unidos, sobre la bandera que debería ser adoptada y en torno a la deposición de Céspedes. Postura contraria, en cuanto a la anexión, adoptó otro distinguido orador, en sesión de la Cámara celebrada en el ingenio Sabanilla, para conmemorar la fecha de la independencia norteamericana: Miguel Jerónimo Gutiérrez (1822-1871) también caído en lucha por la patria (víctima de una traición) y de quien hizo precisamente el panegírico en la Cámara, al ocurrir su muerte, el propio Eduardo Machado, en sentida oración, en que puso de relieve los méritos de este ilustre patriota. Poeta, sobre él volveremos, al igual que sobre Luis Victoriano Betancourt (1843-1885) que formó parte de

la Cámara, donde (entre otras controversias) participó en la que culminó en la destitución del Presidente, contra el que se produjo con ardor y violencia; permaneció en la manigua hasta terminarse la guerra.

Honorato del Castillo (1838-1869) sabía manejar la argumentación con precisión y acierto, esquivando las efusiones líricas, e inclinándose a las soluciones positivas; fué de los que también rindieron en la manigua el tributo de su vida. Manuel Villanova (1845-1901) tribuno agitador, muy fogoso, en contraposición al escritor reposado de tan reflexivos artículos sobre problemas económicos, publicados después del Zanjón; había sido de los expedicionarios del *Ave María*, en 1859. Marcos García (1842-1909) muy persistente en sus puntos de vista, que defendía con impetuosidad; le hallaremos posteriormente, como a Zambrana, en la propaganda autonomista. Ramón Pérez Trujillo, de expresión sincera y fácil; según el juicio de Sanguily era correctísimo y brioso, y el que, después de Zambrana, habló mejor en la Cámara; aunque adolecía de inexplicable timidez, producto de exagerada desconfianza en sí mismo (3). Dos mambises, que se han destacado más por su heroísmo, supieron sacar partido a lo anecdótico, en la tribuna: los generales Manuel de Jesús Valdés, espontáneo y agudo, y Carlos Roloff, de quien dijera Martí que "con lágrimas viriles, en los banquetes rústicos y grandiosos de los días de Guáimaro, recordó con el alma cubana al cinto, la agonía de Polonia" (4), que era su tierra natal. Adolfo de Varona, Antenor Lescano, Tomás Mendoza, Luis Ayestarán, Francisco La Rúa, Antonio Alcalá, Miguel Betancourt Guerra, Francisco Sánchez, José María Izaguirre, Arcadio García, Tranquilino Valdés, el P. Jerónimo Emiliano Izaguirre, Pedro Figueredo, Eduardo Agramonte, Lucas del Castillo, Ramón Boza, Ramón Céspedes y otros más, engrosaron el número de los oradores del 68. Un joven de extraordinarias facultades, descollaba: Manuel Sanguily, de quien trataremos de nuevo y más ampliamente en otro momento.

Por tierras de América hablaban en reuniones mítines, actos sociales y culturales, atrayendo simpatías o discutiendo problemas de la causa cubana, además de Antonio Zambrana, otros eminentes cubanos. Enrique Piñeyro (Habana, 1839-París, 1911) en primer término, que es uno de los más insignes prosistas de nuestras letras, y acerca de cuya obra como historiador y como crítico, discurriremos más adelante. A su palabra pulcra no faltó el aliento lírico con que exaltó los sacrificios y las justas aspiraciones de Cuba, lo que se apreció en su discurso sobre el Grito de Yara, pronunciado en New York, en 1869. Cuando no de un modo directo en lo que respecta a Cuba, abordó los principios de

libertad, por los que se luchaba en ésta, en tres conferencias; dos de ellas en New York, en 1870, sobre *José de San Martín* y sobre *Simón Bolívar*; y una en Santiago de Chile, analizando la situación de *Los Estados Unidos en 1875* (año en que la dictó), al triunfar la política de Lincoln; lo cual le dió motivo para contemplar el problema de la raza negra, y explicar su opinión serena y sensata (con repercusión lógica en nuestros empeños) elogiando la tradición liberal norteamericana y exaltando la figura de Washington.

Los que le escucharon opinan que dominó el arte de la oratoria. Enrique José Varona, tras elogiar su voz robusta y armoniosa y el decoro de sus ademanes, expresó: "Apoderarse de los sentimientos humanos que duermen oscuros, en el fondo de todo corazón, y comunicarles la chispa divina y exaltarlos, ennoblecerlos; he aquí el sublime poder del arte; he aquí el arte en que es maestro el señor Piñeyro" (5). Habanero, educado en El Salvador, fué profesor de este colegio, y Don Pepe le estimó tanto, que le dejó un legado a su muerte, para que completara su educación en Italia. Se graduó en Letras, en la Universidad de la Habana, y en Derecho, en la de Madrid. Colaboró en diversos periódicos de la capital de la Isla, entre ellos *El Siglo*, la *Revista Habanera* y la *Revista del Pueblo* (fundada por Ramón Zambrana) que dirigió desde 1865, desde la que sostuvo polémicas con Suárez y Romero y con dicho Zambrana; con aquél, sobre la esclavitud; con éste, sobre música y poesía. Participó en las tertulias de Azcárate; y en El Salvador, donde ostentaba el cargo de Vicedirector, pronunciaba los discursos semanales, que fueron las primeras revelaciones de su excelente oratoria académica.

Fué de los asistentes a las reuniones de casa del Marqués de Campo Florido, cuando aún se pensaba en entendimientos con España; pero al saber del pronunciamiento de La Demajagua, marchó a New York, donde Morales Lemus lo designó Secretario de la Legación. Dirigió en aquella ciudad el órgano de la Junta Cubana, *La Revolución*; y con motivo de las desavenencias entre aldamistas y quesadistas, se separó del periódico. Fundó en 1872, la revista *El Mundo Nuevo*; y habiéndosele encomendado una misión diplomática de la República en armas, por países de la América del Sur, visitó Perú, Chile, Argentina, Uruguay y Brasil, en los cuales pronunció diversos discursos e hizo publicaciones sobre los anhelos cubanos. De regreso en New York, en 1876, partió decepcionado para Europa, pasando tres años entre Italia y Francia, hasta que en 1879 volvió a Cuba, donde ejerció poco tiempo la profesión de abogado, pues lleno de escepticismo se marchó definitivamente a París, donde se casó y volveremos a encontrarle más adelante.

Entre los otros cubanos de relieve que representan la oratoria revolucionaria en el extranjero, despuntan: José Manuel Mestre, a quien ya conocemos desde el anterior período, cuyos conceptos fueron vertidos en muchos actos propagandistas y conmemorativos (los del 10 de Octubre, en 1869 y 1870, en New York), en los que hizo patente su elocuencia, cantándole a las virtudes patrias y a las legítimas aspiraciones de los separatistas; José de Armas y Céspedes (1834-1900) que integró el Club Separatista de New York, polemista de fibra, según demostró serlo en la tribuna y en el periodismo, fase en que habremos de recordarle nuevamente, por ser en la que más brilló; Miguel Aldama (1821-1888) el Agente de la República, declarado "Benemérito de la Patria", y a quien Leopoldo Turla llamó "tribuno insigne"; el General Manuel de Quesada y Loynaz (1833-1884) que solía impresionar por al emoción que ponía en sus conceptos y en las inflexiones de su voz, así como por la visible afectación de sus gestos; Pablo Desvernine (hijo del valioso pianista), José Joaquín Govantes, Francisco Ayala, Blas López Pérez, el P. J. de Palma, C. F. Agramonte, etc.

Durante la guerra del 68 fueron varios los mambises que, dados al cultivo de la poesía, compusieron, en sus horas de tregua, composiciones inspiradas en la patria irredenta, y que volcaron en ellas sus ansias separatistas y su fe en la consecución del ideal perseguido. El periódico *Patria* (1893) que dirigió Martí, publicó un librito titulado *Los Poetas de la Guerra*, con prólogo de éste, y en el que se recogieron las poesías de aquéllos, escritas en la manigua. En dicho prólogo dice el Apóstol: "La rima, que entretiene el dolor, fué, en los largos descansos de la guerra, tarea de enfermos y de heridos, o piedad conque el poeta animaba al ejército hambriento y desnudo, o crónica en que se iba viendo, en días de poca imprenta, los deseos y juicios de la revolución e historia de sus sucesos principales, o forma sencilla, e inadecuada casi siempre, de sentimientos y escenas heroicas" (6). En los versos escritos en la guerra no hay que buscar las perfecciones del giro, sino la espontaneidad, el calor y la significación del sentimiento. Algunos de sus autores merecen alta estimación literaria, por el conjunto de su obra; pero son sus poesías de la guerra, las que les dan un relieve histórico indiscutible y hacen que, al traer su nombre a este recuento, los situemos en la gran década.

Tal nos sucede con Miguel Jerónimo Gutiérrez (ya citado entre los oradores revolucionarios). Su musa va de los acentos vigorosos y apostroficos, a los más suaves, en transiciones que denotan la influencia de una melancolía, que se debía más a la dificultad de ver cumplido el

propósito, que a desfallecimiento en el mismo. Sus versos transpiran sinceridad; la misma que le animó desde los días de Agüero y Narciso López. En el romance heroico *A España* descarga sus razones mambisas y reafirma su confianza en el sacrificio de los cubanos; en sus décimas *Mi corazón*, dirigidas a José Joaquín Palma (y por éste, por cierto, reciprocadas) vuelca sus inquietudes y sus amarguras. Antonio Hurtado del Valle (1842-1875) usó el seudónimo *El bipo de Damují*, "melancólico y sombrío", como él mismo se confesaba, en una de las tres décimas *A un arroyuelo en Guáimaro*, y cuyas dos restantes se debieron a Miguel Jerónimo Gutiérrez y a Palma; estas décimas repercutieron entre los emigrados, que las repetían incesantemente. Compuso el *Himno a Las Villas*, al prepararse la invasión desde Camagüey; el romance descriptivo del *Combate de Atollaosa*; *Saludo al Camagüey*, y las ardientes estrofas, contestando al poeta español Camprodón, su exaltación de la tiranía y sus denuestos a Cuba. Cantó *A las olas* con profunda turbación íntima, que en la quintilla final parece llena de presagios: interroga al misterio de las olas, el secreto que entraña su voz; "y ellas bullían, bullían, y no contestaban nada". Presa de fiebres palúdicas, murió y fué enterrado en la Manigua, luchando atormentado también, en sus últimos días, contra lacerantes intrigas, por las que se le imputaban delitos que jamás había cometido. Escribió una oda *A México*, con motivo de una misión que le encomendó el Gobierno insurrecto, y que no pudo realizar. Sus poesías anteriores a la guerra formaron un volumen titulado *Producciones* (sonetos, epigramas, romances, etc., en que canta motivos de la vida apacible) y se publicaron en Guanabacoa, en 1864. Luis Victoriano Betancourt (también citado en la tribuna mambisa) produjo en sus días de lucha por la independencia, las quintillas *A mi madre* (prometiéndola no volver a verla, hasta que Cuba fuera libre) que compuso con ocasión del segundo aniversario del comienzo de la contienda, y *Simpatías del Destino*, en que, tras expresar sus confidencias al amigo y compañero de armas, repite la idea de no volver a su madre, sino una vez alcanzada la libertad: "mi vida a tus pies pondría; pero quiero a Cuba tanto!; perdóname, madre mía!". El mejor valor de su lira está en otra cuerda, como veremos.

El de más condiciones y el que más vasta obra dejó como poeta, entre los versificadores de la guerra, fué José Joaquín Palma (1844-1911) bayamés, hecho en la lectura de los clásicos y de los bardos románticos españoles de su tiempo, y que se inició en las páginas del periódico *La Regeneración*, donde dió a conocer sus primeras composiciones poéticas. En la Manigua fué ayudante de Carlos Manuel de

Céspedes y dirigió *El Cubano Libre*. Tiene la gloria de haber impuesto a Máximo Gómez los galones de sargento. En el tiempo que duró la sede de Bayamo, para el Gobierno de la Revolución, desempeña el cargo de Regidor del Ayuntamiento, y propone y defiende el principio de la abolición de la esclavitud, que triunfa. Al morir Céspedes, parte en misión de la República; y desde entonces pasa el resto de su vida entre Honduras y Guatemala, donde fué queridísimo y donde influyó en su política y en su cultura. No dejó en ellas de laborar por la causa de su patria, y lo mismo hizo en el 95; todo lo puso a su servicio: amistades, recursos e inspiración poética. En Tegucigalpa se imprimieron sus poesías, en 1882, patrocinando su edición el Presidente de Honduras, Marcos Aurelio Soto, de quien era secretario. De sus valores poéticos habló, además de Martí en su famosa carta, Rubén Darío en su libro *Los Raros*.

El verbalismo zorrillista de la época lo envolvió en el embrujo de su música, que Palma sabía producir con la más perfecta melodía, porque su impecable oído y su fluidez le hacían apto para ello. Sus estrofas musicales resonaron por tierras de América, por las que marchara como un trovador errante, cantando las desventuras y las esperanzas de su patria; tema al que solió unir, en sus preferencias, el de la mujer. Hondamente sentimental, dió a sus versos toques delicados y finos, que salvan de la vulgaridad quejumbrosa, sus poesías. No fué, sin embargo, un poeta persistentemente tierno, sino que tuvo arranques y viriles apóstrofes, cuando el tema patriótico lo exigió (véanse sus poesías sobre el 10 de Octubre, sobre Céspedes, el 27 de Noviembre, las octavillas *A Bayamo*, compuestas entre el Zanjón y Baire). En la guerra hicieron fortuna sus versos *Al Poeta Miguel Jerónimo Gutiérrez*, de definida factura romántica, de fondo elegíaco, ricos en nostálgica añoranza y emoción de lo lejano y anhelado. A veces empleó la rima becqueriana, como en su dolorosa evocación de María García Granados (la "niña de Guatemala"). Buriló la décima: su brindis en el LIX aniversario de la independencia de Honduras, así como la citada elegía con motivo del fusilamiento de los estudiantes de medicina, lo atestiguan. Gustó de las tonalidades tenues, y así se aprecia en dulces poemas de motivo íntimo, como *Tinieblas del alma*, en que baten los recuerdos el alma del poeta, y llenan de triste congoja su expresión. Los dos tonos de su lira (el vibrante y el suave) tradujeron siempre estados emocionales, que hicieron fresca y sincera su poesía. Fué el autor del himno de Guatemala, donde reposaron sus restos, hasta ser trasladados a Cuba, en 1951.

Otros poetas de la guerra, si no con las cualidades de Palma y aún de Gutiérrez y de Hurtado, no les fueron a la zaga en el fervor con que cantaron a la patria y hasta algunos de ellos lograron que sus composiciones respondieran a uno de sus principales objetivos, que era el de mantener la fe y los arrestos, como aconteció a Ramón Roa (1844-1912) con su estribillo *Vida mía*, que resonó en todos los ámbitos de la Manigua. Su vena poética era fácil, y sintiendo intensamente cada motivo, escribió descripciones, como los alejandrinos de *La Carga* (referentes a la acción del Carril de las Guásimas, y en que tanto se distinguió el brigadier Reeve) y *Sitio del Medio*; expresó estados espirituales, como *Insomnio* (compuesta en Najasa, y que el General Ignacio Agramonte llevaba en su cartera, al morir en Jimaguayú); exaltó el sentimiento bélico, en el *Himno popular* y en el *Himno del Expedicionario*; y no le faltó buen humor en *Buena vida, Jaranillas, De Actualidad y otras*. Fué de los más fecundos durante la campaña; y después siguió cultivando las musas, inspirándose no solamente en temas patrióticos, sino de diversa índole. Roa ocupó posiciones de responsabilidad en el Gobierno insurrecto, y después de la Guerra Grande, redactó en Washington *La Voz de América*. De sus trabajos en prosa nos ocuparemos en sucesivas páginas.

El patricio Pedro Figueredo, *Perucho* (1819-1870) produjo el *Himno de Bayamo*, que desde antes de la iniciación de la guerra, se cantaba por las muchachas de la heroica ciudad, y se tocaba por las bandas de música, integradas por cubanos, como un signo de inteligencia revolucionaria, entre quienes acariciaban el ideal emancipador. Este himno, que fué conocido por *La Bayamesa* (y que no debe confundirse con la canción del mismo nombre, debida a Céspedes, Fornaris y Castillo, a la que nos referimos al hablar del "cantor de los ciboneyes") es nuestro actual Himno Nacional. Ya en la campaña se compuso otro: el *Himno Holguinero*, por quien luego fuera brigadier general y mantuviera su protesta, junto a Maceo, bajo los Mangos de Baraguá: Pedro Martínez Freire. A estos himnos hay que sumar el ya citado de Las Villas, del Hijo del Damují.

Otro compañero de Maceo en la protesta de Baraguá, Fernando Figueredo Socarrás (1846-1929) describió en décimas *El Combate de Báguanos*. A él se deben algunas de las notas que ilustran *Los Poetas de la Guerra*, y entre ellas la que se refiere a Francisco La Rúa (1844-1877), orador revolucionario también, Secretario de la Guerra, el cantor de la emigrada, en sus liras a *Emma*, pesarasas, pero alentadoras de firmeza. Corrían por los campos insurrectos sus versos, como otros anónimos *Al Ejército Libertador de Cuba* y *A los Cubanos*, y el soneto

A un panal, fruto de la ociosidad humorística, que no faltó, en medio de las angustias de la guerra. Lo compuso Juan Coll (1847-1890) y es modelo, por sus endecasílabos perfectos y excelente plan. No faltó la poetisa en la Manigua: Sofía Estévez (1848-1901), que se expuso a las contingencias de la guerra y usó el seudónimo de *Hija del Indio Bravo*. En el desasosiego bélico escribió un inflamado canto *A Cuba*. Desde antes había fundado el periódico *El Céfiro* y en 1875 editó su tomo de poesías *Lágrimas y sonrisas*, llenas de ternezas y de alientos de ideal. En tanto, la voz de la prisionera también llegaba a sus hermanos de sacrificio, en las estrofas de Cecilia Porraspita, la autora de *La Presa enferma* y de otras composiciones que se recitaron mucho en los campos de Cuba libre. En tanto, sobre la tumba solitaria de la mambisa caída en la Manigua, A. Ríos componía *El Poeta y el Angel*, en memoria de Mercedes Varona.

En la Emigración resonaba también la lira revolucionaria: a los nombres de Mendive, Zenea, Fornaris y otros poetas estudiados en esta obra, hay que añadir el de Francisco Javier Balmaseda, deportado a Fernando Poo, autor del soneto *La Guerra de Independencia de Cuba*, y que debe su mejor nombre (como ya vimos) a sus fábulas, así como a tratados de economía y agricultura; el compañero de Céspedes y Aguilera, José María Izaguirre (1828-1905) que describió *La Acción de Río Abajo*, en décimas escritas en la Manigua, y que en Guatemala (donde fué fundador y director de la Escuela Normal y donde acogió con cálida eficacia a Martí) continuó sus desahogos poéticos; Isaac Carrillo y O'Farrill (1844-1901) profesor del Instituto de Segunda Enseñanza de la Habana, discípulo que fué de El Salvador, y complicado en los sucesos del teatro Villanueva, lo cual motivó su éxodo, tras unas semanas de prisión; cultivó el tono declamatorio, a lo Gallego, en su oda *Guerra Civil en los Estados Unidos*; pero lo transmitió en expresión nostálgica, en *Adios a la Isla de Cuba*, *La Tumba del emigrado* y en la mejor de sus composiciones de esta índole: *Connais-tu le pays*, inspirada en un bello pasaje de la ópera *Mignón*, del compositor francés Tomás; su labor poética, sobre temas eróticos, etc., es vasta y de discreto gusto.

El periódico fué un elemento de propaganda y de combate, importantísimo, a pesar de las dificultades con que tropezó; en las ciudades, por la censura; en la Manigua, por la falta de recursos suficientes. Martí, siendo estudiante, redactó un periódico manuscrito, en 1868: *El Siboney*; y cuando el General Dulce dictó el decreto, estableciendo la libertad de imprenta, el 10 de enero de 1869, se plagó de periódicos



ENRIQUE PIÑEYRO

ENRIQUE PIÑEYRO. Profesor, periodista, historiador, crítico, orador, diplomático, patriota. "Favorecido por la naturaleza con el privilegio del gusto y la gracia seductora de la dicción", según la frase afortunada de Manuel Sanguily, sus notables y numerosas producciones le ganaron a Enrique Piñeyro y Barry una amplia y sólida reputación, que excedió muy pronto las fronteras de la patria y aun las del continente americano. La Revolución de 1868 le arrojó, como a tantos otros, a las playas hospitalarias del Norte. Poco después, Morales Lemus ponía en sus manos la credencial de Secretario de la Legación de Cuba en los Estados Unidos, y por espacio de varios meses se mantuvo, según su propio testimonio, "yendo y viniendo entre Nueva York y Washington", hasta que, sin renunciar a su cargo, pasó a dirigir *La Revolución*, órgano oficial de la Junta y por ende de la insurrección cubana. A fines de 1874, fué designado Comisionado Diplomático en la República de Chile, y por la vía de Colón y Panamá se dirigió a su destino. En 1882, fijó su residencia en París, donde le sorprende la grata noticia, en enero de 1900, de haber sido designado Profesor de Literaturas Extranjeras en la recién reorganizada Universidad de la Habana, cátedra que fuera, y por mucho tiempo, la ambición y la esperanza del ilustre escritor. Pero la educación de sus hijos, su quebrantada salud y "la avasalladora fuerza de nuevos hábitos contraídos", le impidieron aceptar la honrosísima encomienda. Murió unos años después, en 1911.

El retrato que se publica figura en la obra *Hombres y Glorias de América* del propio escritor, publicada en París en 1903.

la Isla; pero pronto fueron silenciados, cuando el propio Capitán General accedió a las presiones de la intransigencia, que venían inclusive de la propia prensa españollista (*La Luz del Pilar* hizo campaña en este sentido) y derogó, el 12 de febrero del propio año, aquella disposición por la que "todos los ciudadanos de la provincia de Cuba tienen derecho a emitir libremente sus pensamientos por medio de la imprenta; sin sujeción a censuras ni a ningún otro requisito previo". Solían publicarse, como algunos hacían constar, "cuando lo tenían a bien" (que quería decir, mientras se contara con recursos) y se atenían, como especificó uno, "a ver la luz, mientras la haya", previendo, sin duda, lo poco que duraría. Fueron publicaciones de vida efímera; pero dejaron por su agresividad, candente sátira y valentía, una huella que la historia reconoce. Alguna, como *El Laborante*, de Carraguao, circulaba clandestinamente en la Isla, burlando la censura, al restablecerse.

Fué en esta ocasión que Martí, frizando en los dieciseis años, imprime *La Patria Libre* (contando con la colaboración de su maestro, el poeta Mendive, y de Cristóbal Madan) y *El Diablo Cojuelo*, en compañía de Fermín Valdés Domínguez. Hubo otros periódicos estudiantiles: *El Sol del Trópico*, dirigido por Ricardo de la Fe, y *El Estudiante Republicano*, de Rafael Casanova. En *La Razón*, se usaba por primera vez la palabra "mambí". Rafael María Merchán publicó *El fosforito*, "periodiquito que sabe a chocolate y huele a merengue", y además *El Tribuno*; Miguel Figueroa, *El Farol*; Néstor Ponce de León fundó *La Verdad*, con la colaboración del propio Merchán, y de Ricardo del Monte, Ramón I. Arnao, etc., alcanzando tirada muy subida, por la gran acogida que tuvo; Isaac Carrillo, el poeta, dirigió *La Revolución*; Juan Francisco Valerio, el sainetero, *El Alacrán Libre*; Francisco de P. Gelabert, *La Tranca*... Se multiplican los títulos jocosos: *El Sopimpero*, *La Chamarreta*, "que huele a machete y sabe a horquetilla"; *La Pica pica*, *La Manganilla*, "sobroso, agridulce y de actualidad"; *Ataque a la Verdad con rabo*, *El Puñetazo*, *El Diablo suelto en campaña*, *La Carabina de Ambrosio*, *El Jején*, *Negro Bueno*; hasta los bufos hicieron su contribución periodística: *Los Negros Catedráticos*. No pueden quedar en el olvido: *El Pueblo Libre*, que fué el que publicó el anuncio de la función celebrada en el teatro Villanueva, en que se representó el sainete *Perro buevero*..., y cuya finalidad era recolectar fondos para los insurrectos; y *El Amigo del Pueblo*, nacido a la memoria de Eduardo Facciolo. Los españoles también hicieron circular otros que respondían a sus puntos de vista, y que no le fueron a la zaga a los cubanos, en mordacidad, y superándoles por su insolencia; los bautizaron con nombres también burlescos: *Las Bijiritas*, *La Cotorra*, *El Gorrión*, *El Vó-*

mito negro, El Loro, La Tijera, La Sopimpa, La Tremenda, etc. Editaron, sin embargo, uno, inspirado por el General Dulce, *El Conciliador*, y que aspiraba ser fiel a su título.

Por los insurrectos se editaban también periódicos: *El Cubano Libre* fué fundado por Céspedes, al entrar en Bayamo, en 1868; se tiró en la misma imprenta en que había editado hasta entonces *La Regeneración*, José María Izaguirre (quien colaboró en él, al igual que Antonio Zambrana, José Joaquín Palma, etc.); fué el órgano de la Revolución, insertando las disposiciones del Gobierno, las noticias de la guerra y las proclamas insurgentes; interrumpido, inició su segunda época en Camagüey, en 1869, dando cabida, entre otros documentos importantes, a la proclama aboliendo la esclavitud y a las Actas de la Asamblea de Guáimaro. Rafael Morales, *Moralitos*, comenzó a editar en Camagüey, el primero de diciembre de 1869, *La Estrella Solitaria*, algunos de cuyos ejemplares describe Vidal Morales, "hechos en una mala imprenta portátil y rudimentaria, en sendas hojas de papel rayado, como se usa para los libros de cuentas", y anota que el ciudadano Clodomiro Betancourt era el dueño de la imprenta de la República, denominada La Libertad (7). En sus páginas se hacía crítica a los poderes cubanos constituídos, considerando que así se daba libre juego al espíritu democrático; pero sin comprender que, dada la situación guerrera existente, la censura se revertía en descrédito para la Revolución y sembraba la desconfianza en los irresolutos y aún en los mismos que sostenían la lucha contra España. Cuando apareció el periódico de *Moralitos*, ya se publicaban otros, a más del citado órgano oficial: *El Mambí*, que en Guáimaro redactó Ignacio Mora; *El Tíñima*, de Juan Ramón Silva (Camagüey); *La Estrella de Jagua*, de La Siguanea, a cuyo frente estaba El Hijo del Damují; *La Estrella Cubana*, de Holguín; el *Boletín Oficial de la División de Cienfuegos*, que se editaba en la Manigua. En hoja suelta se publicó, desde el año 1873, el *Boletín de la Guerra*. En la Habana, en tanto, con el nombre *La Legalidad* veía la luz un diario que se calificaba de "político, democrático-republicano", dirigido por José Román Leal, y en que aparecían colaboraciones de Ricardo del Monte y del Conde de Pozos Dulces, y cuya línea no era precisamente separatista, sino de matiz reformista, en el fondo.

La Emigración contó con los mejores periódicos (literariamente considerados) del ideal independentista: en 1868 apareció en New York (sede de la mayor cantidad de publicaciones periódicas cubanas, en todas las guerras separatistas) el *Boletín de la Revolución* (por Cuba y Puerto Rico), que era semanal; pero *La Revolución* fué el más im-

portante órgano de la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico, radicada en la gran urbe norteamericana. Se publicaba tres veces a la semana, desde octubre de 1869; lo dirigió Enrique Piñeyro, hasta septiembre de 1870, y prestaron su colaboración: Zenea, Eugenio María Hostos, Francisco Sellén y Ramón I. Arnao, principalmente; además: José Ignacio Rodríguez, José María Gálvez, José de Armas y Céspedes, José Antonio Echeverría, Francisco Javier Cisneros, José María Céspedes, Rafael María Merchán, etc. Este último asumió la dirección, cuando la abandonó Piñeyro, y el mismo año 1870 fundó otro periódico: *Diario Cubano*, en la misma ciudad newyorkina. La voz de estos calificados patriotas constituye, en las columnas de estas publicaciones, la más vigorosa, razonada y viril defensa de la absoluta independencia de Cuba, rechazando inclusive la inclinación apuntada por algunos distinguidos cubanos (sin faltar entre ellos quienes luchaban en la Manigua) hacia la anexión a los Estados Unidos.

En 1869 salía a luz también, en New Orleans, *La Libertad*, de Fernando y Joaquín Agüero. A partir del siguiente año, tanto en New York como en otras ciudades, aparecieron periódicos dedicados a difundir los propósitos y los esfuerzos de los mambises: *El Republicano* (Cayo Hueso), *La Voz de la Patria* (New York) dirigido por Joaquín J. Govantes, *Patria* (New Orleans), *El Mensajero* (Mérida, Yucatán), de José Quintín Sugarte; todos en 1870; José Dolores Poyo dirige *El Yara*, en 1872, y *La Igualdad*, en 1874, ambos en Cayo Hueso; Juan Bellido de Luna, *La Independencia*, en 1873; Cirilo Villaverde, *El Espejo*, en 1874, y *La Verdad*, en 1876; estos tres últimos en New York. En esta misma ciudad surgió uno redactado en inglés: *The Star of Cuba* (1870) semanario órgano de la Liga Cubana de Estados Unidos, bajo la dirección de Juan M. Macías. Hubo una excelente revista ilustrada, que orientó Piñeyro: *El Mundo Nuevo*, que no contenía sólo política, sino literatura, ciencias, artes, etc.; se inició en 1873 en New York, y en ella figuraron, compartiendo las responsabilidades de la redacción, José Manuel Mestre e Isaac Carrillo; y se fusionó, en 1874, con *América Ilustrada*, de José I. Rodríguez y Juan Ignacio Armas.

CAPÍTULO II

LA LITERATURA DESPUES DE 1879. LAS GRANDES REVISTAS Y LOS PERIODICOS. LAS INSTITUCIONES CULTURALES. LA POESIA Y EL TEATRO. ARTICULOS DE COSTUMBRES. CUENTOS Y NOVELAS

LA tradición de la *Revista Bimestre* la continúan, desde fines de la Guerra Grande, hasta la antesala de la de Independencia, tres grandes revistas, a cuyos nombres habrá que añadir los de otras que, si bien no tienen la significación que ofrecen éstas, por su proyección en lo político y social, además de lo cultural (en todo lo cual calaron muy profundamente) constituyen excelentes factores representativos, en lo literario, científico o artístico; de las que algunas se publicaron en el extranjero.

La primera de esas tres grandes es la *Revista de Cuba* que duró desde 1877 hasta 1884, al morir su fundador y director, el gran tribuno José Antonio Cortina. Era quincenal y fué considerada en el extranjero, como la mejor publicación de su índole, en su época. Sus páginas fueron avaladas por las firmas cubanas más calificadas de su hora: Enrique José Varona, Bachiller y Morales, Nicolás Heredia, el Conde de Pozos Dulces, Pedro J. Guiteras, Rafael Montoro, Felipe Poey, Francisco Calcagno, los hermanos Sellén, Rafael María Merchán, Esteban Borrero Echeverría, José Varela Zequeira, Ricardo del Monte, Emilio Blanchet, Vidal Morales, José Joaquín Palma, Fornaris. . . También varias extranjeras de relieve: Juan Eugenio Hartzenbusch, Ignacio Altamirano, Nicolás Estévez. . . Sociología, jurisprudencia, literatura, biografía, historia, filosofía, lingüística, antropología, ciencias naturales, diversificaban la índole de sus trabajos; se reprodujeron obras agotados y se publicaron algunas inéditas de cubanos fenecidos. Con Cortina compartieron las labores responsables de ordenamiento y publicación: Ricardo del Monte, Julián Gassié y J. M. Pascual. Su influencia fué extraordinaria; puede afirmarse que señaló un camino y

que contribuyó ampliamente a la divulgación de los conocimientos nuevos, dió a conocer valiosísimos escritores noveles, que más tarde alcanzarían renombre, dió cabida al pensamiento foráneo, por medio de excelentes traducciones expresas, y en general orientó el buen gusto y fortaleció la conciencia cubana.

Prueba de su positiva cosecha fué la *Revista Cubana* (1885-1895) que fué fundada y dirigida por uno de los más eminentes colaboradores de la publicación de Cortina: Enrique José Varona. Su salida era mensual; su carácter y formato análogos a los de su antecesora, de la que mantuvo el prestigio que había conquistado dentro y fuera de Cuba, por el mérito de los trabajos insertos y la autoridad de sus autores: Enrique Piñeyro, Manuel Sanguily, José de Armas (Justo de Lara), Aurelio Mitjans, Figarola Caneda, José Silverio Jorrín, Manuel de la Cruz, Bachiller y Morales, Juan M. Dihigo, Cirilo Villaverde, Ramón Meza, Julián del Casal, José Martí, Néstor Ponce de León, Carlos M. Trelles, Hernández Miyares, Serafín Ramírez, Montoro, Borrero, Nicolás Heredia, los hermanos Sellén, Alfredo Zayas, Luis Montané, Merchán, Raimundo Cabrera, Aniceto Valdivia, Aurelia Castillo, Ricardo Dolz, Arístides Mestre, Enrique Collazo, José María de Céspedes, Morúa Delgado, Emilio de los S. Fuentes Betancourt... Como se observará, muchos nombres de la nueva hornada de valores intelectuales, y también de gran diversidad de gustos y especialidades. En lo político fué más combativa que la de Cortina, y Varona enjuiciaba, desde sus editoriales, con vigor y valentía.

Dos años antes de cesar esta revista, apareció *Hojas Literarias*, fundada por Manuel Sanguily, que casi la redactó por completo en todos los números mensuales que integran su colección, de 1893 a 1894. Acorde con el temple de su director, libró fuertes y resonantes campañas, que le costaron enconadas persecuciones del Gobierno. Muchos de los más importantes trabajos de crítica literaria y de política, así como comentarios bibliográficos y artísticos de Sanguily, fueron escritos para esta revista. De Enrique Piñeyro figuran algunos artículos, con seudónimo: los firmados: A. T. (iniciales de Atta Troll), P. Niño y E. P.; todos de crítica literaria o histórica. Pocas publicaciones han podido ofrecer, en tan corto tiempo, vida más intensa y resonante que *Hojas Literarias*.

Durante el proceso editorial de estas tres grandes revistas, se publicaron en Cuba, entre las más representativas: *El Palenque Literario* (1877), entre cuyos servicios a la cultura se halla el de haber dado cabida a los romances de Joaquín Lorenzo Luaces, que permanecían

inéditos y que sólo se conocían en parte, por reproducciones hechas por Martín González del Valle, en sus estudios sobre la poesía lírica cubana; las revistas matanceras *El Ateneo* y *El Club de Matanzas* (ambas de 1879) con colaboraciones de Nicolás Heredia, Byrne, Garmendía, etc.; *El Museo* (Habana, 1882) dirigido por Juan Ignacio de Armas, con quien figuran: Varona, Antonio López Prieto, Vidal Morales, etc.; *La Habana Elegante* (1883-1896), semanario dirigido, primero, por Casimiro del Monte, y después por Enrique Hernández Miyares, y que ostentó conocidas firmas: Sanguily, Julián del Casal, Manuel de la Cruz, Nieves Xenes, Justo de Lara, Varona, Calcagno, Emilio Bobadilla, Mercedes Matamoros, Eduardo Sánchez de Fuentes, Cirilo Villaverde, Ramón A. Catalá, José Varela Zequeira, los Sellén, Varona Murias, Julio Rosas, etc.; *Revista Habanera* (1883), dirigida por Diego Vicente Tejera; *Ensayo* (1883) redactada por Casal, Bobadilla y otros; *El Hogar* (1883) que inicia el tipo de revista ilustrada, con artículos de Luisa Pérez de Zambrana, Calcagno, Nieves Xenes, Luisa Martínez Casado, etc.; *Revista Musical, Artística y Literaria de la Habana* (1883) que dirigió el notable pianista Pablo Desvernine y que fué superada, en su colaboración, por *El Mundo Artístico* (1884) que prestigiaron Espadero, Ignacio Cervantes, Villate, Díaz Albertini, el propio Desvernine, Ramón Meza, Arizti y Serafín Ramírez (entre otros músicos y literatos); este último fundó la mejor publicación de esta índole en el pasado siglo: *Gaceta Musical* (1889), que duró muchos años; *Cuba Intelectual* (1885) de José A. Rodríguez García, que fué segada pronto por la persecución, reapareciendo en la República; su fundador la redactaba íntegra.

El Fígaro (1885) ha sido la de más significación, entre las revistas universales ilustradas de este período y del primer cuarto de siglo de la República, hasta el que extendió su vida e influencia literaria, siendo su texto y su casa, centro del movimiento intelectual finisecular y del de las primeras dos décadas del siglo actual. La inició el poeta Manuel Serafín Pichardo, al que se unió Ramón A. Catalá, que fué su último director. Sus páginas son imprescindibles para estudiar la vida literaria cubana, desde su fundación, pues todo cuanto significó y valió en las letras, desde el 85, colaboró en *El Fígaro*. Enrique Hernández Miyares y Alfredo Zayas publicaron *La Habana Literaria* (1891) y los secundaron, entre otros escritores, Casal, Mario García Kohly, Borrero, Federico Villoch, Sanguily, Montoro, Varona, Manuel F. Viondi, Raimundo Cabrera, Manuel de la Cruz, Elena Borrero, José Ma. de Cárdenas, Mercedes Matamoros, José Silverio Jorrín, etc.; Carlos Pedroso y Tomás Delorme editaron, durante cinco años, *La Ilustración de Cuba*

(1892). El propio Delorme, en unión de Antonio López Prieto, había dirigido, a partir de 1878, una valiosa revista, titulada *La Familia*, en la que se leen escritos de Ursula Céspedes, Felipe Poey, Gabriel Zéndegui, Bachiller, Sofía Estévez, Calcagno, María del Pilar Sinués, Luisa y Julia Pérez y Montes de Oca, etc. Nicolás Heredia, en Matanzas, y Luis Yero Sagol, en Santiago de Cuba, publicaron con el mismo nombre de *El Album* (en 1887 y 1890 respectivamente) sendas revistas. En 1892 vió la luz *El Curioso Americano*, de Manuel Pérez Beato, que la editó en épocas distintas, incluyendo la República; es digna de todo aprecio por los documentos históricos y las referencias bibliográficas que entraña. Finalizando el siglo, Alvaro de la Iglesia fundó *Letras* (1899). Podrían citarse muchas más, aunque no tan merecedoras del recuerdo, como las que quedan anotadas.

New York y Barcelona fueron centro de producción de otras revistas cubanas, dignas de ser salvadas del olvido: *La Ilustración Cubana*, que en Barcelona dirigió Domingo Figarola Caneda, desde 1887, como continuación de la que se inició en la Habana, con el mismo título, dos años antes; era decenal y al propio tiempo que artículos literarios y bibliográficos, incluía fotografías de personajes y paisajes de Cuba. En 1889 crea Martí, en New York, la revista para niños, *La Edad de Oro*; muy peculiar, como todo lo del Apóstol; puso al alcance de las mentalidades infantiles, el espíritu de las obras maestras de la literatura, los gestos ejemplares de grandes hombres, la significación de geniales artistas; y les dió versos con enjundia moral y cuentos aleccionadores. También colaboraba Martí, en 1892, en *La América* (New York) que fundó Rafael de Castro Palomino, y después dirigió aquél, con la cooperación de Diego Vicente Tejera. La de más vuelo cultural es *Cuba y América*, de Raimundo Cabrera, impresa en New York durante los dos primeros volúmenes, y continuada en la Habana desde 1899, adoptando periodicidades distintas (semanal, quincenal, mensual). Dió cabida a monografías, ensayos y artículos de importancia, y en ocasiones publicó, en números extraordinarios, diversas obras cubanas. Ha sido uno de los exponentes más serios y útiles del periodismo culto. La historia cubana, al ser escrita, no puede prescindir de los numerosísimos trabajos que sobre nuestros problemas y nuestros hombres (en el movimiento del 95 y sus consecuencias, y en el proceso cultural) ameritan sus treinta y seis volúmenes. Vidal Morales substituyó temporalmente a Raimundo Cabrera, en la dirección de *Cuba y América*.

A lo largo de las décadas que suceden a la Paz del Zanjón, circulan muchos periódicos (diarios, semanarios, etc.) dedicados al comentario

de las doctrinas políticas y de los acontecimientos públicos, así como a la difusión de la noticia cotidiana. Los de mayor importancia, entre los editados en la Isla, fueron: *El Triunfo* (Habana, 1878) dirigido por Ricardo del Monte (aunque fué su fundador el andaluz Manuel Pérez de Molina); fué órgano del autonomismo; tribuna de elevado doctrinarismo, en que la pluma de su director y de otros personeros del partido dieron la nota de un periodismo constructivo y patriótico; no obstante el clima de tolerancia que se esperaba, las ideas liberales en él expuestas motivaron reacciones violentas y persecuciones, por lo que le fué cambiado el nombre por el de *Trunco*, primeramente, y después el de *El País* (1884), con el que alcanzó el momento más brillante de su historia periodística. Hacia 1898 recibió un nuevo título: *El Nuevo País*. Sus columnas se distinguen por una prosa de correcta expresión y levantado pensamiento en artículos autorizados por Montoro, Varona, Manuel Villanova, Manuel Sanguily, Leopoldo Cancio, José M. Gálvez, José María Zayas, Carlos Navarrete, Antonio Govín, Rafael Fernández de Castro, Casimiro del Monte, Emilio Bobadilla, Vidal Morales, Aniceto Valdivia, etc. Con el mismo título hubo otro diario en Manzanillo, hacia 1889, continuado más tarde en Santiago de Cuba. Lo dirigió Eduardo Yero Buduén y contó con las mejores plumas de entonces en la región oriental: Mariano Corona, Desiderio Fajardo, Joaquín Navarro ("Ducazcal"), etc.

En 1879, Juan Gualberto Gómez levantó otra tribuna periodística: *La Fraternidad*. Sin embargo, predominaron los periódicos adictos al ideario autonomista: *La Discusión* (1882), bajo la dirección de Adolfo Márquez Sterling; sufrió los embates de la intransigencia, y cambió de nombre multitud de veces. En 1889 se funda con el mismo título, otro que dirige Manuel María Coronado, que lo vuelve a publicar en 1899 y vive un cuarto de siglo. *El Tábano* (1882) que redacta José María Gálvez, y que se caracterizó por su causticidad. *La Semana* (1887) semanario que puede señalarse como ejemplo de buena prosa, que fué escrita por Montoro, Varona, Zéndegui, Vilaró, García Ramis y otros. *La Lucha* (1885) dirigido por Antonio San Miguel, definió una política de puro interés cubano, que a menudo defendió en postura francamente rebelde. Por esta época funda José Quintín Suzarte, *El Amigo del País* (1882). La tribuna recalcitrante la representó el *Unión Constitucional* (1882), de J. Montes, frente a la cual se opuso expresamente *La Comedia Política* (1894) que dirigió Antonio Escobar. El espíritu satírico de *El Tábano*, en la línea autonomista, lo significó en el separatismo, *Las Avispas* (1892) de José de Armas (Justo

de Lara), que fué clausurado por el Gobierno, continuando su publicación en New York, aunque por poco tiempo. Hubo otros de este tipo, como *La Linterna de Diógenes* (1893) y *La Política Cómica* (1894), de Ricardo de la Torriente. Las ideas socialistas tuvieron también sus órganos: *El Productor* (1887), que publicó Enrique Roig y San Martín; y, a fines del siglo, *¡Alerta!* (1899) que era el vocero de la Liga de Trabajadores Cubanos, y que dirigía José F. Hernández. No dejó de haber un vehículo de las ideas anexionistas: fué *La Época* (1899), de Francisco Figueras.

En New York, el ideal cubano inspira varios periódicos, de los que es máxima representación *Patria*. De éste, como de otros, trataremos al referirnos especialmente a los periódicos revolucionarios del 95. Enrique Trujillo edita *El Avisador Cubano* (1885), en el que escribe Martí, y que años después transforma su título por el de *El Avisador Hispanoamericano*. También colaboró Martí en *El Economista Americano* (1886), en *La Juventud* (1889), dirigido por Gonzalo de Quesada, y en otros.

Revistas y periódicos constituyeron eficaces arterias de cultura y patriotismo; y tanto la ciencia, como la literatura, el arte, la filosofía, y asimismo el ideal de cubanía, tuvieron en la prensa un campo propicio para su desenvolvimiento y positivos éxitos. En el ángulo cultural hay que añadir otros factores de singular estímulo, como son los que, paralelamente con los centros educativos, representan las instituciones que tuvieron como una de sus principales finalidades, la de promover actividades literarias, artísticas, etc.; La Caridad, del Cerro, por cuya tribuna desfilaron los intelectuales más valiosos entre cuantos se agrupaban en la Habana (Varona, Borrero, Sanguily, Montoro, Lendíán, Varela Zequeira, etc.); El Progreso, de Jesús del Monte; el Nuevo Liceo; el Círculo Habanero; el Liceo Artístico y Literario, de Regla, el Ateneo de la Habana; el Club San Carlos, de Santiago de Cuba; La Tertulia, de Santa Clara; múltiples liceos de diversas ciudades, y hasta asociaciones de villas, como el Círculo de Artesanos, de San Antonio de los Baños; el Círculo de Escritores, de Matanzas; amén de los centros ya constituídos con anterioridad, como el Liceo de Guanabacoa, El Pilar, etc., que continuaban su labor edificadora y de divulgación cultural. En otro plano, las corporaciones profesionales, como el Colegio de Abogados, la Sociedad de Estudios Clínicos, y de especializaciones: la Sociedad Antropológica de la Habana.

Las tertulias siguieron siendo uno de los más eficaces medios de intercambio de ideas y de discusión de nuevos rumbos en el mundo del pensamiento, entre los hombres de ciencias y de letras, así como artistas.

Las casas de escritores distinguidos solían ser lugar de reunión y plática. Las dos tertulias más célebres de este período fueron las que tuvieron por marcos la sede de la redacción de la *Revista de Cuba*, de Cortina y la casa de José María de Céspedes, en 1882. Críticos, pensadores, poetas, músicos, científicos, dieron a conocer sus inquietudes intelectuales y sus frutos. De las "Veladas de la Revista de Cuba" salieron muchos valores hasta entonces desconocidos, que contaron con el mecenazgo de Cortina, quien fué en ellas, a pesar de su juventud, consejo, orientación y apoyo material. Las "Conversaciones Literarias" de casa de Céspedes organizaron también certámenes, en los que fueron premiadas obras de estimables cualidades. Esta costumbre de convocar a concursos literarios dió oportunidad a excelentes revelaciones, como sucedió con los que celebraron el Colegio de Abogados y otras instituciones.

La influencia de Bécquer, Heine, Campoamor, Núñez de Arce, provoca en la poesía lírica cubana un nuevo estilo. Pertenecen éste al momento que Varona llamó "la nueva era": "El pueblo de Cuba ha entrado virilmente en posesión de muchos sentimientos que le faltaban; y aunque es el mismo pueblo de la víspera de la revolución, hoy no piensa ni siente como entonces" (8). Representación de este estilo son los poetas que colaboraron en el libro *Arpas Amigas*, publicado en la Habana, en 1879, y que debe su título a las cordiales relaciones que vincularon a los autores que se agrupan en él: los hermanos Sellén, Luis V. Betancourt, Tejera, Borrero, Varona y Varela Zequeira. Un sentido ecléctico insufla la nueva corriente, que se codea con el realismo, sin perder las esencias románticas. Las ideas positivistas y panteístas se cruzan, la duda aflora (por lo menos como postura intelectual); la angustia, que hasta entonces no había sido más que un desahogo episódico, comienza a cuajar en el lirismo; y un vago, pero prometedor toque plástico asoma, dando a la contemplación de la naturaleza una proyección espiritual que va más allá de lo meramente objetivo y se incrusta en la intimidad misma del fenómeno. Cierta "filosofismo" subraya el individualismo poético de la gran escala que se transforma.

Francisco Sellén (1838-1907) trabajó cuidadosamente el verso; su obra poética transpira gusto excelente; huye de los símiles triviales e ilógicos; su pensamiento es elevado y en su forma no se oculta la huella de su cultura. La naturaleza y el misterio fueron sus temas favoritos, que prefirió a los de sus sentimientos y anécdotas íntimas. Su actitud contemplativa, ante la naturaleza, se trasmuta en bellísimas composiciones, en que se amasan lo lírico y lo plástico: *Las olas*, *Mañana de*

Primavera, Tristeza de la tarde, La palmera solitaria, Mediodía en Cuba. Siente a Dios en todas partes y ve en la naturaleza la obra de la eterna sabiduría; y animado por estas convicciones, escribe *Panteísmo*. Interroga a la vida y al misterio insondable: *Lo Eterno, Preexistencia, Delirio*. Agita sus inquietudes: *Ansiedad, La duda, Deseos*. Pero también tiene para Cuba, preocupación y anhelo: *Cantos a la Patria*, que comprende composiciones escritas desde 1880, y que publica en 1900. En 1890 publicó su libro de *Poesías*, en New York, donde estuvo emigrado, después de haberse fugado de España y haber fracasado la expedición de Goicuría, en la que se había alistado.

Con su hermano Antonio Sellén (1839-1889) editó sus primeros versos, en los *Estudios Poéticos* (1863), dando después a la estampa el primer volumen de sus poesías solas, en 1865, como había hecho el año anterior, Antonio, con las suyas. Ambos hermanos eran magníficos traductores del francés, del inglés, del alemán y otras lenguas. Francisco hizo una insuperable versión del *Intermezzo lírico*, de Heine, que aparece en *Ecos del Rhin* (1881) con otras traducciones también suyas de Korner, Uhland, y otros poetas alemanes; de Byron tradujo *El Giaour*, que fué insertado en la *Revista Cubana*. De este famoso poeta inglés, también hizo versiones Antonio: *Cuatro poemas* (New York, 1877); así como de poetas daneses, suecos y alemanes, con las que formó el volumen *Joyas del Norte de Europa* (Habana, 1878), y de franceses, con las que integró *Ecos del Sena* (Habana, 1883). Tradujo el poema del poeta polaco Adán Mickiewicz, *Conrado Wallenrod*, y el drama de Bulwer Laytton, *Amor y orgullo*. Antonio, que es uno de los mejores traductores a nuestra lengua, es inferior como poeta, a su hermano Francisco.

Luis Victoriano Betancourt, a quien hemos citado entre los oradores y poetas revolucionarios, es el más dado, entre los de esta hora, al motivo sentimental, en el que se produce superior a su propia poesía de tono festivo o de inspiración patriótica. *La limosna espiritual* bastaría, por su sencillez cautivadora, para que no pasara inadvertida la obra poética de Betancourt; su acento y su ternura dan a esta poesía, que canta el dolor de la niñez desvalida, una inflexión subyugante. La *Oración infantil*, que ha solido elogiarse al par que aquélla, no alcanza su fluidez y delicada sensibilidad. Hay en este tipo de poesía que cultiva Betancourt, una marcada influencia de Núñez de Arce.

El de cualidades poéticas más definidas, del grupo, es Diego Vicente Tejera (1848-1903) patriota, de cierto espíritu aventurero, que lo llevó a la revolución de España contra Isabel II y a la de Venezuela, contra Guzmán Blanco; de ideas socialistas en política. Su primer libro

de versos es *Consonancias* (Barcelona, 1874), prologado por Pablo Muxó, poeta y matemático, y que luego incluye en la edición de sus *Poesías* (Habana, 1880) con una introducción de José Antonio Cortina, a la que lleva asimismo el tomito *Un Ramo de violetas* (París, 1877). Era un trotamundo; y además de los citados países anduvo por otros de América y Europa, aunque a New York lo llevó la causa cubana, a la que sirvió al lado de Aldama; como en el 95, al lado de Martí. De los poetas de *Arpas Amigas* es el más becqueriano; pero justo es reconocer que familiarizado con los poetas románticos más significativos de todas las literaturas, dejó sentir en muchas de sus poesías la influencia de varios, sin que pierda por ello su innegable originalidad.

Tejera es el poeta temperamental, que siente golpear el motivo y no puede refrenar el ansia de cantarlo; lo cual logra con fino arte y medular belleza. Su obra le denuncia soñador y vehemente; pero su ensueño no se reduce al anhelo de sí mismo, sino que trasciende e interpreta el anhelo colectivo; por eso en su lira vibra la cuerda del dolor íntimo, como en su elegía *A ti*, y la de la inquietud social, como en *Negro y blanco*. Digno de su momento, no falta ni la reflexión filosófica, en *Dios*, ni el latido patriótico en *La Estrella solitaria*, *La Invasión* y otras más. No en balde leyó mucho a Goethe, a Schiller, a Uhland, pues de esas lecturas nació su afición a las baladas, que escribió sutiles y deliciosas: *¡No!*, *Elisa*, *Vamos al mar*, *Fidelidad*, *En la sombra*, *El mendigo*, etc.; y en las que van hechas versos, horas de su vida. Heine y Bécquer trasudan en las breves y dulcísimas canciones de *Un Ramo de violetas*; a veces se acentúa en ellas el recuerdo de Leopardi y de Ventura Ruiz Aguilera, el suave poeta español. La más famosa de sus poesías es *En la hamaca*, que ha hecho evocar a más de uno a Fray Luis de León, por su exaltación a la vida retirada. Poema agreste de rico colorido, de delicado fondo bucólico, en que el poeta expresa desde el descanso que le propicia la colgante red criolla, la emoción del paisaje tropical, contemplado en la ardiente tierra venezolana. Hay en ella fresco e insinuante sensualismo, ritmo cadencioso y onomatopéyico; es un canto a la ociosidad plácida y cómoda que gustó el poeta en una brevedad (porque fué su vida más bien la de un luchador laborioso) y resonó en la historia como el más lejano eco de su musa. Escribió un poema dramático: *La muerte de Plácido* (1875).

Esteban Borrero Echeverría (1849-1906) prefirió el motivo doliente. Soldado del 68 (alcanzó el grado de Coronel) y emigrado del 95; médico eminente, profesor universitario; su vida fué una lucha incesante contra las más crueles estrecheces y la amargura de intensos golpes morales. Así se explica su poesía, triste y melancólica. No fué

poeta de espontáneos giros; pero su pensamiento profundo y bello, de exquisita calidad poética, da a sus versos un prestigio especial. *De lo íntimo, Dudas, Cansancio, Vana ilusión, Naufrago y solo*, reflejan el itinerario doloroso de su vida. En 1878 publicó un tomo de *Poesías*. Con su hija Juana (la precoz poetisa) y su hermano Manuel Borrero, compuso el librito de versos *Grupo de Familia* (1895). La influencia de Campoamor se advierte en la recopilación *Mis Postales*, que dejó ordenada, y que son humoradas y doloras que estaban diseminadas en álbumes. En la prosa (como habrá de apreciarse) dejó también una labor de calidad considerable.

Enrique José Varona (1849-1933) fué su íntimo amigo; espíritu artístico, tanto como pensador (aspecto en que mucho descolló y pesó en la conciencia cubana). Camagüeyano, como Borrero, fué autonomista primero y separatista después, como Tejera. Temprano comenzó sus labores literarias, de profunda base humanística, en *El Fanal*, de su ciudad natal. Las *Anacreónticas* fueron su primer fruto, en 1868; época en que coleccionaba el *Ramillete Poético* (1869), antología clásica española, que no vió la luz hasta 1920, en que la llevó *Cuba Contemporánea* a sus páginas. Ya hemos hecho referencia a la *Revista Cubana*, fundada por él y que tanto significa en la historia de nuestra cultura. Las publicaciones más importadas durante su larga vida, recogieron sus valiosos trabajos. Dió a la lucha del 95 todas sus energías: en New York redactó el manifiesto del Partido Revolucionario Cubano a los pueblos hispanoamericanos, bajo el título de *Cuba contra España*; y dirigió el periódico *Patria*, que fundara Martí. Bajo la primera Intervención fué Secretario de Instrucción Pública y de Hacienda; regentó la cátedra de disciplinas filosóficas y sociológicas en la Universidad de la Habana y fué Vicepresidente de la República.

Fué la suya, poesía de pensamiento. En 1878 imprimió su tomito de *Poesías*; y los *Paisajes Cubanos*, en 1879. Gustó del simbolismo, como se aprecia en el diálogo entre el poeta y el alma de Cuba, *Dos Veces en la Sombra*, y en *Herculano*. La primera, como se descubre, es un exponente de poesía civil, como *La Paz*, *Once de Mayo*, *A Cuba*. En algunos de sus poemas se dibuja el tema social del momento: *Bajo la capa del cielo*, *El tango*. El cordaje de su lira es a veces sonoro y agresivo, como *De mis recuerdos*. Lo mejor de su cosecha lírica es *Alas*, hermosa expresión de sus anhelos de cantar el himno a la inmensidad, de surcar el piélago de la libertad, dejar muy bajo la envidia, la ficción y de ceñirse con la mente, "do vuela el corazón". Los *Paisajes Cubanos* están imbuídos de Núñez Arce. A la República pertenecen los sutiles *Poemitas en prosa*, hechos bajo el influjo de Rabindranath Tagore.

José Varela Zequeira (1854-1939), amigo íntimo de Varona y de Borrero, y como ellos camagüeyano también, fué un cirujano ilustre, profesor de la Universidad habanera y emigrado en la guerra del 95. Abandonó la poesía por el bisturí, y con gracia feliz dijo Manuel de la Cruz que su placa de cirujano era un epitafio que decía: "Aquí yace un poeta". Su poesía es rica en ideas, muy musical, desprovista del pesimismo que se advierte en las de sus colaboradores de *Arpas Amigas*; y en vez de cantar la duda, cantó el entusiasmo. *Nuevos ideales*, *Esperar es vivir*, *Anhelos infinito*, *Fecundidad*, acreditan esta afirmación.

El camino señalado fué seguido por otros poetas menores: el andaluz Mariano Ramiro (1834-1886), en cuyas redondillas *Los ángeles de mi hogar* no se oculta la huella de Campoamor; publicó un volumen de poesías: *Versos* (1880); otro fué póstumo: *Punto final* (1887). Pablo Hernández (1843-1919), emotivo, dulce, soñador, cultivador preferentemente de los temas morales y sociales, en sus dos libros: *Idilios* (1885), prologado por Rafael Fernández de Castro; y *Primaverales* (1900) por Rafael Montoro. Manuel de los Santos Carballo (1855-1898) tiene una expresión original y fervorosa, a menudo altisonante y enfática, con giros muy novedosos y metáforas atrevidas; había en él rara calidad poética; sus poesías fueron recogidas en dos tomos: *Voces de la noche* (1893) y *Temblorosas* (1895); no concuerdan en lo absoluto con "la nueva era"; pero se mantienen más cerca de ella que del premodernismo. Destácase como sonetista de impecable corte clásico, en este período, Ricardo del Monte (1828-1909) que fué, en el periodismo la pluma persistente del Partido Autonomista; humanista y poligloto (hablaba francés, italiano e inglés, además del castellano) recibió fecundas orientaciones de su tío Domingo del Monte. Y pocos manejaron la décima con tanta soltura como Abelardo Farrés (1855-1906), autor de las *Guajiras*, que se agruparon en volumen en 1901 y de las antológicas espinelas *Frente a la verja del cementerio*.

El poeta sagüero Francisco Canto y Nores (1849-1912) es uno de los ejemplos de facilidad rímica y multiplicidad de temas, que distinguieron a diversos cultivadores del verso, en Cuba, en el período romántico y en sus derivaciones. Maestro, periodista, orador, patriota, llevó a sus poesías los motivos sociales y políticos que preocupaban su mente, sin dejar por ello de inclinarse, en muchas ocasiones, a la Musa erótica. Cantó a los héroes, a los anhelos colectivos, a las peculiaridades locales, a los más íntimos fervores del corazón, en estrofas rezumantes de sinceridad y espontánea expresión; cualidades que avaloran la prosa de sus artículos de *Mi primera campaña* (1895) y las bellas evocaciones

de sus *Tradiciones sagüeras* (1899). El grueso de su producción poética, diseminada en periódicos e inédita, es de fecha muy anterior y corresponde más bien a una postura transitoria, entre la decadencia romántica y la "nueva era".

Florece bajo el influjo de la "nueva era", algunas poetisas notables, que dan a sus versos peculiar acento personal: Amelia Castillo (1842-1920) emigrada por el ideal de Cuba, no obstante su matrimonio con un militar español, que tampoco miró con antipatía la causa cubana; cantó motivos inspirados en los afanes humanos y en posturas espirituales del hombre (*La duda*, *Al libre pensamiento*, *Melancolía*, etc.); y en temas patrios (*Trozos guerreros*); compuso *Fábulas* (Cádiz, 1879); exaltó la placidez de la *Vida campestre* y tocó de serenidad sus versos de intimidad: *Soledad*, *Idilio*, *Anbelo*, *Besos de fuego*, etc.; tradujo *La Hija de Yorio*, de D'Annunzio; en 1913 recopiló en seis volúmenes sus *Escritos*. Mercedes Matamoros (1853-1906) que inició la publicación de sus poesías, en 1879, vivió entre quebrantos y hondas penas morales y estrecheces materiales, por lo que se mantuvo alejada, tras su asidua concurrencia a las tertulias de Azcárate; Bécquer y Moore alentaron su técnica, según se aprecia en sus *Poesías completas* (1892); pero después de éstas escribe sus admirable *Sonetos*, que no fueron editados hasta 1902, y en los que figura su magistral poema *El Último amor de Safo*, que es más que una evocación de la inmensa poetisa griega, una confesión de su misma reacción emotiva, ante la contemplación de aquélla a través de su propio temperamento; son sonetos en que la pulcra expresión del arte más puro, revela el más vivo y profundo sentido erótico; y por su arquitectura y lirismo, difícilmente pueden ser superados; tradujo poetas ingleses y franceses. Nieves Xenes (1859-1915) si incorrecta a veces, cautiva por el fuego de su sinceridad y el aliento y valor con que confesó su amor imposible; su acento y su forma son becquerianos; sus *Poesías* fueron compiladas y dadas a luz por la Academia Nacional de Artes y Letras (en la que figuró como fundadora) al morir. Rosa Kruger (1847-1881) es inferior a las anteriores; hay en su poesía un fondo candoroso que la hace amable, y se inclinó más a la seducción del paisaje que al tema de su intimidad; el mecenazgo de José Antonio Cortina hizo posible la publicación de sus *Obras*, en 1883, prologándolas.

José Martí (Habana, 1853-Dos Ríos, 1895) da a la poesía una nueva sensibilidad, que es la suya propia; por eso en su obra poética, la emoción domina. Mucho había escrito en verso, antes de producir en 1882 sus *Versos Libres*; eran poemas nacidos al calor de sentimientos íntimos, amorosos, familiares, patrióticos, cuando compuso el drama

simbólico *Abdala* (1869) y la elegía *A mis hermanos muertos el 27 de Noviembre* (1872), siguiendo el estilo romántico de su tiempo. En los *Versos Libres* (que permanecieron inéditos hasta que Gonzalo de Quesada y Aróstegui los incluyó en su edición de las obras del Apóstol) da el paso hacia una nueva expresión; está escrito en endecasílabos que él calificó de "hirsutos"; animados por arranques viriles y hondos y resonantes armonías, que dicen de su fe y de su concepción elevada, ante todo cuanto constituye el mundo de sus preocupaciones sustantivas. En ellos cumple el ansia que encierran sus propias palabras preliminares: "Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como lengua de lava". Basta leerlos, para comprender que, como él quiso, no zurció de éste ni de aquél, sino que sajó en sí mismo. Entrañan una novedad extraordinaria por su pensamiento y por la manera de formularlo; bien ufano pudo decir que a nadie los pidió prestados. *Pollice verso* (en que reviven los días del presidio), *Yugo y Estrella* (dilema insinuante y decisivo), *Hierro* (canto del desterrado), *Homagno* (profunda investigación de la conciencia en sí misma); todos los poemas de este libro alumbran la idea con un simbolismo que suele ser oscuro; blasón de su conceptismo característico.

Su conceptismo proviene de su intensa cultura clásica, de su familiaridad con el siglo de oro español; como se enraizan además su *Ismaelillo*, sus *Versos Sencillos* y *Los zapaticos de rosa*, en el alma del viejo romance y en la franca sencillez de Santa Teresa. Fué un poeta romántico en su esencia; pero su técnica es clásica y su pensamiento y su tono son únicos, suyos, inconfundibles. El secreto de su personalidad poética se halla en que no escribe estos versos, sino por la necesidad insoslayable de escribirlos, de volcarse en ellos, de darles forma en el ritmo a sus incontenibles y profundas inquietudes. Si alguna vez la gracia poética prendió de inspiración el numen, ha sido en el caso de Martí, cuyo lirismo es de una intensidad y de una fisonomía exclusiva tales, que es imposible establecer paralelos. Por eso él mismo dijo convencido que sus versos "son como son". Manejó la forma de modo irreprochable; el instrumento del verso era en su mano tan perfecto como en la de cualquiera de los más significativos poetas del Renacimiento o del Barroquismo españoles; sin embargo, no obstante saberlos agrupar, como él afirmaba, de modo que fueran "por la vista y el oído al sentimiento", sabía también saltar por ellos, "cuando no pide rimas ni soporta repujos la idea tumultuosa". En esa nueva sensibilidad con que concibe y plasma el verso, ha querido verse un latido precursor del Modernismo, como también en su prosa. Símbolo, anar-

quía, primor de voces, invención de vocablos: hay en todo ello gérmenes modernistas indiscutiblemente. Lo hay en la índole de su individualismo y en lo arbitrario de su palabra y de su expresión.

Ismaelillo (New York, 1882), que es un haz de romancillos inspirados en el hijo, y llenos de frescura, responde a la sinceridad de su estética, pues lo pinta tal como lo han visto sus ojos (que no son los físicos precisamente) y por eso le advierte: "Cuando he cesado de verte en una forma, he dejado de pintarte". Los *Versos Sencillos* (New York, 1891) muy melodiosos, están imbuídos de la ingenuidad y de la vaguedad expresiva, pero elocuente y sugeridora cuando se capta su idea, de la poesía popular medieval. En ellos confiesa que es un hombre sincero que quiere echar sus versos del alma, antes de morir; que aspira a salir del mundo por la puerta natural; pero que, como hombre bueno que es, quiere morir de cara al sol; en ellos expresa su anhelo de morir sin amo, aunque no tenga patria; pero con la esperanza de que sobre su losa habrá, con las flores, una bandera; en ellos evoca el candor, la muerte y el entierro de "la niña de Guatemala"; y pinta en ellos, con tono de acuarela, a la bailarina española, que no es gallega, sino es divina; y pinta con un pincel que predice habilidades modernistas. Martí, en síntesis, era un convencido de que el poema "ha de ser hecho de una sola pieza y de una sola inspiración, porque no es obra de artesano que trabaja a cordel, sino de hombre en cuyo seno anidan cóndores, que ha de aprovechar el aleteo del cóndor".

Julián del Casal (Habana, 1863-1893) representa en lo poético mayores definiciones modernistas que Martí; es por ello que, conjuntamente con el colombiano, José Asunción Silva, encarna la significación más influyente del "premodernismo". Su culto por lo bello, su colorido plástico, su emoción por la lejanía, el aristocratismo de su lenguaje, su idealismo; su ansia de seres y mundos que animaran la ficción, en una evasión ardiente de lo vulgar y cotidiano; el fondo triste y escéptico de su lírica, denuncia un cosmos artístico de esencias modernistas. Faltaban otras singularidades del espíritu y mayores amplitudes en la técnica, aunque endecasílabos, alejandrinos y dodecasílabos son ritmos de su gusto, y en el tono de su poesía predomina un matiz crepuscular perseverante. Recorrió una vida nada dramática, a no ser por su miseria, por su íntima inconformidad y por la enfermedad que le llevó a la tumba, a edad temprana. Se había forjado un mundo de ensueños que le compensaba de las prohibiciones de la realidad. París y el Oriente le obsedían; y suspiraba por habitar un país remoto, donde los alciones vuelan, el cielo es gris y la nieblas amortaja el verdor de

los campos; o bien en algún lugar de Africa, donde el sol pone un tinte tornasol a los camellos; en una frase: deseaba lo exótico, lo que le sustrajera del paisaje y de las costumbres de donde vivía. En todo ello se reflejaba el propio dolor de su vida, arrastrado desde la inconsolable frustración familiar hasta la angustia de su quebrantada salud. Paulatinamente se apoderó de su espíritu el descreimiento, y un nihilismo absoluto lo abatió. Era lógico, en quien como se lamenta en sus versos: su vida "atormentada de rigores, es un cielo que nunca tuvo estrellas, es un árbol que nunca tuvo flores".

Hojas al viento (1890) recoge las poesías de su primera época, y los primeros brotes de la nueva etapa, influida por el parnasianismo de Heredia (el autor de *Los Trofeos*) y de Coppée. Ya en *Nieve* (1892) en *Bustos y Rimas* (1893, póstuma) el simbolismo lo conquista: las lecturas de Verlaine, Baudelaire y Huysmans le cautivaron; y en lo objetivo está proyectada su alma, extrayendo de su profundo dolor el tema de sus cantos. La amistad con Rubén Darío, que había pasado por la Habana, en viaje a España, fué fecunda para ambos escritores, coincidentes en tantos extremos estéticos. Lo bello y el amor fueron sus fuentes. La plástica de *Mi Museo Ideal* anima las figuras del mundo clásico, bajo una luz de belleza que irradia el temperamento del poeta; son sonetos que Heredia no desdeñaría. Así es, también, de deslumbrante parnasianismo *La Agonía de Petronio*. Pero el soneto (que tanto cultivó) debía recoger, lo mismo que su reacción ante los cuadros de Moreau, reviviendo las figuras grecolatinas, sus quebrantos más recónditos, inspiradores de *Pax Animae*, *A mi madre* (que se popularizó), *Inquietud*, *Paisaje Espiritual*, etc. La atracción del mar fué irresistible; lo contemplaba desde su boardilla, *Tras la ventana*, y lo describía y sentía en *Marina*, *Crepuscular*, *En el mar*. El poeta de los *Bocetos Antiguos* trata de compensarse a sí mismo, con las abstracciones de belleza que teje ante *Las Oceánicas*, *La muerte de Moisés*, *Bajo Relieve*, etc., de las sacudidas desfallecedoras que reflejan *Neurosis*, *Horridum somnium*, *Post umbra*, *Preocupación*, *Nihilismo*, *Desolación*, etc.

La poesía civil no le fué indiferente, y tremante ante los crímenes coloniales, escribió dos sonetos: uno en que llora el triste episodio de los estudiantes fusilados, y otro en que describe una ejecución en garrote vil, efectuada en el campo de la Punta, en la Habana. En *Bustos y Rimas* hay una parte en prosa (la que responde al primero de los dos vocablos que integran el título) integrada por semblanzas de estilo impresionista. Su nueva estética influyó en varios poetas de su tiempo, que revelan óptima calidad; aunque la influencia se debe más al cronismo de sus versos y al deslumbramiento decorativo de sus adjetivos;

es decir, a esos elementos que en su poesía exteriorizan su impenitente amor a lo bello.

Brillan entre sus continuadores, los hermanos Uhrbach, Juana Borrero, Aniceto Valdivia, Bonifacio Byrne. Carlos Pío (1872-1897) y Federico Uhrbach (1873-1932) publicaron en 1894 un libro con poesías de ambos: *Gemelas*; las de Carlos Pío, bajo el título de *Camafeos*; y las de Federico, bajo el de *Flores de hielo*. Otro libro más habían de hacer en colaboración: *Oro*; pero vio la luz mucho después de muerto Carlos Pío en los campos de la revolución del 95. El estilo fraternal se caracteriza por la selección de vocablos bellos; y cantan una poesía cargada de quimeras, aunque sin caer nunca en lo extravagante. Federico evolucionó y alcanzó la plenitud modernista en *Resurrección* (1916), que entraña su mensaje pletórico de tonalidades subyugadoras y de riqueza léxica. Es un canto de optimismo; en él las campanas simbolizan su íntimo alborozo, porque la esperanza ha llenado de luz el espíritu, a quien no ha vencido la experiencia, sino, por el contrario, estimulado de intensa fe. El cantor doliente de la primera etapa, se torna entusiasta ahora. En este libro emplea una gran riqueza métrica, aunque prefiriendo el alejandrino. Puede decirse que es, en general, una verdadera "resurrección" del poeta.

Juana Borrero (1877-1896) fué un caso sorprendente de precocidad genial, tanto en la poesía como en la pintura; era hija de Esteban Borrero Echeverría, y murió en la emigración, cuando aún no había cumplido diecinueve años. Fué novia de Julián del Casal, que ejerció poderosa influencia en su espíritu artístico, que la llamó "virgen triste" y la describió en uno de los pocos poemas en octosílabos que escribió; después lo fué de Carlos Pío Uhrbach. Juana Borrero fué una contemplativa del amor; en Uhrbach siguió la misma emoción que le provocara Casal: "tus rimas . . . me recuerdan la imagen querida de un ser adorado que duerme en la tumba"; y cuando desapareció aquél, quiso que su corazón fuera "el árbol cubierto por la nieve", y que ella fuera "el rayo de sol". Amó las evocaciones románticas (*Medioeval, En el templo*); sintió el privilegio de "hablar a las estrellas su idioma cadencioso" (*Los astros*); animó el ideal en el amor (*Ultima rima*) y en la patria (*El Ideal*); y supo imprimir poesía a lo plástico (*Apolo, Las hijas del Ran*). Sus versos se publicaron en el ya citado *Grupo de Familia* y en *Rimas* (Habana, 1895).

A este último puso prólogo Aniceto Valdivia (1859-1927) que usó el seudónimo de "Conde Kostia". Su estilo poético se mantiene en el parnasianismo de los *Bocetos* de Casal; tanto en los sonetos *Sidérales* como en sus *Bronces Cubanos*. Su afrancesamiento le llevó a la

prosa, en que fué un delicioso cronista; y tanto en ésta como en el verso, fué un furibundo cultor de la forma. Débensele muy buenas traducciones, del francés y del inglés; entre ellas las que hizo de Catulle Mendés y las que se le encomendaron para la popular Biblioteca Universal. Bonifacio Byrne siguió las huellas de Casal, en *Excéntricas* (1893); pero alcanzó la plenitud modernista, a la que pertenecen *Poemas* (1903) y *En medio del camino* (1914). Su mayor significación se halla en su poesía patriótica, según apreciaremos; fundó algunos periódicos en Matanzas (*Yucayo*, *La Mañana*, *Diario de Matanzas*); colaboró en las principales revistas del primer cuarto del siglo actual, así como en periódicos de la Emigración, que pasó en Tampa; triunfó en diversos certámenes poéticos.

En el teatro sigue siendo el género bufo, el genuinamente cubano y el que mayormente conquistó el favor popular; a pesar de la protesta que entraña el estudio de Aurelio Mitjans, premiado en las tertulias de José María de Céspedes, y en que sostiene que esta modalidad adultera el valor estético de lo cómico (9). Fuera del género bufo se hallan obras esporádicas en el conjunto bibliográfico de autores que se distinguen en otras manifestaciones literarias; algunas que hacen pensar que, tal vez, de haber hecho del teatro un objetivo preferente, sus autores habrían logrado descollar en la literatura dramática. Así acontece con el profesor Emilio Blanchet (1829-1915) creador de versos, obras históricas, novelas y páginas de crítica, que escribió diversos dramas sobre hechos y personajes de la historia: *El Anillo de Isabel Tudor*, *La Conjura de Pitou*, *Alarico en Roma*, etc.

En esa expurgación de las obras teatrales, en el conjunto bibliográfico, nos encontramos con múltiples casos: además del que nos ofrece el ya citado Tejera con *La muerte de Plácido*: el de Francisco Javier Balmaseda, que dejó comedias como *Amelia*, multitud de monólogos y un drama sobre *Carlos Manuel de Céspedes*; Alfredo Torroella, que en Méjico estrenó el drama *El Mulato* (1870), cuando estuvo allí emigrado, colaborando con Martí, en *El Federalista*; el propio José Martí, que, además de *Abdala* (ya anotado) escribió el drama *La Adúltera*, con reminiscencias de *Un drama nuevo*, de Tamayo, y cierta técnica echegarayesca, y el proverbio *Amor con amor se paga*, estrenado en Méjico; Francisco Sellén, que se inspiró en *Hatuey* (1874) para enaltecer la libertad indirectamente, y movió un bellissimo cuadro, en la tragedia *La Muerte de Demóstenes* (se publicó en 1926) amén de otros ensayos dramáticos (*Las apuntadas de Zuleika*, *Fausto*); Aniceto Valdivia (de quien hablábamos hace poco, como poeta lírico), y que es-

trenó los dramas *Senda de abrojo* (1880), *La Ley suprema* (interpretada por el actor español Vico, en el teatro Tacón), *La muralla de hielo* (1882), etc.; José de Armas y Cárdenas, a quien el propio Vico representó *La lucha por la vida*, en 1895, y que ese mismo año dió también a la escena *Los Triunfadores*; Raimundo Cabrera, en comedias satíricas: *Vapor correo*, *Del parque a la luna*, etc.; José Güell y Renté (1818-1894) hecho más bien al ambiente europeo, a quien debe un drama histórico, sobre la polemizada figura del príncipe *Don Carlos*; Bonifacio Byrne: *El Legado*, en verso; Ramón Meza, que escribió la comedia *Una sesión de hipnotismo*...

Ha habido otros, de los que se sabe simplemente que escribieron alguna que otra obra para teatro, nada más, aunque sin grandes ambiciones ni mayores resultados: Bernardo Costales, Rafael S. Jorrín, Miguel Ulloa, etc. Bien merece exceptuarse Luis García Pérez (1832-1893) por su drama de vigorosas escenas y rotundos versos, *El Grito de Yara* (New York, 1879). Hubo sin embargo, quien produjo una obra dramática constante, revelando una dedicación persistente al género, y con más de un acierto en su saldo: Augusto E. Madan (1853-1915), de quien se hizo, en 1879, una edición de sus Obras Dramáticas. Realizó estudios en Madrid, poseyó una biblioteca muy nutrida, principalmente de obras teatrales, estuvo en contacto incesante con el movimiento escénico de su tiempo, en la capital española, y produjo cerca de sesenta obras, entre dramas y comedias, de las que muchas fueron estrenadas en España, y algunas alcanzaron el favor popular: *El Anillo de Fernando IV*, *Wilfrida*, *El Rey mártir*, *El Capitán Centellas*, *El Calvario de la deshonra*, *Consecuencias de un matrimonio*, etc. Colaboró a veces con los poetas españoles Liern y Triay. También nuestro suelo daba artistas consagrados con buen éxito a la interpretación escénica del drama y de la comedia, y dos nombres se destacaron en el país y fuera de él: la célebre Luisa Martínez Casado, y Pablo Pildaín.

El género bufo tuvo varios y fecundos cultivadores: Juan Francisco Valero (que coleccionó en 1865 los artículos de costumbres de sus Cuadros sociales) fué el autor del famoso proverbio *Perro buevero, aunque le quemen el hocico*, provocador de los sucesos del teatro Villanueva (1869); Ignacio Sarachaga ganó mucha popularidad; sostuvo con Hernández Miyares, *La Habana Elegante*, y colaboró en otros periódicos y revistas; sus sainetes derrochando gracejo: *Un baile por fuera*, *Un cachimbo*, *El doctor Machete*, ¡*Arriba con el Himno!* (frase que hizo fortuna en el humorismo popular); Olayo Díaz y González, actor bufo también, que hizo piezas de mucha agudeza satírica: *El buen camino*,

Pinturas vivas, *La supresión de la Provincia*, etc.; José M. de Quintana, fecundísimo: *La mulata de rango*, *Diputados a Cortes*, etc.; Laureano del Monte, Raúl del Monte, Eduardo Meireles, Luis Martínez Casado, Joaquín Robreño, Gustavo Robreño, Federico Villoch (n. 1868) que ha llegado produciendo hasta nuestros días, además de obras teatrales, poesías y crónicas del ayer lejano; ya en el pasado siglo se cimentaba su fama de sainetero; su producción es vastísima.

La literatura costumbrista, que tan importante tradición hemos visto que tiene en la historia de las letras cubanas, continúa con valiosos exponentes, que, unidos a los estudiados en el anterior período, ofrecen un animado panorama de la vida criolla en el siglo XIX. En 1881 se editó en la Habana una obra muy lujosa, profusamente ilustrada con dibujos de Patricio de Landaluce: *Tipos y costumbres de la Isla de Cuba*, conteniendo artículos de diversos costumbristas, algunos de los cuales han sido ya apreciados, a través de estas reseñas culturales, en esa modalidad de su pluma (Costales, Bachiller, José Victoriano Betancourt, Urzais, etc.); otros florecieron después de 1879; tal el caso de Luis Victoriano Betancourt y de Francisco de Paula Gelabert. Pero antes de referirnos a la labor costumbrista de ambos, quede hecha mención de la obra de un escritor norteamericano, Samuel Hazard, que diez años antes fué publicada en New York: *Cuba a pluma y a lápiz*, que es una descripción amenísima de la vida en campos y ciudades de la Isla, y que el autor animó con dibujos suyos.

Luis Victoriano Betancourt, fundador de la revista satírica *Rigoletto* y colaborador de diversos periódicos, hizo de sus artículos un estímulo reactivo contra los errores y vicios sociales, a los que satirizó, yendo a fondo, en nombre de una moral sincera y constructiva, en cuyos desahogos no asomó nunca el ataque personal, sino el cauterio contra las desviaciones colectivas. Su humorismo fresco compensaba la acritud de la intención, regando con delicioso gracejo aquellas páginas enderezadas a hacer reflexionar a una sociedad enquistada en sus yerros y desaciertos. El escepticismo destila a veces en aquéllas: *La Habana de 1810 a 1840*, en forma dialogada. Aunque escribió muchos de sus artículos antes del 68, es después de la guerra que más se gustan y comentan. *Gente ordinaria*, *Los primos*, *El matrimonio*, *Yo quiero ser novelista*, *La moda del tupé*, *Una rumba*, *El baile*, *Los pollos*, cuentan entre los mejores.

Francisco de Paula Gelabert (1834-1894) recopiló en *Cuadro de Costumbres Cubanas*, en 1875, sus artículos de costumbres. Ingeniosos y de rico colorido, supieron deslizar el espíritu de su sátira, en las des-

cripciones vivas y animadas que contienen, pletóricas de gracia y movidas en buena y ligera prosa. *En un velorio*, *Una escuela de niños por vía de recursos*, *Un baile en casa de Periquín*, *Lances de Nochebuena*, saben colorear lo ridículo, para lograr su finalidad docente. Este articulista, que a veces hizo versos, llevó su afición costumbrista a la novela (*María Luisa* y *Un secreto y un secretario*); pero su acierto está en la prosa corta en que ahora lo ponemos de relieve, y en la que ha sido una de nuestras principales figuras.

La vida y el paisaje cubanos calorizaron el cuento. Entre sus cultivadores de más relieve literario está Manuel de la Cruz (1861-1896) en quien el sentimiento de cubanía fué una de las principales características de su existencia y de su pluma. *La Revista Cubana* y *La Nación* (de Buenos Aires) acogieron gran caudal de su producción; pero sus cuentos fueron insertados en otros periódicos, y especialmente en *El Almendares* y en *La Revista Habanera*. Su separatismo lo vinculó a Martí; y fué el secretario particular de Estrada Palma, hasta su muerte en New York. Su labor histórica y crítica es de las más singularizadas y estimables. Su estilo es inconfundible, tocado de elegante impresionismo; audaz en el giro y en las ideas, que suelen precipitarse en metáforas de tonos fuertes e intenso esmalte, que dan a sus estampas un dinamismo y sensación artística de eficaz vigor. Narró con sugestiva gracia, y sus cuentos, que vieron la luz entre 1882 y 1885, son, por su originalidad y técnica, de los que más alto pueden permitir hablar de este género en nuestras letras. *El Manco de la sierra*, *El guardiero*, *El Dominó negro*, *La hija del montero*, *Historia de un abrazo*, unen el interés episódico al primoroso estilo; *La visión del valle*, *Del Trópico al Polo*, son fantasías en que se desborda el artista que dominó siempre en Manuel de la Cruz.

Fiel al ambiente criollo, Ildefonso Estrada escribió cuentos inspirados en costumbres cubanas, que reunió en el volumen *El Quitrín* (1880); y Rafael de Castro Palomino, en *Cuentos de boy y de mañana* (1883), en los que escarba en lo social y en lo político; José Martí les puso prólogo (como en 1893 a su libro de versos, *Preludios*) y elogió sus méritos. El cuento filosófico tiene dos exponentes admirables, debidos a Esteban Borrero Echeverría: *Calófilo* (1879) publicado en la *Revista de Cuba*, y el extensísimo que insertó la *Revista Cubana*, titulado *Aventura de las Hormigas* (1888). El primero trata de demostrar la relatividad de lo verdadero y la revelación de lo bello; *Calófilo* encarna la negación del genio. El segundo entraña una formidable sátira, por la que desfilan simbólicamente, las categorías morales y sociales de la humanidad; es una de las creaciones más ingeniosas

producidas en nuestra literatura, en la que el vasto y profundo saber del autor, y su sobria y maciza prosa, le dan un valor de primera categoría; pocas obras podrían competir con ella, en esa suerte de milagro artístico, en que se funden tan brillantemente la erudición y la garantía. Medulosos y ejemplarizantes son los cuentos de *Lectura de Pascuas* (1899). Manejó el simbolismo en todas estas narraciones cortas, e igualmente en *El Ciervo encantado* (1905), que es un cuento satírico-político sobre la situación cubana.

Sobresale en la novela la personalidad de Nicolás Heredia (1852-1901) de cuna dominicana y muerto repentinamente en Estados Unidos; patriota ardoroso e impulsor de cultura, en el ambiente de Matanzas, donde fundó periódicos y animó centros y tertulias; fué primero autonomista, y después separatista, marchando a Estados Unidos y dirigiendo *Patria*, en sus postrimerías; profesor de la Universidad de la Habana y Director de Instrucción Pública, durante la primera Intervención. Su primera novela fué *Un hombre de negocios*, (Matanzas, 1882). El costumbrismo no podía faltar; la prosa está bien lograda; pero dista de la que habría de exaltarlo a primer plano, entre nuestros novelistas, permitiéndole compartir con Villaverde la cima del género: *Leonela*, que aunque escrita hacia 1886, no fué editada hasta 1893, en la Habana. La intituló inicialmente, *Encarnita*; nombre acaso demasiado revelador del hecho cierto que dice Heredia en el prólogo, que narra en esta novela.

Es de ambiente cubano; pero hay en ella rasgos psicológicos que la separan de la mera narración costumbrista. La tendencia realista, predominante ya en Francia y España, repercute en la concepción de Heredia. Su estilo supera al de Villaverde, aunque no el arte de describir. El asunto, que tiene por escenario la ciudad de Jarabacoa, al margen del Cuabillas, tiene por eje central el amor de dos hermanas gemelas (Leonela y Clara) hacia un mismo individuo: el ingeniero Valdespina; la marcha de ese amor, descubre la psicología de las dos muchachas: la una (Clara) dulce, soñadora, inteligente y más cultivada; Leonela, impetuosa, práctica, con el corazón "revestido de un carapacho contra el amor". El parecido de ambas ayuda los planes de Leonela, a quien la presencia del ingeniero venció su predisposición; y llevada por los impulsos de una pasión irrefrenable, y no pudiendo atemperarse a la realidad del compromiso de su hermana con el disputado joven, se hace pasar por Clara, en la oscuridad, y se entrega a él. Enterada ésta de la verdad, lejos de reaccionar airada, lo hace compasiva y comprensiva, y trata, aunque inútilmente, de convencer a Valdespina de que se case

con Leonela: "Te amaba más que yo, y ahí tienes el secreto. Yo, a pesar de mi resolución, tal vez no me habría hallado con valor para llegar al último extremo y hacer lo que ella hizo". La negativa del ingeniero precipita el suicidio de Leonela, herida en su orgullo: "Amó una sola vez, y amó con rabia".

La trama es interesantísima y se desarrolla con gran habilidad. El tipo de Leonela es impresionante, por su pujanza y decisión, por su oleaje pasional y su altivez extrema; el de Clara atrae, desde el polo opuesto, y gana la simpatía en su gesto final. Pero la obra está ple-tórica de tipos magistralmente trazados: el tonto Manengo, tipo de campesino crédulo, a quien la vejación de sus más íntimos sentimientos, convierte en incendiario contra los burladores de su buena fe; el poeta Fico Suárez; el petulante abogadillo Mendoza; el mundano P. Gallardo, impenitente jugador de gallos; los padres de las jimaguas, doña Luisa y don Cosme; el Capitán pedáneo; el sublevado de 68, Celedonio Pérez; el propio Valdespina, que sin ofrecer el relieve que su papel exige, no deja por eso de interesar a través de su serenidad calculadora. Un lienzo soberbio es toda la novela, en que luce el paisaje cubano todo su esplendor, y palpitan las costumbres pueblerinas con vivacidad sorprendente. El panorama de *Cecilia Valdés* es más amplio; pero hay que convenir en que la novela de Heredia es un indispensable complemento, para la reproducción del ambiente cubano del pasado siglo, ya que en ella son más ricos y agudos los detalles de la vida criolla, en las ciudades fuera de la capital, y que Heredia hace llegar, como el saldo de su perspicacia observadora, a través de los animadísimos episodios que se articulan en el argumento.

Ramón Meza y Suárez Inclán (1861-1911) sigue en mérito a Heredia, entre los novelistas de esta etapa. Se inició como escritor en *La Habana Elegante*; pasó la guerra del 95 en la Emigración; en la República fué profesor de la Universidad y Secretario de Instrucción Pública. Su primera novela es *Flores y Calabazas* (1886), influida por *María*, de Jorge Isaacs; la publicó acompañada de un cuento: *El duelo de mi vecino*. Le sigue *Carmela* (1887) muy parecida en su asunto a *Cecilia Valdés*, aunque de menos dimensiones y alientos. Su primera novela de importancia es *Mi tío el empleado*, (Barcelona, 1887), en la que el autor da pruebas de su contacto con lecturas de los novelistas realistas franceses, principalmente Alfonso Daudet. Su fondo es satírico; ridiculización del empleado colonial proveniente de España, carente de preparación, aún para los cargos menos responsables, y que alcanza altas posiciones administrativas, con la cooperación de algún personaje inescrupuloso, permitiéndole volver a su tierra natal, con una

fortuna. Meza derrocha fino humorismo en las peripecias de la pintoresca vida del protagonista, y describe con minuciosos detalles las costumbres y los tipos. De corte análogo es otra novela: *Don Aniceto, el tendero* (Barcelona, 1889). Meza fué un gran observador, y lo demuestra, no solamente en estas novelas, sino en gran cantidad de artículos, en los que puso de manifiesto también sus buenas informaciones arqueológicas de Cuba.

El novelón romántico tuvo adeptos de poca monta: Eduardo Ezponda, autor de la larga e insulsa *¿Es un ángel?* (1877), de costumbres cubanas; Teodoro Guerrero: *La nube negra*, *El escabel de la fortuna*, *Los mártires del amor*, etc., casi todas publicadas en Madrid, de 1874 a 1877, como *Rosas y perros*, de Ramón Rodríguez Correa, el editor de las *Rimas*, de Bécquer, de quien fué íntimo amigo; más discretas y de mejor gusto son las *Historias campesinas*, de María de Santa Cruz, publicadas en 1876. Nos interesan más, siquiera sea por su asunto, varias novelas históricas de Francisco Calcagno (1827-1903), más conocido por su diccionario de biografías cubanas. Estas novelas giran alrededor de sucesos y personajes de nuestro pasado: *Los crímenes de Concha* (1887), *Los Lazo* (1893), *Don Enriquito* (1895) referente a la célebre Enriqueta Faber; *El Emisario* (1896), *Un casamiento misterioso* (1897). Regístrase otra novela histórica: la de José de Armas y Céspedes, titulada *Frasquito*, cuya acción se contrae a los comienzos de la tercera década de la pasada centuria, en la Habana.

Otros más se sienten atraídos por el arte de describir nuestras costumbres, novelando: Eusebio Guiteras, en su *Irene Albar* (Barcelona, 1885), extensísima (aunque quedó inconclusa) como buen exponente romántico; y Domingo Malpica, autor de *En el Cafetal* (1890), de agradable forma, pero de quiebras en la descripción, debido a erróneas observaciones o a no bien digerida erudición. Delicadas y finas, respondiendo a una mejor conciencia artística, son *Almas perdidas* (1886) y *Sol de Otoño* (1893), de Miguel Garmendia, que más se distinguió en la didáctica. El tema abolicionista lo abordó en su novela *La Campana del Ingenio* (1883-84), Julio Rosas, seudónimo de Francisco Puig y de la Puente (1839-1911) ardiente devoto de nuestra libertad, a quien mucho estimara Martí, dedicándole frases llenas de simpatía; antes había escrito muchas novelas, de pura cepa romántica, algunas de ellas publicadas en Cádiz, desde 1856. Más bien sobre el conflicto de razas, contempló el problema del negro, Martín Morúa Delgado, en su novela *Sofía* (1891).

Martí tradujo algunas novelas (de Hugo Conway y de Helen Junt Jackson) y escribió una que apareció en varios números de *El Latino-*

Americano, de New York, en 1885: la firmó con el seudónimo de Adelaida Ral y se titula *Amistad Funesta*. El asunto parece extraído de sus recuerdos; según él mismo afirma, acontecido en la América del Sur. Es novela de amor y celos, de trama muy sencilla, sin grandes complicaciones; el personaje central se ha pensado que sea el propio autor; y tanto éste como las dos mujeres que juegan en la fábula (Lucía y Ana) están bien concebidas y tratadas. Más que novela en sí, nos interesa *Amistad Funesta* por su estilo, pues su prosa es tal vez la manifestación más evidente de los elementos modernistas que jugaron en los valores literarios de Martí. El simbolismo y el colorido que privan en la prosa de estos capítulos novelescos, así como la peculiaridad de sus metáforas, denuncian una sensibilidad muy acorde con los más esenciales aspectos técnicos de la nueva escuela.

CAPÍTULO III

LOS PROSISTAS. HISTORIADORES, CRITICOS, ESCRITORES DIDACTICOS, PUBLICISTAS Y PERIODISTAS

CUATRO grandes figuras toman relieve en la prosa, durante este período: Piñeyro, Sanguily, Varona y Martí.

Enrique Piñeyro, cuya significación en la oratoria hemos definido, es el maestro de la prosa serena y pulcra, erudita y donosa, de conceptos claros y precisos y cláusula armoniosa. En la historia como en la crítica, su documentada información y su juicio imparcial son cualidades positivas. Sus estudios ofrecen una novedad apreciable, que los hace imprescindibles. Escribió su bibliografía y su autobiografía; la primera fué completada por Domingo Figarola Caneda. Su alejamiento en París le permitió realizar lo que otros cubanos insignes no pudieron por su vida azarosa: la redacción y publicación de sus obras, a excepción de *Morales Lemus* y *la Revolución de Cuba*, dada a la estampa en New York, en 1871. En ella estudia la situación cubana y los empeños diplomáticos del gran partriota, en sus afanes por obtener el respaldo norteamericano; subrayando, en anverso y reverso, la política del Secretario de la Guerra, General Rawlins, y la equívoca del de Estado, Hamilton Fish.

Ya producto de su estancia en Europa, aparece en 1883, en Madrid, *Poetas famosos del siglo XIX*, semblanzas y opiniones que revelan su buen gusto, su penetración crítica y su sentido estético, sobre poetas ingleses (Byron, Shelley, Wordsworth, Keats), franceses (Victor Hugo, Lamartine y Musset), alemanes (Goethe y Heine), el español Espronceda y el italiano Leopardi. Sobre *Manuel José Quintana* publica un libro, también en Madrid, en 1892, describiendo la vida, la producción y la importancia histórico-literaria de aquel último latido del neoclasicismo, del que se escapan preludios prerrománticos. En 1901 da a conocer, en París, su imprescindible obra *Vida y Escritos de Juan Clemente Zenea*, muy acuciosa, y en la que trata de fijar la verdad en su preciso punto, acerca del proceso y fusilamiento del desventurado can-

tor de Fidelia. Lo justifica y defiende, al par que analiza los valores del hombre y del poeta.

Muchos de sus trabajos florecidos en el siglo XIX, son recogidos en libros que edita en París, en la primera década del siglo actual. *Hombreres y Glorias de América* (1903) comprende su estudio sobre *El Conflicto entre la Esclavitud y la Libertad en los Estados Unidos, de 1850 a 1861*, que había sido publicado en la *Revista Cubana*, de Varona, y en el que explica las causas de la guerra de secesión americana; enjuicia la llamada cuestión de Kansas, hace un atinado paralelo entre Lincoln y Douglas, aquilata la personalidad de John Brown y determina la significación y los méritos de la novela *La Cabaña del Tío Tom*, de Beecher Stowe, terminando con un juicio de conjunto de la gestión presidencial de Lincoln. Contiene además, su biografía de *Don José de la Luz y Caballero*, escrita con emoción, y diversos estudios bibliográficos sobre obras de Bello, Mitre, Motley, etc., refutando a Menéndez y Pelayo sus afirmaciones sobre Heredia, vertidas en su *Antología* de poetas castellanos de nuestro Continente. En *Biografías Americanas* (1906) reproduce discursos y monografías sobre Bolívar, San Martín, Olmedo, Daniel Webster, Plácido, Morales Lemus y el padre del cantor del Niágara. *Bosquejos, retratos, recuerdos* es un tomo póstumo (1912) con sus estudios sobre varios poetas: Alvarez Cienfuegos, Víctor Hugo, Blanco White y Heredia, el autor de los *Trofeos*; y evocaciones de Guzmán Blanco, el caudillo venezolano, de la muerte de Maximiliano de Habsburgo, de la coronación de la Avellaneda y de sus días en Perú y Chile.

Dos obras de Piñeyro han alcanzado la categoría de fuentes obligadas: *El Romanticismo en España* (1904) que citan cuantos posteriormente han estudiado el movimiento. Difícilmente se superará la ajustada valoración estética que hace de cada uno de los personeros de la escuela, y que sucede a un ponderado examen de las causas y características del romanticismo español. La mayoría de los capítulos de este libro fueron publicados en el *Bulletin Hispanique*, de París. *Cómo acabó la dominación de España en América* (1906) es la otra obra a que nos referimos. Presenta en ella el desenvolvimiento de la política seguida por España en América, y de la que fué eje Cánovas del Castillo; considera y aprecia las causas que provocaron la presencia norteamericana en la guerra de Cuba; y sigue la marcha del conflicto, hasta la terminación de la soberanía de la Metrópoli en nuestro suelo. Inserta a continuación su conferencia sobre *Ayacucho y Santiago de Cuba*, llamando la atención sobre lo que representan ambos episodios

en la historia americana; y por último su biografía de *José María Heredia*, a quien exalta como poeta nacional y como precursor de las luchas por la independencia.

Manuel Sanguily (Habana, 1848-1925) discípulo de Luz y Caballero, en El Salvador, es una de las más brillantes representaciones de la tribuna y de la crítica (tanto histórica como literaria). Inició su carrera de escritor en *El Siglo*. Peleó en el 68, alcanzando el grado de coronel, y colaboró en los periódicos de la Manigua; tras el Zanjón, se graduó de abogado, en Madrid; figuró en la *Revista de Cuba*; formó en las filas autonomistas, primero, y después en las separatistas; fundó *Hojas Literarias* (como ya se ha apuntado) y colaboró en la revista de Varona. Actuó en la Emigración, durante la campaña del 95. Fue Constituyente de 1901; y en la República libre, Secretario de Estado y Senador. La oratoria le cuenta entre sus más altos valores, por el medular contenido de sus discursos, vestidos con ejemplaridad artística; por la emoción de su palabra abundosa, de magníficas metáforas y rotundas cadencias, por su énfasis y por la prestancia de su figura y gallardía de su gesto. Oratoria de amplia cláusula, caudaloso verbo y sonora armonía, era la legítima encarnación del tribuno. En el mitin de Guáimaro despuntó en la oratoria política, y en las tertulias de José María de Céspedes, en la académica, versando sobre *Los poetas y la poesía*. El discurso que lo consagra como grande del género es el que, sobre *Elementos y caracteres de la política en Cuba*, pronuncia en el Círculo Liberal de Matanzas, en 1887. De sus innumerables discursos y conferencias, coleccionó los más importantes, en 1918, en dos volúmenes.

En esos discursos está la esencia de su ideario político y social, que revelan al demócrata y al panamericanista; especialmente en el citado de Matanzas; en el que tuvo por marco La Caridad, del Cerro, sobre *El dualismo moral y político en Cuba* (1888); en los que fueron pronunciados en Chickering Hall (en New York, durante la Emigración del 95) sobre Martí y Céspedes y en el que antes había dicho en el Teatro de la Caridad, de Santa Clara: *La situación, sus causas y sus remedios* (1891). La patria, concebida por él como singular reunión de razas, costumbres, leyes y tradiciones, le hizo fuerte en su tesis de que aquella no podía ser nunca España, sino solamente Cuba. Destacó como misión primordial del Estado, la defensa del individuo, garantizando su libertad de pensar y de creer, así como su dignidad y su vida; y abogó porque se asentara en un régimen de moral y beneficencia colectivas, para impulsar el progreso, sobre bases de honestidad, capacidad y trabajo. Defendió la igualdad ante la ley, de blancos y negros; pero

advirtió los peligros de tomar a éstos como escabel para ambiciones y aspiraciones. Sus discursos sobre *Heredia* (1890) le sirvieron para abogar por sus convicciones americanistas, estimando la cultura como principal factor de unión entre nuestros pueblos. Contempló el caso particular de nuestras relaciones con Estados Unidos, y las aconsejó cordiales, pero de mutuo respeto. En el Senado combatió el Tratado de Reciprocidad con la nación norteamericana, expresando su criterio adverso a que se vendieran tierras al extranjero, así como que Estados Unidos deben comprarle más a Cuba, que ésta a ellos, por ser inferior en número nuestra población, y, por tanto, nuestra capacidad adquisitiva.

Su pensamiento orientador de la conciencia cubana hace apreciarlo como uno de los maestros de nuestra cultura. Su prosa, en la que no desaparece el énfasis oratorio, ofreció, lo mismo que la tribuna, su criterio nacionalista, su vastísima erudición y su capaz sentido crítico. La cultura histórica, como la literatura, le debe mucho. En la formación de su juicio estético influyó mucho Piñeyro; y en lo crítico especialmente, las ideas de Taine y de Lemaitre, tanto ante el fenómeno literario, como ante el hecho histórico. Tuvo bien presentes los conceptos sobre raza, medio y momento, para el enjuiciamiento, así como el determinismo científico. Fué severo en sus opiniones, pero siempre agotó las argumentaciones, hijas del análisis pormenorizado. En lo histórico ha dejado estudios de personal observación, afincados en muy serias fuentes, sobre los caribes, así como sobre la personalidad de Colón y el Descubrimiento, terciando en amplia polémica; todo lo cual (que data de 1884) fué después recogido en un volumen de su *Obras*, publicadas por su hijo, de 1925 a 1941: *Los Caribes y Colón*. En el tomo *Páginas de la Historia* se incluyen utilísimos e interesantes trabajos sobre la Revolución del 68, Máximo Gómez, Agramonte, Céspedes, Narciso López, etc., y descripciones de diversos combates en que estuvo.

Oradores de Cuba es un libro provechoso y sugestivo. Es un animadísimo recuento de valores de la tribuna cubana, en todos los aspectos. La información de Sanguily le permite aportar datos sobre los que le antecedieron; el conocimiento directo de sus coetáneos, se traduce en una copiosa relación de insustituible valor, ilustrada a ratos con la reproducción de párrafos de discursos por él escuchados y retenidos por su maravillosa memoria. Su reseña abarca el púlpito, la cátedra, el mitin, la Cámara insurrecta, la tertulia, la conferencia; y paralelo al relieve de las figuras de la oratoria, va el proceso de las instituciones culturales del país y de sus personeros. Complemento que

brindan a esta labor, sus semblanzas y diversos artículos sobre *Luz y Caballero* y *Enrique Piñeyro*, que integran otros dos tomos de sus Obras. La monografía sobre los oradores se publicó en la *Revista Cubana* (1886), al igual que la semblanza de Luz; la de Piñeyro, en *La Habana Elegante* (1888). Lo mejor de su crítica literaria se halla en *Hojas Literarias*. Allí están sus excelentes trabajos sobre Taine, Leopardi, Zola, la *Leonela* de Heredia, Rafael Montoro, Plácido, *Gil Blas de Santillana*, los sonetos parnasianos del Heredia cubano-francés, etc.

La prosa de Sanguily nutrió también el artículo periodístico, a lo largo de su lucha combativa contra España. En los diarios y revistas de más significación se encuentran estos escritos: en los de la Manigua (*La Estrella Solitaria*, *Boletín de la Guerra*, etc.), en los que son órganos de la causa cubana, en cualquiera de sus momentos, del Zanjón a Baire: *El País*, *El Cubano Libre*, *El Porvenir*, *La Habana Literaria*, *Hojas Literarias*, las revistas de Cortina y de Varona, *Patria*, etc. El reguero de artículos que brotó de su pluma no era un simple apóstrofe contra la tiranía, sino una admirable sarta de razonamientos sobre los derechos del criollo a su libertad y su soberanía, y acerca de las legítimas aspiraciones que le asistían para hacer cristalizar un ordenamiento social dignificado por la cultura, en la que habrían de basarse los principios de igualdad y fraternidad. Vehículos de sana doctrina y constructivos afanes son sus brillantísimos escritos *Los Negros y su emancipación*, *Negros y blancos*, *Las reformas políticas y el darwinismo*, *Un insurrecto cubano en la Corte*, *Doctrinas y tendencias políticas*, *La Autonomía en Cuba*, *Tienen ojos y no ven*, *Un Discurso de Zola*, *Variedades de Política*; trabajos estos últimos que desataron la persecución contra Sanguily y su revista.

Enrique José Varona, que ya conocemos como poeta, es también, como Piñeyro, maestro de la prosa nítida; es un artista de la palabra, en las distintas facetas en que se distinguió el pensador, el crítico, el literato y el orador. Su estilo se caracteriza por la sobriedad, la concisión, la claridad, la impecable armonización sintáctica, la adjetivación oportuna y la riqueza de léxico. Su buen decir hace de su prosa, modelo; y los problemas más abstrusos, tiene la habilidad de explicarlos con diafanidad absoluta; y los pensamientos más profundos y los conceptos más complicados son recibidos por el lector, sin fatiga y sin confusión. Si la cultura cubana debe a Varona sus orientaciones y divulgaciones filosóficas, no menos el buen gusto, en la apreciación literaria; y la ciudadanía, en la indicación de los mejores rumbos para lograr la patria que fué ideal de los libertadores. En Varona hay que

reverenciar, pues, al pensador y difusor de ideas, al artista del verbo, al patriota y al poeta, que hemos presentado.

En 1880, Varona dicta en la Academia de Ciencias, sus *Conferencias Filosóficas*; este acontecimiento, que tanta trascendencia ha tenido en la evolución cultural de nuestro país, se extiende hasta 1882. Las conferencias son recogidas en volúmenes: *Lógica* (1880), *Psicología y Moral* (estos dos últimos, en 1888). Siguió en ellas un criterio científico; discute métodos y ensaya otros nuevos. Bain y Stuart Mill influyen en su pensamiento, decididamente positivista, en el que basa sus afirmaciones en la Lógica. En el curso de cada una de estas disciplinas, explica sus problemas y analiza el panorama filosófico de su época, comentando las teorías y exponiendo su opinión sobre ellas, así como aduciendo, en algunos casos, sus puntos de vista. En Psicología sigue el método introspectivo y objetivo, fundando su observación en los fenómenos mentales, que contempla, aplicando las leyes biológicas y fisiológicas. En Moral se apoya en dos principios: en el que enuncia que "el hombre es moral porque es social", y en el que sostiene que "el proceso evolutivo de una conciencia moral, va de la "confusión" a la "distinción", de la inconsciencia a la conciencia". Desde Varela no se había producido en la filosofía un exponente de esta naturaleza, dando nuevos rumbos a sus estudios.

En 1883 se publicó otro de los libros fundamentales de Varona: *Estudios Literarios y Filosóficos*. Entre los segundos se encuentra *La Metafísica en la Universidad*, combatiendo el kraussismo, en lo que éste afirma acerca de la idea de Dios como centro de la armonía universal, y declarándose partidario del relativismo, buscando en el fenómeno la explicación científica y las derivaciones apreciables para la vida útil. Varona no aceptó la verdad de la causa primera, origen de todas, porque era contrario a la teoría de la existencia de causas sin causas. Defendió el "determinismo", en el que convergen factores biológicos, psicológicos, históricos y geográficos, como la suma de elementos que deciden la voluntad humana, rechazando, por tanto, el concepto del libre albedrío. Cree en la efectividad de la fuerza real del empirismo y muestra su fe en los métodos experimentales. El mundo responde, en sus leyes, a una correlación lógica, y por tanto no se le puede concebir más que racionalmente; en todo hay que considerar la explicación de la ciencia, para poder admitir su teoría. Su pensamiento está en íntima familiaridad con Spencer, Comte, Darwin y Locke; en contraposición, por tanto, al idealismo hegeliano, a la metafísica kraussista y al intuicismo bergsoniano. Esta postura intelectual se advierte en los demás ensayos filosóficos de este libro: *La Psicología en sus relaciones*

con la Fisiología, La Evolución psicológica, La Evolución moral, El Positivismo, etc. Uno de los ensayos, que versa sobre *El Idealismo y el Naturalismo en el Arte*, contiene sus ideas sobre la belleza y el arte, considerando la raíz de aquélla, como Kant, en el sujeto que la contempla, y no en el objeto en sí; y el arte como reflejo de la naturaleza y de la propia vida, por lo que está abocado siempre a cambios y transformaciones. El positivismo le llevó al escepticismo, que amasa las sentencias del pensador, expresadas en aforismos y apólogos que integran *Con el eslabón y Comprimidos*.

Los estudios literarios comprenden su más importante producción en esta fase de sus actividades: *El personaje bíblico de Caín en las literaturas modernas*, magistral ensayo de literaturas comparadas, partiendo de la Biblia y deteniéndose en todas las manifestaciones que tienen por eje a Caín, uniendo al objetivo, el comentario agudo; otros estudios también de literaturas comparadas, sobre una comedia de Moliere y su imitador español, Antonio de Mendoza; la comedia de Plauto, *Los Menecmos* y su influencia en Shakespeare, Goldoni, Tirso, etc. Forman en el libro, también: su panorama del *Movimiento intelectual en América*, refutando las aseveraciones de Ramón López de Ayala e intensificando su ojeada en la cultura norteamericana y en la cubana; trabajos comentando obras recientes de Renán, Piñeyro, Esteban Pichardo, la traducción de Francisco Sellén, del *Intermezzo*, de Heine y de *Poetas Cubanos* (Tejera, Borrero y Varela Zequeira), donde hace su afirmación citada, sobre los caracteres de la "nueva era". Hay un estudio sobre *Nombres propios personales*, acusador de su reiterada inclinación a las disciplinas lingüísticas y gramaticales, de las que ha dejado múltiples exponentes: *Observaciones lexicográficas y gramaticales*, *Sinónimos castellanos*, *Polémicas sobre el uso de "le" o "lo"*, *Lenguas antiguas y lenguas modernas*, etc.

La crítica literaria (en la que Varona fué más bien benigno que rígido censor, haciendo descansar el valor principal de sus trabajos de esta índole, en las ideas y consideraciones que le inspiraban las obras o los autores que comentaba) la ejerció en infinidad de artículos y monografías, publicadas en las mejores revistas y más representativos diarios, así como conferencias, y los recogió después en volúmenes, como el citado; como *Artículos y Discursos* (1881) donde está su hermosa conferencia sobre Segismundo Krasinski: *El poeta anónimo de Polonia*; como *Desde mi Belvedere y Violetas y Ortigas*, que vieron la luz en la República. El conferenciante abordó muchos temas de esta índole, en piezas de extraordinario valor, como su ejemplar disertación sobre *Cervantes*, ofrecida en el Nuevo Liceo, en 1883, y que es nervio

de la gran tradición cervantina que hubo en la obra de Varona, revelada también en otras conferencias y artículos. Su libro *Seis Conferencias* (Barcelona, 1887) comentado por Martí, la recoge junto a otras disertaciones medulosas, acerca de Víctor Hugo, de Mlle Scudery, Emerson, la importancia social del arte, y las ideas de Platón y de Michelet sobre el amor.

No fué un tribuno, pero sí un orador de pulcra palabra y de jugosa idea, que sabía exponer en forma subyugante. En la oratoria política pronunció discursos de verdadera trascendencia, en los que fijó bien su criterio y se halla la sustancia de su pensamiento en lo social y en lo político: *Los Cubanos en Cuba* (1888), *El Fracaso colonial de España* y *Martí y su obra política*, ambos en 1896; *El Imperialismo a la luz de la Sociología* y *El Sufragio Universal* (contrario a éste) en los primeros años del siglo actual. Su pensamiento político además, anima otros trabajos importantes: *El Bandolerismo en Cuba*, *El Drecho del puño*, *Cuba y los Estados Unidos*; y los innúmeros editoriales de la *Revista Cubana*, de *Patria*, etc. Muchos de estos discursos, artículos, etc., fueron recopilados en volúmenes: el citado *Artículos y Discursos*, *Por Cuba*, *En voz alta*, *De la Colonia a la República*, editados en el presente siglo, al que pertenecen también los trabajos que encierran sus iniciativas y juicios sobre la docencia, sobre todo en lo que concierne al espíritu de la reforma por él verificada desde el Gobierno interventor. Varona fué una mentalidad muy avanzada, y en su multifacética obra se proyecta su criterio muy personal siempre. En política fué un liberal tradicionalista y demócrata sin estridencias; en lo social aplaudió el avance femenino y abogó por las conquistas civiles y políticas de la mujer; fué, sin embargo, partidario del voto restringido, para que esta función se ejerciera a plena conciencia; en lo educativo propugnó lo técnico más que lo humanístico y aconsejó la observación más que la lectura. Ejerció notoria influencia en las juventudes americanas y especialmente en las cubanas.

De José Martí, poeta, y de su labor dramática, queda hecha constancia. Réstanos referirnos al orador y al prosista, aspectos en que su personalidad marca una huella tan singular como en la poesía. La oratoria del Apóstol tiene un sello tan incofundible como el de sus versos. La calidad de sus imágenes, el caudal y la selección de su fraseología, su arte sintáctico, el tono y cierta falta de riguroso ordenamiento, dan a sus discursos una fisonomía propia. El simbolismo y la pasión animan el espíritu de sus piezas oratorias; la idea corre por ellos, novedosa, audaz, noble y constructiva. Adjetivó con originalidad sorprendente;

fué castizo y arbitrario a la vez, en el empleo de vocablos, inventando muchos, aunque con admirable sentido lógico en la derivación. Su acento comunicó fe y optimismo, y tanto por el prestigio de su ejecutoria como por el influjo de su verbo, levantó los ánimos y decidió las voluntades, en favor de la causa cubana. Quien múltiples veces lo escuchó afirma que comenzaba sus discursos lenta y pausadamente, para luego, establecida la corriente entre el auditorio y el orador, "ascender en el torbellino de la imaginación a alturas inconmensurables" (10). Cultivó la oratoria política, pues aún en aquellos discursos en que se refiere a escritores y artistas (Heredia, Torroella, Díaz Albertini, Adolfo Márquez Sterling) son ellos motivos para evocar la patria y sus angustias. Improvisaba con pasmosa facilidad; desde sus primeros discursos en Madrid y Zaragoza, en la logia Armonía y en los actos organizados por los emigrados cubanos. Después su palabra resuena en el Continente nuestro y en la propia Cuba; y Méjico, Guatemala, Venezuela, Estados Unidos, Santo Domingo, Jamaica, Costa Rica, tienen el privilegio de gozar de la voz apostólica del tribuno. Su palabra se desborda, y en Guatemala le ponen por sobrenombre, "el doctor Torrente".

De la infinidad de discursos que pronunció, algunos han pasado a la colección de sus Obras (11); la inmensa mayoría sólo perduraron en la impresión de sus auditorios. Los que han podido ser recogidos, tienen sin duda evidente significación. El que consagró a Bolívar, en la Sociedad Literaria Hispano-Americana (New York, 1893) es digno del tema, por su grandiosa elocuencia, y a la vez una brillantísima profesión de fe americanista, lo mismo que el que había pronunciado antes con motivo de la Primera Conferencia Internacional Americana (1889); sentimiento que reafirmó este mismo último año, al exaltar a Heredia (igual que lo hizo después Sanguily) como símbolo de la confraternidad americana. Los más trascendentales son los llamados "tres discursos históricos", pronunciados los días 26 y 27 de noviembre de 1891, en el Liceo Cubano de Tampa, a invitación del Club Ignacio Agramonte; y el conocido por "la oración de Tampa y Cayo Hueso" (New York, 1892). En ellos está resumida la ideología martiana ante la República futura. Agigántase en ellos el estadista, que no deja preterido al poeta; y preconiza las bases para el ejercicio de una soberanía que sea cordial y beneficiosa "con todos, para el bien de todos"; una nacionalidad libre, consolidada sobre normas de justicia, austeridad, trabajo, amor, equidad e igualdad; donde cupieran con los cubanos, los buenos extranjeros que se identificaran con la obra de los "pinos nuevos", impulsores de un pueblo "capaz de construir sobre los restos de una mala colonia, una buena república".

La labor de Martí en prosa, se extiende en ensayos de diversa índole, crónicas, artículos, manifiestos, panfletos y cartas. No hemos de detenernos a exponer su pensamiento fundamental en lo político, social y económico, porque a ello se consagra una monografía, en esta Historia. Nos circunscribiremos a la objetividad de su producción; y citaremos, en primer término, su ensayo *El Presidio Político en Cuba* (Madrid, 1871), hecho con motivo de su reclusión en el mismo, con objeto de denunciar a la Metrópoli, los errores que se cometían en la Colonia; está escrito en estilo nervioso y vehemente, como los alegatos *La República Española ante la Revolución Cubana* (opúsculo, impreso en Madrid) y *La Solución y Las Reformas*; estos dos últimos en el periódico de Sevilla, *La Cuestión Cubana* (1873). Los periódicos *Revista Universal*, *El Partido Liberal*, *El Federalista* (todos de Méjico); *La Nación* (Buenos Aires), *La Opinión Nacional* (Caracas), *La República* (Honduras); *The Evening Post*, *The Sun*, *The Hour*, *La Revista Ilustrada*, *El Economista Americano*, *El Avisador Hispano-Americano*, *La América*, *Patria*, etc., en New York, difundieron sus ideas políticas, sus geniales crónicas, sus apreciaciones estéticas, sus latidos sentimentales. Con ese caudal extraordinario se han organizado múltiples tomos, agrupando sus escritos por temas: los concernientes a Cuba (patriotas, escritores, músicos, pintores, educadores, acontecimientos, etc.). *Escenas Norteamericanas*, *Escenas Europeas*, *Nuestra América*, *Crítica y Arte*, *Viajes*, *Norteamericanos*.

Por ellos corre la vastísima cultura del Apóstol, sus atisbos ante hechos y hombres, su emoción ante una obra de arte, ante un libro, ante un paisaje o un pueblo. Sus juicios críticos explanados en su formidable ensayo sobre *Cecilio Acosta*, el intenso poeta y patriota, y publicado en la *Revista Venezolana* (1881) que Martí fundara; en las semblanzas de Oscar Wilde, Walt Whitman, Rafael Pombo, Bachiller y Morales, Longfellow, Olegario Víctor Andrade, etc., son de una fuerza y penetración excepcionales. Sus crónicas de exposiciones pictóricas, sus evocaciones del pasado, sus artículos *in memoriam*, sus descripciones de países, no tienen punto de comparación: son únicas por la novedad de sus conceptos y la peculiaridad de su técnica. Y el prosista adquiere solemnidad, para redactar con resonancia histórica, el *Manifiesto de Montecristi* (1895) y las *Bases del Partido Revolucionario Cubano* (1892). Sus cartas no hallarían otras con qué establecer relación: su tono y redacción son exclusivos; las más íntimas parecen literarias, hechas para que trascendieran de la intimidad, como si presumiera su importancia en el futuro, y su colección en el *Epistolario*, cuya lectura desnuda aquella alma sincera, sin dobleces, dada por entero

a un ideal, y que en las cosas más recónditas, se manifiesta ungida de una ternura infinita. Aún las cartas que hablan de guerra, transpiran esa ternura, ese amor y cordialidad sin límites que tanto caracterizó al Apóstol. A toda la labor de proporciones fabulosas, que hemos resumido, aún hay que añadir algo más: sus traducciones del inglés, que fueron varias, entre novelas y obras doctrinales.

Los estudios históricos contaron con meritísimos devotos, que rindieron labores de gran provecho, que hoy son imprescindibles para la erudición; algunos coinciden con una marcada inclinación a la crítica literaria, ofreciendo en ambas dedicaciones, óptimo saldo, como lo hemos advertido en Piñeyro y Sanguily; como lo apreciaremos en José de Armas, Manuel de la Cruz, Aurelio Mitjans, etc. Hacia el año 1878 se inicia en New York la publicación del *Diccionario Biográfico Cubano*, de Francisco Calcagno, y que fué terminado en la Habana, en 1886. Sus fichas eran conocidas de los lectores de *La Voz de Cuba*, donde fueron apareciendo antes de ser recogidas en volumen. Las biografías no son sólo de cubanos nativos, sino de extranjeros que se compenetraron con Cuba; y el *Diccionario*, a pesar de las rectificaciones que ha habido que hacerle, producto de investigaciones posteriores, ha prestado un señalado servicio y aún espera el nuevo intento que pueda sustituirle. Calcagno escribió también un opúsculo sobre los *Poetas de color* (1878), con el que quiso aducir una razón de orden moral a favor de la raza negra, que robusteciera la tesis abolicionista.

La labor biográfica registra otros dos nombres muy estimables; el de José Ignacio Rodríguez (1831-1907) y el de Vidal Morales y Morales (1848-1904). Rodríguez fué profesor de El Salvador, ejerció la abogacía en Estados Unidos, abrazó el separatismo, pero terminó siendo anexionista, como de librepensador se tornó católico. Débensele dos biografías, de las que nunca podrá prescindirse, no obstante los reparos que puedan hacerseles: *La Vida de Don José de la Luz y Caballero* (1874), *La Vida del Presbítero Don Félix Varela* (1878). Su cambio radical en las ideas políticas tiene un exponente, estimable por su bagaje erudito: *Anexión de la Isla de Cuba a los Estados Unidos de América* (1900). Ya en la República libre se da a conocer una biografía más, escrita por Rodríguez: *Vida del Doctor José Manuel Mestre* (1909). Vidal Morales y Morales, que fué Director del Archivo Nacional, cuyo Boletín fundó, compuso expresamente para *La Enciclopedia*, varias biografías: Bachiller y Morales, el Conde de Pozos Dulces, José Silverio Jorrín, Tomás Gener; y para la *Revista del Foro*, las de Escovedo y José Antonio Cintra; la de Rafael Morales y González,

"Moralitos", se editó en 1904, con el título *Hombres del 68*. Este laborioso investigador es autor de monografías históricas de obligatoria consulta: *La Isla de Cuba en sus diferentes periodos constitucionales* (1879), *Los precursores de la Autonomía*, que llevó *El Fígaro* a sus páginas, en 1898, y la más importante de sus obras: *Inciadores y Primeros Mártires de la Revolución Cubana* (1901), en la que estudia los movimientos conspiratorios, anteriores al 68, aunque añadiendo una síntesis de las luchas sostenidas, hasta el cese de la dominación española. En sus *Nociones de Historia de Cuba* (1904) aprendieron varias generaciones.

Manuel de la Cruz más bien que biografías, produjo semblanzas: *Cromitos Cubanos* (1892), logro brillante de su impresionismo literario; retratos de cubanos de su tiempo, hechos bajo la influencia de Paul Bourget y Taine. En 1889 narra los *Episodios de la Revolución Cubana*, con espléndido colorido y sugestivo arte en la descripción; en 1891 publica simultáneamente en Buenos Aires (*La América Literaria*) y en la Habana (*Revista Cubana*) su magnífico panorama *Reseña Histórica del Movimiento Literario en la Isla de Cuba*, exposición crítica que abarca un siglo (1790-1890) y en la que se justifican, con el recuento de nuestros valores espirituales, las raíces tradicionales que animan los ideales de la nación cubana. El enjuiciamiento crítico denota agudeza, y en forma económica, resume la significación de cada personaje de nuestras letras. Esas cualidades críticas las patentizó en otros trabajos, como los que versan sobre Eca de Quiroz, la Pardo Bazán, Paul Bourget, Sarmiento, Heredia (el sonetista), así como sobre otras figuras cubanas y también en crónicas de actos culturales, en que calibró la labor de conferenciantes distintos. La pluma histórica de Manuel de la Cruz ofrece otras pruebas de su eficiencia: el folleto *La Revolución Cubana y la raza de color* (Cayo Hueso, 1895), las crónicas a *La Nación*, de Buenos Aires, en que hace narración crítica de las campañas de independencia: *La Revolución Cubana y La Guerra de Cuba* (1895) y la monografía hecha con anterioridad para la *Revista Cubana: Desde Yara hasta el Zanjón* (1893).

Idéntica finalidad a la perseguida por Manuel de la Cruz, al escribir su *Reseña*, fué la que justificó una de las obras históricas más importantes: *Estudio sobre el Movimiento Científico y Literario de Cuba* (1890), de Aurelio Mitjans (1863-1889), y a la que puso prólogo Rafael Montoro. Esta obra póstuma fué durante mucho tiempo el ensayo más amplio de historia literaria cubana con que contábamos. No es una historia literaria exclusivamente, sino que comprende todos los canales de la cultura cubana, para encuadrar debidamente el fenómeno

de las letras. La muerte no le permitió a Mitjans desarrollar por completo su plan, y quedó detenida en 1860. Dicho plan está trazado por épocas y géneros, incluyendo la historia y la filosofía, en las ciencias; siguió el método histórico-crítico, entonces en boga en Europa; y aprovechando mucho de lo aparecido hasta entonces (Bachiller, Manuel Dionisio González, etc.) aportó el producto de personales y fructuosas investigaciones. Avalora también esta obra, su buen sentido crítico, demostrado por Mitjans en monografías que recopiló en el tomo *Estudios Literarios* (1887) que tratan de Milanés, la Avellaneda, el teatro bufo y los caracteres de la Literatura en los últimos cincuenta años que lindan con la fecha del libro; y en las que se refieren a las *Obras de Lope de Vega* y al paralelo entre *Luaces* y *Heredia*; ambas insertadas en la revista de Varona. Mitjans es un prosista de buen decir, de construcción sencilla y clara, muy correcta y fluida. Su vida breve, acosada por la tuberculosis, transcurrió en el retraimiento, consagrado al estudio y la producción, en la que no fué indiferente a la poesía, componiendo varios poemas; algunos de tema patriótico.

En esta fase de crítica literaria, que tanto prestigia Mitjans, hay que considerar un valor que florece en España: el libro *La Poesía Lírica en Cuba* (Oviedo, 1874), de Martín González del Valle, caracterizado por la sensatez en el juicio, desprovisto de toda pasión y animado de una sinceridad constructiva ejemplar; como hay que considerar un valor español que florece en Cuba: Antonio López Prieto (1847-1883), autor de una antología esencial para cuantos estudios se hagan de nuestro pasado literario: *Parnaso Cubano* (1881) del que sólo vió la luz el tomo primero; y que a la selección de las obras poéticas, une la erudita introducción y las notas biográficas y críticas que acompañan a cada autor. Los estudios históricos le hacen dar otros frutos: *Los Restos de Colón* (1877), *Biografía de Colón* (1880), *Apuntes para la Historia del Teatro en Cuba* (en la revista *Palenque Literario*, 1882).

La alta crítica la ejercen tres calificados prosistas: el citado novelista Nicolás Heredia, Rafael María Merchán (1844-1905) y José de Armas y Cárdenas (1866-1919). Merchán es un escritor de puro casticismo, de profunda raíz clásica, aunque muy familiarizado también con los literatos franceses de su época y hasta colaboró en *La Liberté*, de París. Es el crítico analítico, que expresa en lenguaje equilibrado y elegante, de impecable propiedad y pulcra sintaxis, su criterio. Sus libros *Estudios Críticos* (1886) y *Variedades* (1894) contienen sus magníficos exámenes de obras y sus juicios sobre autores. Siguiendo el sentido de la crítica biográfica, estudió a Zenea, Bécquer, Heine, Sellén, Eduardo de la Barra. La crítica de los *Siete Tratados*, de Mon-

talvo, (con quien debatió sobre la figura de *Cicerón*, en su trabajo sobre el famoso orador romano) y la que aborda *La lira helénica*, así como la que plantea el paralelo entre *Bécquer* y *Heine*, son dignas de cualquier gran literatura. Ejerció también la crítica filológica en *Estalagmitas del lenguaje*, en que discute con Rufino J. Cuervo (comentando una obra de éste) y Miguel Antonio Caro. Merchán, que fué un ilustre patriota, que pasó parte de su emigración en New York (donde dirigió, como ya dijimos, *La Revolución*) y el mayor tiempo en Colombia (que fué como su segunda patria) publicó dos libros sobre los problemas de su patria: *Cuba* (Bogotá, 1896), y *Colombia y Cuba* (1897); y dos folletos de la misma índole, en 1898: *La Redención del mundo* y *Comentarios*. Hizo versos y bajo el título de *Emociones* los publicó en Bogotá (1899).

José de Armas y Cárdenas poseyó un estilo sereno, de muy ajustada adjetivación, más dado a la economía que a la frondosidad; dominaba, además de su lengua nativa, el francés, el inglés y el italiano. Su crítica es severa, pero siempre razonada. Usó el seudónimo "Justo de Lara", con el que hizo su buen nombre intelectual, en el periodismo que ejerció a plena dignidad. Su consagración fué a temprana edad: sus estudios sobre *El Quijote de Avellaneda y sus críticos* y *La Dorotea de Lope de Vega*, publicados a los dieciocho años, despertaron la admiración y el reconocimiento de autoridad tan levada como la de Menéndez y Pelayo. Fué un apasionado cervantista, y sobre el máximo genio español escribió espléndidas monografías: *Boceto biográfico*, *El Quijote y su tiempo*, *Cervantes y El Quijote*, *El Hombre, el libro y la época* y varias más. Su labor histórica y crítica fué copiosa, y en volúmenes se recogió lo mejor de su cosecha: *Ensayos Críticos de Literatura Inglesa y Española*, *Estudios y Retratos* e *Historia y Literatura*, editados los tres en Madrid, y en el siglo presente, al que pertenece una parte considerable de su colaboración periodística. Fué corresponsal de *The New York Herald*. En relación con la situación cubana, ideó un plan para comprar la Isla a España, en cien millones de dólares, lo cual propuso a Cánovas del Castillo, cuyas entrevistas están relatadas en el folleto *La Perfidia española ante la Revolución de Cuba* (New York, 1896). En la Guerra Hispanoamericana vino con el ejército norteamericano, como corresponsal de *The Sun*.

Nicolás Heredia, después de publicar un tomo de crítica: *Puntos de vista* (1892) contentivo de perfiles literarios de Varona, Piñeyro, Sanguily, Montoro y Casal, y especulaciones sobre la vida intelectual cubana y otros temas, en todo lo cual se advierte la influencia de Emilio Faguet y Bourget, edita en Filadelfia, en 1898, una obra muy su-

gestiva y magistral: un tratado sobre *La Sensibilidad en la Poesía Castellana*, en que sostiene la tesis de que los poetas españoles son ricos imaginativamente, pero pobres en la calidad emotiva. La tesis hay que convenir en que es apasionada y responde a un momento histórico influyente en su espíritu patriótico; pero está presentada en forma muy atrayente, con rica erudición y en brillante estilo. Es sin duda un libro originalísimo, que revela la sabiduría y el buen gusto del autor, aunque no se comparta una afirmación inaceptable que niega los evidentes valores emotivos de Garcilaso, San Juan, Bécquer, Rosalía Castro, etc. Otro crítico de gran talento y preparación, pero de un apasionamiento negativo, demoledor y caprichoso, fué Emilio Bobadilla (1862-1921) conocido por su seudónimo "Fray Candil". Colaboró en las mejores revistas españolas, francesas e hispanoamericanas; manejaba la prosa con soltura y donaire y poseía el arte de describir, que hace deliciosas sus crónicas de viajes. A alguno de sus libros contentivos de éstas, puso prólogo Pérez Galdós. Trató de imitar a "Clarín" (con quien por cierto tuvo un duelo en sus inicios) pero se desbordó en una crítica antojadiza y despectiva, que llena volúmenes: *Reflejos de Fray Candil* (1886), *Capirotazos* (1890), *Críticas instantáneas* (1892), *Solfeo* (1894), *Baturrillo* (1895), *Grafómanos de América* (1902); todos publicados en Madrid, menos el primero. A estos siguieron: *Al través de mis nervios* (Barcelona, 1903) y *Muecas* (París, 1908).

Especialmente en los estudios históricos se distinguen varios escritores, a los que habrá que añadir el del sevillano Manuel Rodríguez Ferrer (1815-1889), quien, con motivo de su viaje a nuestro país, escribió una obra de grandes proporciones, de la que dió a la publicidad dos volúmenes: *Naturaleza y Civilización de la Grandiosa Isla de Cuba* (Madrid, 1876) en la que son muy apreciables sus datos arqueológicos. En 1888 sale a luz la *Historia de Sancti Spíritus*, de Rafael F. Pérez Luna (1817-1893), aunque no en su totalidad, pues sólo logra publicar la obra hasta el siglo XVIII; en 1893, sobre la Guerra Chiquita, su folleto *El Movimiento insurreccional de 1879*; y en 1890 coleccionó en un tomo sus diversos artículos alrededor del *Descubrimiento de América. Primer Viaje de Colón*; tema sobre el cual escribió dos libros en inglés un erudito cubano de apreciable recuerdo: Néstor Ponce de León (1837-1899), que fué el primer Director del Archivo Nacional, y que en *Revista Cubana* dió pruebas de sus conocimientos, con varios trabajos, entre ellos, *Los Poetas de Cuba*. El General Enrique Collazo (1848-1921) que tanto se destacó en la guerra del 95, describió varios aspectos de la Guerra Grande, en su libro *Desde Yara hasta el Zanjón* (1893), al que siguió otro, que se contrae a las campañas del 95: *Cuba*

Independiente (1900). De los dos libros hizo una refundición en uno solo: *Cuba Heroica*, en el presente siglo, como otras monografías concernientes a la historia republicana: *Cuba Intervenida*, *Los Americanos en Cuba*, *La Revolución de Agosto de 1906*, etc. Es un narrador de fácil exposición y expresión apasionada.

Sobre motivos de las guerras por la independencia, resaltan otros: José Miró Argenter (1852-1927) catalán, Jefe de Estado Mayor de Maceo, que narró la historia de la Invasión, en sus interesantísimas *Crónicas de la Guerra*, cuyo primer tomo circuló en 1900, y se publicó íntegro en 1909; es escritor de fibra y cultivó otros géneros (novela y drama) en el siglo actual, y el periodismo, desde sus primeros empeños separatistas. Luis Estévez Romero (1849-1909) historió el período *Desde el Zanjón hasta Baire* (1899) y es autor de otras monografías muy útiles: *Ojeada sobre la dominación española en Europa* (1900), *Tiempos pasados* (París, 1906) y otros. Fernando Figueredo Socarrás (1846-1929) pronunció, en Cayo Hueso, entre 1882 y 1885, nueve conferencias que agrupó después en un volumen: *La Revolución de Yara* (1902); y narró episodios aislados: *La toma de Bayamo* (1893) y *La Bayamesa* (1897). Francisco de Paula Coronado (1870-1946) gran conocedor de las cosas de Cuba, que desgraciadamente no llegaron a cuajar en la obra utilísima que pudo escribir, dejó, sin embargo, algunos trabajos en que se une al aporte de datos, el elegante estilo y la habilidad narrativa: *Apuntes de la Vida del General Antonio Maceo* (New York, 1897), *Crímenes de España en Cuba* (New York, 1898), *Datos para una Biografía del General Calixto García* (Habana, 1899), *La Toma de Cárdenas en 1850* (1900); en el orden bibliográfico prestó provechosos servicios, y fué el primero que explicó un curso de historia cubana, en 1899. Varias monografías más aparecen en los finales del siglo, y que contienen datos considerables: las de Luis Lagomasino, sobre Máximo Gómez, episodios de la Revolución, mujeres de nuestra historia, etc.; la de Lorenzo G. del Portillo: *La Guerra de Cuba* (Cayo Hueso, 1896) y la biografía de *Carlos Manuel de Céspedes*, por su hijo, Carlos Manuel de Céspedes y Quesada (1871-1939) que produjo otros trabajos alrededor de su padre, del General Quesada y de las constituciones de Cuba.

Floreció en este período un historiógrafo de especiales cualidades para el género, y que también se hizo aplaudir en la tribuna académica: Evelio Rodríguez Lendián (1860-1939), profesor de la Universidad y Presidente de la Academia de la Historia y del Ateneo de la Habana. De prosa correcta y de nervio, expuso en ella su vasta sabiduría y su agudizado sentido histórico, en valiosísimas monografías,

algunas de las cuales, como *La Transformación política de la Rusia*, (1894) demostraron un criticismo avisado, que los hechos comprobaron más tarde. *La Independencia absoluta como el ideal cubano* (1899) tuvo extraordinaria repercusión, por el panorama de su contenido y las ideas que entraña. A la actual centuria corresponden muchas otras monografías que denotan originalidad, puntos de vista muy personales; así como biografías de insignes cubanos. Sus estudios sobre Panamá, en relación con Cuba, y sobre nuestro derecho a Isla de Pinos, como su monografía *La Revolución de 1895* serán siempre fuentes estimables.

En los estudios lingüísticos y gramaticales despuntan especialistas: Julián Gassie (1850-1878), colaborador de Cortina en los empeños intelectuales y materiales de su revista, de quien mucho se esperaba, de no haberse malogrado a edad temprana; dejó una monografía que revela su saber en estas disciplinas: *Lingüística Moderna*, y también otra que, como ésta, lo sitúa al tanto de la marcha de la ciencia: *La Antropogenia de Haeckel*. Juan Miguel Dihigo (1866-1952) patentizó su erudición y laboriosidad infatigable, en estudios sobre gramáticas árabes y griegas, con los que inició una bibliografía vastísima de temas filológicos y lingüísticos, que hay que situar en la centuria que decursa. Miguel Garmendia (1862-1947) produjo en la literatura didáctica obras de positivo mérito, sobre gramática castellana y retórica y poética (cuyas primeras ediciones se hicieron en 1888) en las que estudiaron diversas generaciones de cubanos. También José A. Rodríguez García (1864-1934) escribió textos de estas disciplinas, con muy personal visión y aportes nuevos; sus diversos libros de *Gramática Castellana*, forman un curso cíclico, desde los rudimentos hasta las nociones; fué un sabio que dejó más de ochenta títulos, entre los que sobresale su monumental *Bibliografía de la Gramática y Lexicografía Castellanas y de sus Estudios afines*, cuya publicación se inició en 1899; los méritos y significación de esta obra fueron reconocidos por las primeras autoridades del idioma (Rufino Cuervo, Menéndez y Pelayo, Cotarelo, etc.). *Del láismo, léismo y loísmo, Gramatiquerías*, etc., aparecidas en los últimos años del siglo XIX, consolidaban con la *Bibliografía*, su prestigio, al que contribuyeron ininidad de libros editados desde 1901, y no sólo sobre cuestiones gramaticales, sino también de crítica y de historia literarias, de motivos históricos, etc.; hasta cuentos y novelas cortas cuentan en su extensa producción. En la crítica bibliográfica (ejercida en diversas publicaciones) toma autoridad el nombre de Domingo Figarola Caneda, cuyas obras más importantes pertenecen al siglo en curso.

Cronista e historiador de las artes en Cuba, fueron el compositor Laureano Fuentes Matons (1825-1898) y Serafín Ramírez (1833-1907), autor el primero de *Las Artes en Santiago de Cuba* (1893) y el segundo de *La Habana Artística* (1891); libros imprescindibles por sus precisos y personales datos, para reconstruir el desenvolvimiento de las bellas artes en nuestro país. Los temas jurídicos habrá que buscarlos más bien en algunas revistas especializadas, entre las que merece una mención muy particular, la *Revista General de Derecho*, que se publicó de 1883 a 1892, y en la que colaboraron los más notables juristas de entonces. Es indudable que hubo entre éstos, grandes figuras en Cuba, como José Antolín del Cueto, José Eugenio Bernal, Antonio González de Mendoza, Antonio Govín, José María Gálvez, Carlos Saladrigas, Pedro González Llorente, Tomás Gener, Leopoldo Berriel, Francisco de la Cerra, Pablo Desvernine y Galdós, etc.; pero pocos, muy pocos, publicaron obras orgánicas, como Ricardo Dolz (1861-1937), que se destaca como uno de los más insignes. Débense a él obras que merecieron los honores de los más connotados juristas extranjeros de su tiempo; obras tales como *El Juicio Ejecutivo* (1891) y el *Programa de Derecho procesal, civil, canónico y administrativo* (1896) y la insertada en la revista de Varona sobre *Prescripción de las acciones civiles*. También otra obra jurídica es preciso anotar: la de Ramón de Armas y Sáenz y Antonio Domínguez, *Prácticas del Nuevo Enjuiciamiento Criminal* (1882). De los demás que brillaron en el foro, se imprimieron algunos alegatos, tesis doctorales, etc.

Juan Gualberto Gómez (1854-1933) patriota de tan relevante ejecutoria, orador y periodista, es un publicista de fuste, cuya pluma polémica sostuvo ardientes batallas en favor de sus convicciones democráticas, liberales y de justicia social, entre las que no faltó su persistente de ahínco, para lograr un mejor trato a negros y mestizos. Tanto en Cuba como en Madrid, figuró en la redacción de varios periódicos: *La Discusión* (en la etapa de Adolfo Márquez Sterling), *La Fraternidad* y *La Igualdad* (fundados y dirigidos por él), la *Revista Cubana* (en la que tenía a su cargo la sección política); otros que fundó en la República (*La República Cubana* y *Patria*); *La Lucha*, de la que fué corresponsal en España, y editorialista en los comienzos del siglo actual, como lo fué también de *La Discusión*, en la etapa que dirigió Manuel María Coronado. En Madrid fué jefe de redacción de *El Abolicionista*, director de *La Tribuna* (sustituyendo a Labra) y editorialista y cronista parlamentario, de *El Pueblo* y *El Progreso*. En el libro *La Cuestión de Cuba en 1884* (Madrid, 1884) agrupó una

serie de artículos publicados en *El Progreso*; en 1885 ven la luz dos folletos: *Las Islas Carolinas y la Marianas* (cuyas prometedoras riquezas, las presentaba de modo incitante a España, a ver si despertando su ambición y llegando a poseerlas, aliviaba su absorción en Cuba) y *Un Documento importante*, sobre el problema de la raza negra en la Isla. Deportado a Ceuta, Senador de la República, su proyección en la historia política cubana se aprecia en el curso de esta obra.

Otro publicista de importantísima producción de marcado matiz socialista fué Pablo Lafargue (1842-1911) formado en Burdeos y París, y muy amigo de Carlos Marx, con cuya hija Laura, se casó. Fué el primer diputado del partido de los socialistas, en el Congreso de Francia. Sus ideas las expuso en más de una obra, de medular contenido: *Derecho a la fuerza* (1880), *El socialismo y la evolución económica* (1892), *El socialismo y la conquista de los poderes públicos* (1899), etc., que fueron editados en Madrid. Lafargue y su esposa se suicidaron, de mutuo acuerdo, en la casa que poseían cerca de París. Fermín Valdés Domínguez (1852-1910) el amigo íntimo de Martí, es autor de un cívico libro, titulado *Los Voluntarios de la Habana, en el acontecimiento de los estudiantes de Medicina* (Madrid, 1873), el cual fué aumentado y simplificado en su título, en la edición de la Habana de 1887: *El 27 de Noviembre de 1871*; se ha hecho fuente imprescindible, para tratar del condenable fusilamiento. En su tomo *Mi Ofrenda a los obreros cubanos de la Florida* (Cayo Hueso, 1896) reunió un manojo de semblanzas de patriotas, como ejes de comentarios de la situación cubana. Ramón Roa aprovechaba el recuerdo de sus vicisitudes en la guerra, para expresar el comentario agudo, en su folleto *A pié y descalzo* (Habana, 1890) al que siguieron otras publicaciones en prosa, de esta índole, en la paz.

Circula en 1887 *Cuba y sus Jueces*, de Raimundo Cabrera (1852-1923), obra que reputa como uno de nuestros más insignes publicistas. Este libro respondía a otro que publicó Francisco Moreno, en España, titulado *Cuba y su gente*, de despectivo contenido para nuestro país. Hace Raimundo Cabrera una réplica bien documentada, exponiendo todos los elementos, tanto espirituales como materiales, que dan a Cuba valor de pueblo culto y civilizado, en un ponderado panorama de la evolución nacional; y además explicando y demostrando con datos, los errores y las máculas del régimen colonial español. Este libro tuvo una extraordinaria resonancia; en el primer año se agotaron tres ediciones, más dos hechas en inglés; luego alcanzó hasta la décima edición, que es la de las *Obras Completas del autor*, hecha en 1922, con motivo de rendírsele un homenaje nacional. El estilo de Raimundo Cabrera se

caracteriza por su concisión y soltura, por la energía de su expresión y por una grata sencillez que a veces se aligera más con el humorismo.

Hombre de profundas ideas liberales, se mantuvo persistentemente al servicio de Cuba, principalmente con la pluma, ya que cayó prisionero en el 68; en Madrid (donde estuvo deportado primero y fué Diputado a Cortes después) y en Estados Unidos, su labor fué intensa. Otros libros que reflejan sus magníficas cualidades como publicista son *Mis buenos tiempos* (1891) referente a su época de estudiante, como *Sacando hilas* (que dió a conocer al hacerse la publicación de su Obras); ambas de forma autobiográfica, como *Mi vida en la Manigua* (1898) y *Mis Malos tiempos* (1920) que se contrae a las persecuciones políticas que sufrió en la República independiente. *Los Estados Unidos* (1889), *Los Partidos Coloniales*, etc., súmanse también al crédito del comentarista que había en Cabrera, sobre cuestiones políticas y sociales. Viajó mucho y vació sus impresiones en varios libros (*Cartas a Govín*, *Cartas a Estévez*, *Borrador de Viaje*); fundó y dirigió *La Unión* y *El Tiempo*, en Güines, y *Cuba y América*, a la que ya nos hemos referido. Fué Presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País, de la Junta de Inspectores de la Universidad; escribió versos, obras teatrales (ya aludidas) y novelas y cuentos. Sus tres novelas políticas, que forman un tríptico (*Sombras eternas*, *Ideales* y *Sombras que pasan*) deben ser consideradas en el estudio que corresponde al período republicano.

Aunque los publicistas que acabamos de citar fueron también escritores periodísticos, no fué el periodismo su principal consagración; el que más se dedicó a él fué Juan Gualberto Gómez, y no cabe duda que la política, la vida pública, le reserva su verdadero puesto de honor en nuestra historia. Y así ha sucedido con otros, como José de Armas, Martí, Manuel de la Cruz, cuyo relieve se advierte en otras manifestaciones también, y en alguna de ellas con más intensidad. Queremos referirnos ahora a los que deben su ubicación en la historia, al periodismo fundamentalmente. De ellos, la figura de más alto vuelo fué la de Ricardo del Monte, uno de los prosistas de más depurado estilo, de marcado sabor clásico, de magistral donosura. Militó en las ideas reformistas y autonomistas; y de los órganos de publicidad de las mismas, fué la más pulcra pluma: redactor de *El Siglo*; director de *La Aurora*, de Matanzas (donde se inicia, más bien con artículos literarios), de *El Triunfo*, de *El País*, *El Nuevo País* y *Cuba*; redactor de la *Revista de Cuba*. Aparte de sus innúmeros artículos de índole política, hay que destacar en la copiosa producción de Del Monte, algunos en-

sayos de apreciación estética, de reconocido valor, en los que sobresale el buen sentido crítico y la vasta erudición que poseyó: la *Noticia Preliminar de una Antología de Poetas Cubanos*, que fué enviada a la Real Academia Española y que utilizó Menéndez y Pelayo en su florilegio; *El Arte de la Historia*, *El Efectismo lírico*, el estudio sobre Cortina y su revista, los múltiples artículos necrológicos, sobre personajes de nuestra cultura (Suárez Romero, Bachiller, Pozos Dulces, Mestre, etc.). Sus *Obras* en prosa, fueron publicadas por la Academia Nacional de Artes y Letras, en 1928. Del poeta se ha hecho mención oportuna.

Se nutrió el periodismo de excelentes plumas, por su buen hablar, ingenio y alto miraje; y tras los nombres cimeros de Del Monte, Justo de Lara, Juan Gualberto Gómez, Martí, etc., hay que incluir en el cuadro de honor a un considerable número de periodistas. Gabriel Millet (1823-1899) atacó los fraudes políticos de su tiempo; perteneció a la redacción de *La Unión*, de Raimundo Cabrera; y recopiló sus artículos en dos tomos publicados en épocas distintas: *Una Pascua en Madruga* (1888) y *Mi Última temporada en Cuba* (1894). Adolfo Márquez Sterling (1827-1883) reputado como maestro de periodistas, de elegante estilo y fina sátira; fundó *La Discusión* y fué redactor de *La Libertad*, *La Habana*, la *Revista Semanal*, etc.; mantuvo ideas separatistas y polemizó con los periódicos integristas y autonomistas. Gabriel Zéndegui (1851-1922) exquisito cronista, que figuró en la redacción de *La Nación*, de Buenos Aires, de la que también fué corresponsal en Londres; en Cuba formó parte de la redacción de *El País*. Antonio Escobar (1854-1933) ha sido de los periodistas más brillantes que ha habido en nuestras letras, habiéndose formado en España, donde prestó servicios en varios periódicos madrileños; escribió en *La Discusión*, costándole sus ataques al gobierno colonial, su deportación a Fernando Poo; desde New York fué corresponsal de varios periódicos, desde 1899, entre ellos *Diario de la Marina*. Alfredo Martín Morales (1875-1921) también se formó en España; dominaba la prosa, y los artículos que integran el volumen *Artículos políticos y literarios* (1886) son realmente antológicos; fué editorialista de *La Lucha*, redactor de *Diario de la Marina* y colaborador de *El Fígaro*. Martín Morúa Delgado (1856-1909) también compiló sus artículos mejores en *Colección de artículos* (Cayo Hueso, 1881) que habían visto la luz en *El Pueblo*, que él dirigió en dicha ciudad, como más tarde el periódico *De Actualidad*; fué escritor muy combativo, hábil ironista, cualidades que resaltan más que en la citada recopilación, en la que

tituló *Dos Apuntes* (New York, 1882); fué novelista, como vimos, y la política le propició altas posiciones en la República.

Eduardo Varela Zequeira (1860-1918) se da a conocer en 1884, desde las columnas de *La Discusión*, comenzando en este periódico y en *El Cubano* (1888) su pericia como reportero, que fué en lo que ganó justo renombre. Gastón Mora Varona (1863-1938) se caracterizó por su estilo elevado, de tendencia doctrinal; fué el verdadero tipo de editorialista, desde que ingresó en *La Lucha*, donde mantuvo ardiente campaña, en pro de los intereses cubanos; ya en la independencia dirigió importantes diarios. Estilo opuesto se aprecia en Wenceslao Gálvez (m. 1867) inclinado a la sátira y al ataque vibrante. Rafael Gutiérrez (1864-1936) que estudió en Estados Unidos, se inició en el periodismo con cívicas campañas en *La Vanguardia*, de Guantánamo, en 1889, las cuales le costaron condena de prisión. Este, como otros periodistas (Fajardo Ortiz, Carbó, Corona, etc.) se distinguieron más en la trinchera periodística del 95: oportunamente nos hallaremos con ellos. Otros que lo fueron en la del 68, persisten ahora, como José de Armas y Céspedes (1834-1900) el orador y novelista, director que fuera en sus años mozos, del *Diario de Sancti Spiritus* y colaborador de *El Siglo*, y que en la Emigración como en Cuba, participó en la redacción de muchos periódicos. Cerraremos esta evocación de periodistas distinguidos del período a que nos contraemos, recordando a Ramón A. Catalá (1866-1941) que espigó más en lo cultural, y que hizo de *El Fígaro* una de las más representativas revistas cubanas; y a una mujer que hay que estimar como pionera en la presencia de las de su sexo en el periodismo: Domitila García de Coronado (1847-1937) educadora y autora de libros docentes y de una antología de poetisas y escritoras cubanas, que a más de colaborar en diversos diarios y revistas, fundó algunas, principalmente *El Correo de las Damas* (1875) y *La Crónica Habanera* (1895).

CAPÍTULO IV

LA TRIBUNA AUTONOMISTA Y LA SEPARATISTA; LA FORENSE, LA ACADEMICA Y LA SAGRADA

Los tres máximos representantes de la oratoria, en la propaganda autonomista, fueron Montoro, Figueroa y Cortina. El de más altas calidades fué Rafael Montoro (Habana, 1852-1933) cuyos discursos acusan extraordinarias facultades, proporción y ordenamiento perfectos; una construcción irreprochable de severa arquitectura, abundante léxico de solemne ritmo prosódico; sabiduría extensa y profunda; a todo lo cual se unió su presencia arrogante y sugestiva, las inflexiones de voz poderosa y de grata resonancia, y un gesto digno y ponderadamente expresivo. A pesar de la boga de Castelar, la técnica de Montoro le afilia más bien al estilo de la oratoria inglesa. Su forma es sobria, y la erudición y la imagen circulan en ella con medida; sin alardes una, ni exceso la otra; pero con acertada eficacia. En España se graduó de abogado, e hizo su consagración oratoria, en el Ateneo de Madrid. A la par que el orador, se hacía admirar el escritor, en las principales publicaciones, demostrando su seria preparación filosófica, política, económica y literaria. Su palabra causó sensación en España, arrancando elogios de sus más insignes colegas; y en Cuba es la más elevada manifestación de ese arte, que puso en lo político al servicio de ideas, a las que se mantuvo fiel hasta el advenimiento de la República, que acató con sensatez y sirvió con lealtad.

Mientras desarrolla desde la tribuna, y a través de toda la Isla, su campaña en favor del autonomismo, colabora en los periódicos y revistas que son órganos de su partido. Dentro de su credo político tuvo convicciones absolutas e inquebrantables, de esperanza evolutiva, sin que por ello se debilitara su diáfana línea liberal y democrática. En el Parlamento español, y en Cuba, en el mitin, en la convención sectoria, en el acto conmemorativo, en el brindis, su verbo calaba en la conciencia, por su efectividad analítica, su habilidad disectora, su sólida argumentación y elegante forma. En 1894 se hizo una edición de sus *Discursos, informes y disertaciones*; y al publicarse sus *Obras*

(1930) se añadieron otras piezas a las reunidas entonces, así como sus diversos e importantes trabajos filosóficos, jurídicos, económicos y de crítica histórica y literaria. Demasiado vinculada su vida a la historia política de Cuba, no es menester dejar constancia ahora de lo que en ella significó, en la gobernación y en la diplomacia. Perteneció a las dos únicas Academias oficiales de la República, que existían a su muerte.

Miguel Figueroa (1851-1893) fué, en la constelación autonomista, el de más cualidades de tribuno popular. Su verbo era electrizante y sus discursos breves; causaba ardiente frenesí en las masas, y tuvo facultades excepcionales de improvisador; más bien que elegante y cuidadoso de la forma, fué martillante de la idea y poco amigo de galas. Era vehemente por temperamento, y sus discursos estuvieron animados de esa permanente calidad sentimental. Se caracterizó por su pensamiento avanzado; en el fondo, un separatista, al que no se le presentó la oportunidad (por su muerte prematura) de pronunciarse. Desempeñó un gran papel en las Cortes españolas, donde alcanzó definitivo éxito su defensa de la moción autonomista, para abolir la esclavitud. El pueblo cubano amó a Figueroa, a quien seguía arrastrado por el deslumbramiento de su palabra y por su incesante afanarse por el mejoramiento colectivo; y así fué que el día de su entierro, se produjo una espontánea manifestación de duelo, que hizo historia.

José Antonio Cortina (1853-1884) muerto prematuramente, hubiera secundado el separatismo (como Figueroa) si hubiese llegado al 95. Espíritu apasionado, actitud gallarda, apostura atractiva, ademán y presencia que, como dijera Montoro, "recordaba clásicas actitudes de la estatuaria", poseía también la calidad del tribuno, y su influjo sobre las masas fué extraordinario, convirtiéndose para ellas en un verdadero ídolo. Su cultura intensa, su fina sensibilidad, su buen gusto, y, unido a todo ello, su bien desahogada posición económica, le llevaron a las tertulias literarias de Azcárate y a las de Céspedes, y él mismo organizó las de su *Revista de Cuba*, de las que ya tratamos; le inclinaron a escribir versos y le indujeron a ejercer generoso mecenazgo con algunos escritores. En sus discursos vibraban, al par, alma y razón, y como se emocionaba, su emoción era comunicativa, y sus auditorios se conmovían y se le entregaban a plenitud. Valiente en sus pronunciamientos y muy sagaz dialéctico, las masas le admiraban y comprendían; a ello debió su mejor éxito.

El autonomismo, que en la misma España contó con la simpatía y el apoyo de dos cubanos muy vinculados a la Metrópoli, y que también se distinguieron como oradores, Rafael María de Labra y Ber-

nardo Portuondo Barceló, ha sido acaso el movimiento cubano que tuvo a su servicio mayor cantidad de oradores de primera fila, pues, además de los tres grandes que anteceden (a los que hay que unir a Antonio Zambrana, digno de hombrearse con ellos, y que brilló en el 68, como vimos) hubo muchos más que honraron la palabra oral: Eliseo Giberga (1854-1916) de verba caudalosa, informada, de lógicos razonamientos, de inflamado tono; de sólido pensamiento y firmeza de carácter; vasta mentalidad y espíritu selecto, que culminaron en medulares trabajos y en sentidas poesías; Rafael Fernández de Castro (1856-1920) profesor de historia, de la Universidad de la Habana, diputado a Cortes y miembro de la Cámara y Gobernador Civil durante el régimen autonómico, aunque de menos vuelos en la jerarquía oratoria, no por eso dejó de pronunciar magníficos discursos por su intención incisiva y el claro talento con que sabía plantear las cuestiones que abordaba; siempre, eso sí, en lenguaje sencillo y popular, menos en las disertaciones académicas, en las que supo elevar el tono de su elocución; José María Gálvez (1835-1906) como los que siguen, aunque muy buen orador, no estuvo a la altura ni de Giberga ni de Fernández de Castro; fué el presidente del Partido Liberal Autonomista y del Gabinete, cuando éste llegó al poder; era de palabra concisa y tono agresivo, y adolecía de cierta monotonía en el ritmo; como Zambrana, había sido separatista en el 68, e igualmente sucedió con Urbano Sánchez Hechavarría (1830-1900) que después lo volvió a ser en el 95, y cuya austeridad le dió prestigio entre las masas, que simpatizaban con su proverbial sinceridad; Carlos Saladrigas (1831-1899) quien, no obstante su voz pobre y de matiz uniforme, supo explotar con lisonjero éxito, el efectismo y la amenidad; Miguel F. Viondi (1846-1919) era todo lo contrario: huía del efectismo y se ganaba el auditorio por su enjundia y claro análisis de las cosas, que sabía exponer con timbre grato y en forma un tanto altisonante; y aún otros, que encontraremos en la tribuna separatista de la guerra de Independencia.

Todos estos oradores del autonomismo se distinguieron también en la oratoria forense; en la que hay que situar otras figuras de mucha autoridad y crédito en el foro, unas autonomistas y otras separatistas, y que regentearon los más importantes bufetes de abogados, de entonces. José Antolín del Cueto (1854-1919) verdadero sabio de las disciplinas jurídicas, muy afecto a España, donde se educó, aunque figuró en el autonomismo y fué presidente de su Cámara; Antonio Govín y Torres, Ricardo Dolz, Leopoldo de Sola, Carlos Elويد, Carlos Font Sterling, José Ramón Betancourt, Manuel de J. Ponce, José Eugenio Bernal, Tomás Gener, Ricardo Lancís, Antonio González de

Mendoza, José Bruzón, Francisco de la Cerra, Ramón de Armas, Manuel F. Lamar, Ramón Ebra, Evelio Rodríguez Lendián, Ramón Pérez Trujillo, José Luna Zarra, Pedro González Llorente, Leopoldo Berriel, etc.

La tribuna separatista también tuvo sus grandes: Martí y Sanguily; Varona fué asimismo de los más notables; Nicolás Heredia fué orador de evidentes éxitos; Gonzalo de Quesada (1868-1915) sobresalió: discípulo predilecto del Apóstol, que le hizo depositario de su "testamento literario"; se educó en Estados Unidos, y a los veintiún años pronunciaba su primer discurso por la causa de su patria, en Harman Hall (New York). Acento vigoroso, facundia, contenido enjundioso, bella expresión: he ahí sus características, unido ello a una grata presencia y hermosa sonoridad en la voz. Escritor y diplomático, publicó cuentos, relatos históricos y estudios biográficos; dominaba, además de la lengua castellana, la inglesa, la francesa y la alemana; en el libro *Mi Ofrenda* (New York, 1892) reunió discursos, narraciones y trabajos de diversa índole. En 1900 comenzó a editar las obras de Martí. Fué Secretario del Partido Revolucionario Cubano y Delegado interino, al partir Martí para la guerra, hasta que Estrada Palma asumió esa responsabilidad; en la República libre fué Ministro plenipotenciario en Estados Unidos y en Alemania. Arístides Agüero (1875-1933) enérgico, arrebataador y muy elegante, pronunció infinidad de discursos de propaganda, a través de nuestra América, y brilló tanto en la oratoria política como en la diplomática. Antonio Bravo Correoso (1863-1943) se hizo notar por su fondo conceptuoso, su fibra y claridad; fué primero autonomista y después se unió a las ideas de independencia absoluta; lo mismo que Eduardo Yero Buduén (1852-1905) de sólida cultura, tono encendido y peso y ponderación en sus conceptos; José María García Montes (1849-1926) puso su vibrante palabra al servicio del separatismo, en Estados Unidos y en Méjico; José B. Alemán (1867-1930) manejaba una oratoria emocional, de captadores resultados, cada vez que las tropas insurrectas entraban en alguna ciudad.

Fieles siempre al criterio independentista, lo fueron otros: Diego Tamayo (1852-1926) de ardiente exposición, soldado de Yara y emigrado del 95, médico eminente, como Eusebio Hernández (1853-1933) de forma reposada, pero muy persuasivo; figura de las más descollantes del 95, como Enrique Loynaz del Castillo (n. 1871) vehemente, apasionado, lírico y comunicativo, autor también de la letra y de la música del Himno Invasor; Fernando Freyre de Andrade (1866-1929) mordaz y violento en sus discursos, pero siempre agudo y sustancioso; Gabriel Camps (1861-194) satírico, ingenioso, aunque de exposición

muy descuidada; Lincoln de Zayas (1866-1914) muy elocuente, cultísimo, afecto a la cita erudita y al período abundoso; Rafael Portuondo Tamayo (1867-1908) de arranques emotivos, que le hacían ganar las multitudes; Rafael Manduley (1846-1924) inflamado y dado a los tropos, según el gusto de la época; Francisco María González, florido, declamatorio y entusiasta; Esteban Borrero Echeverría, etc.

En la Asamblea Constituyente de 1901 figuraron varios de los oradores que hemos conocido en las filas separatistas y en las autonomistas; y otros tuvieron su mejor revelación entonces; tál el caso de Enrique Villuendas (1874-1905) de cálido acento, de sincera palabra, que irradiaba simpatía hacia la causa por él defendida, y que murió trágicamente cuando su porvenir se mostraba más prometedor. Allí, donde también libraron grandes batallas Sanguily, Alfredo Zayas, Juan Gualberto Gómez, Gonzalo de Quesada, Giberga y Morúa Delgado, hubo un grupo de eminentes juristas que aportaron en su docta palabra, útiles y luminosos conocimientos: Pedro González Llorente (1827-1905) gran polemista; Leopoldo Berriel (1843-1915) doctrinal y meduloso, rector que fué por muchos años de la Universidad de la Habana; Eudaldo Tamayo (1851-1922) de pulcro buen decir.

La oratoria académica fué enaltecida por ilustres cubanos, que pronunciaron en centros culturales y en tertulias literarias, conferencias que han quedado como fuentes, en el tema de su contenido. A Enrique Piñeyro debiéronse, además de las citadas sobre Bolívar, San Martín y la situación de Estados Unidos en 1875, las que ofreció en 1879, en el Liceo de Guanabacoa, sobre *Madame Rolland* y acerca de *Dante y La Divina Comedia*, en la Caridad del Cerro; ambas alcanzaron mucha repercusión, tanto por la impresión que hizo el buen gusto y sentido crítico, en la palabra elegante y serena del disertante, como por los pronunciamientos en pro de la libertad, que las dos figuras por él abordadas le inspiraron; estas dos conferencias fueron recogidas en su libro *Estudios y Conferencias de Historia y Literatura* (New York, 1880). Ya le hemos dedicado la atención merecida a las importantísimas *Conferencias Filosóficas*, de Enrique José Varona, así como a otras que también se deben a su talento y saber. Manuel Sanguily habló, como apuntamos, de los poetas y la poesía, en las tertulias de José María de Céspedes, y disertó en diversas instituciones, produciendo piezas magistrales, en que predomina el énfasis oratorio: *El Descubrimiento de América* (en la Caridad del Cerro) por ejemplo. En Martí, el motivo académico va siempre unido al político. Las conferencias de tema científico tuvieron en Esteban Borrero Echeverría un excepcional cultivador, que fundía en sí al sabio y al artista; así lo revelan las que dictara

bajo los títulos de *Las Plantas carnívoras* y *La Vieja ortodoxia y la ciencia moderna*; y en José Rafael Montalvo, un ameno expositor, que cautivó al auditorio de la Caridad, hablándole de *Las Erupciones del Vesubio*. El poeta y médico (como Borrero) José Varela Zequeira, orador de largos períodos y pintorescas imágenes, subyugó por sus bellísimas conferencias en que estudió a la *Margarita*, del Fausto (en la Caridad) y los valores de la poesía, glosando a Longfellow, Sully Prudhon y Núñez de Arce (en el Nuevo Liceo).

La presencia de Francisco de Zayas (1827-1919) muy considerado como profesor, médico y orador político, autonomista, para tratar de un asunto tan singular como *La Torre de Babel*, causó expectación intensa; y Sanguily le dedica varias páginas comentadoras y encomiásticas para aquella pieza en que "quiso manifestar la profunda armonía del universo y de la historia, la solidaridad social y la íntima compenetración de la materia"; en el colegio El Salvador, en la Universidad y otras instituciones, pronunció oraciones académicas que le captaron admiración y popularidad. José Antonio Cortina, Miguel Figueroa y Rafael Montoro, los tres grandes oradores del autonomismo, patentizaban su universal cultura en disertaciones medulares, como también lo hacía Zambrana fuera de Cuba. Cortina, en las célebres tertulias de su revista, y en la Caridad, donde trató de la democracia, como Figueroa sobre *El Cesarismo*; y Montoro, haciendo elogios de ilustres cubanos recién desaparecidos (Bachiller y Morales, el propio Cortina, etc.); pronunciando además una conferencia de tipo antológico que revela su preparación filosófica y su arte oratorio: *La Música ante la Filosofía del Arte* (en el teatro Payret); otras más: *Vicente de Paul* (en el Asilo de Mendigos de la Habana). Luis A. Baralt y Peoli (1849-1933) hizo, a través de charlas, copiosa labor divulgadora, en forma sencilla y correcta, ganándose el general aprecio, desde que pronunció su conferencia sobre *Hamlet*.

Comentando las personalidades de escritores y científicos, hicieron eco las conferencias de José de Armas: *Lope de Vega*; José Genaro Sánchez: *Joaquín Lorenzo Luaces*; Nicarnor Trelles: *Louise Michel*; y Evelio Rodríguez Lendián: *Los grandes hombres y las grandes ideas*. Julián Gassie, Augusto de Armas, Francisco Calcagno, Julián Gil, José Francisco Arango, Antonio Rojo fueron disertantes eruditos y amenos.

Especialmente en la tribuna académica, brilló Mariano Aramburu y Machado (1870-1942) graduado en filosofía y en derecho, en España; magnífico hablista, de un casticismo ejemplar, manejaba una oratoria de impecable decir, de elegantísima expresión, de clásico sabor, erudita y de elevado tono, tanto en los temas literarios, como en los

jurídicos y sociales; materias en que fué maestro, y que puso de manifiesto, no solamente en discursos y conferencias, sino en monografías y tratados magistrales. Sus cursos de conferencias sobre *La Avellaneda* y sobre *El Sentimiento del Derecho*, bastarían para su consagración. Sus *Discursos cívicos* entrañan sus diáfanas ideas liberales y democráticas; y sus grandes oraciones *El Arte* y *El Progreso en el siglo XIX*, difícilmente pueden ser superadas. En el volumen titulado *Monógrafos oratorios* (Habana, 1906) agrupó sus más valiosas piezas sueltas, pronunciadas a fines del pasado siglo y comienzos del presente. Entre sus discursos más significativos de su pensamiento político y social, merecen seleccionarse: *La Organización industrial y las relaciones entre patronos y obreros*, *Principios y tendencias de la democracia*, *El Problema colonial*, *La Reforma constitucional de las Antillas* y *La Libertad moral y la fuerza irresistible*. Ejerció la crítica literaria en publicaciones prestigiosas de Madrid, y en otro volumen recogió lo mejor: *Literatura Crítica* (1909).

En la cátedra sagrada se contemplan varios sacerdotes nativos que la dignificaron con sus cualidades sobresalientes y que sirvieron la causa cubana, sin descender de su alta misión religiosa: Ricardo Arteaga (1843-1915) muy inspirado, con vuelos tribunicios, tuvo que sufrir prisión por un sermón sobre la virgen de la Caridad, debiendo después abandonar la Isla; Venezuela fué su segunda patria, y en Caracas fué Dean de su Catedral y miembro de la Academia de la Historia; Miguel de Jesús Dobal (1843-1914) cuyos estudios eclesiásticos los hizo en el Seminario de San Carlos, y se graduó en derecho y en filosofía en la Universidad de la Habana; sus sermones le hicieron sospechoso y emigró a España, donde se doctoró en teología; se reveló como artista del verbo, de pensamiento profundo y bello; Emilio de los Santos Fuentes y Betancourt (1845-1909) poseía cultura muy recia y sólida; desterrado también se graduó en filosofía y letras en Madrid y revalidó en Lima, donde al igual que más tarde en Méjico, hizo patente en libros y artículos su vasto saber; abandonó el catolicismo para hacerse protestante, como Medina; tanto en sus sermones como en sus conferencias, su palabra siempre elevada y engalanada, atrajo por su erudición; Luis A. Mustelier (1860-1921) discípulo del Seminario de San Basilio el Magno, de Santiago de Cuba, (del que fué profesor) se doctoró en ciencias en la Universidad de la Habana, y en medicina homeopática, en Méjico, adonde emigró en el 95; su robusta voz de grato timbre, la fuerza emotiva, el vigor metafórico y el depurado gusto de sus sermones, así como su presencia gallarda y atractiva, le valieron grandes simpatías en el púlpito. Todos estos sacerdotes que

enaltecieron su credo y la elocuencia sagrada, se dedicaron también a la enseñanza. Los PP. Desiderio Mesnier, Luis Marrero, Rafael A. Toimil, Fernández Arocha, Clara, Francisco Marcer, son dignos de ser incluidos en esta brillante hornada de la oratoria sagrada cubana.

La musa patriótica inspira a los poetas, en los alrededores de la propaganda que conduce a la Revolución de Baire, y en el mismo curso de la guerra; algunos merecen que se le estime, además, como cantores de temas universales. Tál acontece con el más insigne de todos: Bonifacio Bryne (Matanzas, 1861-1936) llamado "el poeta de la guerra", exaltado como el bardo de los héroes y los heroísmos, de la bandera, de los ideales y sacrificios por la patria. Emigrado en 1896, a Tampa, a virtud de su soneto condenando el fusilamiento de Domingo Mujica, publica sus sonetos patrióticos, en el tomo *Efigies* (Filadelfia, 1896), y después de terminada la lucha, *Lira y Espada* (Habana, 1900) donde incluye muchas composiciones escritas en la Emigración. Antes había editado en Matanzas (como consignamos) *Excéntricas* (1893), influído por Casal. Supo tocar con tino, la fibra del sentimiento patrio; sus versos sonoros, espontáneos, febriles, llegan y conmueven. Los sonetos en que canta a los héroes (entre los que hay que incluir el que se remonta a Hatuey) levantaron el espíritu nacional y el fervor por alcanzar la soberanía. *Mi Bandera* ha sido de las más afortunadas en la historia de nuestra poesía civil. En la poesía íntima, tierna, emotiva y nostálgica, es de los mejores poetas de su época. En las primeras décadas de este siglo, Byrne se incorpora con honor, al Modernismo pleno, al que pertenece más de un volumen de poesía suya.

Aurelio Mitjans, el historiador de nuestra cultura, insertó en *La Habana Elegante* sus cantos civiles *A la Patria*, *El Héroe oscuro*, etc., superiores a otros poemas suyos, inspirados en motivos amorosos o del progreso humano. El cantor de *El machete* fué Enrique Hernández Miyares (1859-1914) que también elogió a *La Bordadora* que en la Emigración trabajaba sin cesar para los insurrectos; su corte clásico era perfecto, y su soneto *La más hermosa* originó una ruidosa polémica literaria; dirigió *La Habana Elegante*, donde también, como Mitjans, insertó muchas de sus poesías; y aunque gustó de otros temas, lo más estimable de su lira es lo que le alienta la patria, como las composiciones citadas y *Guerra y paz*, 1868, *La derrota*, etc. Hernández Miyares es digno, en el aspecto patriótico de la lira, de figurar cerca de Byrne; igualmente Carlos Alberto Boyssier (1877-1897), muerto en campaña, autor de una poesía de fina sentimentalidad y exquisito donaire: *Por la Patria*, *Tras la Bandera*, *Hoja de álbum*; hermanó en sus creaciones,

la devoción patriótica y el amor a la novia. Como él, murió en la guerra Enrique M. Barnet (1876-1897) muy prometedor, sensiblemente malogrado para la poesía.

Soldado también, aunque con mejor suerte, fué Francisco Díaz Silveira (1871-1924) algunas de cuyas obras las escribió en la Manigua; era poeta flúido y de giros cultos: *Mi pálida*, *Nueva campaña*, *En el mar*, etc.; con el título *Fugitivas* (1901) dió a la imprenta sus versos, entre los que abundan los civiles; y en la paz siguió escribiendo mucho, y publicándolo en las principales revistas. Gran boga tuvieron entre los patriotas, las redondillas del canto *A Cuba*, de Lola Rodríguez de Tió (1863-1924) poetisa de cuna puertorriqueña, que se identificó en lo absoluto con nuestra patria, por cuya libertad laboró con ahinco y sin descanso; su musa es tierna por lo general, pero ante el anhelo cubano sabe decir con energía y ardor. *Mi libro de Cuba* (Habana, 1893) es su mejor ofrenda a la tierra mambí; su producción fué copiosísima. José Manuel Carbonell (de más amplia e importante obra en la paz), Alfredo Zayas, Julio Carrasco, Fernando de Zayas, Mario del Monte, Francisco Sixto Piedra, escriben sentidos versos, sobre hombres e ideales de la patria afanosa.

Acentuábase el malestar en la Isla y la conciencia cubana se debatía contra el régimen colonial; dentro y fuera de Cuba se expresaba la inconformidad criolla; los periódicos autonomistas subrayaban su protesta, y los separatistas asomaban hasta donde les era posible, pues a más de un periodista le costó severa pena de prisión o destierro; en algunos periódicos la línea del autonomismo fué confundiéndose con la independentista, hasta confundirlas. En Cuba hubo periódicos, como *La Doctrina* (Holguín, 1887) y *El Liberal* (Manzanillo, de 1888) dirigidos ambos por José Miró Argenter, cuyos artículos vibraban contra las injusticias, por lo que fueron tomadas represalias contra él (que luego habría de cubrirse de gloria en la Manigua); como *La Tribuna* (Holguín) en que se dió a conocer, en clave, la orden de alzamiento, transmitida por Juan Gualberto Gómez; *El Libre Pensamiento* (Habana, 1887) en que las plumas de Varona, Sanguily, Alfredo Martín Morales y otros, sacudían las voluntades. En tanto, en Estados Unidos, los emigrados laboraban, siguiendo las directrices del Apóstol: en Tampa, por ejemplo, Ramón Rivero sostenía, desde el periódico *Cuba* (1887) una campaña persistente; y Martí fundaba en New York, en 1892, *Patria*, que fué la más importante de las publicaciones periódicas revolucionarias.

Patria cubrió no solamente la etapa preparatoria de la guerra, sino que fué el órgano oficial de la Delegación del Partido Revolucionario, durante todo el proceso insurrecto. Cuando Martí vino a incorporarse a las fuerzas cubanas, quedó a su frente Enrique José Varona, a quien sustituyeron más tarde, Eduardo Yero Buduén, primero, y Nicolás Heredia, al final. Su primer administrador fué J. A. Agramonte. Su iniciativa pudo realizarse, gracias al esfuerzo de varios amigos de Martí, y especialmente de Sotero Figueroa, el historiógrafo puertorriqueño, que contribuyó con recursos pecuniarios (13). Con vigoroso entusiasmo trabajaban todos cuantos acometieron con el Apóstol, la responsabilidad de *Patria*; desde redactarlo, hasta depositarlo en el correo. El citado Sotero Figueroa, Gonzalo de Quesada, Benjamín Guerra, Abelardo Agramonte, Ramón Luis Miranda, Juan Fraga, Emilio Leal, Rafael Serra, Federico Sánchez, "todos, Martí inclusive, cargaban su fardo de periódicos, a pesar de la nieve y la ventisca, y aunque el frío horrible les quemase las manos sin guantes, en el camino" (14). El primer número salió el 14 de marzo de 1892; en él estampó Martí, bajo el título *Nuestras ideas*, la orientación del periódico, que nació "por la voluntad y con los recursos de los cubanos y puertorriqueños independientes, de New York", para contribuir a la "constitución republicana venidera"; es un vasto programa que traduce las ideas fundadoras del Apóstol. En el saludo a la prensa y en otro artículo justificando el nombre del periódico, se descubre el estilo de Martí.

En la redacción de *Patria* figuraron, además de los iniciadores enumerados: Manuel Sanguily, Manuel de la Cruz, Estrada Palma, Manuel Moré ("M. Remo"), Francisco de P. Coronado, Francisco Chacón, Esteban Borrero Echeverría, Eduardo Yero, Varona, Bonifacio Byrne, Diego V. Tejera, Enrique Hernández Miyares (que fué también administrador), Manuel Valdés Rodríguez, Nicolás Heredia, Federico Pérez Carbó; la colaboración fué riquísima. Comenzó publicándose semanalmente (los sábados); después bisemanal (miércoles y sábados) a partir del 5 de octubre de 1895; su costo de cinco centavos, durante tres años largos, fué subido a diez. El sostenimiento de este periódico constituyó una lucha incesante y fatigosa para sus editores; pero así, venciendo todas las dificultades surgidas, se publicó hasta la terminación de la guerra, corresponsiendo su último número al 31 de diciembre de 1898, en el que Heredia, bajo el título *Obra terminada*, resume la significación histórica de *Patria*; y en una expresiva nota deja constancia de gratitud, para la República norteamericana, "por la generosa hospitalidad que durante seis años y diez meses ha disfrutado".

En 1893, *El Triunfo*, fundado en Manzanillo en 1889, por Eduardo Yero Buduén, define su postura separatista; en ello pesó la presencia, en su redacción, de Desiderio Fajardo Ortiz, "El Cautivo" (1862-1905), una de las plumas más valientes y tenaces que tuvo la labor redentora; desterrado antes por sus artículos en el semanario satírico *El Diablo Cojuelo*, y ahora de nuevo; realizando en ambas ocasiones, incesante propaganda en la tribuna, por varios países de América, a pesar de su invalidez física, que lo obligaba a moverse en un sillón de ruedas, desde los quince años. Otro nombre que se destaca en *El Triunfo* es el de Joaquín Navarro Riera, "Ducazcal" (1872-1950) de castiza prosa, que a la vez que el artículo combativo sabía bordar el motivo literario y el atisbo crítico. Con "El Cautivo" y "Ducazcal" compartieron la labor de este importante diario manzanillero: José Fatjó, Alberto Duboy, Sebastián Cos. Un año antes del Grito de Baire, se publica en San Antonio de los Baños, *La Joven Cuba*, de Julio Rosas (seudónimo de Antonio Puig, como ya se dijo); en Sancti Spíritus, *El Fénix* marcha a cara descubierta, y se mantiene así, hasta 1896, en que un vibrante periodista Evaristo Taboada (1863-1933) le imprime el ardor de su pluma, que culmina en un artículo de repercusiones extraordinarias, *La Ilustre enferma*, por el que fué deportado a Chafarinas, retornando al siguiente año, para seguir en la misma línea de ataque; en Camagüey, *La Tribuna*, que dirigía un verdadero periodista de raza: Luis Carbó Carmenatti (1850-1905) de estilo satírico, cuando no gallardamente agresivo contra el dominio español, y que desde 1886 había empezado a significar su rebeldía, en *El Día*, de Matanzas; tuvo que huir, y en Key West fundó *La Proclama*, en 1896; después de la guerra dió vida a periódicos humorísticos y colaboró en los principales diarios y revistas de la Habana en Matanzas, *La Voz de la Razón*, de Lázaro Gálvez Calvo, que se vió obligado a emigrar, y con él los demás redactores que le acompañaban en su empresa.

En los campos de Cuba libre, el único periódico oficial del Gobierno de la República en armas fué el *Boletín de la Guerra*, bajo la dirección de Melchor Loret de Mola; pero si no con su carácter oficial se redactaron muchos: *La Manigua* (Santa Clara) y *La República* (Remedios), en 1895 ambos; de este último fué director Juan Maspóns (Ayudante de Maceo y redactor también de *El Triunfo*, de Yero); Francisco Robaina funda *La Sanidad*, en Las Villas, que como órgano del cuerpo sanitario del Ejército Libertador, perseguía el plausible propósito de propagar las medidas higiénicas en las zonas insurrectas; en 1897 se editaron *La Verdad* (Camagüey) de Ramón Silva y José Clemente Vivanco; en 1898: *Patria y Libertad*, que contó con valiosos colabora-

dores; *La Nación* (Sancti Spíritus) de Orestes Ferrara; *La Independencia* (Sagua la Grande) de Ricardo Fusté; *Las Villas* (Remedios) dirigido por Francisco Gómez Olmo, y órgano del cuarto cuerpo del Ejército... El más importante de todos estos periódicos fué *El Cubano Libre*, debido a iniciativa de Maceo, y dirigido por uno de los periodistas de más calidad: Mariano Corona (1870-1914) cuya vida va unida a la de esta publicación, que iba errante con los libertadores, y que se inició en Mayarí; comandante a la terminación de la guerra, le dió estabilidad definitiva en Santiago de Cuba, donde contó con la valiosa cooperación de "El Cautivo", "Ducazcal" y otros periodistas distinguidos.

También en el extranjero se publicaron periódicos en pro de la causa, además de los antes citados; hubo plétora; nos detendremos sólo en algunos. En Méjico: Aniceto Valdivia fundó *El Imparcial* (1895) y Manuel Márquez Sterling (el gran periodista e historiógrafo, que habrá de ser estudiado en el proceso de libertad republicana) *La Libertad* (1897). En New York: *Cacarajicara*, de Francisco de P. Coronado y Enrique Hernández Miyares, y *La Doctrina de Martí*, de Rafael Serra, ambos en 1897; y *El Porvenir* (1898), donde dió sus entusiasmos un periodista veterano de varias luchas, como Juan Bellido de Luna (1830-1902) unido a la historia de la prensa heroica cubana, desde *La Voz del Pueblo Cubano*, que llevó a Facciolo al patíbulo; Enrique Trujillo Cárdenas, Luis Adán Galarreta y otras buenas plumas. En Tampa: *El Expedicionario* (1896) de Pastor Moinelo, continuado por José Manuel Carbonell. En París: *La República Cubana* (1896) de Domingo Figarola Caneda.

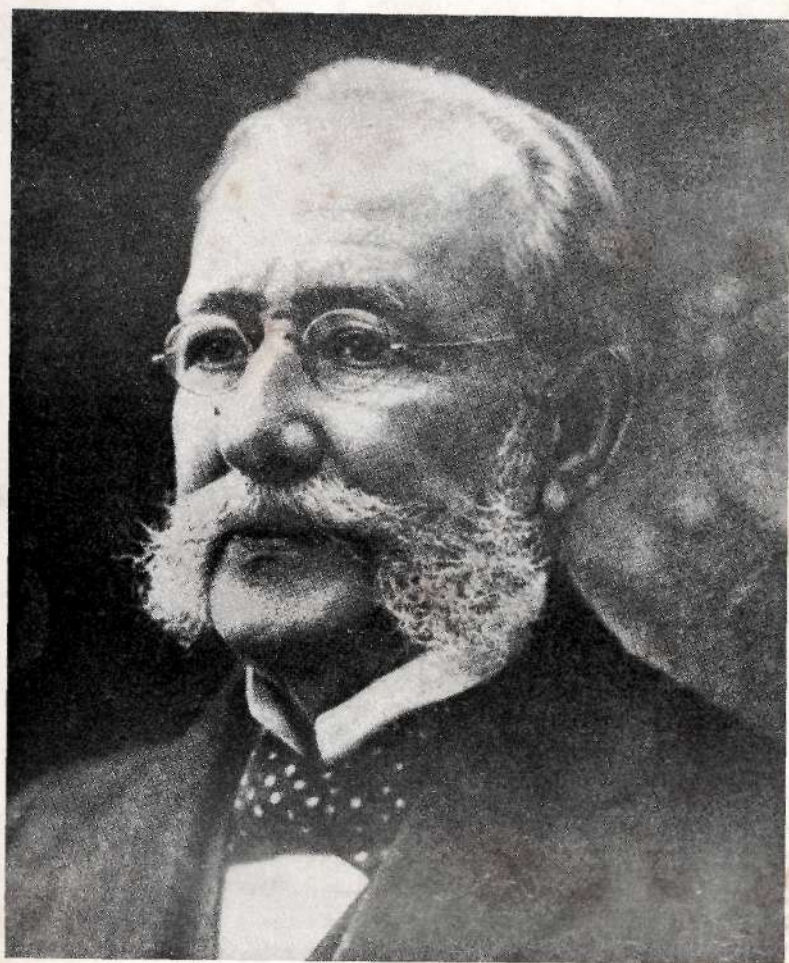
NOTAS

- (1) *Oradores de Cuba*. Habana, 1926, págs. 82-83.
- (2) *Vida y pasión de Rafael Morales*. Habana, 1945, pág. 130.
- (3) *Oradores de Cuba*, pág. 105.
- (4) *Hombres*. Edic. Trópico. Tomo 10, pág. 119.
- (5) *Estudios literarios y filosóficos*. Habana, 1883, pág. 147.
- (6) *Los Poetas de la Guerra*. Colección Libertad. Habana, 1941, pág. 14.
- (7) *Hombres del 68*. Rafael Morales y González. Habana, 1904, pág. 203.
- (8) *Discursos y Conferencias*. La Habana, 1936, pág. 132.
- (9) *Del Teatro bufo y de la necesidad de reemplazarlo, fomentando la buena comedia* (en su libro *Estudios Literarios*.)
- (10) NÉSTOR CARBONELL: *Martí: su vida y su obra*.
- (11) Las obras de Martí fueron editadas primeramente por Gonzalo de Quesada y Aróstegui, comenzándose la impresión en 1900 y publicándose 15 tomos; después se hicieron dos ediciones de obras completas: una por la Editorial Trópico (1936-1949) de 74 volúmenes; y otra por la Editorial Lex (1946) de dos volúmenes, en papel biblia. Dichas editoriales, y la imprenta de Rambla y Bouza, en que se hizo la de Quesada, radican en la Habana.
- (12) *Oradores de Cuba*, págs. 184-194.
- (13) JOAQUÍN LLAYERÍAS: *Los Periódicos de Martí* (en el *Boletín del Archivo Nacional*. Habana, año XXVIII, números 1 a 6, pág. 69).
- (14) RAFAEL SERRA: artículo inserto fragmentariamente, en el trabajo de Joaquín Llaverías, citado anteriormente.

FUENTES

- ACADEMIA DE LA HISTORIA. *Publicaciones de la Academia de la Historia de Cuba.*
 ACADEMIA NACIONAL DE ARTES Y LETRAS. *Anales.*
 AGRAMONTE, ROBERTO. *Varona.*
 ARCHIVO DE JOSÉ MARTÍ.
 ARGÜELLO, SANTIAGO. *Letras Apostólicas.*
 ARROM, JOSÉ JUAN. *Historia de la Literatura Dramática Cubana.*
 ATENEO DE LA HABANA. *Maestros de la Cultura Cubana.*
 BACARDÍ, EMILIO. *Crónicas de Santiago de Cuba.*
 BOLETÍN DEL ARCHIVO NACIONAL.
 CALCAGNO, FRANCISCO. *Diccionario Biográfico Cubano.*
 CARBONELL, JOSÉ MANUEL. *Evolución de la Cultura Cubana.*
 CARBONELL, MIGUEL ANGEL. *Manuel Sanguily.*
 CARBONELL, NÉSTOR. *Martí: su vida y su obra.*
 CASAL, JULIÁN. *Bustos y Rimas.*
 CASTELLANOS, JESÚS. *Cabezas de Estudio.*
 CATALÁ, RAMÓN A. *Divagaciones sobre la novela.*
 COLECCIÓN DE LIBROS CUBANOS.
 CÓRDOVA, FEDERICO. *Manuel Sanguily.*
 CORTINA, JOSÉ M. *Apología de Martí.*
 — *Manuel Sanguily en la evolución de Cuba.*
 CRUZ, MANUEL DE LA. *Cromitos Cubanos.*
 — *Literatura Cubana.* (Obras, tomo III.)
 CUBA Y AMÉRICA (revista).
 CHACÓN Y CALVO, JOSÉ M.). *La Literatura de Cuba* (en la *Historia Universal de la Literatura*, de S. Prampolini).
 — *Las Cien mejores poesías cubanas.*
 DEL MONTE, RICARDO. *Obras.*
 DOMENECH, FRANCISCO. *Tres vidas y una época.*
 ENTRALGO, ELÍAS. *Perfiles.*
 ESTENGER, RAFAEL. *Las Mejores poesías cubanas.*
 FERNÁNDEZ DE CASTRO, JOSÉ A. *Esquema histórico de las Letras en Cuba.*
 FERRARA, ORESTES. *Martí y la Elocuencia.*
 EL FIGARO (revista).
 LA HABANA ELEGANTE (revista).
 HEREDIA, NICOLÁS. *Puntos de vista.*
 HERNÁNDEZ MIYARES, ENRIQUE. *Prosas.*
 HOJAS LITERARIAS (revista).
 HOMENAJE A ENRIQUE JOSÉ VARONA. (2 ediciones: una en 1935 y otra en 1951; ambas de contenido distinto.)
 IDUARTE, ANDRÉS. *Martí, escritor.*
 IRAZOZ, ANTONIO. *La Oratoria sagrada en Cuba* (en su libro *Lecturas Cubanas*).
 — *Estética acrática de José Martí.*
 — *Lecturas Cubanas.*
 — *Enrique Piñeyro: su vida y sus obras.*
 LABRAÑA, J. M. *La Prensa en Cuba* (en la enciclopedia *Cuba en la Mano*).
 LAZO, RAIMUNDO. *Martí: su obra literaria.*
 LIZASO, FÉLIX. *Panorama de la Cultura Cubana.*
 LLAVERÍAS, JOAQUÍN. *Los Periódicos de Martí.* (Boletín del Archivo.)
 MARINELLO, JUAN. *Españolidad Literaria de José Martí.*

- MARTÍ, JOSÉ. *Obras*. (Edición Trópico.)
MINISTERIO DE EDUCACIÓN. *Cuadernos de Cultura*.
— *Revista Cubana*.
MISTRAL, GABRIEL. *La Lengua de Martí*.
MITJAN, AURELIO. *Estudios Literarios*.
MONTORO, RAFAEL. *Obras*.
MORALES Y MORALES, VIDAL. *Hombres del 68*.
PERAZA, FERMÍN. *Bibliografía de Enrique José Varona*.
LOS POETAS DE LA GUERRA.
QUESADA, GONZALO DE. *Martí, periodista*.
RAMÍREZ, SERAFÍN. *La Habana Artística*.
REMOS, JUAN J. *Historia de la Literatura Cubana*. Volúmenes II y III.
— *Tendencias de la Narración imaginativa en Cuba*.
— *Hombres de Cuba*.
— *Microfono*.
— *Proyecciones de la Biografía y su presencia en la Literatura Cubana*.
— *Los Poetas de "Arpas Amigas"*.
REVISTA CUBANA.
REVISTA DE CUBA.
REVISTA DE LA FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS DE LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA.
ROIG, EMILIO. *Poetisas Cubanas* (en *Revista Social*, 1919).
RODRÍGUEZ GARCÍA, JOSÉ A. *Manuel Sanguily*.
SALAZAR, SALVADOR. *La Novela en Cuba*.
SANGUILY, MANUEL. *Nobles Memorias* (en la edición de sus *Obras*).
— *Enrique Piñeyro* (idem).
— *Oradores de Cuba* (idem).
— *Discursos y Conferencias*.
SOTO PAZ, ANTONIO. *Antología de Periodistas Cubanos*.
SANTOVENIA, EMETERIO S. *Vida y Pasión de Rafael Morales*.
— *Genio y Acción*.
TORRES RIOSECO, ARTURO. *Los precursores del Modernismo*.
TRELLES, CARLOS M. *Bibliografía Cubana del siglo XIX*.
— *Bibliografía Histórica Cubana*.
VARONA, ENRIQUE JOSÉ. *Estudios Literarios y Filosóficos*.
— *Obras* (edición oficial).
VITIER, MEDARDO. *Las Ideas en Cuba*.
— *La Filosofía en Cuba*.
— *Varona, Maestro de Juventudes*.
— *Martí: su obra política y literaria*.
— *Apuntaciones literarias*.
— *Estudios, Notas, Efigies Cubanas*.
— *La Lección de Varona*.



CARLOS J. FINLAY

CARLOS J. FINLAY. Médico e investigador cubano notabilísimo, cuyo gran descubrimiento en el campo de la fiebre amarilla ha hecho caer en el olvido otras importantes y afortunadas aportaciones suyas. Casi desde el instante mismo de su investidura académica, en 1856, o acaso un poco más tarde, el doctor Carlos J. Finlay se siente atraído, de modo irresistible, por el apasionante y palpitante problema de la transmisión de la fiebre amarilla. Después de un período de vacilación —Finlay, como todos los sabios de su época, busca en la atmósfera el agente del terrible mal—, logra al fin su gran hallazgo y lo da a conocer, en forma concluyente, en su luminoso informe a la Academia de Ciencias de la Habana, el año memorable de 1881, intitulado: *El mosquito, hipotéticamente considerado como agente de transmisión de la fiebre amarilla*. Veinte años después —dos décadas de mortificante indiferencia o desdeñosa consideración para la genial teoría del modesto hombre de ciencias—, una comisión norteamericana, fracasada en anteriores empeños, se decide al fin a ensayar la comprobación de la hipótesis finlayista. El éxito más clamoroso corona la iniciativa y Finlay, según la justa expresión del doctor Domínguez Roldán, se convierte en "el hombre del día". Como se lee en el primer monumento erigido a su gratísima memoria en el suelo de los Estados Unidos, *el mundo considera a este científico cubano como un gran benefactor de la humanidad*.

El retrato que se publica ha sido tomado de la biografía de *Finlay*, por César Rodríguez Expósito, premio *Finlay-Delgado* de la Asociación de Dependientes del Comercio de La Habana, impresa en esta ciudad, en 1951.

LIBRO SEPTIMO

LA EDUCACION. LAS CIENCIAS.
LAS ARTES PLASTICAS



CAPÍTULO I

LA EDUCACION

EL Plan de 1880, que también fué inaplicado, como el de 1863, resultó una adaptación del anterior, con ligeras variaciones: las Juntas Provinciales se denominarían de Instrucción Pública; las Municipales tomaron ahora el nombre de Juntas de Primera Enseñanza; el Distrito Universitario adquirió fisonomía, aunque había nacido mediante una Ley anterior; se mantuvo la inspección técnica, que nunca llegó a organizarse.

En cuanto a los fondos para sostener las escuelas, este Plan confirmó la obligación de los municipios, impuesta por Concha. Se establecieron categorías en la clasificación de las escuelas, además de agruparlas en elementales y superiores; en realidad, se distinguían no más que en la cuantía del sueldo asignado a los profesores. Parece oportuno advertir que las escuelas superiores, en todo el país, se limitaban a seis el año en que cesó el régimen colonial.

La Escuela Normal de Guanabacoa había desaparecido en 1864, y aunque en este Plan se reiteraba el establecimiento de ellas (seis ahora), no volvieron a existir hasta el año 1890, aunque limitadas a dos, en la Capital.

El propósito de mayor centralización que inspiró este Plan (recordemos que corresponde a una fecha inmediata al término de la Guerra de los Diez Años) se advierte en los nombramientos del personal, atribuidos por modo exclusivo al Gobernador General; en este punto llegó a ejercer tal facultad, hasta en los establecimientos que dependían de Patronatos. Se organizó un escalafón de maestros y las vacantes se cubrirían por el procedimiento de oposiciones.

Tal era el estado de la enseñanza primaria en Cuba al término del siglo XIX, al producirse la independencia. A los males ya señalados, de una cronicidad exasperante, agreguemos los de una guerra encarnizada, de más de tres años de duración.

El censo de 1899 nos da una proporción de 63.9% de analfabetos; esta cifra parece un tanto optimista, pues la comprobación se hizo por

las simples preguntas de los enumeradores. Así se advierte que la provincia habanera, por contar con mayor número de centros urbanos, resulta más favorecida en esa proporción, mientras Pinar del Río arrojó los datos más desfavorables. Sólo el 5% ó el 6% (87,935 niños) de la población total asistía a las escuelas.

Por lo demás, el magisterio, con deficiente preparación, no percibía sus reducidos haberes; se carecía de edificios escolares y de material científico; no había escuelas en la proporción necesaria.

La reforma a partir de 1899: Tras el término de la guerra de independencia, necesitábamos transformar en nación aquella mísera colonia; era preciso reestructurar el país de modo integral: atender a lo económico y a la creación de los instrumentos de gobierno, crear las instituciones que dan carácter a una sociedad civilizada, etc.

Nuestros aliados de la etapa final de la epopeya libertadora prestaron especial cuidado a todas esas necesidades, encargados como se hallaban de la administración del país; pero a pesar del interés que siempre mostraron, en forma preferente, a la organización sanitaria y a los aspectos educativos, las escuelas públicas no comenzaron a funcionar hasta el último mes de 1899 (11 de diciembre), aunque el gobierno interventor había iniciado sus tareas con el principio del año. Todo ese período resultó de estudio meditado, ante la complejidad de las cuestiones que demandaban solución y así se advierten algunas medidas, a manera de pasos iniciales: crear un ramo de la administración destinado a la enseñanza, aunque anexo a otro en los comienzos (Secretaría de Justicia e Instrucción Pública); prorrogar el período de vacaciones para las escuelas primarias hasta el día 15 de septiembre del propio año (Orden 141, de 15 de agosto); crear el cargo de Superintendente de Escuelas de Cuba (Orden M. núm. 210, de 2 de noviembre); segregar más tarde el Departamento de Instrucción Pública, dándole el carácter de Secretaría de Despacho, conforme a una Orden de 30 de diciembre.

A pesar de que existía la Secretaría del ramo, la enseñanza primaria se rigió desde el principio por organismos propios, aunque autónomos; en tal forma, recibió la relevante importancia que se le concede en toda sociedad de servicio democrático.

Pero era indispensable, ante todo, establecer una legislación orgánica, porque el Plan de Estudios de 1880, en vigor hasta aquel momento, resultaba inadecuado para el orden de cosas que iba a inaugurarse. Se consideraba, con razón, demasiado arcaico para las nuevas corrientes educativas que prevalecían en el mundo, aparte de que el largo período que abarcaba su vigencia demostró plenamente su inutilidad. Aquel Plan centralizaba el manejo de toda la enseñanza en el Capitán Ge-

neral, y los fondos para mantenerlo provenían de los ingresos municipales; carente de todo sentido técnico, demandaba una legislación que atendiera a ese aspecto fundamental; la democracia a que aspiraba el país requería la intervención del pueblo en el manejo de intereses tan vitales para el mismo. Con estos puntos de mira nació la primera disposición orgánica de las escuelas primarias después del cese de la soberanía española.

Orden Militar núm. 226, de 6 de diciembre de 1899: Aunque se producía con ella un cambio de frente en la administración de la enseñanza, esta ley sólo tuvo el carácter de transitoria: incorporaba aspectos nuevos, fundamentales, a la vez que conservaba ciertos vestigios del pasado.

Entre estos últimos, por no citarlos todos, aparece la advertencia de que las facultades con que se investían las Juntas de Educación eran sólo *delegadas* (recordemos que el Plan de 1880 atribuía todos los poderes al Gobernador y Capitán General); los gastos no expresados taxativamente como obligaciones del tesoro general, corresponderían a los municipios; el Alcalde sería el Presidente de la Junta de Educación de cada Municipalidad, con facultad para designar a los demás miembros de la misma y, según el texto de la Orden, resultaba "personalmente responsable de la eficiencia" de la corporación. Otro aspecto, recuerdo del pasado, estaba constituido por la distribución de escuelas conforme a la población de cada localidad, y la impartían maestros y ayudantes, como en el antiguo régimen.

En cuanto al carácter obligatorio de la enseñanza de los niños de 6 años a 14, se establecieron los trámites que debían observarse, ya que si bien existían disposiciones con tal propósito desde el Plan de 1842, nunca se alcanzó un resultado eficaz. Obedeció esto, por una parte, a que la administración colonial concentró toda su atención en disponer de un cuerpo de leyes, donde se hallaran previstas todas las cuestiones, aunque nunca se cumplieran o bien resultaran acomodadas al capricho de los administradores. Por otra parte, apunta Varona: "cuando un pueblo hace obligatoria la enseñanza, está obligado a darla completa". Desde luego, nuestro filósofo y educador se refiere al contenido del Plan de Estudios; pero esto no niega que también la educación debe alcanzar a todos, lo que nunca se logró antes de 1899.

Es cierto que la nueva Administración del país había demorado todo el año en movilizar la enseñanza popular; pero cuando enfocó el problema, le impulsó rapidez increíble a la solución del mismo. Así se explica que la Ley Orgánica, aparecida el día 6 de diciembre de 1899, dispusiera que la apertura de las escuelas se efectuara cinco días

después (el 11) y que en agosto de 1900, ocho meses más tarde, el número de ellas se elevara de 312 (las que dejó la colonia) a 3,313.

Se adoptó en aquella labor un sentido profundamente realista. Interesaba entonces echar a andar el sistema; que Cuba contara con el mayor número posible de escuelas; después vendría la tarea de afinar, dándoles la forma adecuada. Por eso declara el mismo organizador que no había textos, ni mobiliario, ni libros, ni edificios adecuados, ni (lo que es más grave) personal eficiente, porque "lo primordial era proceder con gran actividad a fin de que los millares de niños de la Isla tuviesen maestros".

El mismo Hanna advirtió que aquella legislación resultaba insuficiente para el manejo de tan amplio sistema escolar, por eso trató de adaptar en lo posible a nuestro carácter y necesidades la ley que acababa de establecer la ciudad de Cleveland, en el Estado de Ohio, que fué promulgada aquí con la denominación de Orden Militar núm. 368, serie de 1900.

Aunque la Orden 226 había dispuesto que en cada una de las provincias habría un Inspector de Escuelas, lo cierto es que nunca se crearon tales cargos de sentido técnico. Sí hubo un cuerpo de inspectores, a partir de la fecha en que inició sus tareas el Comisionado de Escuelas; peso sólo con funciones administrativas y dependientes de la oficina central. En los comienzos se ordenó que cada oficial del Ejército de Ocupación (Orden Militar núm. 29, de 1900) visitará las escuelas de su territorio; por los informes de éstos llegó a conocerse en qué medida resultaba eficaz la primera ley orgánica de la enseñanza primaria y qué disposiciones debían adoptarse: separar las actividades técnicas de las administrativas, dar eficaz orientación y unidad al trabajo del maestro por medio de la inspección técnica; poner en acción, mediante inspectores especiales, los preceptos relativos a la asistencia obligatoria de los escolares a las aulas; organizar exámenes periódicos, que obligaran a mejorar la cultura del magisterio; establecer Escuelas de Verano para la orientación profesional, etc.

En el mes de agosto de 1900 se publicó la Orden 368, cuyos preceptos fundamentales abarcaban las medidas que acabamos de enumerar, desenvolviéndolas así: establecía la dirección técnica de la enseñanza primaria (en cuanto a métodos, libros de texto, cursos de estudios, etc.) en manos de la Junta de Superintendentes, constituida por los seis Superintendentes Provinciales, bajo la presidencia del que ahora se denominaría de las Escuelas de Cuba; el aspecto administrativo se atribuyó de este modo al Comisionado.

Las Juntas de Educación, producto ahora de la elección popular, se clasificaron en urbanas de primera clase (poco después sólo quedó con esa denominación la de La Habana), que contaban con un funcionario técnico (el Superintendente de Instrucción) y otro administrativo (el Director Escolar); Juntas de Distritos Urbanos de segunda clase, que correspondían a las capitales de provincias (con la excepción de Pinar del Río) y a otras ciudades importantes, que sólo tuvieron el Superintendente de Instrucción, con función técnica; por último, Distritos Municipales, carentes de funcionarios especializados que colaboraran con la Junta de Educación en sus actividades. Ya al año siguiente la Junta de Superintendentes advirtió la necesidad de establecer los Inspectores Técnicos últimamente mencionados; pero sólo se obtuvo uno para cada provincia, denominado Inspector Pedagógico, no obstante el doble carácter (técnico y administrativo) que siempre tuvieron los Superintendentes.

Buscaba la legislación interesar a toda comunidad en sus correspondientes asuntos de enseñanza. A ese fin, los Distritos Municipales quedaron divididos en subdistritos, con estas características: sesenta escolares y una escuela mixta, cuando menos, dentro de esa unidad territorial y un representante ante la Junta del municipio. De este modo, se difundió por vez primera la escuela popular en nuestros campos y se introdujo otra novedad, la construcción.

Cada año debía realizarse un censo escolar, de modo que la administración de la enseñanza dispusiera así de una fuente de información para las medidas que adoptara en cada caso; al crearse los cargos de Inspectores Especiales, se vitalizaron las disposiciones relativas a la enseñanza obligatoria; el sostenimiento de las Escuelas de Verano quedó confiado a los fondos de cada una, constituidos por las pensiones que se asignaban a los maestros en proporción al sueldo que devengaran; por último, en fecha inmediatamente posterior, la Junta de Superintendentes redactaría el plan para los exámenes de maestros.

La Orden núm. 368 no había señalado, de manera inequívoca, de dónde procederían los medios económicos para el sostenimiento del sistema escolar aunque, de hecho, se sufragaban tales necesidades con el tesoro de la Isla. Así resultó letra muerta, en su aplicación, el artículo final de la Orden núm. 226, que atribuía a los Municipios el cumplimiento de esa obligación, y la realidad cubana se impuso respecto de los antecedentes históricos del régimen colonial y del procedimiento que predominaba en la Unión.

Ya hemos visto como se acrecentó, en poco tiempo, el número de aulas. Al promulgarse la nueva Ley, la acción administrativa se con-

sagró a situarlas convenientemente, de modo que con la misma cantidad de egresos alcanzara la enseñanza al mayor número de niños. Consideraba el Comisionado que hubieran resultado insuficientes todos los ingresos del tesoro de la Isla para complacer las demandas de las Juntas acerca de la creación de aulas.

La carencia de mobiliaje y material escolar quedó salvada rápidamente, en forma desconocida hasta entonces por el país. Nos dice el señor M. E. Hanna, Comisionado de Escuelas Públicas, emocionado, que uno de los espectáculos más hermosos de aquellos tiempos consistía en contemplar un modesto bohío, en medio del bosque tropical, arreglado y limpio, "donde se encuentran cuarenta o más pupitres, ocupados por alegres y estudiosos chiquillos".

En poco tiempo se distribuyeron más de cien mil pupitres en nuestras escuelas; no todas recibieron el mismo beneficio, tanto por el costo del mobiliaje como por las dificultades en los medios de transporte, pues debemos recordar que entonces se limitaban a las vías ferrocarrileras, que sólo alcanzaban desde Pinar del Río hasta la ciudad de Santa Clara. El resto del país tenía que recurrir al transporte primitivo.

Era indispensable dotar nuestras escuelas, a la vez, de los libros necesarios. No existían y mucho menos con los requisitos que demandaban los nuevos métodos: el centro de gravedad, en tal sentido, se iba a trasladar del texto al maestro, aquél no sería más que un medio auxiliar.

No había entonces en Cuba casas editoriales, capaces de proveer de cientos de millares del mismo libro en un momento dado. En realidad, no eran necesarias en una sociedad donde los analfabetos se hallaban en proporción dominante y los que poseían ese instrumento del aprendizaje no habían adquirido el hábito de leer. Por eso se recurrió a las editoriales norteamericanas, que rápidamente tradujeron al castellano sus libros escritos originalmente en inglés; desde luego, resultaban inaplicables a nuestros niños, por contener materias ajenas al ambiente de Cuba. Se habló de que el Estado tomara a su cargo la redacción de los libros necesarios; pero pronto se desechó tal propósito, al advertir que de tal modo se lesionaba la iniciativa privada. La falta de *graduación*, porque aún no existían cursos de estudios que orientaran la enseñanza, ocasionó una pésima distribución de los textos en los distritos y hasta en las escuelas. Esta anomalía se rectificó en el inmediato período de vacaciones.

Aquella inusitada actividad en la creación de escuelas tuvo por origen, ya lo hemos dicho, la demanda de todo el país a fin de que se le suministraran los conocimientos fundamentales, por eso la matrícula al-

canzó a más de un cuarto de millón de alumnos, aunque el promedio mensual de la misma sólo fuera de 180,000, mientras el de asistencia se elevó a 135,000. Es cierto que no se instruía toda la población escolar, porque la distribución de su densidad no lo permitía; pero siempre resultó aquel movimiento un espectáculo singularmente interesante para un país cuyo régimen secular recientemente desaparecido no había adoptado medida alguna que evitara que el 57% de sus habitantes mayores de diez años no supieran leer ni escribir. La estadística nos ofrece datos elocuentes: en 1893, fecha muy inmediata al Grito de Baire, había en Cuba 898 escuelas públicas, a las que concurrían 35 mil niños; el costo de esa enseñanza alcanzaba nada más que a \$ 730,000.00.

Los inconvenientes que presentaba el medio y la limitada educación de no pocos padres de los escolares redujeron al 24% la asistencia diaria del total de niños matriculados, por eso se acentuó la atención de los administradores de la enseñanza en las disposiciones contenidas en la Ley para darle eficacia a la asistencia obligatoria. En más de un caso se advirtió el propósito de burlar tales disposiciones; en otros, como ocurrió en la ciudad de La Habana, la obra de los Inspectores Especiales nutrió las aulas de manera extraordinaria y regularizó la asistencia.

Las irregularidades cometidas en la expedición de títulos por las Escuelas Normales de La Habana, que desaparecieron de hecho con el cese de la soberanía española en Cuba, indujo a prescindir de los servicios de aquellos que aparentemente poseían una capacidad legal, procedentes de tales Escuelas, y se autorizó a los organismos competentes, a partir de la publicación de la Orden núm. 226, para emplear "a cualquier hombre o mujer a quien consideren con la suficiente cultura, educación y condiciones de carácter necesarias para enseñar en escuelas públicas". A pesar de que los métodos viciosos observados en las escuelas de la colonia no podían orientar debidamente la conducta del nuevo magisterio, es un hecho cierto que una gran proporción de aquellos maestros (sin preparación especializada) ofreció excelentes resultados.

Dos años después de establecido el sistema escolar ya habían adquirido los maestros ciertas normas de conducta profesional apreciables, mediante el funcionamiento de las Escuelas Normales de Verano y los primeros exámenes que hubieron de sufrir. Más de cuatro mil individuos concurrieron a las primeras, y una cifra superior a seis mil figuró en el registro de los que aspiraron a la posesión del certificado que se obtenía en los segundos. El sistema tenía un carácter provisional, pues el Estado no podía afrontar los cuantiosos gastos que demandaba la fundación de Escuelas Normales en número necesario y mucho me-

nos podía esperar a que éstas rindieran sus frutos para que funcionaran las escuelas primarias del país. Sin embargo, se ensayó un procedimiento que, de haberse mantenido, nos hubiera proporcionado en pocos años un magisterio de relevantes cualidades: en el mes de septiembre de 1901 se enviaron sesenta jóvenes escogidas a la Escuela Normal de New Paltz, con el propósito de que siguieran los cursos de la misma durante dos años; todos los gastos los sufragó el tesoro de Cuba y las favorecidas contrajeron la obligación de servir durante dos años, al menos, en las escuelas públicas, al regresar al país.

Al constituirse la República, en mayo de 1902, se hallaba pendiente de resolución el proyecto iniciado por Mr. Hanna para llevar maestros cubanos a las Escuelas Normales del Estado de Connecticut, cuya Asamblea Legislativa había acordado, a mediados del año anterior, conceder a los cubanos la gracia especial de concurrir a dichos establecimientos, disfrutando de las mismas ventajas reservadas a los vecinos del Estado. El plan incluía el propósito de enviar anualmente cierto número de maestros, hasta alcanzar la adecuada preparación de cuantos servían en la enseñanza primaria.

Al vencerse los contratos de servicios, que habían suscrito los maestros, al término del primer año, se produjeron anomalías en la designación del personal, al punto de que la administración se vió obligada a adoptar las medidas conducentes a fin de reparar los perjuicios producidos. Los intereses políticos comenzaron a dañar, desde entonces, la obra de la enseñanza.

También los edificios escolares constituyeron una de las más relevantes preocupaciones de la administración; según Mr. Hanna, los propósitos fundamentales se hallaban vinculados en "buenos maestros y buenas casas escuelas". Como no existían edificios de la propiedad del Estado destinados a esa función, fué preciso pagar rentas, las que alcanzaron a un tercio de millón de pesos durante el primer año.

Pronto fué objeto de estudio un plan general de construcciones y de adaptaciones de edificios; estas últimas se realizaron en antiguos cuarteles y hospitales. Tal actividad se desplegó en dotar de edificios adecuados a las escuelas del país, que en agosto de 1901, se hallaban en construcción, en distintas localidades, los necesarios para instalar 102 aulas, con un costo superior a \$ 200,000.00. Los proyectos para el año inmediato, sin alcanzar tan elevado costo, permitían disponer de locales para 201 aulas más.

El sostenimiento de la instrucción primaria de Cuba, en el curso del primer año de aquella administración, ascendió a unos tres millones de pesos.

Las doctrinas de Juan Federico Herbart, muy difundidas y en pleno florecimiento en las escuelas de la Unión Americana, con todo el formalismo acentuado en el método, y los principios pedagógicos de Spencer, en cuanto al contenido del programa, tomaron carta de naturaleza entre nosotros. De aquella escuela anterior a 1899, que no sabía a dónde iba, con retraso de siglos en su espíritu y en su organización, pasábamos a otra que tomaba los más amplios senderos de las prácticas educativas en aquel momento.

La Junta de Superintendentes preparó un Curso de Estudios (acaso se limitó a traducirlo, apremiada por la rapidez que demandaba esta atención), que comenzó a aplicarse en el año escolar de 1901 a 1902; pero antes había publicado Mr. A. E. Frye su "Manual para Maestros", que constituyó la primera orientación técnica de la época en la enseñanza primaria.

El trabajo manual (el sloyd, especialmente) y el kindergarten representaron dos novedades desde los comienzos. Por otra parte, las escuelas primarias abandonaron el programa de las *tres erres* inglesas, que fué la norma de las que funcionaron en el período colonial. Ahora se agregaron a los instrumentos fundamentales del aprendizaje (leer, escribir y contar) nuevas materias importantes para el saber: Geografía, Estudios de la Naturaleza, Historia, Higiene, Dibujo y Música. Además, se sistematizó el cuidado corporal durante el tiempo destinado en el horario a la Educación Física.

El "Manual de Frye" tuvo por lema: "*Libertad absoluta a todo maestro para que emplee su propio método*", que pudo parecer un tanto peligroso en aquel medio tan carente de orientación metodológica; sin embargo no se produjo daño alguno a la marcha de las escuelas en tal sentido, tan claras y precisas fueron las normas que contenía el libro acerca de los rumbos que debían tomarse.

A la luz de los progresos alcanzados actualmente en la técnica de la enseñanza, pudiera parecer justificado el juicio del profesor MacLean Wilson, de la Universidad de Columbia, quien en el informe de la Foreign Policy Association, en la parte correspondiente al título "Problema de la Nueva Cuba", dice lo siguiente: "Cúpole a Cuba la mala fortuna de que la pauta para el sistema de sus escuelas públicas hubiera sido colocada bajo auspicios norteamericanos y bajo la dirección de un educador escolástico de Massachusetts". Sin embargo, en aquel momento se prestó al país un notable servicio, ofreciéndole las normas de mayor progreso, experimentadas, en materia de enseñanza. Desapareció la escuela *memorista* para dar cabida a la que dió en llamársele *intelectualista*, es cierto; pero fué indispensable un largo período, des-

pués de este suceso, para que se difundieran y alcanzaran justo aprecio las tendencias de la escuela renovada, que todavía no dan carácter, en forma plena, a ningún sistema de enseñanza pública. Resulta característica de aquella orientación el siguiente consejo de Mr. Frye: "No os apresuréis en vuestra obra; esperad a que una vez en la escuela, el niño se adapte a su nueva vida, lejos del teatro acostumbrado de sus juegos". Contra este concepto reaccionó, de modo fundamental, la doctrina de J. Dewey, en favor de la escuela vitalista y socializada: que ella y el medio se identifiquen.

El Superintendente de Escuelas de Cuba acentuó en su Manual la atención que debía prestarse a la educación física, en busca de la armonía de las líneas y de la gracia en los movimientos; en la enseñanza de la lectura combatió rudamente el método del *abecé*, para sustituirlo por el de palabras y oraciones, asociado al fonetismo. En la propia lectura concedió notorio relieve a los Estudios de la Naturaleza, a fin de que el niño se relacionara con cuanto le rodeara.

A pesar de la sabiduría revelada por Frye en sus instrucciones, no pudo evitarse el error en que incurrieron algunos maestros, pues resultó frecuente que se produjera el mismo mal que quiso evitarse: que los niños supieran de memoria el contenido de los libros de lectura, pero que *no leyeran*. De todos modos, justo es reconocerle que abrió el camino para la inteligencia del método analítico-sintético, en la enseñanza de la lectura, con la asociación del fonetismo.

Perdió la Gramática el relieve que tenía en época anterior y se acentuó el estudio del Lenguaje: conversaciones frecuentes, corrección de los defectos de expresión, interés marcado en la exactitud de las percepciones, ejercicios para cultivar la atención, la memoria, la imaginación. Los principios de Herbart interpretados con la mayor exactitud. Ya en los grados superiores aparecía la Gramática, aunque sólo de manera incidental; preocupaba más al consejero el fenómeno del lenguaje que la regla gramatical o la definición. Por todas partes se manifestaba el propósito de la correlación de estudios.

Reconoce Mr. Frye que la lengua materna debe cultivarse preferentemente; no obstante, señala también la significación geográfica de Cuba una vez construido el Canal de Panamá y, por eso, la necesidad del idioma inglés para los cubanos. Tal situación se acentuaba además, porque en el concepto de Mr. Frye Cuba habría de ser el lazo de unión de las dos Américas.

En realidad, sin que envolviera una desconfianza acerca de las buenas intenciones del pueblo y el gobierno de la América del Norte al intervenir en nuestra contienda emancipadora, y a pesar de la Joint

Resolution, los cubanos de 1900 ignoraban en qué momento se alcanzaría la independencia del país. Como también ignoraban ésto gran número de norteamericanos, se explica la inquietud del Superintendente de Escuelas de Cuba porque los maestros se aplicaran, "sin pérdida de tiempo", al conocimiento del idioma inglés. Por lo demás, aconsejaba el método activo funcional, pues consideraba innecesarios los libros en la enseñanza objetiva de un idioma.

Dentro de estas normas generales, el estudio de la naturaleza habría de inspirarse en la percepción de las cosas mismas. Una excursión escolar daría oportunidades para tratar de materias de lenguaje, de dibujo, de aritmética, etc.; muy especialmente, alcanzar el conocimiento del *heimat*, base de los futuros estudios geográficos e históricos. Si no es posible salir de la escuela, los alumnos traerán al aula "todo lo más que puedan y *usad lo que ellos traigan*".

De este modo se orientó la escuela *nueva* para Cuba en los comienzos del siglo xx. Se rompió con la rutina, con el escolasticismo, con el ejercicio de la memoria verbal, para poner en actividad la mente infantil, acercándola a las cosas mismas, a la naturaleza. Hubo una renovación integral de valores educativos.

Nuestra escuela primaria atrajo la atención de toda la sociedad cubana; pudo presentirse un venturoso porvenir para nuestra cultura popular si aquellos alientos de renovación hubieran perdurado, adaptando a nuestras modalidades cuanto importamos de otros medios y otras culturas.

Tal era la situación de la enseñanza primaria al instaurarse la República en 1902.

La enseñanza secundaria:

En 1868 se hallaba en vigor el Plan de Estudios promulgado cinco años antes, en el que se advierten notables progresos, desde el punto de vista de la organización de la enseñanza secundaria, si lo comparamos con el de 1842.

Además del Colegio de la Universidad, establecido en la capital como único establecimiento de enseñanza media antes de 1863, contábamos ahora con Institutos de Segunda Enseñanza en las ciudades de Matanzas, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba. Además, conforme el Art. 190 del expresado Plan, el Gobierno podía crearlos en las demás poblaciones donde estimara oportuno establecerlos.

Se amplió el número de materias correspondientes a los estudios secundarios; por modo especial, las relacionadas con las letras: ejercicios

de análisis y de traducción latina, rudimentos de lengua griega, elementos de retórica y poética con ejercicios de comparación de trozos selectos latinos y castellanos, composición castellana y latina, ejercicios de traducción de lengua griega, trigonometría rectilínea, psicología, lógica y filosofía moral. Estas asignaturas se distribuían en cinco cursos. En cuanto a la edad para el ingreso, bastaba haber cumplido nueve años.

Por otra parte, se establecieron "estudios de aplicación a las profesiones industriales", con lo que los Institutos expedían títulos de agrimensor y perito tasador de tierras, de perito mercantil y de perito químico.

En la estadística de la instrucción pública y privada, correspondiente a 1862, aparecen 468 establecimientos de enseñanza; la población escolar estaba representada por 128,935 individuos, de los que solo asistían a las escuelas 21,757; esto es, el 16% del total. Los gastos que demandaba el sostenimiento de este servicio alcanzaban a menos de un cuarto de millón de pesos: 220,859.

En cuanto al régimen administrativo, la Inspección General de Estudios hubo de transformarse en Junta Superior de Instrucción como cuerpo consultivo, puesto que todos los poderes se hallaban centralizados en el Gobernador Superior Civil. La primera tuvo siempre a su cargo el manejo y dirección de toda la enseñanza en Cuba y Puerto Rico.

Hacia 1880 se promulgó un nuevo Plan de Estudios, tan incumplido en lo fundamental como los anteriores, aunque tuvo dos variantes de nota en cuanto a la organización de la enseñanza media: amplió el número de Institutos, de modo que hubo uno en cada una de las seis provincias, situado en las respectivas capitales, y centralizó de modo definitivo en el Capitán General (con facultades de jefe de plaza sitiada, desde el año 1825) todos los poderes administrativos, que antes se hallaban diversificados en Juntas Provinciales y Municipales. Esa centralización se manifestó especialmente en el nombramiento y remoción de la totalidad del personal de enseñanza. Ya hemos expresado el sentido político de esta medida.

Por lo demás, el Plan mantenía las líneas generales señaladas en el de 1863, aunque con ligeras modificaciones: las Juntas Provinciales, meros organismos formales, se denominarían de Instrucción Pública, mientras que las Municipales tomaron el nombre de Juntas de Primera Enseñanza.

Conviene una mención, por cuanto se relaciona con el grado de la enseñanza a que nos referimos: se autorizó la organización de escuelas

primarias superiores en las capitales de las provincias y en las poblaciones que contaran con diez mil habitantes o más aunque se reservó a los Ayuntamientos la facultad de establecerlas en localidades de censo inferior, si así lo demandaban las necesidades locales. Sin embargo, al término del régimen colonial sólo existían seis escuelas de ese tipo en todo el país.

A principios del año 1895 concurrían 1,186 alumnos a los seis Institutos de Segunda Enseñanza de la Isla; los gastos presupuestados para sostenerlos durante ese mismo año ascendían a \$ 118,735.20, mientras la totalidad de las consignaciones destinadas a educación sumaban \$ 1,015,927.72. Como la población de la Isla era entonces de 1,681,500 individuos, sólo el 0.70 por mil recibía los beneficios de la enseñanza.

Tanto en 1511 como en 1898 pareció siempre la norma fundamental de cuantos tuvieron a su cargo cuidar de los intereses del país, aquel antiguo y tan divulgado proverbio latino: "primum vivere, deinde philosophare".

Con tales antecedentes llegamos a 1900, cuando Cuba comenzó a aquilatar los beneficios que le proporcionaba la independencia de la antigua Metrópoli y sus hijos se ejercitaban en el manejo de los asuntos públicos. Mientras la escuela primaria dispuso de organismos propios, rectores de la reforma que se produjo entonces, la secundaria se puso a tono con la época bajo la inmediata dirección del Secretario del ramo. Fué tan personal esta labor, que la posteridad ha asociado a ella el nombre del autor, bajo la denominación de Plan Varona.

Resultaron tendenciosas cuantas críticas se expresaron entonces respecto de la nueva organización que tomaba la enseñanza media. Varona enfocó el asunto con sano criterio, lleno de patriotismo creador y sincero, ansioso de que el país alcanzara un elevado promedio de cultura general. La escuela secundaria debía abandonar la condición de *fábrica de bechilleres* (sic), pues su única finalidad había consistido en franquear las puertas universitarias; quiso D. Enrique José Varona que tomara rumbos más amplios, de modo que las enseñanzas que ella impartiera resultaran tan dindispensables como las de la primaria elemental.

Adoptó el reformador, con criterio moderado, la tesis spenceriana, vigente en los comienzos del siglo: preferida la orientación científica, es cierto, pero sin abandonar las letras, por cuanto tienen de cooperadoras de las primeras al darle propósito integral a la cultura. Había de sustituirse la enseñanza verbalista por la experimental: "ver, meditar más, observar a la naturaleza".

Desapareció el latín del programa secundario porque, decía Varona, "los problemas que tenemos delante son vitales" para la reconstrucción de nuestra sociedad, en los precisos momentos de ingresar en la comunidad de los estados libres. Porque tales problemas, agregaba, no se abordan victoriosamente "con la imaginación y el buen gusto" ... "sino con el cálculo, la previsión, el manejo de los instrumentos, la aplicación de las máquinas".

Suprimió asimismo el estudio de la Historia de España para conceder a la Universal su verdadero sentido. La de Cuba no se incorporó formalmente al programa hasta muchos años después de establecido el cambio. Siempre se olvidó la advertencia del reformador en cuanto a la totalidad del Plan: "sabía que no podía hacer más que indicar direcciones". Esto es, no tuvo el propósito de crear una obra definitiva, sino siempre subordinada a las transformaciones que gradualmente habían de producirse.

También desapareció el estudio del idioma alemán, dándole carácter opcional al del inglés o el francés .

Por último, distribuidas las materias de estudio en cuatro cursos (cuatro asignaturas indispensables en cada uno), no hubo la pretensión de que el adolescente supiera de muchas cosas, "sino que aprenda lo que debe saber, *de verdad*", con dos finalidades precisas: que pueda seguir estudios superiores o poseer esa cultura general que debe ser común a todos los ciudadanos. Este último propósito no lo hemos alcanzado todavía. Varona señaló el camino, pero las limitadas reformas posteriores se concretaron a lo cuantitativo y olvidaron lo cualitativo.

Aspiró también Varona a corregir la redacción de nuestros programas. Estas son sus palabras: "Hace muchos años que el nivel de nuestra cultura general iba en descenso. No podía ser de otro modo, porque cada vez iba siendo más bajo el punto de partida. La enseñanza primaria elemental era más que deficiente en nuestras escuelas; la enseñanza primaria superior había desaparecido por completo. Faltaba, pues, el eslabón necesario entre los rudimentos del saber y la cultura superior. Sin ninguna preparación entraban nuestros niños, en edad absolutamente inadecuada, a estudios que eran incapaces de comprender. Se vencía la dificultad no enseñándoles nada. A los más despejados y de buena memoria verbal se les hacía recitar las lecciones que correspondían a las *bolas del programa*; y ese era un alumno sobresaliente. Los programas estaban calcados en textos que son, por lo general, rapsodias mal zurcidas de obras que fueron aceptables hace veinte o más años".

Ya hemos dicho que se limitaban a seis, en el año 1895, las escuelas primarias superiores existentes en el país. La clasificación de los alumnos de las elementales establecidas en 1899, cuando la reforma de Varona, no rebasaba el cuarto grado; carecíamos del nexo indispensable entre esa enseñanza y la secundaria —acabamos de transcribir las palabras del reformador—. Semejante situación condujo al establecimiento del Curso Preparatorio (Orden Militar núm. 267, de 1900), con carácter temporal, a partir del día 1º de octubre de ese mismo año. Su contenido se agrupó en los dos grandes ramos tradicionales: letras y ciencias. Los idiomas, francés e inglés, se incluyeron más tarde, de modo que la aspirada preparación alcanzara a todos los estudios secundarios. Pronto se advirtió la preferencia por el último de ambos idiomas, a virtud de nuestra situación geográfica y de las relaciones económicas que dimanaban de ella.

La técnica de la enseñanza no cuenta para nada, por lo común, en nuestros centros secundarios. Es un hecho frecuente oír esta afirmación: lo fundamental se halla en el *qué* de la enseñanza, lo de menos está en *cómo* se enseña. Don Enrique José Varona aludió a ésto en el estudio de donde hemos tomado algunas citas, correspondientes a 1900, para responder a las críticas que se le formulaban: "He pensado que nuestros profesores debían ser solamente profesores, y serlo en el sentido moderno: hombres dedicados a enseñar cómo se aprende, cómo se consulta, cómo se investiga; hombres que provoquen y ayuden el trabajo del estudiante; no hombres que den recetas y fórmulas al que quiere aprender en el menor tiempo la menor cantidad de ciencia, con tal que sea la más aparatosa. Hoy un colegio, un instituto, una Universidad deben ser talleres donde se trabaja, no teatro donde se declama". Agrega más adelante: "No nos alucinemos señalando y exhibiendo las excepciones individuales".

Las reformas de los años 1899 y 1900 tuvieron el propósito plausible de relacionarnos con las más avanzadas tendencias educacionales de la época; pero se trasplantaron a nuestro medio sin adaptarlas a las peculiaridades de éste. Esa omisión origina el fracaso que advertimos en todo nuestro sistema educacional. La crisis de la enseñanza media en Cuba tiene el sentido de lo tradicional y permanente. Precisamente, porque carecemos de una tradición en ese aspecto, necesitamos averiguar cómo se procede en otros medios; esto nos economizará el tanteo infecundo, oreará nuestro saber y nos suministrará fórmulas.

Resultaría ineficaz la educación de nuestra juventud si, canalizada a través de un aislado nacionalismo, evitáramos todo contacto con los

valores de sentido universal. No existirá formación integral del individuo mientras no se equilibren ambos aspectos.

No importa de dónde tomemos el modelo, lo que interesa es adoptar una adecuada visión de conjunto y de posibilidades y una sana crítica experimental.

La educación entre nosotros, especialmente la secundaria, desde el punto de vista de los planes de estudios, ha sido desconocida como ciencia. Se le ha aplicado siempre, en este orden de cosas, el método de la intuición filosófica y se ha repetido el principio de Parménides: "*lo que yo pienso, eso es*". Se le ha negado la condición de ciencia aplicada; que no resiste la *experimentación* y la *comprobación* y que sólo puede organizarse con *observación* e *hipótesis*. Por eso, de hipótesis en hipótesis no ha resultado dable que alcancemos algo concreto, preciso. Desde luego, no niega esta afirmación el "reino de los valores" en la estructuración de un plan de estudios. Creemos con Augusto Messer que "es necesaria la formación de una pedagogía científica particular y de una técnica pedagógica", que alcanzaremos experimentalmente; pero es también nuestro deber aspirar a la formación de hombres, "que penetren en la concepción del mundo", lo que no se logra mediante la experimentación sino por la senda de la Filosofía.

Las Escuelas Normales:

La Escuela Normal de Guanabacoa, creada en 1857 por el General José Gutiérrez de la Concha en su segundo período de gobierno, tuvo vida efímera, después desapareció en 1864, a pesar de que el Plan de Estudios promulgado un año antes disponía crear una en cada capital de departamento en que se dividía la Isla. No obstante, hasta diez años después, en 1890, no se iniciaron las labores de dos solamente, en la ciudad de La Habana, que cesaron con el régimen colonial.

El Comisionado de Escuelas Públicas, M. R. Hanna, bosquejó un proyecto en 1902, que tendía a la preparación del magisterio; consideraba fundamental este aspecto para el buen éxito del sistema de escuelas públicas organizado en 1899.

La enseñanza vocacional:

También había desaparecido ya la Escuela General Preparatoria, creada asimismo por el General Gutiérrez de la Concha en 1855, cuando cinco profesionales distinguidos de la ciudad demandaron el apoyo de la Diputación Provincial de la Habana, en el año 1882, para establecer una Escuela Preparatoria de Artes y Oficios. Los solicitantes apor-

tarian desinteresadamente sus servicios como profesores, mientras la Diputación sufragaría los gastos que demandara el sostenimiento de la Escuela, cuyas enseñanzas abarcaban "los conocimientos científicos fundamentales necesarios a un arte u oficio"; esto es, sin entrar en la práctica o aprendizaje de los mismos.

En los comienzos, quedó instalada la Escuela en parte del mismo edificio que ocupaba la Diputación y se le destinó un presupuesto de \$ 461.50 para moblaje, material científico y de oficina, etc. La matrícula del primer grupo alcanzó a 134 alumnos, y sufrió alternativas curiosas en ese aspecto, que concidían, por lo común, con las de la vida política del país.

Al instaurarse la República, en 1902, contaba aquella modesta Escuela Preparatoria con un excelente edificio y una plausible organización. Aunque la Constitución de 1901 confiaba a la administración provincial el sostenimiento de los centros de enseñanza de ese tipo, lo cierto es que el Estado los ha tenido a su cargo desde el cese de la soberanía de España en Cuba.

La Universidad de la Habana:

El Real Decreto de 15 de julio de 1863, que estableció un nuevo Plan para Cuba, determinaba algunas reformas en los estudios universitarios; sobresalen estas dos: amplió a seis el número de Facultades y estableció un principio, notable para la época y el medio: era indispensable, en todas las carreras, cierto período de práctica o experimentación: operaciones de laboratorio para el licenciado en Ciencias Físicas; excursiones para el licenciado en Ciencias Naturales, a fin de recolectar y clasificar *objetos de Historia Natural*; para la licenciatura en Derecho Civil y Canónico: asistir al estudio de un abogado durante dos años, etc.

Se ingresaba a la Universidad con el título de bachiller en Artes, que expedían los centros secundarios; pero también existía el grado académico de bachiller en los estudios facultativos.

Por este Plan se creó la Facultad de Filosofía y Letras, aunque limitada al grado de bachiller.

En octubre de 1871 se produjo una reorganización de estos estudios, en cuanto a la extensión de los mismos: en unas carreras se suprimían los del doctorado y en otras los correspondientes a la licenciatura. En tales casos, los estudios correspondientes a esos grados debían cursarse en Universidades de España.

El grado de bachiller en las Facultades quedó suprimido por el Plan de 1880 y se restableció el de doctor en algunos estudios. Una Real Orden del mismo año dió origen a la fundación del Colegio Dental de la Habana.

El Distrito Universitario, que hemos mencionado anteriormente, confirió al Rector de la Universidad la jefatura de todos los establecimientos de enseñanza del país. Esta centralización respondía a los propósitos políticos manifestados por las autoridades de la Isla tras el Pacto del Zanjón.

Si bien se convalidaron los estudios privados, ajustándose las pruebas en todo al régimen de estudios oficiales, conforme a una disposición de 1887, al año siguiente (1888) quedó sometido a la aprobación del Rector qué textos podían recomendar los profesores.

Con estas alternativas de reformas, más bien de carácter reglamentario, llegamos a 1899, el año en que, respondiendo a los mismos principios generales que hemos señalado en cuanto a la enseñanza secundaria, se acometió la transformación de la Universidad. Ella misma recomendó ciertas medidas, cuando Justicia e Instrucción Pública constituían un solo departamento de la administración pública, a cargo del doctor José A. González Lanuza. Aquello se redujo, en lo fundamental, a una proliferación de cátedras, que pronto deshizo Varona, quien advertía que era perentorio dar nueva orientación a los estudios superiores, de modo que los diplomas que se otorgaran no continuaran limitados a las carreras de medicina, derecho y farmacia, sino que alcanzaran a todas las actividades que la vida del país reclamaría a partir de entonces.

Es cierto que la organización política de la colonia sólo permitía al nativo el ejercicio de las profesiones mencionadas; es más, en los comienzos del siglo XIX ya se advertía un exceso de médicos y abogados en la capital, en forma desproporcionada inclusive a las necesidades de todo el país. Así lo señaló también D. José de la Luz y Caballero en su informe del Instituto Cubano. Esto explica que en el año 1900 contara la Facultad de Letras con diez y seis profesores para siete alumnos, y que los once de Ciencias estuvieran atendidos por veinticinco profesores. "El total de profesores en la Universidad —dice Varona—, sin contar las vacantes, era de ciento siete para trescientos ochenta y un alumnos. Había muchas cátedras con un sólo estudiante y muchas sin ninguno."

Ya hemos hablado de los métodos de enseñanza; como no demandaban bibliotecas, ni museos, ni laboratorios, era natural que no existieran éstos. Dice el propio Varona: "El Jardín Botánico es un pedazo

de tierra casi baldío". Sin embargo, la Universidad costaba al tesoro público, cada año, más de un cuarto de millón de pesos.

Tampoco tuvo aquí el propósito el creador del Plan de darle forma definitiva al mismo; estableció las líneas generales, que "la obra del tiempo y la experiencia" irían adaptando. Se renovaron las Escuelas de Letras y de Ciencias, con el fin de preparar el profesorado para los Institutos; se creó la Escuela de Pedagogía, como centro de altos estudios sobre educación, destinada a preparar directores para la docencia nacional, a la manera de los Institutos adscriptos a las Universidades alemanas; se estableció la de Agronomía, con vista al fundamento económico del país, etc.

La elasticidad que quiso darse al Plan quedó contenida en las atribuciones señaladas a cada Facultad para ampliar estudios, dividir cátedras, aumentar cursos, etc.

Entre mantener las tres Escuelas tradicionales, con numerosos profesores, o crear cuantas demandaran las necesidades sociales, con un profesorado reducido, Varona optó por la última fórmula; por eso la distribución de cátedras, por lo común, abarcaba tres cursos de materias análogas. Para lograr esto era indispensable vincular el profesor a su trabajo, por eso le asignó sueldos decorosos.

Varona sentó el principio de que la Universidad tendría por función conservar y transmitir el saber que nos legó el pasado; pero también debía acrecentar las ciencias mediante la investigación. A ese objeto, necesitaba modificar también los métodos de enseñanza: observación, investigación, experimentación.

La visión de D. Enrique José Varona se orientó a organizar una Universidad modesta, aunque dotada de todos los elementos necesarios para llegar a constituir, en el porvenir, lo que el crecimiento de la Nación demandara, porque participaba del criterio social en materia de educación. Como centro superior de la enseñanza, la Universidad debía ser "el laboratorio científico" del país.

Varona dió relieve eminentemente científico al contenido de la enseñanza, a partir de la escuela media. Frye, en la primaria, se lo dió al método: los fundamentos de Herbart.

CAPÍTULO II

LAS CIENCIAS

EL año de 1868 marcó en Cuba el inicio del final de la antigua época colonial y el comienzo firme de nuestras luchas por la independencia.

Nunca podremos decir que el gobierno español en Cuba, con todos sus defectos y con todas sus virtudes, derivadas de su origen, no estuviera luchando en nuestro territorio, dentro de sus dificultades, por el avance de la ciencia.

Siguieron años de adelantos científicos en Cuba, y en el mundo entero.

En medicina, por ejemplo, en la Europa, Koch, Pasteur y Lister asombraron a la humanidad con sus descubrimientos. Y siempre, en cada caso, hubo médicos cubanos cuyos ilustres apellidos figuran honrosamente al lado de los mencionados maestros.

Esto se explica fácilmente: Cuba, isla riquísima, principalmente por su producción de azúcar, tenía en La Habana escuelas de alta cultura, muy superiores a la mayoría de las que existían en tales momentos en ningún otro lugar de las Américas. Pero, siendo París entonces la meca del progreso del mundo, y el mayor y mejor centro en que se podían aprender y perfeccionar los conocimientos científicos, se inició entre nosotros un éxodo de estudiantes hacia esa ciudad, con el provechoso resultado de que finalmente los nombres de los nacidos en nuestra isla se parangonaban y en ocasiones superaban en valor a los de los mismos que más se destacaban en Francia y en otros países europeos; y esto cuando se consideraba a la América como un continente naciente en civilización, y a Cuba sólo como a una isla perdida, punto en los mapas, entre el Atlántico, el Golfo de México y la desconocida riqueza y extensión por el sur del Mar Caribe.

Con esta aclaración previa, y como única forma de precisar nuestros avances en lo que se refiere a Ciencias Médicas, Físicas y Naturales, desde dicho año de 1868 hasta la instauración de nuestra República en 1902, trataremos de señalar, por materias, esos adelantos.

Pero primero queremos decir algo sobre la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, que fué a nuestro juicio el eje fundamental de toda la evolución científica de la época.

Esta docta Corporación, fundada por Real Decreto en el año 1860, agrupó muy pronto en su seno a los más valiosos representativos del conocimiento científico en Cuba, incluyendo los mejores profesionales en todos los ramos del saber humano. Sus rígidas condiciones y requisitos para la admisión de miembros, bajo la estricta base de solvencia moral y méritos probados, ha hecho que fuera en todo tiempo un organismo serio, laborador, respetado y progresista.

Notables mejoras en sus materiales de estudio, biblioteca y museos, por generosas aportaciones recibidas, fueron: El *Herbario Sauvalle* de plantas cubanas, con 130 Familias representadas por 5,356 ejemplares, recibido como donativo; y a esta riquísima colección se adicionó otra de plantas de Puerto Rico, cedida por el doctor José I. Torralbas. Don Rafael Arango y Molina donó en 1877 su magnífica colección malacológica, con 6,305 ejemplares de moluscos cubanos, terrestres, fluviales y marinos. El General Leonardo Wood donó una colección de peces de los mares de las Islas Filipinas, con 247 ejemplares clasificados.

Como exponente del adelanto y enriquecimiento de los museos de la Academia, basta citar que en su lista de donantes aparecen los nombres del doctor Nicolás José Gutiérrez, Francisco C. Sauvalle, Luis Montané, Fernando V. Aguirre, Felipe Poey, Juan Gundlach, Leonardo Wood, Rafael Arango y Molina, Agustín de Varona y G. del Valle, Rafael Weiss, Jorge Le-Roy, Ramón Forns, Antonio de Gordon y Acosta, Federico Vesa y Charles Wright.

Esas donaciones comprenden a veces valiosísimas colecciones completas, y muchos ejemplares raros de mamíferos, aves, peces, reptiles, anfibios, moluscos, crustáceos, insectos, vermes, pólipos, espongiarios, etc.

El acelerado progreso de la Medicina, la Cirugía y otras ciencias con ellas relacionadas, motivó en el mundo civilizado en esta época numerosas luchas y controversias entre los aferrados a las antiguas enseñanzas y métodos tradicionales que sostenían como dogmas inviolables e inmodificables, y los que fueron conceptuados como atrevidos innovadores al aceptar y ensayar nuevos procedimientos, basados en descubrimientos, teorías y concepciones de avance.

Esto sucedió en Cuba como en todas partes, y en ciertos casos, donde el cambio parecía muy brusco, algunos de los viejos maestros

consagrados se opusieron tenazmente en principio a cualquier alteración de las normas establecidas como clásicas en cada caso.

Afortunadamente ese criterio, retrasador y conservativo a ultranza casi siempre varió o se modificó luego, ante la realidad de los hechos.

Pero siempre existieron profesionales dispuestos a la prueba y defensa de cuanto para ellos significara mejora, y de tales diferencias entre científicos, y de las demostraciones, aplicaciones y resultados que trajeron como secuela, se derivaron muchos beneficios para Cuba.

Dentro de este cuadro, y ante la imposibilidad material de relacionar todos los adelantos médicos, citaremos como más importantes los siguientes, por su orden aproximado de fecha de ocurrencia:

1. La publicación de la Revista Mensual *Crónica Médico-Quirúrgica de la Habana*, iniciada en 1875 y que continuó todo el período. Fué premiada en la Exposición de Amsterdam en 1883 y en la de París en 1900. Otra publicación médica importante fué la *Revista de Medicina y Cirugía de La Habana*, fundada en 1896 por el doctor José Antonio Presno.

2. Por el doctor Claudio Delgado se hizo la primera transfusión de sangre en La Habana, con éxito, el año 1880.

3. Por el doctor Francisco Cabrera Saavedra, la primera ovariectomía en Cuba, en 1882.

4. En 1887, a los dos años de haberse inaugurado el Instituto Pasteur en París, fueron allá los doctores Diego Tamayo y San Martín, para estudiar su proceder, y a su regreso trajeron el virus rábico, con el que se inició en el Laboratorio Histobacteriológico e Instituto de Vacunación Antirrábica de la Habana, fundado y dirigido por el doctor Juan Santos Fernández, la fabricación de la vacuna antirrábica en Cuba.

5. En 1895 el doctor Louis Martin comenzó en La Habana el tratamiento de la difteria con el suero anti-tóxico, y en 1897 el doctor Juan F. Dávalos hizo su primer diagnóstico bacteriológico de esta terrible enfermedad.

6. El doctor Tomás Coronado hizo, entre los años 1888 y 1900, muy interesantes estudios sobre las fiebres palúdicas o malaria. En el año de 1897 propagó la "doctrina contagionista" del paldismo, antes que los investigadores italianos que no la publicaron hasta el 1900.

7. Es imposible hablar del progreso médico de Cuba sin mencionar al insigne doctor Joaquín Albarrán, que, aunque radicado en Fran-

cia, fué una indiscutible gloria nuestra. En el decurso de su brillante carrera profesional escribió obras didácticas de importancia extraordinaria; resolvió muchos problemas de fisiología y de bacteriología; ideó nuevos procedimientos de exploración y nuevas operaciones quirúrgicas, así como recursos para llegar al diagnóstico de las enfermedades. Entre los instrumentos que inventó y llevan su nombre, están: el cistoscopio, urétromo, fantasma vesical para el cateterismo uretral, valvas metálicas para la prostatectomía, jeringa vesical y de instilación, estufa para la desinfección de sondas, etc. Su obra titulada *Los Tumores de la Végiga*, publicada en París en 1892, fué premiada por el Instituto de Francia, como "la más acabada de medicina que haya publicado un autor cubano".

Y expresamente hemos dejado para el final de esta breve relación de adelantos médicos, la obra cumbre y descubrimiento grandioso del doctor Carlos J. Finlay, gloria excelsa de la medicina, cuya superior inteligencia, constancia y tenacidad en el empeño, le permitió hallar y probar ante el mundo, no solamente la forma de transmisión de la fiebre amarilla, de persona a persona, por el mosquito, conocimiento que ha salvado muchos millares de vidas y que ha transformado en saludables países enteros, anteriormente infectados por tan terrible flagelo, sino que también sentó la teoría universal de la comunicación del contagio de distintas plagas azotes de la humanidad, por medio de otros tipos de insectos.

En el principio de sus investigaciones sobre el llamado "vómito negro", Finlay se dedicó a estudiar las especiales condiciones climáticas en las regiones afectadas, estimando que el aire en sí acarreaba los "miasmas contagiosos" desde los manglares insalubres, pantanos y lugares de aguas corrompidas, donde se descomponía abundantemente la materia orgánica. Basado en este criterio primitivo, que compartían muchos científicos entonces, llegó a publicar su curioso trabajo titulado *Alcalinidad Atmosférica de La Habana*, en 1872, donde sostenía que "el aire de La Habana era más alcalino que el de Europa", considerando que eso era la posible causa de la fiebre amarilla.

Continuó sus estudios en ese sentido, pero sin llegar como no era posible, a conclusiones convincentes, y sí cada vez más se establecía en su claro intelecto la duda sobre la exactitud del camino emprendido, y la idea de que forzosamente tenía que existir un medio de transmisión del contagio, muy diferente.

Luchando contra esta incógnita lo encontró la Comisión norteamericana que visitó La Habana el año 1879, y puede admitirse que ese contacto y la comparación de sus datos con los de la misma, con-

tribuyeron como factor determinante a que se dedicara o encauzara en una nueva vía de investigación. Esa primera Comisión norteamericana sostenía que la fiebre amarilla era producida por un germen vivo que se desprendía del enfermo, pero que estaba obligado a sufrir alguna alteración en el ambiente, en la casa, en las excretas, antes de encontrarse en condiciones de infectar el cuerpo sano. No es difícil reconocer en estas teorías algo que pueda haberle sugerido a Finlay la idea del insecto intermediario; como también contribuyó a la sugestión, según nos relata el mismo doctor Finlay, la lectura, en la *Botánica* de Van Tieghem, del papel intermediario del "agracejo" en la evolución de la "roya" enfermedad parasítica del trigo, que produce la *Puccinia graminis*.

El año siguiente, en 1880, empezó a encaminarse con más seguridad por esta nueva vía investigativa, y en 1881 proclamó con detalles su gran descubrimiento.

Esta declaración la hizo ante la Academia de Ciencias, en su memorable disertación titulada *El mosquito hipotéticamente considerado como agente de transmisión de la fiebre amarilla*, en la sesión del 14 de agosto de 1881, y la que fué publicada íntegramente en el volumen 18 de los *Anales* de dicha Academia en el propio año.

Su nobleza de criterio y su amor a la verdad, le llevaron a comenzar su discurso en la forma que, para exaltar su mérito y virtudes, creemos es nuestro deber transcribir literalmente.

Dijo el ilustre Finlay: "Señor Presidente: Señores Académicos: Algunos años ha, en este mismo lugar tuve la honra de exponer el resultado de mis ensayos alcalimétricos, con los que creo haber demostrado definitivamente la excesiva alcalinidad que presenta la atmósfera de la Habana. Quizás recuerden algunos de los Académicos aquí presentes las relaciones conjeturales que creí poder señalar entre ese hecho y el desarrollo de la fiebre amarilla en Cuba. Pero de entonces acá mucho se ha trabajado, se han reunido datos más exactos y la etiología de la fiebre amarilla ha podido ser estudiada más metódicamente que en épocas anteriores. De ahí el que yo me haya convencido de que precisamente ha de ser insostenible cualquiera teoría que atribuya el origen o la propagación de esa enfermedad a influencias atmosféricas, miasmáticas, metereológicas ni tampoco al desaseo ni al descuido de medidas higiénicas generales. He debido, pues, abandonar mis primitivas creencias; y al manifestarlo aquí, he querido en cierto modo justificar ese cambio en mis opiniones, sometiendo a la apreciación de mis distinguidos colegas una nueva serie de estudios experimentales que he emprendido con el fin de descubrir el modo de propagarse la fiebre amarilla".

Continúa el sabio doctor Finlay en este inigualable trabajo, que es un monumento razonado de su ciencia médica, aclarando que admite la existencia de una causa material transportable, que podrá ser un virus amorfo, un germen animal o vegetal, una bacteria, etc., pero que constituye en todo caso un algo tangible que ha de comunicarse del enfermo al hombre sano para que la enfermedad se propague. Dijo que lo que se proponía estudiar es *el medio* por el cual la materia morbígena de la fiebre amarilla se desprende del cuerpo del enfermo y se implanta en el hombre sano. Que la necesidad de admitir una intervención extraña a la enfermedad para que ésta se transmita, resultaba de numerosas consideraciones, algunas de ellas formuladas ya por Rush y Humboldt a principios del siglo, y confirmadas luego por observaciones más recientes. Expresó que teniendo en cuenta que la fiebre amarilla está caracterizada clínica e histológicamente por lesiones vasculares y alteraciones físico-químicas de la sangre, parecía natural buscar *el insecto* que hubiera de llevar las partículas infectantes del enfermo al hombre sano, entre aquellos que penetran hasta el interior de los vasos sanguíneos para chupar la sangre humana, y "llegó a preguntarse" si no sería el *mosquito* el que transmite la fiebre amarilla.

Concretando, en las *conclusiones* de este maravilloso trabajo expone Finlay el resultado que ha logrado con las inoculaciones de fiebre amarilla mediante picadas de un mosquito primero a un paciente de la enfermedad y luego a un individuo sano, que ha contraído la dolencia. Declara que: "Si llegase a comprobarse que la inoculación por el mosquito no tan sólo puede reproducir la fiebre amarilla, sino que es el medio por el cual la enfermedad se propaga, las condiciones de existencia y de desarrollo de ese díptero explicarían las anomalías hasta ahora señaladas en la propagación de la fiebre amarilla y tendríamos en nuestras manos los medios de evitar, por una parte, la extensión de la enfermedad, mientras que, por otra, podrían preservarse con una inoculación benigna los individuos que estuviesen en aptitud de padecerla". Termina modestamente diciendo: "Mi única pretensión es que se tome nota de mis observaciones y que se deje a la experimentación directa el cuidado de poner en evidencia lo que hay de cierto en mis conceptos. Esto no quiere decir, empero, que yo rehuya la discusión de las ideas que he emitido; antes al contrario, tendré el mayor gusto en oír las advertencias u objeciones que quisieren hacerme mis distinguidos compañeros".

Cuando el doctor Finlay hizo las anteriores afirmaciones ante la Academia de Ciencias, era Presidente, dentro de la Sociedad de Estudios Clínicos de La Habana, de una Comisión encargada de hacer

estudios sobre la fiebre amarilla, que entonces hacía estragos extraordinarios en Cuba y en la América en general. Al hacerse cargo de la dirección de dicha Comisión, acababa de disolverse —sin resultados prácticos— una formada por distinguidos médicos norteamericanos que con la cooperación del Gobierno Superior de la Isla trabajaron durante bastante tiempo.

Nuestro sabio higienista al mismo tiempo que laboraba en el seno de la Comisión y de la Academia de Ciencias, privadamente continuaba sus investigaciones y en 29 de febrero de 1884, como consta en el Libro de Actas de la Sociedad de Estudios Clínicos, páginas 374 a 383, presentó otro interesantísimo informe sobre sus trabajos experimentales de fiebre amarilla por el mosquito, que había iniciado en 1880, y en el mismo establece conclusiones más amplias que las mantenidas en su citado anterior y primer informe, en 14 de agosto de 1881, ante la Academia de Ciencias: Entre estas conclusiones, citaremos la primera que textualmente dice: "La fiebre amarilla regular es inoculable en los días tercero, cuarto, quinto y sexto de su evolución habitual por medio de la picada del mosquito diurno de la Habana (*Culex mosquito*) Robineau y Desvoidy", y en la séptima conclusión expresa: "Del hecho de la inoculabilidad de la fiebre amarilla por las picadas del mosquito se desprende la necesidad de preservar a los enfermos atacados de esa afección contra las referidas picadas a fin de evitar la propagación de la enfermedad". Como se vé, en este segundo informe el eximio doctor Finlay no solamente establecía en forma terminante cómo se transmitía la enfermedad, sino que también daba el método seguro para impedir la propagación del contagio, o sea evitando las picadas de mosquitos al paciente.

Vinieron después días amargos de luchas, de dificultades y hasta de tenaz oposición a su teoría por parte de algunos de sus distinguidos compañeros en la ciencia: pero Finlay no se desanimó por ello, y así pasaron los años, sin que ni el gobierno español ni las autoridades y científicos de cualquier otro país hicieran nada concreto para investigar la certeza de sus afirmaciones y aplicar los resultados de su descubrimiento.

Mientras tanto, diremos que solamente entre los años de 1876 al 1900 fallecieron en la Habana 16,000 personas, víctimas de la fiebre amarilla. En la propia época, en los litorales del Mediterráneo, en las riberas del Mar Caribe y en las costas americanas del Atlántico y del Pacífico, especialmente desde México hasta el Brasil, el azote era desolador y permanente. En el Canal de Panamá, la Compañía Francesa, en

el tiempo que trabajó allí, tuvo —entre sus 86,000 empleados— 52,000 atacados de *fiebre amarilla*.

Llegó el cese de la guerra en Cuba contra España, y con él la intervención norteamericana. En el desembarco de las tropas de esa poderosa nación aliada en la playa Siboney de Santiago de Cuba, los expedicionarios tuvieron más del veinte por ciento de bajas a causa de la disentería, la malaria, el tifus y la *fiebre amarilla*. El desastroso estado sanitario de Cuba conmovió a la opinión pública norteamericana y el Presidente McKinley decidió crear una Comisión, presidida por el doctor Walter Reer, para que realizara estudios directos e informara sus resultados en relación con tal plaga. Dicha Comisión experimentó con cultivos de la sangre viva y de los cadáveres de víctimas de fiebre amarilla, logrando aislar varias bacterias y comprobando que el llamado *bacilo icteroides* (*Sanarelli*), cuyo autor aseguraba haber descubierto en el mismo la causa específica del "vómito", no tenía relación causal con la fiebre amarilla y cuando existe debía considerarse como un invasor secundario en esta enfermedad.

Esa Comisión, integrada por el doctor Walter Reed, Cirujano del Ejército de los Estados Unidos como Presidente, y por los cirujanos auxiliares James Carroll, el cubano A. Agramonte y Jesse W. Lazear, tuvo asignada una segunda etapa de investigación, que fué la importante para Cuba y para el mundo entero; o sea, *ocuparse del mosquito como instrumento de propagación de la fiebre amarilla*.

Copiamos del propio *Informe o Nota Preliminar*, de la Comisión: "Los autores de este trabajo que constituyen una Comisión de Oficiales de Sanidad del Ejército americano, creada "para el estudio de las enfermedades agudas infecciosas de la Isla de Cuba", llegaron a su destino, en los Cuarteles de Columbia, en Quemados, Cuba, el 25 de junio del corriente año, y, obedeciendo a instrucciones por escrito del Cirujano General del Ejército, dedicaron atención preferente a la etiología y profilaxia de la fiebre amarilla".

Seguimos copiando: "El mosquito como hiesped del parásito de la fiebre amarilla. No habiendo logrado aislar el bacilo icteroides en la sangre en vida, ni en los órganos del cadáver, nos quedaban dos procedimientos que investigar, que eran, primero, un estudio cuidadoso de la flora intestinal en la fiebre amarilla en comparación con las bacterias que pudiéramos aislar del tubo digestivo de individuos sanos en estas regiones o enfermos de otras dolencias; y segundo, estudiar la teoría de la propagación de la fiebre amarilla por medio del mosquito, una teoría *anunciada primeramente e ingeniosamente discutida por el doctor Carlos Finlay, de la Habana, en 1881*". La deducción final de esta

Comisión es: "que el mosquito sirve de huesped intermediario para el parásito de la fiebre amarilla y es muy probable que la enfermedad sólo se propague por la picada de este insecto".

No puede pedirse una demostración más concluyente de la *Teoría de Finlay*. El tipo o especie de mosquito, precisado por él, o sea el llamado *Culex fascitus*, clasificado actualmente como *Aedes aegypti* y *Stegomyia fasciata* (Theobald), que señaló entre las numerosas especies existentes en Cuba, fué el mismo utilizado en sus experiencias por la Comisión Americana, a la cual se los facilitó vivos el propio Finlay, así como sus huevecillos.

Queremos terminar con algunas declaraciones de autoridades y científicos que intervinieron en esta obra histórica. El Gobernador Militar, General y Doctor Leonardo Wood, al conocer las *Conclusiones* de la Comisión "ordenó que se hicieran los mayores esfuerzos para desinfectar de conformidad con las indicaciones de dicho descubrimiento y el resultado ha venido a robustecer los conocimientos a que llegó la Comisión". (Tomado del *Informe* del Comandante W. C. Gorgas, Habana, julio 8 de 1901.)

La labor de Gorgas, primero en Cuba, luego en Panamá y posteriormente en otros países donde venció y erradicó la terrible plaga, se basó en las medidas propuestas por Finlay, que textualmente (palabras del propio Finlay), son: Primero, evitar que esos insectos, (los mosquitos) puedan picar a los enfermos de fiebre amarilla. Destruir, hasta donde sea posible, los mosquitos que puedan haber sido infectados. Considerar como "inseguro" todo lugar, mientras vivan en él mosquitos que hayan picado enfermos de fiebre amarilla, teniendo en cuenta que el término de su existencia, en condiciones favorables, es de 35 a 40 días". Otra declaración del Cirujano Comandante W. C. Gorgas es: "El trabajo del Ejército en relación con la fiebre amarilla ha sido único, al menos en lo que yo sé, en la historia de la medicina. *La teoría del doctor Finlay fué tomada por el Comandante Reed y la Comisión del Ejército*, que la experimentaron en seres humanos, *demostrándose como ninguna otra teoría en la medicina lo ha sido*, en el transcurso de un año".

Estas pruebas de la Comisión norteamericana tuvieron sus "mártires voluntarios" de la Ciencia. El doctor Lazear, miembro de la Comisión, se dejó picar voluntariamente por un mosquito infectado, el día 13 de septiembre del 1900; contrajo la enfermedad y murió de fiebre amarilla en la tarde del día 25 de septiembre del 1900. La en-

fermera Clara Louise Mass se sometió a idéntica experiencia y murió como consecuencia en el Hospital *Las Animas* el 24 de agosto de 1901 a la temprana edad de 25 años. Otros médicos y distintos voluntarios que se prestaron a la prueba enfermaron gravemente pero sin consecuencias fatales.

Finlay, a la terminación de la obra sanitaria realizada, manifestó que "El Coronel William C. Gorgas, Jefe de Sanidad de Cuba durante el gobierno del General Wood, *exterminó en siete meses en la Habana al mosquito*".

El General Wood, en el informe de su Gobierno en Cuba, dijo que "la confirmación de las doctrinas del doctor Finlay, es el paso más grande que se ha dado en la ciencia médica después del descubrimiento de la vacuna por Jenner, y que este solo hecho valía la guerra con España".

Un nuevo informe del doctor Gorgas al Gobierno de los Estados Unidos, en noviembre 5 del 1901, expresa: "Insisto minuciosamente acerca del aspecto de la fiebre amarilla en nuestra estadística demográfica, a causa de la considerable práctica importancia que tiene para los Estados Unidos, pues la gran certeza de que la fiebre amarilla es transmitida por el mosquito *Stegomyia*, verdad sostenida por el doctor Carlos Finlay en contra del ridículo que ha prevalecido tantos años, y recientemente demostrada por la Comisión de Oficiales del Ejército, harán cambiar bien pronto todos nuestros métodos de cuarentena seguidos en los Estados Unidos".

La victoria de Finlay no ha quedado encerrada en los campos de batalla de la fiebre amarilla. Ella se ha extendido a los del tifus exantemático, a los de la enfermedad del sueño y a los de la peste bubónica. Estas plagas, en su derrota y en su huída, van entonando a Finlay el himno del triunfo en su cruzada maravillosa.

Como acertadamente expresó el ilustre doctor José A. López del Valle, "Finlay ha creado, con su descubrimiento y su doctrina, la moderna Escuela Sanitaria, completando los estudios de Pasteur, pues no basta conocer la causa que provoca una infección, sino que se necesita saber también cómo se transmite y cómo se evita".

En el tiempo comprendido entre los años 1868 y 1902 se distinguieron en Cuba, en las Ciencias Matemáticas: José María de la Torre con distintas obras sobre aritmética; Salvador Condaminas que fué Director del Instituto de Matanzas en 1870; Rafael S. Casado, autor de una *Aritmética Analítico-Práctica* de la que se hicieron varias ediciones; el matancero Manuel Valdés Rodríguez que publicó una *Arit-*

mética para escuelas de Artes y Oficios en 1880; José Tomás Oñate con un *Tratado de Aritmética y Algebra*, impreso en 1884 en Santiago de Cuba, con sucesivas ediciones hasta el 1897, y todos recordamos las populares *Lecciones y Compendios* de don Manuel Pruna Santa Cruz, de uso general en las escuelas. La mejor obra sobre aritmética en este período fué el *Tratado Completo de Aritmética Mercantil Novísima*, por el doctor Constantino Pardo y Horta, impreso en La Habana en 1897.

En Análisis Matemático se destacó el ingeniero Antonio Portuondo y Barceló, natural de Santiago de Cuba, que publicó en Madrid en 1880 sus *Ensayos sobre el Infinito* y el *Cálculo de Probabilidades*. El catedrático de matemáticas del Instituto de La Habana, doctor Antonio Lora y Chávez, publicó en 1896 una *Geometría y Trigonometría*, y también resaltan en estas ramas por sus profundos conocimientos y buenos trabajos los doctores Jesús B. Gálvez, Claudio Mimó y Alejandro Muxó, y muy notablemente el ingeniero Manuel Fernández de Castro.

En el campo de la Astronomía, Francisco Camilo Cuyás escribió su *Unidad del Universo* en 1874, con originales teorías que fueron entonces muy discutidas; el doctor Carlos Finlay y Barrés publicó su *Nueva Teoría de la Gravitación*, en los *Anales* de la Academia de Ciencias, en 1872; el doctor José López Trigo, que fué Director de la Escuela Profesional en 1883, y más que nadie, el sabio Padre Benito Viñes, S.J.

La extensa y valiosa labor de don Andrés Poey, fundador y antiguo Director del Observatorio Físico-Meteorológico de la Habana, se muestra en este período con numerosas publicaciones tanto en Cuba como en Francia. Esta personalidad de nuestra ciencia, junto con los PP. Benito Viñes y Lorenzo Gangoiti del Observatorio del Colegio de Belén, fueron figuras de fama mundial, y sus observaciones, teorías y adelanto en meteorología tropical y en el estudio de los huracanes y ciclones, son aún de gran utilidad y gozan del mayor aprecio científico, por su exactitud y méritos. Muchos trabajos de don Andrés Poey se adoptaron como textos de enseñanza en las Marinas de Guerra y Mercante de Francia y España. El gobierno norteamericano tradujo varios con igual propósito, y lo propio hizo con los del Padre Viñes, quien además inventó un curioso aparato llamado *Ciclonoscopio de las Antillas*.

Los múltiples trabajos publicados en los *Anales* de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, por los más prestigiosos profesionales de Cuba, abarcan todo adelanto y tratan con des-

cripciones extensas de cada nuevo descubrimiento, innovación o progreso, y muy especialmente de su introducción, aplicación y resultados obtenidos en la Isla.

En el vasto y fascinante campo de las Ciencias Naturales se publicaron bajo la dirección del sabio don Felipe Poey, dos volúmenes cuya impresión terminó en 1868, del *Repertorio Físico Natural de la Isla de Cuba*, con la colaboración de científicos tan conocidos como Manuel Presas, Sebastián A. Morales, el propio Felipe Poey, Rafael Arango, Joaquín Barnet, Juan Gundlach, F. Sauvalle, y Chevrolat. También don Felipe Poey publicó en 1872 el primer tratado de Mineralogía escrito en Cuba.

Sobre minerales cubanos y minería escribieron extensamente Pedro Salterain y Manuel Fernández de Castro, ambos ingenieros de Minas, que igualmente publicaron, en 1883, el primer *Mapa Geológico de Cuba*; el habanero doctor José Seidel, Claudio de la Vega, John F. Hyatt, vicecónsul que fué de los Estados Unidos en Santiago de Cuba; y merece especial mención la obra publicada en 1901 por C. W. Hayes, T. W. Vaughan y A. C. Spencer, del Geological Survey de los E. U. de A. titulada *Reconocimiento Geológico e Informe de los Recursos Minerales de la Isla de Cuba*. Sobre salinas escribieron el ingeniero Claudio Mimó en 1891 y el habanero doctor Luis de Arozarena en 1892, que publicó su trabajo en Francia. Es interesante el estudio de las minas de oro en Cuba, por Federico W. Ramsden en 1888; y también el ingeniero Manuel Fernández de Castro publicó un informe con mapa de las minas de oro de Guaracabulla.

Realizaron y publicaron importantes estudios geológicos los citados Fernández de Castro y Salterain, Miguel Rodríguez Ferrer, Robert F. Hill, don Carlos de la Torre, Carlos Segrera y Valentín Pellitero. En Fisiografía, Charles Torrey Simpson, José W. Spencer y el cubano Francisco Jimeno. El Padre Escolapio Pío Galtés hizo en 1886 el primer estudio geológico de las cuevas de Cubitas, y Spencer en 1896 el del valle del Yumurí.

James P. Kimball en 1884, Guillermo Crosby en el propio año y Alejandro Agassiz en 1894 estudiaron y describieron las formaciones de arrecifes en la Isla. Son también trabajos de interés los de Francisco Vidal y Careta sobre clasificación de las rocas, en 1890; y del ingeniero Ramón Adán de Yarza sobre rocas hipogénicas, en 1896.

En Paleontología, don Manuel Fernández de Castro publicó en 1876 en los *Anales* de la Academia, el primer catálogo de los fósiles de

la Isla de Cuba, y tiene otros notables trabajos, entre ellos el que trata del gran edentado nombrado *Myomorphus cubensis*, descubierto por Poey, y los que describen otros fósiles marinos como el *Litobatis*, etc. Otros paleontólogos de la época fueron el doctor Luis Montané y los naturalistas norteamericanos White y Nicholson que, en 1878-1879, estudiaron los fósiles cubanos.

En 1882 el catedrático doctor Juan Vilaró publicó su *Zoografía de Vertebrados*, y sucesivamente distintas obras sobre Historia Natural en general. Durante su labor como miembro naturalista de la Comisión y Junta Central de Pesca del Apostadero de la Habana, estudió e informó ampliamente sobre todas nuestras especies acuáticas, redactando el primer *Reglamento de Pesca*, la regulación de vedas, las corridas de peces en las distintas zonas marítimas, un plan para el cultivo artificial de esponjas en Cuba, el *Manual de Policía de Pesca*, etc. Sus labores fueron de positivo adelanto en estos asuntos, y además escribió algo sobre vedas de caza y sobre especies terrestres de nuestra fauna.

Del sabio naturalista Juan Gundlach: *La Contribución al estudio de los Crustáceos de Cuba*, publicada en los *Anales* de la Academia, 1900-1901; la *Contribución a la Entomología Cubana*, 3 vols. publicada en 1881-1886 y 1891, es la mejor y más completa obra sobre insectos cubanos; el *Catálogo de los Reptiles Cubanos*, en 1875; la *Contribución al Estudio de la Erpetología Cubana*, en 1880; el *Catálogo de las Aves Cubanas*, en 1873; la *Contribución a la Ornitología Cubana*, en 1876, y la *Ornitología Cubana*, en 1893, que es el libro más completo sobre aves de Cuba.

En peces, la monumental *Ictiología Cubana* por don Felipe Poey, formando cuatro volúmenes en folio, de texto, y diez en folio que componen el *Atlas*, con 1,000 láminas. Esta grandiosa obra a cuya formación dedicó Poey cincuenta años de su vida, fué premiada con medalla de oro en la Exposición de Amsterdam en 1883 y más tarde vendida por el autor al gobierno de España. El original, inédito, se llevó al Museo Biblioteca de Ultramar, de Madrid, y una copia completa quedó en el Instituto de La Habana. Fué reputada por don Carlos de la Torre como "la Ictiología más valiosa que se ha escrito en castellano".

Un trabajo muy interesante publicado por el propio don Carlos de la Torre en 1889, y que mereció la felicitación de Poey, es el titulado *Consideraciones Anatómicas acerca del Manjuarí*.

En Antropología se señalaron Luis Montané, Antonio Bachiller y Arístides Mestre.

En Etnografía los mismos; el ilustre patriota don Manuel Sanguily, y don Carlos de la Torre.

Se destacaron en Botánica: el catedrático doctor Juan Vilaró, autor de un texto universitario; el catedrático doctor Manuel Gómez de la Maza, autor de un *Diccionario Botánico* en 1889, de una *Flora de Cuba* en 1887, de una *Flora Habanera* en 1897 y de otras muchas obras especializadas. Anteriormente, Francisco A. Sauvalle también publicó, en 1873, una *Flora Cubana*.

En Agricultura se distinguieron Juan Portuondo Estrada, que publicó *Manuales Elementales y Superiores* en Santiago de Cuba, en 1866; Luis Biosca y Comellas, un *Curso de Agricultura* en 1894; el ingeniero Juan B. Jiménez, cuyas obras sobre cultivos menores y de la caña de azúcar fueron prologadas y calificadas de utilísimas por Reynoso; Benito J. Riera y Mariano Tortuosa que escribieron textos para los Institutos de Segunda Enseñanza en Cuba; Francisco J. Balmaseda, cuya primera edición del *Tesoro del Agricultor Cubano*, en tres volúmenes, se hizo en La Habana en 1885 al 1887, y el catedrático doctor José Cadenas, autor del texto aprobado en 1901 para la Escuela de Agronomía de la Universidad de La Habana. También aportaron notable adelanto a la ciencia agrícola con sus trabajos y estudios Julio Lachaume y Sebastián Alfredo de Morales, en plantas textiles. Algunas publicaciones sobre cultivo de la caña de azúcar, de don Alvaro Reynoso, se imprimieron en este período.

CAPÍTULO III

LAS ARTES PLASTICAS DE 1868 A 1902

SI el Arte es eco y reflejo de la inteligencia y de la sensibilidad, es decir, de las dos facultades cuya íntima unión constituye la unidad substancial del alma ¿cómo no reflejará igualmente la civilización, cuando ésta no es otra cosa sino el advenimiento en el tiempo y en el espacio, de las ideas y sentimientos de la humanidad?"

Estos conceptos de José Silverio Jorrín, expuestos en memorable discurso pronunciado en 1861 en el Liceo de Guanabacoa, expresan el sentir de una de las grandes figuras de la época que ha de ser objeto de mi consideración, acerca de una cuestión entonces, como hoy, vigente: la del valor documental del arte que, como ha dicho un crítico moderno, es historia visible, símbolo directo, síntesis del saber y de la conducta de cada época, índice y exponente de la evolución de la humanidad. Y Cuba, en el período que va de 1868 a 1902, no constituye una excepción: el arte entonces, como ahora y como siempre, fué un reflejo del medio y sus circunstancias.

¿Cuáles eran éstas? José Antonio Portuondo, en su admirable ensayo *Proceso de la Cultura Cubana* ha trazado, en rasgos breves, precisos y vigorosos, la semblanza de ese momento de nuestra evolución como pueblo, fase que cierra el período colonial y comprende las décadas finales del siglo XIX: "paréntesis intelectualista, de *fetichismo científico* que, al cabo, hubo de ceder su puesto a un nuevo tiempo de exaltación romántica, ganado de urgencias guerreras". "Es un replegarse de lo puramente intelectual para dar paso a la actitud guerrera y al gesto rebelde que crece y se agiganta a la voz taumaturga de un poeta: José Martí."

Eso reflejará la producción artística de la época en cuestión: refugio intelectualista primero, entusiasmo guerrero más tarde cuya culminación será, en el orden político, la independencia.

Entre los factores de toda índole, espirituales y materiales, que se traslucen en la obra de arte hay uno que, a través de toda nuestra historia ha gravitado sobre nuestra producción. Este elemento, de carácter

cultural, se hace ostensible en la fuerte influencia europea sobre los artistas cubanos, en su mayoría formados en los centros del Viejo Mundo, y especialmente en Francia y en Italia, en el período que nos ocupa.

Si tenemos en cuenta el ambiente político, caldeado por un incontenible anhelo de liberación, en que esos artistas vivían, en su formación como tales no es de extrañar que sus obras se encaucen por los rumbos estilísticos que por aquel entonces dividían el campo de las artes: *clasicismo* y *romanticismo*. Clásico por su forma, romántico por su contenido, ha sido siempre el arte en tiempos de revolución política. Francia era el ejemplo conocido y amado por los cubanos del siglo XIX y no olvidemos que el romanticismo, más como actitud espiritual que como tendencia específica, define las apetencias de esas etapas en que se preparan sacudidas históricas.

La producción artística de Cuba, a pesar de que los intereses fundamentales de sus hijos les acercaban más a Marte que a Apolo, no fué en ese período ni escasa ni insignificante y hubo entre nuestros artistas casos como el de Menocal que trocara el amable refugio del estudio por los campos donde se fraguaba la patria libre, para volver, una vez cumplido el sagrado deber, a reintegrarse al cultivo del arte.

Veamos, brevemente, la cosecha que en el sector artístico rinde Cuba en el lapso transcurrido entre las dos guerras emancipadoras.

La arquitectura, quizás entre todas las artes plásticas la que mejor exprese la vida humana y su circunstancia en un momento dado, reaccionando contra el barroco, que fué la expresión estilística de la colonia, se inspira ahora en los módulos clásicos. La línea recta substituye a la curva, el dintel al arco, los severos portales a las arcadas de antaño; edificios públicos y privados, en las ciudades y en las afueras, visten con sobriedad clasicista las estructuras que, fundamentalmente, no han variado, y nos quedan ejemplos numerosos de esa inspiración en una serie de edificios que tiene en el Templete y en el Palacio Aldama sus más conocidas realizaciones, ambas iniciadoras del nuevo gusto estilístico de nuestros arquitectos.

Las residencias urbanas y suburbanas (especialmente en la entonces aristocrática barriada del Cerro) se ajustan a las líneas austeras que el neoclasicismo puso en boga, aunque con cierta gracia reminiscente de sus modelos más próximos a Cuba, los del Renacimiento italiano que, con el francés, inspirará las "villas" nuestras en los comienzos del siguiente siglo. La casa de los Condes de Buenavista, en Galiano y Concordia, ya desaparecida, las palaciales Quintas del Conde de Fernandina y el Conde de Santovenia, en el Cerro, la casa de la familia Goudie,

en la propia barriada, son exponentes de la arquitectura cubana del siglo XIX, y, con ellas, la Quinta Echarte, uno de los ejemplos más bellos que nos ha legado la arquitectura de la colonia en su etapa final. Son esas residencias de extramuros, suntuosas y caracterizadas por su sobria distinción y por su adaptación al clima y las costumbres locales, las que mejor ilustran eso que se ha dado en llamar la "casa colonial cubana", y que ha quedado como un jalón en el desarrollo histórico de nuestra arquitectura doméstica.

La escultura se manifiesta en monumentos, estatuas y bustos que, en concepto y factura, responden a los dos módulos citados, el clásico y el romántico, y estilísticamente constituyen el eco transatlántico de las tendencias imperantes en Europa. Sus autores son artistas italianos, como Giuseppe Caggini, autor de la Fuente de la India o Noble Habana, hoy emplazada en el Parque de la Fraternidad, y del pórtico de mármol de la Casa de Gobierno, actualmente Palacio Municipal; J. Cuchiari, que cinceló la estatua de Colón, en el patio de dicho edificio, y Pietro Costa, del cual se conserva la estatua orante del Obispo Apolinar Serrano en el monumento sepulcral de dicho prelado, que se alza en la Capilla de Loreto en la Catedral de la Habana; franceses como Philippe Garbeille, a quien se deben los bustos de Luz y Caballero, Ramón Zambrana y Félix Varela que vemos en un rincón de los jardines universitarios; españoles como Antonio Solá, cuya estatua de Fernando VII, en la Plaza de Armas, inicia la serie de monumentos levantados en Cuba en el siglo XIX, que se cierra con sus dos últimas manifestaciones finiseculares, el que perpetúa la memoria de las víctimas del incendio de 1890, conocido por Monumento a los Bomberos, obra de Agustín Querol y el de Cristóbal Colón, hecho por Arturo Mérida y que, poco tiempo después de ser emplazado en la Catedral de la Habana, fué trasladado a Sevilla con los supuestos restos del Gran Almirante.

Junto a estos extranjeros encontramos los primeros escultores nativos: Miguel Melero, Guillermina Lázaro y José de Vilalta Saavedra.

Miguel Melero, primer Director cubano de la Academia de San Alejandro, pintor y escultor, progenitor y maestro de artistas, es una figura de acusados perfiles en el panorama del arte de la época. He de referirme nuevamente a él al hablar de la pintura, en cuyo cultivo alcanzó principalmente su renombre, pero no puedo silenciar aquí su labor de escultor que, juzgada dentro de sus circunstancias de momento y ambiente, no carece de interés. Un monumento a Colón, algunos bustos y figuras de asunto religioso, como su *Santo Tomás* que hasta hace algunos años pudimos ver en la Capilla Central del Cementerio

de Colón, nos muestran a Melero, como un cultivador de la escultura entonces imperante en la que se combinan el realismo, de ascendencia española y la influencia clasicista recibida a través de modelos italianos.

De Guillermina Lázaros poco se sabe y es la propia autora la que nos ha dejado algunas noticias de su formación y su obra, en una carta que publicara *El Fígaro* en 1895. Su formación artística, como la de Melero, fué europea y, específicamente, española. Como el citado autor cultivó también la pintura y, dentro del sector propio del arte de la forma, el retrato —que ha de ser siempre uno de los géneros más al alcance de nuestros escultores—, la figura y el relieve decorativo. En la aludida carta, refiriéndose a una estatua de Colón, hecha por encargo del Ayuntamiento de Cienfuegos, nos da la artista un dato interesante al decir: “el primer monumento escultórico que la mano de la mujer ha levantado en este suelo es obra mía; otra mujer levantará el mejor, yo levanté el primero”. Habrá de transcurrir medio siglo antes de que encontremos otra escultura monumental hecha en Cuba por otra escultora; es en nuestros días cuando Rita Longa —como si viniera a cumplir la profecía de Guillermina Lázaros— produce el grupo de la *Inmortalidad*, en una fuente del Parque de los Mártires y erige la más popular de sus obras, la *Virgen del Camino*.

José de Vilalta Saavedra es, entre los escultores de finales del siglo XIX, el mejor conocido ya que sus obras, por razón de su asunto y de su emplazamiento, resultan especialmente conspicuas. Entre ellas se cuentan las esculturas y relieves que exornan la Portada monumental del Cementerio de Colón, el monumento funerario a los Estudiantes mártires de 1871, su estatua de Francisco de Albear y Lara, en la plazuela de su nombre y el monumento a Martí, en el Parque Central de la Habana. Vilalta Saavedra inicia en Cuba su carrera de escultor, pero es en Italia donde en realidad se forma el artista, cuyas obras más notables fueron ejecutadas en su taller italiano.

De las obras citadas tal vez sea la mejor la que, aparentemente, tiene menos importancia: el grupo simbólico de las *Virtudes* que remata la entrada del Cementerio de Colón y que contrasta, sin desentonar, con las líneas románticas del cuerpo arquitectónico que completa. En el *Monumento a los Estudiantes* no estuvo el artista a la altura del asunto a conmemorar, produciendo una obra severa de contenido y sobria de factura, pero aherrojada dentro del marco estrecho de un frío academismo. Previendo, quizás, las críticas que el porvenir deparaba a ésta, el escultor explica, en la memoria que acompañaba al boceto que resultó premiado: “he concebido el monumento basándome en el punto filosófico que en mi concepto es la *conciencia pública*, a

través del tiempo, justifica la inocencia. No podía, por razones ya expuestas en la prensa, realizar ningún otro tema que envolviese una alusión política, cosa que es lo primero que ha advertido en el concurso y como, repito, no pudiéndose hacer nada de eso, he pensado en el punto sintético filosófico que explica lo sucedido". Estas explicaciones del artista, a la sazón muy joven, constituyen tan solo una disculpa de valor relativo ya que pudo, sin alusiones políticas, pero con una emoción de que carece el citado monumento, en el que cabía, más que la mesurada severidad clásica, el exaltado arranque de la expresión romántica, dar a su idea una expresión a tono con la significación, conmovedoramente humana, del suceso.

El *Monumento a Albear*, hecho en Florencia en 1893, pertenece al tipo de realismo pictórico tan en boga en aquella época. La preocupación esencial del artista parece ser la fiel reproducción de los rasgos del personaje cuya memoria trata de perpetuar la escultura y la copia minuciosa de los detalles de indumentaria y accesorios. Tal es el caso de esta estatua en que el cincel ha elaborado cuidadosamente no sólo las figuras sino su ropaje: el uniforme del ilustre Brigadier de Ingenieros, con su faja de borlas, el capote militar, el sombrero y el bastón junto a la estatua, los motivos ornamentales del manto que cubre a la mujer que, simbólicamente, representa a la ciudad de la Habana.

Aunque este concepto verista de la escultura monumental excluye la grandeza heroica de la estatuaria clásica y el impulso emocional romántico, el monumento citado no carece de belleza mostrando en su ejecución el virtuosismo técnico del joven escultor cubano.

El *Monumento a Martí*, situado justamente frente al de Albear, es una obra realizada por el escultor ya en los inicios de la era republicana. Está fecho en Roma en 1903 y, aunque de reducidas proporciones, muestra nobleza de concepción y una más amplia técnica. Sobre la base, cubierta de figuras simbólicas, se alza la austera figura del Apóstol, en ademán más de maestro que de tribuno, extendida la diestra y sosteniendo con la izquierda la capa o toga que cae, con elegancia, en pliegues que cubren la parte posterior del monumento balanceando el conjunto. La manera de tratar esta tela y las ropas civiles de la estatua, sin los detalles que señalamos en la precedente, tiene una distinción y un movimiento de planos que imparten sobriedad y sencillez, no desprovista de grandeza, al monumento.

Naturalmente, hay que juzgar el valor de las obras de arte dentro de las circunstancias que rodearon su concepción, lo cual hace que, no obstante los reparos apuntados, sean los monumentos que he citado una contribución notable de los artistas cubanos a nuestra incipiente escul-

tura, a tono con su formación y las tendencias imperantes en la Europa de entonces que solamente el genio, que se anticipa a su época o la domina con su individualidad creadora, logra superar.

Es la pintura el campo más fecundo en el arte cubano de la época estudiada. En ella encontraremos figuras de verdadero interés para quien busque la génesis de nuestro desarrollo pictórico, artistas que ilustran una época y señalan la transición a la siguiente.

Hace un año, con el título de *La Pintura Colonial en Cuba*, ofreció la Corporación Nacional del Turismo en el Capitolio Nacional, con la cooperación del Patronato Pro Museo Nacional y bajo los auspicios del Ministerio de Educación, una muestra de nuestro arte de ayer del cual la última etapa, la más próxima a nosotros, da tema al presente trabajo.

En esa Exposición, vista en conjunto, pudimos apreciar las modalidades estilísticas (academismo, realismo romántico, atisbos impresionistas) y los géneros predilectos (retrato, paisaje, costumbrismo) que caracterizan esta etapa en la evolución del arte pictórico cubano.

El retrato ha sido, en todo tiempo, una de las expresiones de la pintura nuestra que mayor demanda y más cultivadores ha tenido. A fines del siglo XVIII y principios del XIX hallamos a Vicente Escobar y Florez, cronológicamente nuestro primer retratista, de cuya obra, interesante por cierto, no obstante los defectos apreciables en ella, nos han quedado abundantes y elocuentes muestras. En la época que nos ocupa, correspondiente a la segunda mitad de la pasada centuria y fase postrera del arte colonial, se destacan los nombres de otros cultivadores del género: Herrera, Du Brocq, Peoli, Martínez y Menocal.

Antonio Herrera Montalván, el más antiguo de los artistas citados, aparte sus lienzos inspirados en tipos populares de Italia, nos ha dejado una serie de retratos que muestran las condiciones que para esta modalidad pictórica tuvo el que fué maestro notable de San Alejandro. Entre ellos están los de *León XIII*, de la Colección Mimó Abalo y los de *Francisco Goyri y Bengochea* e *Inés Adot Biechman*, propiedad de la señora Ofelia Balaguer de Surís, óleos que figuraron en la citada exposición de arte colonial y son claro exponente de la calidad de su autor, a quien hay que juzgar dentro del concepto, muy de su época, del retrato académico.

Pío Du Brocq, miniaturista, como Juan Jorge Peoli, está bien representado en la Colección del señor José Manuel de Ximeno, uno de cuyos familiares, la señora Isabel Fuentes de Ximeno, fué retratada por ambos pintores.

"Leal en el dibujo, sabio en los materiales, huraño y melancólico en el color, indefinido en las creaciones y aún etéreo", fué según José Martí el arte de Peoli, que además del retrato y otros géneros pictóricos cultivó con éxito la caricatura, dejando una serie de cartones donde está vista por el artista "toda la Habana" de su tiempo. La crítica martiana se ajusta a las cualidades del artista, representante de un tipo de retrato que, a tono con las orientaciones de su época, pudiera parecernos hoy amanerada. Pero hay que tener en cuenta lo que en Cuba y fuera de Cuba fué, durante mucho tiempo, el desideratum del pintor retratista. Sólo años más tarde, ya en nuestro siglo, empezarán los pintores a liberarse de aquellos cánones tradicionales y comenzará el retrato a ser esbozo psicológico, impresión o expresión de los caracteres esenciales del personaje que sirvió de modelo al pintor.

Federico Martínez, que fué en su Oriente natal profesor de Collazo, es otro de los retratistas notables de ese período de la pintura cubana. Tal vez, entre sus obras, la más conocida sea su retrato del pintor Llanduze, perteneciente al Museo Nacional y que ha figurado en diversas exposiciones retrospectivas; pero junto a ésta deben considerarse otras, no menos importantes, que figuran en el Museo Emilio Bacardí, en Santiago de Cuba, entre las que se cuenta el autorretrato del artista hecho tres años antes de su muerte.

Armando Menocal, nacido en 1861, es una de las figuras más representativas del arte de esta época, señalando además la transición a la pintura de Cuba independiente.

Profesor y Director de San Alejandro, fué, con Romañach, uno de los innovadores en la docencia artística de la Academia.

Menocal, un típico exponente de su tiempo, tiempo de aliento revolucionario al que dan carácter nuestras guerras de independencia, tomó parte en la lucha libertadora de Cuba a la que sirvió con las armas en la guerra y con los pinceles en la paz.

Además de maestro en San Alejandro, como miembro de la Academia Nacional de Artes y Letras ha dejado en los Anales de la misma muestras de sus talentos de escritor, pero, no obstante la variedad de sus actividades, Menocal fué, esencialmente, un pintor y, como tal, cultivó todos los géneros, destacándose de manera especial como pintor de historia, de composiciones alegóricas y, sobre todo, de retratos. Refiriéndome al realismo en éstos imperante, y del que serían buenas pruebas los de *Aniceto Valdivia*, el *General Mario G. Menocal* y *Enrique José Varona*, escribí en otra ocasión: "hoy, a varias décadas de distancia, acostumbrada nuestra visión a otros *modos* realistas bien alejados del que cultivó Armando Menocal, nos parecen anacrónicos al-

gunos retratos suyos (incontemporaneidad de lo contemporáneo), pero un frío y desapasionado análisis nos descubre los fundamentos estilísticos de su pintura en cuya concepción realista intervienen de modo preponderante factores étnicos y epocales, de raigambre tan fuerte que ni el elemento nacional del medio físico en que nació el autor, ni las transformaciones ulteriores del ambiente espiritual en que trabajó luego, lograron cambiar. A ello han contribuido, sin duda, la idiosincrasia personal del pintor, su temperamento y el fuerte influjo externo recibido en los primeros años de su vida artística”.

El paisaje ha sido otro de los géneros que mayor atracción ha ejercido sobre nuestros pintores. Entre ellos he de fijarme en dos que representan, a mi modo de ver, la actitud que frente a la naturaleza de Cuba adoptaron nuestros artistas de la época estudiada. Esos paisajistas son Esteban Chartrand y José Joaquín Tejada. Junto a ellos mencionaré a Sanz Carta que aunque español de origen supo captar el paisaje de Cuba con una visión más certera y más genuinamente cubana que la de otros pintores nativos.

Chartrand y Tejada son, por el contenido de sus obras, paisajistas románticos; el recuerdo de Barbizon se impone cuando contemplamos un lienzo de estos artistas.

La formación artística de Chartrand se traduce en sus telas que revelan un marcado acento francés: la delicadeza de sus tintas, muy a lo Corot, y su peculiar manera de componer, colocando en el primer término figuras diminutas que son como un pretexto para llevarnos al paisaje de fondo, asunto real del cuadro, nos recuerda a Lorrain.

Cuatro paisajes bien conocidos de Chartrand pueden darnos la tónica de su pintura; aludo a esos lienzos de la Colección del señor Bernardo Gómez Toro que se titulan *Amanecer*, *El Día*, *La Tarde* y *La Noche*: rosa del orto, oro meridiano, púrpura vespertina, plata lunar, cuatro iluminaciones distintas sobre el verdor eterno de los campos de Cuba y el todo concebido como una visión irreal, fantasmagórica, en que gasas delicadas envuelven los contornos y suavizan toda crudeza cromática, paisajes no “vistos”, sino “compuestos”, *estados de ánimo* de la naturaleza tropical sorprendidos por una retina hecha a la luz de otros climas.

Hay, sin embargo, una tela de Chartrand que, en mi opinión, constituye una excepción en la manera habitual del maestro. Se titula *El guardián de la talanquera* y figura en la magnífica colección de arte cubano que atesora el arquitecto y gran aficionado a la pintura Evelio Govantes. ¿Inspirado en Cirilo Villaverde? Tal vez, pero, dejando aparte lo anecdótico que hace pensar en *Cecilia Valdés* al mirar este

cuadro, quiero destacar su contenido que es romántico, pero cubano, y su versión pictórica del campo nuestro en que han desaparecido los acentos extraños.

José Joaquín Tejada, natural de Santiago de Cuba, donde fué profesor y Director de la Academia Municipal de Bellas Artes, se formó, como los artistas antes mencionados, en centros europeos. Y, al igual que Charteand, fué esencialmente un romántico de filiación francesa, al modo de los paisajistas de Fontainebleau y en especial de Teodoro Rousseau.

Tejada cultivó diversos géneros en los que logró destacarse. Martí hizo en sus críticas de arte una muy encomiástica reseña del cuadro *La lista de Lotería*, diciendo de su autor: "en él está, humanitario y robusto, el pintor nuevo de Cuba, y desde hoy se puede decir ya: su nombre será gloria". Sin embargo, ese que en 1894 Martí saludaba como el pintor nuevo de Cuba augurándole un porvenir de triunfo, fué eminentemente un paisajista; lo que en aquel cuadro interesó vivamente al Apóstol de nuestra independencia fué su hondo sentido humano, la manera como el pintor veía el mundo circundante expresada en su mensaje personal. Y esa simpatía entre el artista y su mundo circundante, ese sentido subjetivo dará también carácter distintivo a los paisajes de José Joaquín Tejada. Suyos son los conceptos siguientes:

"En término general el paisajista es tanto más grande cuanto más al unísono con la naturaleza sienta sus distintos aspectos de forma y belleza, cuanto más extensamente la traduzca en sus múltiples efectos interesantes de luz, sombra y color. Aquel que más jubilosamente se sienta enamorado de ella será el que más íntimamente penetrará los misterios ideales de su alma."

Sus paisajes son la versión plástica de estos conceptos del pintor y si es muy "rousseauiniana" su actitud ante el paisaje, su modo de sentirlo, viendo en los árboles los personajes de éste, cada cual con su individualidad propia, en su manera de concebir la pintura paisajista se anticipa a las modernas teorías de la simpatía simbólica en el arte.

En contraste con los dos paisajistas mencionados, de formación europea y fuerte influencia francesa, cité a Valentín Sanz Carta, pintor isleño aclimatado y radicado en Cuba cultivador notable del género pictórico de que fué profesor en la Academia de San Alejandro.

Numerosos son los coleccionistas privados que poseen paisajes de Sanz Carta, entre los que se cuentan Govantes, Galdós, Conde de San Fernando de Peñalver, Sánchez Roig, Osuna, González Beltrán, etc.

Muchos de los paisajes de Sanz Carta son fluviales: un río, las piedras y los arbustos de sus márgenes, árboles tropicales y un retazo de

cielo son los elementos cubanos que se barajan siempre en sus composiciones. Con esos factores, combinados de maneras diversas, logra Sanz Carta, en cada uno de sus lienzos una nota distinta y siempre personal y de sabor cubano. Palmas, ceibas, cañas bravas, malangas alzan y balancean el verdor de sus ramas que la luz acaricia y las aguas retratan, dándonos siempre, más bien que por el tema, por su expresión cromática la impresión de algo propio, muy de nuestro paisaje.

Otro sector notable en la pintura cubana de la segunda mitad del siglo XIX es el de la composición y la figura entre cuyos cultivadores se destaca un grupo de artistas que, en orden cronológico se inicia con Miguel Melero y culmina en Leopoldo Romañach.

Miguel Melero, ya mencionado al hablar de la escultura, es una figura de excepcional relieve en el cuadro de su época, que a sus valores propios como pintor aunó, como maestro, la gloria refleja de su discipulado, en el que figuraron Menocal, ya citado, José Arburu y un hijo del artista, Miguel Angel Melero.

Un producto genuino de la Academia, en la cual estudió y de la que fué luego Director, el obligado viaje a Europa no alteró la esencia de su formación de pintor realista en las dos modalidades entonces imperantes, la clásica y la romántica. El *Rapto de Dejanira*, obra con que ganó el concurso para la Dirección de San Alejandro, donde se conserva, y su *Juicio Final*, de inspiración miguelangelesca, existente en la Capilla Central de la Necrópolis de Colón, con otras telas suyas pertenecientes al Museo Nacional y a colecciones privadas, pueden servir de elocuentes ilustraciones de la producción del maestro.

Tras él se impone hablar de su hijo Miguel Angel. Hijo de pintor, que fué su maestro, esposo de una pintora, Elvira Martínez, la breve vida de este joven artista estuvo siempre al servicio de un inquebrantable ideal, la pintura, a cuyo estudio y cultivo consagró los veintidós años de su corta existencia. Su iniciación en Cuba, sus viajes por Europa, más tarde, le dieron la preparación técnica que, unida a sus dotes naturales permitían presagiar para el artista una brillante carrera que su temprana muerte dejó trunca.

En el Museo Nacional se conservan algunas de sus obras: dos academias, dibujos de asunto histórico como *Alfonso el Sabio en su entrevista con el Papa Gregorio X* y *El entierro de Atala*, de filiación romántica. Junto a éstas cabe citar su *Autorretrato*, pequeña tela que es una de las joyas de la Colección Govantes. Representa al artista en su estudio trabajando en un lienzo rodeado del ambiente, un tanto abigarrado, del atelier de un pintor: otros lienzos, un torso sobre una banqueta, una pequeña mesa son elementos que, no obstante su número

y las escasas dimensiones de la tela, han sido resueltos en una composición lograda a cuyo acierto hay que añadir los valores cromáticos y el sabio manejo del claroscuro.

José Arburu Morell, coetáneo de Miguel Angel Melero, murió, como él, muy joven dejando, al bajar a la tumba a la edad de 25 años, una producción que hace lamentable, como pérdida grande para el arte cubano, su prematura desaparición. Discípulo aventajado de Miguel Melero, se destacó igualmente en la Escuela de Bellas Artes de Madrid, en la que fuera justamente apreciado.

Para aquilatar lo que fué Arburu y comprender la promesa que su muerte agostara, nos han quedado sus obras que ofrecen la varia inspiración del malogrado pintor. Sus *Academias*, sus *Cabezas de estudio* nos lo muestran como el joven maestro que domina el oficio, en tanto que sus composiciones *Obispo en el jardín* (Museo Nacional) y *El por-diosero* (Colección Govantes), son su contribución al realismo romántico al que pertenece otra obra de la colección que acabo de citar, la *Dolorosa*, que inspiró a Julián del Casal, el poeta de espíritu tan afín al del joven pintor, una sentida página: "Parece una visión de pesadilla—dice el poeta de *Hojas al viento*—deidad maléfica que va sembrando a su paso la desolación . . . ¿No será esa visión la que el artista entreveía en sus horas de fiebre, la que le acostó en la tumba y la que nos le arrebató para siempre . . .".

Aludiendo a la técnica, dice el propio Casal: "Vista de cerca, no es más que un amasijo de colores, aplastados por la espátula en todas direcciones, pero alejándose un poco el cuadro se precisa con toda claridad". Traducido al lenguaje pictórico el concepto del poeta, diríamos que hay en el cuadro "fusión óptica", característica del impresionismo que ya asoma en este lienzo del artista romántico. Esta pequeña tela, en contenido y forma, es una muestra de aquel subjetivismo del pintor que, de no impedirlo la muerte, hubiera dado días de gloria al arte nacional.

Guillermo Collazo, vástago ilustre de una familia de artistas de Santiago de Cuba, hizo en Oriente sus primeros estudios. La guerra obligó a sus padres a enviarle a New York, donde el pintor, entonces adolescente, trabajó cultivando el género retratista. El resto de su vida transcurrirá en París, donde su estudio fué centro de reunión de los emigrados y refugio de arte, refinamiento y buen gusto en aquellos tiempos azarosos para los cubanos.

Collazo es una figura impar en la pintura nuestra. Enamorado del arte dieciochesco tiene el refinamiento y la delicadeza característicos del espíritu galo, de manifiesto en sus telas, aun las de asunto criollo

y en sus finos retratos. Se ha dicho que Collazo es un pintor francés nacido en Cuba, porque su obra es de marcada inspiración francesa. Pero al juzgarle, debemos recordar lo que antes dije. Cuba, que en lo político luchaba en aquellos momentos por su emancipación, era en lo espiritual tributaria de Europa y, en lo artístico, Francia, más bien París, constituía la estrella polar de sus aspiraciones. En Chartrand, en Tejada, en casi todos los artistas finiseculares de Cuba, puede apreciarse esa huella francesa que había de ser más honda en quien como Collazo, a más de vivir en París, era por su temperamento personal y, aun por su nacimiento en la región oriental de Cuba, un discípulo espiritual de los maestros franceses. Esto, que es una característica de esa época de nuestro arte y, para el historiador y el crítico constituye un factor imprescindible en la justa apreciación de la producción vernácula, no constituye un defecto, sino una circunstancia a considerar en la pintura de este artista.

Los familiares de Collazo y otros coleccionistas privados conservan gran parte de su producción que permitió a los organizadores de la antes citada *Exposición de Arte Colonial*, abierta en el Capitolio Nacional hace un año, ofrecer al gran público una selección de las obras de este artista, gracias a la cooperación brindada por sus poseedores, Evelio Govantes, Nicolás de Cárdenas, García Hernández, Rosa Ferrán de Collazo, Cruz Planas y otros.

Sus retratos, como el de Betances y los de la señora Emelina Collazo de Ferrán, muestran sus condiciones de fino dibujante y gran observador, dentro de la línea realista; *En la taberna*, *Soldado ebrio*, *Mosquetero*, se revela la vena romántica de nuestro pintor; *Horas felices*, reminiscente de Watteau, *El violencellista*, *A orillas del lago*, son ejemplos de la formación y el carácter franceses señalados en su obra; *La visita*, *La siesta*, *El Cauto*, son, por su asunto y contenido, de sabor más cubano, aunque denotan siempre la retina europea y la elegancia francesa de este artista que alguien llamó, en acertada fase, "el pintor de las grandes damas y encantadores paisajes".

Leopoldo Romañach, artista del siglo xx, que para gloria del arte nacional trabajó hasta edad avanzada sin que se apagaran los entusiasmos y el vigor de los días juveniles, tiene que figurar en este recuento de las figuras de finales del siglo xix, ya que su producción inicial pertenece a esa época y lo hace, con Menocal y Tejada, final y punto de partida en la evolución cronológica de la pintura cubana, ya que ellos cierran la época colonial y son los pioneros de la era republicana que es, a la vez, la fase moderna en la historia del arte patrio.

De aquellos tiempos, etapa incipiente del maestro, es un interesante lienzo pintado en Roma por el entonces joven pensionado. Está fechado en 1890 y representa *Un joven romano coronando a un sátiro*, obra de la colección particular representativa de la fase juvenil del artista. De Italia pasó a España el becario de la Diputación de Santa Clara y después de completar su preparación en Europa, que fué para el maestro en ciernes campo de estudio y experimentación y escenario de sus primeros triunfos, regresa a Cuba donde la estaba reservada, como pintor y forjador de pintores, una noble misión que, desde entonces, viene cumpliendo ininterrumpidamente.

Su ingreso en la Academia de San Alejandro como profesor de colorido inaugura su fecundo magisterio, forjador de varias generaciones de pintores.

Independiente como pintor, innovador como maestro, Romañach ocupa una posición única en las anales del arte nacional.

Visto como artista creador, su producción correspondiente a la época que nos ocupa es el pródromo de su gloriosa carrera. Y ya desde entonces se revela como el pintor inquieto, el constante innovador, el estudioso incansable preocupado siempre por una autosuperación revelada en las múltiples modalidades que su pintura ofrece. Si en el cuadro que acabo de citar todavía se nota cierto sentido académico, pronto vendrá la producción romántica del maestro cuya expresión más noble es *La convalesciente*, hermosa obra perdida para siempre en aguas del Mississippi, sus cabezas, retratos, cuadros de figuras, naturalezas muertas, todos los géneros y ensayos en técnicas diversas, pero siendo siempre fundamentalmente un colorista. Ver y expresar el color ha sido como pintor y maestro una de sus preocupaciones fundamentales. De aquí derivan enseñanzas suyas que han sido señaladas por cuantos han estudiado su obra: captación y expresión de la luz, de donde derivan los problemas técnicos de la valoración, el claroscuro, la atmósfera, la expresión espacial, en una palabra, que logran la tercera dimensión en la superficie del lienzo, trátase de un asunto de interior o de pintura al aire libre.

En su ininterrumpida labor de más de medio siglo Romañach mantuvo los mismos entusiasmos con que iniciara su producción a fines del XIX; a aquella etapa inicial de juventud siguieron su madurez fecunda como pintor y su labor docente realizada en cincuenta años de magisterio artístico.

Por eso, aunque su figura excede el límite cronológico impuesto por su título al presente trabajo, no era posible silenciar su nombre

ilustre al estudiar el período de la pintura cubana en que se inició su larga y brillante carrera.

Entre las modalidades que ofrece la expresión plástica, pintura y escultura, hay una que ha contado siempre con escasos cultivadores en Cuba: el género *animalista*. Aun en el arte actual, de más amplio alcance temático que el de antaño, sólo esporádicamente encontramos un artista, escultor o pintor, que tome como asunto único, o al menos predilecto, la figura animal.

Sin embargo, en la pintura cubana de la época que nos ocupa encontramos un caso interesante de excepción, el de Rita María de la Peñuela, pintora animalista que supo hacerse un nombre en París.

Nacida en la Habana en 1840, 15 años más tarde (llevaba ya cinco de residencia en París) Teófilo Gauthier se refiere a sus obras, entre ellos un autorretrato de la joven "muy gracioso por ser muy parecido" y echa de menos en la muestra objeto de su comentario que "Mlle. Rita, que tiene un talento particular para pintar los animales, no haya expuesto un soberbio gato de pelo blanco como un cisne... que hemos visto y admirado en la vidriera de un *marchand* de la Rue Lafitte".

El propio crítico, cuatro años más tarde, comentando la Exposición de París de 1859 dice de la joven artista: "Mlle. Rita de la Peñuela tiene la especialidad de la raza felina, como M. Samson la de los pavos. Ella no pinta más que gatos, gatos blancos de Angora; pero es preciso confesar que son admirables".

Poco después, ya nuestra pintora tiene 20 años, Adrien Paul exalta su maestría en la expresión del movimiento, y, en Cuba, el Conde de Pozos Dulces da interesantes noticias de "la celebridad cubana" que triunfa en París con sus cuadros animalistas "adorables de expresión y donaire" que revelan, no obstante la uniformidad del asunto, una fantasía inagotable pintando "el animal que más se presta a la gracia, a la variedad y al movimiento".

Rita María de la Peñuela fué discípula de Rose Bonheur, la gran animalista cuyo arte puso una nota personal en el célebre grupo de pintores de Barbizon. La discípula fué también, como su maestra, un acento muy individual y femenino en el romanticismo de nuestra pintura del siglo pasado.

En la reciente *Exposición de Arte Colonial*, aludida otras veces, pudo el público admirar un grupo delicioso de tres gatitos blancos, que figuró en la Galería Ximeno, de Matanzas, la más antigua colección privada de Cuba, y que constituye hoy uno de los lienzos valiosos de Evelio Govantes. Ante él se pudo apreciar que no era exagerado el

elogio de los críticos citados al ponderar el valor de la pintura de nuestra compatriota.

Víctor Patricio de Landaluze fué, como Sanz Carta, un español que en nuestro medio tuvo un sentido artístico de lo cubano superior al de muchos pintores nativos de la época, fuertemente influidos por el arte exterior; lo cual resulta interesante si se tiene en cuenta su antipatía por lo que era entonces la aspiración que concretaba el sentimiento de Cuba: la emancipación de España.

En Landaluze hay dos aspectos: el del caricaturista que satirizaba hechos y hombres de nuestro movimiento independentista y el del costumbrista tipólogo cuyo lápiz y cuyos pinceles captaron escenas y personajes típicos de la Cuba de ayer. El que nos interesa es el segundo, en el que el arte no es un mero instrumento de la pasión política.

Sin duda es éste uno de los artistas del pasado siglo mejor conocidos y cuyo estudio ha interesado a muchos escritores y críticos de arte. Sus obras esparcidas en numerosas colecciones privadas han aportado los elementos para una valoración de conjunto, al ser expuestas al público en muestras celebradas en el Lyceum, la Universidad y el Capitolio Nacional.

Aparte su ya referida labor como caricaturista, ilustrador de periódicos y revistas donde se pretendía ridiculizar al "insurrecto", nos queda la extensa serie de óleos, acuarelas, dibujos en que supo captar tipos, escenas y costumbres de antaño. Tuvo en este sector un antecedente, digno de mencionarse, en aquellos grabadores de la primera mitad del siglo: Garnerey, Sawkins, Miahle, Barrera, Laplante y Barañano, cuyas obras son un precioso documento para estudiar lugares, personajes y escenas de la época.

Además de sus obras no estrictamente de carácter popular, entre las que se cuentan algunos finos dibujos, y sus óleos como *El cimarrón* y *Día de Reyes*, sus acuarelas en que el tema se repite, pero no su expresión (tipos del pueblo, escenas galantes, cuadros callejeros, personajes característicos como mulatas y caleseros) forman una nutrida serie que ha contribuido a popularizar la obra *Tipos y Costumbres* cuyo texto, de conocidas firmas de la época, está enriquecido con las ilustraciones de Landaluze que lo avaloran. Es un rico venero tipológico y allí encontramos una variedad extraordinaria de figuras populares: los mataperros, el gallero, el billettero, el vendedor de frutas, la mulata de rumbo, los negros curros, la comadrona, el petimetre, el bombero del comercio, el calambuco y tantos más que daban color local a nuestras calles y algunos de los cuales todavía hoy ofrecen con su pictoricismo motivos de inspiración a los artistas.

Junto a estas series hay otra, para mí de extraordinario interés: la de sus acuarelas de asunto arquitectónico en las cuales el transcurso del tiempo ha acrecentado el valor documental, ya que algunos edificios y lugares captados por Landaluze han desaparecido o cambiado totalmente de aspecto, quedándonos sólo como referencia sus obras.

La Habana de ayer, escenario y actores, vive en esas estampas de Víctor Patricio de Landaluze y a ellas han acudido, como a una historia gráfica, el estudioso en busca de documentación y el artista que quiere dar un ambiente de época. Salvando la distancia que su valer respectivo les señala separándoles, podemos sorprender un punto de contacto entre Goya y Landaluze: las pinturas y grabados de aquél nos han legado una España que llamamos "goyesca", los óleos, las acuarelas y dibujos de éste han conservado para la posteridad una "Cuba de Landaluze".

Los otros pintores de la época estudiada nos ofrecen solamente un aspecto de Cuba, el de la influencia cultural prevalente, que hizo de nuestro arte un tributario de las tendencias imperantes en la Europa de entonces, quedando lo cubano reducido, en la mayoría de los casos, al tema; de aquí que, aparte su significación desde el punto de vista de sus valores puramente estéticos, la obra de Landaluze sea imprescindible punto de partida para el estudio de la producción nacional.

Dentro de su obligado esquematismo, este breve recuento de las manifestaciones artísticas de Cuba en el período de 1868 a 1902 puede darnos idea de cómo aquí y entonces, como en todas partes y siempre, la expresión plástica es un resultado de los factores que intervinieron en su génesis.

Esos factores, que se concretan en las circunstancias actuantes sobre el artista y reveladas en la concepción de su obra son de tres órdenes, correspondientes a los elementos integrantes del arte: espacio, tiempo, individuo.

El primero, que atañe al lugar en que se produce la obra artística, implica condiciones materiales del medio físico y circunstancias espirituales del ambiente. Y hemos podido ver que nuestra producción artística en la segunda mitad del siglo XIX es, en lo nacional, trasunto de la ideología de un pueblo que luchaba por hacerse nación, siendo más fuertes las influencias externas que los propios imperativos geográficos. Dije al comienzo, y transcribí conceptos de J. A. Portuondo al respecto, que la Cuba de entonces, mientras fraguaba su gesta libertadora, era en lo espiritual lo que el citado ensayista llamaba un "paréntesis intelectual", trasunto de las directrices del pensamiento

europeo. Lo cubano entonces, reducido en esencia a una cuestión temática, no era en el arte expresión de la tierra, del medio material, sino más bien la manifestación de actitudes espirituales de ascendencia francesa.

Lo individual, en que se vierte la idiosincrasia personal de cada artista, nos permite apreciar ciertos rasgos diferenciales en su obra respectiva, que le dan carácter dentro del concierto general de una producción que traduce las corrientes de la época.

Y esto nos trae a la consideración de un tercer elemento de influencia decisiva, el *epocal*.

El siglo XIX fué en esencia romántico y en lo artístico, como en lo literario y filosófico, por encima de las tendencias en que sucesivamente se encauza, ha de advertirse la actitud fundamental que lo anima y explica.

El arte universal y especialmente el de Francia, donde se libraron las grandes *batallas* estilísticas, ofrece la trayectoria de esa cosmovisión romántica que entraña un modo peculiar de pensar y sentir, una forma de vida y, como consecuencia, una expresión artística.

En el arte el término *romántico* tiene una amplitud mucho mayor que la que suele dársele en los manuales de historia. No es sólo lo que específicamente se ha llamado "romanticismo", que tuvo en Delacroix su máximo exponente en la pintura y en Rude y Carpeaux sus escultores más representativos. Todo el arte del siglo XIX fué romántico, desde el neo-clasicismo al simbolismo, y sus manifestaciones pictóricas y escultóricas son matices de una misma actitud básica.

Se han contrapuesto los términos intelecto-emoción como características que oponen lo clásico a lo romántico. Pero si analizamos la esencia del sentimiento que inspiró a David e Ingres y ahondamos en el contenido y la forma de las esculturas del *Arco de Triunfo* y de la *Opera*, en París, hallaremos que, bajo el culto formal del continente plástico, aliente un sentido vital ajeno al sereno e impersonal racionalismo del arte olímpico de la antigüedad clásica. La pintura de paisaje, el retrato, el arte animalista, el costumbrismo son otros tantos cauces por donde corre la fuerte savia romántica y cuando, más tarde, Courbet parece acercarse a la tierra buscando inspiración en escenas y tipos populares como lo más cercano a aquella, veremos que, en el fondo, sigue la tradición del autor del *Angelus* y de las *Segadoras*. El impresionismo, con que se cierra un siglo y se abre otro, es más bien un problema de técnica que la expresión de una actitud estética nueva, ya que el "cientificismo", señalado en su génesis, es una de las notas características del siglo XIX. La otra es de carácter revolucionario, y si

remontamos el curso de la historia encontraremos los dos hechos que van a marcar el rumbo de la centuria pasada: revolución política, revolución industrial.

Tal es, en síntesis, el panorama artístico europeo en la época que hemos estudiado. Y dentro de ese cuadro, en su marco epocal, enfoquemos la manifestación transatlántica de Cuba, colonia de España que pugna por hacerse independiente y que mira hacia Francia como Norte espiritual y patrón en el orden estético. A esa luz se explica la producción artística que, a grandes rasgos, acabo de apuntar.

El clasicismo tardío de nuestra arquitectura, los monumentos y estatuas, obedientes al cánón de la escultura "oficial", constituyen una modalidad romántica de filiación europea en cuyos centros se formaron los artistas, nativos y extranjeros, que fueron sus autores.

Chartrand paisajista, Collazo en sus escenas de interior o aire libre, Rita María de la Peñuela pintora animalista, Landaluze en sus tipos y costumbres, Federico Martínez retratista, Tejada acercándose al naturalismo en su *Lista de Lotería* son otros tantos artistas románticos, todos dentro de las corrientes características de su época que da homogeneidad al conjunto de su producción, no obstante lo que individual hay en cada uno.

Por eso este período que, dadas las condiciones políticas imperantes en la Cuba de entonces, pudiera a primera vista parecer de importancia secundaria, tiene en la evolución histórica del arte cubano un valor específico que es, a la vez, estético y documental.

FUENTES

CAPITULO I

- AGUAYO, A. M. *Tres Educadores Cubanos*.
CENSO DE CUBA, 1899.
CONCHA, J. DE LA. *Meemorias sobre la Isla de Cuba*.
FOREIGN POLICY ASSOCIATION. *Problemas de la Nueva Cuba*.
FRYE, A. E. *Manual para Maestros*.
GUERRA, RAMIRO. *Historia de Cuba*.
HANNA, M. E. *Memoria sobre las Escuelas Públicas de Cuba, 1900-1901*.
LIRAS, J. E. *Legislación de Primera Enseñanza, 1895*.
LUZ Y CABALLERO, JOSÉ DE LA. *Informe acerca del Instituto Cubano*.
MONTE, DOMINGO DEL. *Escritos*.
ORDEN MILITAR Núm. 226, de 1899.
ORDEN MILITAR Núm. 368, de 1900.
PITTMAN, M. S. *Informe al Gobierno de Cuba*.
SACO, J. A. *Colección Póstuma*.

CAPITULO III

- CASTRO Y DE CÁRDENAS, MARTHA DE. *Arte Cubano Colonial*.
MAÑACH, JORGE. *La Pintura en Cuba. Desde sus orígenes hasta 1900*.
SÁNCHEZ DE FUENTES, EUGENIO. *Cuba Monumental, Estatuaria y Epigráfica*.
SOTO Y SAGARRA, LUIS DE. *La Escultura en Cuba*.
WEISS Y SÁNCHEZ, JOAQUÍN. *Arquitectura Cubana Colonial*.

LIBRO OCTAVO

LA MUSICA

CAPÍTULO I

IMPRESION PANORAMICA

LA mayor parte de las publicaciones, artículos y crónicas hechos en Cuba, tratando asuntos musicales y el desenvolvimiento de ese arte y de los artistas entre nosotros, carecen de informes suficientes sobre el estado de actividad durante la Guerra de los Diez Años. Todos, o casi todos, sin excepción parecían dados a la tarea de rectificarse unos a otros, con no pocos deseos de ridiculizarse entre sí, contradiciéndose también, y sin ningún objetivo ni plan verdaderamente histórico de tan importante problema. Como dije hace años en mi trabajo de ingreso en la Academia Nacional de Artes y Letras, "nuestros antepasados no se preocuparon, en lo absoluto, por dejarnos esos importantes e interesantes datos, que apenas encontramos consignados ligeramente por los historiadores y cronistas de la época". Así pues, el actual investigador de estas actividades artísticas, véase obligado a repasar número por número los diarios o periódicos de otrora, y en los cuales se reseñaban los acontecimientos de la guerra, pero sin consignar las manifestaciones artísticas, las cuales sufrieron, lógicamente, las alternativas del movimiento político de nuestra patria.

En enero de 1877, y en el Prefacio del primer número de la *Revista de Cuba*, la propia Redacción de la misma declara, "que no son estos los momentos oportunos para la publicación de una Revista que, extraña por completo a las luchas de partido, a las controversias de escuela, a las contiendas políticas y religiosas, aspire a reflejar en sus páginas el movimiento intelectual de esta Isla, impulsado en otros tiempos por no pocos periódicos literarios, y hoy sólo representado por los diarios políticos, estrictamente limitados al cumplimiento de su misión especial, etc.". Más adelante, y en el mismo Prefacio, dice: "Comprendiéndolo así, tiempo ha que los hombres estudiosos sienten y lamentan la falta de una publicación que, menos exclusiva que las existentes, más comprensiva en su objeto, más amplia en su forma, más imparcial en su espíritu, como desligada de los intereses del día y libre de las

impresiones de la hora que pasa, pueda ser de alguna manera el resumen de nuestros adelantos, el exponente de nuestra cultura"; y agrega: "Esta necesidad es la que viene a llenar la *Revista de Cuba*, sin que la arredren las circunstancias desfavorables en que aparece"; y sigue diciendo, "fundar una publicación en la que puedan tener cabida, a un mismo tiempo, la ciencia, la literatura y las bellas artes; en la que, haciendo abstracción de los males que nos afligen y rodean..." etc. Teniendo en cuenta, pues, el propósito de los gobernantes españoles —en su generalidad— de desmoralizar y corromper a los habitantes de sus colonias para poder perpetuarse indefinidamente en ellas, como se desprende de las palabras y juicios anteriores, bien se vé que Cuba, en aquellos momentos, sufría una honda crisis económica, moral y cultural; y si nos atenemos a lo que nos informa el crítico de arte de la propia Revista, en su sección "Revista Musical" —el notable crítico Serafín Ramírez—, la crisis artístico-musical de aquellos tiempos fué intensa. No en balde uno de los escritores de aquella época aseguró —y aún lo estamos confrontando— que "La Historia de la Isla de Cuba, hasta cierto punto, no pasa de ser una historia económico-social, en que asoman de trecho en trecho, algunos acontecimientos políticos que han influído más o menos directamente en la suerte y modo de ser de este pueblo". Pero a pesar de que ninguno trata ese aspecto de nuestras actividades, como decíamos anteriormente, sabemos que en la Manigua, tanto en la guerra del 68, como en la del 95 (en que los rudos negros Ducasse entonaban décimas alusivas a la guerra) en los campamentos mambises, y también en algunas ciudades y en pueblos del interior de la Isla y en la propia Habana, al son del tiple, las guitarras, las maracas o el güiro, se cantaban obras del más encendido ardor patriótico, de compositores y troveros como, Enrique Guerrero, Miguel Failde, Raimundo Valenzuela, Justo Soret, José Marín Varona, Rogelio G. Palacio y de la Torre, Rafael Palau, Calixto Vorona, José M^a Ochoa, Pablo y Ramiro Mazorra, José G. Fernández Blanco, y que un sinnúmero de compositores anónimos —como el autor de la marcha patriótica *Los Rifleros de Maceo*, por ejemplo— escribieron danzas, danzones, canciones, boleros, e himnos, exaltando en ellos el movimiento guerrero en el cual militaban o con el cual simpatizaban, y cuyos primeros iniciadores en este aspecto del canto patriótico, lo fueron Plácido Gener, al cual se atribuye el Himno de Narciso López, inspirador después del Himno Bayamés (hoy Himno Nacional), y de la danza *Fili* (*La Filibustera*), cuyos patrióticos acentos se cantaron en toda la Isla, y muy especialmente en la ciudad de Matanzas, en 1850, así como también la guaracha *El Negro Bueno*, de extraordinaria significación política,

antes y después del 1868, de Francisco Valdés Ramírez, periodista que fomentó la Compañía de los Bufos Habaneros, y en la cual actuaba como actor y autor, y que dió motivo a la masacre del Teatro Villanueva, en esta ciudad; esa misma guaracha era aclamada en el mes de octubre de 1868, en Santiago de Cuba, en el Teatro de Verano, El Comercio, porque se identificaba como canto o proclama revolucionaria. Otros aseguran que el primer Himno que se escribió para la revolución cubana, tanto su letra como su música, lo fué el realizado por el patriota Francisco de Agüero (*Frasquito*), en el 1851 en el Camagüey y que tituló *Himno Cubano*. También en la guerra del 68, se escribió el *Himno de las Villas*, con letra del poeta villareño Antonio Hurtado del Valle (*El hijo del Damují*), con música de un compositor suramericano, y cuyo himno se difundió mucho como canto guerrero en aquella región. Así pues, Cuba tiene su antecedente patriótico-musical, que iniciado por Gener y Valdés Ramírez, se ha manifestado a través de todas las épocas desde el Himno antes citado de Narciso López, hasta la célebre Chambelona del 1906. Y era tal el anhelo de libertad que animaba a sus compositores, que hasta al propio José White Lafitte, ausente en Francia, se le hizo el encargo de que escribiera una marcha —que él tituló *Marcha Cubana para Gran Banda*— con el sincero deseo de que ésta fuera la sucesora de la Marcha Real Española; como también escribió su bellissimo Himno a Cuba, Ignacio Cervantes, y José Sánchez el *Himno a Maceo*, y Calixto Varona la *Marcha Presidencial*, y el Himno Invasor, el General Enrique Loynaz del Castillo, que ejecutaba en plena Manigua la Banda Invasora del General Antonio Maceo, y que dirigía el músico holguinero Jesús Avilés Urbina. Contrastando con estos patrióticos pronunciamientos de nuestros músicos, se advierte la sumisión de otros compositores que, halagando a la colonia española, producían composiciones en loor a las glorias de su ejército y de sus gobernantes; pero en la guerra del 1895, había otros, entre ellos Ignacio Cervantes, Claudio Domingo Brindis de Salas, Emilio Agramonte, José Marín Varona y Ana Aguado, que no sólo hicieron ostentación de su sana cubanía, sino que hasta recaudaban dinero, a través de los conciertos que organizaban con ese fin, para servir a las necesidades de la revolución, como lo hiciera anteriormente en 1875 José S. White Lafitte.

En la guerra del 68, —y en la del 95 también— poco o nada se paralizaron las actividades artísticas en algunas de las capitales de provincias, (excepción de Cienfuegos, que sólo las intensifica entre 1885 y 1889) y en lo absoluto, en la Habana —excepción hecha de los su-

cesos del Louvre y los del Teatro Villanueva en el 1869—, y todo proseguía con su ritmo habitual de espectáculos operáticos, de dramas, comedias, y zarzuelas (géneros éstos a los cuales fueran tan aficionados los públicos de Santiago de Cuba y de la Habana); a los conciertos públicos que ofrecían las magníficas Bandas Militares, como la de Isabel la Católica, que dirigía el eminente maestro Antonio de la Rubia (el cual siempre se enfermaba el día antes de las ejecuciones porque, como dice al dorso de una fotografía, “el sublime arte de la música no puede estar ligado a ningún acto de sangre”); la del Apostadero (de Marina), del notable Maestro gallego, Angel M^a Gil; la de Ingenieros, dirigida por el notable Maestro Juan Brochi Spiglianteni; la de Isabel Segunda, del Maestro Francisco Espino; las de Artillería, que dirigían el Maestro Napoleón Carozzi, de Italia, y el Músico Mayor, Julián Reinó, magnífico obrista y autor de la obra *Un viaje a Güines*, con la cual obtuvo una gran popularidad; la del Regimiento Reina M^a Cristina, y la Banda de Bomberos (en 1892) dirigida por Rafael Rojas, notable músico natural de Güines, formada por voluntarios cubanos, la más notable tocando obras cubanas, y por la cual sentía profunda simpatía el público habanero. También realizaban obra cultural y artística los diversos Liceos Artísticos y Literarios, y Sociedades de Recreo y Adorno establecidos en el país, tales como La Caridad del Cerro, La Sociedad del Pilar, El Círculo Habanero, El Progreso de Jesús del Monte, El Liceo de Regla y el Liceo de Guanabacoa, etc., en la Habana; así como la Benemérita Sociedad Popular Santa Cecilia, en Camagüey; el Liceo de Matanzas, de dicha ciudad, y las diversas sociedades regionales de todas las capitales de provincias y de la Habana, que sostenían secciones de declamación y filarmonía; pero cuya labor no tuvo trascendencia para la educación de nuestro pueblo, aunque siempre habrá que acreditarles a los maestros directores de aquellas bandas regimentales, el aporte beneficioso que hicieron para el mejoramiento y difusión artístico-musical en nuestro país. Es de señalar que, al amparo de muchos de aquellos directores, y de los músicos solistas de sus bandas, se educaron musicalmente y se formó, junto a ellos, una gran parte de los magníficos músicos instrumentistas de la generación pasada, único medio que tenían para estudiar música y sus instrumentos, ya que en esa época, no existían verdaderos centros de enseñanza de la música.

Los más señalados pronunciamientos patrióticos en ambas guerras —la del 68 y el 95— los hicieron sus poetas y, sobre todo, los cantadores o troveros, como se les llamaba entonces a los autores de las canciones y al “cuadro de guaracheros” que actuaba en el Teatro de Vi-

llanueva. Los creadores espontáneos y los profesionales también, tanto musicales como poéticos, dieron rienda suelta a su inspiración, y se daba el caso, como el de Rafael (*El Cubano*) adorador de Baco, vendedor de un periódico titulado *La Tarde*, y avecinado en el cubanísimo barrio del Santo Angel, que recitaba versos de carácter patriótico, desfigurándolos, ante las propias autoridades españolas; entre otros, éste:

"Se figuraba Sixto Varela
el gran dominicano,
que nosotros los cubanos
no plantaríamos bandera;
era preciso no hubiera
en el Cobre Caridad,
que esa señora está
rogando por los cubanos,
y ¡viva Cuba independiente!"

y a continuación, y como imprescindible estribillo, después de recitar los versos, entonaba los siguientes:

"y si algún te pregunta
¿quién vive?,
dile que un cubano libre
que va "pa" la insurrección."

En la antigua canción cubana y en sus letras, casi se pueden entrever los estados de alma del pueblo cubano, a través de las épocas o los intervalos de sus dolores y de sus anhelos. En las que se cantaban allá por el 68 al 71, las canciones revelan el orgullo del cubano, por ejemplo: en *El Siboney* y *La Rosa de Cuba*; las de desesperación por la huída forzada del ser querido, en las tituladas *La Villa de las Lomas*, *La Ausencia*, *El Ausente*, *El Hijo Errante*, *La Partida* y *Adiós a Cuba*; la tristeza por los sacrificados, en *La Lágrima*; y la inconformidad, en *El Esclavo*. El otro período de la canción —ya del 79 o en pleno 1880—, denota la frivolidad y la despreocupación del cubano, a través de sus cantos, en los cuales impera, sobre otras canciones, la llamada "guaracha", en la que el lenguaje es más procaz, y se aprecian las modalidades introducidas en el baile (danza y danzón); así lo revelan: *El Arrimado*, *El Chiquito Abajo*, *El Infanzón*, *El Mambrú* —debe ser el Yaubú—, *El Tumba-Tumba*, el ¡Ay Clara!, el *Chambombian*, etc. En esa época aparece la primera "guaracha" con temas, ritmo y parte de su lenguaje en ñáñigo: la titulada *El Fambá*; eran tiempos en que se le cantaba a la mulata de rumbo, a los negros del manglar, a la di-

versión, al baile, al amor, a los acontecimientos del día o a los personajes característicos de la época, como el taco, el chino, el tabaquero, el viandero, etc.; y es curioso conocer que este género de canción, si bien disparatado en sus letras, era muy bello, original y agradable en su música y, sobre todo, por su cubanísima forma musical.

El 1897 es el desbordamiento de la canción patriótica, cuyo origen se remonta al 1830. Los cantares de la guerra llenan el espacio de San Antonio a Maisí; se cantan guajiras, ticas, guarachas, canciones, distinguiéndose, entre otras, las siguientes: *La Guerrilla*, *La Evacuación*, *Las Penas de un Deportado*; décimas del más encendido ardor patriótico como las de *El Combate de Mal Tiempo*, *La Caída del Guacamayo*, *La Bandera Cubana*; las que cantaba Ramitos, tituladas: *La Libertad de Cuba*, *Los Guerrilleros del Rancho*, las de Quintín Banderas, *Cuba para los Cubanos*, *La Ley de los Orientales*, etc., y las últimas canciones que se cantaban en el 1900, como *El Bolero de Marianao*, *La Canción de los Orientales*, *El Bolero Camagüeyano* y *El Bolero de Manzanillo*, cuya música sirvió para cantar los tres anteriores. Una canción célebre por su hondo arraigo en el pueblo cubano, fué la titulada, *El Despatriado*.

Nuestro cancionero tuvo intérpretes geniales y eminentes, entre los cuales hay que destacar a la señora Mur, a la Guerrabella —que además era una excelente tiple de zarzuelas—, al singular guarachero del Teatro de Villanueva, Pancho Valdés —el único que gorgeara los cantos a él encomendados, y que, posiblemente, creó la afición (especialmente entre los tabaqueros de aquel tiempo) a desfigurar casi totalmente las melodías y las palabras de nuestras canciones, en un malsano propósito de imitación. Cantadores famosos los fueron: Antonio Flores, Ramón Sotolongo y Quijano, el famoso dúo de Prado y Calle, Caridad Valdés, conocida por “La Emperatriz del Pilar” y directora de la clave “El Clarín de Oro”, del barrio del Pilar, y José Tereso Valdés, autor de esa clave; Ramos (Ramito, El Guarachero) creador de una famosa guaracha titulada *Los Frijoles*, y en la cual introducía, dentro de la jerigonza de la cual fuera creador, palabras alusivas a la guerra, a los cubanos, a sus soldados, así como también a los sucesos del día, etc. De gran renombre lo fueron también: Susana Mellado, voz excepcional que le permitía cantar, alternativamente como soprano o como contralto, poeta y “segundo”, y a la vez bajo cantante; “El Asturiano”, Ulpiano Valdés, Adolfo Colombo (Adolfo, El Isleño, como se le conocía), poseedor de la más bella voz de tenor de todos los tiempos entre nosotros; Sebastián (El Isleño), Juan Francisco y Mario García, Eugenio Ojeda (magnífico bajo), Carlos Llorens, el célebre felipe (el Majasito), poseedor de una extraordinaria voz de “falsete”, que lo

hacía imprescindible en todos los "cuadros de guaracheros" de aquel tiempo; Elvira Meireles, famosa "guarachera" y primerísima actriz del género costumbrista y del bufo; Pancho Majagua, Artiles —especializado en los cantos ñáñigos— Miguel Zaballa, Gustavo Parapar, que con su esposa Felola hacía un dúo magnífico y que, a pesar de ser ambos españoles, cantaban con perfección guajiras, puntos, claves, y canciones; Francisco Grela, de "los guaracheros de la Compañía de Francisco Becerra" y en el cual cuadro ya actuaba, desde muy niña, su hija Blanquita, figura notabilísima del género bufo y costumbrista cubano, y también del "género grande" español (zarzuelas en tres actos) en el cual brilló y obtuvo resonantes éxitos en México y en Cuba; también fueron notables las primeras tiples Pilar Jiménez y Blanca Vázquez, así como también Arturo Ramírez, sobresaliente actor de bella voz de tenor. Los más distinguidos cantadores de la canción cubana, que se destacaron entre los años 1892-95 y 1902, lo fueron Chávez, Mario García, Benito Simancas (el mejor "negrito" de los Bufos de Sala), Adolfo López, "Guayo" el barbero, cantador bandurrista y patriota, —es coronel y aún vive— el célebre Ramitos —ya mencionado— y Virgilio Arnau, extraordinario cantador especializado en la voz de "segundo" y calificado como el mejor de todos los tiempos.

Si consideramos que en el año 1841, la población de Cuba tenía un subido matiz africano, ya que de 1,007,624 de sus habitantes 589,333 pertenecían a la raza negra, dando el porcentaje del sesenta por ciento de población negra, si no mucho más, "si tenemos en cuenta que la poligamia y la poliandria, se habían mezclado escandalosamente en las costumbres de la época", mantenidas cínica y malévolamente por el mando y régimen de esta Isla, no es extraño que la sociedad cubana fuera incorporando a sus gustos —y sobre todo a su música— modalidades de origen africano. No importaba que antes y después funcionaran, en profusión, diversas compañías teatrales, sobre todo la del Teatro Albisu, cuyas temporadas eran anuales; porque el cubano en general, no era adicto a esos espectáculos y solamente los disfrutaban el español, los franceses —de ahí la existencia y éxito de diversas temporadas de operetas, óperas bufas y serias, y comedias realizadas en la Habana, y Santiago de Cuba— y parte de la aristocracia habanera, de aquel tiempo. Si consideramos también que casi todos los músicos mayores, directores de bandas españolas, terminaban sus conciertos —o retretas, como se les llamaba entonces— con obras escritas por ellos mismos, de cantos cubanos con su aditamento de ritmos africanos (el

Maestro José Casamitjana, por ejemplo, en Santiago de Cuba, al cual atribuye Calcagno la composición conocida por el *Cocoyé*, y aceptada por cubana) no podemos dudar que el mayor disfrute espiritual de la música que tuvo el pueblo todo de la Isla de Cuba, lo fué el de su música autóctona y popular; y respecto a su gusto por el teatro, se inclinaba especialmente al que les ofrecían las compañías llamadas de Bufos Cubanos —consecuencia directa de las operetas bufas francesas—; género que floreció allá por el 1868 en el Teatro Villanueva, por iniciativa de Pancho Fernández y otros autores del país, los cuales no tuvieron la colaboración de los músicos de ese tiempo, y por lo cual solamente intercalaban, en los entreactos de las obras que representaban, inspiradas canciones y guarachas, muy del gusto del público y que, probablemente dió origen a los llamados “cuadros de guaracheros”. De que el hombre del país amaba su teatro en el cual veía reflejadas sus costumbres, sus cantos, etc., lo prueba la magnífica temporada realizada por la compañía “Bufos de Sala”, de Miguel Sala, en el Teatro Albisu en 1880 (a la que siguieron otras en 1888, en ese mismo teatro), y la que se inauguró en el 1891 con el empresario Narciso López, de grata recordación y el cual ofreció la primera temporada de género cubano —obras más costumbristas que bufas—; y las que se realizaron con la compañía de José Ross, en 1894; con las del empresario Generoso González, en 1897; la de Pirolo, Villoch y Arias, en 1900, y la iniciada en 1902, por la empresa Villoch, Arias y Regino López, y que determina, a juicio del notable autor y actor Gustavo Robreño, la “edad de oro”, de nuestro género costumbrista, cuyos cimientos musicales lo fueron, en distintas épocas, los Maestros Rego, Zapata, Enrique Guerrero, Justo Soret, Rafael Palau, Manuel Mauri —excelente director y orquestador—, Raimundo Valenzuela y José Marín Varona, enaltecedor de la canción cubana, dentro del género lírico-dramático, y el maravilloso folklorista Jorge Anckermann Rafart, de inagotable inspiración en la canción cubana.

Otros empeños de mayor superación se han realizado posteriormente, en el género lírico de nuestro teatro costumbrista; debiendo señalarse al Maestro Ernesto Lecuona, como el iniciador de ese linaje de obras, al que hemos contribuido posteriormente, los Maestros Jaime y Rodrigo Prats, Eliseo Grenet, Armando Valdespí y yo mismo, sobresaliendo, por el rango de su trabajo y la magnificencia de sus obras, los Maestros Eduardo Sánchez de Fuentes con su ópera *Doreya*, y José Esteve, con su extraordinaria ópera —modelo de su género— titulada *La Esclava*.



MARTA ABREU DE ESTÉVEZ

MARTA ABREU DE ESTÉVEZ. "Encarnación sublime de la caridad y del patriotismo", como se lee en la dedicatoria que la gratitud de sus conterráneos hizo grabar en el pedestal del monumento erigido a su memoria, no hubo iniciativa generosa ni colecta benéfica cubanas donde su nombre bendecido no ocupara, por la espontaneidad y la cuantía de su aporte, el primer lugar en la nómina de los participantes. Y cuando, el 24 de Febrero del año memorable de 1895, la propaganda infatigable de José Martí puso de nuevo en pie de guerra al pueblo de Cuba, Marta Abreu, ha escrito Fernando Ortiz, quiso "extender su caridad por todos los que sufrían a la caridad por la patria...". Su fervoroso cubanismo, que no entendió jamás de fatigas ni de claudicaciones, logró obtener de los labios severos del prodigioso general Máximo Gómez, este altísimo elogio: "Si se sometiera a una deliberación en el Ejército Libertador el grado que a dama tan generosa habría de corresponder, yo me atrevo a afirmar que no hubiera sido difícil se le asignara el mismo grado que yo ostento". En 1874, Marta Abreu había unido su destino al de un joven abogado matancero, culto y prestigioso, el doctor Luis Estévez y Romero, que fué para ella, que adoraba en él, guía y consejero prudentísimo, el más leal y desinteresado de los colaboradores.

El retrato que se publica está tomado de la Colección Figarola-Caneda del Archivo de la Academia de la Historia de Cuba.

En la primera parte del siglo XIX; pero muy especialmente desde el año 1868, en el cual se desarrollan otros músicos notables nacidos anteriormente, cuya labor obtiene su culminación en esa fecha, Cuba brinda una constelación de brillantes y eminentes compositores, instrumentistas, músicos, cantantes y artistas de diversos géneros, consecuencia directa de otros anteriores que impartieron sabia y pulcra enseñanza. Entre ellos, debe citarse, en primer término, la ilustre personalidad del notabilísimo pianista, —intérprete *eminente* de Chopin—, compositor y director, Ignacio Cervantes Kawanag, nacido en la Habana el 31 de julio de 1847, el cual recibe su primera instrucción musical en 1859, directamente del notabilísimo Nicolás Ruíz Espadero, perfeccionándose más tarde en el Conservatorio Imperial de París, bajo la dirección de los eminentes Alkan y Marmontel.

La obra de Cervantes, poco conocida aún en Cuba —a excepción de algunas de sus Danzas—, comprende todos o gran parte de los géneros cultivados en su época, ya que sospechamos que entre tanta música perdida de este notabilísimo compositor, seguramente hubo algunos cuartetos y quintetos (género éste al que fuera muy aficionado Cervantes), que seguramente cultivó, y que se dejan entrever a través de lo poco que queda de sus obras. Entre sus más salientes composiciones, figura en lugar de honor, su bellísimo *Scherzo Caprichoso*, para gran orquesta; *La Sinfonía en Do menor*, también para gran orquesta, su ópera *Maledetto* (inconclusa), el *Himno a Cuba* —que le valiera la expulsión de su suelo natal— dos vales para orquesta: *Anhelos y Hektograph*, otro para piano titulado *Chinchón*, un “Scherzzo” en fa menor, para cuerdas, una “Serenata” para piano, una gran Polka de concierto (desaparecida), una “Plegaria” para canto y piano, un “Entre Acto-Capricho” para quinteto con piano y armonium, dos zarzuelas, *El Submarino Peral*, (en el cual hay un Intermezzo para orquesta, de bella melodía y delicada factura musical) y la titulada *Los Saltimbanquis*, una *Serenata Cubana*, para piano, así como también un *Pot-pourri*, calificado por él de aires nacionales; su bellísimo *Rappalle Toi*; un dúo para soprano y barítono de *El Cardenal* —obra para el teatro, según parece— una valiosísima colección de sus estudios de armonía, contrapunto y fugas, hechos en el Conservatorio de París; un danzón: *Almendares*, y una maravillosa colección de *Danzas Cubanas*, escritas para piano, que son modelo en su género, y que demuestran, a pesar de sus miniaturas, la exquisitez artística de Cervantes, su recia personalidad como compositor eminente, y la elegancia y distinción que constituían la característica de la obra y vida de tan ilustre ar-

tista. La obra de Cervantes —especialmente sus creaciones para orquesta y sus Danzas para piano— significan un índice para las futuras generaciones de compositores cubanos. Y se pudiera asegurar que, muerto Cervantes, desapareció con él esa forma deliciosa, inconfundible y cubanísima del pequeño poema criollo en forma de Danza cubana; así como también muerto Raimundo Valenzuela, notable instrumentista y músico cubano, nacido en San Antonio de los Baños, tal parece que desapareciera con él la forma y afición a nuestro baile nacional, el “danzón”, sustituido hoy por un atrabiliario mazacote de sonidos al cual llaman “mambo”.

La forma de la danza cubana, enaltecida por Ignacio Cervantes, fué cultivada mucho antes por casi todos los compositores de la época, destacándose entre otros, Manuel Saumell Robredo, distinguido pianista, compositor y violoncellista habanero, nacido en 1817, y del cual ha hecho un magnífico estudio Alejo Carpentier, en su obra *La Música en Cuba*. También escribieron danzas cubanas dignas de mención, anteriormente a Cervantes, músicos eminentes como don Pablo Desvernine y Legrás —al cual cupo el honor de dirigir y orientar en sus estudios de piano al famoso pianista y compositor norteamericano Eddie Mac Dowell— Laureano Fuentes Matoms, notabilísimo compositor y violinista de Santiago de Cuba, el propio Gottschalk, White, Tomás Tomás, y otros también de menos renombre como Tomás Alarcón, Juan de Dios Alfonso, Raimundo Valenzuela —a los cuales dedicara su pública admiración el ilustre patriota Juan Gualberto Gómez— Secundino Arango (admirado por el eminente contrabajista y director italiano Bottesini), Francisco Arteaga, José Mercedes Betancourt, Pedro Bonafonte, Lino Boza, Claudio Brindis de Salas (padre del ilustre violinista del mismo apellido), Tomás Buelta y Flores, Vicente Díaz Comas, Manuel del Monte, J. Beneditti, Ramón Aguabella, Carlos Anckermann, Francisco Font, José L. Fernández de Coca, etc., pero ninguno logró —quizás por falta de preparación técnica— la perfección de Cervantes. El puertorriqueño Gonzalo Núñez, notable pianista y compositor que residió algún tiempo en la Habana, escribió algunas Danzas de no escaso valor pianístico, siguiendo el procedimiento de Cervantes; también las cultivó Gaspar Villate Montes, nacido en la Habana el 27 de enero de 1851. Este ilustre habanero, fué el compositor que estrenara más óperas en el extranjero y el que dió un gran prestigio a nuestro país, toda vez que en la época en que estrenaba sus óperas en Madrid, París, La Haya, etc., se tenía un concepto precari-

simo de nuestra personalidad como pueblo culto y cultivador de las bellezas espirituales de las bellas artes —sobre todo de la música—, pues no bastaba la existencia de Cervantes, de Espadero, de Lico Jiménez, —el portentoso pianista y compositor trinitario—, de Rafael Díaz Albertini, de White, de Solís, ni de Claudio Domingo Brindis de Salas, que triunfaron en España, Francia, Alemania, Italia, y otros países de la Europa Central, ya que, a pesar de ello, poco o nada se sabía de nuestras aptitudes para las ciencias, las letras y las artes.

Entre la riquísima colección de Danzas y Contradanzas escritas para piano, en el siglo XIX, se destacan dos singularísimas, escrita una en compás de tres por cuatro, y otra en el de dos por cuatro, de un modesto compositor habanero, pianista y profesor de canto, nombrado Tomás Ruíz, y que por su belleza y originalidad constituyen, junto con las de Cervantes, verdaderos modelos en ese género; se titulan: *Le Falta el Sesto*, y *La Sultana*. Que Cervantes influyó poderosamente entre los compositores de su época, hacia este género de composición, es innegable, ya que podemos advertir las que, bajo ese influjo de dignificación de una forma musical popular nuestra y de su elaboración posterior, hicieron otros compositores, y las que compusieran para violín y piano, Antonio y Ramón Figueroa, ilustres violinistas de Santiago de Cuba —eminente el primero—, y posteriormente, Mario Valdés Costa, malogrado y eminente compositor y violinista nacido en Sagua la Grande; así como también el notable violinista Luis Varona y el genial Catalino Arjona, también violinista, ambos nacidos en Santiago de Cuba y Bayamo respectivamente, y cuyas producciones se han perdido para siempre con la muerte de ambos y por no haber transcripto sus obras. El notable pedagogo y violinista Joaquín Molina Ramos —nacido accidentalmente en México— formador de una generación de notables violinistas y modelador de un buen número de excelentes artistas del violín, también ha cultivado con acierto y feliz inspiración criolla esa forma musical inconfundible del cubano: la danza. Y es de notar que las Danzas legadas por Saumell y por Cervantes, sólo han tenido, a nuestro juicio, digna sucesión en las escritas para violín y piano por todos estos violinistas que, carentes de profundos conocimientos armónicos y contrapuntísticos, pero conocedores exactos de la técnica violinística, han compuesto Danzas cubanas primorosas y dignas de hombrearse con las más destacadas en esa forma musical (de danza) por los más distinguidos compositores de otros países. Como se puede observar, fué preocupación de nuestros más destacados

compositores, el conservar, cultivar y enaltecer esa forma musical tan nuestra, hoy totalmente olvidada.

José White Laffite, ilustre violinista y compositor, admirado profundamente por Martí (que le dedicara el mejor y mayor elogio al calificarlo de "artista perfecto y eminente"), nacido el 1º de enero de 1836, en la ciudad de Matanzas, creó una forma musical, no de danza, pero sí cubanísima, deliciosa y muy distinguida, para dos violines y piano, y para cuatro violines y piano, y cuya forma no ha tenido continuadores entre los compositores de nuestro país: las obras tituladas, *La Bella Cubana* (originalmente escrita para violín y piano, y dedicada a la señora Caridad Millares de López del Castillo) y *Juventud*. Este ilustre compositor también escribió diversas danzas para piano, pero casi todas de carácter bailable y popular.

Escribieron numerosas danzas cubanas, persiguiendo el estilo de Cervantes, Laureano Fuentes Duany, Jorge Anckermann, María Cervantes (hija de Ignacio Cervantes) y otros más, destacándose singularmente por su comprensión en el estilo del maestro, y en la elaboración armónica de las que ha escrito, un destacado pianista, pedagogo y compositor de la época actual: Harold Grattmages.

Un compositor, y pianista notable, Ernesto Lecuona y Casado, nacido en la villa de Guanabacoa el 7 de noviembre de 1896, también ha compuesto una numerosa y valiosa colección de Danzas Cubanas para el piano, de serias dificultades mecánicas y que, inspiradas las primeras en la forma y estilo de las de Cervantes, no obstante se desliga en muchas de ellas de la forma de la misma, respetada por Cervantes, para darles mayor longitud y fantasía a otras y las cuales han hallado —en algunos casos— aun mayor mejoramiento en las versiones orquestales que de ellas se han hecho.

Las dos últimas décadas del siglo XIX, aportan un numeroso grupo de músicos notables, dedicados todos ellos al cultivo de las formas musicales cubanas, no obstante dedicarse algunos, a elaborar magníficas obras del género sinfónico. Jorge Anckermann Rafart, nacido en las postrimerías del 1877 —hijo del ilustre músico mallorquín, don Carlos Anckermann, el cual brilló como compositor, director, violero, y cuya labor como grabador musical (el primero que tuvo Cuba) hay que consignarla, ya que casi todas las ediciones de la casa editora Edelman y más tarde las de Anselmo López, sucesor del primero, fueron hechas por él, lo cual contribuyó a la difusión de nuestra música en nuestro país, y fuera de él, se desarrolla y cobra importancia en las

postrimerías del siglo, al estrenar su primera zarzuela, titulada *Las Ligas de la Rosario*, y a la cual siguieron otras de mayor valor, hasta el número de ochocientas, y otros centenares de canciones cubanas de diversas formas, que lo hacen el primer folklorista de nuestro país; y a él hay que acreditarle la forma característica de la "guajira cubana", empleada después por todos los compositores del siglo xx, y cuya creación es la que lleva por título, *El Arroyo que murmura*, y que constituye, dentro de nuestro cancionero, la mejor guajira cubana que se haya escrito hasta hoy. Jorge Anckermann era notable como pianista, como director y como contrabajista. Moisés Simons, nacido en 1890, pianista notable y brillante, organista, compositor distinguidísimo, y director de orquesta, compuso diversas zarzuelas, operetas y canciones cubanas de muy distinguida factura. Eliseo Grenet (1893) pianista y compositor dejó muchas obras para el teatro costumbrista y un centenar de canciones y danzones de honda raigambre popular. Gustavo Morales Ubeda, nieto del ilustre músico y pedagogo don Manuel Ubeda (que fué profesor de nuestro eminente músico José Mauri Esteve), se formó en Madrid con José Tragó, en el Real Conservatorio de Música y Declamación, pasando luego a estudiar armonía, composición, contrapunto y fuga, con el renombrado Rubin Goldmark, en Nueva York. Pianista, compositor notable, conferencista, este músico de cultura polifacética, ha producido obras de verdadero relieve, entre ellas su *Gran Misa* para coros y orquesta, su *San Francisco de Asís*, para un lector, dos pianos, flauta, clarinete, trompa, dos violines y violoncello. Pero la obra más representativa de este distinguidísimo compositor, lo es la titulada *Fuga*, modelo en su género y realizada para gran orquesta, sobre un tema folklórico: el de la rumba *Con tu cara de parampampín*, del notable tocador de tambores Chano Pozo. Ernesto Lecuona Casado, fecundo compositor de obras del género lírico-dramático, y de innumerables canciones cubanas, y pianista notable.

El comienzo del siglo xx, da dos figuras notables, en los compositores y violinistas Amadeo Roldán (1900), dedicado al sinfonismo de carácter afro-cubano, y Mario Valdés Costa, nacido en 1901, formado musicalmente en Cuba y posteriormente perfeccionado en Nueva York. De este último, hay que destacar entre otras de sus obras notables, un *Preludio para Gran Orquesta*, una *Gran Fantasía Cubana*, que no llegó a instrumentar ni a dar a conocer, y su deliciosa *Suite Cubana* para violín y orquesta. Este notabilísimo compositor, malgrado a temprana edad, hubiera influido poderosamente entre los compositores cubanos (sobre todo con su obra *Suite Cubana*) por la fineza

y profundidad de su obra. La vasta producción de los compositores Gustavo Morales, y Mario Valdés Costa, es muy poco conocida en nuestro país.

Realizada esta excursión panorámica de nuestra música en el período de 1868 a 1902, sin perder de vista sus implicaciones posteriores (por lo que nos hemos referido, en determinados casos, a autores que alcanzan nuestra época, pero que revelan la influencia de aquélla), nos parece conveniente puntualizar a continuación las manifestaciones de la música, en todas aquellas ciudades de Cuba, en que ha habido una contribución apreciable a nuestra historia, y hasta una característica especial.

CAPÍTULO II

PINAR DEL RÍO Y LA HABANA

Poco, muy poco, aportaron Pinar del Río y sus términos al progreso artístico-musical de aquel tiempo —cosa natural en una ciudad que no contaba con planteles de enseñanza para el estudio de la música, ni con profesores dedicados a la enseñanza de la misma—. En el año 1881, había tres orquestas dedicadas a la músicaailable —y suponemos que también a la religiosa—, ya que era costumbre (y aún lo es en el interior de la Isla) que en los días de fiesta, ellas tocaran, además de los bailes, la salve y misa en la Iglesia. La más acreditada era la que dirigían los hermanos Juan y Norberto Sigaray —al cual llamaban “El sinsonte Vueltabajero”— cubanos ambos; la de Lino Gigato, director de la orquesta que llevaba su nombre y en la cual figuraba “su gran violinista, el moreno Juan Robles”, y la del español Manuel Gómez de Laborda, el cual “ejecutaba al frente de su orquesta una música atronadora”. Estas orquestas se hicieron famosas en aquella región, por su participación anual en las llamadas “Fiestas de los Bandos” celebradas en aquella ciudad, y en las cuales se ejecutaban “Valsolianas” (sic), Mazurkas, Polcas simples, Habaneras, Danzón y el Zapateo, alternando con las “piezas de cuadro”: Lanceros, Cuadrillas, Virginias, Moda Elegante y Rigodones. Hay una excepción, en la violinista Zoila Rosa del Pino, magnífica ejecutante que brilló del año 1884 al 1889, con sus actuaciones en Nueva York y París. En 1900 daba cursos de perfeccionamiento con White, en París, logrando más tarde éxitos en San Petersburgo, Berlín, Bruselas y otras ciudades de Europa. José Gogorza —tío del célebre barítono Emilio de Gogorza— notable organista, pianista y compositor, natural de Vizcaya, se estableció algún tiempo en esa ciudad —posteriormente lo estuvo en la Habana— y logró la formación de un excelente pianista ejecutante: Pedro Rubio Cañal, el cual fué deportado a Chafarinas en el comienzo de la guerra del 95, y que, gracias a sus dotes musicales, fué considerado y mejorado en la prisión, por el Gobernador de aquella Isla. A su regreso a Cuba dió clases de solfeo y piano en Pinar del Río, pero

irregularmente; lo cual no le permitió la formación de alumnos. La mayor labor realizada allí se debió al doctor Juan de Montagú y Carcabe, gran pedagogo musical que contribuyó a la educación de gran número de discípulos, entre los cuales sobresalió su hijo, el doctor Guillermo de Montagú —muerto en un accidente en septiembre de 1952 siendo magistrado del Tribunal Supremo de Justicia— y el cual, si se hubiera consagrado exclusivamente a la música, hubiese sido un eminente concertista de piano. Otros educadores tuvo aquella región: uno de apellido Jardines —natural de las Islas Canarias— que logró la formación de diversos músicos, y Javier Reinoso, director de orquesta típica, mentor de una generación de músicos muchachos, y que tenía la singular habilidad de hacer que, con cinco lecciones solamente, tocaran aquéllos, a los cuales les asignaba, certeramente, el instrumento que, de acuerdo con la conformación de sus labios y de sus capacidades, debía estudiar cada alumno. Uno de los primeros educadores musicales establecidos en aquella ciudad en 1870, lo fué don Pantaleón Zamacois, español, padre del ilustre novelista Eduardo Zamacois, el cual fundó una academia donde impartió, durante muchos años, enseñanza de Teoría de la Música, Solfeo y Piano, y compuso diversas obras, siendo una de las más gustadas, la titulada *Un Guateque en Vuelta Abajo*, de gran popularidad y aceptación en toda la Isla.

La ópera, la zarzuela y el baile puede decirse que son las tres aficiones capitales que absorben el gusto musical habanero en los dos últimos tercios del siglo XIX. En cuanto a la primera, debe mencionarse en seguida la famosa orquesta de Tacón, integrada por los mejores instrumentistas cubanos o radicados en Cuba, que en el momento había; gastábase inclusive el lujo de contratar solistas en Europa, que ocuparían los atriles principales durante sus grandes temporadas, algunas hasta de seis meses de duración. Así por ejemplo, en 1873 vino a La Habana el famoso violoncellista francés Francisco Aubert; Alfonso Miari Bizarri, radicado en Camagüey desde 1868, viene a la capital en el 72 para unirse a la orquesta como solista de flauta, quedándose después para ser el maestro de toda una generación valiosa de músicos cubanos. Otros dos cellistas, italianos también, J. Wenzel y Giuseppe Panizza, atendieron las temporadas de 1874 y 1882, respectivamente.

No obstante las grandes figuras líricas que figuraban en los elencos, estas temporadas tuvieron, como todos los espectáculos, sus alternativas de calidad, y entre los notables del canto que por aquella época sentaron sus reales en nuestros escenarios hay que hacer la siguiente enu-

meración: Luis Gassier, bajo cantante, francés, en 1869, que fallece en La Habana en 1871; Enrico Villani, "tenor de primer orden", actuó en 1870 en la temporada inaugural del teatro Albisu; Melchor Vidal, tenor español, en 1871; la célebre Ilma di Murska y la soprano ligero De-Baillon, voz de extensión privilegiada, en 1873. En dos oportunidades, 1871 y 1888, la notable soprano ligero señora Dalti, francesa, deleitó a nuestras audiencias y fué a su regreso a Europa una verdadera pregonera de la fina sensibilidad artística del pueblo cubano. La temporada de 1875 trajo a la Galazzi, contralto de fama mundial, y en 1876 apareció en la escena la compañía de D'Aponte. En 1877, año en que se inaugura el teatro Payret, actuaron Lorenzo Abruñedo, tenor español, y Elisa Margarita Villar. María Aimée, soprano francesa, y Andrés Antón, muy conocido del pueblo habanero, corresponden al 1873. En 1876 actuó la notable mezzosoprano norteamericana Alice Urban. Desde 1878 a 1891 actuó en la capital el famoso tenor español Aramburo, célebre por su arte tanto cuanto por los escándalos a que dió lugar, que muchas veces la autoridad le llevaba detenido por negarse a actuar ante el público, y después, en la cárcel, desde la ventana de su celda cantaba íntegramente, para el pueblo que se arremolinaba, las arias de la misma ópera que antes habíase negado a interpretar. Enrico Tamberlick estuvo en las temporadas de 1879 y 1880. Lesteller, célebre y famoso tenor francés, actuó en 1883, y en 1886 Isabel Svicher, soprano ligero al par que cellista acreditada, compartió los aplausos conjuntamente con el tenor ligero Lombardi.

Como puede apreciarse las grandes temporadas líricas se sucedieron sin interrupción hasta las postrimerías del siglo pasado. Después del período de la ocupación norteamericana se reanudan; pero sin el esplendor de tiempos anteriores, salvo contadas excepciones, hasta desaparecer totalmente no obstante ser un espectáculo sumamente grato al público cubano. Toda la pompa y hasta magnificencia de que estaban revestidas dichas temporadas de ópera dependía del patronazgo de la alta sociedad habanera colonial, integrada en buena parte por franceses, alemanes, italianos (colonia bien nutrida en aquel tiempo), los elementos oficiales del régimen español, además, por supuesto, de la aristocracia cubana frecuentadora asimismo de los espectáculos originales en Europa. Al pueblo le era difícil el acceso a unas empresas de arte de cuota costosa, aparte la repulsa natural por lo que se consideraba privilegio de un régimen odiado y odioso. De ahí que los Cuadros de Bufos, las zarzuelas y los bailes tuviesen acogida más favorable en La Habana y en todos los rincones de la Isla; los primeros, además, porque eran sustancia viva de pueblo y que en ellos se deslizaba ante

los bigotes de la Colonia, y de manera más o menos clara, el latigazo de protesta y el ansia de libertad.

Al mejoramiento artístico y musical de la Habana contribuyó, en primer término, la Sociedad Filarmónica, fundada gracias al entusiasmo y espíritu superior de aquel ilustre forjador de nuestra nacionalidad que fué el P. Félix Varela, quien "tocaba el violín a la perfección". Interesa señalar también la primera academia de música, Santa Cecilia, fundada en 1816 bajo la tutela de la Real Sociedad Patriótica, la que con anterioridad había instaurado algunas cátedras de música en los distintos centros de enseñanza que ella patrocinaba. En 1823 los maestros José Trespuentes y Clemente Peichler establecieron su academia para estudios especiales de armonía, contrapunto y composición, y en 1830 el egregio patriota Ramón Pintó y el violinista Antonio Raffelín fundaron una sociedad artística con su anexa academia de estudios musicales. En 1834 se conoce otro centro denominado Santa Cecilia, probablemente un desligamiento de la original, apartada ya de la Real Sociedad Patriótica. En 1836 el Seminario de San Carlos estableció la academia Santa Cristina, bajo la dirección del sacerdote Ricardo Ramírez, la que, conjuntamente con la denominada Santa Cecilia, contribuyó a la organización de diversas orquestas. En el mismo sentido el Liceo Artístico y Literario puso su círculo de estudios musicales bajo la dirección de los maestros Cirártegui, Miró y Salvador Palomino, en 1844. El célebre y admirado cantante Ronconi abrió en 1871 un estudio dedicado exclusivamente a la enseñanza del arte vocal. Siete años más tarde un grupo numeroso de profesores y aficionados encaminaron sus gestiones en pro de la creación de una sociedad musical destinada a ofrecer conciertos, la publicación de un periódico que tratara de asuntos artísticos y musicales, dar clases gratuitas y, lo que es más, protección y amparo a los músicos enfermos e impedidos del trabajo activo. El ilustre musicógrafo Serafín Ramírez hizo gestiones cerca de la Sociedad Económica, en 1881, a fin de que ésta estableciera una gran academia pública y gratuita para impartir la enseñanza del solfeo y la teoría de la música; ese mismo año, el propio Ramírez, en unión de los maestros Gaspar Villate, Ignacio Cervantes y Pablo Desvernine, gestionaba de la propia Sociedad la creación de un centro de estudios de mayor vuelo que el anterior, pero sin resultado alguno. Cristiano Marziali, italiano, inauguró en 1883 una academia de canto, y un año más tarde, en el 84, Ignacio Cervantes en unión del professor Navalón gestionaba del Nuevo Liceo la fundación de otro centro similar, pero el empeño resultó fallido. Por último, en 1885 nace un organismo cuya vida alcanza a nuestros días actuales, nos referimos al empeño

triunfante del maestro Hubert de Blanck. De Blanck había llegado a Cuba en 1883; pianista y compositor sobresalientemente dotado, puso por entero su arte y su vida al servicio de la cultura y de la tierra sojuzgada. Lo primero, de manera indeclinablemente continuada con la creación y sostenimiento de un centro artístico cuya seriedad y ambiciones eran las mismas que su fundador había bebido en sus fuentes natales. Lo segundo, abrazando la causa de nuestra independencia hasta ganarse el honor de la deportación y ser el Tesorero de la Junta Revolucionaria en New York. Aparte otras consideraciones, la gran tarea de Blanck en el campo de la enseñanza musical fué la de modernizar y darle sentido vivo a un aprendizaje que hasta entonces discurría a tenor de las valoraciones personales de cada profesor pero falto de organicidad y cohesión. Con él se habló por primera vez de cursos de estudios y de técnica pianística al estilo europeo. Su apostolado profesoral llevaba aparejadas las tareas del músico creador y así en este campo, el de la composición musical, de Blanck pudo dejar dos óperas: *Actea y Patria*, formulando en ésta por primera vez el tema de la epopeya libertadora. Otras obras salidas de su pluma fueron: *Toccata, Tarantela, Danza tropical* —para soprano coloratura—, dedicada a Luisa Tetrazzini; *La huérfana, Capricho cubano y Allegro de concierto*, ambas para piano y orquesta; dos *Suites* para violín y piano, etc.

Aunque no constituyeron agrupaciones específicamente musicales, sí cabe traer a cuentas la relación de las sociedades artísticas y literarias que por la época existían en La Habana, ya que en los pronunciamientos públicos de las mismas —las famosas veladas— la música ocupó siempre lugar importante, siendo para ésta el cauce normal de difusión.

El Liceo Artístico y Literario (1844), sucesor de la sociedad Santa Cecilia, desaparece en 1870 "cuando el país atravesaba momentos de suprema angustia". En 1848 nació la Sociedad El Pilar, hoy la decana de las sociedades cubanas, de honda raíz patriótica y revolucionaria a tal extremo que en el 68 no quedó un solo socio que no marchase a la guerra. En esta sociedad se ofrecían frecuentes veladas artísticas y literarias de franca proyección popular. Con otra proyección completamente opuesta se funda en 1869 el Casino Español, centro cuya estructura envolvía un neto sabor político como se deduce del Capítulo I de su Reglamento original donde aparecía esta inscripción: "El Casino Español es una sociedad compuesta de personas dignas y *conocidamente afectas a la nacionalidad española*".

El Centro Canario (1872); El Progreso de Jesús del Monte (1873); La Caridad del Cerro (1875); El Recreo Social (1876) denominado

poco después Recreo Español, adoptando en 1878 el título de Ateneo; el Liceo Artístico y Literario de Regla (1870); el Centro Gallego de La Habana y el Centro de Dependientes, ambos en 1880; la Asociación Musical de Socorros Mutuos de La Habana, fundada en 1881 y de la que fué Director don José Vander-Gucht, muy notable violinista belga establecido entre los cubanos. Todas las sociedades mencionadas, conjuntamente con otras más, incluyendo las que en la colonia se llamaban de color, como el Centro de Cocheros, la Unión Fraternal, el Centro de Cocineros, etc., tenían todas dentro de sus matices peculiares, un denominador común, el de la música como factor distractivo pero sin proyección educacional.

Aparte de las de los teatros Tacón y Payret, que como se dijo párrafos más arriba contaban con los mejores instrumentistas de la época además de las grandes figuras solistas contratadas por temporadas, se le debe al maestro Modesto Julián, director de la orquesta del teatro Al-bisu, la creación de una, denominada Sociedad de Conciertos, que tuvo como finalidad la indicada por su nombre. Este empeño del maestro Julián, muy elegante y responsable director, español, valenciano, tuvo su estreno en 1880 en el teatro Tacón, repitiendo después, en 1886, en el teatro Yrijoa. En idéntico sentido debe mencionarse la orquesta organizada por el contrabajista francés Augusto Patín, de sesenta profesores, con la que presentó un concierto en Tacón y los siguientes en Al-bisu, todos con éxito relativo. Aquellos atisbos no eran si no la gleba de empeños mejor cuajados, no importa que la apatía ambiente de unos años después no supiera entender en su justa medida la proporción de tan bellos anhelos. Así, en 1904, los maestros Agustín Martín y Anselmo López recogen la herencia y fundan la Sociedad de Conciertos Populares, a la que le sigue, en noviembre de 1910, la orquesta que impulsaron el propio Agustín Martín y el maestro Guillermo Tomás.

Una pequeña orquesta que llevó el nombre de su organizador, Simón Barloco, notable oboísta y clarinetista, y que la denominaban "orquesta de cámara", se constituyó en Guanabacoa en 1890; a ella pertenecían los siguientes notables instrumentistas: José Pilar Alfonso, flautista; el propio Borloco como oboísta; Aurelio Valdés y Avelino Romaguera, clarinetistas; Hipólito Rodríguez y Juan Valdés, cornetistas; Raimundo Valenzuela, Tomás Cuyás Olivera y Manuel Hernández, trombones; Manuel García, Teodoro Vázquez, Leonardo Arrondo, Rafael Fit, Manuel Sosa, Mauricio Fernández, violinistas; el piano lo desempeñaba la señora Mercedes Valenzuela, sobrina de Raimundo. Aunque la orquesta no llegó a ofrecer conciertos si derivó hacia un

género muy socorrido y gustado: el de las funciones religiosas de la época.

Por lo que determinaron entre los gustos de la afición habanera hay que mencionar ahora a las orquestas que se hicieron famosas dentro de la tercera modalidad en que inicialmente dividimos el disfrute de aquélla en los dos últimos tercios del siglo XIX: el baile. Así, en primer lugar viene la orquesta más antigua de esa época, conocida en La Habana, que era la de Juan de Dios Alfonso. Le sigue el grupo de Raimundo Valenzuela, él mismo notabilísimo viola y trombonista excepcional que ocupaba puesto indispensable en las orquestas de ópera; la de Mariano Méndez, ídolo del público bailador; Miguel Failde, cornetista y contrabajista; la de José Calazán Cairo; Gabriel Cisneros, trombonista; Nicolás Rojas, conocido por "el Güinero", magnífico clarinetista; la orquesta de Félix Cruz, cornetista; Felipe B. Valdés, trompetista muy admirado y autor de muy sabrosos danzones compuestos unos o arreglados otros para aquella orquesta suya que se ganó fama merecida entrada ya la República; y por último las orquestinas de Enrique Peña, Manuel Espinosa y Perico Rojas, de Güines este último, notable trombonista. Las más antiguas y acreditadas eran en aquel momento las de Juan de Dios Alfonso, Valenzuela y Cisneros.

Un músico habanero de alta calidad dentro de las actividades teatrales a las que consagró toda su vida, cabe recordar en este repaso retrospectivo. Fué Antonio González, maestro de coros del teatro Albisu en la que bien puede calificarse como la edad de oro de la zarzuela en Cuba, que terminó sus años en Madrid como director de la orquesta del Teatro de la Zarzuela. Caso notable de versatilidad, González abordaba con igual pericia el piano, la flauta, el contrabajo, los timpani, el violín, la viola o el órgano, componiendo además con marcada perfección.

Sería incompleto este panorama si no se hiciese a continuación siquiera la cita escueta de algunas organizaciones y de músicos muy distinguidos que por aquellos tiempos formaban los perfiles del ambiente musical habanero. Son los siguientes:

Bandas: La Banda España, que organizó y dirigió don Mariano Ortega reclutando los mejores músicos de las bandas militares españolas que se quedaron en La Habana cuando la ocupación del ejército americano a la terminación de la Guerra del 95. La Banda de Palatino (fué éste uno de los primeros parques de diversiones que hubo en La Habana, precisamente en la barriada de aquel nombre, en el Cerro) fundada y dirigida por el maestro Agustín Martín Mullor, allá por el

1905, y de la que salieron muy buenos músicos; la Banda Aponte, organizada y dirigida, en 1913, por Rafael Fit, excelente profesor de violín que figuró en las mejores orquestas del siglo pasado.

Instrumentistas: José Prudencio Mungol, guitarrista habanero, educado en Barcelona, brilló allá por el 1880; compuso muchos estudios y piezas diversas para su instrumento. Claudio Brindis de Salas, violinista, de La Habana, famoso director de orquestas de baile (1800-1872), padre del eminentísimo virtuoso del mismo nombre. Enrique Aguirre, notable organista cubano de la Iglesia del Espíritu Santo, (1880). Rafael Apodaca, flautista (1885). Juan Antonio Bueno, de La Habana, violinista y compositor (1891); fué el Secretario de la Sociedad del Vedado. Estela Bussetti, mejicana, soprano colaratura, casada con cubano y establecida en la capital donde ejerció el profesorado desde 1887. Joaquín Gaztambide, eminente compositor y director español, autor de numerosas zarzuelas del "género grande", que actuó y se radicó en La Habana desde 1868. José Martín González, de La Habana, cornetista muy notable, primer premio del Conservatorio de París, actuó en nuestro círculo en 1890 trasladándose después a los Estados Unidos donde se hizo famoso. El decano de los profesores de piano fué Antonio Mari, español, falleció en 1881 y dejó una buena cosecha como producto de sus enseñanzas. José Rosario Pacheco, de La Habana, director de Capilla, autor de música religiosa, organizador de una orquesta numerosa para esos menesteres, fué el padre de toda una familia de buenos músicos. Celia Reyes, habanera, pianista muy notable. Dolores Saintmaxent, habanera, notable vocalista, la primera en dar a conocer los liederv de Schubert y que, a juicio de Serafín Ramírez, "cantaba con un sentimiento y ternura incomparables. Narciso Tellez, español, organista durante muchos años de la Iglesia de San Agustín, que publicó en 1868 un *Nuevo Tratado Técnico de la Música*, era, además, excelente pianista. Manuel Ubeda, español, profesor de canto y piano. Isidoro Zequeira, notable clarinetista, también habanero.

CAPÍTULO III

MATANZAS Y LAS VILLAS

MATANZAS fué cuna de artistas e instrumentistas eminentes, cuya figura cimera lo fué José Silvestre White Lafite. Tuvo también numerosos amantes de la música y del teatro, por ejemplo, Ambrosio C. Sauto, ilustre benefactor de Matanzas (aunque nacido en la provincia de Pinar del Río) y a cuya generosidad se debió la terminación del teatro que hoy lleva su nombre. Sauto editaba un periódico, *El Cartel*, que fué órgano oficial del gran teatro Esteban (hoy Sauto), hecho que denota la preocupación e interés de los matanceros por el desenvolvimiento artístico, cultural y teatral, tan beneficioso para la superación de los pueblos. El señor Sauto, y el grupo selecto de amigos que lo secundaron en la fundación y sostenimiento de ese órgano oficial de publicidad, en Matanzas, dedicado a las actividades de aquel teatro, no pensaron seguramente que, a través del tiempo, iba a resultar un hecho singularísimo y revelador de los altos empeños que les animaba en pro de la cultura de aquella población. La evolución artístico-musical en Matanzas, comienza allá por el 1830, casi al mismo tiempo que en la Habana, ciudad muy visitada por grandes artistas y compañías líricas y dramáticas y que, por su proximidad a Matanzas, daba lugar a que éstas hicieran temporadas allí, alcanzando aún mayor auge; sobre todo el género lírico-dramático, el cual empieza a ser representado por una hoja dedicada a él exclusivamente a mediados del siglo XIX —la *Revista Teatral Matancera*— desde la inauguración del teatro Esteban, en 1863. También contribuyó decisivamente a la difusión artística de aquella población, la sociedad El Liceo, que le dió un gran impulso a las bellas artes, desde 1858, en que promovía certámenes; año en que fueron premiadas: una obra del compositor oriental Laureano Fuentes y Matons (que obtuvo también en 1866 otro premio por su zarzuela *Dos Máscaras*), y varias del notable compositor español don Manuel Fernández Caballero; y en el celebrado en 1881, con motivo de la Exposición de Matanzas, en que se premiaron dos obras del portentoso pianista y compositor trinitario

José Manuel Jiménez Berroa, tituladas *Elegía*, y *Rapsodias Cubanas*. El año 1891 fué profuso en actos artísticos organizados y realizados por dicha sociedad; en esa época, tocan allí, Ignacio Cervantes, Rafael Díaz Albertini, Juventino Rosas, Joaquín Nin, Juan Torroella (hijo), Ana M^a Estorino, notable cantante matancera y otros notables artistas; y el Maestro Hubert de Blanck que, años después, en el 1900, desempeñó una cátedra de música en el Instituto de Matanzas.

A la sociedad El Liceo se debió —posteriormente al 1860— la formación de pequeñas orquestas integradas por elementos de la raza blanca, cuya instrucción y progreso costeaba dicha sociedad. Durante el período de la guerra de 1895, decaen totalmente y vienen a menos las actividades artísticas en esa población, quedando solamente limitadas a los conciertos que ofrecían, irregularmente, la magnífica Banda del Regimiento Reina M^a Cristina, y la de los Bomberos de Matanzas, organización que daba clases de música, gratuitamente, en el cuartel.

Tuvo eminentes músicos y educadores, como el Maestro Francisco Cortadellas, matancero ilustre al cual se debe un Tratado de Teoría Musical excelente, y muy conocido en todo el país, y por el cual se educaron, en esa materia, más de dos generaciones de músicos cubanos. Otro educador notable, don Pedro Pablo Díez —músico español radicado en Matanzas— creó allí una numerosa familia, todos sus miembros de gran abolengo artístico, entre los que sobresalieron sus hijos Adolfo, Justo, Elodia, Laureano y Ricardo, y su nieto, Pedro Pablo Díez —no Díaz, como se le decía— eminente y famoso clarinetista solicitado por todos los directores de orquesta de la época —hasta el 1912— y el cual producía sonidos fuera de la tesitura de su instrumento, con singular habilidad y justeza, como si los mismos les fueran propios a su extensión. Son innumerables los buenos músicos y profesores que dió Matanzas; entre otros, Pedro Lecerf, el Maestro José Comellas, notable pianista y compositor, Juan Torroella, padre del ilustre violinista del mismo nombre, que fué director de la Banda de Música de Matanzas y que escribió diversas Gramáticas Musicales; su hijo Juan Torroella y Bonin, forjador de una generación de excelentes profesores de orquesta; Alberto Falcón, notable pianista y pedagogo del piano; Natalia Broch, notabilísima pianista y cantante; M^a Luisa Chartrand, connotada pianista, hoy dedicada a la enseñanza, en la Habana; la magnífica soprano Julia Viñals, Natalia de Armas, Cruz Cortadellas, Arcadio Iribe Andudi, Juan Espada (notable profesor de contrabajo que perteneció a la orquesta del teatro Albisu hasta su desaparición) y la soprano de altos méritos Nieves Medina. Dignos son también de mención, Miguel Failde, notable cornetista y contrabajista y creador de la forma musical lla-

mada "danzón", y director de la orquesta típica que llevara su nombre; Aurelio Hernández, Tomás Barrenechea y Aniceto Díaz, creador del "danzonete".

Matanzas, tan amante cultivadora de los conciertos, llevó en cambio una vida teatral bastante lánguida hasta la primera mitad del siglo XIX, y en Cárdenas, una de las poblaciones más importantes de la provincia matancera, no llegó a impulsarse, artísticamente, hasta el 1900, año en que fundó una Academia destinada a la enseñanza de la música el excelente profesor español Félix Burés, el cual introdujo modernos sistemas de enseñanza, con notorio éxito en sus resultados, dedicándose, además, a fomentar conciertos en su academia, con el noble propósito de difundir el arte musical en aquella región.

No obstante ser Las Villas, una de las provincias que dió numerosos y notables instrumentistas, es también la que menos progresó y se desenvolvió, en el siglo pasado, en la difusión y amor al arte de los sonidos. Como casi todas las poblaciones del interior de la Isla, Santa Clara tenía su Sociedad Filarmónica, y el inevitable Casino Español que se convirtió más tarde en el Liceo de Villaclara; pero todas estas sociedades, tanto las de Santa Clara, como las del resto de la Isla —inclusive las de la Habana— eran, con raras excepciones, sociedades de carácter exclusivista y más bien dedicadas al recreo de sus asociados, sin que sus veladas llamadas artísticas y literarias —excepción de las de La Caridad del Cerro, Ateneo de la Habana, etc.— tuvieron alguna trascendencia artística que beneficiara a la cultura artístico-musical del resto de la población. Santa Clara dió un artista notable y un patriota ejemplar: Néstor Palma, violinista y violoncellista (Serafín Ramírez lo considera nacido en Santiago de Cuba) que estudió en París y murió combatiendo en las filas del ejército libertador, en la guerra del 95. Contribuyó algo a la difusión de la música en esa capital de provincia, Bartolo Vázquez, compositor y director de la Banda de los Bomberos Municipales de aquella ciudad, durante la espantosa epidemia del cólera en 1870, y Juan Pons, organista. Poblaciones pequeñas como Sagua la Grande, por ejemplo, en la segunda mitad del siglo pasado y a través del entusiasta Oriol Costa Sivieda, modesto profesor de música, natural de España, que fué de los primeros en cultivar, difundir y dar impulso a la música en aquella población, fundó diversas academias destinadas a la enseñanza de la música: funda y dirige la Banda de los Voluntarios de Sagua, y tiene la suerte de ser el primer educador del eminente flautista Ramón Solís, el mejor del siglo pasado, laureado en Madrid, Brasil y Portugal, el cual dió conciertos en todo el mundo

cubriéndose de gloria. Su patria chica, honrando su memoria, le ha erigido un modesto monumento en uno de sus parques principales. Otros dos músicos notables da Sagua la Grande en las dos últimas décadas del siglo pasado; Antonio Fabre (1880), compositor, flautista, pianista y pedagogo musical muy distinguido; se debe, en gran parte, el auge que alcanzó la música en aquella población, a los esfuerzos de este distinguido músico organizador de varias orquestas y agrupaciones musicales, y que influyó extraordinariamente en beneficio del progreso artístico musical de aquella ciudad. Escribió varias obras para el teatro (zarzuelas) y diversas obras para banda militar. Jaime Prats (1882), pianista, flautista —que obtuvo la medalla con que los Jesuitas de Cienfuegos premiaban al mejor ejecutante de la Provincia de Santa Clara—, clarinetista, violinista y compositor muy valioso, dejó diversas obras para el teatro, siendo la más calificada, la titulada *La Perla del Golfo*, y la canción *Ausencia*. Su labor fué profusa, debiéndose a él el mayor auge de la Banda Municipal de Sagua, de la que fué director en 1902. Posteriormente se radicó en La Habana, laborando con notable éxito en el teatro y en la pedagogía musical.

Remedios es la que más contribuyó a la difusión musical de aquella época, a través de los esfuerzos de un músico espontáneo e intuitivo; José M^a Montalván, que carente de profesores, sin relaciones algunas para poder consultarse, en ese sentido, componía su música y se fabricaba sus propios instrumentos. A él se debió la fundación de la Banda de Bomberos, la primera que existió en Remedios, y, además, fué el organista de aquella parroquia e instruyó a gran número de jóvenes de aquella población. Fué el padre de una gran educadora musical: María Montalván Raimundo, casada con Juan F. Valdés, violoncellista distinguido, de aquella misma población, y fundó en 1894 la Academia Montalván-Valdés dedicada a la enseñanza de la música y la cual academia fué la encargada —hasta el año 1943— de educar a casi toda la sociedad de Remedios, impulsando y difundiendo, además, el amor a la música, siendo a ella a quien se deben, en gran parte, los progresos artísticos y superación artístico-cultural de aquella población. Dotada de un espíritu generoso, sin límites, fué tal su entusiasmo y propósito de mejoramiento cultural de aquel pueblo, que tomó parte activa en la fundación y organización de la Banda Municipal de aquella ciudad, en unión del notable profesor Desiderio Montalván, educador de una legión de magníficos instrumentistas; compositor eminente y con completo dominio de todos los instrumentos de aliento y de cuerdas; cooperó a la formación de un magnífico quin-

teto de cuerdas que actuó con mucho éxito en aquella ciudad. Y es precisamente esta población de Remedios, mantenedora de una vieja tradición popular, la de sus *Parrandas*, a las cuales dieron organización adecuada dos españoles, allá por el 1873 y 74 (Cristóbal Gilí, y Mateu el *Mallorquín*), y en las cuales brillaron los distinguidos compositores folklóricos Perico Morales, Laudelino Quintero, Avelino Ceballos y Rafael González, los cuales tienen vigencia aún en el recuerdo de su pueblo, gracias a la generosa labor de otro gran músico pedagogo, Agustín Jiménez Crepo, el cual, amante como pocos del valor de nuestras tradiciones, compuso una bella selección musical en la que recogió esos recuerdos folklóricos de aquellos geniales creadores, y a la cual tituló *Las Parrandas de Remedios*, villa que, años más tarde, debía dar una figura cimera en el género sinfónico-folklórico de nuestro país; la del notabilísimo Alejandro García de Caturla, alumno también de aquella eminente educadora, Montalván Raimundo, a quien tanto debe la cultura artístico-musical de Remedios.

Cienfuegos también ocupa un lugar de honor en el recuento de las actividades artísticas de Las Villas, y cuyos esforzados paladines lo fueron el Maestro catalán Sebastián Güell, que fué director de música de la sociedad El Artesano, la cual contribuyó extraordinariamente a la difusión del arte lírico-dramático, cuya culminación se desarrolla entre los años 1885 al 1889 (Guillermo Tomás los sitúa entre 1882 y 1888) gracias a las iniciativas de Anita Aguado (la *Calandria del Artesano* o la *Calandria cienfueguera*, como se la llamara) cantante de fina personalidad artística, y que mereciera, en la ciudad de Nueva York, y con motivo de sus generosos aportes a la causa revolucionaria, organizando una velada a beneficio de los patriotas cubanos en el Club Los Independientes, este bello párrafo de una carta que le dirigiera José Martí: "Para disponerse a morir es necesario oír antes la voz de una mujer"; y gracias también a las del Maestro Tomás Tomás, fundador, organizador y director de la primera orquesta que tuvo Cienfuegos, la de la Sociedad El Liceo, sociedad en la que dió clases de música instrumental. Aparte de lo que realizaron las sociedades El Artesano, la Sociedad Filarmónica (que organizó su propia orquesta) y la de El Liceo (organizado de certámenes muy importantes) contribuyó eficazmente a la difusión artístico-musical de aquella población el notable maestro español don Antonio de la Rubia, director de la banda del batallón de San Quintín, el cual realizó diversos conciertos públicos y en las sociedades antes mencionadas. Por Cienfuegos pasaron los más renombrados artistas nacionales y extranjeros, así como tam-

bién las más notables compañías del género lírico y dramático que visitaron la Habana; y en esa época (1882) se destacaron, entre otros instrumentistas de mérito, el eminente clarinetista Marino Coímbra, cuya actuación personal como concertista, la labor pedagógica realizada allí, en Cienfuegos, y su trabajo de director de la afamada orquesta que llevara su nombre, lo hicieron rápidamente célebre en toda la Isla.

A la afición, desarrollo y cultivo de la música en aquella región, contribuyeron también el notable director de orquesta y magnífico compositor Maestro Ambrosio Gasdiani, el cual estrenó una Gran Misa, en la Catedral de aquella ciudad, que dirigió el propio autor, con la orquesta de El Liceo, "reforzada con músicos traídos de Trinidad".

Otros músicos notables, como los violinistas José Antonio Tomás, Félix García Mora y Antonio Ruíz, el violoncellista Santiago Fowler, los flautistas, Agustín Arizar, Agustín Abreu y José Berrayarza, así como los clarinetistas Tomás y Santiago Tomás, contribuyeron mucho a la formación de alumnos, y realizaron una labor personal utilísima a los fines culturales de aquella ciudad, cuya vida entonces era monótona y puramente comercial. También contribuyeron eficazmente al engrandecimiento musical y a la enseñanza de la música en aquella ciudad, en los fines del siglo XIX, los excelentes profesores Agustín Sánchez Planas, clarinetista, director fundador de la Banda Municipal de Cienfuegos, en 1902, y educador de una magnífica generación de buenos instrumentistas; José Rodríguez Calas, pianista, director y pedagogo de sólida cultura, que formó muy buenos músicos, y *Panchón* Oms, destacado contrabajista y bombardinista, que formó asimismo conocidos ejecutantes.

Cienfuegos nos dió un músico notabilísimo: el Maestro Guillermo M. Tomás Bouffartigue —hijo de don Tomás Tomás, antes mencionado— compositor, historiador de asuntos musicales, conferencista, publicista, flautista en su mocedad, director y erudito de vasta cultura, que realizó una labor importantísima de difusión artístico-musical y literaria, a la terminación del siglo XIX, y en el primer cuarto del XX. Espíritu refinado, poseedor de varios idiomas, culto y extremadamente inteligente, organizó, con la eficaz cooperación de un notable músico catalán radicado en la Habana y formador de un grupo de notables músicos cubanos, el Maestro Agustín Martín Mullor, la Banda de la Policía entonces (más tarde Banda Municipal de Música de la Habana), notable institución con la cual organizó y dirigió varios ciclos históricos de divulgación musical, sobresaliendo entre otros, los titula-

dos, *Las Grandes Etapas del Arte Musical* (1906), *La Francia Heroica* (1918), *Invencible América* (1919), *Los Grandes Poetas Tonaes*, etc.

Guillermo M. Tomás, es la figura más sobresaliente y más laboriosa de fines del siglo XIX, y del XX. Su labor como conferencista es profusa, así como también la realizada en las transcripciones para Gran Banda, de un sinnúmero de obras de los clásicos, románticos y contemporáneos, y que sólo por ese medio pudieron ser conocidas en Cuba, como igualmente a él se debió el conocimiento de los mejores autores franceses, rusos, alemanes, belgas, italianos, españoles y un gran número de obras de autores modernos norteamericanos e ingleses. Como compositor, su labor es sorprendente por el número de sus producciones y la calidad de las mismas.

En Tomás, hay un esbozo afortunado de música nacionalista que no llegó a cuajar, por la influencia que en él ejercía la escuela Wagneriana, y su fervorosa devoción por Wagner, que lo alejaba muy mucho de las características y ritmo peculiar de la música cubana. No obstante, debemos señalar la titulada *Esbozos de mi tierra*, como un aporte importante —por sus formas musicales y por el tratamiento de las mismas— a la historia de nuestra música sinfónica de carácter nacionalista. Tomás no ejerció la pedagogía musical, en la cual hubiera sobresalido igualmente; pero, sin embargo, creó y organizó en el año 1903 la Academia de Música Ramón O'Farrill, anexa a la Banda Municipal, y la cual formó en su seno a magníficos instrumentistas, elevándola posteriormente al rango de Escuela Municipal de Música, ampliándola en sus cátedras y asignaturas, y transformada hoy en Conservatorio Municipal de Música de la Habana. Pudiera asegurarse que es el centro de enseñanza musical más responsable con que cuenta la República.

Trinidad, a pesar de su pequeñez territorial y su mínimum de población, en aquel tiempo, también contribuyó, brillantemente, a la difusión del arte de la música, gracias a la labor artística y pedagógica de Catalina Berroa, —hija del violinista José Manuel Berroa, también de Trinidad—. Aquella mujer extraordinaria, que desde temprana edad demostraba excelentes aptitudes para la música, tocaba a la perfección la guitarra, el arpa, el laúd, la flauta, el violín, la viola, el violoncello y conocía casi todos los instrumentos, los cuales enseñaba y para los que escribía con perfecto dominio de sus posibilidades. Fué organista de la Iglesia de San Francisco de Asís, hasta que ésta y el convento fueron ocupados por las fuerzas españolas, pasando entonces como organista y directora del coro a la Santísima Trinidad. Fué por muchos

años la violinista del antiguo teatro Brunet, (construido por el Conde Brunet, para que debutara en él una famosa artista francesa) y organizó un trío formado por Manuel Jiménez (violín), ella, que tocaba el violoncello, y Ana Luisa Vivanco, que tocaba el piano, y el cual trío interpretaba a la perfección obras de Hayden, Mozart, Beethoven, etc. Orquestó muchas obras religiosas de esa época, las cuales se conservan en la Iglesia de la Santísima Trinidad, y dejó escritas varias originales, de su cosecha, de carácter profano, y un sinnúmero de canciones y guarachas. Fué por muchos años la que organizaba las célebres veladas artísticas de la Sociedad La Luz, en donde se hacía una efectiva y beneficiosa difusión artística en aquella región, a tal extremo, que en la ciudad de Trinidad no había casa en que no hubiese un piano, y aquella población parecía "una inmensa academia de música".

Fué Catalina Berroa, la tía del portentoso pianista y compositor trinitario José Manuel Jiménez Berroa (*Lico*), y la única maestra de éste, en Cuba, y se pudiera asegurar, si se tiene en cuenta la labor realizada por *Lico* en Trinidad, y más tarde en Cienfuegos (donde fundó una Academia de Música para la enseñanza de la misma, a su regreso a Cuba, hasta que fué nombrado director del Conservatorio de Hamburgo, en Alemania) que su labor pedagógica y artística, "fué la prolongación de lo que aprendiera de su ilustre mentora Catalina Berroa".

Fué Trinidad cuna de ilustres músicos; desde el celebrado trío que recorrió triunfalmente las principales capitales y ciudades de Europa, y que lo integraban Manuel Jiménez (violín), Nicasio Jiménez (cello) y José Manuel Jiménez (*Lico*), así como también las hermanas Inés y Arcadia Jiménez, poseedoras de bellas voces y cultivadoras del *lied* en aquella región. Toda esta numerosa familia de los Jiménez Berroa, pertenecía a una estirpe de gran abolengo artístico, pues según el ilustre músico cienfueguero, Maestro Guillermo Tomás (el mejor biógrafo de *Lico*), les venía desde el siglo XVIII, época en que su abuelo era uno de los mejores directores de orquesta y notabilísimo violinista.

Trinidad dió músicos de fuste, entre ellos, el calificado concertista de contrabajo Juan Claro —al que llamara "el Botesini criollo", el musicólogo Serafín Ramírez—, José Rodríguez, pianista, y su hermano Serafín, magnífico violinista. Juan José Jiménez, profesor competentísimo en el violín, el violoncello y el contrabajo; Tomás Dávila, conetinista y compositor, que conocía todos los instrumentos de banda y orquesta, y que tuvo cuatro hijos, todos ellos músicos cabales, destacándose entre ellos "Tomasico", que fué clarinetista, la hija, que fué pianista, y Rafael, y Ventura, cornetinista y trombonista el primero, y violinista y contrabajista el segundo. Dávila fué también el fun-

dador y director de la primera Banda de Música que se organizó en Trinidad; y entre sus variadas composiciones, figuran algunas zarzuelas del llamado "género chico". Señalaremos también dos músicos notables: Andrés Arrichea y Gumersindo García, directores fundadores de la Banda Infantil de Santo Domingo, en cuya población impartieron eficaz enseñanza musical, así como también a los profesores José Manuel Lombida, Maximiliano Rojas, Bartolomé Vidal, José Hernández Zurbarán, pedagogo y compositor, al distinguido cultivador del danzón, Pedro Iznaga y Lora, pianista y compositor; y al último vástago de la familia Jiménez Berroa: al notable cornetista y violinista Juan Bautista Jiménez Berroa. La canción más popular en Trinidad, entre los años 1886 al 88, lo fué la titulada *Tarequito*. Posiblemente en ninguna otra población de la Isla, hubo mayor entusiasmo ni mayor dedicación al arte de la música como en Trinidad, cuya dedicación duró hasta el año 1912, y cuya tradición era reflejo de la obra realizada allí por Catalina Berroa; y podríamos asegurar que el auge musical que más tarde adquiriera la ciudad de Cienfuegos, se debe en gran parte, y sin duda alguna, a la invasión de músicos eminentes trinitarios, (casi todos de color) que se trasladaron a esa ciudad, buscando mejores horizontes para la práctica de su arte en aquella próspera y rica población, como lo demuestra el hecho de que, al fundarse la Banda Municipal de Cienfuegos, en 1902, la casi totalidad de sus músicos, así como también casi todos los dedicados al arte de la música en aquella ciudad, eran músicos trinitarios.

Otra población pequeña, Sancti-Spíritus, ofrece al investigador facetas dignas de anotarse, como lo son, sin duda alguna, la evolución de sus gustos artísticos musicales y que tiene su comienzo allá por el año 1826, con los cánticos litúrgicos de la Iglesia, y con "la música" del Batallón de Tarragona, de guarnición en aquella población por los albores revolucionarios de esa fecha, en la que también nace —podríamos decirlo así— el canto escolar para niños de cuatro a seis años, en la escuela de "Seña" Ana Romero, cuya labor, al parecer era tan eficaz y provechosa, que sostuvo su escuela con el consentimiento del Ayuntamiento y el asentimiento de aquella sociedad espiritana, ya que en esa época no se autorizaba a las mujeres de color para el ejercicio del magisterio en ninguna población de la Isla. Sancti-Spíritus fué un pueblo "parrandero" y cantador; en la guerra del 68, sus parrandas se hacían con guitarras, tiples, güiros, botijuelas y triángulo, y cuya orquesta acompañaba a los cantadores y servía también para bailar, y hasta esa fecha no fué incorporado el acordeón —seguramente introdu-

cido allí por los soldados españoles— que siguió usándose en esas orquestas para bailar el “guanché”, modalidad introducida en nuestras formas danzantes, como también lo fué en La Habana, Pinar del Río, y Santiago de Cuba. Sancti-Spíritus tuvo un trovero notable: Joaquín Garay, bandurrista famoso y “versador”; así también sobresalieron como trovadores los hermanos Tomás y Vicente Zamora (autor de bellas décimas, éste último), y músicos espontáneos, como Tiburcio Ranzola, barbero y violinista, y Manuel González Lara, violinista también, cuya instrucción debió al Maestro Pedro Gálvez, educador musical de aquella población. Un gran acontecimiento lo fueron las llamadas Fiestas de la Paz, en 1878, consistentes en “retretas dobles” por las bandas militares españolas del Regimiento de Alcántara y la de Cuerpo de Voluntarios, bailes, procesiones cívicas y religiosas y oficios religiosos, y que sin duda alguna influían poderosamente en el gusto de aquella sociedad, ya que en esta fecha y con motivo de dichos festejos, desfiló en la procesión una sociedad llamada Agrupación de las Artes. Un magnífico instrumentista espirituano lo fué Rafael Veloz y Veloz, cornetista notable, que se incorporó a las fuerzas del General Máximo Gómez, en el 95, y de cuyas fuerzas fué Cornetín de órdenes de uno de sus regimientos.

CAPÍTULO IV

CAMAGÜEY Y ORIENTE

PUEDE afirmarse que la primera vez que el Camagüey disfruta de la buena música, es cuando en 1734, y con motivo de la consagración del Templo de la Iglesia de la Caridad, el Obispo de Santiago de Cuba envió a su Auxiliar Fray Francisco Buenaventura Tejera y con él al Chantre, al Maestrescuela y a seis músicos de capilla, para que amenizaran el ritual del acto, ya que en esa época sólo existían en esa población un tocador de violín, otro de violón, y algunos dedicados a tocar el arpa, la guitarra, la flauta, la corneta y el tambor, instrumentistas con los cuales era imposible tocar música sagrada. Esas fueron las primeras fiestas que se efectuaron en Puerto Príncipe y, según algunos comentaristas, las más brillantemente celebradas en esa época, y que dieron lugar al inicio de la llamada Feria de la Caridad, y que en las postrimerías del siglo XIX fué perdiendo esplendor y entusiasmo. Si alguna de las poblaciones de Cuba, tenía un sello españolísimo en sus costumbres, lo fué sin duda alguna el Camagüey; fueron innumerables las fiestas celebradas en aquella región: la antes mencionada de La Feria de la Caridad, la Romería de San Lázaro, fiesta de filantropía y de amor cristiano, la más típica de sus fiestas; las fiestas de San Juan, las de San Roque, las de la Inmaculada Concepción, la de honda tradición infantil, llamada Los Coloquios, y que duraba desde el 20 de diciembre hasta enero; la de los Altares de Cruz, de imperecedera tradición andaluza, y las otras que los negros de nación celebraban anualmente y cuyas fiestas se conocían por la de Los Reinados, y las cuales comenzaban a celebrarse desde el 31 de diciembre. El primero de febrero, tenía celebración la de los negros mandingas en honor de la Virgen de la Candelaria; a estos festejos seguían los de la Virgen de las Mercedes, ya que entre ellos los había mandingas, mandingas gangá, mandingas longobá y mandingas moros, todos los cuales tenían sus propias expresiones y características. También los carabalíes y sus descendientes festejaban al Espíritu Santo, así como a la Santísima Trinidad; pero entre todas estas fiestas, poco o nada se diferenciaban unas de

otras, con la excepción de las de los lucumíes, los cuales festejaban a Santa Bárbara el Sábado de Gloria. Otro reinado muy renombrado era el que los negros minas, celebraban en honor de Nuestra Señora del Pilar y del Apóstol Santiago. Otra fiesta tradicional de Camagüey lo fué la del Barrio de Triana, que celebraba entusiásticamente la raza de color, y que duraba tres días. Todas estas fiestas eran motivo de bailes y diversiones; las bandas de música amenizaban las procesiones, y una vez comenzadas las ferias o romerías, sólo imperaba, en unos, las danzas de la época: rigodones, lanceros, virginias y danzas; y en los otros, el trepitar monorrítmico de sus tambores. Todas estas fiestas fueron declinando con los movimientos insurrectos que, en los hijos de Camagüey, encontraron fervorosos y arrojados ejemplos, hasta que, en la República, sólo queda de ellas un remoto recuerdo de su riqueza y esplendor. Pero todo no era baile y comparsa en aquella región: el Ayuntamiento de Camagüey, en 1824, gestionó la autorización para fundar una Universidad allí, para mejorar la cultura de sus pobladores, ya que, en esa época, estaba totalmente desatendida por el gobierno español. A estos anhelos de superación, siguieron los de la fundación de la sociedad La Filarmónica en 1842, de historial extraordinariamente culto, y a la cual se deben los primeros juegos florales celebrados allí, el sostenimiento de una Academia de Artes e Idiomas y su dedicación a las representaciones teatrales —especialmente al “género grande”— (obras lírico-dramáticas en 3 actos) a la comedia y a la presentación de los más notables artistas cubanos y extranjeros. En la guerra del 68, —como también en la del 95— la mayoría de sus socios fueron a cumplir con su deber de cubanos, lanzándose a la guerra, y quedó desierta aquella sociedad que, en 1880, reaparece con el nombre de El Liceo de Puerto Príncipe. En ella puede decirse que se organizaron parte de los movimientos revolucionarios del 68 y el 95, ya que era la sede de los conspiradores camagüeyanos.

Otra sociedad de extraordinario mérito y prestigio, y que superó la cultura y el gusto artístico de Camagüey, lo fué la Sociedad Popular Santa Cecilia, fundada en 1853, la cual se disuelve al poco tiempo de constituida para reaparecer en el 1861, en un antiguo teatro: El Fénix. La historia de esta cubanísima sociedad, es justicieramente muy famosa, porque por sus salones y por su escenario desfilaron las más distinguidas figuras del arte y de la intelectualidad cubanas; por los actos artísticos realizados allí, cultivando con verdadero esmero el género teatral español; y por la magnificencia con que se celebraba la festividad de la patrona de los músicos, la de Santa Cecilia, de verdadero rango artístico y social, no obstante practicar desde aquella época esa sociedad, un ver-

dadero concepto de la democracia, ya que en ella alternaban, dentro de una verdadera confraternidad, elementos de todas las clases sociales de la población, pues como bien lo decía en su discurso de inauguración el licenciado don Juan Manuel García de la Linde: "fuera de aquí los escalones sociales os separan; aquí, no: en Santa Cecilia no hay gradaciones jerárquicas: digo mal; hay una, la del talento". Sus asociados cerraron la sociedad en 1870, concurriendo en mayoría a la guerra, y le devolvieron su actividad en el 1875, pero sin la magnificencia de años anteriores.

El espíritu progresista de aquella población en 1849, se multiplicó en la sociedad camagüeyana, y ese entusiasmo culminó en la aportación de un buen capital para la construcción de un magnífico teatro (El Principal) calificado como el segundo en la Isla, y el cual fué inaugurado con la compañía de óperas italianas dirigida por el Maestro Juan Miró, a la cual sucedieron luego otras de valor extraordinario, así como el desfile de los más considerados artistas de aquel tiempo. Como hecho resonante, citaremos el debut en él, y en un concierto, de la maravillosa Adelina Patti, que, años después, se consagró como la artista más eminente de su época. La función social de este teatro Principal de Camagüey, es importante e histórica, ya que reunía en su seno superándolos en sus gustos espirituales, a todas las clases sociales de aquella población, depurándolas en sus gustos a través del mejor vehículo de cultura: el teatro en sus más variadas formas.

En la Sociedad Popular de Santa Cecilia, en su primera época, en 1861, sus actividades artísticas fueron muy lentas y nada se advierte de singular en ellas; en la segunda, en 1875, sus actividades son mayores y sus actos revisten gran rango artístico, debiendo señalarse la función inaugural de su reinstalación; y que en mayo de 1880, al inaugurarse la Sección de Música, contaba ya con una orquesta completa "que ejecutó con maestría números de concierto", y se establecieron además, cátedras de solfeo e "instrumentación" —debe ser de instrumentos—. Esta orquesta se disuelve en julio de 1883. Su tercera época, en 1898, va derechamente a la reorganización de dicha sociedad, y fueron diversos los actos patrióticos celebrados en la misma, como por ejemplo, la solemne conmemoración del Grito de Independencia, celebrada el 24 de febrero —la primera de sus fiestas de este período— con la cooperación de la sociedad El Liceo, así como también la solemne velada celebrada en la fecha del Levantamiento de Yara, y cuyas actividades comienzan nuevamente con grandes actos artísticos y literarios, comedias y obras líricas, en 1899.

En 1877, el Maestro Jacinto Barbosa dirigía una orquesta, y en el 1875, una sociedad, titulada La Armonía, organizó su orquesta, la cual actuaba con éxito, y era la que amenizaba las funciones de la Sociedad Popular de Santa Cecilia.

Camagüey, dió expertos instrumentistas, distinguiéndose, entre otros, Manuel Mateo, flautista, Josefa Palau, pianista, el Profesor Gabriel Barreras, Carlos Vasseur y Agüero, y Sofía Agüero, virtuosos pianistas, y la hija de ambos, Inés Vasseur Agüero que en su debut en la Sociedad Filarmónica de Santa Clara, causó una gran sensación. Esta ilustre cubana brilló también en el campo de las letras y su producción literaria es más conocida en la República Mejicana que en nuestro país, ya que los acontecimientos políticos la obligaron a trasladarse a allá. Amalia Simoni, la sacrificada y abnegada compañera del General Ignacio Agramonte, que era una magnífica cantante y pianista, y que gracias a su arte pudo vivir dignamente en el exilio (Nueva York) dando clases de música y de canto. Oliverio Agüero, eminente profesor de casi todas las ramas del saber y al cual debieron su instrucción muchos músicos y abogados. Ana de Armas y Elisa Agüero de Ossorio, cantantes y pianistas notables, y Clorinda Corvisón, cantante de excepcionales facultades, al igual que Ramona Bernal, cuyas exitosas actuaciones quedaron interrumpidas al ingresar como monja en el Convento de Santa Teresa, en la Habana. Alfonso Miari Bizzarri, pianista, profesor de canto y eminente flautista italiano, radicado en 1872, en Camagüey, y que más tarde —después de la guerra del 68— se estableció en la Habana, y fué profesor de una numerosa generación de flautistas cubanos. Victoria Pichardo de Garrick, pianista, Joaquín Ramonet y Prats, español radicado en el Camagüey, en el 1873, y que dirigía las partes líricas de las sociedades El Liceo, La Colonia Española y Sociedad Popular Santa Cecilia, y que fué, por muchos años, el Director de la Banda Infantil de Camagüey, hasta la terminación de la guerra del 95. Su labor como profesor de una generación de músicos camagüeyanos, fué muy eficaz. Otro distinguido profesor de piano lo fué Aurelio Sariol, que en 1876 educa a aquella próspera sociedad camagüeyana con éxito y progreso, como lo hiciera también el extraordinario pianista José Comellas, en 1870, el clarinetista Vicente de la Rosa y Betancourt, de gran renombre dentro y fuera de la Isla, así como también Tomás de la Rosa, violinista, radicado en la Habana, y educador de una brillante generación de artistas del violín, y que era intérprete magistral de la "música de cámara", además de ser también un hábil guitarrista. Gustavo Rogel Esbrí, de España, músico culto, compositor y pedagogo, influyó también en el desenvol-

vimiento de la música en esta región en el 1890 y también el clarinetista Víctor Pacheco, del Camagüey, que formó infinidad de músicos en aquella región; y fué el fundador de la Banda del Tercer Grupo del Ejército Libertador en 1898, la más completa, numerosa y perfecta organizada de las que existían en los campamentos del Ejército revolucionario, y la cual continuó sus actuaciones en la ciudad de Camagüey, al igual que lo hiciera en plena manigua redentora, hasta su disolución, en los primeros años de la República.

Instrumentistas de nota lo fueron Gaspar Rosales Socarrás (el *Alférez* Socarrás), último superviviente del "rescate de Sanguily", clarinetista y fagotista; José Alvarez Varona (*Papito*), notable profesor de trombón y de tuba; ambos pertenecieron en 1899 uno, y en 1903, el otro, a las Bandas de Policía y Municipal de la ciudad de la Habana. Camagüey da un músico popular muy distinguido: José Arango Padrón, conocido por *Pachencho*, músico que tocaba discretamente la trompa; pero su fuerte era "tocar su arpa", un viejísimo instrumento, sin cromatismo, al cual él llamaba "el caballito", y en el que ejecutaba con arte y, sobre todo, con mucha gracia, los danzones, canciones, boleros y claves de las cuales era él autor y muy afortunado por cierto, ya que sus canciones y criollas, se distinguían por su fineza, perfección, y la pureza de las formas de la canción cubana.

Un viejo músico del Camagüey, Francisco Arango, conocido por *Pancho Cabuya*, compuso un pot-pourri o "ajiaco musical", dedicado al barrio de San Ramón; y José Manuel Rodríguez, al cual apodaban *Molleja*, también escribió una música india (sic) allá por el 1865 para una comparsa de "indios" que organizara Adolfo Bello. Estos balbuceos musicales, encuentran después grandes cultivadores en Carlos Alfredo Peyrellade, nacido en 1840; muy modesto, muy valioso y que pudiendo tener un brillante porvenir en Europa, como concertista de piano, se consagró íntegramente a la pedagogía; de su orientación salieron muy buenos músicos-pianistas —entre ellos, Matilde González Redín y Carmelina Delfín—. Cuando escuchó a Gottschalk, en Camagüey, decidió su carrera, y vino a estudiar a la Habana, con Nicolás Ruíz Espadero, del cual llegó a ser uno de los discípulos predilectos. Posteriormente, recibió en París cursos de perfeccionamiento con Stamaty. En 1865, de regreso a la Habana, fundó en 1871 el Conservatorio de Música y Declamación. Dejó escritas varias obras: *Ecos Tropicales*, capricho para piano, premiado con medalla de oro en los Juegos Florales organizados por el Liceo de la Habana en 1866; una *Fantasia Brillante* sobre temas de la ópera *El Trovador*, de serias dificultades

mecánicas, varias danzas y obras para piano, la romanza *Testamet* para canto y piano y la zarzuela en un acto titulada *Pongan Pleitos*. El Maestro Peyrellade, que pudo haber brillado en el arte de la composición, fué principalmente, un gran pedagogo del piano. También Rafael y Felipe Palau, magníficos músicos que dominaban a la perfección el piano y el órgano. Rafael se dedicó a la dirección de orquesta, y compuso diversas canciones de extraordinaria belleza, entre ellas la titulada *Así te quiero yo*, y zarzuelas de costumbres cubanas, sobresaliendo, entre otras, la intitulada *Al romper la molienda*, de gran éxito. Felipe, de diverso carácter que su hermano Rafael, se dedicó especialmente al género religioso, y se radicó en la Habana; falleció siendo el organista de la capilla de la Catedral de la Habana, cargo que ganó por rigurosa oposición en 12 de mayo de 1894 y que venía desempeñando desde el 1º de mayo de 1893. Felipe Palau se dedicó exclusivamente a cultivar obras del género religioso, habiendo dejado un gran número de ellas de su cosecha, en el archivo de la Catedral de la Habana.

José Marín Varona, compositor, pianista, director de orquesta, pedagogo musical, a él se debe una admirable obra didáctica: su magnífico *Tratado Completo de Teoría Musical*; desarrolló parte de sus actividades en la Habana. Sus mayores éxitos los obtuvo poco después de estallar la guerra del 95, en el 96, al estrenar en el teatro Irijoa su bellísima y cubanísima zarzuela titulada *El Brujo* (Marín Varona es uno de los iniciadores del verdadero género costumbrista) y cuya canción de igual título y que forma parte de dicha obra, alcanzó una gran popularidad. Su primera obra lo fué el vals titulado *Consuelo*. Sus actividades fueron múltiples; dedicó gran parte de su vida a la enseñanza, a dirigir orquestas en las compañías de zarzuelas españolas que actuaban en la Isla; escribió bastante, y ha dejado una vasta y apreciable colección de canciones y romanzas, sobresaliendo entre ellas, la antes mencionada —*El Brujo*—, la titulada *Dame un Beso* (modelos ambas, de canciones cubanas) y la romanza *Acuérdate de mí* —vinculada profundamente a un estado anímico de este cubanísimo compositor— y que representa, junto con *Rosas* y *Violetas* de José Mauri, y *Corazón* de Eduardo Sánchez de Fuentes, la creación del verdadero *lied* en Cuba. Marín Varona, escribió además una numerosa colección de obras para piano, para los niños, entre las cuales hay que destacar su colección de *Cuatro Melodías* para canto y piano, modelo de obra didáctica, la cual deleita al par que educa. Son también notables las obras que encierra su colección de *Tropicales*, escrita para piano, manojito de obras de fina factura y deliciosa inspiración, y las cuales obtuvieron un gran premio en la Exposición de París, en el año 1900;

así como también su gran vals de concierto, *Esperanza*, premiado en la Exposición de Búfalo.

Fué un buen patriota y contribuyó con sus esfuerzos a la causa de la revolución libertadora.

Son también numerosas las obras que escribió para el teatro, para canto y piano y para piano solo, entre ellas su bello *Pot-pourri Cubano*, y últimamente las que escribiera para gran banda.

Al fundarse la República, Marín Varona fué seleccionado para la organización de la primera banda militar —la del Cuerpo de Artillería—, elevándola, por su rango y por la obra de difusión que realizara, en muy poco tiempo, a una de las mejores de Cuba. Cultivó el periodismo en la emigración, colaborando para la revista *Yara*, de Cayo Hueso, allá por los años de 1897 al 98, con el pseudónimo de Juan Manigua. Más tarde, en el comienzo de la República, fundó y dirigió —con la cooperación del músico-periodista y poeta, Juan Ubago— la revista artística y literaria *Cuba Musical* (la primera revista de este tipo en nuestra era republicana), y ejercitaba, a la vez, el cargo de crítico musical del diario *El Mundo*, en el año 1903. Marín Varona fué un inteligente pedagogo musical y ejerció con ejemplar honestidad ese sagrado ministerio cuando fué profesor del Conservatorio de Música y Declamación; pero fué, ante todo, un gran artista, un notable director de orquesta y un cubano ejemplar que prestigió, por todos los medios, a la música y al músico cubano, dentro y fuera de su país. Eduardo Sánchez de Fuentes lo calificaba de “cantor privilegiado de nuestra patria, de nuestros campos y de nuestros mares...”.

Otro músico cultísimo que, junto con Oliverio Agüero, se destaca entre dos figuras cimeras de los músicos camagüeyanos, lo fué Emilio Agramonte Piñeiro o Piña, familiar del ilustre e indómito General Ignacio Agramonte y Loinaz. Era el Maestro Emilio Agramonte, Licenciado en Derecho Civil y Canónico, de la Universidad de Barcelona (España), poligloto, y persona de amplia cultura musical y literaria, pianista acompañante, notable, e insigne profesor de canto, aunque su mayor y mejor obra pedagógica no pudieron recibirla de él sus compatriotas, ya que desde muy joven se trasladó a la ciudad de Nueva York, en Norteamérica, en donde se perfeccionó y en donde radicó, fundando la Sociedad Gounod de New Haven, en 1876, la Escuela de Opera y Oratorio de la ciudad de New York, en 1894, y otras instituciones de carácter artístico en aquel país, como la de la Sociedad de Manuscritos, y habiendo sido también Director de la Asociación Coral de Compositores Americanos, examinador del Colegio de Música de los Estados Unidos, director de la Unión Vocal de New Brunswick,

Profesor del Ateneo Catalán en Barcelona, y de la Clase Obrera, de la misma ciudad. Al regresar a su patria, ya libre y soberana, enfermo, lleno de glorias y de pobreza, aún le quedan arrestos para dejar algo de su sabia experiencia, y funda la Sociedad Coral Chaminade e inaugura en el Ateneo de la Habana una serie de conferencias de divulgación musical titulada: *Una Hora de Música*, de gran beneficio para la clase profesional y estudiantil de esa ciudad. El Maestro Emilio Agramonte impartió enseñanza técnica del canto en la Escuela Municipal de Música de la Habana, hasta su fallecimiento, en 1918. Dejó escrito un *Stabat Mater* (inédito) a cuatro voces, coro y órgano, y producido en Nueva York, en el Chickening Hall, por la Sociedad Hamdel y Haydn, de Brooklyn.

Gabriel de la Torre, pianista, compositor y pedagogo, discípulo de José Marín Varona, en Camagüey, y más tarde (en 1883) de los famosos profesores Pedrell y Albéniz, en Barcelona (España), ejerció por varios años su carrera en Camagüey, formando numerosos alumnos, y en donde ganó diversos premios, entre ellos, el ofrecido por la Diputación Provincial de aquella región, con motivo del Certamen convocado por la Sociedad Santa Cecilia, conmemorando el cuarto centenario del descubrimiento de América. Entre sus composiciones se destacan un *Vals Capricho*, para piano, un *Ave María*, para canto y piano, una romanza titulada *I tre amori*, también para canto y piano, y varias *Mazurcas* y una *Danza Cubana*.

Gabriel de la Torre, en unión de su esposa Lina Campuzano, notable pianista y pedagoga, natural de España, fué uno de los más entusiastas divulgadores del buen arte de la música en aquella ciudad, y a ellos se debe la educación de un gran número de buenos pianistas y violinistas, entre ellos, sus hijas Angela y Marta de la Torre, pianista la primera y violinista la segunda; las cuales, al ingresar en el Conservatorio de Bruselas (Bélgica), merecieron el más cálido elogio del Director de aquel prestigioso plantel de enseñanza, el Maestro Gevaert, y de los profesores de ambas: Maestros Thomson y Woutrers; testimonios que se conservan en el Gobierno Provincial de la Habana. El Maestro Gabriel de la Torre, dejó escritos varios folletos: *Cómo debe estudiarse la Música*; un opúsculo en el cual se manifiesta contrario a la fundación del Conservatorio Oficial; otro biográfico sobre su hija Angela, con motivo del fallecimiento de la misma, y diversos artículos críticos, entre ellos uno sobre Enrique Granados, y otro dedicado al *Tratado de Teoría Musical* de José Marín Varona. En el año 1903, se radicó en la Habana, en donde siguió impartiendo enseñanza, espe-

cialidad ésta que es lo que más distinguió su verdadera personalidad artística.

José Molina Torres, alumno graduado del maestro Hubert de Blanck, en el año 1895, es agente de la Revolución, en el Camagüey, hasta 1898, en que se incorpora a las fuerzas del General López Recio Loinaz. Fundador del Instituto de Música de Camagüey, prestigioso centro de enseñanza y en el cual se educaron varias generaciones de buenos músicos, que estuvo bajo su dirección hasta el año 1912; Maestro de Capilla y organista durante diecisiete años, de las Escuelas Pías de Camagüey; profesor de música del propio colegio desde el 1895 hasta el 1912, y desde este año lo fué también del Conservatorio Nacional, de la Habana, fecha ésta en que es nombrado Capitán Jefe de la Banda del Cuartel General del Ejército (hoy Banda del Estado Mayor). Laboró extraordinariamente en el Casino Español y en El Liceo de Camagüey, de cuyas sociedades fuera Socio de Mérito, y Socio Facultativo (muy benemérito) de la Sociedad Popular de Santa Cecilia de aquella región, en la cual realizó una intensa labor artística como director de orquesta. Dejó escrita una *Teoría de la Música*, en colaboración con los profesores Arcadio Menocal y Rafaela Serrano, así como también diversas obras para piano. El Maestro José Molina Torres fué, esencialmente, un gran educador.

Luis Casas Romero, veterano de la guerra, flautista, compositor y director de orquesta y bandas militares, es una de las figuras más destacadas de las últimas décadas del siglo XIX. A él se debe una de las formas más cubanísimas de nuestra música: la "criolla", siendo la más característica de las que escribiera en 1910, la titulada *Carmela*, de gran popularidad en toda la Isla, compuesta simultáneamente con las tituladas *Hortensia* y *Lola*. La criolla es más movida que la clave, de melodía más graciosa y generalmente muy sincopada. Prestigió el género costumbrista con las zarzuelas *El Teniente Alegría* y *Almoneda Nacional* y otras más hasta el número de veinte; escribió un centenar de canciones —entre ellas *El Mambí* de gran popularidad— y danzones de formas tradicionales cubanas; y, en este aspecto, fué uno de los pocos compositores cubanos que ennobleció nuestros cantos típicos elaborándolos con esmerado ropaje armónico y orquestal. Fué un verdadero virtuoso en su instrumento —la flauta— y lo dominaba a la perfección. Fundó y dirigió la Banda Infantil de aquella ciudad, y dirigió diversas orquestas en la Habana —entre ellas una gran orquesta que no llegó a actuar—; y era su más ferviente deseo que alguna de ellas llegara a tocar, exclusivamente, obras de autores cubanos, especialmente el género popular, pero elevado al rango de instrumental a

través de orquestaciones correctas y artísticas. Dejó escritas innumerables obras para banda militar, durante su permanencia en la Banda del Estado Mayor del Ejército, de la cual fué su Jefe Director; y entre las cuales hay que destacar su suite para banda titulada *La Vida*, la obertura *Martí*, la marcha fúnebre *Inocentes*, y el *Himno Universitario*; todas para banda.

La figura máxima de la pedagogía musical, en Cuba, la encontramos en el maestro Gaspar Agüero y Barreras, vástago ilustre del venerable Oliverio Agüero, patriota, libertador, de cultura polifacética, obtenida en Alemania, Inglaterra, y Francia, y cuyos sabios conocimientos transmitía en el Instituto de Puerto Príncipe, del cual era catedrático. A causa de la guerra del 68, y por estar comprometida toda su familia, vióse obligado a trasladarse a la Habana, en donde se estableció definitivamente, para bien de una generación de músicos habaneros que hallaron en el maestro Gaspar Agüero no sólo a un sobresaliente mentor, sino, además, a un joven-viejo, de espíritu patriarcal, pleno de sensibilidades humanas, y protector decidido de sus alumnos, de aquella juventud que no quería separarse ni un sólo momento del querido maestro; así era de sugestivo el maestro Gaspar Agüero. Su único profesor lo fué su padre, el cual lo llevó a grados tan avanzados en sus estudios del piano, que "Gasparito" tocaba ya e interpretaba a la perfección, a la edad de catorce años, a Schumann y a Liszt. Más tarde, es bachiller, y poco después en 1892, se gradúa en Filosofía y Letras, en la Universidad de la Habana, ingresando de inmediato en la Escuela de Derecho; pero su inclinación hacia la música lo seduce más, e ingresa en esa legión de músicos que "hicieron la legua" en compañías de zarzuelas, hasta que actúa como maestro auxiliar de los maestros Rafael Palau y José Marín Varona, seducido por el género teatral, en las compañías que ellos dirigían, aprendiendo así el arte de dirigir, su práctica de ensayar las obras y la complicada red de la instrumentación. En esa práctica, recorre diversos países extranjeros; pero el carácter de Gaspar Agüero no se avenía a aquella vida nómada, y se estableció definitivamente en la Habana, dedicándose por completo al sagrado culto de la enseñanza. Su labor pedagógica fué intensa y grandiosa. El ilustre educador doctor Alfredo Aguayo, lo calificó de "primer pedagogo musical de Cuba", y su vida y su obra, en ese sentido, fueron dedicadas a ese sagrado ministerio. Profesor del Conservatorio Nacional de Hubert de Blanck, maestro de acompañamientos y repertorista de la academia de canto del profesor Pablo Meroles, y de la del maestro Jordá; maestro de capilla de la Iglesia del Santo Cristo,

director del Orfeón Catalán y otras instituciones musicales de la Habana, en todas ellas dejó las huellas de su eficaz enseñanza y las del progreso y solidez del conocimiento de sus alumnos; pero en donde desarrolla una prolongada labor educativa (más de cuarenta años), es en la sección de filarmonía de la Asociación de Dependientes del Comercio de la Habana y en la Escuela Normal para Maestros de esa misma ciudad, cuya cátedra ganó en reñidas oposiciones, y que para ejercerla, según él, de acuerdo con la Ley, se dispuso, a pesar de su avanzada edad, a concurrir nuevamente a la Universidad, para cursar allí, como un estudiante más, la carrera de Pedagogía, en la cual se doctoró con las más altas calificaciones. Ese era el maestro Agüero: un maravilloso y tenaz estudiante, dotado a la vez de la difícil facilidad de saber transmitir a otros sus profundos conocimientos, con la atracción inolvidable de su infinita bondad. En la sección de filarmonía de la Asociación de Dependientes, canalizó aptitudes de alumnos que luego llegaron a ser excelentes músicos y profesores de orquesta, a través de los grupos corales y orquestales que él mismo preparaba y dirigía; y en la Escuela Normal para Maestros, habilitó a una generación de educadores musicales normalistas, con sólida y magnífica preparación. De esa Escuela Normal, fué el Director del 1922 al 1924 y Secretario de la misma en tres períodos consecutivos. Aún se recuerda por sus alumnos el Curso de Pedagogía Musical que dictara en el Ateneo de la Habana, ante una excepcional concurrencia de músicos y de pedagogos, y cuyo curso era el primero que se ofrecía en Cuba. Autor de dos estudios sobre lo que debe ser la enseñanza de la música y el canto escolar —*La Música en la Escuela Primaria*, y *Exposición del sistema de notación modal o galinista, y su valor pedagógico*—, así como otras obras —inéditas todas ellas— sobre los planes de enseñanza de la música bajo un aspecto pedagógico, así como también sus trabajos periodísticos de crítica y de pedagogía, y que debieran haber sido instituidos en nuestras escuelas y centros de enseñanza de la música, para bien del alumno y del arte en este país, yacen olvidados y sin un fin práctico en las gavetas del escritorio del maestro, y cuyas obras son el mejor legado que él dejara para las juventudes futuras, estudiosas de esta rama del saber.

El maestro Agüero fué, además, colaborador capaz y honrado en sus críticas, de la revista *Gaceta Musical*, que dirigía Serafín Ramírez; también colaboró en el diario *El Mundo* de la ciudad de la Habana, y llegó a acreditar, en ambas publicaciones, su sección titulada *Scherzando*, que en el periódico *El Mundo* firmaba con su propio nombre, y en la *Gaceta Mundial* con los pseudónimos de Mordente y Don Tadeo.

Notable pianista y organista, compositor y orquestador muy distinguido, y sobre todo, esencialmente didáctico. Dejó varias otras, entre ellas, una colección de *Bocetos Cubanos* entre los que sobresale el titulado *Puesta de Sol*, diversas obras para piano, entre ellas varias rapsodias de singular belleza y muy pianísticas, dos Misas en Fa Mayor, diversas zarzuelas del género costumbrista: *El Combate Naval*, *La Fonda de Dn. Tadeo*, *La Loma del Angel* —ésta en colaboración con el maestro Jorge Anckermann— y otras, hasta el número de seis, todas estrenadas con buen éxito; una gran colección de cantos escolares para voz y piano y para tres voces solas, y el delicado y bello himno escolar titulado *Flores del Bien*.

La muerte sorprende a este ilustre y cubanísimo músico cuando escribía, días antes de tan infausto acontecimiento, un bello *Concierto para Piano y Orquesta*, que quedó inconcluso. Su proyección como educador musical, deja un vacío difícil de llenar en la época actual.

En 1520, Fray Juan de Wite, de la orden de San Francisco, “aunque otros lo niegan”, y en representación del Emperador Carlos V y el Papa León X, fundó en Baracoa la primera iglesia, a la cual dió el rango de Catedral, y el de ciudad a esa región, creando, además, las dignidades de la misma. Por decisión “de la misma Cesárea Majestad”, fué trasladada a Santiago de Cuba, “con el distintivo de ciudad” y se erigieron seis dignidades, y entre el personal de las mismas, la de un organista con la asignación de 16 pesos, el cual debía ser “docto y perito en la música, por lo menos en el canto llano, y del cual será oficio el enseñar a cantar a los sirvientes de la Iglesia, u ordenar, corregir y enmendar todo lo que pertenece al canto en el coro y en otra cualquiera parte; y esto por sí, y no por tercera persona”. Débese, sin duda alguna, al primer organista cuyo nombre no se consigna en los datos históricos, la primera manifestación de los sonidos musicales en aquella región; a las que súmanse los elementos que un año después (en 1521) introdujeran los primeros esclavos africanos importados de Haití con sus cantos y toques característicos; y la labor que en dicha Catedral realizara un cura mestizo, natural de Santiago de Cuba, “que estudió en Sevilla y Alcalá de Henares” y “que sabe el canto llano, tañe los órganos, enseña gramática y es de vida ejemplarísima”. Que estas manifestaciones musicales crearon un gusto por el arte de los sonidos, lo vemos confirmado con la existencia de una orquesta —la única con que contaba Santiago de Cuba, en 1580— integrada por “dos tocadores de piano —debió ser el “Clave perfecto Acorde”, ideado

por un constructor de Ferrara (Italia), ya que en esa época no existía piano—, un joven sevillano, tocador de violín y dos negras libres, dominicanas, tocadores de bandola”, y la cual orquesta ejecutaba también música en las iglesias. Es de suponer la crisis que sufriera aquella población, en 1612, ya que el retroceso fué de tal gravedad, que llegó hasta a carecer de médicos; crisis que más tarde es superada con la llegada a aquella ciudad, en 1681, del doctor Juan García de Palacios, natural de México, que se hizo cargo del Obispado, y erigió en la Catedral una capilla de música. En el año 1710, se cantan, por primera vez, en dicha Catedral, las “vísperas de los domingos” y las “fiestas de guardar”; del 1713, al 1727, se construyen diversas iglesias en aquella ciudad, incrementándose la difusión de la música religiosa —y profana también, ya que era costumbre de la época—, y en 1716 se ordenó tocar el órgano “todos los días”, y el cual sólo se tocaba “en los días festivos o cuando se celebraba una fiesta particular”. En 1764, y por Real Cédula, se ordena organizar una capilla de música en la Catedral. Otra honda crisis sufre Santiago de Cuba, cuando en 1766 un terremoto destruye diversas iglesias “acabadas de edificar pocos días antes”; pero ya en 1772, comienzan nuevamente diversos actos religiosos; en 1775 hay variados cuerpos militares en aquella ciudad con sus consiguientes bandas de música, y del 1777 al 1784 se intensifican las fiestas religiosas con la natural intervención de la parte musical, al extremo, que ya en 1783, se ordenó por Su Majestad, el aumento de sueldo al organista de la Catedral en aquella época, dadas las actividades que la iglesia desarrollaba casi a diario y con cualquier motivo, ya sea patriótico, benéfico, o propios de la Iglesia.

En 1799, los emigrados franceses, construyeron el primer teatro, en el cual se representaban las tragedias de Racine, alternando con la cantante Madame Clarais; igualmente construyeron una glorieta con jardines, “en donde celebraban conciertos y representaciones” y a cuyo lugar pusieron el nombre de Le Tivoli, y se consigna, por el historiador don Emilio Bacardí y Moreau, en su obra *Crónicas de Santiago de Cuba*, que al finalizar éstos sus funciones, “cantaban en coro el himno de Luis XVI, y, cosa rara, se cantaba también *La Marsellesa*”.

Es indudable que Santiago de Cuba disfrutaba de los primeros sonidos musicales, coordinados, a través de la música religiosa —a la que introdujeron los franceses emigrados— y con ellos también la “música para el teatro”, la “música danzante”, sobre todo los bailes de corte, como el Minué, el Rigodón, la Gavotta, el Pasapied y la Contradanza francesa, etc., y los negros franceses, sus Tumbas Francesas (vi-

gentes hoy en el gusto del pueblo santiaguero). Lo trovero se debe al español y a la Iglesia, de ahí la existencia de variados villancicos escritos por músicos de aquella región. Es indudable también, que la labor desarrollada desde el año 1765, hasta su fallecimiento, en 1802, por el eminente músico habanero, Esteban Salas, —del cual hace una magnífica monografía, estudiando minuciosamente su personalidad y su labor en la Catedral de Santiago, el documentado escritor Alejo Carpentier, en su obra *La Música en Cuba*—, influyó poderosamente para elevar el gusto hacia la música en aquella ciudad, cuya cultura artístico-musical cobra extraordinario impulso e importancia en el 1800, ya que en esa época existían 32,000 franceses refugiados en Santiago, a los cuales se le dieron grandes facilidades por el gobernador Kindelán, para emplear sus conocimientos comerciales y artísticos, hasta el 1809, en que los acontecimientos políticos de España con Francia, fueron causa de la expulsión de aquella distinguida y gran colonia que tanto benefició la cultura y el progreso de la región, como lo prueba la primera escuela religiosa que establecen en 1831, J. Leverthon y su esposa Juliana Perim, franceses ambos, y en cuyo colegio enseñan “las primeras letras, la gramática, geografía, historia, música vocal y de Piano”. Pasado el período de decadencia comprendido entre el 1808 hasta el 1809, vuelve la ciudad de Santiago, a resurgir con nuevas actividades artísticas, entre las cuales, y hasta el 1850, actuaban alternativamente, en los seis teatros existentes, compañías de comedias, óperas francesas, de pantomimas y de sainetes españoles, con sus correspondientes y deliciosas “tonadillas” estas últimas. Ya en 1836, un ilustre músico —José Casamitjana— director que era de la Banda del Regimiento de Cataluña, difundía en aquella ciudad sus sólidos conocimientos y su vasta cultura; en el 1839, actúa por vez primera en Santiago una gran compañía de óperas italianas y desde esa fecha, hasta el 1842, menudean las compañías de ese género así como las de dramas, comedias y de pantomimas de magia. En el 1841, don Carlos Miyares Hierrezuelo —vástago de uno de los discípulos predilectos de Esteban Salas; Manuel Miyares— intentó la fundación de una Academia de Música; y en el 1842, al fundarse el Colegio Santiago, en el cual se educaron los mayores talentos santiagueros, queda incluida la enseñanza de las artes. En este mismo año actúa en Santiago, por vez primera una gran compañía de ballet, dirigida por Santiago Salvani, la cual influye seguramente en el gusto de la sociedad santiaguera, porque en las Escuelas francesas e inglesas que existían

en esa época, aparte de la enseñanza establecida en las mismas, se incluyeron las de baile y de música vocal e instrumental.

En 1845, Pedro Antonio Beneduce, funda una Academia de Canto y Piano; y en ese año Santiago de Cuba, pierde a un excelente educador: a Juan Paris, maestro de capilla de la Catedral, y profesor que era de filosofía griega, idiomas y música, cuyos valiosos consejos influyeron en aquella generación de músicos santiagueros. En 1842, se inauguró la Sociedad Filarmónica de Estudios, que dirigía Ruperto Iturbide, y en el 1846 establecieron la Sección de Música; en este mismo año, funda la Academia de Santa Cecilia, en el Colegio de Santiago, el ilustre músico santiaguero don Laureano Fuentes y Matons, eminente violinista, director y compositor, a quien tanto debe la cultura artístico-musical de aquella ciudad, y seguramente la figura más genial y más destacada de su época, ya que sin haber tenido estudios especializados ni haberlos recibido tampoco en conservatorios europeos, se desarrolló sólo, en su propia región, y hoy significa, para la historia del arte en nuestro país, uno de los artistas más representativos de su época, el compositor más laborioso de su generación, y, al mismo tiempo, el que más hizo por la difusión del arte lírico y del progreso artístico-musical en Santiago de Cuba, y en otras provincias de la Isla. En 1847 la Sociedad Filarmónica dió su primer acto artístico y literario, y "Lauro" Fuentes Matons, estrena su primera obra de carácter cubano: su *Pot-pourri Cubano*, para orquesta, que más tarde es arreglado en una versión para Banda Militar por el notable músico español, don Manuel Ubeda, director que era de la Banda de Música del Batallón La Unión, y formador de un gran número de excelentes instrumentistas y de notables músicos de este país. En el 1848, Santiago de Cuba es visitado por eminentes artistas extranjeros que actúan en aquella ciudad, entre otros, el violoncellista ruso, Enrique Villet, y el ilustre violinista Camilo Sivori, y es de tal magnitud el progreso artístico que se advierte en aquella ciudad, que un catalán avecindado en Santiago, el licenciado don Miguel Estorch, cuyas iniciativas, todas de carácter cultural y benéfico, tanto contribuyeron al desarrollo y el progreso de la cultura en aquella región, movilizó a sus amistades a fin de construir el mejor teatro que tuvo Santiago de Cuba: el de La Reina, y por el cual pasaron las más aplaudidas figuras del arte de la época, entre ellas, la eminente Adelina Patti, y el ilustre pianista y compositor norteamericano Gottschalk. El amor del santiaguero por la música cubana se exterioriza públicamente en el 1849, al ser aclamado el notable músico español don Julián Reinó, director de la Banda de Música del Regimiento de Isabel II, cuando dirigió, por primera vez, en la

Plaza de Armas, un arreglo del canto *El Cocoyé*, cuya transcripción y captación se debió al maestro José Casamitjana. El 1850, Santiago de Cuba disfruta del arte extraordinario del pianista Maurice Strakosch, de la famosa cantante francesa, Mda. Casini, así como también del recital ofrecido por el notable violinista ruso Leopoldo Moesser. Y comienza también en este año (1850) la declinación de las actividades artísticas, debido a los primeros movimientos revolucionarios en aquella región, todo lo cual, unido a las diversas epidemias que diez-maban a aquella provincia, a la intranquilidad de sus moradores, unas veces, por la trepidación de su suelo, y otras, por la falta de garantías para sus moradores, debido a los diversos Bandos Militares que eran expedidos casi a diario por las autoridades militares, dió a aquella ciudad el aspecto de desierta o en completo retraimiento. Retraimiento que se hace notar aún más cuando comienzan los preparativos guerreros del 68, año en que (en mayo) queda restringida la salida de los "Cabildos", a una hora, y terminantemente prohibidos al mes siguiente—inclusive las mascaradas— abriéndose un gran paréntesis en las ya pocas actividades artísticas y culturales de Santiago de Cuba, excepto la celebración de los Juegos Florales organizados en ese mes por la Sociedad Filarmónica, con varios concursos de ciencia, literatura, música, pintura, escultura y arquitectura; las consabidas serenatas que los voluntarios daban frecuentemente a los altos jefes militares; la actuación de la compañía de Bufos Habaneros llevada a Santiago para la inauguración del teatro de verano El Comercio, y en cuya actuación causó gran sensación la guaracha *El Negro Bueno*, que el público identifica como canto o proclama revolucionaria, y algunas esporádicas presentaciones de las compañías dramáticas Duclós-Casado, y la del eminente actor José Valero. A tal extremo llegó el retraimiento de la población de Santiago, ciudad a la cual arribaron los mayores contingentes militares que España enviaba para exterminar los anhelos de libertad del cubano—muy especialmente exteriorizados por los habitantes de aquella región— y con cuyas fuerzas vinieron excelentes bandas militares, (más de veinte), dirigidas por eminentes músicos directores, que ofrecían hasta "retretas triples", diariamente, en aquella ciudad, en la que se daba el caso de que la población santiaguera no asistiera a las mismas, haciéndolo solamente los altos oficiales del Estado Mayor, algunos familiares de los altos empleados de la administración del Gobierno, y escasas familias cubanas vinculadas a ellos, bien por lazos consanguíneos o por vieja amistad, ya que la mayoría de aquéllas emigraban del país, y muy especialmente, la clase pudiente, de Santiago de Cuba. No en cambio los Generales Donato Mármol y Máximo Gómez, en la

alocución a los hacendados de Santiago de Cuba, publicada en el periódico *El Cubano Libre*, en Bayamo, el 1º de enero de 1869, declaraba que el Gobierno Español en Cuba, conspirando contra el país, había llegado hasta a alejar "a millares de artesanos y artistas extranjeros que hubieran dado poderoso impulso a nuestra riqueza, cultura y bienestar". En este año se desata una epidemia de cólera morbo; hay una espantosa miseria y se acrecienta la emigración pudiente de Santiago, existiendo, además, otra epidemia de viruelas y tifus. Fuera de estos desgraciados acontecimientos, nada se advierte de hechos singulares en pro de las artes, y la población se sumerge en una época terrible y negativa para todo progreso cultural y artístico.

Santiago de Cuba, fué cuna de ilustres músicos; educadores, instrumentistas, cantantes y compositores, los dió en profusión en el siglo XIX, contándose, entre otros, al compositor de música sagrada, Grutilio Guerra Sardá, que fué maestro de capilla por el 1860, organista y director, y autor de una bella y célebre *Ave María*, escrita para soprano y orquesta, al exquisito compositor Rodolfo S. Hernández, pianista muy distinguido, muy modesto, tímido y muy apegado al campo, que ha dejado escrita una muy valiosa colección de obras para piano, para canto y piano, para pequeñas orquestas, y para instrumentos de púas, destacándose entre otras, las tituladas *Minuetto Sentimentale*, *Romanza*, *Intermezzo*, varias *Mazurkas*, y el *Himno a Céspedes*. Antonio Figueroa y Morales, violinista de excepcionales facultades, y su hermano Ramón, de los mismos apellidos, también violinista, compositor, pedagogo que formó una generación de violinistas—entre ellos, a Luis Varona—, y que cooperó en la fundación y auge de la Academia Municipal de Bellas Artes de Santiago de Cuba, en 1899.

Juan Cumbá, fagotista, y Joaquín Soret, clarinetista, el más famoso de aquella época (1860-1870). Fermín Mirabal, violinista educado en Francia y muy estimado en Santiago, en 1871. Lino Boza, sobresaliente músico, clarinetista, compositor y director, que reorganizó en 1871, la Banda de Bomberos de aquella ciudad, y que fundara en 1860, y con la cual dió conciertos en Santiago, dejó escritas varias obras, sobresaliendo entre ellas, su famosa marcha fúnebre, titulada *¡Jesús!* (1876). María Josefa Calzado, notable pianista que obtenía grandes triunfos en aquella ciudad en 1875. El profesor Luis Vita, que llegó a formar a un barítono que hizo brillante carrera: a José Bueno y Blanco. Joaquín Inciarte y su hijo Rafael, magníficos profesores de orquesta, y profesores de una legión de buenos músicos de

banda. Rafael Navarro y Villar, pianista, organista, director y compositor, que falleció en los Estados Unidos de Norteamérica, dejando escritas diversas obras de carácter religioso. Santiago Pujals Puente, profesor de piano, que ejerció durante muchos años la enseñanza en aquella ciudad. Silvano Boudet, violinista y compositor, dejó obras de verdadero mérito, como las tituladas, *El Canto del Canario*, *Recuerdo a mi Madre*, *El Ave entre los flores*, *Pensamiento Melancólico*, etc. El flautista Enrique Simón, profesor de música y compositor que tocaba además admirablemente la guitarra, en cuya enseñanza se especializó Angela Schelton, deliciosa cantante de la cual se enorgullecía su ciudad natal.

Una figura de verdadero relieve se halla en el maestro Rafael Salcedo de las Cuevas, vástago ilustre del notable jurisconsulto, literato y músico, el licenciado don Pedro Celestino Salcedo y Ortega. El maestro Rafael Salcedo, nacido en octubre del 1844, llegó a ser la personalidad más relevante de la enseñanza en aquella región. Al él se debe la renovación de los planes de enseñanza, en 1865, después de haber cursado en París su brillante carrera, bajo la dirección de músicos tan notables como Le Couppey, Heller y Bazin. A él también se debe que aquella sociedad santiaguera, se dedicara a cultivar las obras de Bach, Beethoven, Mozart, y otros clásicos y románticos, difundiendo con ello el amor a la música clásica, y operando una reacción de buen gusto y de cultura, en un verdadero apostolado por la superación artístico-musical de aquel pueblo. Fué el mentor de una generación de pianistas extraordinarios, entre ellos, la malograda y genial Delia Echevarría, la estupenda intérprete de Chopin; Dolores Bravo y Puig, Angelina Hill, María Josefa Boudet, María Ferrer D'Ocagne, Belén Godoy, Tomás Planes, Ricardo Segrera; todos, verdaderos virtuosos del piano, que encontraron en el maestro Salcedo a un verdadero educador y a un gran artista que sabía transmitirles sabia y pulcra enseñanza. Fué Salcedo el iniciador de unas reuniones musicales semanales, que más tarde se convertía en la fundación de la Sociedad Beethoven, en 1872, orgullo legítimo de aquella culta población; fué también el maestro Salcedo, el organizador de una orquesta sinfónica, adjunta a aquella sociedad, y con la cual desarrolló una serie de actos de gran elevación artística. Fué un magnífico director de orquesta y un notable compositor. Entre sus obras sobresalen: una *Sinfonía en Fa*, otra lleva por título *Lumen*, la titulada *Arma Virunque Cano* (dedicada a la memoria de los libertadores y mártires de Cuba) y la última que escribiera en 1915, dedicada a las naciones que luchaban contra Alemania, y que lleva el título de *Sinfonía sobre himnos de los Aliados*, (todas estas escritas

para gran orquesta) y un sinnúmero de obras para piano y diversas fantasías, también para piano, sobre distintas óperas. Hombre culto y erudito, ejerció en diversas ocasiones la función de crítico, bajo los seudónimos de Hanslick, y Amateur.

Otra figura cimera de la enseñanza en Santiago de Cuba, lo fué el maestro Agustín Lobo Destradé, discípulo que fuera del organista Santiago Pujals Puente, del pianista y pedagogo Luis Dutocq Heredia —alejado de su patria y del público en 1894—, y luego, en París, discípulo de Marmontel, en cuyo Conservatorio fué laureado. Su trabajo como pedagogo, ya que sólo se dedicó a ese ministerio, es meritísimo, así como también su obra de difusión musical en aquella ciudad.

Otra figura de relevantes méritos la encontramos en Juan de Moya Portuondo, pianista, organista, compositor, director de orquesta, que ejerció la enseñanza durante muchos años en Santiago. En 1882, fundó el Club Mozart que luego más tarde se convirtió en el Liceo de Santiago de Cuba, sociedad que constituyó una orquesta que él mismo dirigía. Fué durante varios años el organista de la Basílica de aquella ciudad, y autor, entre otras obras, de la *Marcha Triunfal Heredia*, que estrenó en 1890, en la función organizada en memoria del inmortal poeta del mismo nombre. En 1884, estrenó una Sinfonía, para orquesta, en la propia sociedad, dirigiendo también otra de Rodolfo Hernández, en octubre del mismo año.

Santiago de Cuba, aparte de la figura admirable de don Emilio Bacardí y Moreau, dió también dos personajes benefactores de la cultura y del progreso de aquella ciudad: el licenciado Miguel Estorch, catalán avecindado en aquella localidad, y la del alemán Michelsom, ambos dejaron honda huella de su vida y de su obra en ese sentido, y muy especialmente Michelsom, cuyo amor a la música, hizo posible, en múltiples ocasiones, la realización de diversas cruzadas en pro del arte de la música en Santiago de Cuba.

Y el trovero máximo, el cantor por excelencia, el alma de la canción cubana —especialmente, el bolero—, lo dió Santiago de Cuba, en la extraordinaria personalidad de "Pepe" Sánchez. Músico intuitivo y genial, padre de esa forma musical conocida por "bolero cubano" y el más feliz intérprete y cultor de ese género de canción; cantante de bella voz y compositor inspirado y cubanísimo; guitarrista hábil y excepcional en su género. Sus famosas guarachas, *Los Tabaqueros*, *La Serenata*, *El Dengue*, *Caneca*, etc., todas de gran popularidad y repercusión en toda la Isla, así como sus boleros y canciones, no han sido igualados aún, y a él se debe la formación de otros famosos compositores y troveros de aquella región, como Gumersindo Garay ("Sindo"),

su glorioso discípulo, y Alberto Villalón, autor también de un centenar de canciones de puras formas cubanas, y Limonta, Juan de Dios, y Rosendo Ruíz, trovadores y compositores todos, y verdaderos representantes de la canción, en todas sus formas.

Un autor de infinidad de guarachas que alcanzaron mucha popularidad, lo fué José Tamayo, músico, poeta; fué el primero que escribió, para la compañía de los Bufos Habaneros, parodias de óperas (género que imperaba por aquella época). La primera que escribió fué la de la ópera *La Traviata*, a la cual tituló *La Dama de las Croquetas*, siguiendo a ésta, las de *El Trovador*, *La Mascota*, y otras más que obtuvieron gran éxito. Muchas de las canciones cubanas de esa época (brilló por el 1880) tenían versos suyos.

